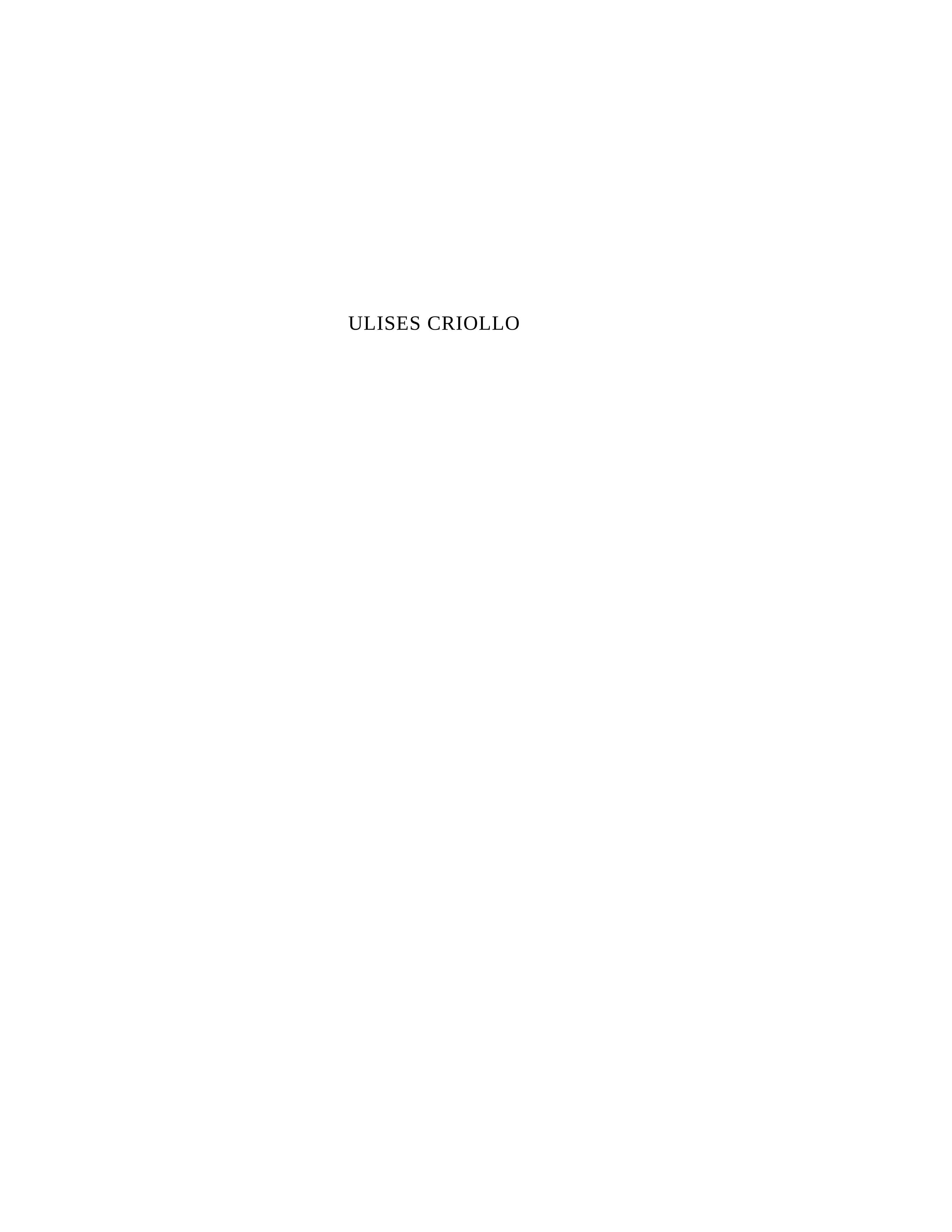
JOSE VASCONCELOS

ULISES CRIOLLO

VIDA DEL AUTOR ESCRITA por EL MISMO.

OCTAVA EDICION

EDICIONES BOTAS • MEXICO 1937



ULISES CRIOLLO

ADVERTENCIA

LA presente obra no ha menester de prólogo; requiere, a lo sumo, la advertencia de que no está escrita —no lo está ningún libro de su género— para caer en manos inocentes. Contiene la experiencia de un hombre y no aspira a la ejemplaridad, sino al conocimiento. El misterio de cada vida no se explica nunca, y apenas si nosotros mismos podemos rescatar del olvido unas cuantas escenas del panorama intenso en que se desarrolló nuestro momento. Las del presente volumen componen la primera etapa de un curriculum vitae *prolongado. Se cierra esta primera parte con la muerte del Presidente Madero.*

El segundo volumen de la obra, si llega a escribirse, será el de la pasión desorbitada y la revolución; caos por dentro y por fuera, en un alma atormentada por todas las angustias. Contendrá juicios acerca de la sucia rebelión carrancista. y terminará con la muerte de Carranza.

El tercer volumen, si alguna vez se compone, será el de la vida conquistada para la edificación de lo subjetivo y en lo externo.

El nombre que se ha dado a la obra entera se explica por su contenido. Un destino cometa que de pronto refulge, luego se apaga en largos trechos de sombra y el ambiente turbio del México actual, justifican la analogía con la clásica Odisea. *Por su parte, el calificativo* criollo *lo elegí como símbolo del ideal vencido en nuestra patria desde los días de Poinsett, cuando traicionamos a Alamán. Mi caso es el de un segundo Alamán hecho a un lado para complacer a un Morrow. El criollismo, o sea, la cultura de tipo hispánico, en el fervor de su pelea desigual contra un indigenismo falsificado y un sajonismo que se disfraza con el colorete de la civilización más deficiente que conoce la Historia, tales son los elementos que han librado combate en el alma de este Ulises criollo, lo mismo que en la de cada uno de sus compatriotas.*

ULISES CRIOLLO

EL COMIENZO

Mis primeros recuerdos emergen de una sensación acariciante y melodiosa. Era yo un retozo en el regazo materno. Sentíame prolongación física, porción apenas seccionada de una presencia tibia y protectora, casi divina. La voz entrañable de mi madre orientaba mis pensamientos, determinaba mis impulsos. Se diría que un cordón umbilical invisible y de carácter volitivo me ataba a ella y perduraba muchos años después de la ruptura del lazo fisiológico. Sin voluntad segura, invariablemente volvía al refugio de la zona amparada por sus brazos. Rememoro con efusiva complacencia aquel mundo provisional del complejo madre-hijo. Una misma sensibilidad con cinco sentidos expertos y cinco sentidos nuevos y ávidos penetrando juntos en el misterio renovado cada día.

En seguida, imágenes precursoras de las ideas inician un desfile confuso. Visión de llanuras elementales, casas blancas, humildes; las estampas de un libro, y así se van integrando las piezas de la estructura en que lentamente plasmamos. Brota el relato de los labios maternos, y apenas nos interesa y más bien nos atemoriza descubrir algo más que la dichosa convivencia hogareña. Por circunstancias especiales, el relato solía tomar aspectos temerosos. La vida no era estarse tranquilos al lado de la madre benéfica.

Podía ocurrir que los niños se perdiesen pasando a manos de gentes crueles. Una de las estampas de la Historia Sagrada representaba al pequeño Moisés abandonado en su cesta de mimbre entre las cañas de la vega del Nilo. Asomaba una esclava atraída por el lloro para entregarlo a la hija del Faraón. Insistía mi madre en la aventura del niño extraviado, porque vivíamos en el Sásabe, menos que una aldea, un puerto en el desierto de Sonora, en los límites con Arizona. Estábamos en el año 85, quizá 86, del pasado siglo. El gobierno mexicano mandaba sus empleados, sus agencias, al encuentro de las avanzadas, los *outposts* del yanqui. Pero, en torno, la región vastísima, de arenas y serranías, seguía dominada por los apaches, enemigo común de las dos castas blancas y dominadoras: la hispánica y la anglosajona. Al consumar sus asaltos, los salvajes mataban a los hombres, vejaban a las mujeres; a los niños pequeños los estrellaban contra el suelo y a los mayorcitos los reservaban para la guerra; los adiestraban y utilizaban como combatientes.

—Si llegan a venir —aleccionaba mi madre—, no te preocupes: a nosotros nos matarán, pero a ti te vestirán de gamuza y plumas, te darán tu caballo, te enseñarán a pelear y un día podrás liberarte.

En vano trato de representarme cómo era el pueblo de Sásabe primitivo, ¡La memoria objetiva nunca me ha sido

fiel. En cambio, la memoria emocional me revive fácilmente. La emoción del desierto me envolvía. Por donde mirásemos se extendía polvorienta la llanura, sembrada de chaparros y de cactos. Mirándola en perspectiva, se combaba casi como rival del cielo. Anegados de inmensidad nos acogíamos al punto firme de unas cuantas casas blanqueadas. En los interiores desmantelados habitaban familias de pequeños funcionarios. La aduana, más grande que las otras casas, tenía un torreón. Una senda sobre el arenal hacía veces de calle y de camino. Algunos mezquites indicaban el rumbo de la única noria de la comarca. Perdido todo, inmergido en la luz de los días y en la sombra rutilante de los cielos nocturnos. De noche, de día, el silencio y la soledad en equilibrio sobrecogedor y grandioso.

Una noche se me quedó grabada para siempre. En torno al umbral de la puerta familiar disfrutábamos la dulce compañía de los que se aman. Discurría la luna en un cielo tranquilo: se apagaban en el vasto silencio las voces. A poca distancia los vecinos, sentados también frente a sus puertas, conversaban, callaban. Por el extremo de la derecha los mezquites se confundían con sus sombras. Acariciada por la luz, se plateaba la lejanía y, de pronto, clamó una voz:

—Vi la lumbre de un cigarro y unas sombras por la noria...

Se alzaron todos de sus asientos, cundió la alarma y de boca en boca el grito aterido:

—Los indios..., allí vienen los indios. . .

Rápidamente nos encerramos dentro de la casa. Unos "celadores", después de ayudar al refuerzo de la puerta con trancas, subieron con mi padre a la azotea, llevando cada uno rifle y canana. Cundió el estrépito de otras puertas que cerraban en el villorrio entero y empezaron a tronar los disparos; primero, intermitentes; después, enconados, como de quien ha cogido el blanco. Mientras arriba silbaban las balas, en nuestra alcoba se encendieron velas frente a una imagen de la Virgen. Aparte ardía un cirio de la "Perpetua", reliquia de mi abuela. De hinojos, niños y mujeres, rezábamos. Después del Padrenuestro, las Avemarías. En seguida, y dada la gravedad del instante, la plegaria del peligro: "La Magnífica", como decían en casa. El "Magnificat" latino que, castellanizado, clamaba: "Glorifica mi alma al Señor y se regocija mi espíritu en Dios mi Salvador..." "Cuyo nombre es Santo... y su misericordia, por los siglos de los siglos, protege a quien lo teme..."

No fue largo el tiroteo; pronto bajó mi padre con sus hombres.

—Son contrabandistas —afirmaron—, y van ya de huida; ensillaremos para ir a perseguirlos.

Se dirigieron a la Aduana para pertrecharse, y a poco pasó frente a la casa el tropel; a la cabeza mi padre en su oficio de comandante del Resguardo. Regresó de madrugada, triunfante. En su fuga, los contrabandistas habían soltado varios bultos de mercancías.

Igual que una película, interrumpida porque se han velado largos trechos, mi panorama del Sásabe se corta a menudo; bórranse días sin relieve y aparece una tarde de domingo. Almuerzo en el campo, varias personas aparte de la familia. Sobre el suelo reseco, papeles arrugados, latas vacías, botellas, restos de comida. Los comensales, dispersos o en grupos, contemplan el tiro al blanco. Mi padre alza la barba negra robusta; lanza al aire una botella vacía; dispara el Winchester y vuelan los trozos de vidrio una, dos, tres veces. Otros aciertan también, algunos fallan. Por la extensión amarillenta y desierta se pierden las detonaciones y las risas.

Gira el rollo deteriorado de las células de mi memoria; pasan zonas ya invisibles, y, de pronto, una visión imborrable. Mi madre retiene sobre las rodillas el tomo de Historia Sagrada. Comenta la lectura y cómo el Señor

hizo al mundo de la nada, creando primero la luz; en seguida la tierra con los peces, las aves y el hombre. Un solo Dios único y la primera pareja en el Paraíso. Después, la caída, el largo destierro y la salvación por obra de Jesucristo; reconocer al Cristo, alabarlo; he allí el propósito del hombre sobre la tierra. Dar a conocer su doctrina entre los gentiles, los salvajes; tal es la suprema misión.

—Si vienen los apaches y te llevan consigo, tú nada temas, vive con ellos y sírvelos, aprende su lengua y háblales de Nuestro Señor Jesucristo, que murió por nosotros y por ellos, por todos los hombres. Lo importante es que no olvides; hay un Dios Todopoderoso y Jesucristo, su único hijo. Lo demás se irá arreglando solo. Cuando crezcas un poco más y aprendas a reconocer los caminos, toma hacia el Sur, llega hasta México, pregunta allí por tu abuelo, se llama Esteban... Sí; Esteban Calderón, de Oaxaca; en México le conocen; te presentas, le dará gusto verte; le cuentas cómo escapaste cuando nos mataron a nosotros... Ahora bien; si no puedes escapar o pasan los años y prefieres quedarte con los indios, puedes hacerlo; únicamente no olvides que hay un solo Dios Padre y Jesucristo, su único hijo; eso mismo dirás entre los indios...

Las lágrimas cortaron el discurso y afirmó:

—Con el favor de Dios, nada de eso ha de ocurrir... Ya van siendo pocos los insumisos.

Me llevan estos recuerdos al de una misa al aire libre, en altar improvisado, entre los mezquites, el día que pasó por allí un cura bautizando.

No sé cuánto tiempo estuvimos en aquel paraje; únicamente recuerdo el motivo de nuestra salida de allí.

Fue un extraño amanecer. Desde nuestras camas, a través de la ventana abierta, vimos sobre una ondulación del terreno próximo un grupo extranjero de uniforme azul claro. Sobre la tienda que levantaron flotaba la bandera de las barras y las estrellas. De sus pliegues fluía un propósito hostil. Vagamente supe que los recién llegados pertenecían a la comisión norteamericana de límites. Habían decidido que nuestro campamento con su noria caían bajo la jurisdicción yanqui, y nos echaban.

—Tenemos que irnos —exclamaban los nuestros—. Y lo peor —añadían— es que no hay en las cercanías una sola noria; será menester internarse hasta encontrar agua.

Perdíamos las casas, los cercados. Era forzoso buscar dónde establecernos, fundar un pueblo nuevo...

Los hombres de uniforme azul no se acercaron a hablarnos; reservados y distantes esperaban nuestra partida para apoderarse de lo que les conviniese. El telégrafo funcionó, pero de México ordenaron nuestra retirada; éramos los débiles y resultaba inútil resistir. Los invasores no se apresuraban; en su pequeño campamento fumaban, esperaban con la serenidad del poderoso.

Ignoro lo que hicimos en el nuevo Sásabe, que es el de hoy, ni sé cómo lo dejamos. La más próxima visión que me descubro es una tarde, en Ciudad Juárez, o sea, el Paso del Norte; frondas temblorosas de álamos; paseo a la orilla de canales, llenos de agua corriente, fangosa; casas de blanco y azul, aroma de tierra mojada. Mi madre camina, adelantándose con paso nervioso: en su voz hay temor y congoja. No llegan noticias de mi padre, que fue con negocio a México; en vano acudimos al correo. Nos quedamos mirando los canales; hallaron en ellos a un chino ahogado por esos días y yo pensaba con insistencia molesta: agua de chino ahogado.

Nada más descubro de ese período infantil. El hilo tenue de la personalidad se va rompiendo sin que logre reanudarlo la memoria; sin embargo, algo aflora del río subterráneo de repente y nos descubre otro remoto paisaje. De nuestra estancia en El Paso quedó en el hogar un documento valioso: la fotografía de etiqueta norte-

americana que nos retrató el día de fiesta. Mi padre, de levita negra, pechera blanca y puños flamantes. En el vientre, una leontina de oro; en el pecho, barbas rizosas. Mi madre luce sombrero de plumas, aire melancólico, faja de seda esponjada, mitones de punto y encajes negros al cuello. La abuela, sentada, sonríe entre sus arrugas y sus velos de estilo mantilla andaluza. Siguen tres niñas gorditas, risueñas, vestidas de corto y lazos de listón en el cabello, y por fin, mi persona, frente bombeada, pero aspecto insignificante, metido en el cuello almidonado, redondo y ridículo, a pesar de la corbata de poeta. Los hermanos éramos entonces cinco. El primogénito murió en Oaxaca, antes de que la familia emigrara. Yo, como segundo, heredé el "mayorazgo", y seguían Concha, Lola, Carmen e Ignacio. Nos cayó este último no sé exactamente en cuál estación de la ruta, y nos dejó a poco en otra, muñéndose pequeño. Cuando le preguntaban a mi madre por su preferido, respondía:

—Son como los dedos de la mano: se les quiere a todos por igual.

Se me pierde mi yo y vuelvo a hallarlo en las gradas de una escalera espaciosa. Baja un señor de perilla blanca; se ve pálido y alto, viste de negro, me toma de los brazos, me alza y me besa; oigo decir:

—El abuelo, tu abuelo...

A poco nos despedimos, nos metemos en nuestra casa. Nuestra vivienda disfrutaba la mitad de un patio con corredores y macetas. Y un día llegaron en cantidad ramos y coronas de flores. Se nos prohibió la entrada a una de las habitaciones. Advertimos rumor de llantos. Aprovechando un descuido materno, me asomé al cuarto del misterio. Sobre una mesa enflorada vi un cuerpecito envuelto en encajes blancos. Un dedito asomaba y lo palpé muy tieso. Nunca supe más de este hermano. Mi padre salió llorando con la cajita blanca al brazo. Lo acompañaban algunos amigos y se alejaron todos en coches. En la familia se solía recordar a Nachito… "Cuando murió Nachito."

Parece que durante los meses de aquella estancia nuestra en la capital estuve en el departamento de párvulos en la Escuela Normal, por la Encarnación. Recuerdo un patio que es, probablemente, el mismo en que después fundé la editorial de la Universidad.

MI PUEBLO

Habitábamos una casa de pueblo. Sala, con mecedoras, mesa al centro, sillas endosadas a la pared; a la vuelta una serie de alcobas en fila. En la primera dormían mis padres; en seguida mis hermanas; luego, en otra, la abuela y, al final, estaba la mía, pequeña, pero con salida al patio principal. Las puertas interiores quedaban abiertas en largo paso que mi madre podía recorrer con la vista desde su habitación.

Una lámpara de petróleo ardía en el umbral de mi puerta, iluminando toda la noche el pasillo interior. Me tocaba dormir solo porque era ya, según decían, un hombre; padecía, sin embargo, los más extraños terrores de mi vida. Nuestros vecinos eran pacíficos, nada había que temer de ellos; pero el pavor me lo causaban ciertos poderes invisibles sensibles solo al tacto. Me andaban por las pantorrillas, me helaban la espina, me atemorizaban con sus murmullos y saltos. Apenas me cubría con las ropas de la cama, y no obstante las oraciones previamente recitadas de hinojos, los pequeños monstruos comenzaban a agitarse, desarrollando holgorios y peleas.

Al cobijarme con su beso de despedida, mi madre me encomendaba al "ángel de la guarda"; pero su protección valiosa en las regiones altas no impedía que por el suelo y por debajo de la cama se mantuviese autónomo el reino de sombras y engendros. Mientras más me encubría y acurrucaba, mayor era el estrépito, más insolentes las burlas de los seres sub-

humanos, enanitos ridículos, pero de brazos tan fuertes que podían cogerle a uno por el tobillo y sujetarlo, deshacerlo casi, dentro de la cámara a media luz. Algunas noches mi espanto era tan vivo, que no podía reprimir algún grito; pedía más luz y decía que algo andaba debajo de la cama.

Mi padre se mostraba irritado con mis aprensiones, las calificaba de patrañas y miedo. Mi madre, más paciente, me tomaba la mano, la ponía en la señal de la cruz y me persignaba.

—Así los espanto —decía—; contra esto no pueden los malos espíritus. Basta enseñarles los dedos en cruz; piensa en la cruz.

Aliviado interiormente y apretado a mi signo mágico, acababa durmiendo tranquilo y en paz. Pero noches después volvía el sobresalto. Soportaba sin queja los terrores que daban sudor frío. Me fallaban todas las tentativas de imponer serenidad, hasta que acudí a un remedio violento. Desde por la tarde, en secreto, elegí un palo grueso y lo escondí en un rincón. Al primer rumor nocturno emprendería una batida por toda la casa. Disimulé hasta que todos se hubieron dormido, y ya casi lamentaba que fueran a fallarme los aparecidos, pero no tardaron en comenzar sus pláticas confusas Al instante brinqué fuera de la cama, tomé el palo y echándome boca abajo, barrí a garrotazos por debajo del lecho, picando por el ángulo oscuro. Contra lo que esperaba, no se oyó chillido ni queja; únicamente en dirección de la puerta del patio una como carrera precipitada. . . Tras de ella salí con mi garrote en una mano y nuestra lámpara en la otra. Nada hallé en el primer patio y me metí por el corral. La linterna trazaba un largo reflejo móvil, la oscuridad era densa. Súbitamente me estremeció una sombra confusa; concentrando toda mi energía levanté el palo y pegué con fuerza. Algo se vino al suelo; en seguida saltó cacareando. Las otras gallinas se removieron en el árbol que les servía de abrigo. La risa me venció: después, el bochorno; pero dormí esa noche a pierna suelta y ya no volví a pensar en los duendes. En cambio, días y meses me persiguieron mis hermanas con burlas por la aventura de las gallinas.

Mi padre se había asomado a la escuela del lugar; vio los bancos desvencijados, el piso de tierra y un maestro de palmeta y pañuelo amarrado a la cabeza, y desistió. Más tarde empezó a darme clases particulares un maestro Calderón. No era nuestro pariente, sino solo un homónimo. De buena presencia, barba negra y rostro pálido, nos dio las primeras nociones sobre el artículo y el sustantivo, el verbo y el participio. También nos puso a hacer sumas y divisiones, pero nos aburría y no adelantábamos. Mucho más nos divertían ciertas lecturas que escogía mi madre. Como ejercicio de memoria nos puso una fábula de José María Samaniego:

A un panal de rica miel
dos mil moscas acudieron,
que por golosas murieron
presas de patas en él...

No garantizo la fidelidad de la poética. Desde entonces me preocupaba el contenido y no la forma. Leíamos también un compendio de Historia de México, deteniéndonos en la tarea de los españoles que vinieron a cristianizar a los indios y a extirparles su idolatría. Que hubiera habido adoradores de ídolos me parecía estúpido; el concepto del espíritu me era más familiar que cualquier plástica humana.

VOCACIÓN DESATENDIDA

Por otra parte, mi politécnica estaba en esa época en el corral de nuestra casa. Para nada me ocupaba de gallinas y gallos, ni teníamos perro, ni experimenté jamás la afición a las bestias domesticadas. Pero el "solar" abandonado tenía uno que otro mezquite y una extensión salvaje, resquebrajada

por las lluvias. En el verano se descubrían los hormigueros que en vano exploré con pica y chorros de agua hirviendo. Nunca concluían las galerías subterráneas; mas en casa amenguaba la plaga después de mis batidas. Socavando estos hoyos del campo, di una vez con un nido de arañas grandes, tal vez tarántulas. La madre me lanzó un líquido lechoso, pero logré destriparla. Me desconsolaba no hallar en mis acometidas heroicas ni una de las tan temidas serpientes de cascabel, que abundaban en la comarca.

Así que el terreno y sus grietas quedaron libres de misterio y de alimañas, decidí emprender algo grande. En el rincón más resguardado aplané varios metros en cuadro. Luego marqué con estacas y cordeles el trazo de unos cimientos. Cavé las zanjas, las rellené de pedacería con arena y cal. Acumulé en seguida pequeños bloques de barro batido y secado al sol y comencé a construir. En silencio, casi en secreto, me dedicaba horas y horas a la tarea fascinante. Lo que salía de mis manos no era copia de casa vista, ni en el pueblo había nada que pudiera orientarme. Poseíamos un estereoscopio con grandes vistas de Oaxaca, y ese fue, sin duda, mi texto. Aunque yo imaginaba que todo lo que pudiera haber en Oaxaca quedaba superado en mi creación. Leyendo no sé dónde, saqué la idea de unos armazones de madera de caja de puros para sostener el material todavía fresco de las numerosas arcadas que ornamentaban el primer cuerpo. En el segundo abrí grandes ventanas con balcón volado. Encima y al centro puse un tercer piso ligero. Por ambos lados las azoteas del segundo piso servían de terraza. Antes de terminar la obra hube de reparar no pocas cuarteaduras. Pero el conjunto resultó firme; lo dejé blanqueado con cal y enfrente le tracé un remedo de andenes embaldosados, recuerdo seguramente o imitación inconsciente de lo que vi de pequeño en los atrios de las iglesias de la capital.

Varios meses de trabajo costó la obra que aseguraba mi fama en el pueblo. Venían a verla los chicos y los mayores. Mi padre quiso dedicarme una inauguración formal. Compró paquetes de triquitraques chinos, dulces y refrescos. Yo estuve nada más atento a que nadie tocase o pusiese en peligro el prodigio.

LAURA, DAME UN BESO

En nuestro pueblo todos éramos más o menos forasteros. Se vivía del comercio internacional y de los empleos del gobierno, la aduana, el correo, el cuartel. También la empresa del ferrocarril mantenía allí un gran taller, pero quedaban algunos pequeños propietarios, herederos de los primitivos colonizadores del desierto. Una de esas familias, vecina nuestra, tenía una hija, Laura, de ocho o diez años; lindos ojos maliciosos y piernas ágiles. La encontraba a menudo, sin hablarle, hasta que una vez di con ella estando yo en compañía de Tocho. Este Tocho era un niño rico, atrevido y buen mocito. Al ver a Laura gritó:

—Dame un beso.

La chiquilla lo miró con descaro, le hizo un dengue y echó a correr, riéndose y agitando la mano en amenaza vaga. Ira vez, yo solo, tropecé casi con Laura. Llevaba yo en la mano unos caramelos. Sin darme tiempo a ocultarlos, me miró y dijo:

—Pepe, dame un caramelo...

—Toma —repuse ofreciéndole—; pero tú dame un beso.

Cogió ella el dulce y escapó. No recuerdo que el incidente me dejara mayor impresión, y quizá lo hubiera olvidado de no haber tenido consecuencias. Días después, ya metido en cama, escuché que nos visitaba, según su costumbre, el viejo caballero padre de Laura. Conversó de cosas indiferentes, pero de pronto exclamó, dirigiéndose a mi padre:

—¿Qué cree usted que hizo el otro día su Pepillo?... Pues le pidió un beso a Laurita..., en plena calle...

—¿Será posible? —comentó mi padre.

—Habrá que castigar a ese muchacho —afirmó severa mi madre.

Luego cambiaron de asunto y me quedé esperando el regaño que seguiría a la despedida de nuestro vecino. Al marcharse éste, fingí un sueño profundo, y. con sorpresa, vi que no me despertaban.

—Miren la mosquita muerta pidiendo un beso, y vaya que es bonita la chica —dijo únicamente mi padre

NOTICIAS PRETÉRITAS

La mayor parte de las noches la tertulia era íntima. Mi madre se ponía a leer, mi padre fumaba y *Gan* nos platicaba. Eso de *Gan* era corrupción infantil del "mamagrande" usual en México. *Gan* era en el mundo una oscura, humilde viejecita, doña Perfecta Várela. Y como ya empezaba a ser anciana, la asediaban los recuerdos. En su infancia había hecho un viaje a España. Aunque nacida ella en México, el decreto de expulsión de los españoles, por el año treinta y tres, había afectado a sus padres. Cinco semanas o más viajaron en un velero. Varias ocasiones, decía, estuvieron a punto de naufragar. Se rezaba la "Magnífica", se prendía la vela de la "Perpetua" y el barco seguía adelante. Nada recordaba de lo visto en España. Siendo ella todavía una niña, volvió con los suyos a Oaxaca.

El tema de los viajes era, por lo demás, un *leitmotiv* familiar. No tenía yo dos años cuando salimos de Oaxaca en caballos hasta el tren de Tehuacán. Fueron duras las jornadas del Cañón de Tomellín, entre las cuestas y el río. Cuando Clara, la criada mestiza que todavía nos acompañaba en Piedras Negras se vio arrellanada en el vagón del primer ferrocarril que nos transportaba, cuentan que dijo: —Este caballito sí me gusta... En la capital mi padre obtuvo un puesto en la aduana de Soconusco. Lo que nos obligó a un viaje increíble, creo hasta Puerto Ángel, donde tomamos un barco. Un temporal nos llevó de arribada forzosa a Champerico, de Guatemala. Allí encontraron muías para atravesar la frontera por Tapachula. En plena estación de aguas, apenas avanzaban las bestias, resbalando en las pendientes.

—Tú ibas —recordaba mi abuela, mirándome— dentro de un cesto atado al costado de una muía. La lluvia te escurría por las sienes, atravesando el sombrerito de palma. Estabas tan flaquito y amarillo que llegamos a darte por perdido.

Por huir del paludismo, mi padre aceptó el cargo aquel del Sásabe, en el otro extremo del sistema aduanal mexicano. Los relatos de mi hogar empezaban, pues, con una advertencia geográfica. "Cuando estábamos en Chiapas", "cuando pasamos por México", "una vez en Oaxaca"... Y el castigo, cuando éramos todavía muy niños, consistía en obligarnos a extender la mano para recibir los polvos de quinina que servían el doble objeto de enderezar la conducta y curar de paso el cuerpo debilitado por las fiebres.

GASTRONOMÍA COSMOPOLITA

En Piedras Negras el clima extremoso resulta saludable. Se vive la mayor parte del año puertas afueras y no había entonces otra diversión que los convites entre los amigos. Aparte de solemnidades como la Navidad y Semana Santa, festejábamos los días de San Ignacio y el Carmen. La cocina fronteriza era muy primitiva, y aunque después nos quedó el gusto de las tortillas de harina, en casa no se escuchaba sino quejas de la crudeza de los guisos locales. En cambio, el comercio próspero de un puerto internacional suministraba los productos de toda la tierra. Al "otro lado", es decir, en Eagle Pass, se conseguía lo norteamericano y el servicio de transportes por exprés nos surtía los productos de toda la República hasta el Sur. Cuando

llegaba la encomienda de Oaxaca, entraba en funciones la abuela, especialista en pipianes y moles, garbanzos y arroces. En la deshollejada del garbanzo nos empleaban en grupo y llenábamos bandejas de grano pelado que servía a mis gentes no solo para el cocido y los guisados usuales, sino también para un dulce de piloncillo y yerbas de olor, estilo oaxaqueño.

El plato de lujo de mi abuela era un estofado de pollos que tragaba pasas, almendras y alcaparras; todo el Oriente en especias. La fruta escaseaba, pero llegaban del Sur pinas y aguacates. De Oaxaca nos enviaban turrones, tortas de coco y naranjas, limones cristalizados. Y el laterío abundaba. Algunas veces, acompañando a mi padre en sus despachos de vista, veíamos salir de las cajas ciruelas de Francia o pasas de Málaga. El comercio local retenía su fracción de los tesoros que después absorbía el país entero.

Los regalos de Navidad que recibía mi padre no eran costosos, pero sí variados. Destripando los grandes cestos decorados de cintas extraíamos latas de espárragos y atunes, con la etiqueta dorada de Burdeos, y frascos de frutas en almíbar, a la española. Otro amigo mandaba la caja de champaña o el encargo en vinos gruesos de Borgoña. Mi padre, que no gustaba de bebidas fuertes, experimentaba arrobos frente a las botellas con marca de "Chateaux" y de "Cotes".

Nos complacía especialmente a los chicos el regalo anual de un importador chino de Torreón. Su paquete contenía bulbos de azucena asiática y ollas de loza con asa de mimbre, repletas de frutas en miel; además, cajas con nueces de Lichee y frutas cristalizadas.

LA PRIMERA ORFANDAD

Sospecho que la suerte nos fue benigna en los primeros años de estancia en la frontera. El niño aprecia estas circunstancias, aunque no las comprende. Mi madre se vestía de claro, andaba alegre y parecía más joven. Se puso un día de luto, pero no indagué la causa. Pasó el tiempo y una tarde, a la hora de la lectura, me hizo repetir un pasaje del libro de José Rosas, titulado: "Un hombre honrado." Se celebra en él la ejemplaridad del que sirve a su patria en los días adversos, se retira a la vida privada en la época normal y en ella conquista la estimación de los buenos y muere venerado y tranquilo.

Los sollozos de mi madre interrumpieron mi lectura. En seguida, rehaciéndose, preguntó:

—¿A quién se puede aplicar este elogio?...

Vacilé y respondí:

—A Juárez.

—Si, y también a tu abuelo —afirmó ella.

No volvió a mencionar su pena. No era dada a estar rumiando una congoja. La sufría violenta, la rezumaba, para en seguida entregarse a la obligación de una actividad provechosa y alegre.

LA HERENCIA

Mi padre llegó un día a la casa con varias talegas de a mil pesos, en plata. Venían de Oaxaca, por el exprés, y procedían de la venta de un rancho de las cercanías de Tlaxiaco.

No eran de allí mis antepasados; pero se refugiaron en dicho pueblo durante la revolución de la Reforma, mientras mi abuelo, perseguido por Santa-Anna, tuvo que abandonar no solo a Oaxaca, sino el país. Mi abuelo empezó de médico pobre, casado con una señorita Conde, de familia acomodada, pero ya en decadencia económica. Tan ricos habían sido los Conde que sacaban "la plata a asolear". Negociaban, según creo, la "cochinilla", y quebraron por el invento alemán de las anilinas. En su destierro, mi abuelo estuvo con Juárez en Nueva Orleáns; después, durante la guerra contra los

franceses, se estableció en Tlaxiaco, donde tuvo oculto a Porfirio Díaz y le curó una herida. Al triunfo del oaxaqueñismo se retiró de la política para seguir el lerdismo vencido, pero años después don Porfirio volvió a hacerlo senador. Al morir, no dejó patrimonio. Si no me equivoco, el rancho de Tlaxiaco lo administraba para los hijos de su primera esposa. Al enviudar, contrajo en Tlaxiaco segundas nupcias con una Adelita que le dio una docena de hijos, mis medios tíos, los Calderón.

Los dineros del rancho no los quiso tocar mi padre. Los llevó a casa y los puso en el ropero de mi madre. Lo indicado hubiera sido emplearlos en la compra de algún solar que a los pocos años le hubiera duplicado la inversión, pero ninguno de los dos tenía cabeza para los negocios. Mi padre, por orgullo, ni adelantó opinión, y la dueña, incorregiblemente despilfarrada, empezó a recorrer las tiendas y almacenes de los pueblos rivales. De cada excursión volvía con el coche cargado de cajas y envoltorios. A mis hermanas, vestidos; a mi padre, un anillo; a mí, ropas y libros; a la viejita, un corte de vestido negro, de seda.

Y a medida que el dinero se iba alada y gloriosamente, los recuerdos de Tlaxiaco animaban las veladas. Exhumaba mi madre de lo profundo del baúl un vestido negro de "gró" —seda gruesa— adornado con lentejuelas; su primer lujo mundano, lucido en los bailes de la pequeña y orgullosa ciudad criolla. Sus días más alegres los pasó allí. Con todo, al final se le amargó la estancia por el segundo matrimonio y la madrastra. Más tarde regresaron todos a Oaxaca, y después de algunos años de acudir a la misa y estar a la ventana, mi madre se enamoró frenéticamente de mi padre, un pobre empleado de botica...

Protestó el abuelo y negó su consentimiento al enlace; pero se efectuó éste en un amanecer y en presencia de algunos parientes. Eugenésicamente, la pareja estaba bien concertada. Rubia Y pálida, delicada, mi madre, y su marido, sanguíneo, robusto. Criollos puros los dos. Con los años, el cutis blanco de mi madre tomó el color de la cera de los cirios. A mi padre lo pusieron rojo tostado los soles, los años y la cerveza. Sólo en derredor del cuello se le veía un círculo lechoso.

—Mamá, ¿y cuando se casaron, adonde se fueron a vivir tú y mi papá?

Respondiendo a las preguntas de la indiscreción infantil, se nos daban detalles que por cierto no retengo con mucha exactitud.

—¿Y por qué se enojaba mi abuelo? ¿Porque era pobre mi papá?...

Lo cierto es que mi madre prescindió de los suyos para siempre y se atuvo a la suerte humilde de su esposo. Vivieron uno o dos años del sueldo escaso de la botica, pero era la época en que Oaxaca se despoblaba. A nadie le faltaba un pariente ministro o general capaz de conseguir un empleo, así fuese en el quinto infierno. El deseo de sacudir el complejo social de quien viene a menos, y el gusto de la aventura y el cambio, deben haber decidido a mis padres. Y el tío protector se presentó en la persona, distinguida, por cierto, del general Mariscal, Pariente, según creo, bastante próximo de la familia de mi madre, bajo la administración lerdista o con Juárez, ocupó el puesto de gobernador de Yucatán; después había contribuido a una de las derrotas de Porfirio Díaz, persiguiéndolo como desleal por el Istmo; retirado a la vida privada cuando Tuxtepec conservaba, sin embargo, influencia. Entiendo que él fue mi padrino de bautizo y también quien dio a mi padre cartas de recomendación para un puesto en Aduanas.

PROSPERIDAD

Ahora, en Piedras Negras, nuestra fortuna corría parejas con la del pueblo, que acrecentaba sus recursos, y, según se repetía sin cesar con orgullo, progresaba.

Los ingresos de mi padre eran fijos

y suficientes en cuanto al sueldo; variables y a veces espléndidos, con el aditamento de los porcentajes sobre las multas por contrabandos. Con frecuencia pasaban de mil pesos sus ingresos mensuales en una época en que el peso valía ligeramente más que el dólar. Pero en lo administrativo mis padres se apegaban a la Escritura en lo que concierne al creced y multiplicaos, y al Evangelio por lo que hace al vestido y al sustento, conforme las aves y los lirios, "más bellos que Salomón en toda su pompa...": ¿acaso el "Padre Nuestro", que rezábamos a diario, no se conformaba con pedir el pan de cada día? El ahorro decía mi padre que era propio de avaros; una hipoteca era usura y pecado, y un negocio casi una deshonestidad. Comentarios parecidos circulaban de sobremesa a propósito de operaciones ventajosas realizadas por algunos colegas de mi padre, con el producto de sus ahorros, sin deshonestidad.

En aquella región se desconocía la miseria. Los cocheros, los aguadores, entraban en la misma cantina que el funcionario y el propietario. Gracias a la zona libre intrenacional [sic], las mercancías extranjeras, exentas de derechos, se obtenían a precio reducido. Las dos poblaciones rivales, la mexicana y la norteamericana, separadas únicamente por el río, ofrecían las ventajas de dos modos de vida. Y cada quien ponía su orgullo en divertirse y gastar dinero.

UN BAILE

Toda la población gastaba lujos desproporcionados a su categoría. Los ingresos aduanales, administrados con probidad, dejaban para construir uno que otro palacio al lado de la casa fronteriza, comúnmente miserable y más bien por barbarie que por miseria. La inauguración del edificio de la Aduana se festejó con un baile suntuoso. Estilo francés, fin de siglo; piedra rosada en los llenos y blanca en las esquinas, las cornisas y los dinteles. Encima, una de esas mansardas grises que afearon toda una época. Toda la planta baja se acondicionó para la recepción. Al fondo de una gran sala ornada de cortinas rojas y espejos, se puso una tela blanca corrediza. En torno se instaló doble sillería, quedando libre el centro para los bailadores. Desde las afueras, una banda militar anunciaba la solemnidad, alternando la *Marcha de Zacatecas* con el vals *Sobre las olas.* Pronto se llenaron los pasillos y salones con damas engalanadas y caballeros de negro. Las plumas de los abanicos acariciaban rostros hermosos. Algunos asistentes despreocupados se presentaban cargando hasta con los niños. Tendría yo a lo sumo nueve años y había logrado colarme.

En el estrado, frente a la cortina blanca, se instalaron: el administrador, el jefe de las Armas, el jefe político, sustituto de alcaldes, que ya se había desistido de intentar elegir.

Corrió por las salas el estremecimiento de lo solemne. Todas las miradas se volvieron hacia el dosel. El jefe de la Aduana descorrió la cortina y apareció ante la pública veneración el retrato de cuerpo entero del Caudillo. Encendido el rostro mestizo, hinchado el busto de galones, cordones, medallas y cintajos; severa la mirada y bajo el brazo el sombrero de divisionario del Ejército; plumas y tiras como toca de odalisca. La concurrencia entera, de pie, aplaudió largamente a su jefe máximo, al Padre de la Patria, soldado desleal de Tuxtepec y burlador de la Constitución que cada seis años juraba cumplir.

— ¡Viva Porfirio Díaz! —gritó tres veces el maestro de ceremonias.

Y el pobre rebaño, bien bañado —acababa de inaugurarse el servicio de agua entubada— respondía:

—¡Viva!. . .

Concluido el descubrimiento del "Nuestro Amo" del altar cívico, la religión de la patria —decían los laicos—, el manso rebaño de ropas acabadas de estrenar se repartió por las salas, y unos bailaron y otros comieron del "ambigú" con champaña. Si el cuerpo

come y baila, ¡qué importa el afán de las almas!

La ceremonia del retrato me dejo preocupación. Un día, en la mesa, pregunté:

—Papá, ¿y por qué le dicen Caudillo?.. .

Mi padre rió. Después, reflexionando, expresó:

—Pues será por aquello de "mátalos en caliente".

El episodio de Veracruz era tema de secretos en toda la República. Para deshacerse de políticos enemigos el Caudillo realizó una modesta hecatombe: diez o doce cayeron bajo las balas del Ejército heroico. El general Mier y Terán, ejecutor de las órdenes, paseaba pocos días después por las calles del puerto, y una madre, levantando en brazos a su hijo pequeño, gritó: "Conoce al asesino de tu padre." El general Mier y Terán, no del todo encallecido, acabó en un manicomio; su amo se reeligió Presidente. Las matanzas del porfirismo nos parecen hoy juego de niños malos. Si los de hoy se volvieran locos por los que "despachan", ya habría más manicomios que ministerios. . .

—Pero entonces, mamá, ¿por qué tú hacías vendas para curar al Caudillo en Tlaxiaco, y por qué tu papá le sanaba las heridas?...

—Hijo, entonces peleaba contra un invasor extranjero... Además, hijo mío, Lerdo tuvo la culpa; era honrado, inteligente, pero le metió el diablo la manía de perseguir monjas; expulsó a las hermanas de la Caridad, que Juárez mismo había perdonado, y el país sintió alivio al verlo partir...

EN LA ESCUELA

En Piedras Negras prosperaban los negocios. Se construían edificios públicos, se desarrollaba la mecánica en los talleres extranjeros de reparación de locomotoras; abundaban los comercios de lujo, almacenes y joyerías; pero no había una escuela aceptable. Del otro lado, los yanquis no tenían un caudillo napoleónico, ni leyes de Reforma a lo Juárez; sin embargo, acompañaban su progreso material acelerado de una esmerada atención a la escuela. Libres de la amenaza del militar, los vecinos de Eagle Pass construían casar modernas y cómodas, mientras nosotros, en Piedras Negras, seguíamos viviendo a lo bárbaro. Los mismos mexicanos que lograban reunir algún capital preferían invertirlo del lado norteamericano, para ponerlo a salvo de gobiernistas del momento y revolucionarios del futuro. También los temperamentos rebeldes —la levadura mejor del progreso— escapaban cuando podían al lado yanqui, bendito de paz alimentada en libertades públicas.

Nosotros, en busca de escuela, nos trasladamos una temporada a la vecina Eagle Pass o, como decían en casa, con total ignorancia y desdén del idioma extranjero, "El Paso del Águila".

El río se cruzaba en balsas. Avanzaban éstas por medio de poleas deslizadas sobre un cable tendido de una a otra ribera. Al chalán se entraba con todo y el coche de caballos. Para el tráfico ligero había esquifes de remo. Estando nosotros en Eagle Pass presenciamos la inauguración del puente internacional para peatones y carruajes. Larga estructura metálica de seis o más armaduras, apoyadas en dobles pilastras de cemento armado. Al centro pasan los carruajes y por ambos lados andadores de entarimados y barandal de hierro. Los habitantes de las dos ciudades se congregaron cada cual en su propio extremo del nuevo viaducto. Las comitivas oficiales partieron de su territorio para encontrarse a medio río, estrecharse las manos y cortar las cintas simbólicas que rompían barreras y dejaban libre el paso entre las dos naciones. No eran tiempos de espionaje oficial y pasaportes. El tránsito costaba una moneda para la empresa del puente, y los guardas de ambas aduanas se limitaban a revisar los bultos, sin inquirir la identidad de los transeúntes. Un sinnúmero

de carruajes, algunos enflorados, cruzó en irrupción de visitas recíprocas. El pueblo se mantuvo reservado. Ni los de Piedras Negras pasaron en grupos al "Paso del Águila" ni los de Eagle Pass se aventuraron a cruzar hacia la tierra de los *greasers.* En aquella época, cuando bajaba el agua del río, en ocasión de las sequías, que estrechan el cauce, librábanse verdaderos combates a honda entre el populacho de las villas ribereñas. El odio de raza, los recuerdos del cuarenta y siete, mantenían el rencor. Sin motivo, y solo por el grito de *greasers* o de "gringo", solían producirse choques sangrientos.

Mi primera experiencia en la escuela de Eagle Pass fue amarga. Vi niños norteamericanos y mexicanos, sentados frente a una maestra cuyo idioma no comprendía. Súbitamente mi vecino más próximo, tejano bilingüe, dándome un codazo interpela:

—Oye ¿y tú a cuántos de éstos les pegas?

Me quedé sin comprender, pero el otro insiste:

—¿Le puedes a Jack? —y señala a un muchacho rubicundo.

Después de examinarlo, respondí modestamente que no.

—¿Y a Johnny y a Bill?

Por fin, irritado de tanta insistencia, contesté al azar que sí. El señalado era un chico pecoso, más o menos de mi estatura. Imaginé que ya no había más qué hacer.

Pero luego que salimos al recreo, se formó el ruedo. Se acercaban unos a verme de cerca; otros requirieron mis libros: alguno me dio la mano y varios me empujaron. Entonces mi vecino de banco gritó:

—Éste dice que le pega a Tom...

En seguida nos enfrentaron: marcaron en el suelo una raya entre los dos: el que primero la pisara era el más hombre. Nos lanzamos, no ya a la raya, sino uno sobre otro y nos pegamos: volvimos a contemplarnos y otra vez a reñir; por fin nos apartaron.

—Bueno —exclamó mi vecino—; puedes quedar en seguida de éste... —luego, volviéndose a mí—: A éste le toca el número siete.

Muy extrañado y ofendido, no tuve, sin embargo, más remedio que someterme. Pocas semanas después otro nuevo, un pequeño barrigoncito, que no quiso reñir, fue, entre todos, zarandeado y cacheteado hasta que lo hicieron llorar. Me indignó el episodio y acentué mi retraimiento. Era yo tímido y triste, pero sujeto a accesos de cólera, que, por lo menos, me salvaban de transigir con lo que ya se me aparecía como una ignominia ambiente.

Por lo demás, me sentía la conciencia entre sombras: me asaltaban mié-dos angustiosos; me ponía profundamente triste, sin motivo; me quedaba solo, largas horas, hurgando en el interior de mi propia tiniebla. Me sobrecogían temores casi paralizantes y, de pronto, se me soltaban impulsos arrojados, frenéticos. Padecía la esclavitud de mis propias decisiones triviales. Cierta vez que mis padres proyectaron un paseo dominical y a última hora lo suspendieron, hice un disgusto casi lúgubre. No acepté ninguna distracción en reemplazo y me estuve todo el día repitiendo:

—Mamá, dijiste que íbamos... Papá, dijiste que íbamos...

Mi madre, aburrida, dijo por fin:

—Te voy a poner a ti, "dijiste", "dijiste"; no seas testarudo, vete a jugar.

Y no es que me importara tanto el paseo; me dolía y me desconcertaba el cambio del plan ya convenido. De mi madre heredaba la resistencia a contrariar una resolución ya concertada. Era ella capaz de los mayores sacrificios por llevar adelante cualquier convenio, no tanto por el honor de la palabra empeñada sino porque la voluntad es temple que se quebranta si no le respetamos sus decisiones. Falta de flexibilidad, comentará alguien, y en efecto, la vida nos obliga a los cambios; por eso mismo hay que ser muy respetuoso de las resoluciones que libremente adoptamos.

"Cuídate de tomar una decisión, porque en seguida serás su esclavo." Si

alguien me hubiera susurrado al oído este consejo, en mucho se habría aligerado mi carga. Oscuridad, desamparo terrible pavor y comprensión vanidosa; tal es el resumen emocional de mi infancia.

FRENTE A LA PLAZA

Tan pronto como encontramos habitación aceptable regresamos a Piedras Negras. Para entonces la familia se había enriquecido con Carlos, Samuel y Chole. Ocupamos unos bajos, esquina de la plaza, sobre la calle donde comienza el puente. Para llegar a mi escuela bastaba atravesar éste y caminar después dos o tres cuadras en los suburbios de Eagle Pass. En esta casa se inicia mi vida consciente. Tendría diez años de edad. Me veo comiendo higos negros, pasados, especialidad de la frontera, los pies recogidos sobre el asiento a causa de los pisos recién lavados. Mi madre, de pañuelo blanco en la cabeza, contempla satisfecha sus nuevas habitaciones, flamantes de limpias. Desde nuestra pequeña sala veíamos las bancas, los arbolillos del jardín público. En el lado opuesto quedaba la iglesia y por la derecha mirábamos el cuartel y la casa municipal: doble construcción larga de un solo piso blanqueado y techado con tejas. A la vuelta, a media cuadra, teníamos la entrada del puente sobre el barranco y el río.

Nos alegraba dar por terminada la permanencia en Eagle Pass. Mi madre había estado allí muy enferma de unas neuralgias. Atormentada, además, por unas de esas preocupaciones que degeneraron en celos y recriminaciones.

Mi padre no faltaba nunca a dormir, pero empezó a llegar tarde en las noches. Se hallaba de visita con nosotros un tío Esteban, el hermano mayor de mi madre, que conseguía calmarla. Acababa de recibirse de ingeniero y manejaba muchos libros. Mirando su frente leída, creía yo descubrir la ilimitada sabiduría. Con mi madre discutía de religión, y ambos se apasionaban. Otra vez le oí desde una habitación contigua referirse a mí...

—Pobrecito; no sabe lo que le espera.

Hablaba en general de la vida y sus problemas, pero el "pobrecito" me molestó. Del porvenir yo poseía ya algunas certidumbres... La vida mía no iba a ser cosa corriente. Una serie de alternativas magníficas se agitaban en mis presentimientos, en nada acreedoras de aquel "pobrecito". Con todo, en aquella época me iba por algún rincón del traspatio a llorar de angustia sin causa y cavilaba, pensaba, hasta sentir fuego en las sienes.

El tío volvió pronto a la capital. Llevaba planes lisonjeros y acabó metiéndose en aduanas, con puestos de categoría; pero, al fin y al cabo, impropios de un profesionista. A los pocos días de su partida, mi madre me mandó hacer una fogata en el corral. Junté la leña, prendí un gran fuego y luego ayudé a echar sobre él un gran número de libros empastados y sin cubierta. Toda una pira de letra impresa se consumió entre las llamas...

—Son libros... —explicó mi madre—, libros herejes...

¿QUIÉN SOY?

Cierto día, comprando confites en Eagle Pass, me vi el rostro reflejado en una de esas vidrieras convexas que defienden los dulces del polvo. Antes, me había visto en espejos distraídamente; pero en aquella ocasión el verme, sin buscarlo, me ocasionó sorpresa, perplejidad. La imagen semiapagada de mi propia figura planteaba preguntas inquietantes:

—¿Soy eso? ¿Qué es eso? ¿Qué es un ser humano? ¿Qué soy? Y ¿qué es mi madre? ¿Por qué mi cara ya no es la de mi madre? ¿Por qué es preciso que ella tenga un rostro y yo otro? ¿La división así acrecentada en dos y en millares de personas obedece a un propósito? ¿Qué objeto puede tener seme-

jante multiplicación? ¿No hubiera bastado con quedarme metido dentro del ser de mi madre viendo por sus ojos? ¿Añoraba la unidad perdida o me dolía de mi futuro andar suelto entre las cosas, los seres? Si una mariposa reflexionase, ¿anhelaría regresar al capullo? En suma, no quería ser yo. Y al retornar cerca de mi madre, la abrazaba y oprimía con desesperanza. ¿Es que hay un útero moral del que se sale forzosamente, así como del otro?

Los inviernos eran crudos. A pesar de las estufas de carbón, encendidas al rojo, calaba el viento helado. El frasco de la leche de almendras de droguería pasaba de mano en mano, aliviando partiduras de rostro y manos. Vientos del Norte, ululantes, soplaban veinticuatro horas sin parar, levantaban remolinos de polvo y de basura, sacudían las puertas. Tras del huracán venía la helada. Congelábase el agua de las vasijas a la intemperie, reventaban las cañerías. Si el tiempo era lluvioso, formábanse en los ramajes sin hojas cangilones y estalactitas de nieve que llamábamos "candelilla". Raras veces nevaba, y cuando ocurría, se congregaban los muchachos para perseguirse con bolas blancas inofensivas.

Las mañanas me resultaban particularmente duras, por tener que atravesar el puente. Era casi un kilómetro de marcha sobre el largo columpio de aceros temblantes, azotados por el vendaval. Por momentos parecía que todo iba a quebrarse. La racha conmovía el acero y amenazaba lanzarme al vacío. Encogido, me cobijaba un instante contra las varas de hierro; luego adelantaba corriendo. Una mañana, para probar mi resistencia, dejé la mano derecha fuera del paleto; cortaba el viento helado, pero la mantuve expuesta hasta que se puso insensible. Al entrar en clase advertí que no podía moverla. Violo la maestra y mandó que me dieran frotaciones con nieve, sin las que pude perder el miembro. En aquel ambiente de *wild west* y de *cowboys* anteriores a la farsa del cine, hacerse duros era la consigna, y provocaba emulación. Una vez gané la apuesta del que bebiera más agua. Otros apostaban a recibir puñetazos en las mandíbulas.

Los recreos degeneraban a menudo en batallas campales. Nos dispersábamos por los barrancos arcillosos de la margen del río. Se comenzaba a marchar entre los matorrales, subiendo y bajando, según las anfractuosidades del terreno. Uno hacía de jefe y era menester seguirlo; *follow the leader* llamaban al juego que encabezaba el muchacho más diestro y más audaz... Al principio no se trataba sino de proezas deportivas: trepar un alud ayudándonos de las raíces de los mezquites o saltar sobre zanjas; pero el encuentro de grupos rivales provocaba peleas a pedradas. Se convenía en tirar solo a los pies, pero nunca faltaba algún descalabrado. La lucha enconábase si por azar predominaba en alguno de los bandos el elemento de una sola raza, ya mexicano o bien yanqui.

El más inocente de los juegos y también el más cultivado era el *base ball.* Nunca me sedujo. Me apartaba de los jugadores o me concretaba a mirarlos. Solo por excepción, si no había otro, me comprometía como *filder* para recoger las pelotas lanzadas fuera del campo. Por lo común, mientras se jugaba, me echaba en la arena, la colaba entre los dedos, en tanto reflexionaba largamente. Escarbando así bajo el sol, me encontré un pellejo de una víbora de cascabel. Otras veces perseguíamos éstas con varas hasta dejarlas inertes después de aplastarles la cabeza. Me apasionaba también el juego de canicas a pares o nones sobre un hoyo en la tierra. Las jugaba por interés, disputando las más hermosas de vidrio o de ágata.

EL ESTUDIO

La escuela me había ido ganando lentamente. Ahora no la hubiera cambiado por la mejor diversión. Ni faltaba nunca a clase. Uno de los maestros nos puso expeditos en sumas, restas, multiplicaciones, consumadas en grupo en voz alta,

gritando el resultado el primero que lo obtenía. En la misma forma nos ejercitaban en el deletreo a spelling, que constituye disciplina aparte en la lengua inglesa. Periódicamente se celebraban concursos.

Gané uno de nombres geográficos, pero con cierto dolo. Mis colegas norteamericanos fallaban a la hora de deletrear Tenochtitlan y Popocatépetl. Y como protestaran, expuse:

—¿Creen que Washington no me cuesta a mí trabajo?

Con todo, la escuela era muy libre y los maestros justicieros. El año que nos tocó una señorita recibí mi primer castigo. No recuerdo por qué falta se me obligó a extender la mano; en ella cayó un varazo dado con ganas. Sin embargo, sin ira. Una vez azotado, se me dijo:
—Ahora, a sentarse.

A poco rato, la misma maestra me hizo alguna pregunta como a los demás; el asunto se había liquidado. Hay algo de noble en un castigo así, severo y honrado. Se paga la falta y se sigue viviendo ya sin carga alguna de remordimiento. Nunca he sido partidario de la blandura en cierta pedagogía posterior que suele convertir al maestro en juguete del niño y al estudiante en censor del catedrático. Un manazo justo en la infancia, una explicación oportuna en el colegio, en la Universidad, producen un efecto de saneamiento de higiene indispensable de toda labor colectiva. La condición de eficacia está no más en ejercer la autoridad sin odio.

La ecuanimidad de la profesora se hacía patente en las disputas que originaba la historia de Texas... Los mexicanos del curso no éramos muchos, pero sí resueltos. La independencia de Texas y la guerra del cuarenta y siete dividían la clase en campos rivales. Al hablar de mexicanos incluyo a muchos que, aun viviendo en Texas y estando sus padres ciudadanizados, hacían causa común conmigo por razones de sangre. Y si no hubiesen querido era lo mismo, porque los yanquis los mantienen clasificados. Mexicanos completos no íbamos allí sino por excepción. Durante varios años fui el único permanente. Los temas de clase se discutían democráticamente, limitándose la maestra a dirigir los debates. Constantemente se recordaba El Álamo, la matanza azteca consumada por Santa-Anna en prisioneros de guerra. Nunca me creí obligado a presentar excusas; la Patria mexicana debe condenar también la tradición miliciana de nuestros generales, asesinos que se emboscan en batalla y después se ensañan con los vencidos. Pero cuando se afirmaba en clase que cien yanquis podían hacer correr a mil mexicanos, yo me levantaba a decir: —Eso no es cierto.

Y peor me irritaba si al hablar de las costumbres de los mexicanos junto con las de los esquimales, algún alumno decía:

—*Mexicans are a semi-civilized people.*

En mi hogar se afirmaba, al contrario, que los yanquis eran recién venidos a la cultura. Me levantaba, pues, a repetir:

—Tuvimos la imprenta antes que vos-» otros.

Intervenía la maestra aplacándonos y diciendo:

—*But look at Joe, he is a Mexican, isn't he civilized?, isn't he a gentleman?*

Por el momento, la observación justiciera restablecía la cordialidad. Pero era solo hasta nueva orden, hasta la próxima lección en que volviéramos a leer en el propio texto frases y juicios que me hacían pedir la palabra para rebatir. Se encendían de nuevo las pasiones. Nos hacíamos señas de rete para la hora de recreo. Al principio me bastaba con estar atento en clase para la defensa verbal. Los otros mexicanos me estimulaban, me apoyaban; durante el asueto se enfrentaban a mis contradictores, se cambiaban puñetazos. Pero la pugna fue creciendo y llegó a personalizarse. Un rubio sanguíneo, agresivo, gringo acabado, la tomó directa-

mente conmigo. La consabida discusión sobre el valor de los mexicanos concluyó con un:

—Eso lo veremos a la salida.

Apenas terminó la lección, nos dirigimos al extremo del llano inmediato a la escuela. Un numeroso grupo nos seguía. Se hizo el corro. Empezamos a pegarnos con saña. Desde el principio, llevé la peor parte. Para quitarme de la cara sus puños no hallaba mejor recurso que enlazarme con él, para pretender derribarlo. Lograba él sacudirme; volvíamos al frente a frente y otra vez hasta sacarme sangre de las narices. Perdí la serenidad y empecé a lanzar arañazos, patadas. El otro me castigaba con método. Era costumbre que el vencido exclamase "basta"; en ese instante se suspendía el combate y los adversarios se estrechaban' las manos como en el *ring.* Los amigos me gritaban:

—Ríndete, basta.

Pero la ira me hacía olvidar las heridas; no sentía el dolor, aunque me desangraba; por fin, vino el maestro a separarnos. Y como no hubo *shake hands,* quedó pendiente el encuentro. Pero mi estado era lamentable. Escoriaciones [sic], hinchazón, rasguños; de todo había en mi rostro. Al cruzar el puente rumbo a mi casa iba ideando la fábula que urdiría para explicar mi condición. Una caída desde la altura de un barranco. Mi madre me curó, escuchó la historia y la creyó o hizo como que la creía. Pero al llegar mi padre se armó el escándalo... "Seguramente se trataba de uno más grande que yo... Era una salvajada, cómo me habían puesto, reclamaría, acudiría al Consulado..no volvería a la escuela."

En la mañana siguiente, sin embargo, nadie me dijo "no vayas". Tomé solo el rumbo de siempre. La comida del mediodía solíamos llevarla en la mochila de los libros, y a pleno campo, solos o en grupo, devorábamos los *sandwiches,* los huevos duros, la fruta. A esa hora no había riñas; todas se aplazaban para el atardecer. Y mientras comía rumiando con el pan la amargura de mi derrota de la víspera, se me acercó un condiscípulo mexicano, de los nacidos y criados a orillas del río.

—Toma —me dijo, enseñándome una potente navaja—; te la presto. Estos gringos le tienen miedo al "fierro". Guárdala para en la tarde.

Volvimos al aula. La maestra eludió gentilmente toda referencia al tema de la discusión enojosa. La clase volvió a sentirse alegre, distraída en sus asuntos. Yo acariciaba dentro de la bolsa del pantalón aquel instrumento que en ocasiones me había servido para cortar madera, para afirmar las "horquetas" con que se cazan a liga los pájaros. AI salir de clase, Jim, mi vencedor, se plantó ante su grupo. Yo me acerqué con los míos. Le hice una seña, invitándole a pelear, a la vez que exhibía en la mano derecha y abierta la hoja, la navaja del compatriota.

—No; así no —dijo Jim.

—Busca tú otra —le dije.

—No; así no, Joe... Si quieres, como ayer.

—'No, como ayer no; como ahora.

—Ya ves, ya ves —me dijo mi aliado acercándose a recoger su instrumento—; cómprate una... que sepan que siempre la traes contigo, y no te volverán a molestar los gringos...

Fue una fortuna que así lograra hacerme respetar, porque las clases me fascinaban. Aparte los libros que se nos daban a leer, con frecuencia se hacían lecturas comentadas. Uno de los libros que me removió el interés fue el titulado *The Fair God, El Dios blanco, el Dios hermoso,* una especie de novela a propósito de la llegada de los españoles para la conquista de México. .. Y era singular que aquellos norteamericanos, tan celosos del privilegio de su casta blanca, tratándose de México, siempre simpatizaban con los indios, nunca con los españoles. La tesis del español bárbaro y el indio noble no solo se daba en las escuelas de México, también en las yanquis. No sospechaba, por supuesto, entonces, que nuestros propios textos no eran otra cosa que

una paráfrasis de los textos yanquis y un instrumento de penetración de la nueva influencia.

La he recordado siempre. Una de las más fuertes sacudidas espirituales de mi infancia: *La Ilíada,* con notas y explicaciones al verso inglés. Me la prestaron. Esforzándome para traducirla, captaba, no obstante la maraña bilingüe, la acción maravillosa, el río de elocuencia del inmortal poeta.

El alumno que presentaba una *composition* acerca del libro leído tenía derecho a otro préstamo. Cortas se me hacían las horas empleadas en borronear unas notas para pedir otro libro, raro artificio de recreación de sucesos maravillosos pretéritos.

EL MES DE MARÍA

La primavera comienza temprano en las tierras bajas de Coahuila y Texas. Casi un desierto Coahuila; sin embargo, en las vegas de los ríos_ las no-galeras gigantescas, los cañaverales altos, los sembrados de trigo, de alfalfa, de maíz y sandías, adquieren fragancias acentuadas por el contraste de los arenales del contorno. Cerca de Piedras Negras se vierte en la corriente abundante y cenagosa del Bravo el torrente cristalino del río de la Villita. La comarca de la confluencia es un vergel, y la misma margen del Río Grande, adelante de la casa que habitábamos, se convertía por primavera en un extenso prado de amapolas, violetas silvestres y margaritas.

Nos levantábamos al amanecer y partíamos en ayunas al campo. Desde antes de salir del pueblo, sobre los tapiales de los suburbios, contemplamos los quiebraplatos —especie de azucenas blancas y azules— que forman enredaderas. Sobre las corolas delicadas, el rocío brillaba un instante, luego se difundía en el aire luminoso y cálido. El llano baja florecido hacia la vega. El río sinuoso refulge sereno y ancho. A distancia, por ambas riberas, la tierra se parte en grietas, asciende levemente ondulada, arcillosa, salpicada con el gris de los arbustos.

A campo traviesa, por llanos ilimitados que parecen no tener dueño, los aromas de la tierra estimulan el paso, nos vuelven ágiles las piernas. En el ambiente, humedad ligera; yerba y flores silvestres en el prado y en el cielo remoto el sol, ensayando su poderío sobre las gasas de la niebla del alba que parecen refrescarle el rostro y le tamizan audazmente los rayos de su esplendor implacable. Mientras recogemos, repartidos por la llanura, brazadas de azucenas, se va iluminando la punta de los postes del telégrafo, única eminencia de la tierra devastada. Iniciamos el retorno, envueltos en la fragancia del botín.

En un ángulo de la sala, tiras de tela azul celeste y blanco y unas gradas sobre la mesa revestida de paños claros forman altar a la imagen de la Virgen. Con las flores del campo llenamos los vasos, apoyamos algunos ramos al pie del marco sagrado. Y una vez adornado el altar, corremos al comedor, donde esperan el chocolate y el pan dulce, las tortillas de harina con natas. En seguida, mi madre y mis hermanas se iban a la misa de enfrente y yo corría a mi escuela del otro lado; escuela laica, en realidad protestante y cristiana, pero sin apariencia prosélita.

Por la tarde, al regresar de clase, encontraba a mi madre con la mantilla puesta y en la mano el devocionario de los días de fiesta, pastas de concha nácar y rosario engarzado en hilo de plata. Entre velos blancos mis hermanas lucían sus encantos de niñas pulcras: Concha, sus mejillas de rosa; Lola sus cabellos de oro, y Carmen, sus ojos claros bajo las cejas negras.

Las flores puestas en el altar por la mañana eran rociadas de agua fresca y, transportándolas en cestos con pétalos de rosas, atravesábamos la plaza iluminada con los resplandores del atardecer.

La iglesia era una pequeña nave a medio techar.

En la portada barroca, humildísima,

se quedaron vacíos unos nichos que yo en mis delirios de futuras grandezas me proponía llenar comprándoles imágenes de talla increíble. A la izquierda, un arquito sostenía la única campana. En tan sencillo escenario pasaron horas de embeleso inefable. Un pequeño órgano acompañaba la misa de los domingos. Un confesionario despintado recibió mis primeras dudas y no recuerdo cuántas veces me acerqué al modesto altar donde nos daban la comunión.

—¿Cómo es que la hostia puede contener a Dios? —pregunté una vez al confesor, no tanto porque dudara, sino por oírle argumentos decisivos, pero repuso:

—Dile a tu madre que te explique todo eso.

Las tardes de mayo no iba allí para descifrar problemas, sino para gozar la dicha del ofertorio de nuestras vidas, todavía no marcadas por el dolor. Fingía gorjeo de pájaros el murmullo de niñas de blanco y niños de negro sentados en bancas próximas a la alfombra del altar. Gemía dulcemente el órgano y unas voces ingenuas alababan cantando el misterio santo, mientras subían las niñas de blanco, de dos en dos, arrodillándose a intervalos, regando flores sueltas por las gradas, depositando los ramos en el altar de una virgen azul.

Volvían luego a sus asientos, ligeras y contentas. Cesaba el canto y se reanudaba el rezo, y así varias veces. Al final el sacerdote, de casulla de oro, incensando, se postraba y descubría la hostia y la hacía radiar entre los lirios. Las niñas, arrodilladas, ofrendaban su blancura intacta; doblábamos todos la cabeza reverente y subía al cielo la plegaria sincera y melodiosa. Al salir al viento de la noche, una ventura dulce embriagaba los corazones.

Trapos azul y blanco, humilde imagen, vasos con agua de color, flores campestres, incienso ritual, ofrenda de corazones sencillos, ¿qué magia, ni la más complicada, podría igualar el milagro que consumabais en mi conciencia? Contento sacábamos de allí para todo el día siguiente y aun para el año entero hasta que otra vez los prados florecieran en honor de la Inmaculada. "Dios te salve, María, llena eres de gracia..."

La devoción popular no se conformaba con un solo mes de plegarias. Golosa de poesías, entraba en junio, el mes de Jesús, dedicado a los hombres, como el de mayo a las mujeres. Y más rosarios con letanía cantada y *ora pro nobis* en coro de fieles cada uno de los días del mes.

EL CALOR

El verano fronterizo es polvoriento y sofocante. No alivian los baños diarios, ya no en bañera como en invierno, sino al aire libre, en el patio, con la ducha de una manguera destinada al riego del jardín. Luego, al caer la tarde, por las calles recién regadas y olientes a tierra humedecida, rodaban carruajes de tiro, alquilables por hora. En alguno de ellos íbamos al otro lado, a las neverías o en excursiones mas largas hasta el río de la Villita. En familia, después del remojo en las aguas cristalinas y fluentes, nos sentábamos en la grama semienvueltos en toallas o ya vestidos para devorar una de esas enormes sandías, orgullo de la frontera. Tomábamos cada quien su rebanada, grande, encendida y jugosa. Después el corazón colorado, casi quebradizo y dulce, era repartido en trozos entre gritos pedigüeños y risas de contento.

También eran agradables las cenas improvisadas en las mesas populares de la Plaza del Comercio, vulgarmente la Plaza del Cabrito, por el guiso predilecto que allí se servía. Aparte del cordero, daban tamales delgados, rellenos de pollo y de pasas y almendras, todo con café de olla, sobre manteles de hule y luz de quinqué. La clientela heterogénea, numerosa, comprendía obreros de la maestranza en overol y señoritas bien polveadas, niños con los papas y "gringos" del otro lado.

Después de la cena, el fronterizo goza del

fresco a la puerta de su casa. Juega la brisa con las cortinas de encaje blanco y trabajan las mecedoras, en tanto languidece la charla. Enfrente, la plaza iluminada bulle de paseantes. Una o dos veces por semana la banda militar toca en el quiosco marchas y sones cargados con imágenes de la ciudad, sus luchas y victorias. Al cruzarse, sonríen los vecinos. Es un hermoso milagro vivir. Por delante, la senda ofrece muchos años, repletos de dones apenas concebidos. En un espacio inmaterial se palpa el fruto semejante al desarrollo de la música con alzas y bajas, dulzuras y abismos. Una borrachera de pensamientos marea la cabeza. Cada pieza de la banda es como una copa de un ajenjo vagamente adivinatorio, que sugiere vislumbres del porvenir. Y en vez de ir a mezclarme al correteo de los menores quedábame sentado al borde de la acera, próximo a la conversación de los mayores, pero sin oiría. Me conturbaba lo mío; se me deshacía el corazón como con llanto, me pesaba sobre los hombros la tarea que solo el transcurso de los años va haciendo factible y ligera.

Algunas noches, cuando el calor arreciaba y no había serenata, así que las cornetas del cuartel vecino tocaban la retreta, sacábamos al patio los catres de lona. Encima una sábana y otra más para envolvernos, sobre la bata, y a estarse en cama contemplando las estrellas antes de dormir. De todos los goces del verano fronterizo ninguno es más profundo. El clima caliente y seco invita a pernoctar bajo la bóveda celeste. En aquella topografía de llanuras devastadas el cielo es más ancho que en otros sitios de la tierra y las constelaciones refulgen dentro de una inmensidad engalanada de bólidos. Algo semejante observó Reclús en las noches de Persia, cuya magnética incitación al ensueño produjo los cuentos de las *Mil y una noches.* Palabras cargadas de esplendor y de virtud mágica que construyen con la fantasía todo lo que el esfuerzo humano jamás podrá cumplir en la tierra.

En aquellos cielos nuestros, desprovistos de literatura, la mente sondea, libre de sugerencias, como si recién descubriese el Cosmos. El alma se va por los espacios y divagando capta un maná de gracia más eficaz que el de Moisés. La memoria distraída repite sin atención los nombres de la media docena de constelaciones que la abuela conocía: la Osa y el Abanico, las Siete Cabrillas y el Lucero. En la dulzura de la noche, perdida toda noción finita, el tiempo ya no corre porque se hizo eternidad. Reclinado el rostro sobre la almohada y al cerrar los ojos para dormir, una lágrima dichosa escurre por la mejilla. Después, no se llora así. El llanto se vuelve ácido a medida que se agria el vino interior.

RIPALDA Y RELOJ

En verano, con motivo de las vacaciones, se relajaba un tanto la disciplina de nuestra casa, pero no lo bastante para prescindir de una dictadura; la del reloj; ni del código vigente, el Catecismo de Ripalda. Con los metodistas norteamericanos tenía mi madre ese punto de contacto, sin saberlo; la división del día en horas para quehaceres en serie. Hora para levantarse, hora para el aseo, hora para el paseo, hora para la lectura, y así para las comidas y faenas ordinarias.

Todavía después de la cena y tras el rato de libre conversación, escuchábamos la voz autoritaria y querida: "Niños, a estudiar..." Nunca dejarnos sin algo que hacer era su empeño, pues ya lo decía el Ripalda: "La ociosidad es madre de todos los vicios."

Esta última palabra ya la había buscado en el gran Diccionario de la Lengua, junto con otras acerca de las cuales la malicia infantil se cuida bien de interrogar. Jugando una tarde en el jardín de enfrente con mis hermanas y sus amiguitas, una de éstas, al saltar de un banco, dejó ver que no llevaba calzones. La fuerte impresión recibida me hizo pensar en los vicios

de que habla Ripalda. No es que a los diez o los once años tuviera inquietud erótica; pero la imaginación se adelanta a la fisiología. Tampoco me preocupaba ninguna jovencita. Mi ilusión, ya que no mi ambición, apuntaba más alto.

Contigua a nuestra casa se estableció la administración del Timbre. La familia del director ocupaba unos altos y el patio nos era común. La agencia del Timbre, espléndidamente retribuida, rivalizaba con el cargo más alto de la Aduana.

La esposa y las hermanas del director vestían con elegancia, andaban en carruaje propio y visitaban frecuentemente a sus parientes de la capital. La hermana más joven, María, era una rubia esbelta y delicada. La recuerdo de túnica rosa y sombrero de paja veraniega. Los jóvenes de la localidad la festejaban con serenatas, la proclamaban reina de los carnavales, por lo que muchas veces la vi llegar en triunfo. Cierta ocasión la contemplé subiendo la escalera del patio: caderas largas, busto delicado y un color como de porcelana clara. No puedo decir que me incitaba, pero sí me fascinaba. Involuntariamente asociaba su figura a todo lo que hay de amable y glorioso en el mundo. El diario choque sentimental de la escuela del otro lado me producía fiebres patrióticas y marciales. Me pasaba horas frente al mapa recorriendo con la mente los caminos por donde un ejército mexicano, por mí dirigido, llegaría alguna vez hasta Washington para vengar la afrenta del cuarenta y siete y reconquistar lo perdido. Y en sueños me veía atravesando nuestra aldea de regreso de la conquista al frente de una cabalgata victoriosa. Hervían las calles de multitud con banderas y gritos y en su balcón, sobre la plaza, asomaba sonriente María la del Timbre, obligándome a refrenar el caballo para saludarla.

Después de tales visiones, la encontraba y me decía indiferente y afable como buena vecina:

—¡Hola! ¿Qué tal, Pepe?

Sudando frío la escapaba.

El asunto erótico no me hería en la carne, pero ya saturaba nuestro ambiente; incluso con sus aberraciones y brutalidades. Cuando caía en la escuela uno de esos niños apegados a la falda materna: *mama's boy,* en seguida alguno de los grandes lo molestaba amenazándolo con inmundas vejaciones si no daba señales de rebelarse. Un hábito de brutalidad alejaba de nuestra escuela a los niños llegados del interior. Se presentaron una ocasión tres jovencitos elegantes que por ser hijos del contador de la Aduana me fueron encomendados. Al verlos llegar en coche, acompañados de una institutriz, trajeados con esmero que obliga a cuidar la ropa, bastó para que se concitaran animadversiones. Cuando aconsejé al mayor que se armara de su navaja, me contestó que él era un niño decente. Por fin, un día lo golpearon y ninguno volvió a presentarse. Me envaneció entonces sentirme duro, curtido de soles y nieves, puñetazos, descalabraduras, sustos y victorias. Así serían, pensaba yo, como aquellos de los puños de camisa flamantes todos los decentitos de la capital. Pues yo era un bárbaro contento.

Solo uno nos mandó la metrópoli que puso a raya a los gringos. Era hijo del administrador de la Aduana. Manuel Bauche. A los doce o catorce años tiraba esgrima y boxeo. Desde el primer día se plantó en el recreo desafiante y varios sintieron su puño en el rostro. Las *girls* le sonreían y los más se le acercaban con respeto,

—¿A quién quieres que le pegue, Pepe? —decía dirigiéndose a mí—; ¿a cuál le pego?

Las niñas que se coeducaban a nuestro lado en clase usaban para el recreo un patio anexo, aislado por unas tablas. Desde mi asiento observaba un par de morenas, hijas de un judío del Banco. Una de ellas, sensual y flexible, anticipaba el tipo femenino de mis predestinaciones disparatadas.

Ciertas miradas alentadoras me llevaron a escribirle unas palabras; le

hice seña que tenía para ella un recado. A la hora del recreo se lo entregué por las junturas del cercado. Pasó por mí un deleite nuevo el sentir que sus dedos tiraban del papel doblado, y me envaneció tener novia, como los otros. Pero las consabidas secreciones glandulares específicas no teñían aún mi pensamiento. Ninguna agua sucia enturbiaba mis claros conceptos de dicha, entusiasmo y amor.

LA LECTURA

Mi pasión de entonces era la lectura, y me poseía con avidez. Devoraba lo que en la escuela nos daban y cada año nos ampliaban el círculo de clásicos ingleses y norteamericanos. Leía por mi cuenta en la casa todos los libros hallados a mano. Acogido al umbral de mi puerta, frente a la calle arenosa, todavía sin pavimento, pero ya de bombilla eléctrica en lo alto de un poste, recapacitaba una noche sobre mi saber, y al consumar el recuento de libros leídos pensaba: "Ningún niño en los dos pueblos ha leído tanto como yo." Tal vez entre los niños de la capital habría alguno que hubiese leído igual, pero de todas maneras era evidente que estaba yo llamado a manejar ideas. Sería uno a quien se consulta y a quien se sigue.

Antes que la lujuria conocí la soberbia. A los diez años ya me sentía solo y único llamado a guiar.

Mi salud no correspondía a mis ambiciones; me hallaba condenado a las cucharadas de hígado de bacalao. Ciertas recaídas febriles nos recordaban que el paludismo infantil no se había extinguido. Con frecuencia padecía jaquecas. Era ésta una afección familiar: la padecía mi madre, la padecían mis hermanas. Las atribuíamos a debilidad; para curarlas nos daban ración doble y el dolor nos volvía locos. Nunca hacía cama ni faltaba a la escuela, pero rara vez me sentía con vigor pleno. Sin embargo, la enfermedad no nos preocupaba.

—Domínala, olvídala —aconsejaba mi madre.

Mi pasión de viajero por el mundo del conocimiento no conocía preferencias. Imaginaba misterios mágicos en la tabla de Pitágoras. Las lecciones orales de geografía con mapas de ríos, de montañas y relatos etnográficos equivalían a la más amena literatura. Libertad de imaginación y disciplina para estimar sus resultados, precisión y aseo en la faena; todo esto exigía la humilde escuela texana de los remotos años del noventa y cuatro.

El afán de protegerme contra la absorción por parte de la cultura extraña acentuó en mis padres el propósito de familiarizarme con las cosas de mi nación; obras extensas como el *México a través de los siglos* y la Geografía y los Atlas de García Cubas estuvieron en mis manos desde pequeño. Ninguno de los aspectos de lo mexicano falta en esta segunda obra admirable. Ninguna editorial española produjo nada comparable al García Cubas, hoy agotado. El Atlas histórico es, además, una joya de litografía a colores, la cadena de Misiones que llegaron hasta el Norte. Las tribus indígenas, sus trabajos y sus fiestas. El mapa y monumentos de la Colonia, desde el Santo Domingo de Oaxaca hasta las catedrales de Durango y Chihuahua.

Enseña también el García Cubas, gráficamente, el desastre de nuestra historia independiente. Describe las expediciones de Cortés hasta La Paz, en la Baja California; las de Alburquerque por Nuevo México y la cadena de Misiones que llegaron hasta encontrarse con las avanzadas rusas, más allá de San Francisco. Señala en seguida las pérdidas sucesivas. Un patriotismo desviado proclama como victoria inaudita nuestra emancipación de España, pero era evidente que se consumó por desintegración, no por creación. Las cartas geográficas abrían los ojos, revelaban no solo nuestra debilidad, sino también la de España, expulsada de la Florida. Media nación sacrificada y millones de mexicanos suplantados por

el extranjero en su propio territorio, tal era el resultado del gobierno militarista de los Guerrero y los Santa-Anna y los Porfirio Díaz. Con todo, llegaba el quince de septiembre y a gritar junto con los yanquis mueras al pasado y vivas a la América de Benito Juárez, agente al fin y al cabo de la penetración sajona. La evidencia más irritante la da el mapa de la cesión del Gila, consumada por diez millones de pesos, que Santa-Anna se jugó a los gallos o gastó en uniformes para los verdugos que desfilan en las ceremonias patrias. En vez de una frontera natural, una linea en el desierto que por si sola nos obliga a concesiones futuras, pues compromete la cuenca del Colorado. Por encima de los mentirosos compendios de historia patria, los mapas de García Cubas demostraban los estragos del caudillaje militarista.

El episodio de Su Alteza Serenísima Santa-Anna rindiéndose a un sargento yanqui nos era restregado en la clase de Historia texana, y un dolor mezclado de vergüenza enturbiaba el placer de hojear nuestro Atlas querido. Mientras nosotros, ufanos de la "Independencia y de la Reforma", olvidábamos el pasado glorioso, los yanquis, viendo claras las cosas, decían en nuestra escuela de Eagle Pass: *"When México was the largest nation of the continent..."* frente al mapa antiguo, y después, sin comentarios: *"Present México."*

Mi padre no aceptaba ni siquiera que ahora fuésemos inferiores al yanqui.

—Es que los fronterizos no conocen el interior ni la capital... Se van a gastar su dinero a San Antonio... Ven allí casas muy altas... Yo las prefiero bajas para no subir tanta escalera... No niego que nos han traído ferrocarriles, pero eso no quita que son unos bárbaros... Nos han ganado, porque son muchos.

Yo, interiormente, pensaba:

"Es que a mí me han pegado y fue uno solo..."

No; cobardes no eran... Bárbaros, quizá; en esto mi madre también estaba de acuerdo. Sus ideas sobre la cultura del Norte casi no habían cambiado desde que tomó unos apuntes en su escuela particular de Tlaxiaco. Escritos en papel amarillento, los revise poco después de su muerte. "Al Sur de México, decían, está Guatemala, nación que en cierto modo estuvo unida a la nuestra, y al Norte habitan unos hombres rudos y pelirrojos que suben los pies a la mesa cuando se sientan a conversar y profesan todos la herejía protestante."

El prejuicio patriótico cegaba a mi padre. Mi madre tenía motivos más hondos para desconfiar del progreso del Norte: los yanquis eran protestantes y el verme obligado a tratarlos extremaba su afán de arraigar en mí la fe católica. Su pequeña biblioteca ambulante contenía los dramas de Calderón en cantos dorados, un Balmes, un San Agustín y un volumen de Tertuliano. De este último me leía trozos polémicos. Alguna vez me hizo leerle *La vida es sueño,* pero el libro preferido de nuestras veladas, de Piedras Negras, era la *Historia de Jesucristo,* de Louis Veillont, con láminas a colores. El pasaje que entonces ponía reflexiva a mi madre era el corro de los doctores. Ya no le preocupaba la posibilidad de mi pérdida física, como en los tiempos angustiosos del Sásabe; pero ahora estaba atenta al peligro del alma, lanzada ocho horas al día entre herejes de escuela extranjera, Interpretando el pasaje de la disputa con los doctores, mi madre afirmaba que un niño cualquiera, si poseía el tesoro de la doctrina verdadera, podía poner en confusión a los sabios.

Nuestra escuela de Eagle Pass era sinceramente democrática y trataba la religión con simpatía respetuosa. Discípulos y maestros acudían el domingo cada quien a su iglesia. Pero mi madre temía esa especie de saturación de ambiente que crea cada doctrina y me acorazaba contra el peligro de lo protestante.

Reforzaba no solo la teoría, también

la práctica. Aparte de la misa en domingo y fiestas de guardar, además de la confesión y comunión por cuaresma y otras solemnidades y añadido a las oraciones de la mañana y de la noche, cada tarde al oscurecer nos reuma, sin' excepción de los criados, para el rezo del Rosario. Primero, el Padre Nuestro en coro...

—Dilo bien, pronuncia claro: Padre Nuestro... —luego las Avemarías prolongadas en los cinco misterios—. Por tu hijo suplicámoste, señora, que nos des un corazón limpio y puro. Dios te salve María...; que se alumbren las tinieblas de nuestras almas... —según el rezo avanzaba, crecía el fervor; las Avemarías alcanzarían acentos de triunfo—: Abrid, Señor, mis labios, y mi lengua cantará vuestras alabanzas . . .

Y como si el soplo celeste plasmase, por fin, en su forma adecuada, llegando a la letanía, se entonaban alabanzas latinas. *Mater doloroso., mater misericordies, refugium pecatorum. turris eburnea, estella matutina.* Cada vez respondíamos: *Ora pro nobis.* Por el aburrimiento y el olvido, por las rodillas que dolían de estar hincadas... *Ora pro nobis*. También sabíamos que el ardiente amor que nos envolvía en su llama solía lanzar el castigo de un cuartazo o de un pellizco si por fatiga inoportuna alguien se permitía un retozo o cabeceaba de sueño. Cierta dureza acompaña siempre a la pasión y mi madre se despertaba si advertía frialdad, indiferencia en los suyos, para asuntos que estimaba supremos. En mis reflexiones más íntimas yo compartía sus preferencias. El patriotismo y la Historia, bien vistos, eran vicisitudes secundarias de los pueblos. Las playas que cuentan, pensaba, no son las del Golfo de México ni las del Mar de Cortés, sino aquellas del norte de África, en que el angelito se apareció a San Agustín para disuadirlo del empeño de explicar los misterios de la fe. Cogía en su cántaro agua del mar y la echaba en un pequeño agujero.

—"¿Qué haces?" —preguntó el santo.

"—Lo mismo que tú —replicó el ángel—; estoy echando el mar en este agujero."

—Mamá, ¿qué es un filósofo? —indagaba yo, y ella, lacónica como el catecismo, respondía:

—Filósofo es el que se atiene a las luces de la razón para indagar la verdad. Sofista es el que defiende lo falso, por interés o por simple soberbia y ufanía.

La palabra filósofo me sonaba cargada de complacencia y misterio. Yo quería ser un filósofo. ¿Cuándo llegaría a ser un filósofo?

LA SORDA PUGNA

Durante mucho tiempo el tono social lo dio Piedras Negras. Nuestra superioridad era notoria en el refinamiento de las maneras y el brillo de las fiestas patrióticas, carnavales y batallas de flores de primavera. Pero, gradualmente, Eagle Pass adelantaba. Casi de la noche a la mañana se erguían edificios de cuatro y cinco pisos, se asfaltaban avenidas. Entretanto, Piedras Negras entregábase a las conmemoraciones y holgorios sobre el basurero de las calles y las ruinas de una construcción urbana elemental. Inseguros del mañana, olvidados del ayer, los nuestros derrochaban con desprecio de la previsión, indiferentes aún al aseo. En cambio, Eagle Pass se pulía y hermoseaba tal y como las bellas rubias que recorrían nuestras calles abandonadas, manejando ellas mismas las riendas del, caballo de sus *buggies* de luciente barniz. Y empezó a estar de moda vestirse en las tiendas del otro lado. Resultaba también más económico que encargar las ropas a México. Y a medida que las mesas de comidas de la Plaza del Cabrito se iban quedando solas, en Eagle Pass se abrían restaurantes de manteles albos y vajillas plateadas.

Antiguamente, las tabernas del pueblo servían a la clientela sendos vasos de vino tinto, extraídos de barricas procedentes de España y de Francia, por

Galveston. En los hogares se bebían los vinos blancos de Burdeos. Pronto venció, sin embargo, la cerveza. Cantinas o bares, mostradores de caoba, espejos biselados, fina cristalería, hielo picado y brebajes de mezclas bárbaras, *whiskies* y *bocks.* Al principio, el gusto educado les hacía un gesto; preferían los nuestros el buen Madera, el Oporto o Jerez. Pero la baratura y la abundancia, la facilidad para obtener el *cocktail,* los obsequios de vasos a propósito para la cerveza, la complicidad del calor, todo concurría a la derrota del vino. Pronto, aun en los hogares, iniciada la comida, aparecía la criada que, de vuelta de la esquina, traía la jarra de cristal rebosante de espumas, exudadas por el frío de un líquido que parece oro y que sabe a cocimiento sin endulzar.

En la escuela se observaba el desarrollo urbano de las dos ciudades vecinas. En la distribución de las tareas de clase de Geografía me tocó levantar el plano de Piedras Negras. Observé, con este motivo, mi pueblo en la amplitud y en el detalle. Visto desde Eagle Pass, luce ventajosamente, asentado sobre el más alto barranco de la margen meridional del río. Sobre las arboledas de mezquites asoman tejavanes y azoteas, molinos de viento de las norias. A la izquierda, las chimeneas siempre humeantes de la Maestranza prolongan el panorama del otro lado del puente del ferrocarril. Este puente y el de los peatones limitan casi la extensión urbana. Por la derecha unos cuantos solares con cercas de madera o tapial invaden la vega. El talud arcilloso se desgaja a trechos y descubre cuestas o en otro sentido "bajadas", que todavía utilizan aguadores con sus burros y que antes de los puentes eran como calles hacia la ribera. Tal recuerdo el conjunto, pero mi tarea me obligó a trazar las avenidas y los cuadros de casas.

Entrando por el puente de a pie, salvadas las garitas aduanales, hallábase a la derecha la casa de los Riddle. Un solo cuerpo blanqueado, anchas ventanas y, mirando al río, un tejadillo con barandal de madera. Constituía aquel mirador sitio privilegiado para contemplar las avenidas. Los Riddle, familia bilingüe, padre tejano, madre mexicana, eran gente afable, que invitaba a los vecinos al espectáculo de la estación otoñal si el máximo de la creciente coincidía con el atardecer. Marqué, pues, sobre mi plano, después de trazar la línea del río, el talud y los dos puentes y como primera indicación urbana: *Riddle's home.* Media cuadra adelante señalé mi esquina, con la administración del Timbre al lado. Luego el rectángulo del jardín municipal, con el cuartel y el municipio, y enfrente la iglesia; en la misma acera de ésta y sobre la avenida principal un caserón en ruinas, de techo apizarrado, de dos aguas, muros desportillados y ventanas sin vidrieras. Lo llamaban "la casa de los murciélagos", porque los vomitaba revoloteando cada atardecer.

El costado izquierdo de la plaza no lo advertía nadie; lo encubrían los chopos del jardín y quedaba separado del tráfico. Sin embargo, había allí entre otros comercios una joyería. En mi plano asenté únicamente esa palabra. En realidad, aquella casa me evocaba una emoción confusa. Cediendo a la costumbre norteamericana de hacer trabajar a los jóvenes en comercio o en oficio durante el período de vacaciones, mi padre me había puesto un mes como ayudante gratuito de aquel su amigo joyero. Me ocupaba en clasificar por tamaños las argollas de oro para los matrimonios o en sacarle brillo al chapeado de los relojes con la gamuza amarilla. Con frecuencia, tras de un simulacro de faena, se me mandaba a jugar con los hijos del patrón por las habitaciones y el patio. Cierto día, al recoger un trompo que entre todos hacíamos bailar, mis ojos se quedaron atónitos. Sentada en la alfombrilla del suelo, componía la señora su máquina de costura. Levantaba la pierna sobre el pedal y mostraba, no obstante las finas ropas, la parte

más delicada y secreta de su belleza rubia, judía y juvenil. A pesar de una ignorancia cabal aún, semejante visión me produjo desconcierto y sobresalto ardiente. Al trabajar sobre mi plano la imagen se encendía, y de haber dejado libre la voz de la sinceridad, en lugar del letrero Joyería, que acababa de anotar, hubiera escrito "Misterio maravilloso."

En aquel comercio adquirió mi padre un reloj de mesa. Peana larga de metal barnizado de negro y encima la carátula de un semicilindro bronceado. Al otro extremo una mujer de metal dorado: cabeza griega, hombros desnudos, pechos firmes. Pegado al talle un manto le ciñe la cintura y baja cubriendo los muslos en posición sedente; una pierna recogida apoya unas tablas; la otra luce el torneo de una pantorrilla suntuosa. Sostiene la mano izquierda el borde superior del libro abierto y la otra mano, caída, tiene un lápiz en espera de las órdenes de la mente que lo hará escribir. Era la ciencia, decían en casa, y su frente despejada contagiaba la serenidad; pero los muslos, aun siendo de bronce, recordaban los de la judía.

Decididamente era cosa pobre el plano en que trabajaba. Un árido conjunto de líneas y letras, inepto para sugerir lo mejor de cada sitio: como jaula sin pájaros se veía cada manzana del trazo.

Calle del Comercio creo que se llama toda la avenida larga que parte de la iglesia y remata en la estación del ferrocarril. A cierta altura la Plaza del Comercio se engalanaba con la tienda de ropa de los Miranda, veracruzanos, bien trajeados y afables, y con almacenes de maquinaria agrícola, bares de mexicanos y de yanquis. Cerraba el costado opuesto la tienda de ultramarinos "Trueba Hermanos", rica en sardinas en lata, pasas y almendras, aceitunas y vinos generosos. Después de la Plaza del Comercio seguían calles con tiendas y tendajos y hospederías. Ya en su extremo, la avenida se ensanchaba. De un lado, a la derecha, el edificio de la Aduana, circundado de su jardincillo; enfrente un doble piso de madera pintada de rojo con portalillos, el Hotel Internacional. Al fondo, el tejamanil de la modestísima estación del ferrocarril. Detrás los talleres, los almacenes de la Aduana, la pequeña urbe de la Maestranza.

Muchas horas me tomó el plano, pero al fin lo vi limpio y ampliado con noticias suburbanas como el cementerio y el camino de la Villita al Sudoeste. Lo contemplaba yo listo para ser desprendido del restirador y no me complacía. Por instinto repudiaba mi obra como un caso de falsificación de la realidad: la falsificaba por causa de la abstracción y las matemáticas. Acaso la más deshonesta y petulante de todas las falsificaciones que perpetra el ingenio. En vez de pintar la vida del pueblo y proyectar su alegría, yo fijaba las perogrulladas de un trazo que da cuenta del número y la extensión del alineamiento urbano. Quedaba fuera, ya no digo lo esencial, también el detalle amable. La realidad pintoresca, el color y el olor; todo era sacrificado, convertido en perfil y traicionado. Una pueril abstracción de la realidad; eso era la Geometría.

EL PUENTE

Los sucesos notables giraban en Piedras Negras en torno al puente. Artería internacional, salto audaz sobre el abismo de dos naciones, ruta suspendida en el aire. Por abajo corren aguas abundantes de aluvión, jugando en remolinos que son trampas mortales para el nadador. Nunca se agota el caudal líquido, aunque disminuya en verano. Varios afluentes, como el Pecos caudaloso, y riachuelos y arroyos, mantienen el correr milenario. En el otoño se producen frecuentes y peligrosas avenidas. Dos veces han sido arrastrados tramos enteros del puente con todo y pilastras de cemento armado. La primera catástrofe ocurrió uno o dos años después de la inauguración.

Para contemplar de cerca la corriente, numerosos vecinos de los dos pueblos pagaron el acceso a fin de instalarse en los barandales interiores sobre el avance de las aguas. Desde la aparente seguridad de los entarimados era emocionante observar el torrente. Imponía el oleaje formado en torno de las dobles y gruesas pilastras; conmovían los hierros de la estructura. Nadie advirtió que las ramazones acarreadas por la corriente se acumulaban en ciertos sitios, aumentando enormemente la presión. Inesperadamente crujieron las junturas, se desgarró la madera y cayó un tramo a la corriente; luego, otro, arrastrando ambos a centenares de personas que se hundieron en el agua para siempre o reaparecieron a corta distancia luchando en el turbión. Desde las secciones intactas algunos buenos vecinos tiraban cables que salvaron a contados náufragos. La mayor parte de los que cayeron al agua pereció al instante. Nos hallábamos nosotros en el extremo tejano del viaducto, adonde casi no llegó el pánico, pero sí el horror del espectáculo. Los daños materiales se repararon rápidamente; pero el público quedó desconfiado y el tráfico se interrumpía durante las horas de las máximas avenidas.

Desde que nos instalamos en Piedras Negras, atravesaba yo el puente a diario, por la mañana, temprano y al atardecer; por eso, la época de las crecientes solía dejarme impresiones dramáticas. Una mañana vi que se alzaba la corriente tan impetuosa y atronadora, que a medio puente pensé regresarme sin cruzarlo. Vacilé diciéndome que posiblemente se trataba de una avenida ordinaria y que sería ridículo quedarme en casa para mirar a los que la pasarían después; hice un esfuerzo y seguí adelante. Apretado el gabán contra la cintura, eché a correr. Tras de mis pisadas subía el crujido de los maderos del andén. La corriente engendraba abajo un oleaje que, al partirse en los pilares, sacudía todos los hierros de la estructura. El miedo me puso alas en los pies. Corría como si ya el andador hubiese sido separado del puente y yo saltara eludiendo el abismo. Jadeante, sudoroso, contaba los tramos: uno, dos, tres; el peligro había pasado, la corriente cedía al derramarse el agua por la llanura del lado americano. Casi me desilusione mirando que, atrás de mí, el puente seguía inmóvil. Y empecé a sonrojarme de mi pánico. Pero, en fin, estaba vencido el obstáculo. En la escuela no se diría que faltaba por miedo a la corriente.

Si la avenida era de las extraordinarias, comúnmente engrosaba a mediodía para volverse imponente en el atardecer. Estruendos de catástrofe distante conmueven el espacio antes que las avalanchas del líquido. Huyen los ganados de las márgenes. Corren los boteros asegurando los esquifes, se suspende el tráfico en el puente y solo algunos curiosos asoman hasta el primero, hasta el segundo tramo; la porción central queda desierta. Una tras otra y como cataratas a nivel se van ensanchando las ondas. El poste marcador va indicando, por minutos, un pie, dos pies de altura después de cada golpe de la creciente. El clamor de las aguas resuena ahora próximo, avasallante. Retiembla el suelo bajo los pies y con alarma se recuerda que los terrenos de aluvión en que se asienta el poblado no están a salvo de deslizamientos desastrosos. Sobre las aguas mugientes flotan troncos de árboles, ramajes que giran a medio hundir como cadáveres del bosque; vacas hinchadas al ahogarse, perros muertos, cerdos, carneros; todo se confunde en el barro fluido, igual que si una región de la tierra se hubiese de pronto licuado. Adelantando para ver la corriente un poco de lleno, compruébase el valor de la frase común "la fuerza de los elementos". El hombre se reconoce despavorido, débil aún, frente a los cambios primarios. El día que se inventase la manera de no ahogarse, la manera de no morir, habría comenzado el progreso como fin humano. Mientras tanto, seguiremos padeciendo terrores, des-

concierto y pasmo. Salvo que entre en juego otro instinto, desdeñoso y resuelto, a convivir con la catástrofe; más aún: empeñado en sacarle partido. Nunca he olvidado el beneplácito con que todos vimos, desdeñando los peligros y sorpresas del instante, los esfuerzos del nadador que, en un remanso un poco más allá de la casa de los Riddle, desvió del torrente una hermosa sandia y la fue llevando hacia la orilla, donde logró recogerla y ponerse a salvo.

¿ALUCINACIÓN?

Regresábamos de un paseo "al otro lado". La mañana estaba luminosa y tibia. Leves gasas de niebla borraban el confín, se esparcían por la llanura. Serían once de la mañana y comenzaba a quemar el sol. Desde el puente contemplábamos la margen arenosa, manchada de grama y mezquites, cortada en arroyos secos. En suave ondulación baja el terreno hacia la cuenca del río, que corre manso. De pronto, nacidos del seno humoso del ambiente, empezaron a brillar unos puntos de luz que avanzando, ensanchándose, tornábanse discos de vivísima coloración bermeja o dorada. Con mi padre y mis hermanas éramos cinco para atestiguar el prodigio. Al principio creímos que se trataba de manchas producidas por el deslumbramiento de ver el sol. Nos restregábamos los ojos, nos consultábamos y volvíamos a mirar. No cabía duda: los discos giraban, se hacían esfera de luz; se levantaban de la llanura y subían, se acercaban casi hasta el barandal en que nos apoyábamos. Como trompo que zumbara en el aire, las esferas luminosas rasgaban el tenue vapor ambiente. Hubiérase dicho que la niebla misma cristalizaba, se acrisolaba para engendrar forma, movimiento y color. Asistíamos al nacimiento de seres de luz. Conmovidos comentábamos, emitíamos gritos de asombro, gozábamos como quien asiste a una revelación.

En tantos años de lecturas diversas no he topado con una explicación del caso, ni siquiera con un relato semejante, y todavía no sé si vimos algo que nace del concierto de las fuerzas físicas o padecimos una alucinación colectiva de las que estudian los psicólogos.

PRIMER FRACASO

Ciertos triunfos escolares y el aislamiento a que obligaba el trabajo, habían hecho de mí no solo el chico más leído del pueblo, también el mas famoso como "aplicado". Y en uno de los aniversarios nacionales la Junta Patriótica resolvió incluirme en el torneo de los oradores.

De pantalón corto y con unos pliegos en la mano, marché con el cortejo oficial, junto con mi padre, sintiéndome importante. Me parecía obvio que, al llegar a la edad de los que me rodeaban, los sobrepasaría a todos desmesuradamente. Por lo pronto, y aun como niño, era yo cosa aparte. Alomaban y se perdían visiones de gloria futura en el polvo de nuestros pasos. La resonancia marcial de la banda que nos precedía comunicaba resoluciones y ardor de heroísmo. Cuando asomé a la plataforma de las ceremonias el aspecto de nuestra plaza desmantelada del Comercio era tan distinto del ordinario, que no pude evitar un deslumbramiento. Una multitud compacta llenaba la extensión empavesada de banderolas y estandartes. Risas y voces fingían oleajes. En el templete las autoridades, bajo un dosel de águila con bandera tricolor, dirigían el programa, piezas de banda militar y discursos. Se acercaba la hora decisiva de mi debut; me sentía las manos frías y una sensación molesta en la garganta. Se adelantó al barandal un orador de levita negra y bigotes, ademán de arenga, y llovieron nombres de héroes invictos, con mucha libertad e independencia, gloria y loor, loor... Lo cierto es que los héroes, aun siéndolo, no

tenían nada de invictos, dado que murieron fusilados por el enemigo; la verdad era que de libertades no hablamos sabido nunca y que nuestra independencia dependía de las indicaciones de Washington, desde que Juárez abrazó el monroísmo para matar a Maximiliano. Pero, igual que los enfermos, los pueblos en decadencia se complacen en la mentira que les sirve para ir tirando.

A esa misma hora, con idéntico aparato cívico, la misma oratoria y el mismo "entusiasmo" popular, se celebraban festejos iguales en cada aldea y en cada ciudad del país. Nada extraño es que yo también me sintiera conmovido, arrebatado casi por los acentos de la elocuencia patriótica. Tan intensamente me había distraído la ceremonia, que, cuando me tocó leer, ya tenía olvidado mi texto con sus frases sentenciosas. Comencé con desgano la lectura. Mi voz escasa y opaca estaba contra mí. Una exagerada timidez para lo externo volvía encogidos mis movimientos y contrastaba penosamente con mi convicción interna acerca del valor de mi pieza escrita. El público atribuyó mi atrojamiento al temor que causa enfrentársele. En realidad, no me preocupaba el público, sino que gradualmente, al leer mi composición, perdía interés en ella, le encontraba defectos y mentalmente corregía. Me daban ganas de decir: "Esto no está bien y hay que hacerlo de nuevo." Pero seguía leyendo de cualquier modo y con prisa de concluir, y como nadie oía, comenzaron los siseos. Mi padre empezó a hacer señas de que acortara, pero no hallaba el modo. En cada oreja sentía arder una llama. Por fin, terminé. No era demasiado largo lo escrito, sino que no había sabido declamarlo; quizá tampoco estaba en estilo declamable. Lo cierto es que pasé mi rato de agonía. Los demás se olvidaron pronto de mí, pero yo seguía rumiando mi fracaso. La claridad de la tarde de fiesta se me llenó de humosidad gris. Mi padre estaba irritado. Solo mi madre, horas después, me dio la solución consoladora:

—No eres tú para la oratoria; serás escritor, y vale más.

CAMINO DE DURANGO

A mi padre le habían asegurado que Durango se parecía a Oaxaca. Esto bastó a decidirlo. Además, yéndose a Durango, contrariaba la corriente de los que empleaban las vacaciones en San Antonio, Texas. Tomando la ruta del Sur, le volvía la espalda ostentosamente al progreso, a lo yanqui. A fuer de entendido, él se iba adonde la verdadera civilización. La piedra labrada siempre valdría más que el cemento, por más que se lo dieran superpuesto en pisos. Con mi padre iba yo por derecho de mayoría. El viaje le hubiera correspondido en seguida a Concha, pero no quiso separarse de mi madre y cedió el lugar a Lola, que ahora completaba el terceto. Quedó mi madre al cuidado de su prole, aumentada ya con el nacimiento de la pequeña Chole.

Mi hermana Lola tenía tal vez siete años y yo no más de once. Lola era voluntariosa y decidora; el abuso de los dulces, charamuscas rellenas de nueces, pastas de leche y calabazates la tenía pálida, pero era nerviosa y despierta. En los ocios forzados del vagón "mi padre explicaba por anticipado lo que veríamos; nos describía las ceremonias de la Semana Santa; el porqué de los altares enlutados; la seña y los maitines; el *Stabat Mater* y la Misa de Gloria. No era iglesiero ni rezador, sino más bien un creyente tibio. Sin embargo, adoraba el rito, que era para él la mejor forma de arte. Lo que llamaba "funciones" de la iglesia le reemplazaban las satisfacciones del teatro y del concierto de que disponen los modernos.

En la vida fronteriza echaba de menos el encanto de nuestras ciudades con arquitectura y naves espaciosas, el fausto de las procesiones y las voces de los coros. Dentro de tal arte alentó su juventud oaxaqueña y no era po-

sible que así, permeado de una cultura secular, se rindiese de súbito a la novedad nórdica del ferrocarril y el agua entubada.

Con avidez retornaba a la zona en que comienza nuestra cultura criolla.

Pasamos el primer día tragando el polvo de las llanuras ilimitadas, visión de palmeras enanas, arena y sol hasta cansar los ojos. Solo más allá de Torreón experimenta un cambio el paisaje. Poderosas y serenas aparecen de pronto las cordilleras, precedidas de valles rientes de verdor y ganados, torres y caseríos. Pegado el rostro a la ventanilla del vagón, contemplamos el huir de paisajes que invitan a quedarse en ellos. La frescura de los campos colma una sed estética subconsciente, largo tiempo reprimida en nuestra árida estepa coahuilense. A las paradas de las estaciones acude gente de tipo exótico; más bronceado el rostro que en el Norte, menos garbo en el porte, muchos hombres van de calzón blanco en lugar del pantalón azul del obrero, y una increíble abundancia de sombreros redondos estilo charro nos recuerda las estampas típicas del texto de geografía de la escuela texana. Pasmados de novedad, dichosos de verdor campestre, apenas advertíamos la carrera del tren, que tragaba kilómetros. Con cierto desencanto porque terminaba el panorama, bajamos en la estación y nos metimos en el coche que nos llevó al hotel. Una impresión de bienestar con amplitud caracterizaba aquella célebre hospedería provinciana. Ornaban el patio jazmines en medias barricas y comunicaba el doble cuerpo mediante escalera de ladrillos de tono rojo. Dentro de las habitaciones resbalaba el paso en esteras tejidas allí dentro al tamaño del piso. En el lavabo relucían las palanganas y las toallas invitaban a enjabonar el pelo y rostro transidos de polvo. Concluido apenas el aseo, nos llamaron para la cena. Ocupaba el comedor un extenso salón frente al patio. Sobre las mesas de blanco se apilaba la vajilla modesta y bien limpia. En grandes soperas los mozos repartían el caldo de arroz; sirvieron después huevos y guisos, pollo frito y ensalada, más fruta y dulce.

Tan molidos estábamos de dos días de tren, que desistimos de asomarnos a la ciudad nueva. Mi padre insistió en que durmiéramos para aprovechar bien el día siguiente. Las sábanas albeantes, olorosas de aseo, crujían levemente al separarse para recibir al cuerpo fatigado. La bombilla eléctrica antes de apagarse bruñía con sus reflejos la estera del piso, el barniz nogal de los muebles. Los techos altos aseguraban una respiración tranquila; nos sentíamos en los brazos de la mismísima comodidad.

Nos despertó un clamor alborozado, casi marcial. Descorriendo los visillos del balcón descubrimos el vagoncito amarillo que pasa ruidoso tras el estruendo rimado de los cascos de las muías y las cadenas de las guarniciones: el tranvía de mulitas. En cada esquina el conductor toca la trompetilla que invita a salir a gozar el día. Por el balcón abierto entró una onda de fragancia y de luz. Enfrente, la avenida ostenta casas de dos pisos, de piedra pulida o enjalbegado, todas con pocos vanos; rejas y balcones de hierro forjado, y en el saliente, macetas con flores o pájaros suspendidos de sus jaulas de bronce dorado. Arriba, cornisas y pretiles de azoteas. Más alto, un cielo azul profundo. Abajo, el empedrado antiguo deja brotar escasa yerba entre la doble fila de aceras embaldosadas y pulcros dinteles de las viejas casas lujosas de espacio". Una atmósfera benigna, despejada, balsámica, parecía posarse sobre la mano tendida a palparla. ¡Durango! ¡Estábamos, por fin, en Durango!

Asomó también al balcón mi padre, y ejercitando su ojo crítico en tanto continuaba la faena laboriosa de ajustar las mancuernillas al puño almidonado, calmó nuestro delirio expresando:

—En efecto, se parece a Oaxaca; está bien, ya veremos...

La Semana Santa se celebraba con ¡pompa en el Durango del ochocientos

noventa y tantos. Las leyes de Reforma vedaban "manifestaciones externas" del culto, pero no lograban disminuir el fervor, la curiosidad, el contento de la multitud. Las calles principales invadidas de forasteros simulaban el tráfico de una metrópoli. Paisanos de todas las clases sociales y ropas comunes mezclábanse a los indios descendidos de las serranías próximas, con su colorida indumentaria. Las fondas y los cafés rebosaban de clientes. A veces la masa de la gente anónima se apartaba para contemplar el paso de mujeres delicadas, tacón alto, mantilla y peineta a la española. Pasaban otras como divinidades metidas en sus carrozas tiradas por caballos de lujo. Por su parte, la muchedumbre se apretaba a la entrada de las iglesias, se sofocaba debajo de las naves alumbradas con cirios y rayos de sol.

Eje de todo el bullicio era la Catedral. Portada insignificante a pesar de sus tres puertas, su conjunto es hermoso a causa de las torres de tres cuerpos esbeltos. Desde sus arquitos de piedra tallada, amarillenta, campanas de bronce verdoso emiten claras sonoridades. En el interior, la triple nave ligada por bóveda de cañón, engendra una cúpula que derrama su paz sobre un recinto desnudo. Mis ojos no recordaban maravilla mayor y se recrearon.

Las ceremonias sobre un fondo de paños negros y candelabros encendidos impresionaban por el canto solemne. Hasta afuera del templo, en el atrio ae anchas baldosas y aun sobre la ciudad misma, gravitaba el poder de la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica Romana. Ningún visitante inquiría el nombre del gobernador, lacayo más o menos tolerable de la dictadura imperante, pero todos observaban curiosos el birrete morado del obispo y se apretujaban para escuchar la elocuencia de los sermones en los oficios.

Largos plantones en los templos nos dejaban extenuados. Descansábamos en la plaza de arbolillos frondosos y plantas recién lavadas, ocupando los bancos de hierro pintados de verde, frente a los andadores de ladrillo colorado. Entre las casas laterales había algunas de cantería dorada y grandes ventanas de reja. Desde algún zaguán espacioso se advertían las arcadas de los patios embaldosados y las macetas de flores. De cuando en cuando, al descorrerse una persiana, aparecía una silueta pálida de ojos grandes y cabellera negra, tesoro semiescondido al extraño. Venciendo la fatiga recorríamos después los jardines y aun los suburbios pintorescos. Terminaban algunas avenidas en tapiales cubiertos de enredaderas sombreados de árboles.

A trechos alguna quinta añosa, olvidada entre jardines rústicos, invita al retiro acomodado. Al pie del embanquetado corre el caño de agua cristalina que le deja lama en los bordes.

Después de estas excursiones, al caer la tarde, en la hora de la merienda, nos dedicábamos a disputar el sitio en la nevería cercana a nuestro hotel, célebre por sus helados de frutas. En nuestro pueblo era un lujo pasar al otro lado para empinarse en la *soda-fountain*, especie de abrevadero de rebaños "distinguidos". En él bebíamos refrescos de jarabes industriales, con seltz o con crema helada y desabrida. En cambio, el arte delicado del nevero durangueño, italiano de origen, nos causaba efectos de revelación. En sus copas de varios colores se distinguía el aroma del durazno tierno, el chabacano o el plátano. Las nieves de limón y de naranja guardaban su sabor auténtico. Recordando la gama de las frutas para terminar en el *biscuit tortoni*, nos parecía asistir a la aparición de sensaciones insospechadas y placenteras.

Entre sus satisfacciones y añoranzas, mi padre solía exclamar:

—¡Quiero oír campanas!

No las habían tocado a causa de la Semana Santa. Por fin, el sábado, escuchamos la gloria dentro de la Catedral; pero no era eso —decía mi padre—, no era eso.

—Esperen a que nos despierten al amanecer.

Y llegó el domingo de Pascua. Nos despertó primero un tañido cantante, repentino, que se propagaba según iban saludando el alba los distintos campanarios de la ciudad. Aumento luego el estruendo metálico, melodioso y potente, hasta llegar al repique. Próximas a nuestro hotel, las campanas de Catedral eran el alma del glorioso estrépito. Por el balcón entreabierto penetraba el cielo diáfano y estremecido de sonoridades victoriosas. Semicerrados aún los párpados, la imaginación adivinaba en la altura claros por donde bajaban los querubines y en el ambiente trinos de pájaros y risas de juventud. Almas desnudas en el baño de la aurora.

Todavía no nos Íbamos y ya se producía confusión en los recuerdos. Piedras pulimentadas, patios en arquerías, torres valientes, parques dichosos, arboledas de rumores, cielos de cristal: relentes calurosos que luego la brisa de la tarde apacigua, fausto de la iglesia, tierno sabor de la nieve del italiano, ímpetu de la serranía que asalta el firmamento; sonoras trompetillas de los tranvías, caricaturas de fanfarrias heroicas; solemne, melodioso repique de campanas en la portada del paraíso. Nunca olvidaríamos la primera ciudad que regaló nuestra apetencia de hermosura. Otras muchas he visto después, en la meseta mexicana y en otras mesetas, más arquitecturales, más populosas y ufanas de historia y de arte, pero ninguna igualó aquella primera lección de belleza obtenida en Durango.

Dejamos al México secular, aletargado en su encanto podrido de males que ya nadie advertía, y volvimos al otro México, al de nuestra frontera acometiva, intoxicada de un progreso que también llevaba dentro la ponzoña de la rápida decadencia que hoy palpamos. Y así, entre un pasado decrépito y un futuro, ni eficaz ni nuestro, la cabeza se emborrachaba de idealismos falsos y el apetito se abría al goce indiferente, a la amenaza, y, acaso, la certeza de nuestra perdición.

EL TEATRO

Se llamaban los Delahaunty y habían llegado a Piedras Negras al amparo de un cargo de la Aduana o del Timbre. El mayor, Luis, a los catorce años, se constituyó nuestro jefe y director de escena; el pueblo se alborozo con la noticia de que representaríamos el Tenorio. Se reservó Luis el papel de Don Juan; no sé si Manuel Bauche hizo de Don Luis, y a mí me tocó enharinarme para el plantón de Comendador en el cementerio. Mi hermana Lola era tan pequeña todavía que hizo reír al público pronunciando: "Lechina la celalula."

Nos seducía el poema zorrillense, atrevido y fácil, lo mismo en los raptos que en el recitado de noches serenas y lunas claras. Despertaba secreta envidia el lamento de las infames aventuras en las noches puras. En general, el verso me atraía solo momentáneamente. Más bien padecía angustia si alguien soltaba un recitado de memoria. Y vaya que leía poemas en dos idiomas. La *Evangelina*, de Longfellow, era obligatoria del otro lado, y, en desquite, me hacían leer en casa a Peza y a Núñez de Arce. Pero me pasaba con la poesía lo que me pasó más tarde con la música: me servía de excitante para pensar mis temas, sin seguirla en su propio desarrollo. Si me esforzaba en hacerlo, ya no experimentaba placer ni estímulo espiritual. El verso, aun aceptándolo como magia —quizá por eso mismo—, no me decía nada en sí; pero me provocaba ideaciones intensas. Podía seducirme el amor virginal de Evangelina y las peripecias de la vida en la Arcadia nórdica, símbolo del destino en el continente nuevo; pero lo mismo me hubiera dado que la obra estuviese escrita en prosa o haberla leído en alguna traducción castellana. Sin duda, una predisposición temperamental, y también

el hábito de traducir desde la infancia, me ha dejado esta indiferencia e incapacidad para la forma.

Los versos del teatro español fatigan por el énfasis y la lógica. Una poesía de porqués aburre como una dialéctica; sin embargo, interesa el tono espiritual de ciertas obras. Con todo, prefería leer los versos ya ingleses, ya españoles, pues me exasperaba el sonsonete del recitado. Cierto convencionalismo de la declamación de cada lengua revela su ridiculez cuando lo escucha un extranjero que no está viciado por el hábito. En el poema leído se revela una emoción independiente del efecto prosódico. Además, lo que en materia de español nos llegaba por el pueblo, creaba un contraste doloroso con el Shakespeare y los clásicos siempre vivos en la literatura de nuestros vecinos.

Una de las compañías de tránsito representó la *Flor de mi día*, de Camprodón, La tirada pegajosa de los "árboles gigantes" del paisaje americano evocaba en nosotros, habitantes de la planicie árida, la visión de un trópico fértil, desconocido, aunque formaba parte de nuestra patria.

La empresa del ferrocarril había organizado un domingo una excursión a Sabinas. Allí pudimos ver unos nogales en la vega del río que justificaban la alusión del poeta. Y también entre las visitas de nuestra colección oaxaqueña figuraba el árbol del Tule, que pasaba entre nosotros por el tronco más grueso de la tierra. Por la literatura penetraba en el mundo, pero tomando los libros a saco, buscando en ellos el material de mis tareas futuras. Me hubiera encerrado en una biblioteca —lo he hecho después en muchas ocasiones—, pero sólo para salir de allí equipado y dispuesto a la aventura del destino espiritual egregio. Para darle principio era menester andar, caminar por el ancho territorio. Apenas entreví una oportunidad, quise aprovecharla. El ambiente de mi aldea era limitado como su panorama y, como éste, vacío. A la esquina de nuestra plaza llegó una vez un yanqui explotando el primer fonógrafo conocido en los contornos. Era del tipo primitivo, con auriculares de goma que alquilaba a cinco centavos la pieza. El yanqui ganaba dinero y decidió internarse en México, pero no sabía una palabra de castellano. De cliente suyo pasé a confidente y, por fin, me propuso que lo siguiera como intérprete; compartiríamos las ganancias, recorreríamos a pie o en tren el interior del país. Al oír su propuesta, el corazón me dio un vuelco y el mirar se me ensanchó en panoramas dichosos.

Y solo la violenta, decisiva prohibición paternal, me quitó la fiebre del viaje. Pero en las tenebrosidades de mi solitaria meditación acusaba a mis padres de haberme cortado el destino.

LA PARTIDA

Salir de allí, salir sin motivo, parecía ser la consigna tácita en el seno de la familia. El pretexto puede haberlo dado un disgusto con el nuevo administrador; pero el motivo determinante era el deseo de encontrar colegios adecuados para mis hermanas y prepararme a una carrera profesional. Aprovechando los dos meses de vacaciones con sueldo, otorgados por el reglamento, después de no sé cuántos de trabajo, se decidió la partida aun antes de saber exactamente dónde nos estableceríamos. Ambicionábamos una aduana en población que tuviese colegios de segunda enseñanza. De esa manera la familia seguiría reunida sin perjuicio de nuestro adelanto educativo. Y revisando la geografía de García Cubas, descubrimos solo dos puertos que llenaban el requisito: Veracruz y Campeche. En Veracruz no había que pensar, porque allí iban los favoritos del régimen. Mi padre no lo era ni poseía aptitudes para serlo. No quedaba otra solución que Campeche. Y con rara convicción, como si ya contara con la aquiescencia del ministro, mi padre comenzó a afirmar:

—

Nos vamos a Campeche...

A falta de influencias recurrió al sacrificio de sus propios medios. Empezó a gestionar lo que en lenguaje burocrático se llama una permuta. La propuso con primas a los empleados aduanales de Campeche, de categoría equivalente. Nos favorecía la circunstancia de ser Campeche de menor importancia fiscal que Piedras Negras y el terror que los nativos de la meseta sienten por la tierra caliente.

Existía, asimismo, posibilidad de permutar empleo mediante sacrificio de los ingresos con alguno de los que en la capital trabajaban en los ministerios. Pobre rebano que acude a horas fijas a fumar, escribir minutas y cobrar nominas. El carácter de mi padre, sin embargo, no se amoldaba a semejante rutina. Prefería arrostrar la nieve y el viento de los despachos aduanales en los almacenes y plataformas de ferrocarril o derretirse bajo un sol ardiente cualquiera, en el páramo fronterizo o en la manigua de la costa. En cada una de estas ocasiones la hacía de amo y siempre ofrecía alguna sorpresa la apertura de las cajas y de los embalajes. Si a veces trabajaba duro y a deshoras, también podría aplazar el despacho cuando le viniera en gana. No intentó, pues, la incorporación al burocratismo de la metrópoli.

Comenzó el remate de nuestro mobiliario, apartándose únicamente algo de lo mejor para remitirlo a la capital. De mi parte la metrópoli era una ambición. Imaginaba que en sus escuelas me anegaría de saber, soñaba en las bellezas de sus arquitecturas. Pero me entro la melancolía de arrancarme de Piedras Negras. Las bajadas del río, antiguo paso de aguadores, parecían retener jirones de mi personalidad. El Puente, la plaza, cada sitio estaba ligado a horas intensas de mi vivir. Yéndome del pueblo disminuía. Llegaría a la capital desgarrado y como incompleto, por lo que de mí dejaba en el pueblo, igual que crustáceo carapacho. Y un vago temor angustiaba el jubilo de la próxima partida. En mi tierra era yo el primero por el prestigio del saber. Entre la multitud de aquellos niños metropolitanos, bien trajeados y ágiles, seguramente que no todos eran del tipo inútil que había visto desfilar por la escuela de Eagle Pass. Era muy posible que hubiese otros con mas letras que las mías y seguramente me dejarían deslucido.

Y aunque quería vivamente irme por ensanchar mi destino, por las noches solía despertar llorando; me soñaba de retorno a Piedras Negras después de muchos años de ausencia. Veía las calles transformadas, gentes desconocidas que miraban con indiferencia. En las tertulias del umbral de las puertas ni una cara amiga. Más prolongadas y altas las edificaciones; apenas reconocía los sitios amados. Lujosos los edificios, terso el pavimento, un nuevo Piedras Negras suntuoso, pero ya no mío, reemplazaba la ciudad infantil, parte irrecobrable de mi alma...

NOSTALGIA

Nostalgia anticipada me desgarraba y mantenía en trance de llanto. No sospechaba la alegría que con los años se aprende, alegría de desechar, desdeñar etapas enteras de nuestra modalidad, no solo la imagen exterior de las cosas queridas que luego se vuelven indiferentes. Tan atada tenía el alma a mi ambiente, que me dolía poco dejar a las gentes y mucho más separarme de la visión exterior cotidiana. El viaje me permitía presentarme ufano ante los conocidos como uno que se va a la capital en busca de su destino glorioso. Pero ¿quién me devolvería jamás la realidad de la pequeña urbe y la huella de mi sensibilidad sobre sus cosas? Con los del pueblo no sería ingrato; mis ojos iban a ver por todos ellos el esplendor de las tierras patrias. La conciencia misma del pueblo iba conmigo para devolver en experiencia y servicio la deuda de amor que nos ligaba. Nunca había querido a

mi ciudad como en el instante de dejarla.
Una extraña *saudade* me invadía echarle las últimas miradas de adiós mi escuela de Eagle Pass. La gratitud y el afecto me ablandaban el limo. Imposible consumar el recuerdo; lo que debía al plantel, y una cierta acidez se mezclaba a mi añoranza por la huella de los conflictos raciales patrióticos que allí había padecido. Los campos devastados de nuestros juegos y peleas me harían menos falta que los salones de clase donde la curiosidad robó tesoros. Sin embargo, advertía que me iba después de haber sacado todo el fruto posible de aquellos años ingenuos. Por delante se hallaba una serie de épocas fecundas; la vida entera se me aparecía como área explotable con miras de eternidad.

Al concluir las clases, una tarde, me lamo el director de la escuela, gringo tito, correcto, grave y bondadoso. Caminando a pie lo seguí varias cuadras rumbo a su casa.

—Es sensible que te vayas —decía—, dejando interrumpida tu carrera entre nosotros. Si tu padre quisiera dejarte al cuidado de alguna familia. . . Tienes ahora trece años... Al cumplir los catorce, concluido el curso primario, podría obtenerse para ti una beca en la Universidad del Estado, en Austin. Háblale a tu padre; si está conforme, dile que me vea. Será fácil arreglarlo.

Mi padre se ofendió primero; después comprendió que la desinteresada oferta merecía una negativa cortes, agradecida, y se fue a darla. Mi madre no necesitó intervenir, pero tampoco hubiera consentido entregarme con personas excelentes, mas de otra religión. En la frontera se nos había acentuado el prejuicio y el sentido de raza; por combatida y amenazada, por débil y vencida, yo me debía a ella. En suma, dejé pasar la oportunidad de convertirme en filósofo yanqui. ¿Un Santayana de México y Texas?

Los Estados Unidos eran entonces país abierto al esfuerzo de todas las gentes. *The land of the free*. ¿Los años maduros me hubieran visto de profesor de Universidad, enseñando filosofías?

No estaba entonces por los destinos modestos. El futuro me sonreía ilimitado de dichas y éxitos. Tan intenso lo soñaba, que a menudo la cabeza me ardía de esperanza y anticipadas certidumbres. Horas de exaltación desmedida que alternaba con estados de anulación y pesimismo, claudicaciones del albedrío.

Entre los de las *Mil y una noches*, el episodio que me obsesionaba era el de los compañeros que se reparten por los cuatro rumbos del horizonte, tomando camino según el viento que sopla. Lo urgente era caminar, tomar rumbo, trasponer horizontes. ¿No era yo una alma caída al mundo? Pues urgía lanzarse a explorar toda la extensión de la temporal morada.

Por fin, una mañana, desde la ventanilla del tren, dijimos adiós a la pradera de la Villita y con el pecho sobresaltado nos internamos luego en el arenal sobre los rieles y entre nubes de tierra.

Periódicamente, en el llano, los remolinos del aire cavan el suelo, levantan el polvo y lo bailan en espirales, dispersándolo en la altura.

Las estaciones, muy distantes unas de otras, constan apenas de un tejadillo que abriga la sala de boletos y el telégrafo. Al lado, la choza de adobe de algún pastor, unas cuantas gallinas desmedradas, ni una brizna de hierba, y, en torno, leguas y leguas de páramo. Solo al día siguiente, por La Laguna, vimos los primeros pastos reverdecidos, bajo el sol caliente. Luego, al atardecer, la tierra empezó a ponerse roja, y muy altas montañas dibujaron estupendos perfiles. Los valles empezaron a poblarse de rebaños. Un sol encendido iluminó un ocaso bermejo, como metal de fundición. En los riscos, sobre la montaña, se adivina también el cobre, el oro en bruto, el óxido de plata.
Un airecillo frío y una sordera parcial advierten la

entrada en el altiplano Y los valles se ensanchan circundados de serranías. La vía férrea corre a la falda de los montes y serpea en las gargantas. Es famosa la cuesta que conduce a Zacatecas. Trepa jadeante la locomotora por una serie de curvas que periódicamente ocasionan descarrilamientos. El viajero desde un vagón se asoma a la noche y de pronto descubre un enjambre de luces que aparecen y desaparecen al fondo de un abismo. Aproximándose, adviértese el trazo irregular de la ciudad, cuyo nombre evoca historias de mineros enriquecidos o fracasados. Al detenernos en la parada subieron al convoy damas y caballeros de porte distinguido. Empezaba el México de los refinamientos castizos. Al deseo de habernos quedado un día para conocer a Zacatecas se mezclaba la impaciencia de ver pronto las maravillas del interior de la patria. Sobre camas improvisadas con mantas nos fue cogiendo el sueno al ritmo del acero en fuga estrepitosa.

Amanecimos más allá de Aguascalientes. El paisaje había cambiado, pero solo después de León, por Irapuato y Celaya, comienza el deslumbramiento de los campos verdes de alfalfa y los trigales que la brisa agita en la distancia. Bajo un cielo azul diáfano y en el marco de montañas violeta aparece el milagro de ciudades de ocre y blanco y rosa. Cúpulas de vidriado amarillo, que fingen el esplendor del oro, y campanarios de cantería en tonos claros, se levantan como aleluya perenne. Los caminos, arbolados, conducen a quintas de recreo y a santuarios con leyendas piadosas. Todo engendraba dichoso contraste con los paramos de nuestra frontera.

En cada parada consumábamos pequeñas compras. Abundaba la tentación en forma de golosinas y frutas. Varas de limas y cestos de fresas o de higos y aguacates de pulpa aceitosa; cajetas de leche en Celaya; camotes en Querétaro y turrones de espuma blanca y azucarada; deshilados en linos y mantas o sarapes de colorido detonante; manufacturas de cerda que recuerdan la paciencia china; por ejemplo, cestitos de colores trenzados que embonan en orden descendente o sombreritos minúsculos; pequeñas cajas de secreto, incrustadas; sobre papel negro docenas de ópalos de llama o de celaje claro. No alcanzaba el tiempo ni el dinero para elegir. Los vendedores de comestibles ofrecen también a gritos tacos de aguacate, pollo con arroz, enchiladas de mole, frijoles, cerveza y café. Y del seno de la algarabía, tímidamente, y, sin embargo, permeándola toda, la voz del ciego ambulante, que improvisa corridos, tañe la guitarra y recoge limosnas.

Docenas de chiquillos descalzos, trigueños, piden: "Un centavito, niño; un centavito, jefe."

Con el cuerpo fuera de la ventanilla, todo lo vemos, deseándolo; adquirimos baratijas y dulces, repartimos cobres. Mucho he viajado después, pero nunca he visto en las paradas de ningún ferrocarril semejante animación abigarrada y fascinante. En México mismo las gentes visten cada día con más uniformidad; las artes menores decaen, el estilo de comer se americaniza, el traje se vuelve uniforme y el viajero ya no asoma la cabeza a la ventana; la hunde en la partida de póquer o. por excepción, en la revista recién entintada. El prejuicio sanitario veda el gusto de los platos populares y el comercio ambulante decae.

Corría el tren por las comarcas feraces del Bajío; la frescura del campo nos penetraba en todas las fibras, nos colmaba la sed orgánica de los años pasados en sitios resecos. Propiamente, veíamos campo por primera vez. Unas cuantas vacas enterradas en el pasto bastaban a darnos sensación de plenitud agrícola. Las nubes adoptan allá no sé qué distinción barroca, muy blancas y bien recortadas en el azul. Ya al oscurecer pasamos a la orilla de un río, quizá el Lerma. Sus aguas cristalinas corrían entre arboledas, se perdían en el cauce pedregoso. Lápiz en

mano intenté fijar en mi cuaderno siquiera algunas de las impresiones tumultuosas del día. No me guiaba la vanidad, sino el deseo de guardar de algún modo la emoción venturosa del viaje. Pero me estorbaban los adjetivos. En vez de apuntar las cosas, me empeñaba en calificarlas. Cada montaña tenía que ser alta, las ciudades me merecían el mismo epíteto de bo-nitas y cada paisaje resultaba encantador. Con plena conciencia de que traicionaba mi sentir, escribía y acusaba al lenguaje de llevarnos por sus caminos trillados, pese a la virginidad de la percepción. El caso es que mi ensayo me dejaba triste. No correspondía al intenso vivir. ¿Qué iba a ser de mí en la capital sabia? Recordaba las narraciones amenas de un libro de viajes alrededor del mundo, que en Piedras Negras leyera, y me sentía opacado. Era yo el grano de arena que se pierde en la sabana, brizna de mu-chedumbre. Así de humilde penetré al carricoche que nos condujo al hotel. La iluminación suntuosa de las avenidas producía estupor. Los cascos de docenas de caballos de tiro repercutían en la atmósfera urbana, ornada de piedra, esplendor y paz.

EN LA CAPITAL

Vagos son los recuerdos de esta mi primera estancia consciente en la metrópoli' mexicana. Buscando en las aguas profundas y oscurecidas de mi pasado, extraigo: un doble corredor de columnas esbeltas en torno a un patio con palmeras pequeñas, sillones de mimbre y un comedor extenso con mesas blancas y cristalería. ¿Fue el Hotel Bazar? Luego, como si el tapete maravilloso nos hubiese transportado allí, veo una vivienda en la calle del Indio Triste. Farol de vidrio sobre una escalera angosta, de piedra, con barandal de hierro. Llega de afuera el olor de alquitrán sobre el asfalto nuevo. Mil circunstancias se pierden igual que si meses enteros y aun años de nuestro vivir muriesen antes que nosotros, sin que logremos resucitarlos. Y me pregunto: "¿Qué hay de común entre el jovenzuelo que se queda absorto ante las fachadas de los palacios cita-dinos y éste que soy ahora incapaz de reconstruirme en lo que fui?" Los mismos efectos que parecen determinar modalidades perennes se descargan de su vehemencia y fluyen con lo que pasó.

Me es más fácil rememorar lo que era mi madre entonces que lo que fui yo mismo. ¿Acaso porque era persona ella y yo todavía un conato? Sin embargo, en vano imagino lo que haya sido como persona social y solo la concibo como una especie de divinidad que cumplía conmigo una tarea misteriosa. ¿Qué queda, pues, de cada uno? ¿Qué queda del todo? La única respuesta que da mi experiencia es que la pregunta conmueve, preocupa nada más en la juventud. Más tarde se alcanza la indiferencia dulce que nos acerca casi con agrado a la muerte común. Cama bien tendida del hospedaje que nos abriga tras la jornada penosa. Buena cama la muerte si en ella despertamos a mejor ventura que estas otras pequeñeces que se nos deshacen en la atención, aunque nos duela perderlas.

Vivía y por el hecho de vivir me estaba muriendo a diario, pero no me acongojaba, ni siquiera lo advertía. Muy distante aún, la muerte física no me preocupaba. Ímpetus tensos aguzaban mis sentidos y los saciaban de belleza urbana. Con solo asomarse al balcón en la acera de enfrente nos embobaba un palacio de piedra blanca, persianas verdes, zaguán con arco, entresuelo proporcionado y principal con balcones regios. De la noble mansión salía todas las tardes un carruaje flamante tirado por caballos magníficos. Asombrados lo mirábamos torcer por la calle de la Moneda. En ésta, el Museo Arqueológico al costado de Palacio; la Escuela de Bellas Artes y la cúpula de Santa Inés al fondo y la saliente Catedral, en el

otro extremo componen la más hermosa y singular perspectiva del México castizo A menudo atravesábamos La Moneda con rumbo a Jesús María, de estilo neoclásico y columnas de acantos revestidas de oro. Todas las tardes rezábamos allí el rosario y cada mañana la misa en el altar del perdón de la Catedral, la mejor Catedral de América —recalcaba mi padre, mirándola—. Y con doble placer de artista y de patriota nos paseaba delante de la cortina oriental del Sagrario churrigueresco. Tallas y encajes de piedra caliza entre dos tableros de rojo tezontle volcánico. Encima, una cornisa de curvas que recuerdan la gracia de un manto. Al lado, la Catedral majestuosa con su par de torres robustas que encuadran la fachada neoclásica de Tolsá, sobria y proporcionada. Nunca hubo construcción más severa y grandiosa.

Entrando por el Sagrario, las naves se reparten espaciosas en torno a una cúpula circular. El ábside vertical levanta el empuje de las bóvedas. A la izquierda una magnifica nave liga las curvas arredondadas de las naves y columnas de la Catedral. En los costados de ésta hay capillas con enrejado de maderas olorosas; lujosa talla de bronce circunda en barandal el coro adornado de estatuas, candelabros y tubos de órganos. Al centro, el altar mayor bajo un cimborrio atrevido. Detrás en el ábside, uno de los mejores retablos del barroco del mundo- el altar de los Reyes, todo de oro, imágenes damasquinas, columnas salomónicas, marcos suntuosos y óleos oscurecidos por el incienso. El corazón saltaba primero, sobrecogía después y se sumaba al coro de las celestes alabanzas.

El atrio enverjado del costado poniente dejaba ver un jardín lateral con el mercado de flores, anexo sobre la calle de las Escalerillas. Ramos de claveles, manojos de rosas recién abiertas, refrescadas con finas gotas de agua que semejaban el rocío; gardenias de carne blanca y aroma intenso, violetas fragantes, amapolas como llamas, lirios de rojo y gualda o de azul violáceo, begonias en macetas, tulipanes vistosos, pensamientos aterciopelados, dalias cárdenas, crisantemos y azucenas: flora de todos los climas gracias a la meseta sin estaciones y a la inexhausta fecundidad de la costa inmediata.

Apartándose de los puestos de los vendedores, se prolonga el jardín. Andadores irregulares de cemento en cuadros afirman el borde metálico de camellones de césped y plantas. Al centro de una fuente circular, y asentada en planta de piedra, una mujer de mármol vierte una jarra de agua cristalina que en su caer incesante le ha desgastado un pie de blancura lustrosa. Serena la cabeza griega, finos los hombros, firmes las maternales pomas bajo la tela simulada de mármol y el talle opulento, la divinidad anónima se inclina alargando los muslos castos bajo los pliegues de la piedra y sonríe a los niños que juegan en torno. Encima, el ramaje siempre verde difunde fragancias, serena la alegría del cambio en la inmutable perennidad.

LOS PARIENTES

El difunto abuelo dejó viuda y seis hijos. Vivían en Tacubaya. Por el García Cubas conocía de memoria la portada suntuosa del jardín frontero de la Ermita. Portada neoclásica rematada por una cornisa inútil, y por ambos lados la verja desbordada por la arboleda. Allí dejábamos el "tranvía de mulitas" y tomando a la derecha subíamos por el Árbol Bendito. No recuerdo la calle exactamente, pero sí que los visitamos en tribu.

Padecían estrechez que me pasó inadvertida por no tener el hábito de dividir la humanidad en ricos y pobres. Una curiosidad intacta, una inclinación a lo afectuoso, me predisponía para querer a los parientes sin examen de su condición ni reservas en cuanto a su idiosincrasia. Además, no era fácil precisar comparaciones, puesto que

no frecuentábamos casas de ricos. El trato llano, familiar, estableció corrientes de simpatía sincera y también oposiciones que el curso de los años va volviendo enconadas. Casi todos mis medios tíos eran de más edad que la mía, pero también los había menores. Luis, ya casi abogado, y María, en vísperas de graduarse normalista, me impusieron, desde luego, su autoridad en asuntos de saber. Luis, impecable en su vida privada, era de índole agria y burlona, sin dejar de mostrarse servicial con los suyos y, sobre todo, esclavo de toda clase de convencionalismos y prejuicios familiares, sociales, patrióticos. Era el hermano mayor sacrificado al interés común, pero celoso de autoridad y acostumbrado a imponerse. Yendo con él una tarde y al pasar por Guardiola, frente a la casa de los Leones (Atlas de García Cubas), me removí el sombrero de bola recién comprado que me oprimía en la frente.

—No te descubras —me dijo socarrón—, no es iglesia.

No perdía de esta suerte ocasión para hacerme notar su superioridad de citadino, sus ventajas de hombre ya hecho en contraste con fatalidades adversas de todo género que en mí descubría...

—Bueno, ¿y de qué te sirve saber inglés si ahora, lejos del Norte, lo vas a olvidar?... No; no te creas, aunque te hayan dicho que tienes talento: "No te las eches."

Pronto logró irritarme.

La tía María me provocaba a discusiones que me dejaban pensativo. Atravesaba ella su período librepensadorista. La doctrina comtiana se había infiltrado en las Normales, combinándose curiosamente con las lecciones de cosas estilo Rébsamen, el modernizador de nuestra enseñanza primaria y de las escuelas de maestros. Yo aceptaba sin discusiones la divinidad de Jesucristo. Mi tía escuchaba y parecía compadecerme. Discretamente puso en mis manos el libro que era la Biblia de su gremio, la *Educación,* de Spencer. Me excitó a leer también el *Emilio,* de Rousseau. El libro de Spencer me interesó profundamente, quizá por su carácter sistemático. La forma novelada del *Emilio* me predispuso en su contra. A propósito del tema religioso entablamos María y yo vivas polémicas... Mi madre escuchaba y me apoyaba siempre, reforzando mis ingenuos argumentos. La tía, firme en su erudición de colegiala, nos agobiaba de citas y datos. Mi madre se quedaba preocupada; probablemente, consultó algún confesor; lo cierto es que ella entonces también empezó a proveerse de libros y creo que entonces revisó un Balmes que anduvo en sus manos y luego fue herencia mía y que no llegué a disfrutar, porque me aburría. Más tarde he comprendido que las discusiones con la tía le sirvieron para enterarse de la clase de doctrinas que yo tendría que afrontar en la escuela y se ilustró en ellas para mejor aconsejarme.

El trato con la tía me descubrió temas desconocidos por Piedras Negras y me redujo la vanidad. No solo me convenció de que ignoraba muchas cosas; también mis talentos quedaban maltrechos en el roce con la sabiduría metropolitana. La indiscreción de alguna de mis hermanas hizo caer mi librillo de apuntes de viaje en manos de la normalista. Lo leyeron no sé cuántos, comentándolo regocijadamente.

Mis frases más desventuradas eran repetidas con sorna: que tomaron a su cargo por causa de un adjetivo: . . . ¡encantador!... Y comentaban:

—Mira ese árbol, esa casa; como diría Pepe: ¡encantador!...

Tales burlas me quemaban el rostro y me producían después amargura, porque íntimamente las reconocía merecidas.

En mi familia, quizá por los frecuentes viajes, el espíritu de clan se había relegado por obra de esa simpatía y sociabilidad que se extiende a los compañeros de ruta. Además operan en el parentesco ciertas repulsiones de lo semejante; defensa contra

el incesto diría un freudiano. Lo cierto es Que siendo en mis afectos excesivo, nunca experimenté viva atracción por ninguno de mis parientes. Luis, Comprendiéndolo, me llamaba despegado. Mis recuerdos de aquella época son más bien una mezcla de impresiones arquitectónicas, panoramas, liturgia y cierta angustia determinada por nuestro aislamiento en la gran ciudad indiferente. Por ejemplo, recuerdo la cuaresma que allí pasamos, cumpliendo todo su rito cabal. La edad no nos había permitido ejercitar el ayuno. Por primera vez mi madre, que lo acostumbraba, lo hizo extensivo a mi hermana Concha y a mí. Confundido con el montón de beatas de escapulario azul, me acerqué a recibir la ceniza del miércoles inicial: *polvus eris*, etc..., que tanto impresionaba. El día entero se empleaba en las devociones rituales, ejercitadas con efusión. Cada templo era un orgullo nuestro y una fiesta. Entrábamos al oficio presurosos y salíamos de él fortalecidos y alegres. Ni la misma luz del sol me parecía tan bella como los oros de los retablos tras la llama de los cirios.

Sorda a los reproches paternos, mi madre prolongaba sus ayunos; las rodillas se le habían encallecido de hincarse, siempre en lo duro, sobre las baldosas, rechazando reclinatorios y cojines. A nosotros nos postraba a su lado, y si alguno, urgido de descanso, se echaba sobre los talones, ella, adviniéndolo, ordenaba:

—Niño, no seas flojo.

Y otra vez el "Contempla, alma, en esta estación..."

Y en familia, solos o unidos a los grupos de los peregrinos, desfilábamos rezando frente a cada uno de los retablos del viacrucis.

Fueron como vacaciones consagradas por entero a la iglesia. Los rosarios resultaban solemnes en Jesús María, sonoros en el buen órgano de Santa Inés, progresan con la letanía los coros angélicos, estremece los ámbitos el órgano; refulgen las imágenes dentro de sus camarines, esparce el incienso nebulosidad misteriosa. La misma fatiga del cuerpo, entrecerrados los ojos de sueño, doloridos los riñones por la postura en oración, todo se vuelve ofrenda de la materia a los poderes celestes. La privación de dulces, los largos exámenes de conciencia, las penitencias una hora hincado meditando, todo purificaba. El dulce tormento crecía al acercarse la Semana Mayor. En ella se acentuaba la austeridad: menos horas de sueño, frugalidad extrema en la comida, lecturas sagradas con exclusión de distracciones profanas, misa por la mañana, viacrucis, sermón y rosario hasta el atardecer; luego, meditación.

Cada viernes de aquella Cuaresma comulgamos en Jesús María, previa la confesión: "Acusóme de haber desobedecido, acusóme de soberbia, acusóme de hacer *berrinches*..." Después, en la misa del alba, un trozo de hostia que enciende el alma por dentro y sosiega el ánimo, asegura la dicha de todo el día.

La tarde del Jueves Santo en "La Profesa" se me ha quedado como uno de esos momentos de ventura cabal que ocurren una o dos veces en toda la vida. Las columnas altas y acanaladas alejan el peso de las bóvedas. Sobre un banco gastado por el uso, mi madre, envuelto su rostro claro en la mantilla negra, pensaba y sonreía. Un piano empezó a tocar en el coro; caían dulcemente las notas, volaban entre los follajes de una decoración destinada a la visita nocturna del monumento. Unos cuantos fieles entraban o salían bajo las naves desiertas momentáneamente durante la hora de la siesta.

El piano, sustituyendo por excepción al órgano, creaba cierta viva intimidad y certidumbre de la dicha, aun sobre la tierra, por la obra de la fe. Transcurría el tiempo sin acontecer, puro y tranquilo, como antesala de lo eterno. Durante el minuto de arrobamiento, los dones del alma ejercitaron su poderío, se esparcieron en la dulzura de un espacio inundado de claridades.

Exhalaron fragancia las plantas y todo un episodio del Cosmos pareció consumarse en paz y ventura.

Y nos quedó la sensación de haber tocado un remanso en la corriente que nos arrastraba. Bien podía el destino al día siguiente negarnos el pan, lanzarnos a buscarlo por cualquiera de los rumbos del viento; en el ánimo llevábamos un instante de revelación, una gota de la Gracia que fortalece y salv a . . .

Otras veces, durante mi vida sobresaltada, he tenido la convicción de ser feliz; sin embargo, en el recuerdo de mis aventuras, no hallo una hora más despejada y serena, de mayor certidumbre, humedecida de lágrimas dichosas.

Se explica que aquella noche de Jueves Santo nos sintiésemos dueños de la ciudad iluminada. Dirigidos por mi padre, y en compañía de algunos de los parientes, cumplimos la visita de los monumentos desde San Francisco hasta la Catedral, y luego por Jesús María, la Soledad y la Santísima. Magullados por la multitud nos acercábamos a la pirámide de luces y flores; nos quedábamos un instante arrobados; en seguida, en voz baja, comparábamos, comentábamos las bellezas de la ornamentación.

La calle de Plateros suspendía el tráfico de carruajes, para el Jueves Santo. Pero no daba lugar a los gritos y al aguardiente de los entusiasmos cívicos.

A las once, y terminado el recorrido de los templos más notables, nos llevaron a cenar. El restaurante de moda —"La Concordia"— llamaba la atención de los forasteros por el juego de espejos adosados al muro que parecían prolongar sus ya amplios salones. Nos instalamos en una larga mesa de manteles blancos, y unos comieron y otros probamos helados de vainilla y de fresa. Desde el asiento, vidriera de por medio, observábamos el desfile abigarrado de una población momentáneamente alegre, confundidos elegantes con harapientos.

El sábado nos llevaron a la quema de los Judas por la calle de Tacuba. Enormes monigotes de pasta y papel representando ya monstruos, ya personajes legendarios, eran reventados con pólvora y triquitraques, a tiempo que en la Catedral repicaba la Gloria.

EN TOLUCA

El traslado de Piedras Negras encontraba tropiezos; la licencia de dos meses con sueldo había sido prorrogada sin sueldo y ya no le quedó a mi padre otro recurso que volver a su empleo para esperar el lento desarrollo de las gestiones emprendidas. Pero como no desistía de ellas, resolvió emprender solo el regreso. Y tampoco le pareció prudente dejarnos pasar la espera en una ciudad grande como México, sin amistades de valor y con recursos escasos. Próxima a la capital, reflexionó, está Toluca; su Instituto era famoso. Además, el gobernador porfirista, Villada, acababa de renovar la enseñanza en su ínsula. Por excepción se daba el caso de un gobernador preocupado por el mejoramiento escolar. Añádase la ventaja de la baratura de habitaciones y comestibles. El hecho es que nos dejó allí instalados y se embarcó para el Norte. Un hielo como el clima de la ciudad se nos metió en el alma, desde el primer día, y no obstante las hermosas casas con patio, en cuadro, y balcones decorados con macetas. Una pequeña fue nuestra en la calle principal, cerca de la Alameda. Desde su balcón mirábamos la calle solitaria con yerba nacida en las junturas del empedrado. Las baldosas de la acera casi no necesitaban los servicios municipales, porque el llover a menudo las dejaba lavadas casi cada tarde. Las mañanas, en cambio, eran siempre diáfanas. Una luz ofuscante llenaba la soledad de las calles y la perspectiva desierta de las montañas próximas revestidas de pinares. Un gran número de indios vestidos de azul y blanco, trigueña la

piel y un andar de trote bajo la carga sobre los hombros, pasaba temprano rumbo al mercado. Los criollos salían también para la misa, pero luego se encerraban tras de sus vidrieras, únicamente los domingos a mediodía asomaban por los portales, muy bien vestidos, para dar vueltas al son de la banda militar. Sobresalían unos cuantos terratenientes que frecuentan la capital y llegan hasta Europa, pero ni conocen ni saludan al vecino. Familias de empleados se mezclan con ellos en el paseo, sin que se entable la más elemental relación. La misma distancia, otro abismo, separa a la clase media, "pobre, pero decente", del indio que circula por el arroyo y se arrima a la música, pero lejos de los que usan el traje europeo. Extraños al mundo aquel de castas bien definidas, nosotros nos manteníamos aparte, nos divertíamos por las iglesias y los paseos y tomábamos por asalto las alacenas de dulces de los portales. No acababan nuestros hartazgos de naranjas cristalizadas o rellenas, limones azucarados, duraznos, tunas y biznagas en dulce y conservas de membrillo y de manzana, melados de caña, jamoncillos de leche y confites; grageas de azúcar de color, almendras garapiñadas; todo en profusión y baratura que provocaba entusiasmo. Mi pobre mamá, tan frugal en todo, caía en la tentación tratándose de golosinas, de suerte que en el portal dejábanse los pequeños ahorros y creo que a veces aun parte del diario reservado a los alimentos.

La ausencia de mi padre, el desgarramiento de la despedida, me hacían pensar en él de una manera que antes no sospechara. Ahora la reflexión proyectaba su imagen querida, pero como extraña de mi naturaleza. También él se había llevado los ojos velados de llanto y a menudo lo soñaba, ya triste como partió, ya alborozado por un retorno repentino. Su rostro, diferente de toda las demás caras humanas. Su mirada de amor y protección aquietaba toda angustia. Al despertar de soñarlo me hallaba con la almohada húmeda de llanto. Al concluir las tareas del día y en las fiestas se acentuaba nuestro desamparo. Para alivio nos íbamos por los parques y las iglesias, caminando con lentitud en la tarde que no concluía. Demoraba el retorno ansiado y padecíamos soledad y melancolía como de huérfanos.

Se me había inscrito en el Instituto. Mis hermanos varones entraron también a la sección infantil anexa. Las escuelas que dependían directamente de Villada disfrutaban de buenos locales y personal apto. El Instituto, en cambio, daba una enseñanza tan deficiente que me descorazonó en seguida. Cursaba, según creo, el último año de Primaria Superior. Éramos cuarenta o cincuenta en una clase de piso de ladrillo, en su mayor parte ya levantado sobre la tierra floja. Los bancos sin pintar denunciaban el roce de muchas generaciones anteriores. El maestro, un semiindio, desaliñado y malhumoriento, se ocupaba de hacernos sentir su superioridad. Desde las primeras lecciones me convencí de que la pedagogía vigente corría parejas con el mobiliario; algunos textos eran de preguntas y respuestas y no pocos temas se nos tomaban de memoria. Pretendí rebelarme, sin conseguir más que la ojeriza del dómine. Humillaba mi patriotismo haber de reconocer la superioridad de la escuelita pueblerina de Eagle Pass. ¿Sería posible que una escuela de aldea norteamericana fuera mejor que la anexa a un Instituto ufano de haber prohijado a Ignacio Ramírez, a Ignacio Altamirano?

Aproveché, sin embargo, la ocasión de afirmarme en el castellano escrito. Tanto ejercicio en un idioma extranjero me causaba entorpecimientos en el propio. Me complacía meterme en México y sentir cómo caía la cascarilla del barniz extranjero. Otras materias: Geografía, Historia, Religión, creía yo saberlas mejor que el maestrito mechudo; lo acataba en lengua nacional y lo respetaba por temor de que me declarase suspenso.

La semana transcurría rápida, pero el domingo era nuestro día pesado. La mañana se dedicaba a la misa, pero la tarde se volvía un martirio. Salíamos en grupo la abuela, mi madre, los chicos; nos sentábamos por las bancas de la alameda, húmeda o caminábamos por la calzada casi lúgubre, que a imitación de la Reforma, en México, se empezaba a ornamentar. Llegábamos hasta las ruinas de un templo que se quedó sin concluir; comprábamos los dulces de calabaza o de biznaga del dulcero ambulante y padecíamos la lentitud del atardecer vacío. Población inhospitalaria, ni aldea ni metrópoli, pero con los defectos de ambas. ¡Cómo echábamos de menos la despreocupada alegría de nuestro pueblo fronterizo, donde rico y pobre se trataban de iguales! Por el paseo toluqueño desfilaban indios embrutecidos bajo el peso de sus cargamentos, que no saludan por timidez, y propietarios en coche, que no saludan por arrogancia.

Entre ambos, una clase media desconfiada, reservada, silenciosa, empobrecida.

Resultaban mucho más animados los paseos que comencé a dar por los campos anexos al Instituto. En Eagle Pass cada tarde de clase era una fiesta. En nuestro Instituto la rutina nos ponía soñolientos y escapábamos en grupos, nos dispersábamos por los llanos, nos escondíamos entre el maíz, ya crecido, cuando el prefecto, desde la torre del observatorio meteorológico, nos echaba encima el catalejo para anotar en seguida nuestras tarjetas. La pradera toluqueña está surcada de acequias, zanjones de agua clara y fría que se cubre de una lentejuela verde o dorada que engaña al neófito. Si el paso resbala o el salto resulta corto es fácil hundirse hasta el pecho en un agua que pica como alfileres. Pero siguiendo los pasos, es grato mirar alfalfares donde pasta el ganado lechero, milpas que ondulan musicales o feos magueyes que, en filas paralelas, trepan sobre las laderas. Comíamos la caña del maíz tierno o nos íbamos rumbo al cementerio, a los puestos de fruta, en busca de jícamas y quesos de tuna, condumios de cacahuate y tamales de capulín, naranjas y plátanos.

Durante estos paseos trabé amistad con un condiscípulo, Palacios. Imaginábamos alianzas eternas. Ocurre la separación, pasan los años, vuelve a producirse un encuentro y se advierte tal discrepancia que no se sabría decir la parte que ha cambiado el amigo y lo que uno mismo ha dejado de ser lo que fue.

Desde cualquier sitio despejado se goza en Toluca el panorama del extinto "Nevado". Verdes pinos tipo *oyamel* visten la serranía circundante y suben por el cono quebrado hasta el límite de las arenas. En seguida, sobre los riscos, se posan nieves perpetuas. Por un costado aparece la desgarradura del cráter extinto. En todo el valle, un soplo frío justifica el ademán del indio, embozado en su frazada... Rostros inexpresivos bajo el sombrero de alas anchas; silencio y cautela, población que no ríe. Solo en la sátira a media voz subraya el más leve desliz del prójimo, con sorna despiadada.

Atmósfera enrarecida que amortigua el impulso y refrena el pensar, se diría que también en lo espiritual y biológico, determina, desde el valle, una mengua de la vida antes de suprimirla del todo a la altura de las arenas volcánicas.

LA CORONACIÓN DE LA VIRGEN

Y, sin embargo, la vida devota de Toluca era intensa. Iglesias en barroco del diecinueve multiplican el lujo interior de oros auténticos sobre los capiteles y los frisos. Naves espaciosas y sólidas cobijan altares y capillas neoclásicas, ricas de mármoles, imágenes mediocres y candelabros de plata y bronce. Una multitud de lamparillas eléctricas realza los dorados a la hora del rosario, que ya no rezábamos en casa, sino en la parroquia o donde más nos agradaba la arquitectura.

A menudo nos deleitaba el órgano, y una voz que cantaba las letanías guiaba las nuestras, sumadas al *ora pro nobis.*

En las vísperas de los días de guardar después del rosario, se cantaba el *Tantum ergo,* melodioso y sublime. Doblada la cabeza ante la custodia radiante, fluía del corazón ventura sobrehumana.

Entre el rumor de los largos rezos revivo la imagen de mi tía Concha, hija menor del primer matrimonio de mi abuelo. Estaría en sus treinta entonces y se adornaba con unos lazos anchos de listón. Su corta herencia la había puesto a rédito y pasaba con nosotros una temporada. Era bajita, de cara muy ancha y de un blanco mate lleno de arrugas prematuras. Unos ojos claros inexpresivos ayudaban a darle aspecto de máscara, pero del movimiento, porque la acometía un leve temblor de cuello cada vez que se quedaba inmóvil. La queríamos por buena, pero era tan lela que la hubiéramos cansado a burlas si no fuese porque había en la casa un jefe amado y temido: mi madre, que no entendía de bromas y aplicaba un azote cada vez que era menester. Al concluir la misa de los domingos, la tía se iba a la alameda con los pequeños y mi madre y yo nos quedábamos a cumplir alguna manda que nunca faltaba. Por ejemplo, para que mi padre regresase antes de Navidad y siempre con la advertencia de "Dios disponga lo que más nos convenga." "Señora, apiádate de nuestro dolor y concédenos tu misericordia..."

—No pidas lo que quieres —aleccionaba mi madre—; pide lo que convenga a tu alma. El Señor sabe mejor que tú lo que te conviene.

La iglesia estaba decorada en blanco y azul y si no recuerdo mal se llamaba del Carmen. El público endomingado en misa de doce abandonaba el local apenas concluido el oficio. Nos arrodillábamos entonces frente a un altar del costado derecho dedicado a una imagen de la Inmaculada. Iniciaba mi madre los rezos: "Dios te salve, María…" En voz baja yo también oraba fervorosamente. Un vigor nuevo me enderezaba la espalda, ya fatigada de toda la misa. Un bienestar inefable fluía de lo profundo de mi ánimo. Fijos los ojos en la imagen santa, empecé a descubrir efluvios de gracia infinita. Las palabras bondad, misericordia, vagamente formuladas por el pensamiento, se convertían en realidad sosegada y venturosa. Y como si todo el poder de los cielos se licuase en ternura, *Mater misericordie,* Madre del Eterno. De pronto, sentí que los ojos de la imagen se movían; su rostro también descendía levemente. Una sonrisa de infinita dulzura estremeció el ambiente. La Virgen sonreía. No me atreví a moverme. No comuniqué ni siquiera a mi madre aquella evidencia, tan superior a mis merecimientos. Yo era obstinado, rencoroso y colérico; pero aquella sonrisa deshacía todos los nudos de los reptiles internos. *Mater misericordie;* esta invocación era mi eterno sésamo. Esforzándome oculté el llanto que nublaba mis ojos. Mi madre, absorta en su oración, no advirtió lo que había ocurrido. Salí de allí con mi secreto, para siempre... Más bien dicho, hasta que pocos años más tarde unos pedantillos miopes lograron convencerme, en nombre de la ciencia, de que no había hecho sino experimentar una alucinación... El caso es que no he vuelto a tenerlas, como no las tienen ellos. Nos falta la pureza del ánimo.

*

Un estremecimiento fervoroso recorría la ciudad. Las parroquias y los barrios, el Obispado y el comercio, el pueblo todo se aprestaba para la fiesta de la Virgen de Guadalupe en el cuarto centenario de su aparición. Iba a ser coronada de diamantes y rubíes. La magnífica joya labrada en Francia, toda de oro y gemas valiosas, estaba ya dispuesta. Cada uno de los creyentes había contribuido con unos cuan-

tos centavos, depositados en el cepo de cada iglesia del país. Prohibida por la ley toda manifestación externa, había, sin embargo, bastante tolerancia para no impedir que las familias, a su antojo, decoraran las fachadas, iluminasen balcones y azoteas. Con anticipación a la gran solemnidad nos dedicamos en casa a pegar papel de China en banderolas y farolillos. Con ramas de pino tejíamos guirnaldas que, enflorecidas, se colgaban de los dinteles. En el barandal del balcón pusimos una tela tricolor con la estampa de la Guadalupana en marco dorado. Sobre el balaustre, vasos de agua teñida que en la noche, con una capa de aceite y una mecha, se volvían lámparas. En las calles del centro de la ciudad el adorno resultó fastuoso. Lunas de espejos y tapices cubrían los tableros de las fachadas y sobre el balcón tápalos de seda y mantones de Manila. En las cornisas una hilera de vasos de color Rara la iluminación nocturna. Flores en abundancia, en coronas o guías y en tiestos, pájaros en jaulas doradas.

Las avenidas, habitualmente silenciosas y casi desiertas, comenzaron a llenarse de peregrinos venidos de los distritos; también de un gran número de indígenas de las serranías próximas. Repletas las posadas, los más humildes pasaban la noche en el parque o en el atrio de los templos. Y amaneció el día glorioso con repiques de campanas y cohetes. El sol de otoño iluminó un cielo sin nubes. Pulimentó las montañas y los edificios. La brisa del volcán refrescaba los rostros alborozados. A las once ya no cabía gente en la Catedral. Entre nubes de incienso y polvo y vaho de la multitud, fosforescían las bombillas eléctricas, desvanecidas por el sol, que entraba a raudales. A las doce, las campanas a vuelo y el clamor de los fieles, glorificaban el instante en que el arzobispo en la Basílica de Guadalupe descorría el velo sobre la imagen coronada: Reina de los mexicanos. En los lienzos de las paredes y en los frisos, escrito con luces o con flores, resplandeció la leyenda célebre: *Non fecit talliter Omni nationi,* Afuera, como en día de fiesta patriótica, una multitud abigarrada rebasa las aceras, circula por el pavimento. Los puestos de frutas y las "fritangas" atraen forasteros; atruenan los gritos de los vendedores; indias bien lavadas detrás de sus ollas de barro invitan a probar las aguas frescas de jamaica y de chía, la horchata de melón, el agua de cebada, la limonada.

Luz, calor y colores, confusión de castas, dialectos indígenas, trajes bizarros; todo el México misterioso y complejo que el sentimiento religioso, hábilmente ligado a la idea de patria, unificaba un instante. El *Non fecit talliter* a través de nuestra historia angustiosa podría parecer irónico a un juez imparcial, pero a nosotros nos confirmaba la promesa de un augusto destino colectivo.

La tarde se empleó en recorrer las iglesias ornamentadas para la ocasión. Tenían todas fragancias como de camelias o de jazmines, azaleas y azucenas. En torno a las columnas se habían puesto palmas y en los frisos guías de laurel o de pino enflorado. El pulpito y los frontales de los altares lucían paños bordados. Pendientes de las arañas de la iluminación se veían bolas de vidrio de color y naranjas ensartadas de banderitas de papel de oro temblante. En las gradas de algunos altares se habían puesto tiestos de trigo crecido a la sombra, de un verde pálido misterioso. Una orquesta humilde, pero melodiosa, y voces dulces se esparcían desde el coro; en la transición del crepúsculo se apagó afuera el día, pero los cirios y las lámparas eléctricas prolongaron por dentro la solemnidad que se hubiera deseado inacabable.

LOS JACOBINOS

No habían pasado tres días de la fiesta cuando una mañana fuimos sacados de clase a gritos y empellones-Reunidos desordenadamente en el Pa-

tio del instituto se nos agrupo a la cola de los estudiantes formales, a la vez que corría la orden gregariamente acatada: marcharíamos en manifestar Son contra el clero. Se nos repartieren banderas. Inició el desfile el portaestandarte del colegio; lo seguimos en número de cien o doscientos. En la calle tomó nuestra retaguardia un grupo de enlevitados, suerte de frailes del laicismo A la entrada de la ciudad se nos unió una porción del populacho y comenzaron los discursos. En cada bocacalle hacíamos alto. Sobre el techo de un coche algún orador gesticulaba; en coro respondíamos: "¡Muera, muera!" Se me quedó el nombre de uno de los que arengaban: Lalanne.-.. Raúl Lalanne, bien parecido, abogado joven y no sé si diputado al Congreso por... don Porfirio... Su fama se asentaba en simpatía personal y en la gloria de su padre, general de Juárez en la lucha contra el Imperio. Con ademán resuelto increpaba a los frailes y amenazaba los "conventículos". Detrás de algunas ventanas que la persiana velaba imaginábamos monjitas asustadas de las amenazas de nuestros conductores. Éramos el rebaño que lanzaban las Logias como advertencia a la población católica que se atrevió a estar contenta el día de la coronación. Y de los gritos no pasamos a causa de que los conventículos estaban bien protegidos por la Policía porfirista, y nuestros liberales, valientes contra las reclusas, se mantenían respetuosísimos frente al último gendarme del régimen.

Llegamos hasta la Alameda gritando: "¡Vivan las Leyes de Reforma..., mueran los curas!"... Los caballos de la Policía, apostados en las bocacalles, nacían patente la farsa de aquel entusiasmo libertario que, de ser sincero, hubiera dado contra el dictador. Obligados a gritar "Viva Porfirio Díaz" junto con Juárez, desahogaban su pecho de serviles increpando a un clero ya sin poder, confiscado en sus bienes, tolerado apenas por el Poder público, ante la estatua de Juárez se formulaban juramentos a nombre de *esta heroica juventud liberal del Instituto que incubó el genio de Ramírez.*

Tan poca importancia se daba a semejantes escándalos, que mi madre no se alarmó de mi intervención en ellos ni nadie habló del asunto al día siguiente. Se sabía que don Porfirio dejaba ladrar, de cuando en cuando, sus perros; pero no les permitía morder. Tan poco influyó sobre mí el plantel toluqueño que lo dejé sin sospechar el conflicto de la doctrina aprendida en mi casa y la que en México impone el Estado.

LIBERACIÓN

Las fiestas guadalupanas terminaron el doce de diciembre —¿año 1895?—. La Navidad la pasamos triste y, si no me equivoco, días antes de Reyes llegó el telegrama largamente esperado en que mi padre nos anunció su nombramiento de contador o segundo jefe de la Aduana de Campeche. A las noches de ensueños con lágrimas sucedían ahora insomnios de ilusión ardiente. Pronto volvería a ver aquel rostro que irradiaba protección casi divina. Contando los días y las horas del trayecto en ferrocarril, adornábamos la casa. Desde la víspera, quedó decorado el comedor y dispuesta la mesa del desayuno. Y, por fin, nos despertó temprano el rodar de un coche a la puerta. Subió mi padre seguido de cargadores con bultos. Batió el corazón grandemente sobresaltado en tanto que los abrazos confirmaban el júbilo. Después, a destapar envoltorios con los obsequios, a enriquecer la mesa con las golosinas compradas al paso del tren por el Bajío.

Tan regocijados nos traía la marcha a Campeche que no recuerdo detalles de mi despedida del Instituto. El paso rápido por la capital me renovó la impresión de alquitrán sobre el asfalto, olor de chapopote que extendía su alfombra de lujo nuevo al pie de los antiguos palacios de la Colonia.

Muchas veces he contemplado el panorama famoso del descenso de la meseta por el Ferrocarril Mexicano a Veracruz, o viceversa. He recorrido el camino en tiempo lluvioso y en la época de las sequías. Lo he observado de noche bajo la luna y más frecuentemente a pleno sol; pero nunca experimenté deslumbramiento parecido al de aquel primer tránsito por nuestra tierra cálida. Desde la víspera, imaginábamos el esplendor de los parajes más célebres: las cumbres de Maltrata y el Puente de Atoyac. ¡Las veces que el Atlas ilustrado de García Cubas nos había anticipado tales goces! Me sobresaltaba, también, saber que, por fin, veríamos el mar. Solo quien ha pasado sus primeros años en la meseta, lejos de la costa, comprende la angustia de tener que estarlo imaginando sin esperanzas de verlo.

Desde la madrugada, horas antes de la partida del tren, estuvimos de pie, aseados y empacando lo que debía ir a mano. En la estación de Buenavista ocupamos un vagón de segunda apenas estuvo dispuesto, porque cada cual quería ganar asiento de la derecha, donde se obtienen las vistas mejores; perder una sola equivalía a privarse de un plato del banquete con que regalaríamos el alma sedienta del vino de las visiones hermosas.

Los llanos de Apam son feos con sus arenales pedregosos y la cuadrícula de los magueyes; sin embargo, toman aspecto de castillo las construcciones robustas de las haciendas y las aldeas seducen por el encanto singular de sus iglesias de portada barroca y campanarios ligeros. Un sol implacable calienta el páramo y en el confín azul se engendran mirajes caprichosos. Nombres de epopeya, como Otumba, míranse decaídos sirviendo de rótulo al despacho de boletos del ferrocarril.

En cada estación se llenan los andenes de vendedores de esos extraños comestibles deliciosos únicamente para los iniciados: gusanos de maguey y pulque, tortillas de maíz y aguacate.

La emoción del viaje comienza en Esperanza. Cambia el clima al iniciarse el descenso y se modifica la topografía. En vez de llanuras devastadas, montes reverdecidos y húmedos de lluvia reciente. A diferencia del aire seco y transparente de la meseta, una atmósfera cargada de aromas vegetales, acariciada de nublados que dejan lustroso el añil del cielo. Y en las laderas, sobre los prados, vacas gordas y apacibles; una impresión de comodidad favorable a la vida, distensión sedante tras de la vaga angustia latente del altiplano.

Como por los pasos de una complicada arquitectura el convoy penetra por la hendidura de las montañas, a la vera de los cantiles. Frescas orquídeas decoran un risco. Al fondo de un abismo corren aguas en perpetua efervescencia. Largo cañón rocoso y luego, en las abras, la amplitud del cielo sobre el océano de la serranía. En luz viva refulgen peñas y plantas que exhalan fragancias. En el vagón ha cesado el bullicio, los viajeros aplican el rostro a las ventanillas. Tiembla en el aire el ritmo de alegro que acelera el paso lento de la meseta. No solo los ojos, los sentidos todos, despiertan a la llamada de la armonía.

Cuando en los precipicios se asoma la cabeza al filo del terraplén, el vago terror se calma advirtiendo la solidez de los durmientes de acero y el seguro declinar del rodaje, la blandura de los muelles. Ferrovía construida por el sesenta, por ingenieros ingleses y mexicanos, es todavía la mejor de la nación y hace contraste con las más recientes, entregadas por el porfirismo a concesionarios norteamericanos, que a la mala técnica sumaron el abuso de excluir al nacional de toda colaboración. Un tono de orgullo patriótico acrecentaba el efecto exorbitante de los panoramas.

Y hace falta proveerse de buen acopio de don admirativo, porque una tras de otra emergen perspectivas sublimes.

Sólo a caballo o a pie se las podría apreciar cumplidamente. Rápidos y deslumbrantes

van quedando atrás visitares de picos nevados y valles feraces. Al lado de la vía, las grietas del Granito rezuman humedad cristalina y CP revisten de musgo. En las cañadas la vegetación teje malezas lujuriantes. A la orilla de un precipicio, los basaltos verticales dan testimonio del trábalo milenario de un torrente que a escalofriante profundidad se derrumba todavía más abajo y serena su caer con el rayo de luz que irisa las espumas.

Los túneles nos producían sobresalto divertido: no hay uno solo en nuestras rutas de los desiertos fronterizos; ahora casi en cada vuelta la locomotora taladra la montaña; la respiración se corta en la negra oscuridad humosa, y el ruido de la marcha ensordece; hay un minuto de zozobra y luego se inicia al frente una claridad que va en aumento; en seguida luce de nuevo la tarde espléndida. Los ojos se esfuerzan por captar las visiones maravillosas que se nos pierden para siempre. Pero otras más vienen a calmar la avidez. Privada de belleza el alma mientras ignora el trópico, ahora, por fin, se sacia y goza.

Avanzamos sobre un corte elevadísimo; las nubes, al alcance de la mano, se posan sobre abismos. De pronto, un claro en las gasas de la bruma nos descubre el llano de la sima amarillo de mieses, cuadriculado de riegos, salpicado de caserío de muros blancos y techos rojos. Impacientes los espectadores gritan "¡Maltrata!" Bajamos por la famosa pendiente que los guías del turismo titulan las Cumbres de Maltrata.

Al nivel del llano, y por las cercanías de Orizaba, el territorio se ensancha, la serranía se aleja y la brisa adquiere tersura de velos, caricia de aromas. Sobre la tierra feraz tejen enramada los cafetos, más altos que un hombre. Lustrosos y ubérrimos ondulan los platanares. Surcan el valle comentes cristalinas y rápidas, surgiendo la fuerza que moverá turbinas. Apenas distantes las montañas apretadas de vegetación parecen abrigar los frutos y los animales del Paraíso.

Hurga el tren, por la entraña de una manigua domesticada, embellecida con la humana tarea. Torres y chimeneas marcan la ubicación de las fábricas de Río Blanco y Nogales. Más allá, y emergiendo de la espesura verde, campanarios blancos, cúpulas rosadas, pórticos luminosos de Orizaba. La Pluviosilla, que nos pareció la bien lavada, porque constantemente las brumas le pulen el firmamento azul y los aguaceros le lustran el empedrado de las calles y las vidrieras de sus ventanas, sus fachadas y azoteas. Nutridos de aire fresco y balsámico, entramos bajo el cobertizo de la estación.

Público abigarrado de tierra intermedia visten unos paño y otros lino. Una infinidad de vendedores se acercan ofreciendo racimos de plátanos; los hay grandes para freír, medianos para alimentos y pequeños "dedos de dama" que ya son golosinas. Llaman la atención pinas de rabo lustroso sin garfios y leve rugosidad encendida, grandes como antebrazo y dulces, tiernas, sin una fibra. En cestos se ven naranjas ardidas de piel fina, jugosas. Casi se les desdeña ante el prodigio de los mangos, tipo Manila, gruesos y amarillos, moteados de negro por la maduración, jugosos y dulces hasta el hueso, de lámina transparente, color de ámbar. Abundan igualmente mameyes y chicozapotes, anonas y ciruelas. Fiesta de las frutas; si nada más eso nos diera el trópico bastaría para hacerlo región privilegiada del globo.

Lo que se ve a poco de traspuesta la estación de Orizaba es una de esas maravillas que justifican la afición de los viajes. Tan rápido resulta el encanto que se quisiera deshacer el camino andado. Saliendo de un túnel, resbala el convoy sobre un puente ancho y prolongado pasmosamente sobre el abismo. Elegancia en el alarde técnico, sorpresa de no haber caído en la sima que nos circunda, serena marcha de los carros ligeramente frenados.

Vasto panorama de la cañada y las sel-

vas, todo compone una suerte de sublime armonía. Un barandal de hierro protege el estrecho andén; por encima miramos las pilastras, mitad mampostería, mitad enramado de acero. Esbeltas y macizas, describen leve curva, y apoyándose sobre el lecho pedregoso del río sostienen el viaducto entre los flancos de la anchísima barranca. Salto entre dos sierras ornadas de vegetación lujuriosa y tupida. Ni una huella de camino, ni siquiera de veredas. Pronto en el otro extremo del puente nos traga la boca de un túnel. Durante un instante nos vimos suspendidos en el espacio intermedio, maravillados e inquietos por atinar con la única salida del abismo, la oquedad minúscula y oscura por donde hemos taladrado la peña para ganar terreno sólido después de la proeza del salto. El túnel se abre a poca distancia sobre el flanco de otra cordillera, desde la cual vemos en perspectiva el conjunto del puente y la barranca famosa de Metlac.

EL MAR

Paramos en el Hotel Oriente, desde cuyas ventanas, nos dijeron, veríamos de mañana el mar. Comenzaba la noche y soplaba viento Norte; caía llovizna. La oscuridad lóbrega que a esa hora envolvía las ventanas por la dirección de la costa nos produjo desilusión. Y como no admitía plazos nuestra impaciencia, después de rápido aseo, nos echamos a la calle por los almacenes de la Aduana y el muelle fiscal. La verja de hierro estaba todavía abierta y nos fue fácil avanzar unos pasos hacia afuera del cobertizo. Una ráfaga huracanada y acuosa nos azotó el rostro; la luz del farol eléctrico se perdía en una masa de sombras. De pronto, un retumbo del piso levantó espumas que brillaron un instante en el reflejo del foco eléctrico. Azotó en seguida la ola casi delante de nosotros y barrió la anchura del espolón. Habíamos visto el mar terrible, o mejor todavía, lo acabábamos de sentir, hosco, inexorable.

Dentro del puerto la lluvia cesaba a ratos y el aire se ponía oloroso, con ese olor peculiar de la putrefacción, tonificante vaho que seduce al recién llegado, aunque los habitantes de la costa ya no lo adviertan... Tras de callejas ahumadas y sombrías desembocamos frente a la torre del faro Benito Juárez. En la farola giraban los espejos; destellos cambiantes, firmes, triunfaban de la sombra y del viento. Y era como un ojo auxiliar de la conciencia del hombre, metido dentro del caos y la furia de los elementos.

El caudal de los recuerdos no es precisamente la cinta del cinema que se desenvuelve rápida o lenta, sino más bien una muchedumbre de brotes arbitrarios, parecidos a las explosiones de la cohetería nocturna que unas veces revienta en ramillete de luces y otras falla dejando solo humo. Así las imágenes en el juego del recordar acuden o se pierden según motivos que nos escapan y sin que la importancia de la ocasión suela ser decisiva para fijarlas. No es extraño que entre tantas otras me venga a la mente, clara como la vez primera, la visión de aquel mar verde y rizado que a poco de amanecer contemplamos desde la ventana de nuestro humilde cuarto de la vieja hospedería veracruzana.

Los buques no atracaban al muelle en la época anterior al drenaje de la bahía. Los pasajeros se transportaban en bote de remos hasta el barco fondeado a una milla de la costa. Y en tardes de "Norte" como aquella en que por primera vez bogamos en el mar, solía ser más peligroso el embarque que todo el resto de la travesía... Sobresaltados, nos apretábamos dentro del barquillo que, ya se clavaba en las líquidas simas, ya trepaba a la cresta del oleaje, amenazando volcarse. El viento arrebataba nuestros gritos, mezcla de terror y de juego. Los bogas, con puños firme.;, impulsaban, y el timonel, atento a los golpes de mar, los

esquivaba sin evitar que, a ratos, azotaran la banda y nos bañaran el rostro o la espalda. Fueron unos diez minutos de angustia, seguidos del consuelo de pisar la escala, levantados casi en peso por la marinería, hasta los encerados de un vapor flamante de aseo. Apenas instalados nos hicieron ver en la torre de las señales la bandera negra que indicaba el cierre del puerto para las embarcaciones menores, precaución indispensable cuando arreciaba el temporal. Orgullosos del riesgo que habíamos corrido, prolongábamos los comentarios: que si Fulano mostró menos temor que Mengano, que si tal ola fue la más vigorosa y pegó más fuerte que todas las demás.

Pero el entusiasmo marinero se cortó en seguida, el barco se hizo a la mar en pleno vendaval y un mareo desesperado nos echó al camarote a contemplar la claraboya ya opaca, ya clara, según el azote de las olas.

Cedió el viento al amanecer y el sol en pleno golfo nos deparó un día espléndido. No se veía la costa, pero nos sabíamos en la ruta de Grijalva. En el mapa de mi geografía escolar aquel rincón de Tabasco estaba señalado como el sitio de la tierra en que es mas gruesa la capa vegetal. Cincuenta metros de humus para las raíces de una selva que imaginábamos hermosa y terrible. Al llegar la noche la luna iluminó el mar. Avanzaba el barco dentro de un halo y removiendo el silencio infinito, con el eco regulado de los pistones del motor. Una estela de viva luz marca el paso de la nave y la extensión líquida tiembla y cabrillea irreal como las figuras de un sueño. Permea el ambiente dulce y misteriosa paz. Hablan las almas en diálogo lento mientras el cuerpo se entrega al reposo:

-¿Y es cierto, mamá, que algunos han visto cara a cara a Dios?

¿Por qué no? Es tan grande su poder que sin empequeñecerse, sin dejar de ser infinito, puede revelarse a los limpios y justos de corazón...

Por el ojo del camarote entra todavía un rayo de luz; contagiada del cuerpo, la mente se adormece, y el ritmo vibratorio del barco envuelve a sus habitantes y los transporta por la apacible, luminosa inmensidad.

CAMPECHE

Nuestra casa de Campeche tenía un balcón grande y dos laterales, sobre la playa y sobre el mar. Desde los barandales mirábamos a la derecha el muelle fiscal, sólido espolón de mampostería y cobertizo de teja colorada. Al frente, un mar de aceite poblado de velas y mástiles: barcas airosas de Noruega de cinco palos, veleros de tres y goletas; además, lanchones diversos y el vaporcito de la Aduana; botes de remo amarrados a sus anclas. En la lejanía, un confín azul sin término y una que otra vela de pescadores remotos.

Por la línea de tierra un caserío reducido de dos cuerpos con tejados y azoteas se cierra en los extremos con el macizo mamposteado de dos fortines batidos de olas. Uno de ellos guarda todavía el cañón quitado al lord pirata inglés que fracasó en sus intentos de rapiña. El saliente opuesto se usa como torre de señales.

Los bajos de nuestra casa servían de almacén de maderas y el patio albergaba un aljibe. Periódicamente la marinería extranjera se surtía en él de agua potable para sus barriles de a bordo. Ocasionalmente los tablones de pino del Norte salían de las calas noruegas para ser almacenados en el bodegón de nuestro primer piso inferior. Lanchones repletos de valioso palo de tinte —palo de Campeche— vaciaban sus cargas al vientre de los navíos.

Fuerte olor de humedad marina exhalaba desde el zaguán a todo el departamento bajo de nuestra morada. Una escalera espaciosa de gradas bajas y anchas siempre oreadas facilitaba el acceso a un amplio corredor pavimentado de mármol a cuadros negros y blan-

co. Igual pavimento lucía en el salón ancho y con vista al mar, situado entre dos alcobas también con balcón y techos altos, de paredes encaladas. Por todo moblaje un ajuar austriaco de bejuco, sofá, mecedoras y sillas, una mesita y en las puertas cortinajes largos de punto blanco eficaces para mitigar la luz sin mengua de la brisa. En escuadra seguían otras habitaciones hasta el comedor, opuesto a la sala.

Por camas teníamos catres de lona con mosquitero, según el uso en toda la costa, pero pronto los chicos aprendimos a disfrutar de la hamaca, suspendida dentro de la alcoba. Tan bien me acomodé a ella que muchos años después he podido recobrar sin esfuerzo la habilidad necesaria para sentarse, recostarse y dormir sin desasosiego. El uso de la hamaca sugiere un aspecto general de rusticidad y aglomeración de bohíos; sin embargo, Campeche posee abundancia de casas señoriales, sólidas y enjabelgadas de ocre o de rosa o de azul, con balcones y rejas. Los interiores suelen estar espléndidamente pavimentados con mármol hasta el patio, decorado con plantas. El empleo frecuente del pavimento de mármol en pequeñas baldosas cuadradas, blancas y negras, se explica por los veleros italianos que lo llevaron casi de lastre, cuando acudían a cargar el palo de tinte. Por la misma razón abunda también en el puerto el ladrillo rojo y la teja de Marsella. El jardín público, las casas mejores, la Catedral, tienen el piso de mármol. Ciudad bien calzada, pues, y anchamente construida por una población doble o triple de la que había entonces. Me complacía confirmar esta última observación que anteriormente leyera en un diccionario de geografía escrito en inglés y que formaba parte de nuestra pequeña biblioteca familiar ambulante.

La Aduana y el edificio del lado opuesto de la plaza desplegaban galerías de soportales a la italiana. En el jardín del centro había bancos de azulejos y camellones de follaje con jazmines de fuerte aroma. Fachadas en ocre vivo, luz intensa y azul profundo, calor y. soledad.

El panorama desde nuestro balcón era para colmar horas contemplativas. Las velas pequeñas, perdidas con el horizonte, habituaban el ojo al mirar largo, distante y total. Soplos de brisa traen el gusto de la vida exúbera del mar, especie de prana acuático que entona y complace. En la playa una cinta de arena blanquecina refulge casi hiriendo la vista; el azul, en cambio, la reposa, claro en el firmamento, verdoso en la extensión del agua.

Diáfanas lejanías ensanchan el pensar y lo serenan. Cuando el sol llega al cenit y no queda una sola sombra ni en la tierra ni en el mar, todo lo que tiene vida busca el refugio de un techo o de un toldo.

Los bogas de piel tostada y recia musculatura trasudan la camiseta de punto, suspenden sus faenas y, tras del almuerzo, duermen. El comer abundante derrama el sudor sobre la piel bien bañada; pero luego la hamaca, al mecernos, finge una brisa. La imaginación, en tanto, trabaja con fiebre. Se producen dinamismos parecidos al que determina la acción de los explosivos. Irrumpen los ensueños desorbitados y, a veces, la Naturaleza también saca de su calma comprimida el drama que la desfoga.

De la nada de un cielo claro surgen de pronto gases y en seguida nubarrones densos; el viento, minutos antes quieto, se torna huracanado; cuaja la lluvia en chorros. Rápidamente el cielo del azul se pone oscuro y las olas barridas por el vendaval se miran turbias, se rizan primero, después levantan crestas, se agitan los barcos, sacuden sus mástiles, corre la marinería arriando velas, afianzando las anclas, apuntando las proas sobre la marea. Los relámpagos, ya muy próximos, comienzan a coincidir con el trueno; deslumbra el zigzag de una descarga próxima. El firmamento se vacía en cascadas, los canales vomitan alegres chorros, inundan las baldosas de las aceras.

Pronto y sin metáfora las calles son arroyos. En seguida, súbita, como vino, se va la tempestad y el cielo se abre lavado y azul, pulido y luminoso. Las casas mojadas, el empedrado lustroso hacen marco a una población riente, aliviada un instante de bochorno, anegada de luz después del baño de agua y de viento.

EL INSTITUTO CAMPECHANO

Ocupa el local de un antiguo convento, anexo a una iglesia, de torre barroca y portada en blanco y azul. Un moho de humedad mancha el encalado del doble piso con balcones. El patio lo cierran arcadas de cantería y sus baldosas están verdes de lama. Contiene la planta baja el gimnasio, la biblioteca y algunas aulas.

Arriba, contra los muros del corredor, había una bancas destinadas al ocio. En lo alto de la pared, unos pergaminos en sus marcos recuerdan la hazaña de los alumnos del primer premio. Una puerta conduce al salón de actos, decorado de cortinas en terciopelo carmesí, sobre los balcones de la calle y en el dosel que ocupa el fondo. En otro extremo la Rectoría, el gabinete de física y, en torno, las aulas. Modesto y reducido el plantel, no daba impresión de abandono como el del Instituto toluqueño. Se veía animado de alumnos y bien cuidado en sus distintos servicios.

Al principio, la Institución me rechazó. Mis papeles no iban en regla, faltaban cinco meses para los exámenes, debía yo ir a la primaria superior establecida en la acera de enfrente para refrendar en ella mis estudios y poder ingresar al colegio en el próximo curso. Aunque es usual olvidar los dolores y guardar memoria únicamente de las alegrías, hay contrariedades que se recuerdan toda la vida. Me condenaban a un año de atraso. Mis padres insinuaron que había que someterse y esto acabó de obstinarme. Casi ni comía ni dormía y les amargaba el reposo. Hablé inclusive de que me mandaran a la capital para iniciar allí mis estudios definitivos. Se trataba de mi porvenir, no había ido a provincia para ser rebajado de categoría..., ¡qué se creían los del Instituto!, etc., etc. Y así fastidié horas y días. En el pecho se me clavaba un dolor y en la garganta una congoja y en la vista me cegaba una sombra. Tanto angustiaron mis quejas que mi padre movió desconocidos y amigos hasta lograr que me admitiesen de oyente, de supernumerario, pero con derecho al examen de doble tiempo que se imponía a los extraños.

En Campeche comencé a asistir a cátedras especializadas. Los profesores eran en general superiores a todo lo que antes había conocido. Reclutados entre los profesionistas distinguidos de la localidad cada uno trabajaba por afición, ya que el sueldo era mísero. No pocos prestaban sus servicios gratuitamente, según tradición honrosa de amor a la cultura y servicio de la localidad. Sin tan patriótica decisión de los particulares, el Estado, siempre en bancarrota, no habría podido reemplazar a las Comunidades en el servicio de la enseñanza secundaria que les arrebatara en la Reforma.

En el colegio campechano, además, y por lo mismo que no había de por medio gajes oficiales ni partidismo político, no existía la pasión jacobinizante y anticatólica del Instituto de la Toluca helada. Los de Campeche, fáciles de trato, "campechanos", no eran para estarse cultivando rencores ni de religión ni de política. Inclinados a la buena vida, despreocupados, bromistas, poetas más bien que teorizantes, ponían más orgullo en un buen decir que en el dogma creyente o laicista. Por ejemplo: nuestro profesor de Gramática, apellidado Aznar, abogado, poeta y lechuguino, recitaba con énfasis largos párrafos del texto de otro Aznar yucateco, pariente suyo: "No acierto a comprender", etc., etc. El "no acierto" me dejaba impresión de suprema elegancia retórica.

Don Joaquín Maury se llamaba, si mal no recuerdo, el catedrático de Historia Antigua y de Grecia. Al texto francés de Duruy agregaba unas notas de geografía antigua con mapas a pluma y léxico erudito: el Ponto Euxino y el Hellesponto, el Chersoneso y la Thracia. De una gramática latinofrancesa y del Nebrija copiábamos los ejercicios del *rosa, rosae, rosam.* Según mis recuerdos, nunca pasamos, ni en el segundo año, de la primera conjugación: *amabo, amabis, amabit.* El estudio se nos hacía pesado porque casi no traducíamos y solo se nos exigía de memoria el recitado de los casos y las conjugaciones.

En general, se abusaba de nuestra memoria y lo atribuía yo al atraso del plantel, infatuado como estaba por mi experiencia modernizante de la escuela de Eagle Pass. En esta última la memoria quedaba circunscrita a la Aritmética y el deletreo. Y aun en estas disciplinas se procuraba desarrollar la destreza más bien que la retentiva. A pesar, pues, de mi mala memoria y de mi resistencia, logré trabarme en la mente ciertos conocimientos útiles como las conjugaciones francesas *J'ai, tu as. il a,* y la sintaxis de la *y,* con párrafos del Telémaco: *"Calipso ne pouvait se consoler du départ d'Ulyses",* etcétera, etc. No éramos capaces de dialogar un minuto en francés, pero repetíamos versos y tiradas de prosa pronunciando a la manera de *"Carcassone, ou toutes les lettres sonnent",* y, peor aún, conforme a nuestra nativa prosodia castellana, modificada apenas con una que otra regla no muy fija como la que *ai* suena *e* y por lo mismo se dice *pen* para pedir pan, aunque luego resulta que en París pronuncian *pan.*

En la clase de Geografía estalló mi protesta. Bien estaba que en latín o en Gramática se nos recargase la memoria; por lo menos, yo no conocía otro sistema; pero en Geografía, magistralmente enseñada en Eagle Pass, no me sentía sumiso. Me agobiaba tener que repetir la lista de los nombres de los departamentos de Francia: Sena; Sena y Oise, Sena y Marne, ochenta y tantos títulos castellanizados por nosotros, es verdad, pero no por eso menos inútiles. Lo dije así en clase, negándome a dar la lección. Quise aducir razones para mi negativa, pero el profesor se irritó echándome un regaño de esos que hacen época en un curso. Se llamaba el profesor don Evaristo Díaz, y aunque mucho más tarde había de encontrar en él un afectuoso y desinteresado amigo, por aquel entonces se me convirtió en obsesión. Por muy injusto que haya sido su reproche, reconozco el bien que me hizo llamándome pedante, porque lo era. Humillado, pero advertido del peligro, decía: Perderé más tiempo aún, ya no solo en la clase de don Evaristo, sino también en la de Historia, en la que nos exigían la lista de los reyes de Francia y de los emperadores aztecas, con la dinastía tlaxcalteca de Netzahualcóyotl. Por fortuna, olvidamos todo eso en el instante de concluir el examen. Lo que procuré retener con precisión, por desgracia, corrió igual suerte de olvido: los personajes y los episodios de la Mitología griega. Más interesantes sin duda que la genealogía de los Capetos y los Luises, hacen falta para leer a Homero. Y menos mal que comprendía nuestro curso de historia griega un texto francés de Mitología. Aparte de que el Telémaco, texto obligado de la clase de francés, nos exigía repasar la epopeya helénica; sin embargo, nunca me sentí harto de meditar los sentidos y pormenores del mito.

El santuario del Instituto era la Biblioteca. Entraba a ella con emoción parecida a la que me producían las iglesias. El relente de los viejos infolios sugería el incienso y la manera de ensanchar el alma con los libros se parecía al despliegue de la oración. No era muy grande la sala, pero sí acogedora. Una estantería de madera de zapote, morena y olorosa, cubría casi las paredes y encerraba pergaminos que fueron de conventos y volúmenes de pasta francesa adquiridos por la di-

rección. En algunos tableros sin estante V en el friso había figuras en honor de la Ciencia. Según recuerdo, una Astronomía, grave matrona con su astro-labio. Una turgente Geometría, armada de compás, y en los festones letreros alusivos al sistema de Copérnico, al principio de Lavoisier. Equivalía aquello a las imágenes que dan vida a los templos. Desde entonces me quedó la idea de hacer, alguna vez, una biblioteca más grande según el mismo plan.

El derecho de usar de aquella biblioteca fue para mí don mayor que el de asistencia a las clases. Nunca había tenido a mi alcance tal número de libros. Lo leía todo con la avidez del que va adquiriendo un vicio que subyuga. Un asunto me llevaba a otro. El conocimiento del francés escrito era como haber obtenido el sésamo de nuevos mundos del espíritu. Me cayó en las manos una historia de la astronomía, desde los caldeos y Tolomeo hasta Leverrier y el descubrimiento de Neptuno. De allí pasé a hojear volúmenes de astrología y de magia. No me interesaba la técnica de cada ciencia, sino las conclusiones en cada caso alcanzadas. Por ejemplo: a la astronomía le hubiera pedido exclusivamente que me explicase los prodigios de la estrella de los Reyes y a la Física el mandato que partió en dos el Mar Rojo. Desde entonces buscaba en la ciencia no la tesis abstracta ni la receta del práctico, sino el testimonio y camino de la verdad total, concreta y viviente.

Con la terminación de los exámenes, y tranquilizado por un éxito fácil, pude aumentar las horas destinadas a la lectura. Por lo común pasaba las mañanas encerrado en la Biblioteca. La tarde, calurosa, se dedicaba a la siesta y el baño. Por la noche, mientras mi madre atendía a preparar la cena en la cocina misma, donde auxiliaba a la criada, le hacía yo el relato de lo leído en el día o le leía en voz alta algún volumen. No sé si por accidente y curiosidad o por indicaciones suyas revisé obras tan abstractas como los dos volúmenes de Augusto Nicolás sobre la Inmaculada Concepción, pero con ella leía mis clásicos escolares. Traduciéndole de una edición inglesa, la informé de Hamlet y de Lady Macbeth. Aparte de uno que otro de Calderón y de Lope o Moratín no había leído ella otros dramas, pero Shakespeare le desagradaba.

—Es muy feo eso de que todos acaben matándose —comentaba.

Regía mis lecturas al azar de los hallazgos en la Biblioteca, pero también me orientaban los diálogos que sobre toda clase de materias sostenía con mi madre. Cuando me quedé solo poco tiempo después, mi afición de lector decayó tanto que no escapé ni a las aventuras de un Rider Haggard ni al propio Ponson du Terrail. En cambio, al lado suyo mantuve un nivel de lector elevado y asiduo. Y fue ella quien puso en mis manos el acontecimiento libresco de todo aquel período de mi vida: *El genio del cristianismo,* de Chateaubriand. Para tomar reposo en la ardiente polémica leíamos *Los mártires, Átala, Rene* y *El último abencerraje.* Adquirimos así aun *Los natches,* que no llegué a leer. Pero a *El genio del cristianismo* volvíamos como a un *leitmotiv.* Después he comprendido que, viéndome leerlos, mi madre se tranquilizaba. No podía evitar que me ganara el ambiente incrédulo y afirmaba mi creencia volviéndola combativa en previsión de los riesgos que no tardarían en presentarse. Por lo pronto, el intelectualismo de Campeche era indiferente más bien que irreligioso. Los profesores del Instituto toluqueño se hubieran sentido deshonrados si alguien los hubiese visto en misa. Muchos profesores del Instituto campechano iban el domingo a la Catedral, pero se quedaban casi siempre a la puerta, para ver salir a las señoras. Y habrían sido incapaces de interesarse por una disputa teológica. Sus preocupaciones mentales no iban más allá de la frase galana y la ironía. Sus ambiciones no sobrepasaban el deseo de bienestar y la sensualidad.

LAS VACACIONES

El verano de Campeche obliga a bañarse dos veces al día, una en la madrugada y otra al atardecer. Y aunque en casa había ducha, con frecuencia usábamos, calle de por medio, la gran piscina del mar. Uno de los bogas al servicio de la Aduana recibió de mi padre el encargo de darme las primeras lecciones de natación. Los primeros ensayos los hicimos de noche. Al entrar en el agua tras del marinero el misterio de la fosforescencia, que los pasos levantan del fango marino, me dejaban suspenso.

El agua tibia del *Gulf-Stream* en pleno trópico temblaba acariciante y exhalaba el olor tónico que complace la sensibilidad. Desde la línea del horizonte, perceptible no obstante la sombra, hasta el extremo firmamento, las estrellas cintilaban suspendidas sobre el estanque inmenso del mar en calma.

Obediente a los consejos del boga, tendía los brazos, los apartaba y, sin remedio, me hundía; si algo flotaba eran los pies. Paciente, el marinero me sujetaba del calzón o me tenía de la barba; apenas me soltaba iba al fondo de cabeza. Avergonzado de sentirme tan torpe, pronto prescindí del maestro y decidí ensayar yo solo; con el agua a la rodilla avanzaba estilo perro. No adelanté mucho más allá, pero sí lo bastante para presumir de poder dar lecciones a mis hermanas. A poca distancia de nuestra vivienda había unas casetas, metidas mar adentro sobre pilotes, ligadas a tierra con andador de madera. Nos desvestíamos por turnos; me adelantaba de experto con el agua al cuello, luego seguían mi madre y los chicos remojados dentro de sus batas de dormir. Empapándonos de frescura,, abríamos los ojos bajo el agua cristalina con fondo de algas verde pálido. Media hora después devorábamos un desayuno de chocolate con pan dulce. El pan de Campeche era entonces una especialidad inimitable. Por toda la República se vendían unas hojaldras azucaradas con el nombre de campechanas, pero sin igualar jamás a las legítimas. Tampoco había en parte alguna mejor pan de huevo ni pechugas y tostadas.

Concluido el desayuno me iba a la Biblioteca del Instituto. Ocasionalmente, acompañado de condiscípulos, recorría las huertas de extramuros, ricas en frutos raros. Pero necio consejo de médico nos había prohibido comer fruta tropical, que aseguraban produce paludismo y cólicos. Lo cierto es que lavándole la corteza, donde suelen criarse larvas, la fruta de tierra caliente constituye alimento, preventivo y goce, el mayor de los que da el sentido del gusto. A escondidas me aficioné a los zapotes amarillos y chicozapotes marañones, mameyes y ciruelas. La novedad me llevaba a la fruta dulce y madura, pero mis compañeros, hastiados quizá de mieles y aromas, preferían las ciruelas verdes y el tamarindo en rama. Este último, en punto de maduración, es de sabor penetrante, ácido y dulce, incomparable.

Poco a poco fue propagándose el contagio y, no solo mis hermanas, también mi madre, violó la consigna contra la fruta. La plaza del mercado nos quedaba a dos cuadras, del otro lado del muelle. Visitándola temprano, se podía obtener por unas monedas de cobre una fuente de las ciruelas más dulces, rojas y doradas de toda la tierra. Un montón de chicozapotes deliciosos valía "cuartilla". Los mangos abundaban tanto que al final de la estación los echaban en carros para arrojarlos al mar y librarse de las plagas de la putrefacción. El hueso del mango contiene una almendra aceitosa que los muchachos emplean para trazar dibujos obscenos, casi indelebles, sobre el enjalbegado de las casas más respetables. A fuerza de ver los signos de la generación así repetidos, la atención pública acaba por no advertirlos, igual que las desnudeces que se suelen ostentar en las playas.

Mi padre se encerraba en la Aduana; pero a mediodía estaba de vuelta,

siempre jovial y afectuoso. Sus únicas exigencias eran las de la mesa... La cocina campechana goza fama justa de ser la mejor del país. A los arroces azafranados, las aves y los lechones, añade peces sin rival en el mundo, como el cazón y el robalo. Además, una variedad de ostras, cangrejos, langostas, que se traen de la playa rocallosa, situada ai Norte, y aparte los productos nativos, un tráfico asiduo por mar deja al mercado local buena provisión de latas, conservas y vinos a precios reducidos.

_ El palo de Campeche nos lo devuelven hecho vino —exclamaba mi padre a propósito de un tinto corriente que se gastaba de diario, inclusive en las mesas de los marineros.

Los burdeos blancos y rojos ya embotellados los reservábamos para los días de gran guiso de pescado. La preparación de éste, según las recetas locales, resultaba estupenda, gracias a cierto empleo del comino. Los escabeches campechanos, a base de ajos, son también inconmensurables. Y en cuanto a dulces nada iguala al marañón con las pastas de coco y de guanábana, auténticas maravillas del trópico.

EL CLIMA

En materia de calor Campeche tiene de qué ufanarse. Después de los veranos de Piedras Negras, nosotros nos creíamos curtidos, pero aquella estufa del Golfo, con vapor en vez de aire, nos resultaba a ratos agobiadora. Las tardes de agosto son largas, preñadas de un "bochorno" que desespera. Ni el libro ni la tarea distraen, ni el sueño alivia; sólo el sudor corre sin término. Se mece la hamaca en las largas siestas. Por el balcón se derrama el sol hecho fuego. La vista se entrecierra, herida por la reverberación de la playa de arena blanquizca. Por nuestra entraña las solicitaciones lujuriosas de la pubertad, estimulada con algún folleto obsceno leído a escondidas, prendían su propio fuego. Al caer la tarde unas indias metían sus muslos bronceados en las ondas, recogiendo la falda por la entrepierna. De pronto, interrumpiendo la pesadilla, sonaba la orden dada a la criada para que fuera por los refrescos de guanábana y de pina que vendían a media cuadra en una nevería titulada "El Polo Norte".

A menudo divagaba sobre el porvenir. Comiendo plátano endulzado al sol, frente a la taza de café y ayudado de alguna lectura de viajes, me quedaba mirando el mar quieto, extenso como el mundo. Imaginaba recorrerlo para asomarme a todos los puertos: en alguno podría sorprender lindas bañistas, sin temor de los mil ojos que desde las casas campechanas observaban la playa. Una tarde leía el *Tartarín de Tarascón,* de Daudet; sus aventuras tropicales resultaban un juego al lado de la verdadera selva que rodea a Campeche. Fascinaba la posibilidad de penetrar aquella Naturaleza espléndida, correr las aventuras de un cazador de pumas y jaguares. Los libros de Loti me gustaban por el bochorno luminoso de algunas páginas suyas, que parecen escritas en nuestro Golfo. Conocí también las novelas de Bonafoux, concepto derrotista de la vida en la zona cálida, fiebre de mulatas y de paludismo, decadencia antillana, que el Campeche de entonces, criollo casi puro, no compartía.

Un régimen familiar moruno que pone a las mujeres bajo la guardia afectuosa de los jefes de familia y la predicación católica insistente mantienen un estado social de estricta moralidad. Y apenas si a mi enemigo don Evaristo se le acusaba de buscar las apreturas de las iglesias para pellizcar, al disimulo, criadas y aldeanas. Alguna vez, al regreso de una excursión campestre, pasábamos varios condiscípulos frente al barrio que imaginábamos codiciable y temible sin atrevernos a visitarlo. La imaginación, en cambio, durante la vigilia y en el sueño, agrandaba el misterio de la carne que despierta y exige los espasmos de su índole animal.

De poco me servía la confesión que

seguía practicando cada dos o tres meses...

—Anda, reza un Padre Nuestro —era cuanto obtenía del confesor.

Mucho me hubiera ayudado si me dice:

—Debilitas tu cuerpo, minas tu salud, te robas a ti mismo satisfacciones futuras...

En fin, libraba desamparado la única lucha en que no podía auxiliarme mi madre. Y, sin embargo, aun en esto, me dio el remedio relativamente eficaz. La penitencia, que no era para ella una palabra, sino una práctica. Se la imponía en el rezo de largas horas de rodillas no obstante su delicada constitución y echando sobre sus hombros las faenas duras de la casa... Nos habituó desde niños al castigo del cuerpo como una mortificación útil al alma. Si un zapato ya comprado lastimaba:

—Tómalo de penitencia —decía, y menudeaban las historietas de azotes y cilicios aplicados a la carne para su purificación.

Molestias y dolores recomendaba ofrecer en desagravio de los pecados. No era necesario, pues, consultarla en el caso particular; cuando en las noches me despertaba un deseo violento, me pinchaba las carnes con el alfiler que previamente ocultaba en la hamaca y combatía desesperadamente las imágenes de la tentación. Otras veces, por supuesto, me vencía la naturaleza y me daba a ella con cinismo desconsolado.

LA GIMNASIA

No por preocupaciones de higiene, sino por el deseo de ser fuerte en la defensa personal y en la actividad cotidiana, me dediqué al ejercicio físico como quien se administra medicina. En el Instituto nos daban clase de gimnasia con aparatos. El primer año se pasaba en sentadillas y flexiones de brazos, tendiendo el cuerpo boca abajo. De esto se pasaba a ejercicios de paralelas. Además, tenia enfrente la gran escuela atlética de los marineros, que suben a puño por los cables o trepan escalas hasta la punta del mástil. Aprovechando las amistades de mi padre solía meterme a las barcas ancladas para hacer ensayos más o menos torpes en las jarcias y aparejos. Pronto llegué a ser, en clase, de los que subían en escuadra el cable vertical del gimnasio. La existencia de vigas en cantidad en los bajos de la casa me dio la idea de un gimnasio privado. Invitando a dos condiscípulos comenzamos a desyerbar un segundo patio abandonado que correspondía a nuestra finca. En el trópico el desyerbe se hace a machete y cuesta sudor y aun encierra peligros por las víboras, los alacranes y escorpiones, que es frecuente encontrar entre las piedras y las cercas. Limpiamos, pues, con precaución y escrupulosamente el suelo y la base de las bardas. En seguida, acarreando algas, proveíamos de colchón nuestro gimnasio a la intemperie. Dos vigas verticales y una atravesada dieron sostén a un trapecio y a un par de argollas.

Con frecuencia, me ocurrió subir al trapecio a pulso, pero sólo para quedarme sentado leyendo un libro. A pesar de cuanto se dice en contra de la gimnasia de aparatos debo a Campeche y a su gimnasio antebrazos, bíceps y hombros que me han durado toda la vida, no obstante largos períodos de completo abandono deportivo. Gracias a la anticuada pedagogía campechana pude más tarde compadecer a mis condiscípulos de la capital, condenados a una simulación de calistenia sueca, bostezando al compás de maestros que un día nos ponían esgrima, según la última noticia del Liceo francés, y al día siguiente nos ejercitaban con clavas. El afán de estar a la última moda desorganizaba, anulaba todo esfuerzo sincero en cada una de las ramas de la enseñanza positiva.

Campeche se mantenía apartado de las reformas confusas de la capital. No padecía el lastre de la masa proletaria que se vuelve instrumento de los demagogos, ni la plaga del niño rico. Los

propietarios territoriales mandaban a sus hijos a Europa y el alumnado de criollos modestos alternaba con los hijos de los empleados de la Federación, de los pequeños armadores y capitanes de barcos o comerciantes en pequeño. Los artesanos dueños de taller y no asalariados convivían en términos de cordialidad con las otras clases. Problemas de raza tampoco los había, porque aparte los marineros y los labradores de raza indígena, los habitantes blancos jamás hallaron contacto con el negro. Raro era el campechano de clase media que no hubiera viajado a Mérida y México y a La Habana o Nueva Orleáns. En la única librería del puerto se vendía *L'Ilustration,* de París, junto con las novelas de Daudet, Hugo, Lamartine. Y los hombres no se clasificaban como en la meseta, envenenada en dos bandos irreconciliables: liberales y reaccionarios, católicos y ateos, sino que convivían culta y despreocupadamente los escépticos y el obispo, los crapulosos y los austeros. Cuando yo hablaba de "nosotros, los mexicanos", mis condiscípulos oponían reparos. Ellos eran campechanos y yo era "guacho", es decir, mexicano arribeño, hombre de la meseta, poco amigo del agua y vagamente sospechoso en su trato. La fiesta nacional era para ellos el aniversario de su separación de Yucatán. La fiesta del quince de septiembre era la fiesta de los mexicanos. El Estado de Campeche tenía su bandera, que se desplegaba en las solemnidades, al lado de la tricolor nacional. Irritado mi patriotismo agresivo, pasaba a imperialista: Si era necesario, por la fuerza retendríamos a Campeche. ¿Qué iban a hacer ellos solos? ¿Pedir su anexión a los Estados Unidos como lo hizo alguna vez Yucatán? ¿Resultarían, ellos también, traidores?

El peligro yanqui, preocupación de mi niñez, no les afectaba. Ninguna idea tenían ellos de la vida fronteriza y el tenso conflicto que provocaba el vecino fuerte. Ni lograban fraternizar con el mexicano de la frontera, tenaz y varonil, pero de una incultura que linda con la barbarie; no solo en la costa, también en el centro del país, juzgábase al fronterizo como habitante de un desierto adonde no alcanzó la cultura española. Especialmente los establecidos más allá de Chihuahua, Saltillo y Culiacán, frontera cultural señalada por las catedrales de la Colonia, parecían vivir en un limbo donde no acababan de hacerse yanquis ni llegaban a ser católicos. La ambición de mis condiscípulos y conocidos en Piedras Negras era llegar a ser conductores del ferrocarril o mecánicos; en todo caso, comerciantes bilingües y hombres de dinero y de empresa. La ambición de cada alumno del Instituto campechano era llegar a ser un gran poeta. Con todo, la posición de combate obligado en que se encontraban los del Norte les aseguraba una visión patriótica que no poseían los campechanos, desdeñosos.

La lección del nacionalismo llega al corazón de los pueblos solo cuando palpan los efectos de la rivalidad económica. A su vez, el localismo prospera sólo mientras dura la bienandanza. El mal gobierno del centro, al destruir a Campeche con sus exacciones y con leyes disparatadas como la que dio el cabotaje a las empresas yanquis de navegación, determinó el éxodo de más de media población. Centenares de familias se fueron de esta suerte a engrosar el proletariado burocrático que es apoyo y azote de las tiranías, pero yo ahora procuro anotar el sentir de la época que vivía en Campeche. Por ejemplo, al estallar la guerra entre España y Estados Unidos y formarse los bandos escolares, la mayoría optó por el partido que llamaban de los "cubanos". Yo organicé el grupo de "los españoles", pues argumentaba:

—Sucederá lo que con Texas, que, a pretexto de independencia, se hizo norteamericana.

Y nos batíamos a palos y pedradas por la playa y por detrás del cuartel, hasta que un oficial, indignado por la rotura de alguna vidriera, nos echó un caballo y unos soldados que nos

dispersaron a latigazos. Con el cuartel, sin embargo, manteníamos relaciones cordiales. Estaba de jefe de las armas un coronel enérgico y patriota que se ofreció a darnos instrucción militar gratuita a todos los alumnos del Instituto. Durante varios meses, al caer la tarde, nos reunía en los llanos de extramuros, enseñándonos a formar y a romper filas, saludos y marchas y el manejo del máuser con las posturas elementales del ataque a la bayoneta. La idea de que nos preparábamos contra posible invasión de los Estados Unidos nos volvía indiferentes a la lluvia y al sol, nos entonaba los músculos en la fatiga y aun disculpábamos el brillo de los galones sobre los hombros de nuestro coronel. Tanto empeño puse en la disciplina de las marchas y evoluciones que pronto llegué a cabo de mi compañía. El curso se vio interrumpido por el traslado de aquel buen jefe y su reemplazo con otro que no quiso imponerse obligaciones; pero, en general, me quedó por entonces buena impresión de las cosas de la milicia.

LA BAHÍA

La costa de Campeche, cenagosa y de poco fondo, impide que los buques se acerquen al muelle. Para encontrarlos a cuatro o cinco millas del puerto, el vaporcito de la Aduana se movía semanariamente seguido de un cortejo de lanchas y pontones para la carga y descarga. Y reinan, en cambio, junto a la playa los pescadores. Mi padre, natural de tierra adentro, no tenía gran afición a los deportes del mar. Con todo, la facilidad para disponer de la hermosa falúa "del resguardo" y, en caso necesario, también del vaporcito, indujo a que varios domingos saliéramos de pesca. Reclinados sobre la borda del bote contemplábamos la hinchazón de las ondas, poderosa aun en el interior de un mar en calma; gozábamos el empuje lento y triunfal de las velas o nos extasiábamos ante la fugacidad de las nubes en el firmamento azul. Al llegar a los sitios elegí, dos se arriaban las velas, recibíamos cada uno su anzuelo, se ensartaba la carnada y a probar suerte jalando al sentir el tirón del pez. Tensa la atención, nos sobresaltaba sacar alguna presa pequeña; después me aburría tener el pensamiento en la presa y lo dejaba volar ondulando como las gaviotas por el espacio sin fin. Ya que entre todos se había llenado un perol de robalos, los marineros prendían lumbre, sobre' cubierta, y asaban o freían el pescado. O bien, si la excursión había sido formal, nos trasladábamos al vaporcito para comer en regla en el estrecho comedor, bien surtido, sin embargo, de vinos, conservas y pastas. ¡Ay!, sin el mareo, todo hubiera resultado estupendo. Por desgracia, una o dos horas después de la gran comida, la cabeza clavada en espera otra vez del tirón al anzuelo empezaba a sentir náuseas, dolor en las sienes y una decisión desesperada de vender el alma a cambio de un metro de tierra firme.

Aunque me recreaba mirar las floraciones de las algas bajo el agua transparente y dócil a la quilla que la surca, en general prefería el mar desde mi balcón. Allá, sin trastorno interior del cuerpo, la imaginación se soltaba grande como la inmensidad, libre como el soplo que impulsa las velas o las arrolla al mástil. Me sentía crecer la conciencia. Confrontaba mi alma con las cosas. Puesto por el azar en aquella pequeña ciudad de la costa, ¿qué era y de dónde venía? ¿Qué andaba haciendo entre los sucesos? El origen se me cerraba confuso igual que la maleza inexplorada que está detrás de Campeche. Si se supiera el *de dónde* se sabría el *para qué.* El para qué, sin embargo, tomaba las proporciones del mar sin fronteras. Estaba allí vivo para recrearme en el espectáculo de las aguas y el cielo bajo la luz. Una vida larga apenas bastaba para correr los caminos que los barcos abren en el mar. Recorrer, conocer, gozar el planeta; he allí, por lo pronto, un destino para muchos años por venir.

La serie de los abrazos al mundo. Además, había el otro espacio que fascina: el de la imaginación y el sentimiento y la vida; el trato de las gentes de todas las razas; aprender las historias y las fábulas, la ciencia y la la literatura, la filosofía. Por larga que la vida fuese, apenas había tiempo para domarse a la inmensidad de lo que es Urgía, pues, usar intensamente cada uno de los instantes preciosos de nuestra perduración dentro del milagro ambiente.

Llenas de asombro pasaban las horas- aún quedaba otro mundo de medianoche que se penetra durmiendo. La conciencia se desnudaba en el sueño, como el cuerpo para el baño matinal, y esperaba; comúnmente el sueño profundo cerraba todas las vías de la sensación y el alma quedaba insensible. Pero, a ratos, dentro del sueño mismo, la conciencia enderezándose se echaba a vagar en los sueños.

Con frecuencia el sueño iniciado una noche volvía a anudarse la noche siguiente, enlazando así una doble vida, por encima de la ordinaria; vida libre en la que era natural volar y obtener sin esfuerzo más de lo que ambiciona el día. La historia de los sueños que cada noche vamos pasando debiera escribirse, ya que se esfuma incapaz de dejar huella en las cosas. Un diario de la noche, memorándum biográfico de la odisea misteriosa del alma en la sombra. Itinerario del conato de existencia que se produce al soñar. ¿Por qué no escribí mi noctario cuando aun soñaba?

MELANCOLÍA

Eran tristes los atardeceres de aquel Campeche que en el noventa y seis resbalaba la pendiente de una decadencia irremediable. Delante de nuestros balcones las faenas del puerto mantenían un simulacro de actividad, pero las calles interiores, aún las principales, se veían solas y abandonadas. Y cuando las cruzaba un transeúnte se hacía más patente el vacío, porque dentro de las casas eran pocos los ojos a espiar. Un éxodo continuado iba dejando vacías las moradas. Los vestigios de la antigua prosperidad hacían más punzante la devastación inevitable. Pilas de ventanas con rejas y zaguanes suntuosos permanecían cerrados y sin anuncios de alquiler, como si los dueños se hubiesen cansado de esperar inquilinos. En las barriadas más pobres, a veces, toda una cuadra de casas se caía por abandono, rotos ya todos los vidrios, sueltos los quicios de las vidrieras. En las mansiones principales solían quedar únicamente los viejos. La gente joven emigraba en busca de quehacer lucrativo. Un puerto que tuvo astilleros famosos por el buen corte, la riqueza de la madera de sus barcos, dejaba pudrir los pilotes de las antiguas defensas. Naves extranjeras reemplazaban el pabellón nacional y los marinos que no se marchaban descendían de categoría convirtiéndose en pescadores. Sordo al clamor de los pueblos, el gobierno de los pretorianos encarnado en un zafio mandón, rodeado de negociantes, se hacía aclamar como progresista porque otorgaba al extranjero ventajas ruinosas para cada comarca. Cogida en el silencioso, deliberado desastre, la clase media se refugiaba en el favor del ministro campechano que administraba la limosna de los empleos en la capital. En el hermoso jardín principal todavía la banda convocaba a las familias para las retretas, pero cada día eran menos las bellas de porte lánguido, pálida tez y ojos negros. La casta criolla de lindo tipo sensual cedía a los rudos indígenas del interior, que en callados grupos escuchaban el concierto a distancia y como si aguardasen el momento de ocupar las casas que abandonaban los blancos. Una que otra bella de fino linaje, rezagada de la emigración colectiva, veía con ademán ausente y como si solo se preocupase del novio estudiante que la sacaría de sus lares en ruina.

Pesaba el silencio del atardecer. Re-

puesto apenas el ambiente de la quema a que lo sujeta el sol, ningún murmullo se agita y los cuerpos contagiados del letargo de la iguana, durante las horas caniculares, se desperezan apenas se inicia la penumbra. Del desierto de una barriada remota emerge una voz de timbre en descenso perezoso: "¡Pan de cazón!, ¡pan de cazón!" Al hombro una olla de calabaza, moreno y esbelto, el vendedor indígena, llama a las puertas. Un grato olor se expande cuando extrae sus tortillas de maíz con la fritura de cazón con tomate, ligeramente picante, pescado delicioso, casi un pescado del gusto. Otros, en vez de cazón, venden pozol yucateco, un refresco de masa de maíz o de chocolate batido, según fórmula azteca.

Los días de novena tañía en catedral la campana llamando al rezo. Tomando por detrás de nuestra casa, entrábamos a la plaza por el portal para comprar de paso los jamoncillos de coco más ricos de toda la costa. Por las calles estrechas se mira el interior de un taller iluminado con quinqué. El zapatero martilla y canta: "¡Ay cocol!... Ya no te acuerdas cuando eras chimizclán..." La copla en boga que contenía referencia intencionada de ciertos panes romboidales de ajonjolí. La catedral, iluminada en una sola nave espaciosa y desnuda, se animaba un instante con el incienso y las voces cantantes.

Los domingos por la tarde acostumbrábamos excursionar por el campo. Por la puerta de San Román dejábamos el circuito amurallado; atravesábamos la pradera rojiza, terrosa y salpicada de yerbal, con una que otra ceiba desmedrada. Envuelto en los oros del crepúsculo refulgente trepaba el caserío blanco y ocre de la aldea de San Román. Llegábamos hasta la plaza enverjada de hierro. En un ángulo, la torre con su nave, y encima, un cielo anegado de rosicleres.

Dentro del enverjado los framboyanes en rojo y gualda estallan sin reventar. Los tamarindos fingen sombrillas de verde opaco; las vainas maduras doradas cuelgan incitantes, *haciendo agua la boca.* Se metía el sol por **el** lado de tierra, perdido en la ondulación vegetal de la manigua impenetrable, legándonos una hoguera de resplandores suntuosos: un tinte de mayólica bronceada se esparcía sobre el blanco sucio de las casas humildes. En seguida, por un minuto, se ponía bermejo **el** cielo, y un mar cobrizo respiraba con prolongadas y profundas pausas.

Después se venía bruscamente **el** cambio. Un derrumbe oscuro caía del lado del mar y avanzaban las sombras envolviendo la tierra. A la luz de los faroles municipales el cazonero vendía su doble tortilla grasosa y entomatada, con relleno de picadura de pescado.

Regresábamos ya de noche, cierta ocasión, y a medio camino entre los ramajes de una marisma empezó a brotar un parpadeo: en seguida, un vuelo de luces. Eran como llamitas azules de entonación lunar; se posaban en el follaje; fosforecían y se calentaban en enjambres de minúsculas estrellas para volver a caer, más adelante. Deslumbrados, contemplábamos la aparición; luego, atreviéndonos, capturamos a capricho docenas de cocuyos. En ciertas regiones de la costa los campesinos los embotellan para improvisarse pequeñas lámparas de mesa.

Otra vez contemplamos cómo nació del aire el turbión de la langosta. Avanzó por el lado de tierra una suerte de nube densa. Se puso la luz del sol como cuando hay eclipse, y un viento cálido, seco, empezó a regar los voraces ortópteros. Un rumor inquietante agitaba la sombra en marcha. Despavoridos corrían los animales y las gentes miraron entristecidas una como aureola amarillenta en torno de las cosas. En el fortín atronó el cañón que usaban para los saludos del puerto. Arreció el caer de la plaga; recogimos ejemplares resecos y ásperos.

El tétrico golpear, como de gotas sólidas en plena sequía, duró varios minutos: se cubrió el suelo de hormigueros monstruosos y por fin pasó la plaga. Comentóse después la destrucción

de los sembrados de los alrededores. El municipio mandó barrer las calles y desfilaron carretas de langosta muerta en dirección del vertedero de la playa.

Después de períodos de sequía abrasadora, se producen ventarrones preñados de descargas eléctricas que a menudo hieren en seco, antes de la lluvia o sin la lluvia. Luego, revientan los aguaceros; tras de ellos fermenta la humedad y brota el mosquito. Zumbando pican, inoculan. El estremecimiento de peligro proyecta visiones de vómito negro y de *perniciosa,* que en veinticuatro horas manda al panteón a los robustos y sanos. Alternando con la imagen terrible, aparece la visión de una finca con un bosque de cocoteros a la orilla del mar. Allí pasamos algunas tardes dichosas. Desde el columpio de la hamaca miro al indio que trepa al cogollo de la palmera, apoyándose en los dedos de los pies; arranca y deja caer los cocos, luego les taja con el machete un boquete, salta el jugo opalino y, después, partida la nuez en dos, se escarba la pulpa tierna haciendo de espátula una astilla de la corteza.

AMAGOS DE ADVERSIDAD

Mi madre adelgazaba, consumida por el calor excesivo. Le comenzaron ataques febriles de los que procuraba desentenderse, porque "no hay que ocuparse demasiado del cuerpo". Mi hermana Lola empezó a padecer unos cólicos en apariencia hepáticos, que exigían la aplicación inmediata de calmante. Y en calidad de médico acudió a nuestra casa don Patricio Trueba, clínico famoso y a la vez director del Instituto. Más bien alto y grueso, con barba corta semicana y anteojos, don Patricio era venerado de los estudiantes como ejemplo sobresaliente de sabiduría y rectitud. Enciclopedista de viejo estilo, gozaba fama de poder reemplazar en sus faltas lo mismo al catedrático de Matemáticas que al de Historia. Durante mucho tiempo la cultura de nuestras provincias no tuvo otro refugio que la devoción abnegada de unos cuantos varones ilustres que, al margen de la política y del partidarismo, aleccionaron a los jóvenes con el ejemplo, a la vez que en la cátedra procuraban defender los más elementales valores contra la mentira de los hipócritas y el atropello del pretorianismo.

Como médico, don Patricio hablaba poco, pero sabía dejar la impresión de que el enfermo tenía que sanar. Con una mano tomaba el pulso y sostenía en la otra el reloj de oro de precisión. Interrogaba sobriamente, luego pedía papel y recetaba. Ya para despedirse, tras de breve conversación, lo llevábamos al lavabo ofreciendo uno la toalla, otro el jabón de olor, mientras la tía Conchita derramaba en el agua de la palangana un chorro de Colonia o de Agua Florida. Ajustándose lentamente los puños postizos de su alba camisa, don Patricio bromeaba y se retiraba caminando con gravedad. Por lo pronto mandó a mi madre a pasar una temporada a la villa de Lerma, famosa por sus mariscos y por su brisa y sus palmeras, al borde casi de la playa. Unas amistades ofrecieron hospedaje si mal no recuerdo gratuito y mi madre se pasó unas semanas leyendo a la vista de las olas. Una o dos veces fuimos a visitarla, y, como pronto se sintió aliviada, se volvió con nosotros a reanudar la vida acostumbrada.

EL GRANDE HOMBRE

Desembarcó una mañana en nuestro muelle. Lo anunciaron escasos cohetes y lo seguía una comisión de funcionarios. Por debajo de nuestros balcones marchó indiferente, quizá afable. Vestía con elegancia, avanzaba con soltura, aunque tenía ya el pelo entrecano. Los provincianos sin duda lo envidiaban al verlo pasar. Los estudiantes del Instituto, que por cierto no fuimos convocados para aclamarle, conocíamos su fama de buen orador y aficionado a

las aventuras galantes. Se alababan sus discursos escritos en buen estilo y sus ocurrencias escépticas. Se llamaba don Joaquín Baranda. En otro ambiente hubiera hecho un gran papel; metido en una administración de fuerza bruta y papeleo hipócrita su esfuerzo abortaba. Él lo sabía y se consolaba gozando las oportunidades del buen vivir.

Observando al hombre célebre pensé desde mi anónimo balcón:

"También yo podría caminar despreocupado a la cabeza de la multitud."

Pero no me seducía hacerlo. Más envidia me dieron los oficiales del cañonero *Donato Guerra,* que una vez ancló tres días en la bahía. Visitamos su barco, recién construido en Italia.

Le admiramos las máquinas, las piezas de artillería. Por la noche lanzaron su poderoso fanal sobre el fuerte en ruinas y sobre los cobertizos de la Aduana. Desde una azotehuela interior de nuestra casa vimos también cómo localizaban, iluminándola, la torre de la catedral.

Envidiaba también la jira que ese año o poco antes consumaba alrededor del mundo la corbeta escuela *Zaragoza.* Las crónicas del viaje magnífico las leímos en una revista de la capital, recreándonos en nombres como Shangai y Hong Kong, envueltos en misterio encantado. Se podía sufrir la vida a bordo, el monótono aflorar sobre las aguas, con tal de gozar los desembarcos entre poblaciones exóticas y el constante devorar de horizontes hasta el confín de la tierra.

Estaba seguro de que viajaría, aunque no me hallara dentro de ningún uniforme; viajaría en barcos y también en los grandes paquebotes... ¡Mi porvenir se ocultaba, pero asomó una que otra vez la punta! Un día, mirando a don Patricio de paso por el corredor del Instituto para entrar a la Rectoría, me vi, yo también, de rector, atravesando las galerías con arcadas de un colegio más grande que el campechano. . .

SOFÍA

—Te llama don Patricio a su despacho —me dijeron.

Acudí sobresaltado y el buen viejo me dijo que su hija estudiaba desde hacía poco el inglés, pero le faltaba la práctica.

—¿Quisieras tú ir por casa, de cuando en cuando, para leer con ella y conversar?

De haber podido resolver conforme a mi gusto, le contesto que no. La idea de adoptar estiramientos para visitar a la familia del rector me era penosa; sin embargo, dije que iría. Mis padres acogieron con gusto la invitación. Me presenté, pues, la primera tarde, todo encogido, mojado todavía el pelo por el baño y preocupado porque sobresalían demasiado los puños de mi camisa. El mismo don Patricio consumó las presentaciones, conversó un instante y me dejó en medio de dos damas, una joven de no más de dieciocho años, mi futura discípula, y su madre, entrecana, afable y culta, con apellido de origen irlandés. Un extremo del corredor ensanchado con techo y cancel de cristales hacía de sala biblioteca. Todo el patio se abría a la brisa y la luz, adornado con palmas decorativas y macetas de helechos. Contra la pared, una estantería de nogal guardaba libros de lujo. Al centro una mesa con revistas francesas, inglesas y libros de estampas, incitaba la curiosidad.

La casa toda esparcía agrado; los sillones cómodos y amplios confirmaban las maneras sencillas, cordiales, de la acogida.

Examinó la señora mis gustos de lector; su hija habló poco, pero yo caí fácilmente en todo género de confidencias espirituales. Con vehemencia me puse a elogiar, criticar, disparatar; sólo de repente, al advertir mi pantalón corto, mi traza humilde y la belleza singular de la joven, me sentí confuso, enrojecí sin causa y hubiera querido despedirme para no volver. La buena dama, advirtiendo quizá mi timidez,

me tocó la cuerda de Chateaubriand, por ejemplo, y volví a soltar la lengua en entusiastas y complicadas disertaciones.

Gradualmente la conversación a tres y con motivo del plan de las lecciones inglesas se fue convirtiendo en práctica de dos. Pronto, también, de las aburridas traducciones pasamos a la lectura en común de obras más de acuerdo con la juvenil sensibilidad. No sé si a propósito de *Átala,* que yo le di a leer, puso ella en mis manos el *Pablo y Virginia,* de Bernardino de Saint Pierre, clásico de nuestra gente del trópico. Lo que no leíamos juntos nos lo prestábamos. De su mesa me llevé la *Ilustración* francesa para enterarme de las novelas en folletín que traducía a mi madre o leía solo. Una recuerdo apenas creo que era de Theuriet y se trataba de un seminarista atormentado por el conflicto de la misión divina y el amor de una mujer. El asunto, de una infinita poesía, me preocupó hondamente.

Lamartine era también autor vivo de aquella época. Con mi madre leía capítulos de *Los girondinos.* Con la hija del rector leía o comentaba la *Graciela.* ¿Qué admirable, seguro instinto, establece estas divisiones consumadas sin malicia?

Lo cierto es que fue la *María,* de Jorge Isaacs, el motivo, si no el pretexto, de mi primera inquietud amorosa en relación con la joven. Leyendo en voz alta alguna de las páginas que preceden al desenlace trágico, se interrumpió ella porque las lágrimas velaban su voz. Continué yo entonces la lectura con inflexión también entrecortada y sin pensar ya en el texto y sí turbado por la presencia de aquella María viva, de voz bien timbrada y brazos torneados color canela.

Sin darme cuenta me aficionaba al óvalo pálido y los ojos amantes, los labios delgados y la frente pulida, la cabellera negra y abundante con lazo en la nuca, fragancia perfumada de la tierna doncella. Casi no la miraba con su imagen, idealizándola. Sus pensamientos y sus gestos me arrastraban como el son de una música irresistible.

Habituado desde niño al placer de adorar, lo ejercitaba en mi madre y lo exaltaba en la oración; pero ahora, con el nuevo amor cuyo nombre no me atrevía a pronunciar, una necesidad de acercamiento físico se añadía al estado habitual de éxtasis admirativo. Me recorrían estremecimientos solo de pensar en el roce de aquellos brazos redondos, y si alguna vez su mano chocaba con mis dedos en la lectura, una sensación de dulzura me colmaba. Sin saberlo, pero fiel al simbolismo de su nombre, Sofía cumplió conmigo la misión iniciadora en el saber humano. De ella recibí el morbo romántico que no se cura nunca, de ella aprendí el misterio que hace atractivos los cuerpos, ya sea que anuden o separen las almas. Su recuerdo coincide con mi despertar sentimental. Pendiente de su gusto me metí por las regiones nuevas de la literatura amorosa y soñé destinos enlazados a la dulce visión de sus ojos adelantados en mi senda.

Apartándome de las secas lecturas filosóficas y polémicas, supo comunicarme el gusto de lo conmovido y humano. Soltándome la pasión difusa, ensanchó mi perspectiva del mundo. Y un poco también, con toda inocencia, hizo la clásica Eva que nos señala el bien y el mal, bajo el aspecto fascinante de la tentación.

EL CORDONAZO DE SAN FRANCISCO

Alrededor del cuatro de octubre soplaban los primeros vendavales anunciando el cambio de estación. Coincidían con el comienzo del curso en el Instituto. Mi posición se había hecho brillante en el plantel: primer lugar en algunas clases, en otras segundo. Y buen número de amigos para volar papalotes con colas de vidrios de botellas, para pelear como gallos, hasta que alguno, cortado del sostén de la cuerda, salta describiendo piruetas. A

veces para coger mayor altura dejábamos la playa, lanzábamos el papalote desde el terraplén de la muralla, ancho como de cuatro hombres y protegido con parapetos de piedra.

En los bancos del colegio se perpetuaban discusiones. Relata un alumno acomodado los ocios de la vacación en su hacienda de las cercanías; el palo de tinte ya casi no se corta, pero, en cambio, aumentan los cultivos. La mano de obra llega en barcos reclutada entre los "guachos" miserables de la meseta, mal alimentados, ignorantes; los vence el clima, los agobia la tarea. Con el café y el plátano reciben cada mañana el puño de quinina que les reprime la fiebre.

—A veces hay que darles de palos para que trabajen —asegura el joven propietario.

—Cuando escapan —añade otro—, los cazan por la selva, los capturan y los ponen al cepo. No pueden dejar la finca, porque nunca acaban de cubrir sus adeudos con el patrón.

Protestando con violencia, los desheredados gritábamos:

—Son los propietarios los que deberían de ir a los cepos.

Sin tomarnos en cuenta, respondían los ricos:

—Es que ustedes no tienen fincas.

Nos desquitábamos de ellos en clase, ganándoles primeros lugares. Un Lino Gómez, de humilde familia tabasqueña, era mi rival para el primer puesto; todas las primeras filas eran de la clase media, como que a los ricos ¿qué les importaba el saber? ¡Tenían las tierras, las indias jóvenes, los esclavos viejos!

LAS STEGER

Mis hermanas asistían a la Academia de las señoritas Steger. Francoalsacianas, emigradas por el sesenta, muy jóvenes llegaron a Campeche con el padre, que les creó un pequeño haber. Al quedar huérfanas abrieron un colegio de enseñanza general, idiomas y música. La mayor, Clarita, fungía de directora de la Academia, a la vez que regentaba un establo propio que vendía la mejor leche del puerto. Las Steger enseñaban a sus alumnas modales a la francesa, uso de guantes y polvos y recitaciones de versos en francés, Profesores auxiliares enseñaban castellano y matemáticas. Clarita daba las clases de música. Y como el Estado, después de cerrar los colegios, no sostenía ni uno solo para la educación femenina, las francesitas ejercían monopolio.

Cuando los del Instituto pasábamos frente a la Academia de las Steger e: corazón nos palpitaba de prisa. A través de las ventanas abiertas de par en par, según el uso indiscreto inevitable de la tierra caliente, veíamos rostros de rosa inclinados en los pupitres o faldas claras fugaces en los juegos del patio interior. Ninguna me atraía de un modo especial y rara vez prolongué la contemplación, porque ya mes seducían las mujeres hechas más bien que las chiquillas.

Por mis hermanas supimos la vida y milagros de las Steger. Mi madre solía visitarlas y yo las veía cada don mingo en la misa. Clarita, la mayor, me parecía muy guapa, con sus trajes ceñidos color de rosa y sombreros del ala ancha, de playa, redondas y largas las caderas, delicado el porte; casi una de esas heroínas de la literatura en que Sofía me iniciaba. La más joven se llamaba Antonieta, hermosa de proporciones, pero con un defecto en el labio. Había otra o no sé si otras dos, y todas ellas gozaban de una reputación intachable y de una estimación sin reservas.

—Que te enseñen a pronunciar la u francesa —decía yo a mis hermanas.

En el Instituto nadie acertaba y codiciábamos la dicción exacta de una lengua que empezábamos a dominar por escrito. Salimos todos de Campeche sin sospechar que, pocos años después, un parentesco inesperado nos ligaría con las Steger.

DIVAGACIONES Y EXÁMENES

Mi madre nunca puso el menor reparo a la influencia que me llegaba de la casa del rector. Al contrario, compartía con frecuencia las lecturas aconsejadas por Sofía. Y cuando estaba ocupada me decía: —Léelo tú y luego me cuentas.

Leía yo la novela o el libro y le hacía relatos más o menos compendiados. Ella los seguía con interés que me parecía perfecto, manteniéndose al tanto de cada una de mis preocupaciones.

A pesar del mar y los raros paseos campestres, mi vida era libresca o de problemas. Advertía ella duplicado en mí su natural reflexivo y grave. Rara vez me dedicó alguna caricia, pero estaba tan en mí que yo me sentía su proyección. Mi padre, que era efusivo y dado a expresarlo, le reprochaba una tarde su gravedad, que solo por momentos en la discusión solía convertirse en acaloramiento. Estrechándola en sus brazos, mi padre le dijo:

—Ya sé que serías capaz de dar la vida por mí, pero nunca me abrazas, pareces distante; no seas tan seria.

Aun con nosotros se portaba fría en apariencia; en realidad, su afecto, como una llama siempre encendida, no necesitaba tocar para manifestarse. Y parecía que nos tuviese en cuerpo dentro de su reflexión, aunque el alma suya fuese una lejanía serena y dulce. ¡Tan cerca de mí, interiormente, nadie ha llegado a estarlo!

Con frecuencia hablábamos de mi futuro. No le preocupaba determinarme la vocación. Me dejaba vivir libre, a condición de tenerme siempre activo.

—Lee de todo, conócelo todo; después serás lo que tú quieras; querer es poder y el hombre hace su destino, a diferencia de la mujer, cuyo destino se resuelve en el matrimonio.

Conocerlo todo, ensayar de todo, Pero los hilos de esta trama aparentemente compleja enlazaban en torno de un eje inmutable: la fe católica, apostólica, romana. Todo sería legítimo, excusable, perdonable o laudable, con tal de que no me apartase un ápice del dogma riguroso de la Iglesia.

Salvar el alma y el destino echarlo a los dados.

—Podría irte bien, podrá irte mal; nunca escaparás al hecho de que esto es un valle de lágrimas.

Para salir de él no hay otra puerta que la estrecha de la fe. ¿La doctrina de las obras? Excelente, pero aun para amar y servir al prójimo era menester hacerlo no por el prójimo, sino por el amor superior de Dios. Nada valen las mayores obras en beneficio del prójimo si no se cumplen en estado de amor a Dios.

Así de precisa era su doctrina, y cuando me oía hablar de filosofía se interesaba, tan solo en la medida en que pudieran confirmarme la evidencia de la suprema realidad. Sencilla y terrible la realidad del vivir. El drama de la pasión había que vivirlo cada uno en su destino. Fe, esperanza y caridad, pero primero fe.

Ni confusa ni trágica, la tarea del vivir era simplemente un empeño victorioso sobre el mal en su trilogía: el mundo, el demonio, la carne. Para librar la batalla era menester lanzarse a la prueba con alegría. Era una dicha sentir por delante tantas horas, tantos días de aprendizaje, contemplación y goce.

La muerte se me presentaba distante y parecida a un vuelo; mi madre no la temía, yo ni siquiera la meditaba. Por si acaso pensaba en ella, me venía a la memoria el poema de Gutiérrez Nájera, en boga entonces; lo escuchaba mi madre, sonriendo:

> Quiero morir cuando decline el día
> en alta mar y con la cara al cielo,
> donde parezca un sueño la agonía
> y el alma un ave que remonta el vuelo.

La obra de la muerte se perdía en una lontananza, gemela del confín en que se pierden las velas diminutas de los pescadores, desde el observatorio de nuestro balcón.

Por ahora interesaba la vida con sus

episodios emocionantes. Se acercaban los exámenes y con ellos concluía mi último año de Instituto campechano. El clima nos obligaba a partir. En la pared de los corredores del colegio releía los pergaminos con los nombres de los primeros premios de cada curso. Aunque mi ambición era ser astro en la constelación mayor de la Preparatoria de la capital, no quería irme sin dejar huella. Me preocupaba asegurar el primer premio de aquel año. Mis últimos meses los embargó el estudio. De tanto meterse en lecturas, el sueño mismo parece prolongar la inmersión en las profundidades de lo irreal. En el sueño se nos resuelven problemas que no atina a organizar el día. Junto con las inquietudes del aprendizaje me sobresaltaba la proximidad de un nuevo cambio de nuestra vida familiar. Vendrían ausencias, dolores; sin embargo, el porvenir en definitiva tendría que resolverse como uno de esos sueños en que el esfuerzo concentrado en el vientre nos levanta del suelo y nos pone a volar con los pies de propulsores y los brazos de remos, siempre por encima de los abismos y del riesgo. En el vagar de los sueños recaía en Piedras Negras; pero de paso, igual que un visitante que se siente extraño, pues todo había cambiado, y yo tornaba a ausentarme. Mi pueblo ya no era mío y el alma volvía a alzarse en el viento llevando a rastras el peso del cuerpo, ya nadando poderosamente en las aguas, ya suspendiéndolo en el aire para avanzar.

*

En el curso ya se sabía que el primer premio estaba entre Lino Gómez y yo. Más aún: se admitía generalmente y lo reconocía el propio Lino que yo le aventajaba en probabilidades. Y si perdí no fue por exceso de confianza, sino por obra del reglamento. En las clases principales cómodamente aseguraba la primacía, pero era requisito añadir a las pruebas teóricas algún conocimiento práctico. El ejemplo de Norteamérica nos obligaba a tra: formar nuestra cultura de ideas una civilización de manos y manufacturas. Mi madre me había estimula» a aprender la encuadernación, y tenía en casa un pequeño taller de donde sacamos algunas pastas en percalina. Para dorar los lomos, la plancha de planchar. Además, podía presentarme como intérprete y traductor. Gané cierta ocasión mis primeros cinco pesos traduciendo unas guías de mercancías procedentes de Estados Unidos. Guardaba mi madre estos cinco pesos para comprarse con ellos sus primeros anteojos, tan pronto como pasase por capital. Gozaba yo con la idea de que el primer oro conquistado por mi fuerzo se volvería un aro con cristal que aumentaba el poder de sus ojos clarividentes. Pero ninguna de estas pruebas era para ser tenida en cuenta en la escuela. Lo que allí deseaban por el momento era crear banda música del Instituto. Y se otorgaban no sé qué tantos puntos suplementarios a los alumnos ejecutantes.

Desde el primer año del Instituto nos habían dado lecciones de solfeo cantado y escrito. Mi voz deplorable nunca lograba igualarse a los tonos; en cambio, la teoría musical me interesó extraordinariamente. Pronto dominé la técnica de las llaves de *Sol* y de *Fa*. Escribí bastantes ejercicios sobre la pauta y creí penetrarme del papel que desempeñaban las notas y los bemoles. Inclusive tratados de composición me puse a hojear en la biblioteca. Entretanto, Gómez, mi colega rival, se aplicaba en la escoleta a los ejercicios de pistón. Y obtuvo en música la clasificación máxima, quedan dome yo con un decoroso "Bien", a pesar de tan prolijos estudios. A la hora del cómputo de puntos el descenso sufrido en música me quitó el derecho al primer premio, que con toda justicia fue a dar a manos de Lino, otorgándoseme a mí "Mención de Primera Clase". Y no quedó mi nombre grabado en los pergaminos de la inmortalidad campechana. Únicamente

saqué un diploma con dorados y un paquete de libros. Consumó la entrega el Gobernador, desde el estrado del Salón de Actos del Colegio, rebosante de familias y alumnos que aplaudían.

Agobiado del sol que esplendía afuera y de la gloria que acababa de recoger a la vista de mis familiares, regresé a casa urgido por destripar el bulto de libros que contenía las *Vidas paralelas,* de Plutarco; la *Historia Universal* de Duruy, en cinco pequeños tomos, y no sé qué más.

Durante varias noches se prolongó entonces el placer vivo de acompañar a Alejandro por las rutas de Persia, combinando el orgullo del descubridor con las satisfacciones del capitán.

Lo que más me conmovió de Julio César fue la inquietud que le hacía llorar porque corrían los años, se hacía viejo y no había consumado una sola acción ilustre. ¿Acaso no estaba yo también perdiendo mi tiempo en aquel oscuro rincón de provincia? ¿Iba a ser eso mi vida: pasar cursos, sacar premios y llegar de viejo a ser otro don Patricio, pongo por caso, y en el mejor de los casos? No; por fortuna allá estaba enfrente el mar, que me libertaría. El mar es abismo, pero también es ruta y es destino. Y mientras sonaba la hora del cambio, lloraba el conflicto fascinante y trágico de Juliano, el Apóstata.

OTRA VEZ AL GARETE

Muchos términos de marino se habían incorporado a nuestro idioma de arribeños, o sea, de mexicanos del altiplano. Con familiaridad llegamos a usar el vírate en vez de vuélvete y banda por lado, popa por trasero; también localismo como "no seas caballo" en lugar de "no seas tonto". Usando el nuevo léxico comentábamos la necesidad de abandonar aquel fondeadero. En realidad, habíamos pasado año y medio dichoso en Campeche y quizá presentíamos que al salir de allí quedaría liquidada para siempre la unidad de la familia. En lo de adelante no volveríamos a disfrutar de sosiego. Sin embargo, no nos apenaba la partida. La capital nos fascinaba como a buenos provincianos. La posibilidad de inscribirme en un colegio metropolitano me causaba sobresalto vanidoso.

La primera que recibió el anuncio de nuestro viaje fue Sofía. Dijo que nos envidiaba. Ella también deseaba viajar y soñaba con trasladarse a la capital. En previsión de la partida formulamos un plan de lecturas urgentes y mis visitas se hicieron casi diarias. Una tristeza dolorosa me llevaba a prolongar las entrevistas.

Alguna porción de mi conciencia anhelaba quedarse. Pero estaba desprovista de voluntad para resistir el empuje de todo el resto del ánimo, que ambicionaba partir. Me descubría un cariño entrañable para toda aquella familia bondadosa, y aunque nadie me lo pidió, formulaba promesas de volver a visitarla. Y efusión de ternura llorosa me desmayaba el paso cada vez que salía por el zaguán de la casa que había llegado a serme tan querida.

Un vapor pequeño de la línea Ward nos arrancó del sueño ardiente del vivir campechano. A los dos días amanecimos bajo un alba gloriosa y sobre el mar que bate los murallones semiderruidos del antiguo Veracruz. A la popa nos seguían los tiburones. Ávidos y enormes, asomaban el lomo gris, resbalaban ligeros o tragaban los desperdicios esparcidos por el agua. Tras de larga espera, atracó a nuestra borda la lancha del práctico. Avanzamos y se acercó la sanidad; después un remolcador y lancheros para la descarga. Una marinería moderna, camiseta blanca y pantalón azul, tomó por asalto las bodegas, las cubiertas, los pasos todos del barco.

Me llamó la atención el espantoso vocabulario que usaban sin enojo, casi con la sonrisa en los labios. En vez del inocente "no seas caballo" campechano, injurias soeces y blasfemias que pierden sentido en fuerza de usarse, pero que repugnan a quienes las es-

cuchan y envilecen a quienes las pronuncian. En cambio, nos rodeaba el panorama veracruzano de rompientes, azoteas y palmeras. Separando la costa del agua subsistían los restos de un murallón lustrado por las mareas, reverdecido de lama en las bases, prolongado por el contorno de la antigua ciudad. Y hacia adentro Un abigarramiento de cobertizos y cúpulas, lienzos de paredes blancas ennegrecidas por la humedad, pilastras techadas solo de tejaván, construcciones de tres pisos con balcones de barrotes gruesos de madera, cornisas voladas y miradores. Frente a las casas pobres de las orillas un tejadillo y al lado una palmera recordaban el clima implacable. Sobresalía entre los tejados un campanario barroco de azul y blanco, adosado a una cúpula revestida de azulejos claros; un poco más distante, la torre del faro cubierta de moho.

Luego, a la derecha, el rompeolas que remata en el islote de Ulúa, con su castillo convertido en cárcel; inepto para defender a la patria contra el inglés, pero ufano porque castiga y amenaza las libertades del hombre.

DE NUEVO EN LA CAPITAL

No recuerdo la calle; pero en una casa pequeña, en un alto con escalera propia, pisos de ladrillo colorado y dos balcones. Con escasos muebles nos instalamos a medias; por baño, los próximos del Amor de Dios y a corta distancia la Preparatoria. Aunque reducido a la categoría de "perro" reservada a los alumnos de primero y segundo año del patio chico, no cabía de orgullo al sentirme copropietario de las nobles arcadas, los patios aireados, las aulas y laboratorios. Repartióse mi tiempo entre las clases de varios años; por ejemplo, ya no repetí geografía, pero me atrasaron en matemáticas. No tuve que cursar inglés, pero me faltaban pruebas de dibujo. El *currículum* preparatoriano se ajustaba a la síntesis positivista aderezada por Barreda. Con la ufanía propia de la edad aceptábamos sin discusión el supuesto de que nuestro método era el mejor del mundo. -Ni siquiera sospechábamos que lo mejor del colegio, sus edificios suntuosos, era obra de una edad negada por nuestra enseñanza, pero más fecunda que nuestro tiempo. Entraba sin prejuicios a un establecimiento que mi madre creía laico, pero no sectario. Estaba satisfecho de mi cambio y si algo echaba de menos eran unos ojos dulces y empañados de llanto después de ciertas lecturas tiernas. A menudo, desatendiendo las explicaciones de la cátedra, me descubría escribiendo sobre las páginas de las portadas de algún texto un nombre, reverenciado en silencio: Sofía. Nombre simbólico.

Investigando en sus raíces le descubrí el secreto: Sofía, Sabiduría; no en vano tantas cosas se me habían manifestado por su intermedio. La dulce imagen reaparecía entre las líneas del texto reemplazando su contenido, engendrando pensares y fantasías que ningún escritor iguala. Subiendo las escaleras de la Preparatoria, contemplaba en ocasiones el vitral del descanso. La figura sedente, juvenil y serena que simbolizaba la ciencia comtista regida por Amor, Orden y Progreso, se convertía de pronto en una imagen morena de ardientes ojos y sonrisa candida. Sin compases ni globos y más bien como una especie de Musa digna de ser invocada en el primer canto de un gran poema; mi Sofía, la de Campeche. ¿Fue sugestión de la *Jerusalem,* de Tasso, que comencé a leer por aquellos días, lo que así exaltaba el recuerdo de mi ilusión perdida?

Todavía años después, al encontrar su nombre caligrafiado en alguno de los libros ya desechados, la sensación punzante y dulce tornaba a encarnar una imagen lentamente desvanecida.

*

El hogar se nos había vuelto triste. La ausencia de mi padre duraba ya

varios meses y toda la familia hacia preparativos para reunirse con él en Piedras Negras, donde consiguió restitución de empleo. Mi madre disimulaba como podía el dolor de dejarme en la metrópoli. Por no separarme de ella pensé hasta en renunciar a los estudios. En la frontera me hubiera sida fácil encontrar trabajo en el ferrocarril o en el comercio; no lo consintió, ni yo lo propuse muy decidido.

Procurábamos no hablar de un dolor y una inquietud que se transformaban en ráfaga de rezo y fervor del futuro. La iglesia de Jesús María o el Sagrario nos tuvieron muchas veces arrodillados frente al altar, pidiendo consuelo al Altísimo para una pena desgarradora irrevocable. Con frecuencia, habiendo confesado la víspera, comulgábamos en las misas tempranas del altar del Perdón. Me atormentaba lo fácil que era dar por terminada aquella agonía con solo cambiar decisión, pero sentía dentro de mí la resolución firme, y ella, sacrificada a mi futuro, cuidaba como nunca de infundirme la confianza magnífica con que entregaba a la Providencia sus angustias y perplejidades. Atenta a las almas, seguía descuidando los cuerpos. El temblor frío de la calentura me entraba a mí por las tardes y le duraba a ella toda la noche la fiebre. Según suele ocurrir con el cambio de clima, se me había declarado el paludismo, latente ya en la costa. Lo de ella era más grave, pero tampoco le preocupaba; nos administrábamos la quinina y. . .

—Ya no te ocupes de eso.

Y no en el consultorio de los médicos, sino en el altar de la Virgen, es donde ella reclamaba la salud. También la fuerza necesaria para vencer los peligros del abandono que hacía de mí, en manos de los enemigos del Cielo.

La preocupaba la situación peligrosa que me crearía una enseñanza no solo laica, sino hostil a la creencia en que me había educado, y, a imitación de la Santa Mónica, extremaba el fervor de sus oraciones para sostenerme en la prueba. Exaltándose, a ratos me veía como un nuevo Agustín que ha de conocer el mal para mejor vencerlo.

—Conociéndoles su ciencia falsa, podrás combatirla con la verdad que ya conoces, y lo que sea útil aprovéchalo —recomendaba.

¡Quién sabe! Acaso todas aquellas amarguras de nuestra separación eran el comienzo de un destino importante para el espíritu. ¡Aquel medio nuestro, empobrecido de ideal, rebajado en su dignidad ciudadana, estaba reclamando adalides!

—Eso no es para ti —había dicho refiriéndose a la mejor situación que podría ofrecerme Piedras Negras.

Yo pensaba lo mismo y el orgullo de tal certidumbre hacía soportable la crueldad de la separación. Y con voluptuosa amargura contemplaba los patios de la Preparatoria pensando:

—Se llenarán de mí.

Atravesaba las calles antiguas y reposadas del rumbo universitario adolorido en lo íntimo, mal comido y peor trajeado, indiferente a la pompa ajena, pero musitando:

—Oiréis hablar de m í . . .

Antes de romperse el nudo, nos ahogaba y procurábamos romper la tensión insufrible convenciéndose ella de que me estaba reservado un destino heroico, aferrándome yo a la ambición de un éxito brillante y rápido.

No por eso era menos amarga la prueba.

En las últimas semanas, para conversar con más comodidad hasta las altas horas de la noche, instalé mi cama en la misma alcoba de mi madre. Como quien se penetra de una música sacra escuché recomendaciones, consejos y pláticas que no sospechaba serían los últimos. Hablábamos con pausas para la reflexión y resistiendo la fatiga que nos entregaba al sueño.

Cierta mañana me despertó la punzadura de unos sollozos muy próximos. Una especie de instinto contuvo mis párpados ya libres de sueño, dejándolos cerrados a tiempo que una leve caricia

pasaba sobre mi frente. Arreció en seguida el llanto, pero resignado, lacerante. Con esfuerzo dominé el ahogo que me subía a la garganta; mis ojos cerrados contuvieron la explosión del llanto que hube de tragar por dentro. Luego, como si todavía durmiera, fingí estirarme, pegando a la almohada el rostro martirizado. Cesaron los sollozos de mi madre y unos minutos después hice como que despertaba. Ya ella, incorporada, secos los ojos enrojecidos, clamó con voz vacilante:

—A ver, ese muchacho dormilón que se levante para la misa.

Evitábamos comentar nuestro dolor y llegamos hasta el fin, eludiendo esos desahogos desesperados que ponen en peligro las resoluciones más firmes.

Sin embargo, frente al altar costaba trabajo retener el chorro de lágrimas.

Todo cuanto vengo refiriendo pasa delante de mi atención objetivado y ya casi indiferente; únicamente los recuerdos de esta separación suya son herida que jamás cicatriza, revive un dolor que me anuda de nuevo la garganta.

Los últimos días fueron de fiebre y de insomnio, con horas empapadas de lágrimas, fiebre de mis "intermitentes" palúdicas y desesperación del alma que se desgarraba: tuberculosis en ella y agonía de saber que no me vería más, según la apariencia del mundo. Solo su gran fe de llama sin escorias lograba devolverle la sonrisa tras el llanto. En el sonambulismo de las emociones postreras no me quedaba otra certeza que la punzada en el costado. Y perdido el apetito, desmayado el andar por la fatiga, perturbado el sueño por los zumbidos de la quinina, no hallaba reposo ni para el cuerpo ni para el alma.

Llegó el último día; salimos para la misa con las mejillas ardidas por el sueño atormentado. Concluido en la catedral el rezo, nos dirigimos a las oficinas del ferrocarril para las últimas agencias del viaje. La comida de mediodía se pasó fúnebre: callaba todo el mundo, salvo la abuelita, que dejaba correr el llanto. Al levantarnos de la mesa, tomé la decisión de partir. Cogí el sombrero sin despedirme de nadie, sin ver hacia la puerta interior, donde mi madre se había retirado un instante a descansar. Sólo *Gan* se dio cuenta y salió a mi encuentro. Me hizo arrodillar en la escalera por donde huía y, sollozando, me bendijo. Un torrente de pena bajó sobre mí, deshaciéndome. Sin reprimir ya los sollozos eché a correr por la calle solitaria inundada de sol de la tarde. No tenía adonde ir; sollozando a trechos, caminando siempre, agobiado de mi condena, anduve calles, atravesé plazas, intenté calmarme penetrando en iglesias semivacías; de todas partes me echaba un borbotar de ahogo. Llegué hasta la Reforma y, extenuado, descansé en uno de los bancos de piedra. El tráfico de gentes desconocidas, indiferentes, quizá dichosas, aumentaba la amargura de mi abandono. Si cualquier vago se me hubiera acercado le cuento en seguida mi pena, rompiendo a llorar. Pero nadie me dedicaba siquiera una mirada. La soledad más completa caía sobre mí a la par de la tarde, que lentamente se apagaba. Al encenderse las luces volví por el centro de la ciudad. Un remordimiento empezó a hostigarme: la hora del tren se acercaba y mi madre no tendría quien la ayudara a vigilar a los chicos, las maletas; por primera vez no me tendría a su lado en funciones de hijo mayor. Sin duda había hecho mal escapando antes de tiempo; debía acompañarla hasta el vagón; quizá todavía era hora de alcanzarlos a todos, en el umbral de la casa. Caminando de prisa, me acercaba a nuestro barrio, sólo para detenerme a la vista del Zócalo, cambiando en seguida de rumbo... En realidad, no me necesitaban, reflexionaba; presentarse no era sino dar ocasión a escenas que además de insufribles eran contrarias al tono de austeridad que mi madre imponía a sus penas. Y me apostrofaba en silencio:

"Sé digno de ella, reprime los gestos, ahoga las lágrimas. ¿De qué te afliges? Dentro de seis meses, en una

tarde como ésta, los verás a todos juntos y alegres de recibirte en la estación de Piedras Negras."

Consolado un instante, miraba en torno la ciudad como un dominio que ahora me pertenecía por entero. Al rato, y con pretexto de imágenes triviales, una golosina vista al pasar en la vidriera de algún estanco y que en otra ocasión comimos juntos, el sitio por donde pasamos juntos, la frase que en tal momento se dijo, se abría otra vez la herida y corría de nuevo el llanto. Por los barrios apartados de la ciudad, cualquier interior iluminado me recordaba de pronto la vida familiar dichosa y apacible: todos los que se aman, en torno de la mesa dispuesta para la cena, dulce imagen de lo que en ese mismo instante se me perdía.

Y por encima de todo era ella quien comenzaba a faltarme. Unos minutos más y el tren echaría a caminar sin remedio. Ya ningún poder humano ni celeste podía evitarlo: partía ella. Dentro de una hora, dentro de media hora, ya no pisaría tierra en la ciudad. Un frío de calentura que va en aumento me sacudió la espina; luego, en las mejillas, se encendieron llamas. Maquinalmente me iba encaminando a la estación de Buenavista. Eran ya casi las siete y cuarenta, la hora de salida del tren de Torreón. La vista del doble piso de ladrillo colorado con cobertizos y tumulto de viandantes y vehículos, me quitó el aliento. Jamás he podido volver a pasar por esos andenes sin disgusto, y aunque muchas veces he pasado por allí, rara vez lo hago sin dedicar un recuerdo a la mísera sala de espera. En ella estaba ya mi madre, siempre puntual. La vi desde una vidriera exterior. Aguardaba sentada en uno de los bancos ordinarios, rodeada de mis hermanos; contemplé su rostro enjuto, labios plegados y mirar penetrante. A pesar del surco doloroso de la frente, una aureola de pensamiento y de claridad le ennoblecía la expresión. Su tez demacrada tenía algo de cirio por el extremo que le penetra la llama. El sombrero negro con velillo le cubría los rizos claros, todavía sin canas... Como quien calma una sed urgente, me embebía de su imagen; luego eché a correr, me perdí otra vez por la ciudad sombría, prisionero de una condena que no llegaría a levantarse jamás.

LA GRANADA SE PARTE

La tía Conchita había decidido quedarse en la capital, en compañía de unas parientes conocidas entre los oaxaqueños con el nombre de las niñas Conde. En la misma casa me arregló mi madre pensión. Las niñas Conde eran dos solteronas viejas que liquidaron en Oaxaca un pequeño haber para instalarse en la capital con un "estanquillo", pequeño comercio de tabacos, dulces oaxaqueños, sellos de la renta del timbre y miscelánea. Parientes lejanas de mi madre, por excepción me hospedaban en un cuarto interior de su establecimiento de la calle de La Joya, hoy Cinco de Febrero. A eso de las diez, todo extenuado por tantas horas de vagancia dolorosa, llegué a mi nueva vivienda. Las amables señoras y mi tía tenían dispuesta una mesa en mi honor, pero en ese momento la jaqueca me oprimía las sienes. Cruzando apenas las palabras indispensables a la cortesía, me metí a la alcoba .del piso recién pintado al rojo. El tremendo dolor de cabeza me tuvo largas horas entre dormido y despierto.

Ya un poco tarde, al día siguiente, asomó la tía Concha anunciándome el chocolate. Era famoso el de las Conde; lo molían en casa al estilo de Oaxaca, para venderlo en su estanquillo. No sé por qué empezaron a molestarme los cuidados afectuosos que me dedicaban. Examinaba el rostro de la tía Conchita como si lo viera por primera vez, y me daba la impresión de una especie de caricatura de mi madre. Cierto movimiento de la cabeza sobre el cuello que en mi madre denotaba re-

flexión profunda, en la tía, exagerándose, tornábase temblor angustioso y lelo. Y en vez del noble mirar despejado, unos ojos de pasmo gris claro, levemente desviados entre la frente inexpresiva y la boca ancha; máscara blanquecina con una que otra mancha de paño. Añádase a esto las constantes referencias a los ausentes, la sensación de estar en familia sin estarlo, la comparación a que obliga todo parentesco y se comprenderá por qué decidí escapar de aquella...

—Mira que se va a enojar Carmita —advertían las buenas señoras intentando retenerme.

Pero, imperturbable, mudé el baúl y los libros al cuarto alquilado en una oscura pensión del barrio estudiantil.

Las clases me ocupaban todo el día, pero era difícil llenar las horas crueles del eremita entre las cinco o las seis, en que concluye el trabajo, y la hora de la cena. Concluida ésta, la preparación de las lecciones me ocupaba hasta medianoche. El problema de las horas solitarias del crepúsculo me lo resolvió, por fin, la biblioteca de la Preparatoria. Con sensación de confianza y de orgullo esparcía el ánimo bajo la nave reposante, recorriendo con la vista la estantería. Más de veinte mil volúmenes a mi disposición, sin contar con los seiscientos mil de la Biblioteca Nacional, que también podía consultar a mi antojo. ¡Para eso me hallaba en la metrópoli! Por fin, me sentía incorporado al grupo que disfrutaba el privilegio de los vastos recursos del saber. Los libros que en provincia conocíamos de oídas estaban ahora al alcance de mi mano. Mis penas y mi soledad eran el tributo de aquella participación en la soberanía de la Cultura. ¿Qué diría ahora de mí Sofía, la de Campeche, encerrada en su pequeña biblioteca privada? Pronto iba a sobrepasarla a tal punto que podría deslumbrarla si la encontraba de nuevo.

Los días de fiesta religiosa, las tardes sin clase, me instalaba en las sillas de la ex iglesia de San Agustín, mal adaptada a la Biblioteca Nacional. Empezaba a contagiarme el entusiasmo científico del preparatoriano y leía el Humboldt de los viajes a Sudamérica y del *Ensayo de la Nueva España.* Leía también a Reclus en *El hombre y la tierra.* Sus juicios sobre la convivencia de las razas en América fueron el germen de lo que más tarde he escrito sobre el mismo tema. Me di también en aquella época a Buffon y a Cuvier, con su filosofía derivada del fósil. Más que la narración de los hábitos y las características del reino animal me interesaba su relación con la existencia humana. Aun en este período de enamoramiento científico, me mantenía anticientífico sin saberlo, en el sentido de no importarme el detalle de la investigación, lo que más tarde han llamado "el comportamiento del reino animal", sino lo que no puede explicar la ciencia, el significado de la realidad zoológica en relación con el destino humano. Fácilmente avanzaba en el terreno de la Historia Natural; en cambio, mis tropiezos y mis disgustos eran cada día mayores con respecto a la disciplina matemática. Estábamos lejos de la matemática metafísica de estos últimos tiempos de novela cósmica, basada en el relativismo y los Eddington y los Jeans. La matemática de nuestra Preparatoria era el seco perogrullismo de las ecuaciones algebraicas y las raíces. Ni siquiera los teoremas me excitaban la imaginación. Nunca he comprendido el entusiasmo de los racionalistas ante el hecho obvio de que el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos. En rigor, entendí el teorema hasta que conocí las demostraciones gráficas del discutido método Terrazas. Era éste una especie de iluminado, propietario de la más hermosa cabeza de aquellos tiempos.

Terrazas era un excomulgado de la *Ecclesia Preparatoria Comtiana;* sin embargo, sus textos nos servían de con-

sulta al lado de la árida geometría de Contreras. Serie de problemas y fórmulas como para alimento de un cerebro que fuese solo máquina de cálculo. Ciertas curvas me interesaban tanto como el círculo me era antipático. En la parábola encontraba un símbolo de alto interés filosófico: el movimiento que se va al infinito, expresado por el signo *a*. Las lucubraciones griegas y posteriores alrededor de la fórmula 2π r., máxima aproximación de la rectificación de la circunferencia, me parecían faltas de interés trascendental, porque lo mismo en cuadrado que en círculo el movimiento que vuelve sobre sí mismo es como la vida cotidiana, que aburre y entristece. En cambio, la aventura de un móvil que no está obligado a recorrer elipses, inútil distensión del círculo, sino que, siguiendo audaz trayectoria se lanza a lo ignoto, me parecía un caso en que el alma interviene en lo físico. Toda una simbología trascendental parecía derivarse de esa relación misteriosa de la curva con sus ejes, hasta que el movimiento suelta los amarres del eje y se lanza como nuestro anhelo, satisfecho sólo en la infinitud. En la teoría de la curva no veía, de esta suerte, una manera de delimitar la realidad para precisarla según cierto tipo de jerarquías, sino una manera complicada de organizar la materia para llevarla al estado del ser que no conoce los límites. La forma instrumento del espíritu, pero no el espíritu.

Por eso mi temperamento ama temático creyó encontrar su afinidad en la mecánica. La esfera de la existencia en que las formas y las masas pierden su rigidez para reintegrarse a la corriente creadora, libertándose de la cristalización en lo finito. Ya no una aritmética ni una analítica, sino una dinámica. Rota la inercia por la magia del impulso, en seguida la masa se identifica con la fuerza.

El solo nombre, "fuerza", me producía un arrobo de esencia mística. Ya no se trataba del obvio razonar que combina elementos en series equivalentes, como en la ecuación algebraica. En la mecánica intervenía el milagro y quedaba abierto el campo para la invención. Arquímides tocó uno de los nervios del Cosmos cuando puso la palanca al servicio de la inteligencia que busca propósitos. El mundo no es una cosa que se explica, sino fundamentalmente una zona de la que hay que salir. No había, pues, comparación entre una doctrina meramente matemática que nos explica cómo se distribuyen las cantidades dentro del orden espacio y tiempo y la doctrina dinámica, que nos indica cómo se puede saltar de las cantidades al movimiento. Insertando éste en el ingenio, se produce la transformación de las cantidades en valores y las cosas adquieren el temblor de los actos del espíritu.

Interpretando mi texto francés de mecánica deducía que el mundo no es cosa de líneas y sólidos moviéndose en cartesiano espacio de pura extensión, sino juego de fuerzas. Una dinámica en vez de una estática y una especie de evolución de lo objetivo, que es acción. El mundo entero de los objetos dejaba de ser inmutable y geométrico y adquiría condiciones de provisionalidad. Habría objetos mientras durase el período en que el alma los necesita para orientarse en el Cosmos. Desaparecían los objetos tan pronto como el alma recobrase por el camino de la verdad su fin excelso y postrero, una especie de salto de lo subjetivo a lo esencial y desde lo humano a lo divino. Tal era la médula de la enseñanza de la mecánica. Y su símbolo, ya no la esfera de los pitagóricos, sino la espiral que arranca del hombre o pasa por el hombre, pero luego se ensancha y progresa hacia lo absoluto.

LA SOGA AL CUELLO

Mi gloriosa libertad duró apenas un mes. Mi madre, alarmada por mi deserción de la casa de las Conde, se puso en comunicación con unas amigas suyas, ordenándome que les tomara

hospedaje. Me trasladé, así, a la pensión modesta, pero casi distinguida, que mantenían en la capital otras solteronas oaxaqueñas: las señoritas Orozco. Calle de San Lorenzo, a una cuadra del jardín de Santo Domingo. A pesar de su situación económica estrecha, las Orozco se trataban con el mundo, poderoso entonces, de la colonia oaxaqueña. La mayor de ellas, Lupita, frisaba en los cincuenta, pero se mantenía entusiasta y conversadora. Era su gloria haber asistido al baile dado a Porfirio Díaz como gobernador de Oaxaca. De él guardaba un listón que le manchó con champaña el propio dictador al tropezarse con el codo de una pareja.

—Tiene la huella del héroe —decía.

—Del asesino —me atreví a puntualizar una ocasión; pero ella, sin enfadarse, insistió:

—Tú qué sabes, hijo; es un héroe.

¿Por qué mi violenta reacción contra el caudillo de los mexicanos? Ni yo me lo hubiera explicado. Quizá el odio lo absorbía el ambiente. Jamás se le atacaba en público, pero se respiraba en el aire la antipatía violenta. Sin embargo, la cosa política no entraba todavía en mi sensación; ni siquiera en mi léxico. Mi mundo era el del espíritu y no tenía tiempo para abrir los ojos en derredor. La tertulia de las señoritas Orozco me aburría. Era mejor la soledad de mi cuarto desnudo; sobre la cabecera de la cama de hierro tenía una pequeña imagen de la Virgen del Carmen, símbolo conjunto de la madre terrena y divina. Un montón de libros llenaba la pequeña mesa. Una humilde palangana de aseo prestaba también servicios para experimentos sobre la refracción de la luz. En los rincones, bajo las sillas, se acumulaban las tijeras, la hoja de estaño y las sales que había utilizado para construir una pila eléctrica. Con ella ensayaba los descubrimientos de Galvani, fascinación capital del recién comenzado curso de Física.

La pasión de la ciencia no menguaba mi fe ardorosa. Sin esfuerzo, y no solo por complacerla, cada mes enviaba a mi madre la cédula de confesión. La obtenía arrodillándome al azar en cualquiera de los confesionarios abiertos al público en la catedral. Los días transcurrían ligeros. Rodeado como estaba de compañeros igualmente pobres, no me preocupaba la estrechez material.

Las cartas de mi madre empezaron a hacerse raras. Mi padre se refirió una vez a su enfermedad; con todo, no me pasó por la imaginación la idea de que estuviese en peligro. Atravesaba un período de optimismo igual que si tuviese comprado un destino benévolo: impermeable a toda posibilidad de desventuras. El entusiasmo científico me tomaba todo el día y, por las noches, la oración me llevaba al mundo de mi infancia, donde mi madre era maestra y ejemplo. Los domingos, en la misa de la iglesia de la Concepción, los cantos, las plegarias, el olor de la cera, me restituían a una seguridad de que la vida es algo santo, a lo que hay que entregarse sin inquietud. . .

—Madre mía Santísima, te pido la salud de mi madre enferma...

Una vez pronunciada en lo íntimo esta diaria oración final después de los Padrenuestros y Salves me parecía conjurado todo peligro por grande que fuese. En torno a mi acción había un fluido protector y mi madre era el asiento y el medio, la cumbre de mi exaltado destino.

En la pensión había un huésped que empezaba a distraer mis ocios. Pariente lejana de Adelita, la madrastra de mi madre, la joven mixteca Serafina acompañaba en México a sus hermanos estudiantes, uno de Leyes, otro de Agricultura. Nacida y criada en un pequeño pueblo de los alrededores de Tlaxiaco, había pasado algunos años en la capital de Oaxaca, y ahora, en México, dedicaba sus largos ocios a recorrer con alguna de las viejitas Orozco las casas de los conocidos y los paseos honestos. Su única lectura, las revistas de moda, fue pretexto para que comenzara nuestro trato. Me traía sus cuadernos en francés a fin de que se los descifrase antes de cortar las te-

las. Y como todas las mujeres en el período de la cacería amorosa, aparentaba curiosidad por mis libros, lo mismo que en caso diverso hubiese simulado interés por el comercio o por la guerra.

Aparte de cierto barniz social y de una disciplina ética rigurosa, era un alma primitiva que no ataba ni desataba, ni poseía una letra de ciencia o de literatura. Una de esas pruebas que hay que empezar a lo Robinsón, transmitiendo los elementos de la aritmética junto con las nociones sobre la redondez de la tierra. La experiencia resultaba tentadora para un pedante de mi género con pretensiones de enciclopedista. Y si a esta inocencia científica se agrega una morbidez sensual llena de recato y una intimidad de todas las sobremesas, se comprenderá lo peligroso y absurdo del lazo que allí se ataba.

Comparando mi nueva amiga con la Sofía de mis recuerdos conmovidos, descubría una como mayor comodidad en las relaciones mutuas. Con Sofía era menester mantenerse alerta por temor de incurrir en omisión o dislate. Sabía ella tanto como yo, y en algunos asuntos más. En cambio, ahora podía disertar sobre las estrellas o sobre el funcionamiento de las vísceras internas en la seguridad de que la misma credulidad, fácil por indiferente, acogería mis discursos sin crítica.

Contribuíamos, yo con mi ciencia y ella con su opulencia física, y complacíase mi vanidad, a la vez que ciertos rozamientos accidentales, las palabras y los gestos de coquetería femenina, excitaban mis deseos reprimidos. Así fuimos cayendo en una relación ambigua que pasaba de amistad y no llegaba al amor confesado y franco. Por su parte, la imaginación enfermiza trabajaba dentro de mí, convirtiendo a mi honesta compañera de pensión en tema de un idilio incomparable. Y si no es verdad que el hombre pone y Dios dispone, porque no es justo achacar a la Providencia disparates, sí es verdad que, a menudo, las circunstancias nos van arrastrando a situaciones en que la voluntad y el buen sencido cuentan menos que el humo de un cigarro en el viento.

EL RAYO

Con la mano derecha manejaba yo la ciencia, que lentamente se me ofrecía sumisa, a través de textos y cátedras; con la izquierda abrigaba el recuerdo dulce de una madre en flor de santidad, y ante los ojos tenía en carne y hueso a la mujer, deliciosa promesa del futuro. Unos cuantos años de tesón en las aulas, y, tras de una serie de éxitos fáciles, la prosperidad y la gloria. La certeza de mi destino me levantaba en vilo; flameaba dicha mi corazón. Transparente el aire, luminoso el día, gigantesco el perfil de la cordillera distante, así mi anhelo ensánchabase ilimitado. Y en una como acción de gracias inarticulable, paralela del gorjeo de los pájaros en las mañanas del parque, recorría los senderos floridos, descuidando el libro en las manos, y lanzaba el alma por el firmamento atenta a la dulzura de estar vivo y dichoso.

Transcurrieron así las semanas, despreocupadas y laboriosas, hasta que súbitamente, sin anunciarse, descargó el infortunio. Entraba silbando a mi cuarto un anochecer de tantos, cuando la criada me llamó al salón "de parte de las señoritas Orozco". Las encontré reservadas y graves; me hicieron sentar y extendieron ante mis ojos un telegrama: "Avisen Carmita grave, no hay esperanzas." Y como propuse telegrafiar en seguida, pedir más noticias, añadieron:

—Ha venido ya otro mensaje... Resígnate. . . Qué le vamos a hacer... Te acompañamos en tu pena...

Sin responder casi me dirigí a mi habitación. Lo primero que logré concebir fue un reproche desesperado, un insulto a mi ceguera; hasta entonces juntaba cabos sueltos, expresiones de mi madre en sus últimas car-

tas, avisos velados de mi padre y aun ciertas alusiones de las mismas señoritas Orozco. Todo el mundo preveía mi desgracia y sólo yo me había adormecido en la más estúpida confianza... ¿Y todo por qué?... Y en aquel instante mi vista se levantó en queja temerosa, desgarradora, hacia la Virgen, a cuya guarda la había confiado. Una sensación de hielo me recorrió la espina y me eché en la cama tapándome el rostro. Me latían con tal fuerza las sienes, que las apretaba en las dos manos. Aniquilado, vencido, sollocé, por fin, sin consuelo.

Pasó una hora y me llamaron a cenar. Me excusé de presentarme en la mesa, y la criada trajo algún alimento que dejé intocado. Por toda la casa pesó un silencio de cortesía que me causaba espanto. Sobre el pupitre, la vela sin despabilar chirriaba con ecos fúnebres. Vacilaba la llama como las almas en el tránsito sombrío... Estaba por fin delante de la muerte. Y la veía herir allí donde más daño pudo hacerme. En el vértigo del terrible misterio perdía lo mejor de mí mismo, pues era ella la parte superior de mi ser. El futuro se me apareció, de pronto, devastado e inútil, como si un golpe en la nuca me hubiese apagado hasta el último destello de luz.

Una porción de mí mismo se había deshecho para siempre... Jamás volvería a ser el de antes... Me hallaba fulminado y hubiera apetecido la fiebre de algún padecimiento mortal.

Una sensación de oquedad y de páramo interno me cortó la vena del llanto. No alcanzaba sosiego y sentía odio del pensamiento... ¿Para qué me serviría la inteligencia sino para recordarla en vano? Ni dentro de mí ni fuera, por toda la extensión de la tierra, había nada capaz de suplirla... ¿Para qué entonces abrir los ojos, distender la atención? La irrevocable realidad de que no volvería jamás a verla, tal era la única verdad indudable y también mi condena sin apelación. ¿A quién, a quién acudir en demanda del ayer en que estuvo viva?

Solo una voluptuosidad me consolaba: la de sentirme deshecho del cuerpo y extenuado casi como lo estaba ella en su lecho mortuorio. Cualquier otro consuelo era cobarde. Apenas si una voz, la suya, clamaba desde la profundidad, y aunque me resistía a prestarle oído:

—No ames lo que se ha de morir —había dicho ella tantas veces, y—: Sólo al Dios eterno has de amar.

Dios, la palabra temida, me sonaba ahora terrible; ni osaba pronunciarla, temeroso de agravar mi secreto. Pues en mi soberbia le había pedido el milagro y con él había contado. Seguro de que mis oraciones la protegerían, ni me había ocupado de las noticias adversas que sobre su mal escuchaba. ¡Dios mismo me volvía ahora el rostro!... Mi desamparo comenzaba inexorable y total... Ensayé rezar; pero, al fin y al cabo, la oración es un ruego y no tenía en aquel momento nada qué pedir, puesto que lo más apetecido se me acababa de negar sin remisión. Y no quería alivio de mi dolor, sino sufrirlo, desmesurado y eterno como la pérdida que lo motivaba. Pedir alivio o aceptarlo era complicarse en una traición. Al contrario, me comprometía a padecer inconsolable desengaño y odio a la vida: reconocimiento de su ponzoña. Y según crecía el tono de mi confusa indignación exterior, una subcorriente emotiva me apuntaba muy quedo la terrible advertencia... "Pecado de orgullo cometiste creyéndote virtuoso a tal punto de merecer el milagro de una curación imposible." Y ahora, "después del pecado de soberbia, pecas también contra la esperanza. Borras del porvenir toda oportunidad de rehabilitación y redención".

Las amas de la casa, los hermanos de mi futura novia y ella misma se habían asomado a mi pieza para tratar de hacerme compañía; pronto se habían convencido de que era mejor dejarme entera la copa de la amargura. Aprovechando un rato de soledad, tomé mi sombrero y me eché a la calle.

Un instinto de condenado me llevó a los sitios por donde más anduve con ella. La verja de la catedral cerrada a tales horas me detuvo un instante. Cogido de sus hierros lloré largamente La quietud de una medianoche apacible me serenó un instante. Los follajes del jardín, en torno, penetrados del reflejo de las farolas eléctricas, movidos por la brisa, proyectaban sombras fantásticas. Sitio para venturas de amor, en él me tocaba renegar del hoy y del mañana, pues no sería digno aceptarle a la vida compensaciones ni dichas. Aliviada la frente con el frío del enverjado, medité. ¿A estas horas su alma bondadosa anda metida en sombras y vaga por florestas desconocidas? En ese momento, sin embargo, por primera vez, vaciló mi fe y no sabía si creer o no creer en el más allá de las almas. Y no sé qué oscuros sarcasmos asomaron a flor de labio sin llegar a formularse. Y martilleaba mi mente la evidencia brutal de que jamás volvería a contemplar el rostro amado. Nunca volvería ella a penetrar por aquella puerta de la derecha para la misa temprana en el altar del Perdón. Reflexiones elementales de este género me desgarraban o me producían rebeliones próximas a la blasfemia. Por gracia especial divina no llegó ésta a plasmar en mi ánimo. Más bien la dureza del golpe acabó por dejarme humilde. ¿Quién era yo para esperar o merecer milagros? Mi madre había cumplido su tarea y se iba al cielo. Allí andaba ya metida en luz como de luna. En torno a su rostro había un halo de paz. En el instante de la exasperación máxima, en el borde mismo de la blasfemia que acarrea maldición, su dedo invisible sellaba mis labios. Luego me empujó, me echó de nuevo a caminar. Tomé por el Reloj, seguí rumbo a Peralvillo, di no sé cuántas vueltas, y ya que no podían sostenerme las piernas, regresé a mi pensión. La llaga abierta en el costado me molestaba menos que la cabeza transida de angustiosos pensamientos.

Pensando en la cama que ofrecía reposo al cuerpo extenuado, penetraba en mi habitación cuando vi, al fondo del corredor, la figura clara de mi amiga. Se acercó prudentemente y me sentó a su lado en el único banco del interior del pasillo. Todos los vecinos habían cerrado sus puertas y no había sino luz de luna en torno. Su mano oprimió la mía tratando de infundirme consuelo. Deshecho yo de gratitud y ternura me hice, el estúpido juramento de amarla por toda la eternidad.

Culpo a la necia literatura romántica, sin excusar a mi ingenua iniciadora, la Sofía de Campeche, de aquel yerro que nos había de pesar a los dos toda la vida. El hecho es que al sentirme desamparado de los poderes celestes me acogí a la carne que embriaga y hace olvidar, aunque de hecho nos ate a la cadena de la pasión absurda que perpetúa las generaciones.

EL NARCÓTICO

Era septiembre y faltaban dos meses para los exámenes. Abandonarme y perder el curso hubiera sido traicionar el propósito que motivó su sacrificio; en cambio, resultaba casi cuestión de honor hacerlo válido. Al principio no lograba concentrar la atención en* el estudio. Las imágenes de la ventura perdida se proyectaban sobre la página del texto y removían la pena íntima. Era menester echarse a andar y castigar de alguna manera la inquietud del cuerpo, o bien distraerlo y hartarlo. Urgía un cambio total de ocupación y preocupación. Mis escasos haberes no permitían emprender viajes o ensayar excitantes experiencias. Recortando aquí y allá junté lo suficiente para el espectáculo de la canción y la pornografía. El "género chico" español, con decires de ingenio y lindas mujeres, estaba en auge. No pocos condiscípulos se pasaban la tarde o la noche en la galería del Principal, dándose ración de ojos sobre caderas y pantorrillas. Sumándome al público estudiantil aprendía a combatir mi me-

lancolía con la excitación violenta del desnudo o semidesnudo femenino. No buscaba, como algunos colegas, las piececillas de aires más agradables, sino las más atrevidas en la incitación a la sensualidad. Por hábito de lucha contra el deseo había evitado, hasta entonces, las ocasiones de tentación. Ahora, al contrario, las buscaba, gozándolas con cínico abandono.

Y lo que antes había hecho por excepción y con desagrado, rendirme al amor callejero, ahora me parecía un goce y lo practicaba hasta el límite de mis recursos monetarios. Así es que regresaba a mi alcoba deshecho de cuerpo y estragado de alma. Estudiaba unas horas para no perder el puesto en la clase y me acogía al sueño como a una muerte provisional y casi deseando no despertar más. Indeseada, penetra por las rendijas de nuestra puerta la mañana. No puede ya traernos ninguna promesa. Y, en cambio, nos confirma en la desgracia. En el sueño acaso imaginamos que todo ha sido pesadilla que se disipará con el alba. Pero el despertar realista y amargo aniquila la esperanza. Descuidado en el arreglo físico, desganado en la mesa del desayuno, desmayado en la marcha por las calles luminosas, pero vacías de contenido de espíritu, únicamente al trasponer el zaguán del patio grande de la Preparatoria me acogía un soplo del ímpetu antiguo. Empujaba la ambición. No era posible presentarme en Piedras Negras con un desastre como final de año. Además, paseando la mirada por las aulas, los laboratorios, las salas de lectura, recibía la impresión del que abarca un botín. Cada una de las ciencias allí cultivadas sentiría la garra de mi ingenio; era menester sobresalir en todas. . .

Cuando recogí mis notas, tragando lágrimas porque ya no tenía a quién mostrarlas, comprobé ciertas calificaciones máximas con la naturalidad de quien recibe lo que se le adeuda. No obstante, una vaga, pueril vanidad, susurró para sí misma:

—Está visto que "no solo en Campeche".

Más que la sensualidad, la ambición se iba imponiendo al quebranto y cambiaba las imágenes fúnebres por otras de acierto y de brío. En los sueños su imagen se me aparecía rodeada de esplendor lunar y sonriéndome.

—Estoy de paso —parecía decirme—, y para quedar más cerca de vosotros solo más tarde escalaré los cielos.

Así que ya no la necesitáramos, ella se iría más allá de la luna, cielo adentro, a la final beatitud. Desde una penumbra angustiosa mi alma le tendía su anhelo, se apoyaba en su seno. En el instante en que iba a tocar su túnica negra sobre la rodilla, sedante, y justamente cuando ella extendía también la mano para poner su caricia en mi frente, una sacudida brusca me despertaba. Palpándome el rostro no hallaba otra huella que la del llanto. ¿Lo ocasionaba la dicha del sueño o el despecho de despertar?

El fin del curso determinó cambios de importancia en la vida de nuestra casa provisional. Durante los meses de vacaciones, las señoritas Orozco se marchaban a Oaxaca; mis futuros cuñados, con mi novia, salieron para su pueblo de la Mixteca. Los últimos días quedé solo en la casa con la criada. Era ésta una vieja cocinera oaxaqueña que a menudo se asomaba a mi cuarto para darme en su charla un relato confuso de cosas y personas de la provincia. Citaba nombres que ya conocía por haberlos oído en mi infancia y casi ni prestaba atención a sus cuentos, salvo una vez que me dijo:

—Tú debías llamarte Castellanos...; tu padre es hijo del cura Castellanos...

Tan inesperado aserto me produjo perplejidad. Me di cuenta de que nunca se habló en mi casa del abuelo paterno. Cierta o falsa la versión me preocupo, y sólo muchos años después supe la verdad: mi padre había sido un bastardo, pero no de cura, sino de comerciante español acomodado y aun noble de estirpe.

EL RETORNO

Con sabor amargo en los labios me acercaba a Piedras Negras, ya no el pueblo en que se ha soñado, sino el sitio de la más tremenda pena del ánimo. Temía el encuentro con mis familiares . . . Anticipaba el golpe de verlos de luto. Nos daríamos un abrazo, pero sin apretarlo demasiado, por peligro de hacernos daño en la herida interna. No se produjo ninguna escena dramática: la recepción se desenvolvió rápida, merced a los carricoches que de la estación nos transportaron a la vieja casa de la esquina del parque. En la perspectiva conocida nada había cambiado. Mis hermanas, un poco más crecidas, redondeadas por la pubertad, se veían más blancas bajo las telas de luto. La distribución de las habitaciones, el abandono del patio, coincidía con el recuerdo de la época infantil. Y aun podría imaginarse que no habíamos estado en Campeche ni habían corrido los años y cambiado los panoramas, si no fuese porque, en el mismo instante de apuntar la idea optimista, una punzada violenta recordaba la falta de lo único que realmente nos hubiera complacido hallar intacto y vivo. Como por tácito acuerdo evitábamos hablar de ella, así nos refiriésemos detalles de la vida común. Solo la abuelita, incapaz de contener sus ojos cansados, lloraba a menudo sin comentar su llanto.

Otra novedad fue que a eso de las doce, Concha y Lola empezaron a asomarse a la puerta, entre inquietas y alborozadas. La abuelita no vaciló en prevenirme...

—Estas niñas, tan jovencitas, andan ya entusiasmándose porque unos tipos les pasean la calle.

Y, según el uso de la época, apenas advertí que mis hermanas miraban en dirección del jardín de enfrente, me eché yo a la acera con aire provocativo. Pasaban, en efecto, dos jóvenes del lugar. Desde mi puesto a orillas de la acera, los desafié con la mirada;
ya podían venir, si osaban. Ahora mis hermanas tenían quien las defendiese. Aunque atractivas por su juventud, Concha resultaba fea con su rostro pecoso de frente grande bajo el cabello castaño claro. Sus ojos inteligentes, pequeños y grises, sus pestañas escasas, la predestinaban con claridad para la ciencia, no para el amor. Así me lo advertía el instinto antes que lo con-r firmase la experiencia. Se hacía, pues, más necesario protegerla de un galanteo que serviría únicamente a la fatuidad de un necio. A puñetazos decidí terminar semejantes relaciones. Por lo pronto, ya tuve ocupación periódica: mantener la guardia en la puerta en las horas consabidas. Con enojo, las chicas protestaban, pero puertas adentro. Afuera logré ahuyentar a los importunos. En efecto, en la frontera se reconocía el derecho del hermano a intervenir, violentamente si era necesario, en defensa de las de su clan. Tanto que, lejos de tomármelo a mal, cierto día que pasé junto a un grupo masculino que conversaba en una banca de la plaza, alguien me hizo seña invitándome a acercarme: entre otros reconocí a los que paseaban la calle a mis hermanas. Temeroso de aparecer intimidado, me acerqué.

—Ven a sentarte con nosotros —dijo una voz—; soy Fulano de Tal y éste es Zutano.

Me acogieron así, cordialmente, como vecino y paisano.

Lola era una rubia pálida del mismo tipo que mi madre, según lo comprobaba el retrato juvenil de ésta. Su cuello largo y fino- contrastaba con el muy corto que Concha y yo tenemos. Afilada la nariz, los ojos claros y rubio el cabello, Lola se parecía poco a Concha, de ojos grises y pelo desteñido. También por el humor ligero discrepaba de Concha, reflexiva y apasionada. Lola, en apariencia vehemente, ponía la cabeza delante del corazón; había nacido para la tierra. La otra, reprimida y ardiente, acabaría en el renunciamiento.

Apenas en sus doce años, Mela era

ya la bonita entre las tres. El Mela, reducción familiar de Carmela, designaba ya una pequeña belleza de pelo negro y ojos claros. Muy blanca y de temperamento nervioso. Ya se permitía ensueños mundanos, según el que nos refirió una vez: bajaba las escaleras de mármol de un palacio en fiesta, cogida de la mano de un lindo paje.

Seguían en escala cronológica dos varones, Carlos y Samuel, de once y diez años, y una mujercita de nueve: Soledad. Todos muy unidos y bulliciosos, no obstante la nube de la materna orfandad.

La plaza había mejorado con un nuevo edificio municipal. Doble construcción de ladrillos colorados y mansarda negra, estilo texano francés, resultaba horroroso, a pesar de que había costado un exceso. Mirándolo en la esquina opuesta de la iglesia, recordaba mi palacio infantil del corral de nuestra primera casa fronteriza. Cuánto mejor lo que hice entonces, que el adefesio levantado sin consultarme. Era doloroso lo que hacían con mi ciudad aquellas autoridades cretinas. En cambio, el otro lado, dentro de su estilo moderno, mejoraba notoriamente no solo en cantidad, también en gusto. El contraste humillaba. De un lado la fuerza, el acierto, la libertad. Del lado nuestro la ruindad, la envidia, el despotismo. Los de Eagle Pass no habían vacilado en abrir un concurso entre los escolares, en busca de alguna idea aprovechable. Solo entre nosotros la suficiencia torpe se aliaba al autoritarismo sombrío.

Bajo una apariencia distraída, y mientras iba y venía con mis hermanas o con mi padre, un deseo me roía el pecho; en nuestras conversaciones se eludía el comentario de la reciente desgracia. Se diría que aplazábamos la escena de echarnos a llorar juntos, con pretexto de cualquier explicación. En consecuencia, no me atreví a proponer que alguien me acompañase a la visita del cementerio.

Dada mi condición de autor de un plano de Piedras Negras, no tuve que interrogar a nadie para llegar a nuestro único camposanto, rectángulo a cielo raso, protegido por una verja de madera. Las señas contenidas en una de las cartas de mi padre decían: "junto a la tumba, de los Múzquiz..." La puerta cerrada a candado solo se abría previo aviso especial, pero rodeando por una esquina descubrí un trecho donde el terreno bajaba dejando libre un buen espacio entre los barrotes y el suelo. Por allí penetré y justamente a poca distancia dos sepulcros de ladrillo blanqueado ostentaban el nombre de nuestros antiguos vecinos. Reposaba en uno de ellos precisamente aquel viejo que me acusara de pedirle un beso a su hija pequeña. Inmediato a estas sepulturas había un túmulo reciente, todavía sin lápida y con solo una cruz provisional de madera. Frente a él me detuve. Una fría, terrible sequedad me embargaba. Incapaz de hilar juicio estuve no sé cuánto tiempo: primero, de pie; después, sentado sobre la tierra todavía sin macicez. Durante meses me había acosado el deseo de acercarme a la tumba amada y ahora me faltaba la ternura. Una suerte de anonadamiento y un pesar como de aguja dentro del cráneo me decía: —Lo que está aquí abajo se ha vuelto ya horrible; no podrías besarlo.

Luego, lentamente, un presagio libertador y jubiloso clamaba:

—Lo que está aquí abajo no tiene nada que ver con ella; búscala por el alto cielo.

En torno, la llanura caliza se daba al abrazo infecundo de un sol que en vano la calcina: páramo inmenso abajo, y arriba un azul vacío. A distancia un maizal cultivado penosamente y uno que otro mezquite entre chaparros grises. Naturaleza sin alma; seguramente, ella estaba ya muy lejos de aquella tierra que le recibió el caparazón sin atender al alma valiosa que lo había animado. Con todo, en honor de la huella de su paso por los arenales ingratos, recé unas Salves, recordando, a la vez, que nada podía complacerla más.

Con el rezo empezó a deshacerse mi hielo interno y advertí la emoción que nos devuelven las cosas por donde ha pasado lo que amamos. Y ya no por lo que allí estuviese de ella, sino por lo que ella misma desechara, por sus ropas para mí queridas, sus huesos entrañables, por toda la humilde compañía de su alma lloré copiosamente, acariciando la tierra que la cubría benigna. Oscureció mientras padecía y llegué a casa cuando ya me esperaban con cierta alarma. Mi padre imaginó la causa de mi demora, y al procurar contestarle, la voz se me anudó, y vencido, me eché a una cama y sollocé sin freno... Mi llanto rompía el compromiso tácito de no comentar nuestra desgracia: mis hermanas me rodearon afligidas, y mi padre, enjugándose las lágrimas, refirió pormenores que me había estado reservando... Momentos antes del final, y cuando le pusieron los óleos santos, redactó su testamento...

—Que mis hijos se mantengan fieles cristianos... A Pepe díganle que nunca olvide a Dios Nuestro Señor...

A cada uno había renovado el ruego: la abuela, mi padre, mis hermanas, cada uno me transmitía idéntico mensaje póstumo:

—A Pepe que nunca olvide a Dios Nuestro Señor —tales habían sido sus últimas palabras.

—Yo quería llamarte —explicó mi padre—, pero ella se opuso, no permitió que perdieras el año, no se preocupó del agravamiento de su estado: "Ya le tengo hechas todas mis recomendaciones", afirmaba.

A su entierro había concurrido una infinidad de personas...

—Ahora quiero a estas gentes de Piedras Negras —insistía mi padre—. ¡Cuántos amigos hemos descubierto entre ellos! . . .

Deseoso de distraerme, inventaba mi padre paseos, concertaba visitas.

—¿Te acuerdas de Jimmy —interrogó una vez—, el gringuito que te pegó? Trabaja en la Maestranza; me ha preguntado por ti; le he prometido llevarte a verlo.

Y lo visitamos una mañana en su propio taller. Vestido de caqui azul, vigilaba una máquina perforadora de láminas de acero; se habia vuelto un gigante rubio encendido. Apenas me vio gritó:

—*Hello, Joe!*

Respondí:

—*Helio, Jim!*

Me apretó la mano, me abrazó después levantándome en peso...

"Con razón —pensé— nunca pude con é1 . . . "

Me sorprendió hablándome en español corrientemente y nos despedimos afectuosamente reconciliados.

En la vida fronteriza no es raro que las más enconadas rivalidades terminen en amistad que se impone a las diferencias de raza y el conflicto de las naciones. El amor vence cuando el trato humano se prolonga en condiciones leales, y el nacionalismo se purificaría de rencor si no se fundase tan a menudo en injusticias.

Mi visita del cementerio se había hecho cotidiana; me gustaba sentarme a pensar entre las cruces. Buscando por el rumbo de la vega, juntaba unas cuantas flores silvestres, mirtos morados y margaritas fúnebres; colocaba mi ofrenda a los pies del túmulo y en seguida divagaba. No había, no podía haber problema más importante que el de la muerte. El breve plazo de la vida con sus alegrías y sus dolores, la ciencia, la experiencia y el mismo bien, solo adquirían sentido mediante una tesis cualquiera del más allá. Investigar la realidad trascendental era la única ocupación digna de un ser ambicioso. Revisaría primero todo lo escrito en tal materia, las religiones, las ciencias. . . Ensayaría las pruebas que personalmente pudiese aducir.

El sol poniente caía en el llano, se hundía todo rojo, incendiando un instante el confín. Dejé pasar el crepúsculo, perdiéndome en una ensoñación distante, sin advertir que la noche co-

menzaba. De pronto, me volvió a la realidad una lumbrada que ardía en el campo inmediato al cementerio. Sorprendido, porque sabía que estaba deshabitada la comarca, atravesé entre las tumbas, hacia el extremo opuesto de la verja. Imaginé que algunos pastores habrían hecho fuego a la intemperie. Súbitamente, al rodear por algún sepulcro, desapareció la luminaria. En vano me empiné oteando la llanura, que difícilmente podía ocultar cosa alguna, y no vi fuego ni humo. Pensando, que quizá se había apagado la llama, salté la cerca para buscar las brasas o la ceniza caliente. Al no encontrar la más leve huella me entró de pronto un escalofrío de espanto y corrí en la sombra en dirección de las casas del suburbio iluminado ya con electricidad. Cuando ganaba una de las calles oscuras, bordeadas de cercas de espinas, salió del arroyo un estruendo y luego un bulto pasó rozándome; iba a soltar un grito, cuando advertí que se trataba de un cerdo extraviado.

El nuevo chasco me serenó bastante, pero no logró quitarme la preocupación de la lumbre que apareció y desapareció sin causa.

La tarde siguiente, dominando mis nervios, me quedé en el camposanto hasta bien entrada la noche. No se produjo nada anormal y me sentí casi defraudado. Era como si los signos, después de iniciarse, tornasen a su reposo mudo. Sin embargo, confundida con otras cien, una idea explicaba: Semejante a la hoguera que ardía y luego tornó invisible, el espíritu se aleja de los lugares estériles. No la busques entre gusanos y arenas... Vete por el mundo a pelear por su causa entre los vivos y arde hasta que tu hoguera también ilumine y se ausente...

Después de la comida de mediodía, y antes de salir para su oficina, me habló una tarde mi padre. Estaba apesadumbrado, él tenía la culpa por no haberme llevado, como era su deber; le dolían tanto semejantes ocasiones que prefería evitarlas; ahora veía que había hecho mal... Un conocido le informó que había visto en el cementerio mis flores y deseaba advertirme: no era ésa la tumba, sino precisamente la de al lado... Si yo quería, el informante me acompañaría para mostrármela, pero no era necesario; yo encontraría las flores ya cambiadas por la mano amiga...

Es imposible expresar el disgusto que me produjo mi engaño... De manera que flores, oraciones y lágrimas, todo desperdiciado en la sepultura de un extraño... No solo el destino me la había plagiado en sus últimos días; también ahora el azar escamoteaba sus restos. Lo más curioso es que ya no sentía por la tumba auténtica la misma ternura lúcida que ante la falsa. Imposible revivir momentos que fueron únicos. No era rito de propiedad filial lo que me había llevado a aquel pedazo de tierra, sino pasión desesperada que arde y no vuelve, como no volvió la hoguera que a poca distancia se encendió... Lo que hice después tuvo ya mucho, de rito. Una vez más limpiar de yerba, renovar las flores; en fin, ¿a qué continuar un relato de lo que tantos han padecido también?

Volvía ella a tener razón: Para no caer en engaño "prescinde de poner odio ni amor en lo que cambia y perece..." No más idolatría de las tumbas. . .

Cuando estas resoluciones se recuerdan a distancia de años parecen lógicas y fáciles; sin embargo, cuesta dolor tomarlas en el momento vivo.

*

Mis vacaciones estaban a punto de terminar cuando a mi padre le llegó un ascenso. Lo trasladaban con el mismo cargo de vista a la Aduana de Ciudad Juárez, de categoría un grado mayor que Piedras Negras. Debe haberle agradado el poder salir con los suyos de un medio que ya no podría traerle sino recuerdos dolorosos. El viaje de toda la familia se preparó con precipitación, y juntos salimos

otra vez, pero ahora cabizbajos y diezmados, dejando para siempre en Piedras Negras la parte más preciosa de nuestras almas. Enlutados salimos del pueblo que tantas veces nos vio alegres y amantes. En Torreón, cruce ferroviario, tomé yo rumbo a la capital y siguieron mis gentes hacia el antiguo Paso del Norte.

EL ESTUDIANTE

No era la primera vez que entraba en la capital y, sin embargo, el corazón me latía con fuerza a medida que el conductor anunciaba las estaciones inmediatas: Cuautitlán, Lechería, Tacuba. Periódicamente el convoy frenaba, reducía la velocidad. Los pasajeros se sacudían las ropas; reunían sus maletas; en las últimas paradas trepaban los agentes de equipajes; por las ventanillas lanzaban sus tarjetas de anuncio los hoteleros. ¡Por fin, la capital! Y el frío y la zozobra encogían mis nervios. A la vista estaban las barriadas pobres; los tranvías amarillos se deslizaban luminosos. Las farolas bombeadas y blancas con luz de arco, tipo alemán, difundían claridad discreta, más poderosa y más serena que el chillón destello de las bombillas incandescendes yanquis. Era yo uno más que se sumaba al medio millón de habitantes. ¿Me tragaría la ciudad como a tantos que disuelve en su vientre insaciable, minados por la enfermedad, el infortunio y la miseria? ¿O sería, según lo sospechaba, de los llamados a sacudirla y conmoverla? La angustia de la duda, el agotamiento de mi soledad entre la multitud, la extensión de aquel organismo multánime, todo contribuía a turbar, por lo pronto, el ánimo. Tímidamente, y a falta de señas precisas, me dejé llevar al más próximo hospedaje: el Hotel Buena-vista, frontero a la estación y próximo a otro, también malo: el Hotel Dos Repúblicas.

Algo familiar perduraba en aquel barrio cosmopolita frecuentado por los gringos del ferrocarril con su inevitable acompañamiento de peluquerías de negros y restaurantes chinos. Parecía un trozo de la frontera, metido al extremo de la vía férrea que liga las dos naciones. Después de dos días y dos noches en vagón resulta un placer caminar a pie durante horas, sobre todo si se atraviesa una ciudad como la nuestra, que cada vez me parecía más espléndida.

La mañana siguiente, después de un desayuno a la yanqui: fruta, huevos con jamón y café, pedí el diario para buscar en los avisos de ocasión un domicilio. Entre largas listas elegí uno que decía: "Leandro Valle, 5, estudiantes. Matilde..." El número cinco de la calle de Leandro Valle era una conocida colmena estudiantil. No sé cuántas viviendas ocupadas casi todas con pensiones y a un salto de la Escuela de Medicina; raro era el estudiante que no la había visitado, por lo menos, en busca de algún condiscípulo. Instalarse en ella era adquirir patente de corso, privilegio pleno en la soberanía del pueblo escolar de la República.

Por dieciocho pesos, de los treinta de mi pensión, aseguré alimentos y una alcoba grande con balcón a la calle, compartida con dos camaradas desconocidos. Con los doce restantes había para baños y barbería, toros y aventuras.

El único tropiezo de mi nueva vida emancipada se produjo en la Secretaría de la Escuela. Para el reingreso, aparte los certificados del curso anterior, exigían una solicitud firmada por el padre o tutor de los menores de edad...

—No tengo tutor —declaré al empleado que, sin levantar hacia mí la vista clavada en un expediente, gritó:

—Pues búsquese uno...

Irritado de no depender de mí mismo del todo, pedí su firma al tío Luis, que ya andaba de pasante o de empleado en uno de los juzgados de la capital. Sin vacilar me prestó el servicio, pero apenas puesta en el papel la firma, se la cobró echándome encima recomendaciones y advertencias pesimistas. . .

—¿Pero vas a vivir tú solo?... Pero ¿cómo permite don Nacho que andes

así de bala perdida?... Te vas a hundir..., vas a estar sin freno... Dirás que no me importa; pero, al fin, Carmita era mi hermana..., y tú nunca vas por casa..., eres muy despegado de los parientes..., ¿adonde vas a parar?

Un minuto después no me quedaba ni el eco de sus advertencias, pero la alegría de haber asegurado el ingreso me tornaba ligero; por el momento, mi escuela era mi amor.

El comienzo de los cursos era animado. Cada profesor nos endilgaba en un discurso inaugural el panorama entero de la materia a su cargo. Las clases de matemáticas y de física estaban servidas por antiguos y venerados maestros; en el laboratorio disponíamos de mesa propia, grifo de agua, probetas y tubos. Cada tema del texto se comprobaba en los aparatos. Las horas de clase transcurrían amenas. En cambio, el régimen escolar extracátedra era un remedo del cuartel. De director teníamos a un coronel porfirista auxiliado de una docena de prefectos que hacían veces de sargentos. Jamás se nos permitió congregarnos ni en los patios ni en los alrededores del colegio, y cuando se abría el salón de actos se aumentaba la vigilancia de los empleados. El miedo de las tiranías a las asambleas se manifestaba vivo, así nos reuniésemos para leer versos o para preparar un festejo. Si en torno a una columna del corredor se juntaban más de cinco, en seguida venía el prefecto a disolvernos. Tan oprimidos se hallaban los ánimos, que apenas, por cualquier motivo, nos íbamos en grupo al gimnasio o a clase y estallaba lo que llamábamos "gritería"..., colectivo alarido irresponsable que en seguida provocaba la venganza. Nos cercaban los prefectos y nos ponían en fila; luego contaban: uno, dos, tres, cuatro, cinco, al calabozo...; uno..., cinco, al calabozo. Los elegidos en estas quintas eran encerrados en separos oscuros, por cinco o seis horas. A la segunda o tercera captura venía la expulsión irrevocable. . .

Cuando entrevistábamos al director para pedir cambios de horarios, ventajas para el aprovechamiento, parecía gozarse en oponer dificultades; empero, si pedíamos asueto, lo concedía en seguida, sobre todo si se trataba del onomástico del ministro o de alguna fecha grata a los funcionarios.

En cambio, nadie impedía que el alumnado patrocinara cantinas y tabernas y casas de prostitución y billares establecidos a inmediaciones de las instituciones de enseñanza. El título de don Vidal para el respeto y el temor de los alumnos, era la confianza que le dispensaba el caudillo. Sin grado universitario, sin autoridad científica o moral, su poder se asentaba en la obediencia a su amo y en la dureza con que imponía el orden porfiriano. Versión poco digna de nuestro lema escolar: Amor, Orden y Progreso, pero perfectamente acatada por todas las luminarias del comtismo nacional.

Nuestro amor juvenil se dio sin reservas a la física y a la química, la astronomía y la mecánica; complementando los cursos ordinarios asistíamos a las academias o conferencias bisemanales de exposición general y de historia científica. El conferencista de la Academia de Física disertaba entre los aparatos de laboratorio. Ejecutaban experiencias los ayudantes, mientras él la hacía de animador vestido con pulcritud, flor en el ojal del chaqué, bien afeitado y limpia la mirada; su palabra fluía, conmoviéndonos a menudo... Relataba cierta ocasión los trabajos que precedieron al descubrimiento de la botella de Leyden; se extendía en consideraciones sobre la devoción, el espíritu de sacrificio que demandaba esa moderna diosa que es la Ciencia. Ella era la novia que él ofrecía a nuestra juventud por encima y aun en oposición a las novias que, decía, nos llevan a comprar docenas de zapatitos para los nenes... La Ciencia no era un medio de acrecentar la dicha humana, sino el fin en sí, la verdad neutra y hermosa que reclama entero nuestro afán. Quien no se entregaba

a la Ciencia con pasión exclusiva, jamás llegarla a la cumbre en la que irradian Laplace y Newton, Lavoisier y Berthelot... La familia, los amigos, el amor, todo era secundario ante la epopeya magnifica de nuestro tiempo, la conquista del progreso que levanta al hombre por encima de la bestia y a la altura de los dioses de la antigua era teológica.

Tal entusiasmo cientifizante me sedujo. Daba a mi desencanto de abandonado de la gracia divina, privado del amor materno, ignorante del amor erótico, una orientación nueva y un objetivo concreto.

El conferenciante de Química era un melenudo, todavía joven, especie de genio fracasado. Alabando los méritos del descubridor científico, exclamaba:

—¿Quién sabe si aquí entre nosotros esté el genio que ha de dar gloria a la ciencia mexicana?...

Un estremecimiento recorría los bancos llenos de alumnos; era forzoso empeñarse, el porvenir se cargaba de promesas y, agradecidos, pensábamos:

"Acaso él mismo está a punto de revelarnos algún hallazgo genial."

No pasó el pobre de ayudante de laboratorio, pero le debo mis instantes de la más pura y noble ilusión.

En la cátedra, en cambio, se nos estrangulaba sistemáticamente la fantasía. "No otorgarás fe sino al testimonio de tus sentidos." "La observación y la experiencia constituyen las únicas fuentes del saber." Estos y otros conceptos comtianos, recordados ante cada ocasión, iban conformando un criterio metódico, rigurosamente científico, según la otra definición positivista: "Sólo adquiere categoría científica un hecho, un fenómeno cuyas condiciones de producción conocemos y que se repite cada vez que esas condiciones vuelven a reunirse." Dos moléculas de hidrógeno y una de oxígeno producen agua invariablemente. La distancia más corta entre dos puntos es siempre la línea recta, y a la inversa.

Cuanto no puede comprobarse de modo experimental carece de valor científico y pertenece al reino caduco de lo teológico o lo metafísico. No ha más verdad que la de la experiencia sensible, ni otro dogma que el ser todo relativo y condicionado a sus antecedentes. "Lo único absoluto es que todo es relativo."

El aspecto doctrinario de la ciencia era, sin embargo, el único que me interesaba. Ni por un momento pensé dedicarme a descubrir una onda o aislar un metal. La conclusión última d cada disciplina y su alcance con la totalidad del saber, tal era el resultad único que, en cada ciencia, buscaba Nuestros textos franceses servían este propósito con bastante eficacia. D haber estado en usos manuales como lo que se acostumbraban en los colegios de Norteamérica, todo un grueso volumen dedicado a enseñar las aplicaciones de hidrógeno y ni una sola palabra d teoría atómica, seguramente cambio e estudio de la ciencia por el del comercio o el del ajedrez. El laboratorio era el taller del obrero científico. Las leyes allí descubiertas interesaban al filósofo sólo por su relación con el concepto del universo que a él corresponde formular. Tal iba a ser mi papel: acumula: las conclusiones parciales de todas la: ciencias a efecto de construir con ella: una visión coherente del Cosmos.

Me decepcionaba, por lo mismo, hurgar en la entraña científica para recoger tan solo afirmaciones modestas: "La experiencia no revela otra COSE que ciertas regularidades en el proceso." Sin embargo, no me dejaba ir como más tarde, por el lado de la astrología; me mantuve fiel a Copérnico sumiso a Comte, que prohíbe las aventuras de la mente y las excluye del período científico que profesamos.

El desastre de mi amor materno para el cual no aceptaba consuelos, la negación despiadada del milagro que pudo restituirle la salud, me mantenían en rebelión antisentimental y antimística. Movido de dolorosa voluptuosidad me entregaba al dogma agnóstico y comtista: "No hay otra realidad que la que palpan los sentidos." Después,

con dolorida ironía, repetía el célebre pasaje: "La ciencia acompaña al buen Dios hasta sus fronteras y allí lo despide dándole las gracias por sus servicios." Ni quería recordar las anticipaciones del San Agustín de mi infancia cuanto decía refiriéndose a Dios:

"Y no te acercas sino a los contritos de corazón; ni serás hallado de los soberbios, aunque con curiosa pericia cuenten las estrellas del cielo y las arenas del mar o investiguen el curso de los astros.

La verdad de creernos en una era nueva y el esnobismo de una ciencia entendida a medias me impedía reconocer que el cálculo maravilloso de la paralaje y el descubrimiento sorprendente de Neptuno eran tan solo otros casos de cuento y recuento de las estrellas, vaivén de las olas..., conocimiento humano limitado siempre por el confín del misterio.

EL NÚMERO CINCO

Nuestra vivienda dentro del tumultuoso número cinco de Leandro Valle era de las más pacíficas. Mis compañeros de cuarto estudiaban tanto o más que yo. Morones pertenecía a mi curso y era de mi edad. El otro, de veinticuatro, se llamaba Pacheco y estudiaba el último año de Medicina. Entre Morones y Pacheco había una alianza casi religiosa, siendo Morones el devoto y Pacheco el ídolo. Sin resistencia me fueron admitiendo a un terceto bastante discreto. Con Morones solía juntarme para estudiar. Con Pacheco conversábamos, discutíamos. Y no muy a menudo, porque las horas libres las pasaba con la novia y llegaba ya sólo a ponerse la visera verde para la lectura de sus gruesos volúmenes de patología, a la luz de su quinqué. La calavera sobre su mesa y el olor a yodoformo de sus instrumentos acababan de identificarlo con su profesión. Morones era un mestizo de Xochimilco, de poco talento, gran tenacidad y sólida honradez. Pacheco era de familia criolla orizabeña. Esmerado en el vestir, ordenado en sus hábitos, fino en su trato. Los tres nos levantábamos temprano, a pesar de que las luces del estudio ardían, a veces, más allá de las doce. Tras el rápido aseo Pacheco se encaminaba al hospital, donde era practicante. Morones y yo bajábamos al jardincillo de Santo Domingo para repasar las lecciones del día. El rojo tezontle de la fachada del templo, su torre garbosa y delicada, la fragancia de la pequeña plaza, en la hora matinal, nos ponían alegre el ánimo. A menudo, marco tan poético nos apartaba del estudio y nos entregaba a la divagación. Con tal de consolarme de la aridez de las ecuaciones de segundo grado, leía cada mañana el folletín del diario popular de la época: las interminables aventuras de Rocambole. En seguida, con el gesto de fumador que arroja la colilla de un mal tabaco, dejaba el periódico, abría el texto y paseaba. El grato ambiente, la silueta esbelta y sólida del colorido barroco dominicano, la eterna primavera de los follajes en aquel clima benigno, todo contribuía a la deliciosa embriaguez del pensamiento. Tan dichoso parecía el instante, que resultaba pueril toda preocupación del futuro.

¿Para qué el estudio y para qué la acción si la bella vida podía ser gustada a sorbos, palpada en el cristal del ambiente? La armonía de las cosas no se logra para pedirnos expresiones o empeños, sino para recibirnos en su seno y permearnos de su dicha. No era el momento de buscarle nombres a las cosas, sino de inmergirse en ellas. Apetito de convivir, participando de cada latido del Cosmos. Negación de la ciencia ociosa que dilucida oposiciones vanas, inventaba problemas e ignora, en cambio, la alegría del estar y el ser. El ser y el estar —me decía filosofando—: los dos verbos que encierran el enigma de la creación; el famoso monólogo de Hamlet me irritaba como una simpleza o, según dice la palabra insustituible del francés, una *plati-*

tude. Ser o no ser, no es el problema; el problema es el ser, que en siéndolo de veras no puede dejar de ser. El segundo problema es el estar, que así goce no se conforma con estar nada más, reclama todo el ser. Decididamente era fácil mejorar a Shakespeare, como filósofo. Satisfecho de este revolcón metafísico al inglés Shakespeare, me entregaba a consideraciones sobre mi porvenir.

Un anhelo que lo mismo hiende los aires o se reparte sobre la tierra sin precisarse, me levantaba el talón en cada paso, me emborrachaba de posibilidad y certeza, de ambiciones y de alegrías.

Entre el libro abierto y el despejado cielo, en una nebulosidad de potencias, mi futuro indeciso interrogaba:

—¿Dicha o poder? ¿Paz o gloria...? Antes que nada el poderío, no sobre los hombres, sobre la existencia; oportunidad de sondear los abismos y de contemplar las alboradas. Nutrirse de todas las imágenes, devorar emociones, y luego, a semejanza de la naturaleza, engendrar en muchedumbres los pensamientos, las teorías y las síntesis.

Lo intentaría todo y arrebataría cada ocasión: sería rico y sería pobre, conocería la derrota y el triunfo, la miseria y la abundancia. No era verdad lo que afirmaba uno de nuestros maestros que, quien ha conocido la estrechez y la vence después, ya no aventura su buen pasar; yo jugaría con el éxito y siempre habría manera de volver a ganarlo. Conquistar riquezas para tirarlas, en un instante de hartura y desdén, tal era la norma de una ambición decente. Poseer para despilfarrar y desdeñar lo que se posee. Y para probar que no está nuestra medida en la posesión sino en la capacidad. Quería el placer, pero a costa de haber desafiado el infortunio. Más que la mente era mi corazón quien ansiaba la experiencia; más que problemas quería aventuras. ¿No era yo un minúsculo simulacro de la potencia divina, echado al mundo por el acontecer? Pues a removerme dentro de mi ambiente, tratando de estar en todo, mientras era posible volver al ser lo que ya no está porque es.

Calentada la cabeza con el monólogo, apenas quedaba tiempo para preparar la lección.

En la mesa nos hacía compañía nuestra patrona, Matildita. Era una viuda, menuda y gruesa, blanca y afable, originaria de Guanajuato. Cada domingo, para ir a misa, vestía su traje negro con abalorios. Era su predilección Pacheco, a cuya novia visitaba, y, con todos sus hábitos de señora, en la casa trabajaba y mantenía el orden rigurosamente. Por las viviendas contiguas solía haber reuniones con entrar y salir de invitadas sospechosas y botellas de aguardiente. Ella no admitía sino muchachos "serios y de buenas costumbres". La comida abundante, en relación a la cortedad de nuestra paga, confirmaba su fama de mujer de conciencia. Después de la cena y antes de clavarnos en los libros, Morones y yo pasábamos un rato en el balcón de nuestro cuarto. Era el último del segundo piso, rumbo a la espalda de Santo Domingo. Enfrente, las bóvedas, la cúpula y parte del costado de la hermosa iglesia, nos daban motivo a noble contemplación Cuando había luna, la arquitectura se agrandaba misteriosa, llenando de paz el barrio.

Así que habíamos estudiado una o dos horas, por vía de descanso y entre cigarros y bromas, nos echábamos boca abajo sobre el umbral del abierto balcón para escuchar el diálogo de unos enamorados que a medianoche se entendían, él desde la calle, ella en un balcón del tercer piso contiguo. Algún cuchicheo, alguna risa mal reprimida, denunciaba nuestro espionaje, provocando comentarios despectivos de la novia y amenazas del que abajo se fatigaba el pescuezo para escuchar...

—Pero ¡di que me quieres, dilo!... ¿En?... No se oye... Oye, dilo otra vez. . .

Y de nuevo nuestras risas irónicas, insolentes. . . Pacheco trabajaba en el Hospital de

Sanidad de la ex Iglesia de la Santa Veracruz, por Hombres Ilustres, frente a la Alameda. Así que se cerraban as clases y en los días de preparación le los exámenes, los estudiantes invadían los jardines públicos, especialmente el de la Alameda. Pero no todos conocían el secreto de las ventanas con reja del antiguo ex convento. Y aunque Pacheco aplazaba la promesa de llevarnos a visitarlo, nosotros contábamos ya como propio el goce de ver aquellas bellezas en la cama sanitaria que las rehabilita para el ejercicio de la profesión amorosa.

La tala de los árboles de la hermosa Alameda se consumaba con descaro y a pesar de nuestra sorda indignación. Ciertos rincones del parque nos brindaban sombra y poesía. Estudiábamos, repasábamos de memoria los temas del curso, forjábamos ambiciones risueñas.

Después del almuerzo rápido volvíamos a la Alameda. Dormitábamos sobre las bancas en torno de la Venus que sale de su concha, en el centro de las aguas de una fuente circular. Las turgencias de aquel bronce fueron durante muchos años el arquetipo de mis ensueños voluptuosos. No imaginaba modelo más seductor de mujer. Y precisamente por delante de la Venus simbólica pasaban cada miércoles las pupilas de las casas de placer de las calles de Dolores, para la visita de sanidad del otro lado de la Alameda, en el hospital de Pacheco. Respondiendo a algún gesto o simplemente al deseo que ardía en nuestras miradas, solían levantar la falda para mostrar la pantorrilla, o la ceñían a la cadera desquiciando nuestra voluntad. Pasaban españolas despampanantes, cubanas sensuales y tapatías delicadas y voluptuosas. Caminaban desenvueltas, nos miraban provocativas, nos dejaban inquietos y ofendidos. Para seguirlas sólo hacía falta un poco de audacia y más dinero que el que tenían nuestras bolsas. Pero fue dulce esperanza la de poder alguna vez abrazarse a la más insolente y mórbida, la más descarada y linda, con beso de ternura y ganas de fiera.

SIGLO NUEVO

Una calle larga bordeada de casas de un solo piso; arroyo de tierra recién regada; aceras de losa y de madera, sobre las cuales rebosan las mercancías de una serie de comercios, junto a los puestos de zapatos nuevos y de ropa a la medida, judíos internacionales que asaltan ofreciendo "ocasiones". Nadie vendía tanto como la tienda de "Las tres B", bueno, bonito y barato. De ella salían los labradores vestidos de nuevo. Los pequeños propietarios de los "partidos" y los burócratas consumábamos nuestras compras del otro lado, en los almacenes de El Paso. Abríamos la boca delante de las casas de cinco pisos, aparte del sótano, sobre cuyas rejas, incrustadas en la acera, se podía pasar. La metrópoli del desierto, llamaban a El Paso las guías turísticas. Sobre las arenas, más que un oasis era un triunfo del ferrocarril, la industria, el comercio y la máquina. Calles asfaltadas, tranvías eléctricos, hoteles de viajeros, espaciosos y flamantes, almacenes de ropa con grandes vitrinas y mercaderías de lujo, coincidía la ciudad con el ideal de una época: el progreso. Rápidos ascensores depositaban la clientela en miradores y terrazas, sobre un desierto cortado en dos por el caudal escaso del Río Grande y salpicado de chimeneas y fábricas de ladrillo colorado. En los bajos de los grandes edificios las "Droguerías" congregaban hermosas damas devotas del *soda fountain.* Malos helados, peores refrescos, pero mucho brillo de cristales, metal pulido y mármol para embobar a los necios, que, según se sabe, hacemos siempre multitud. Todo lo nórdico seducía a nuestras gentes, pero todavía no alcanzaba el efecto actual de fascinación. El refinamiento de las costumbres, el esmero de los cultivos, la uva y el vino, eran privilegio mexicano. El vino dulce de El Paso era justamente afamado. Las serenatas con banda militar se llenaban de visitantes anglosajones,

deseosos de aprender a vivir con abandono gozoso y sencillo. Los *cowboys* semibárbaros, que empezaban a urbanizarse en Texas, todavía no construían bibliotecas y clubes; la cultura era entonces cosa de latinos.

La iglesia de Ciudad Juárez atraía devotos y reunía turistas. Levantada como eje de una antigua misión franciscana, se mantenía como puesto avanzado de lo europeo en tierras de milenario vacío espiritual. El envigado del techo y el retablo del altar mayor, de cedro tallado, simbolizan la civilización que avanzó de Sur a Norte, latina y católica. Para contrariarla, o bien para poder triunfar, allí mismo, Juárez, que hoy da su nombre al sitio, inició la norteamericanización, dejó libre el paso al protestantismo. Desde entonces una nueva corriente arrastraba de Norte a Sur, torbellino de novedades manuales, sin mensaje de espíritu. Nos aventajaban, sin embargo, en lo social y político, pues practicaban la fraternidad, si no la igualdad, y eran libres, en tanto que nosotros, supeditados a militarismos brutales, bajábamos a grandes pasos hacia el abismo contemporáneo.

Abigarrado gentío de los dos Pasos del Norte, el antiguo y el yanqui, acudió a la misa de medianoche con que la vieja misión franciscana despedía el siglo diecinueve y saludaba el veinte. La luz eléctrica, símbolo de la centuria difunta, iluminó la pátina de los cirios sobre las tallas del diecisiete. Concluido el rezo nos detuvimos en la terraza del atrio para contemplar el cielo estrellado. La noche transparente de un aire sin brumas no reveló ningún signo. Los bólidos caían como caen siempre que se mira el cielo. Un siglo no es más que un minuto para las estrellas, pero nuestros pobres corazones recordaban y hacían balances. Cumplía aproximadamente dieciocho años. Los sucesos importantes de mi vida iban a estar contenidos en el ciclo nuevo. Pero me alcanzaba el orgullo de la muerta centuria: "El siglo de las luces"; nunca avanzó más la ciencia, declaraba unánime la opinión. Mucho tendría que afanarse el siglo veinte si quería mantenerse a tono con la impulsión ya dada al progreso.

Otra imagen de aquellas vacaciones me descubre la bicicleta que me servía para recorrer las calzadas de álamos, a la orilla de los canales de riega Un rumor de follajes organiza pautas en la brisa. Por las aceras recién lavadas marchan enlazadas las amigas para el paseo del atardecer. A veces encontraba a mi hermana Lola repasando en el piano los ejercicios del Eslava. En la escuela local superior, Concha consumaba estudios de primer año de normalista.

*

En los comienzos del siglo me encuentro poco después instalado en la pequeña vivienda de una casa baja del Callejón de Tepechichilco. Me acompañaba Renato Miranda, estudiante de Medicina, hermano menor de los Miranda de la tienda de Piedras Negras. Unos dos años mayor que yo, compañero excelente y amigo leal, nos ligaba una excelente camaradería. A la puerta siguiente, y con su numerosa familia, habitaba el profesor Daniel Del-gadillo, que trabajaba entonces sus textos de Geografía que más tarde lo hicieron célebre. Visitante asiduo y vecino próximo era también Wenceslao Olvera, indígena puro de Zimapán y alumno de Medicina. Entre Renato, que tocaba el violín, Delgadillo, buen flautista, y Olvera, mediano acompañante de guitarra, se organizaban escoletas y conciertos que yo escuchaba desde mi cuarto, metido entre libros. Los alimentos los tomábamos por abono en alguna de las fondas del barrio estudiantil; el aseo matinal de la casa lo tomó a su cargo la portera. Por fin, éramos libres de ir y venir temprano o tarde sin tiranía de horas fijas para las comidas y pudiendo cambiar de fonda a discreción. Cada noche, después de la cena, se reunía la tertulia en el corredor del patio descubierto. Disparatábamos apasionadamente so-

bre toda clase de temas. Delgadillo era un producto de la escuela normal: ni Dios, ni templo; solo el saber y la patria. No alcanzaba a organizar su descreimiento en un sistema como el comtiano, pero justificaba su vida con la pedagogía objetiva y el naturalismo sentimental. No llegaba como mi tía María a la *Educación* de Spencer; le bastaba Rébsamen. Mi camarada Renato no se ocupaba de metafísicas, porque apenas le dejaban tiempo libre las novias. Y aun el violín lo cultivaba como un auxiliar de sus faenas amorosas. Ahora nada menos, de recién llegados, ya le tocaba trozos a una muchacha de la vivienda de enfrente, que no nos daba la cara ni para el saludo.

El joven poeta jalisciense Campos nos visitaba a diario. Cursaba Jurisprudencia, hacía versos y se embriagaba. El ídolo de su cenáculo de Guadalajara, un joven apuesto, rico, casi genial, se había suicidado "por desdén de la vida", y Campos lo imitaba a pedazos. Nosotros envidiábamos a Campos, como él envidiaba al suicida. Le veíamos desperdiciar el talento, divagando en amoríos y borracheras, a la par que algunas revistas le brindaban la gloria de publicar sus versos. Al grupo se agregaba con frecuencia otro aspirante a poeta, bajito y trigueño, apodado *el Chango,* que, además, cantaba canciones en la guitarra.

Fue idea de Campos ponernos a contribución hermanable a efecto de publicar una revista. Sacamos cinco o seis números en formato pequeño, con unos forros rosados de papel humildísimo. Lo central de la publicación eran los versos de Campos. Los celebrábamos con entusiasmo. Él se dejaba admirar como en broma, risueño y estoico...

—Qué quieres, hermano... El genio es así, un azar sin importancia —parecía decirnos al agradecer nuestros elogios—. Hermanito..., manito...

Simplificaba popularmente el diminutivo cada vez que el alcohol le ablandaba el sentimentalismo y le enrojecía el blanco de los ojos.

En su calidad de director indiscutido, Campos me asignó una sección de la revista: Filosofía, había yo propuesto; pero Campos rectificó:

—Filosofía del arte; eso vas a hacer tú...

La aserción de Campos me dejó complacido; creí que me iluminaba el camino. En aquel momento necesitaba de estímulos, porque ya eran varias las noches perdidas tratando de hacer versos, como veía a todos hacerlos. Y por más que revisaba la preceptiva y por mucho que confiaba en cierta definición, creo que del Campillo: líneas igualas rimadas al fin..., pero dentro "hay que poner talento"; yo creía poner talento, pero las líneas no me salían iguales y la rima se me negaba, pese al Diccionario de la Rima, suplemento de un gran Diccionario Castellano legado de mi padre. Tan pobres vi mis poemas que desistí para siempre de hacerlos, consolado con mi fama de metafísico y filósofo. Sin réplica quedaban, en este particular, mis interpretaciones de la teoría de la unidad de todos los cuerpos en el elemento simple que constituye el hidrógeno. También disertaba prolijamente sobre el conflicto de la geología y el Génesis, y de Copérnico y la antigua cosmografía metafísica. Lentamente la ciencia iba disipando los prejuicios. En vez del infierno, el interior de la tierra contenía una masa ígnea primitiva, hecha de metales fundidos.

Con pretensiones de investigador científico abordé el estudio de los fenómenos espiritas, comenzando con Mesmer y rematando con Allan Kardek, cuyos libros consulté en la Biblioteca Nacional. Una secreta esperanza me insinuaba que acaso, por la misma vía experimental, podría volver a encontrar lo perdido, el principio sobrenatural que resuelve los problemas del más allá.

Tomando como guía el volumen de la Biblioteca Alean, del doctor Charcot, *Hipnotismo y sugestión,* empecé a visitar logias espiritas, aparte de iniciar experiencias en la casa misma que habitábamos. En general, mis colegas eran escépticos, y

cuando lográbamos ser admitidos a alguna prueba, no era raro que la médium en trance, incomodada, advirtiese:

—Hay influencias hostiles.

Nos echaban entonces del recinto mesmerizado y procedíamos a mover mesas por nuestra cuenta, siempre con resultados pueriles. Lo cierto es que la disciplina de la prueba científica nos era impuesta de tal modo en la Preparatoria, que no era posible que prestásemos atención a casos de simple experimentación incontrolada.

Lo que me preocupaba y aun me atormentaba era mucho más serio y profundo que hablar con muertos que se parecen a los vivos. Como el nadador que a medida que penetra en el mar siente que las ondas lo toman y acaba por perder el pie, así nosotros, avanzando en el estudio del fenómeno psíquico, en los textos de la psicología empírica perdíamos hasta el último apoyo de la noción querida de lo sobrenatural. El bien y el mal son productos como el aceite y el vitriolo, acababa de explicar Taine, y nuestro catedrático, don Ezequiel Chávez, exponía su materia con celoso apego a la teoría del paralelismo psicofisico de Fechner.

Para curarnos de veleidades espiritas nos recomendó el libro de Flournoy sobre la médium que sin conocer más idioma que el propio, cuando estaba en trance, hablaba el lenguaje del planeta Marte. Estudiando sus "mensajes" se descubrió en ellos una mezcla de ciertos signos del árabe y palabras de inglés y de francés. Investigó entonces Flournoy todas las lecturas que pudieran haber influido en el cerebro de la médium aun de modo subconsciente, y, en efecto, en la biblioteca de su padre, antiguo funcionario de Colonias, halló un libro con dedicatoria en árabe. Las supuestas comunicaciones marcianas no tenían de árabe sino los signos contenidos en las líneas de la dedicatoria; con ellos construía un galimatías suficiente para maravillar a los ingenuos. Cada una de estas tremendas comprobaciones afirmaba nuestra fe científica, pero nos dejaba sumidos en terror y melancolía.

Ya lo había dicho el cirujano francés Bernard, cuya *Introducción a la Medicina* leíamos a título de modelo de método científico en una edición mexicana. No sé si calumnio a Claudio Bernard, pero, según mis recuerdos, era suya la frase: "No encuentro el alma bajo el bisturí..." ¿Qué importaba entonces la ciencia? Si precisamente yo iba a ella para interrogarla como nueva esfinge: ¿Cuál es el secreto del alma? Si por anticipado se negaba a contestar, ¿qué tenía yo que hacer entre probetas y fórmulas de primer acto del *Fausto?* Particularmente irritante resultaba discutir con los alumnos de Medicina. En general, profesaban la filosofía chabacana del poema de Acuña: "Ante un cadáver": "Disuelto el cuerpo se transforma en flor y el alma un soplo de viento..." Cortando el enredo de acaloradas disputas irrumpía de pronto una dulce voz femenina, grito de carne en celo:

> Si me pide un beso —le diré que no;
> pero no me resisto —si me pide dos.

La joven que al principio no nos saludaba se había rendido al violín y a las corbatas de Renato. Eran ya medio novios y de paso nos regalaba a todos con canciones a toda hora. La recuerdo en las mañanas claras, vestida de azul y gorjeando, mientras limpiaba las flores de sus macetas...

> Ahí viene la primavera,
> sembrando flores,
> sembrando amores...

Le tirábamos besos y se indignaba; dejaba de saludarnos. Luego, alguna noche de luna, vencida de coquetería y de afán, tornaba a su copla favorita:

> Si me pide un beso. . .

Antes de que concluyese atronaban nuestros aplausos, se escondía ella *y* otra vez nosotros a caminar de un ex-

tremo a otro de nuestra sección opuesta del corredor, disertando: "La humanidad se establece hoy en el período científico y hay que a justar los viejos modos al canon nuevo de la verdad finalmente lograda... Si se descomponen con la muerte los elementos que nos constituyen, qué puede quedar de nosotros... Queda la memoria, pero no en nosotros, sino en las generaciones venideras y en nuestros deudos..." Y así hasta las dos de la mañana o las tres, igual que poseídos, una noche y otra a la vista del cielo estrellado y mudo: simple mecánica del alma.

Renato dedicaba poco tiempo a semejantes inquietudes. No era precisamente buen mozo, pero sí de agradable presencia y buen trato. Aparte de la novia de casa, tenía otra que lo retenía hasta bien tarde. Los hermanos, comerciantes en ropa de hombre, le surtían generosamente el armario, y si él hacía gala de su numerosa selección de corbatas, era con el fin de recordarnos que podíamos disponer de ellas para ocasiones excepcionales.

Poco intenté yo en materia de noviazgos, porque me resultaron aburridos. Nos acercábamos a jóvenes, quizá por su extrema pobreza, muy ignorantes, así es que solo podían atraernos por algún encanto físico. Si por honestas no nos dejaban gustarlo, no había por qué volver. En el baile preferíamos a las que se dejaban apretar el talle. Obtuve una vez una cita de cierta jovencita atractiva, mi compañera de una noche de baile. Cuando salió a recibirme a su puerta, la tarde del día siguiente, caminé con ella en derredor de la manzana y no me ocurría tema de conversación. La llevé del brazo un cuarto de hora, luego la devolví a su casa. Noviazgos yo no quería; en cambio, ciertas jamonas de edad mayor me provocaban ahogos de deseo. El velo blanco y los azahares solo llegué a desearlos desesperadamente muchos años después, cuando adoré a una amante que, al conocerla, ya no hubiera podido llevarlos.

PESAR INJUSTO

Inesperadamente llegó mi padre a México; se detuvo dos días a fin de verme, pero iba camino de Campeche y se casaba con la menor de las Steger, Antonieta, de las bellas caderas y feo labio, que solía yo ver en misa con perfecta indiferencia. Aunque natural y legítima aquella decisión, me parecía monstruosa. Mi estúpida educación sentimental me la representaba como una deslealtad casi criminal contra el pacto de alma que suponía ligaba a mis padres. Acaso era la de ultratumba la fidelidad más tierna y necesaria. Precisamente cuando leía con mi madre *Los mártires,* de Chateaubriand, en los días de Campeche, reconocí la idea que distinguía el amor cristiano del amor pagano. Pesaba sobre mí toda una literatura apoyada en el supuesto, bien contrario a la letra del Evangelio, del amor, compromiso eterno. La noción de inmortalidad transportada al lío de las parejas me llevaba a confusiones trascendentales, penosas. El morbo cursi del romanticismo suplantaba en nuestro ánimo las sabias, prudentes y cristianas advertencias de San Pablo sobre el matrimonio. Un simple ardid para no quemarse. Una manera de alimentar el apetito sin exponerlo a las contingencias mercenarias y garantía para la prole. Pero yo veía consumarse la más negra traición al afecto y la memoria de nuestra muerta, y me constituí secretamente en juez y acusador. Mi padre destruía el hogar introduciendo en él a una intrusa, y yo era un mártir de la devoción maternal. Llegaron los desposados unas semanas después. Los recibí de mal talante por la mañana, y volví al atardecer para acompañarlos a la estación, donde se embarcaban para Ciudad Juárez. A la hora de la despedida me cargaron de pequeños regalos y paquetes. Entre todo iba un hermoso pan de Apizaco, bien oliente Pan de huevos espolvoreado de azúcar. Lo compraron porque sabían que me

gustaba, explicaron al entregármelo. Con un nudo en la garganta sufría sus amabilidades, y con falsa sonrisa de mueca. Desde la ventanilla me dijeron adiós, pero apenas anduvo el vagón mi carga de obsequios me produjo ironía amarga, subió a los labios una protesta y bajo las ruedas que giraban azote el pan y las cajas. En seguida una onda de orgullo me infló el pecho y en la mente se configuró mi imagen rebelde. El símil que me ayudó a salir de mi pena y confusión era que, así como el pan despedazado, quedaba deshecho y divorciado de los viajeros mi valiente corazón.

Es fácil a distancia juzgar con ironía tales realidades. Lo que excusa la mezquindad de nuestros actos es que, cuando los vivimos, padecemos, y es el caudal del dolor sufrido lo que al cabo determina la misericordia que liquida la expiación. Sufrir lealmente vale, por lo menos, tanto como pensar después en frío y condenar con suficiencia lo que es y seguirá siendo confusión, angustia y misterio.

Cada una de estas emergencias me dejaba convencido de que ya pronto iba a estallarme el corazón. No sabía que el pobre diablo, humano corazón, resiste mil despedazamientos y oprobios y halla siempre excusa para tornar a la esperanza. Considerándome perdido para el afecto paterno, abandonado moralmente, ya que no en lo material, pues mi pensión modesta llegaba exacta como un reloj, y juzgando, por otra parte, que mis dotes excepcionales bien podían dispensarme de tan excesiva dedicación como hasta entonces había consagrado al estudio, empecé a frecuentar bailes y otras ocasiones de expansión erótica, mezclada de alcohol y canciones. Entre la grey estudiantil abundaban los vagos que dormían de día y con guitarras y mandolinas alborotaban de noche por las ventanas de amigos y novias. Cerca de casa teníamos ahora un compañero originario de Cuatro Ciénegas, José Zertuche. De su Escuela de Comercio acababa de ascender a auxiliar de contador de La Bella Jardinera, gran sucursal del almacén parisiense. Su sueldo era cuatro o cinco veces mayor que la pensión de un estudiante. Su vestuario opacaba aun al mismo Renato, y en la misma categoría superior fue exhibiéndonos una serie de amistades femeninas que nos daban impresión de princesas. Era él buen camarada y aun demostraba cierta respetuosa consideración a nuestra calidad de preparatorianos y aspirantes de médico, ingeniero o abogado. De suerte que, no obstante pagar a veces los gastos del baile, todavía tenía Zertuche que soportar nuestra presunción. Las muchachas serias solían preferirlo, sospechando que podría casarse, y las otras sonreían a sus fluxes nuevos y sus corbatas francesas.

Usando sus derechos en la tienda, nos ofrecía Zertuche la oportunidad de adquirir ropa hecha a precios ventajosos; lo malo era que no podíamos pagarla a ningún precio. Yo me conformaba con el traje que cada año me compraban en El Paso, durante las vacaciones, sin invertir en él un centavo por razón de planchados o composturas. Sin más lujo que el baño diario de ducha, mal alimentado y no siempre bien dormido, y nada gallardo de tipo, no puedo decir que entusiasmara a las hembras. Sin embargo, no bailaba si no podía hacerlo con la más bonita, a mi juicio, y siempre quedaba el consuelo de las copas y la discusión sobre el amor, el vino y la muerte. Ya lo había dicho Baudelaire, nuestro guía de aquellos años: "Embriágate de amor, de vino o poesía."

Después de pagar las últimas materias de Preparatoria, había logrado el ingreso en Jurisprudencia. Me urgía presentar el curso de un año en los seis meses restantes. Por la mañana nos daban dos o tres horas de clase y se pasaba el tiempo restante en la tertulia de los bancos de la Escuela, En seguida transcurre la tarde en visitas aburridas a las casas de los compañeros que ya no cuentan con diez centavos para el café. Cierta fatiga

originada por el mucho estudio de los meses anteriores, la alimentación desordenada e insuficiente y los desvelos, los pequeños excesos sexuales mercenarios y los grandes excesos imaginativos, me mantenían incapacitado para estudiar algo en serio. Inconscientemente buscaba en el trato humano un alimento al *surmenage.* Pero nuestra pobreza solo nos permitía el contacto con la clase venida a menos, casi miserable, que pulula en las zonas, pobres de las grandes urbes; de no pocas visitas salíamos desagradados. Alguna vez nos tomaba el furor del ejercicio físico. De tres a cuatro realizábamos excursiones por alrededores de la Villa o el Peñón y Tacuba.

Al salir de la Preparatoria nos habíamos llevado a casa los floretes y las caretas de esgrima. Tirábamos una hora o dos sudando y enconándonos a menudo en los encuentros. Llevaba varios días de desafío con el güero Garza Aldape, fronterizo noblote y testarudo. En la pared anotábamos las tocadas recíprocas. Me aventajaba notoriamente en destreza y en fuerza, pero yo me obstinaba en demostrar la tesis dudosa de que la esgrima obedecía a la prontitud de la mente más que al músculo. Habíamos roto varias hojas y aquel último encuentro lo librábamos con floretes desbotonados, protegido únicamente el rostro con la careta; se aceptó que sería legítimo toda clase de golpes. Intenté varias veces uno italiano por el bajo vientre; mi rival pegaba con coraje, o anulaba mi ataque con brazo de roble. En la saña no advertí un rasgón a lo largo del antebrazo derecho. Cuando el güero vio que me corría sangre, arrojó su florete y vino a abrazarme. En un instante la cólera se le volvía ternura amistosa.

—Perdona, hermano; lo siento.

Por muchos años me quedó la marca de su acero, pero más ha durado nuestra amistad. Nunca he conocido un temperamento más sañudo y a la vez noble. Por gusto buscaba peleas, que aprovechaba para demostrarme, no solo su valor, también su lealtad. A veces lo acompañábamos dos o tres como Estado Mayor. Nos llevaba por la Alameda.

—Desafiaremos a los primeros tres que pasen y el que se "raje" no es hombre.

Si el reto era aceptado, nos ponía a espiar al gendarme, mientras él peleaba; otras ocasiones concertaba el lance colectivo:

—Tú contra éste; tú contra aquél; a mí déjame éste —reservándose siempre el más peligroso.

La ocurrencia se resolvía en el cambio de unos cuantos puñetazos sin consecuencias. Hasta que una vez escarmentamos todos en cabeza suya.

—Mira, hermano; ese que viene allí me gusta.

Lo detuvo, el otro aceptó con calma.

—Son mis testigos —dijo el güero, señalándonos.

—A darle —manifestó el desconocido, de mediana estatura y apariencia nada temible.

Por una de las callejas menos transitadas de la Alameda, a la hora del oscurecer, fue fácil escapar a curiosos. Nuestro deber de testigos era doble: echar un ojo a la policía y estar listos para impedir que se pegasen a cuerpo caído. Desde el comienzo del choque empezó el güero a desconcertarse. Las manos del desconocido poseían un raro tino de dar con su rostro. Sin embargo, volvió a embestir... Dos o tres veces se lanzó al ataque, sólo para ser rechazado de nuevo con sangre en la cara, por la boca, por las narices. Lentamente el castigo aplacaba los arrestos del güero y, finalmente, le produjo lucidez. Echando entonces manos de su don de simpatía, exclamó:

—Oiga, usted me la ha jugado. ¿Usted es boxeador?

—Para servirlo —repuso el otro, mientras recogía del pasto su saco y se arreglaba la corbata.

—Está bien —asintió el güero—; lo merezco; me ha pegado usted a la buena. Si quiere, ahí va mi mano.

El otro se la tomó cordialmente. Entre todos llevamos al vencedor a una cantina que había enfrente, La América, famosa por los grandes vasos de cerveza rubia espumosa y los tacos de pollo con aguacate. El pugilista acabó dándonos consejos:

—Miren, muchachos: el brazo izquierdo cubre el estómago; el hombro protege la cara, y el derecho pega sin alargarse, poniendo todo el cuerpo en el *swing* o acercándose para el *uppercut* en la quijada.

No nos faltaba dinero para unas cuantas copas, pero precisamente allí, en La América, entraban y salían vuelos de faldas. Imaginábamos en los reservados caderas y torsos que sobresaltan el pecho viril. Era fácil poner gusto de vino en los labios, pero la sed de mujer, y mujer hermosa, se aplazaba constantemente. Y nuestro amor, entretanto, se envilecía en los rápidos, nauseabundos encuentros callejeros que entristecen y debilitan. Tras de aquellos canceles de La América, vedada a nuestra condición, estaba la dicha plena, el placer con suavidades de seda, perfumes caros y labios frescos.

Fuera del círculo estudiantil casi no tenía otros conocidos que los parientes de Tacubaya. Los visitaba de cuando en tarde y, cosa que al principio me sorprendió, me atraía Adelita, madrastra de mi madre, más que sus hijos. Su fortaleza de alma, su cordialidad y buen juicio reconfortaban. Con los tíos acababa siempre embrollado en discusiones agrias. Ella encontraba siempre la palabra de paz. De los desacuerdos era yo, sin duda, el culpable: les hablaba para exhibir mi ciencia reciente, ufana, y no lograba el efecto deseado. En mi despecho llegaba a extremos ridículos; por ejemplo, la predisposición que se me desarrolló contra un lejano pariente letrado que todavía no conocía. Pero lo invocaban para contradecirme o para señalármelo como modelo.

—Anda, pregúntale a Manuelito; ése sí sabe, él es filósofo.

Manuelito era el librepensador oaxaqueño don Manuel Brioso y Candiani, autor de una Lógica, catedrático de la Normal de Oaxaca y metido por aquella época en un cargo abogadesco en la Corte Suprema de Justicia. Su fama de filósofo se afirmaba con la caspa que nunca se sacudía del cuello, el mirar distraído y la melena. Varias veces lo había encontrado en casa de los Calderón y, por fin, acepté su indicación de visitarle. Hállelo rodeado de libros, soltero y cincuentón. Me examinó de Lógica, desilusionándose de mí, porque no pude repetirle de memoria reglas y casos de silogismo. Sin embargo, me dedicó su propio texto, que nunca leí. Lo tuve por atrasado, en vista de que no aceptaba sin reservas a Stuart Mili, ni era positivista. Los viejos liberales de su género veían con desconfianza el avance positivista. El intento comtista de religión nueva le parecía sospechoso. Estábamos en la era de "las luces" y no había razón para volver a ocuparse de la religión. Él se decía espiritualista, pero no disimulaba su odio al católico. Se especializaba en pedagogía según direcciones derivadas de Herbart. Yo profesaba un soberano desprecio por la pedagogía, ciencia que ni siquiera figuraba, reflexionaba yo, en el cuadro comtista. Sin embargo, me interesaba el caso de aquel hombre. Lo sabía un poco pariente de mi madre, por segundo apellido, Candiani, y él se refería a ella con simpatía.

—Tenía talento Carmita —afirmaba—; era metafísica y mística, pero tenía talento; ya veremos si tú logras algo.

Examinábalo con la curiosidad que suscita un brote de estirpe que era casi la mía. Y no me halagaba demasiado mirarlo. No sé qué pequeñez se escondía en aquella erudición de autores de segunda. Su misma ambición me parecía mezquina. ¡No sentir la amargura de verse a los cincuenta el autor de una lógica escolar! Por otra parte, su criterio desentendido de los grandes, vuelto de espaldas a Kant y a Comte para construir su vida en torno de Herbarts, Krauses, Pestalozzis, me desilusionaba

sobre la capacidad de mi clan para la filosofía.

Precisamente la mejor lección que debíamos a Justo Sierra, años antes de que Bernard Shaw la diera, expresaba:

—Leed a Homero y Esquilo, a Platón, Virgilio, Dante, Shakespeare, Goethe, y, después, volved a leer a Homero, Virgilio, Dante, Shakespeare...

No dedicar mucho tiempo a segundones más o menos ilustres: enderezar el rumbo con la vista en las cumbres. Y he allí quien se pasaba la vida entre libros y no atinaba a distinguir los jalones, las luminarias de la ciencia. ¡Los anteojos de aquel lejano primo de mi madre servían unos ojos miopes del espíritu! Para él, la Lógica era la máxima ciencia. Y a mí me interesaba, apenas, por los frutos que pudiera darme un audaz raciocinio.

También la orientación de nuestros maestros preparatorianos era contraria al juego de las abstracciones. Para librarnos de su vanidad, había inventado Bacon el *Novum Organum,* la experiencia que contiene sorpresas y puede conducirnos, quizá, a descifrar el misterio. La Preparatoria de mi tiempo vacilaba ya entre la rígida jerarquización comtista y el evolucionismo spenceriano. Le Bon, Worms, Gumplowitz, empezaban a privar en sociología. De positivistas pasábamos a ser agnósticos, con no poca alarma de la vieja guardia comtista.

Otro poder se alzaba enfrente de nosotros, aunque casi no lo advirtiéramos: el colegio jesuita llamado de Mascarones, por la casa colonial que ocupaba. Nuestro contacto con los alumnos del plantel católico era ocasional y motivado por los exámenes, en común, cada fin de curso. La política porfirista de la conciliación con la Iglesia había llegado a términos tan civilizados que se reconocían los estudios particulares mediante un examen de tiempo doble ante los jurados de la escuela oficial. Ninguna animosidad nos distanciaba de los estudiantes del colegio católico, y más bien les admirábamos su buena preparación en humanidades, aunque en su ciencia resultaban deficientes. Nos separaba de ellos principalmente la jerarquía social, pues ningún pobre podía con los honorarios de Mascarones.

EN JURISPRUDENCIA

Me había matriculado en la Facultad de Leyes, por eliminación. Sin aptitud alguna para el cálculo, la carrera de ingeniero me estaba vedada por mi naturaleza. Una larga convivencia con estudiantes de Medicina me había revelado la exigencia a que se les sometía de aprender de memoria todos los nombres de los huesos con sus facetas y articulaciones. Perdidos, así, en el detalle, y encaminados desde el comienzo hacia la especialización, lo que menos se preguntaban era lo único que me hubiera interesado: el secreto de los procesos del pensamiento, la teoría de la voluntad o la psicología del amor. Todo ello estaba más bien en los filósofos, y para estudiarlo no necesitaba volverme impermeable al yodoformo. Hubiera querido ser oficialmente, formalmente, un filósofo, pero dentro del nuevo régimen comtiano la filosofía estaba excluida: en su lugar figuraba, en el *curriculum,* la sociología. Ni siquiera una cátedra de Historia de la Filosofía se había querido conservar. Se libraba guerra a muerte contra la Metafísica. Se toleraba apenas la Lógica y eso conforme a Locke, casi como un capítulo de la Fisiología. Por propia iniciativa, y al margen de la cátedra, habíamos constituido un grupo decidido a estudiar a los filósofos. Antonio Caso, dueño de una gran biblioteca propia, leía por su cuenta y preparaba sus armas para su obra posterior de demolición del positivismo. Yo formaba cuadros de las distintas épocas del pensamiento, de Tales a Spencer, apoyándome en las Historias de Fouillé, de Weber y de Windelbrandt.

La disciplina legal me era antipática, pero ofrecía la ventaja de asegurar una profesión lucrativa y fácil. En rigor, era mi pobreza lo que me echaba a la abogacía. Si hubiese nacido rico, me quedo de ayudante del laboratorio de Física y repito el curso entero de ciencias. Al entrar a las cátedras de Jurisprudencia advertí como un descenso en la categoría de la enseñanza. No era aquello ciencia, sino, a lo sumo, lógica aplicada y casuística. La reforma científica no había llegado al Derecho; faltábale un genio filosófico que incorporara el fenómeno jurídico al complejo de los fenómenos naturales. Spencer, en su volumen de la Justicia, obra de consulta en nuestro curso, ya iniciaba tarea semejante, pero entretanto el aprendizaje se desarrollaba dentro de las disciplinas caducas. Y mientras el célebre maestro Pallares disertaba en su clase de Civil, yo me ponía a leer el periódico en un rincón de la última banca.

Con no hacerme caso me fue ganando el viejo. Enjuto de tez, ojillos penetrantes, frente muy blanca, sienes delicadas y cabellos negros, levemente rizosos, sus fieles lo comparaban con Sócrates por la fealdad y por unos sarcasmos que yo hallaba crueles.

Hablaba apoyando el mentón en el puño de oro de su bastón y, con gala de impertinencia, exclamaba:

—Esto no se lo explico, porque ustedes no me entenderían. . . Este país de catorce millones de imbéciles...

Me irritaba oír todo aquello en labios de un simple abogado.

—Sabrá su Derecho mercantil —reflexionaba—, pero ¿qué sabe de Filosofía?

Ignoraba yo las virtudes del hombre; nada sabía de su vida- austera ni de su constante, firme protesta contra el despotismo porfiriano. Generalmente reconocido como el primer abogado de la República, vivía, sin embargo, postergado, y se había hecho inmodesto a fuerza de ser injustamente tratado. A diferencia de tantos otros, debía su cátedra a una oposición y no a nombramiento de la dictadura. Titulado en Michoacán y ferviente católico, jamás había transigido ni con su creencia ni con la farsa y abuso de los hombres de la administración. A fuerza de tenacidad inteligente, sostenía un bufete de buenos ingresos, pero en los grandes negocios figuraba, si acaso, como consultor, y los honorarios gordos iban a las manos de medianías complacientes con el régimen, protegidos del déspota. Por experiencia sabía que sus mejores alegatos podía echarlos por tierra una sugestión, una consigna del Caudillo. Todo esto lo fui averiguando paulatinamente. Su talento y su ciencia, su íntima bondad bajo ¿a agria apariencia, se manifestaban tardíamente y como a pesar suyo. Al principio era yo del bando que lo contrariaba.

Pues, en efecto, había dos bandos. Contra Pallares estábamos los preparatorianos de la metrópoli antijuristas y cientifizantes que nos sentíamos rebajados de estudiar el Derecho Romano después de haber cursado el plan de Comte en la Preparatoria. En el bando de Pallares se afiliaban los que, habiendo hecho su secundaria en los Estados, conservaban el criterio indeciso entre la ciencia y la ideología jacobina. Y aunque Pallares no era jacobino, procedía de la provincia y no era afiliado a Comte. Además, era el rival de Justo Sierra y los metropolitanos éramos sierristas. Justo Sierra era el poeta, el literato vulgarizador de la teoría positivista en el arte y en la vida. Su obra de ministro de Educación todavía no comenzaba, pero ya era conocido como el maestro más culto, más elocuente de la época.

Tan elocuente que en su clase de Historia, cada año, arrancaba aplausos disertando con entusiasmo sobre las libertades de Atenas. En cambio, jamás abrió los labios para comentar el derrumbe de las libertades mexicanas. Después de sus discursos helenizantes, el pobre se iba a la Corte a firmar sentencias como magistrado del porfirismo.

Uno de los motivos del desprecio de Pallares por sus alumnos era nuestra

ignorancia del latín. Yo había estudiado y olvidado dos años de latín campechano, pero mis compañeros, en su mayoría, solo habían pasado por el curso de "raíces griegas" que nos daba el maestro Ribas, un judío sefardita muy capaz, pero que, desilusionado de lo poco que podía hacerse en un solo curso, se limitaba a bromear con sus alumnos. Pallares, con razón, se preguntaba:

—¿Qué puedo hacer con estudiantes incapaces de entender una cita?

Y no solo lo decía en clase; lo había dicho en los consejos de las facultades y lo había sostenido en el Congreso.

De allí procedía su choque formal con Justo Sierra. Al discutirse en el Congreso la reforma de la enseñanza, el asunto del latín se había convertido en cuestión de partido. Los liberales estaban contra el pasado porque era pasado y contra el latín porque es el idioma que se usa en las misas. Los positivistas se apoyaban en la autoridad de Spencer, que elimina las lenguas muertas en favor de las vivas, sin duda para que poco a poco vaya quedando sólo el inglés. Así como los liberales eran yanquizantes, los positivistas se creían muy británicos siguiendo a Spencer. Ni unos ni otros se tomaban el trabajo de informarse de que al latín dedican y dedicaban hasta cuatro años todos los colegios de segunda enseñanza de Inglaterra y los Estados Unidos. Se daba, pues, el caso de que un país latino suprimía de sus programas de enseñanza el latín, en tanto que el vecino país sajón multiplicaba universidades y colegios en que el latín es obligatorio. Contra este absurdo propósito, que recuerda esas estampas de zulúes descalzos con sombrero de seda europeo, se levantó Pallares y habló convincente y firme. Pero los diputados..., los diputados de entonces, menos ignorantes que los de ahora, mantenían, sin embargo, igual tradición de servilismo. Pallares era un independiente; por lo mismo, un sospechoso. Atender sus razones equivalía casi a traicionar al régimen. Don Justo representaba la opinión oficial; era subsecretario; el gobierno siempre tiene razón para destruir a su contrincante. Al contestarle don Francisco Bulnes, lo designó cambiándole, de intento, el nombre, "el señor Pajares". Irritado éste por las discusiones, no advirtió el peal y quiso rectificar;

—Pallares, señor...

—Pajares —insistió Bulnes, volviéndose a su público.

Las risas estallan, la votación se apresura y triunfó la consigna abolicionista de las lenguas muertas. La intelectualidad del régimen proclamó la nueva victoria obtenida contra "las tinieblas". De su derrota injusta guardaba Pallares un rencor mudo que hacía extensivo a todos los que llegábamos de la Preparatoria.

—Según veis —concluía desde su cátedra el sardónico maestro tras de explicar algún precepto jurídico desconocido por una práctica de abusos—, esto no está al alcance de los catorce millones de imbéciles que componen la República...

—Safo, maestro —me ocurrió a mí gritar desde mi banco.

—¿Qué dices, muchacho?

—Que le ruego haga en mi favor una excepción entre los catorce millones. . .

—Pues sin duda eres tú el más presuntuoso de todos —repuso—. A ver, ¿cómo te llamas?...

Días después, desde su pupitre, para interrogarme improvisó,- entre burlón y afectuoso;

En la pálida silueta de los cielos
se destaca tu figura, Vasconcelos.

El hombre áspero ganó fácilmente mi afecto. Pero pasaron muchos años antes de que pudiese apreciar todo el alcance de su lucha ingrata contra el medio que nos incubaba.

LA PENDIENTE

Hastiados de mal comer en fondas y pensiones baratas, y también para lograr más libertad, decidimos rentar una vivienda completa haciendo cocina en casa. Entre cuatro nos instalamos, suprimido el salón, en alcobas individuales y comedor. Un estudiante de ingeniería, Nacho Guzmán, hizo de jefe y tesorero. Mensualmente le entregábamos nuestra cuota y él se entendía con el servicio. Consistía éste en una vieja criada que hacía de ama de llaves y cocinera, auxiliada de una hija fortachona y cacariza, a salvo, según supusimos, del deseo varonil más desesperado. Ocupábamos un interior del segundo piso de un edificio con ocho viviendas. Las del piso bajo eran humildísimas, ocupadas por artesanos y lavanderas. Las del frente de la calle eran habitadas por familias que no veíamos casi ni en la escalera. Por arriba éramos dueños de una azotea, cómoda para estudiar por las tardes y contemplar desde ella las puestas de sol y los tejados vecinos. Varias salidas aseguraban a cada quien independencia completa. Al principio todo fue bien: comíamos con abundancia, eligiendo los manjares a nuestro antojo. En vez de Renato, que temporalmente suspendió los estudios, teníamos ahora de compañero a José Santos, también de Piedras Negras o de Sabinas, que ya cursaba el último año de Medicina. Lo visitaba y convivía a veces con él una Lola su amante y afanadora de un hospital. Ocupaba otra habitación *el Chango,* estudiante de leyes, guitarrista y poeta. Nos visitaban compañeros de diversas facultades, invitados a comer o simplemente a la charla y la divagación de las canciones y los devaneos amorosos.

Con frecuencia faltaba a clase, aburrido de traducir y comentar las Pandectas, y acompañaba a Santos o a Olvera a sus prácticas médicas. Llegué a saberme de memoria todas las salas del espantoso Hospital Juárez, a la vez hospital de sangre para las victimas de los crímenes, los atropellos de la ciudad, y asilo general de alcohólicos, hepáticos, cancerosos, reumáticos, venéreos y hasta leprosos. La cantidad de horror que allí se podía ver en solo una mañana supera a cuanto hayan imaginado las más sombrías literaturas. A tal punto que, después de contemplar los tumores y las llagas, casi no impresionaba el anfiteatro, con su media docena de cadáveres despedazados sobre planchas impregnadas de la pestilencia inconfundible: la cadaverina... Bastaría recordarla para quitarnos toda posibilidad de sensación voluptuosa fundada en la atracción de la carne.

Cuando penetré por primera vez al anfiteatro, un practicante aserraba con calma el cráneo recién rapado de un muerto. La cabeza de otro cadáver, al lado, tenía ya cortada la tapa y se veían en los sesos las cincunvoluciones. Aquella ocasión, de regreso del hospital, no pude comer. Al día siguiente comí doble. Contra la tenacidad del cuerpo, que insiste en vivir y gozar, hay el disolutivo eficaz de la cadaverina. Pero en auxilio de la vida llega el olvido y actúan las apetencias. Con todo, años después, en la voluptuosidad de un amor que declinaba, sentí de pronto algo como el tufo de la cadaverina. Como si el interior de la entraña se adelantase y se diese a la muerte antes que la piel y el rostro, antes de que la muerte se imponga.

La cadaverina. ¿Pero de qué sirven las profundas lecciones a una juventud en frenesí, sedienta de goce? Con todo y la dosis matinal de cadaverina, por las noches corríamos tras de las más humildes faldas.

Cierta mañana curamos a un herido: detrás del practicante iba la afanadora con la gasa, las bandejas esterilizadas. Recostado sobre sus pobres almohadas el enfermo descubrió el pecho. Sobre la piel morena, a la altura de las tetillas, se abrió una especie de boca con labios violáceos; el practicante pasa un algodón, luego tapa con

gasa. Al concluir el recorrido, pregunto por lo bajo:

—El de la puñalada, ¿no está muy mal?

—¡Pchs!... —contesta—. Si esta noche le entra fiebre, mañana está muerto.

En el extremo de los patios, ya fuera del pabellón, en unas barracas, moraban los leprosos; uno asomó sin narices. ..

—¿Los curas? —interrogo.

—¡Bah! Son incurables; los recoge la policía de las calles cuando ya están imposibles, y aquí se van deshaciendo despacio.

La sala de operaciones es el sagrario del hospital. Las batas blancas recuerdan la sobrepelliz del sacerdote. Los instrumentos bruñidos, hervidos, reciben honores de reliquia. El operador dirige con la mirada, los ayudantes trajinan, los alumnos forman grupo reverente. El enfermo, arrastrado en su camilla, es lo que menos importa; representa un caso en un largo registro de casos. A una señal, aplican las enfermeras la mascarilla del cloroformo; el olor nauseabundo se difunde como incienso de aquel ceremonial, cuyo objeto es aliviar la carne, aun a despecho del alma. Empieza el enfermo a divagar; en seguida, en crescendo patético, se lamenta como mártir en el tormento. El sabio operador, malhumorado, dice a los alumnos:

—Estos alcohólicos consuetudinarios despliegan una sensibilidad morbosa para el cloroformo.

Por fin, y después de que ha chorreado una o dos veces la cánula del anestésico, se inicia el estertor, se apagan las quejas del enfermo y empieza a rasgar el bisturí. Las manos del médico se van llenando de sangre; corre sangre por la piel cetrina de la víctima; blanquea el tejido sebáceo y aparece el rojo lastimero de la entraña; su palpitar desamparado, desnudo, produce vértigo. Una corriente nerviosa quebranta cada coyuntura y muere en los talones; durante un brevísimo instante tuve necesidad de buscar el apoyo del brazo de mi compañero de pensión. Todos atentos a la faena operatoria, nadie advierte mi momentáneo desfallecimiento; me quedó en la boca un sabor de podredumbre. La cosa no termina; extráese materia sanguinolenta, se habla de tumores. Las operaciones siempre terminan bien; ahora que, es claro, el enfermo comúnmente fallece... de alguna complicación. ¡La cirugía es infalible; el porvenir de la Medicina, la cirugía! El coro de los convencidos, nuevos creyentes de la religión terapéutica, se dispersa por las salas, regresa al centro de la ciudad.

Ya en el tranvía, en pequeño grupo de estudiantes veteranos, se cuentan historias: Operaba don Tobías..., encontró un enfisema; al revisar la tarjeta del enfermo, rápidamente había observado su profesión: músico. Con la prueba escondida, don Tobías diserta sobre las afecciones del diafragma ocasionadas por los instrumentos de viento. Concluye la operación, despierta el operado, y don Tobías, triunfal, pregunta:

—¿Qué instrumento tocas, hijo?

—Doctor, la tambora...

No sé cuánto tiempo me duró la obsesión. Quería verlo todo y ensayarlo, bajar a todas las cavernas de la miseria biológica. También revisar el aparato humano en su normalidad. En un alto de la Escuela de Medicina, Olvera se pasaba largas horas de la noche practicando disecciones. A menudo me llevó para encomendarme tirar de un tendón, mientras él ligaba, descubría los haces, las fibras. Ponía en su tarea un orgullo de artista. La preocupación de la estética se prolonga al terreno de lo macabro.

—Mira qué linda pelvis —exclamaba alguno delante de las vitrinas del museo escolar—; buen forro ésta..., fea la otra.

Y así, entre las osamentas, restablecíanse las categorías del apetito erótico.

Y conocí algo peor. La obsesión del practicante de Sanidad, amigo de nuestro grupo. Viendo pasar las favoritas del mundo elegante, mezcladas al pa-

seo dominical de Plateros, apreciaba, según detalles inimprirnibles, de las partes secretas, mientras los ingenuos admirábamos las pestañas o el talle de las bellas.

Cierto cinismo sentimental, fruto de su hábito de ver únicamente la carne, volvía molesta, en ciertas ocasiones, la compañía de nuestros futuros médicos. Había en sus charlas eróticas algo de la crudeza y desazón del higienista que explica cómo se han de masticar los alimentos a fin de asegurarles la eficacia nutritiva. Nos quita las ganas de comer.

Sin embargo, me fue preciso recorrer todo el viacrucis médico. La casa de las locas se hallaba cerca de nuestro domicilio de la calle de San Lorenzo, en la Canoa, donde hoy está la Beneficencia. Acompañado del practicante, traspuse el zaguán, atravesé el patio; una gritería confusa, estridente, sacudió mis nervios.

—Son las ninfómanas —explicó el practicante, tranquilizador—. Apenas ven pantalones y gritan obscenidades, invitaciones de pesadilla.

Por San Fernando, en otro ex convento, se hallaban instalados los locos. Sala primera, camas sin patas, los epilépticos. Apariencia normal; de repente el vértigo, las contracciones, los gritos, acompañados de una angustia que sale a la boca en espumas.

Departamento de cretinos, dientes enormes, miradas gelatinosas, babeo. En seguida los melancólicos, pacíficos, pero expuestos a accesos de furor, perdidos en horizontes irreales. Luego, los enajenados, consumando paseos interminables o entregados a crisis furiosas... El que se cree el Emperador Moctezuma, el que quiere cogerse el índice sujetándolo con la izquierda y arrebatándolo con su misma mano derecha. En otra sección, los subnormales; pero fuera de allí, en el éxito y la fama, estaban otros, según Lombroso, según Nordau, idénticos, por más que la humanidad los venera como genios. También el genio era un desarreglo, un caso de patología. El médico, sacerdote de la religión de la ciencia, entraba, con su escala de temperaturas y su registro de síntomas, en las cámaras más ocultas del laboratorio de la conciencia. Entre el criminal nato y el profeta apenas había una barrera accidental. El misticismo de Santa Teresa era un caso de excitación erótica reprimida. La charlatanería literario-terapéutica de las glándulas y las secreciones endocrinas estaba a punto de iniciarse con Voronoff. Pero todo aquel triunfo de la Ciencia, triunfo de la carne, con sus ritos de asepsia, sueros y bacilos de Metchnikoff, se unificaba en estelas de yodoformo.

Era preferible volver donde los locos con las ideas abstractas, sitio de reunión en los bancos de la Escuela de Jurisprudencia. Tardes lluviosas y melancólicas, recargadas de la fragancia del jardín, divagaciones y bostezos. Tristemente fumábamos soñando en las tardes que vendrían, lluviosas también, pero al abrigo de una alcoba con cortinajes, donde una amada perversa y hermosa vertería licores después de las fatigas del amor.

CONATOS DE PASIÓN

La gran necesidad de afecto del joven que vive aislado, complicándose con los deseos eróticos de la adolescencia, conduce inevitablemente a enamoramientos disparatados; súbitos ataques de epilepsia espiritual. Hay quien los evita intoxicando la fantasía con juegos de pasatiempo, como las damas y el dominó. Por ejemplo, el médico nato, Olvera, se pasaba las tardes del domingo entregado a las complicaciones del ajedrez. Yo he detestado siempre los juegos. Veo en ellos la más tonta manera de usar el más precioso tesoro de cada existencia, su tiempo, limitado, contado y que, por lo misino, es necesario exprimir, aprovechar, gozar, en último caso sufrir, pero nunca, jamás, desperdiciar. Alarmado, pues, del tiempo que corría inútil como si una vena de la propia sangre corriese

perdiéndose, arrastrándonos al vacío del no ser, me angustiaba de las horas sin empleo valioso. Ensayaba escribir; pero apenas traducía mi pensamiento en signos, las ideas perdían toda su profundidad; lo escrito me desencantaba, me irritaba como una traición a mi esencia singularmente valiosa. La charla con los amigos se hacía aburrida. Cada uno en la discusión buscaba exhibirse. A mí la discusión me exaltaba, me llevaba a proferir enormidades en júbilo soberano. De un extremo a otro de la habitación caminaba como con alas en los pies. Mis potencias y mi ser y aun mis células orgánicas se bañaban del esplendor inesperado y se aprestaban a la cita. Todo lo que me componía y constituía se alzaba fulgurando, listo para la elección escondida en la entraña del tiempo, desde antes de mi nacimiento y de mi formación.

Cuando ya la soledad me tenía así, transido de sus visiones, saltaba a la habitación donde los compañeros jugaban cartas, fumaban.

—Vamos a algún lado, muchachos

—proponía alguien...

Se levantaban dos .o tres; a veces todos juntos nos íbamos por el barrio, por frente a la novia de alguno o por los sitios de diversión que puede frecuentar el estudiante.

Nos habían hablado de un café recién abierto, por Santa Brígida. Lo regentaba un español que le puso por nombre no sé si La Alhambra, y consistía su novedad en el servicio a cargo de bonitas meseras. Una muchedumbre dominical, ruidosa, plebeya, ocupaba ya casi todas las mesas. Tras de alguna espera, logramos acomodarnos en torno de una los cuatro amigos. Se acercó a servirnos de uniforme y delantal una joven agraciada. Después de alguna frase de galantería pedimos nuestras copas. En derredor observamos la algazara; irrumpió una orquesta. Entre el humo de la clientela regresó nuestra camarera, seguida de otra que le ayudaba a servir, y, seguramente, le quitaba los admiradores, pues era una morena esbelta de cara oval, ojazos y trenzas negros... Empezaron mis compañeros a celebrarle la hermosura; sonreía ella complacida. Deslumbrado, la contemplé a la vez que un deseo violento, pasión en *coup de foudre,* me levantó del asiento... Por entre las sillas logré alcanzarla y le planté un beso tronado en la mejilla. La imprudencia molestó a los parroquianos de al lado, a quienes tropecé; nos hicimos de palabras, hubo sillas levantadas en alto, intervino el propietario, nos amenazaron y sisearon; por fin, pagamos y nos marchamos despacio para no aparecer corridos...

Despreocupadamente caminamos varias calles; atravesamos casi la ciudad para retornar por nuestro rumbo, pero empecé a sentir una inquietud irrefrenable. La visión de la cara besada a medias me obsesionaba. Apenas cenamos, ya solo, regresé al café. Un público diferente, menos numeroso, sirvió lo suficiente para que pasase inadvertida la vuelta que di, buscándola, y la señal con que le pedí que viniera a servirme. Llegó frente a mí toda risueña; la invité a beber, se sentó a mi lado y dio comienzo una amistad larga y accidentada.

Se llamaba María Sarabia; decía ser de por Guanajuato o Jalisco. Aseguraba vivir con su madre en el último extremo de la ciudad, por las calles del Ferrocarril. A las dos de la mañana, libre ya de su trabajo, acostumbraba marchar sola a su casa. Sin embargo, yo podía verla cuando quisiese en el café, y quizá más tarde saldríamos a pasear juntos. Eran suyas las mañanas y las tardes hasta las seis.

Ni los patios de Jurisprudencia ni las clases de los amigos volvieron a verme en varias semanas. Dentro del café le hablaba lo menos posible; pero cuando entraba a su trabajo, yo la acompañaba a la puerta, y si salía para cenar, la llevaba por las fondas baratas del barrio. Platicándole, mirándola, se iba veloz el tiempo. A veces, a las once o doce de la noche, interrumpía la lectura o el estudio para correr desde mi

cuarto hasta el innoble café a fin de verla otra vez.

Pronto dio en visitarme. Su presencia en la casa no llamaba particularmente la atención, porque todos los compañeros tenían, quién una novia, quién una amante que solía vernos. A menudo María se presentaba con una compañera. Organizábamos entonces el cuarteto con uno de los colegas y nos marchábamos de paseo, rematando siempre en alguno de los bares estudiantiles. Su oficio de camarera la había hecho bebedora. Los estudiantes bebíamos por presumir de calaveras y de románticos.

Bebíamos por pobreza y por tristeza. Quizá eso mismo ocurría a nuestras compañeras. A veces, cuando en la casa había quien tocase la mandolina y la guitarra, improvisábamos bailes que nos dejaban enardecidos de mujer y quemados de alcohol. Sin embargo, aquello era vivir; el genio baja a las profundidades del abismo, decía cualquier Zaratustra criollo. Echarse a la perdición era un heroísmo... Y no se era hombre si no se apuraba la copa de la vida "hasta las heces". Así nos curábamos del mal vivir. Todo con versos de Musett y literatura de Dumas hijo.

La linda perdida de largos cabellos oscuros, labios enloquecedores, talle flexible y largas ancas envueltas en falda roja, era la imagen viva de la angustia que puede tornarse en goce. Bien se podía prescindir de todas las promesas de una existencia heroica, vencedora, con tal de pasar un año o unas semanas enredado en su carne, pendiente de sus labios. Sin embargo, no se entregaba. Sonreía y una como oleada de tristeza le tornaba pálido el rostro, la mirada distante.

—Sé bueno —insistía—, quiéreme bien...

Con decirlo quedaba domeñada la urgencia y una ternura honda enlazaba las manos, súbitamente tranquilizadas.

Nunca ni una palabra de respuesta a mis preguntas sobre su origen, sus padres, sus amores.

—¿Tienes novio?

—Sí; tú eres mi novio.

—¿Tienes amante?

—No sé, no me preguntes. . .

Y aunque en distintas ocasiones la acompañé hasta la calle misma en que vivía, nunca quiso informarme ni del número exacto de su vivienda. . .

—¿Para qué quieres saber? Yo he de verte... mañana, a tal hora, en tal parte. . .

Y aparecía otra vez jovial, deslumbrante. . .

A veces, impacientado, dejaba de concurrir a sus citas. Excitado por mis compañeros me proponía mandarla a paseo. Me vencía, absteniéndome de buscarla por el café. De repente, la tarde menos pensada, se presentaba en nuestra casa más bella que nunca, siempre con su falda de color vivo, ajustada a las más lindas piernas del mundo.

Sentada en mi misma cama se soltaba la trenza, se dejaba acariciar. Luego se peinaba, me resistía. Adorándola, le mandaba traer refrescos, nieve, jerez, aguardiente, según su capricho. Entonces charlaba, bromeaba con los compañeros. Nuestra criada le ofrecía de comer, la agasajaba. Se recostaba para descansar; luego, incorporándose, preguntaba:

—¿Me acompañas?

Y a menudo, por andar recorriendo salas de baile y cantinas, faltaba al café; pero después de medianoche se despedía y se me volvía a perder en el misterio.

Entretanto, yo deliraba. Tras de mucho pensarlo, resolví que mi deber era salvarla, recogerla del fango, casarme con ella. Un día se lo propuse y se rió, pero dulcemente me apretó la mano...

—Estás loco.

Mas yo lo pensaba en serio. Revestía de abnegación y piedad mi deseo voluptuoso y me convencía de que era mi deber ligar su destino al mío "tendiéndole la mano". Hice mis cálculos. Buscaría trabajo, mandaría al diablo los estudios... Solo que, pensándolo bien, había un pequeño inconveniente: recontando fechas, resultaba que tenía

yo diecinueve años; el Código exige en estos casos el consentimiento paterno... Ni me atrevía a pedirlo, seguro de una terminante y alarmada negativa. Era mejor esperar, por ella misma era mejor esperar...; pero, mientras tanto, ella debería comprometerse conmigo en una alianza espiritual.

No obstante que nuestros paseos eran bien modestos, el dinero me empezó a escasear. Muchos libros y algunos muebles que al instalarme me había dejado mi padre cogieron el camino de la casa de empeño. Con la mejor intención de sacarla del fango, yo me iba hundiendo. Y empezaba a cansar a los amigos con solicitudes de préstamo... |Era tan bello estar todo el día y toda la noche embebido de su hermosura!

El primer contratiempo me lo proporcionó mi impaciencia. Sin advertirla, me dirigí una tarde al café. Me encontraba ya en la acera de enfrente, cuando la vi salir del brazo de un tipo robusto y apuesto. Iba él ufano; ella no me vio. Un pensamiento humillante formuló dentro de mí esta pregunta:

—¿Por qué ahora no la asaltas, como cuando el beso en público?

La sorpresa me dejó clavado en la acera y un miedo vil contuvo mis ímpetus. Me sentí despreciable. No me enojaba contra ella; me dolí de mi impotencia; ni dinero para pagarla, ni fuerza para disputarla. Llegué a la casa sintiéndome como si me hubieran golpeado, y a grito abierto conté mi lamentable decepción. . .

—¿Pues qué te habías creído? —prorrumpieron los camaradas. . .

—¿Para qué te metes de enamorado de p . . . ? —dijo otro.

—¿Qué derecho tienes para intervenir en sus asuntos? —aclaró Guzmán.

—Además es una fortuna que no te hayas atrevido a hablarle —observó *el Chango*—, porque el sujeto ése te habría dado una golpiza con todo derecho, puesto que iba con ella.

Me pegaban así con saña, llevados de la sana intención de curarme, y, también, con secreta complacencia de mi derrota.

La gran herida me quedó abierta hasta el punto y momento en que ella se presentó una tarde, cuando ya desesperaba de verla. Iba fresca y jovial.

—¡Anda, acompáñame..., mi novio querido!...

En vez de rechazarla, según había ideado, la seguía con mansedumbre. La idea de que nada podía ofrecerle me volvía juicioso, complaciente. Más tarde tendría poder y fama; entonces la protegería, la recogería de donde cayese. Si de pronto estábamos desamparados, seguramente el futuro sería nuestro. Meditando así, a su vera, la acompañaba sin comunicarle mis fantasías. Ella no andaba soñando futuros; quería pasar la noche distraída. Tenía cita con sus amigos; una pareja; conmigo, seríamos cuatro, para bailar y recorrer tabernas.

Con todo y mi obsesión por ella, María no me gustaba cuando había bebido. Su voz adquiría acentos vulgares y desplegaba no sé qué gesto que me apartaba de su corazón. Viéndome momentáneamente hastiado, liaba ella un cigarrillo con su manera inimitable, lo chupaba prendiéndolo, y, en seguida, me lo ponía en la boca.

En los cafés del barrio la acogían saludándola por su nombre; al principio me presentaba:

—Mi estudiante...

—¡Hola, el estudiante de María! —me llamaban a mí cuando me presentaba a buscarla alguna noche que no había logrado dar con ella.

El compañero de la amiga era una especie de monosabio o de banderillero, trigueño, espigado; me trataba con singular deferencia...

—El señor es un letrado —decía presentándome.

Pero se nos juntaban a menudo ciertos tipos que, así estuviésemos embotados por el alcohol, resultaban odiosos. Había que estar alerta a la ocasión siempre latente de una riña; ponía la mirada en un objeto que en un instante dado podría servir de proyectil. Estando ella conmigo, nadie iba a permitirse "faltarle". Cada uno que la lia-

maba simplemente María se convertía en mi enemigo.

Tirados casi los libros y agobiado de deudas, mis amigos me amonestaban con insistencia...

—Sobre todo, exígele cama, y adiós... Ya basta de hacer el primo...

Yo no veía las cosas de ese modo y, en realidad, había cesado de pedirle recompensa inmediata. La quería por completo y para siempre. No volvería a hablarle de amor hasta que pudiese ofrecerle cuarto propio y librarla del trabajo en el café.

Sus gustos de interminable vagabundeo me fatigaban; la bebida fuerte y copiosa me arruinaba el estómago; las desveladas me consumían. Los ratos que no pasaba con ella los dedicaba a revisar febrilmente los textos del examen que se aproximaba. Perder el curso hubiera sido una catástrofe. Por ella misma y para sacarla del cieno, yo debía esforzarme. En secreto continuaba mis gestiones para conseguir trabajo, un empleo. A fin de preparar el terreno, le escribí a mi padre diciéndole que cortaba la carrera y quería trabajar.

Por mi parte, inicié gestiones disparatadas. Uno de mis maestros era concejal y le escribí solicitándole una plaza de inspector de Jardines. Cierto amigo estudiante desempeñaba ese cargo de módica remuneración y pocas horas de paseo por los parques de la ciudad. Esperando una respuesta, que nunca llegó, forjé castillos con el sueldo que iba a ganar; recorrí la Alameda, estudiando ya las medidas que adoptaría. No más tala de árboles y una renovación de prados conocidos. Nuestra Alameda, trazada según vieja costumbre andaluza, había sido después afrancesada con estatuas y fuentes de bronce versallescas. Luego de revisar en la biblioteca manuales de jardines, decidí defender nuestro parque del peligro geométrico a lo Le Notre. El desorden aparente de las estampas de Aran juez me parecía más de acuerdo con la belleza espontánea de las plantas. El estilo inglés de anchos prados desnudos en torno de un grupo de plantas o de un monumento, estaba bien para la naturaleza pobre de las zonas frías. Entre nosotros tal sistema equivalía a la estrangulación de los brotes más lozanos de la tierra. En final de cuentas, me decidía por un estilo un poco italiano, con abundancia de follajes y estatuas y monumentos, con geometría interior no ostensible. Sobre la mesa de la biblioteca preparatoriana revisaba las reproducciones de los jardines ilustres del mundo; y la respuesta de mi carta no llegaba. Seguramente entre los cuarenta o cincuenta inspectores de a cuatro pesos diarios no había uno que contase, como yo, con ideas y con documentación, y, sin embargo, supe que se llenaba una vacante y mi gestión quedó desairada.

CHORRO DE CLARIDAD

Vagando desilusionado por el jardín de las Cadenas, costado oriente de la catedral, me detenía a menudo en las alacenas de libros de lance. Era aquel sitio casi una academia popular donde se encontraban el erudito y el vago, el estudiante y el aficionado a lecturas. Por ambas alas de un largo cobertizo de hierro, seccionadas en particiones, había una serie de puestos donde el público hojeaba, sopesaba los volúmenes, antes del regateo de la compra. En torno, los jardines laterales de catedral brindaban sus andadores sombreados, donde era grato pasearse. Por el extremo que daba a la calle, el cobertizo terminaba en una pequeña terraza donde se servían los mejores refrescos de limón y de tamarindo, las mejores horchatas de la capital. En alguna ocasión, cuando la etapa de Tepechichilco, el *güero* Garza Aldape y yo habíamos emprendido un torneo de ayuno forzoso después de gastarnos la mesada en los toros. Nos levantábamos tarde para ahorrar el desayuno, y al no cenar o no almorzar le llamábamos saltar comidas. Cierta víspera de la llegada del giro, tomamos por único alimento una horchata en el puesto de

las Cadenas, con un par de plátanos del vendedor que se situaba por allí mismo, y, como postre, un pastel de a centavo, relleno de una pasta desabrida como engrudo. Mi situación no había mejorado gran cosa, pero me quedaba aquel día un peso en la bolsa raída del pantalón y vacilaba. Vacilaba porque en una fila de abajo, entre los libros escogidos, cantos de oro y percalina roja estaba de venta una *Divina Comedia.* Sobre la pasta delantera, en un medallón dorado, lucía el perfil conmovedor del vidente insigne. Con los dedos dentro de la bolsa alisaba mi último peso antes de darlo; por fin, en un arranque de audacia, lo alargué al librero a la par que metía el precioso volumen debajo del brazo.

No sé por qué había retardado tanto tan notoria lectura. Conocedor bastante prolijo de Shakespeare, de la *Odisea,* de Goethe y aun de Milton, el conocimiento directo de Dante se me había ido quedando aplazado. Es claro que no está al alcance de párvulos, pero mi ambición desmedida me había llevado anteriormente a lecturas más complicadas. Discípulo infantil de la *Ciudad de Dios* y *Las confesiones,* no me explico por qué mi madre no usó también a Dante de libro de cabecera. De todas maneras, era lo que más podía haberle gustado, y, leyendo, imaginaba que lo hacía también por ella.

Avanzaba en la lectura "y así como las floréenlas inclinadas y cerradas por la escarcha se abren erguidas en cuanto el sol las ilumina, así creció mi abatido ánimo e inundó tal alimento mi corazón". Y el mío clamaba: Dichoso y bendito. Dichoso de haber nacido a una vida que ha producido también un Dante. Bendito de su amor y su llama. Cuan pequeños se veían los contemporáneos al lado de esta alma espléndida. Y qué asombrosa y justiciera ia certeza con que se coloca a sí mismo entre sus seis más grandes: Homero, Virgilio, Horacio, Ovidio, Lucano. En rigor, debió citar tres: Homero, Esquilo, Dante; dejarse en el limbo a los romanos.

Porque el ser, guía y maestro de Dante, me llevó a hojear *La Eneida,* en traducción francesa, es cierto, pero también es cierto que después de *La Divina Comedia,* escrita en presencia de Dios mismo, no se puede tolerar al poeta servil que alaba a Augusto y el tema lo recibe prestado y lo aprisiona en una lengua antilírica. Dante no solo no tenía par en toda la literatura, ¡su creación era más que literatura! En Milton se advierte el artificio; en Shakespeare cansa la vena patética de ambición herida y siempre humana, únicamente Dante en cada verso plasma una porción de realidad eterna.

Y a pesar de su trascendentalismo suele humanizarse en gritos dignos del Prometeo de Esquilo: "Pueblo malo e ingrato que en un tiempo descendió de Fiésole..., será tu enemigo por lo mismo que le prodigas el bien..." Y en seguida: "La fortuna te reserva tanto honor que los dos partidos anhelarán poseerte, pero la hierba estará lejos del piso..." Y luego la humilde, orgullosa respuesta: "Dispuesto estoy a correr todos los azares de la fortuna con tal que mi conciencia no me haga reproche. No es la primera vez que escuché semejante predicción y, así, mueva fortuna su rueda como le plazca y el campesino su azada."

Exaltado, interrumpía la lectura, poseído de un delirio ideológico. Con desdén apartaba la jerga filosófica de los contemporáneos, petulante y mezquina, incapaz de engendrar una concepción decorosa del mundo. ¡De suerte que aquél era el medievo desdeñado por los positivistas!

El mensaje dantesco no es tesis que se discute y se prueba ni es resumen de hechos concordes que sirven para formular la ley... La doctrina dantista es una música que penetra y fortalece, dejándonos ricos para siempre. Nunca me abandonarían aquellos consejos del Canto Vigésimocuarto: "Ahora es preciso que sacudas tu pereza, que no se alcanza la fama reclinado en blanda pluma..." y "El que sin gloria consume su vida deja en pos

de si la misma huella que el humo en el aire o la espuma en el agua..." "¡Ea, pues, levántate!... Domina la fatiga con el alma, que vence todos los obstáculos mientras no se envilece... Tenemos que subir una escala todavía más larga..." "No basta —añadía yo por mi cuenta— estar atravesando por entre los espíritus infernales..." "Si me entiendes, deben reanimarte mis palabras..."

"¡Ea, levántate!", y del suelo me levantaba un batir de alas. Y como enfrentándome a la oscuridad de mi destino, mentalmente le decía:

—Seas como fueres, vamos, que me siento fuerte y atrevido.

Y por muchos días cesó el quebranto de mis dudas y también la sed de los apetitos insatisfechos.

Jirones, torbellinos de pensamiento, descendían, estremecían las fibras de mi conciencia, le restituían sus poderes nativos. Y con sarcasmo dichoso clamaba:

—¡De manera que esa alma que estoy a punto de licenciar en nombre de la ciencia, es una realidad que tales prodigios engendra, cuando la encarna un Dante! ¡Pues vale entonces más que todos sus negadores!

"¡Ea, levántate! ¿Qué importa la aflicción si tenemos que subir todavía más alto?...", y "No es descansando en blandos cojines como se llega a alcanzar la gloria..."

Newton, y Comte, y Spencer, catalogadores de hechos..., ninguno merecía el nombre de filósofo. Penetrar la maraña de los hechos para descubrir el hilo conductor, remover y animar la entraña misma de la creación, eso es ser un filósofo.

Y hubiera querido tener poder para convocar a la ciudad con dianas y repiques, y una vez reunidas las gentes en las plazas y azoteas, pregonarles la buena nueva, el *leitmotiv* dantesco: "Un mismo amor mueve las almas y las estrellas." Y un júbilo resonante gritaría en todas las bocas:

—Así sea —y danzarían los cuerpos danzas de dicha.

Por lo pronto, la sin par lectura me contuvo en el descenso que me arrastraba. Me desató el poder del vuelo, me hizo ver desdeñables todos los tropiezos.

Al volver a los libros de curso para salvar aquel año de estudios que se perdía, el contraste hacía sufrir. El Derecho Romano y la Ley Civil eran círculos infernales que debía atravesar sin Virgilios y sin Beatrices, pero eran peldaños de mi escala y se hacía menester treparlos "con ánimo sereno".

La fecha de los exámenes estaba ya casi encima y aparte mi poco estudio, por no haber asistido al sesenta por ciento de las clases, estaba obligado a tiempo doble en la prueba. Sacrificando las vacaciones, todavía me era posible aprovechar el segundo período de examen por diciembre. A la carta en que le comunicaba mis deseos de suspender los estudios, mi padre había contestado que tuviera paciencia y presentara el examen, añadiendo que, de todos modos, a fin de año hablaríamos en El Paso. No faltaban entre los camaradas casos desesperados como el mío, que se resolvían en uno o dos meses de veladas en torno de una mesa con la marmita del café. Comúnmente, nos reuníamos varios en la misma alcoba, aunque alguno estudiase Patología y el otro Química. Los de sueño más pesado, inmunes al café, dejaban periódicamente el asiento para mojarse la cabeza en la palangana del agua fría. En seguida, con la toalla al cuello, volvían a clavarse en la lectura.

Mentalmente ordenaba los elementos de mi futuro oficio. Tendría que ocuparme de las relaciones que se establecen entre el hombre y la cosa con miras a su posesión y disfrute: distinguía primero las distintas categorías de la cosa; la *res privat,* objeto especial del derecho; la *res nuliius,* que escapa a sus normas o se coloca al margen de ellas; la *res publica* y la *res sacra,* de normas peculiares, que dan origen a otras tantas ramas de la codificación. Luego, el alcance del derecho

sobre la cosa, el *jus utendi* y el *abutendi.* El origen de la propiedad simbolizado en la lanza del guerrero victorioso. El homicidio como base del sistema jerárquico de los señores y los esclavos. .. La *usucapió* y después la *accesio,* el aluvión, la herencia, los medios naturales del dominio. En otro acápite, el sujeto del derecho, con los distintos grados de autonomía o de *capitis diminutios.* Y como norma los principios abstractos de la trama económico-política. *Justitia est constant et perpetua voluntas de jus sum quique tribuendi.* Dos tomos del Ortolán y no sé cuántas Pandectas reducíanse poco más o menos, sin duda insuficientemente, a parecido esquema, suficiente quizá para el examen: añadido un poco de historia sobre *Las codificaciones,* de Justiniano, *El Fuero Juzgo* y *Las Partidas.*

Cualquiera que fuese la pregunta concreta que el sinodal formulase o que la ficha de examen requiriese, buscaría la manera de saltar hasta las generalidades de la supuesta ciencia y consumaría el tiempo de la prueba simulando un conocimiento cabal del conjunto. Con eso y la definición precisa de ciertas modalidades, como las servidumbres y la prescripción, hubo bastante, después de un trabajo de dos meses, para aventurarse al riesgo de las tres erres del reprobado. Con obtener dos notas de mediano, aunque la tercera fuese negativa, se estaba libre de tener que repetir el curso.

Obtenido un sumario del Romano, resultaba ya muy fácil consumar una síntesis del primer año del Civil, suficiente para el salto al segundo curso. El índice del Código está indicando por sí solo el plan del asunto que abarca. Personas, cosas, contratos. En personas basta considerar la familia ordinaria tal como está constituida en nuestros días: el padre y su autoridad; la madre y sus derechos; los hijos, la minoría de edad, la mayoría, la tutela. Luego, la desaparición de la persona y su consecuencia ante los bienes: testamento, o intestado: codicilos, testamentos y ley hereditaria.

Al abordar en seguida las cosas bastaba, en rigor, recordar las divisiones del ingenio romano, entreverado de lectura de los artículos especiales que determinan las variantes propias de la época o la nación. Las obligaciones constituyen asunto más complicado, pero su desarrollo estaba relegado al curso siguiente. Lo demás del programa, la Sociología, por ejemplo, podía calificarse de literatura; de eso ya traía buen caudal desde la época en que me mataba estudiando en la Preparatoria. De paso, y a propósito de cualquier observación pertinente, procuraría insistir en un tema que me parecía decoroso puntualizar. Ya era *high time,* como dicen los gringos, de salirle al paso a esa conseja de tradición servil que atribuye a Napoleón la paternidad del Código. El caso era tan monstruoso como el de los aduladores vernáculos que atribuían a Porfirio Díaz el desarrollo de los ferrocarriles mexicanos, como si fuese el inventor de la caldera de vapor o siquiera alguno de los ingenieros que los construían. Lo que hacía Porfirio Díaz era encarecer el ferrocarril por su régimen de favoritismo y de tiranía y lo que había hecho Napoleón era volver nugatorios los preceptos del Código con su política cesárea de fusilamientos y confiscaciones. Era, pues, urgente que una Escuela de Jurisprudencia celosa de su justicia, reconociese, si gloria había en ello, la gloria de Merlín, el recopilador y redactor del Código, llamado de Napoleón por textos y generaciones de esclavos. No sé cuántas veces le di vueltas a semejante discurso que adquiría proporciones capitales en mi imaginación sobreexcitada por la vigilia, el hambre, la angustia, la lujuria insatisfecha, la ambición desenfrenada.

Y la fortuna estuvo de mi parte: la tentadora, la irresistible María se despidió de nosotros un mes antes del examen; marchaba, según dijo, a visitar a su familia por el Bajío, y regresaría a principios de año para la fecha en que yo estaría de vuelta de mi viaje de vacaciones a la frontera.

HACIA LA INDEPENDENCIA

Como era de esperarse, me encontré a la familia transformada. Concha, muy formal, se había hecho practicante de normalista en la escuela de la localidad, a cargo de unas buenas señoritas Urrea. Lola seguía dedicada al piano y sonreía a más de un pretendiente. Mela se había puesto muy linda; blanca, de pelo negro y ojos claros, la sangre azul le salía de la piel. Me refiero a esas venillas que azulean bajo el cutis mate. Una tarde la acompañé con Lola, al otro lado, para una compra de sombreros. Nunca he dejado de recordar el instante en que, bajando ella del tranvía delante de mí, se volvió para recoger algo del suelo a tiempo que yo brincaba. El esfuerzo que hice para no caer sobre ella, lastimándola en su lozanía, me dejó impresión de que se había evitado una tragedia. Acompañando a mis hermanas por las droguerías y los almacenes, por sitios flamantes de aseo y pulcritud, recordaba con pena los lugares sórdidos que en la capital frecuentaba. Me aliviaba observar a mis hermanas, limpias, ingenuas, dichosas con la compra del sombrerillo de cinco dólares; al fin y al cabo, ya era mucho tener quien se los comprara. Entre nuestras conocidas de la capital había muchas que trabajaban todo el día en la costura o el taller y no juntaban lo suficiente para mantenerse, menos para comprarse adornos. Por lo mismo aceptaba con gusto cualquier responsabilidad que el futuro me reservase. Cuando llegase a faltar mi padre cumpliría el deber de hermano mayor y aquellas criaturas deliciosas seguirían ignorando las humillaciones de la miseria; la protección empezaban ya a necesitarla, aunque fuese de un orden moral únicamente, pues vivían a disgusto, dividido el hogar en dos campos enemigos: ei de ellas y el de mi madrastra. Todo, por supuesto, por la intransigencia de nosotros, por el necio prejuicio de que seríamos infieles a mi madre si llegábamos a fraternizar con la madrastra. En la penosa situación, ella obraba con la mayor prudencia. A pesar de su temperamento imperioso y sensitivo, por amor a mi padre y también por su bondad nativa, se mostraba paciente y tolerante. Vivía encerrada, gastaba poco, todo el dinero sobrante procuraba desviarlo a favor del bien parecer de mis hermanas jóvenes. A distancia desempeñaba su difícil papel de madre no recompensada. Pero nosotros, ciegos, nada le concedíamos. Únicamente Concha, metida ya al trabajo, procuraba iniciar una era de paz. Por su parte, mi padre se había adelantado a mis deseos de conseguir trabajo; no tendría que interrumpir los estudios. Su buen amigo don Benigno Frías Camacho, juez de distrito de Juárez, me recomendaría a sus amistades de México. La esposa de éste, Amadita, había tomado cariño a mis hermanas, las llevaba consigo a las reuniones y bailes del lugar, les presentaba a los jóvenes o les prohibía las amistades. Tenía Amadita cierto parentesco con un juez de la capital, para quien me dieron cartas. No había de preocuparme; obtendría una colocación, ya en un despacho jurídico, ya en un juzgado de la metrópoli. El porvenir se presentaba, pues, fácil y risueño y no había por qué no emplear bien los últimos días de vacaciones.

—Iremos seguido al otro lado —había dicho mi padre.

Empezaba a tratarme como a persona mayor. El otro lado, típica ciudad yanqui, era un vértigo de construcciones, comercio, tráfico. Cada año se estrenaban nuevos hoteles, nuevos almacenes, y la zona pavimentada ganaba kilómetros de asfalto. Nuevos barrios de residencias invadían cerros y valles que antes fueran un páramo. También por arriba, en el sentido vertical, la ciudad multiplicaba las ventanas, los pisos y miradores.

El lujo de las cervecerías contrastaba con la ruindad de nuestras pobres antiguas tabernas del territorio mexicano. A tal punto, que los ricachos de Juárez y aun los empleados cruzaban

todos los días la línea divisoria para tomar el aperitivo, que ya no era el Jerez familiar, sino el *cocktail* jugado a los dados en el cubilete que circulaba de mano en mano sobre el tapete verde de las mesas. Mi padre no era aficionado a las bebidas fuertes, pero se había acostumbrado a la cerveza. Fluía ésta en los grifos flamantes, rubia y espumosa. Camareros uniformados de blanco impecable depositaban en las mesillas los vasos empañados por la bebida helada. Grandes sillones acolchonados de cuero rojo aseguraban la comodidad, y el obsequio de papas tostadas y aceitunas incitaba a beber más. En el espejo que cubría el lienzo del mostrador advertíase la animación de los gabinetes que un resto de puritanismo ocultaba con el rubro- *Family entrance.* Súbito flamear de peinados rubios y faldas sedosas sorprendía las miradas, despertaba la ambición de penetrar los más ocultos recintos de aquel templo del goce. Adivinando mi padre la inquietud que me producían aquellas "familias", cuyas risas un poco estruendosas se mezclaban al choque de la cristalería y las conversaciones, dijo con el ademán desdeñoso: —Mercenarias.

No parecía darse cuenta de que, con eso, me las hacía más deseables, las recomendaba.

"¿Pues para qué —preguntábamos nosotros en los medios de rompe y rasga estudiantil—, para qué queremos a las honradas?"

La mayor parte del día, y la mejor también, la pasaba en casa, en compañía de los hermanos. La menor de la familia, Chole, tendría doce años y era objeto de nuestras preferencias. Jugaba con ella, la acariciaba como a chiquilla, agasajándola con ternura casi paternal. Los dos hermanos hombres, Carlos y Samuel, se pasaban las horas en el patio de la casa dedicados a sus animales; tenían un burro pequeño y juguetón, al que consagraban cariño casi humano. Era dulce estar otra vez en el hogar, y qué bien se olvidaban allí todas las angustias, los sobresaltos del tráfago metropolitano. Con pena en el pecho y humedad en los ojos me arranqué al reposo despreocupado. Era el comienzo del año; los cursos estaban abiertos; un nuevo soplo de la ambición o del destino me aventaba otra vez hacia la capital.

DESENCANTOS Y ESPERANZAS

La misma casa de San Lorenzo, los mismos compañeros y nuevos libros de curso recién comenzado. Empleo del obsequio paterno en metálico en el desempeño de algunos muebles y en la adquisición de ciertas obras de texto. Segundo de Civil, segundo de Romano, primero de Mercantil, Economía Política, Internacional, ni un solo asunto de interés; por lo mismo, y en previsión de escasez futura, visita a los libros viejos para comprar la edición completa de Schopenhauer que hacía tiempo codiciaba. Aparte de algún dinero, apretaba ahora sobre mi cartera un pliego salvador, una especie de sésamo de todas mis dificultades. La carta de don Benigno para el juez Uñarte. La presenté en seguida. No era difícil ver al juez; al contrario, puerta abierta a todo el mundo y acogida un poco brusca, pero cordial.

—Vamos, sí, ya lo esperaba, jovencito; ya me había escrito mi compadre... Y ¿cómo está Amada? Mis saludos cuando les escriba...

Sacó una libreta memorándum...

—A ver, déjeme sus señas; por ahora nada puedo ofrecerle, pero ya veremos, más tarde...

A los tres días estaba otra vez desilusionado y desesperado.

—Ni se volverá a acordar más de ti —comentaban mis compañeros—. Y es peor dolerse de una ilusión perdida que no haber conocido la esperanza.

Por complacer a mi padre presenté también una carta que, según entiendo, procedía de alguna relación de mi madrastra. Me obligó esta misiva a visitar de cuando en cuando, pero siempre los miércoles por la tarde, el salón

de unas señoritas francesas que vivían con la mamá y un hermano por la calle que hoy es del Uruguay. En lo de estar siempre en luto las señoras parecían mexicanas, pero eran el tipo acabado de la francesa rubia, gentil, delicada, ni fea ni bonita, pero perfecta y acogedora en el trato. En su pequeño salón había piano y una consola con espejo, sillas de respaldo dorado y cojines, más una mesa con ejemplares de *L'Ilustration.* Mientras conversaba con la señora o con alguna señorita de la casa, la pasaba complacido, pero así que empezaban a llegar los *habitúes* me sentía violentamente incómodo. Muy apretadas en sus corsés las mujeres, muy acicalados los hombres. Aunque todos hablaban perfectamente el español, la conversación solía generalizarse en francés; me ponía entonces a escuchar como quien aprovecha * una lección práctica, pero a los pocos instantes me aburría. Por encima de todo me exasperaba el estilo impertinente de conversar saltando de un asunto a otro y el exceso de falso interés que se ponía en inquirir pormenores de la salud y el ánimo de familiares y amigos comunes, para mí perfectamente desconocidos. Aunque yo procuraba aislarme de manera de escuchar sin ser advertido, las señoritas de la casa cuidaban de no dejarme enteramente apartado. A la hora del té servían unas pastas riquísimas, y a mí se me había aleccionado lo bastante para enviar, con ocasión de onomásticos o fiestas, algún modesto ramo de flores. Llegué a sentir afecto y gratitud por aquella familia, pero no lograba vencerme la pereza de visitas casi protocolarias y las fui espaciando y acabé por suprimirlas. No les hallaba sentido. Con ese egoísmo crudo propio de la juventud, me convencí de que no teniendo para mi objetivo galante aquellas reuniones, era más sabroso el ejercicio de la inteligencia, discutir larga y apasionadamente en el cenáculo estudiantil, donde cada tema es desnudado, sondeado, exprimido hasta agotarlo, y no hay límite ni freno en la elección de los más escabrosos asuntos.

Pronto me liberté, pues, de la tarea de lustrar escrupulosamente el calzado, de anudar con esmero la corbata y, sin resentimiento, me entregué a la bohemia propia de nuestra condición abandonada. Ya Puccini había lanzado a los aires las melodías de su ópera vulgar, pero simbólica, sentimental, y, sin caer en la ingenuidad de algunos que se vestían a lo pintor y se enamoraban de tísicas, no dejaba de enternecernos el vals que pronto pasó a los organillos callejeros.

El comienzo del año, lleno de propósitos de enmienda, nos ponía a todos laboriosos, aplazados los apetitos, estimulada la voluntad.

La mañana transcurre alegre de sol, animada de risas y comentarios de cátedras; los profesores desfilan cada uno a su hora bautizados por la lengua mordaz de Pallares... "El profesor más elegante de la escuela", una medianía dorada, con influencias en el régimen; el tonto X daba Internacional y disertaba una hora entera escuchándose a sí mismo, sin que nadie le entendiese una palabra; o nos apartábamos para dar paso al viejo médico profesor de Medicina Legal, que llenaba su clase de anécdotas, y a propósito de suicidios, y refiriéndose al caso de Acuña, el poeta de *A Rosario,*

¡Pues bien! Yo necesito
decirte que te adoro,
decirte que te quiero,
con todo el corazón.
Que es mucho lo que sufro. . .

comentaba, cínico:

—¡Habráse visto obsesión! ¡Matarse por una cuando hay tantas y bien dispuestas!...

Era cómodo el transcurso de la mañana rematado con la copa o el vaso de cerveza en la cantina con *free lunch.* Pero después del almuerzo y la breve siesta, ¡qué melancólico y a la vez qué dulce tornábase el vivir! Semidormidos en el cuarto solitario nos despertaba el rasgueo de la guitarra en alguna

habitación contigua. Cada quien, desde su rincón, se enderezaba y acudía.
—¿Cuánto tienes?
—Un peso, peso y medio...
—Dácalo.
Se reunían tres o cuatro pesos: había bastante para organizar un baile. Se invitaba a las de la vuelta y a las de enfrente, se compraba "catalán con prisco", una mezcla de aguardiente y jarabe de precio irrisorio y efecto fulminante. Se alquilaba una música. Por única indicación al que partía en busca de las amigas: —No vayas a traer honradas... Además, nunca las mismas, por aquello de la *Afrodita,* de Pierre Louys: "Dos veces es ya casi matrimonio"; palabra aborrecida. No faltaban en nuestras relaciones, y por nuestro vecindario, la joven que se aburre de estar en la casa lóbrega con el padre ebrio, la costurera que ya a las cinco bosteza y anhela esparcimientos y regocijo. Juntábamos, pues, fácilmente unas cuantas parejas para bailar en la casa o recorrer cafetines, hasta la una, las dos de la mañana.

Mientras andaba confundido con el vagar de todos, una tristeza profunda me roía, un despecho... Ella no aparecía por ninguna parte. Ya en el café las compañeras se cansaban de decir que nada sabían. Ninguna otra me gustaba; todas me parecían feas o vulgares. Solo su imagen me encendía el deseo, me enloquecía de tentación. Si ahora volvía a encontrarla no la dejaría jamás.

Se presentó, de improviso, una tarde. Venia turgente y elástica, festiva y desenvuelta. Seguramente le había sentado la provincia. Ni le pedí pormenores de su ausencia ni ella los dio. No había tiempo que perder; nos esperaban los sitios habituales. Exhibirme con ella, ¿no era ya un orgullo? Y volvió la existencia terrible de la época anterior, ahora agravada porque mi amiga se había vuelto insaciable de vino; bebía sin descanso, ya bailando, ya disputando con las conocidas. Luego, a otro sitio, a lo mismo. En todas partes hallaba amigos que nos invitaban, obligándome a corresponder el obsequio. En pocos días mi bolsillo quedó otra vez exhausto, y la falta de sueño, el desgaste nervioso, la pasión insatisfecha, me traían malhumorado, impaciente, irritable.

Una noche, después de pasarla en vilo por comederos y bailes públicos de mala ralea, se nos ocurrió lanzarnos a la Villa de Guadalupe para ver salir el sol desde el cerrito. En el tranvía dormitaba, reclinada en mi hombro, la hermosa cabeza. Minutos después corrimos por el campo, despreocupados y alegres, olvidados de la noche canalla. Esto nos despertó el apetito. Éramos cuatro con su amiga y el banderillero sin contrata. Alguien propuso comer por allí unas enchiladas, pero María insistió:
—Al Águila de Oro...

Y hubo que tomar coche para regresar de prisa y tomar un verdadero almuerzo en el café de sus días de lujo. Al pagar el carruaje advertí que se iban mis últimas monedas, pero confié en que llevaría fondos el ex torero; sin embargo, aun éste vaciló a la puerta. Solo María avanzó resuelta, arrastrándonos a todos. Y se pidió, con garbo, huevos fritos, bistec con papas, cerveza, café. Apenas cesó el hambre, comenzó la inquietud. La sobremesa se prolongaba, nos observábamos sin hablarnos, los hombres, y, por fin, María, por bajo la mesa, disimulada, me pasó su bolsa de mano... ¿Qué objeto tenía aparentar que rehusaba? Con las orejas súbitamente encendidas abrí el bolso; entre varias monedas encontré un billete de cinco, lo extraje y lo tendí al camarero...
Nos despedimos momentos después, ella para dormir y estar lista a las seis en su trabajo, yo para sentarme en el banco de la clase a reflexionar. El disgusto, la humillación, me agobiaban; decididamente, era menester conseguir dinero, en cualquier forma, o concluir aquella relación. Sin reservas expuse el caso a Guzmán, el compañero de mayor edad y excelente amigo... —No sé qué le has visto a esa mu-

jer. Si por lo menos se limitara a no quitarte el tiempo... Resuélvete, no la veas tú más...

Pronto no necesité el esfuerzo de huirla. Desapareció otra vez del café, y varias semanas estuvo sin presentarse por casa. Me puse desolado. Los celos me desgarraban, la soledad se me hacía intolerable, y de nuevo, ahora por desconsuelo y solo, pasaba la noche recorriendo bailecitos y tabernas con la secreta ambición de encontrarla.

Cuando ya deshecho llegaba a echarme en cama, el insomnio me tenía largas horas atento a los ruidos de la vecindad. Un chiquillo se soltaba llorando en la madrugada. Con nuestra ausencia, durante las vacaciones, las vecinas se habían aplacado; pero, impacientado una noche con el llanto de la criatura, empecé a lanzar "¡Chists!" y por último grité:

—¡Ahógalo!

Al instante voces mujeriles estallaron amenazantes. Luego, durante el día, nos gritaban nuestros apodos: Mena era *el Chango,* Guzmán *el Peligro amarillo,* Zertuche *el Cabezón.* Yo había escapado indemne, pero el episodio del chico provocó a una de ellas que, al verme pasar, clamó:

—Ahí va el loco..., el *Loco Dios..* .

Acababa de estrenarse en esos días el drama de Echegaray; mi tipo extenuado, pálido y melenudo sugirió el mote, que en seguida recogieron mis compañeros de casa.

—Oye, *Loco Dios...* Mira...

Una vez propuse:

—Para saber quién es el cuerdo, los desafío a un concurso; ante un jurado de amigos discutiremos cualquier tema de Lógica los que me llaman loco y yo...

Me molestaba particularmente el apodo porque iba contra mi convicción de poseer una cabeza firme y clara, i Un futuro ordenador de ideas!... ¡ Qué equivocados andaban aquellos modestos muchachos, buenos camaradas, pero evidentemente medianías condenadas a no salir jamás del montón!... ¡Eran los años de la vanidad!

Caminando un día con los compañeros por la calle, vi a distancia una falda colorada; el corazón me dio un salto y eché a correr; dobló la esquina el revuelo rojo y por allí torcí afanado; me aproximé palpitante. No, no era ella... Los que me vieron exaltado y ridículo exclamaron:

—¿Lo ves? ¿Y dices que no eres loco?

No era ella. ¡Quién sabe! Quizá no la vería más. Y una garra me apretaba por dentro el costado.

Y se repitieron los crepúsculos de agobiadora tristeza frente al patio miserable lleno de chiquillos astrosos y mujeres que lavan ropa conversando a grandes voces. . . De repente, en el rincón del *Chango,* la guitarra lloriquea y una voz se queja:

Mustia la faz, herido el corazón,
atravesando la existencia mísera,
sin la esperanza de alcanzar. . .
su amor.

Y en verdad en aquellos tiempos el corazón me dolía con dolor físico agudo. Me imaginaba enfermo perdido y a punto de concluir una vida que, al fin y al cabo, no vale la pena de ser vivida. Aunque mi cabeza estuviese clara, la sensibilidad la tenía en delirio. Leyendo las páginas en que Schopenhauer destila amargura, me sentía contagiado de negación sublime. Sufrir era una elección. Pues ¿acaso no era yo también un genio? Y examinando mi caso, creí descomponer mi cerebro, pieza a pieza, como quien limpia un juego de lente y espejos, les corrige la graduación y enseguida prende otra vez la llama. Y concluía:

—Es el fanal lo que importa, y no el juego de espejos.

A veces la llama ardía tan viva que al andar me sentía alas en los talones; la vida era hermoso, rico, incomparable don. Pero no siempre la luz interior fulguraba; comúnmente era más la ceniza que la flama. Entonces me arrastraba, me dejaba llevar de la sensualidad vulgar, me hundía en la pena. No sé de dónde había obtenido una pis-

tola y en las horas amargas, en la desesperación de las noches insomnes, sacaba el arma del cajón del escritorio, la ponía sobre la mesa, acariciándola, y sonreía. ¿De qué apurarse si cuando llegue el momento aquí está la solución?

Al final de las más desastradas aventuras eróticas me entraba el afán de pureza, la urgencia de inventarme novia ideal, y cogía la pluma para escribir cartas apasionadas a la compañera de mi primera pensión, la parienta de Adelita, que desde su pueblo de la Mixteca me había enviado un retrato. Pero Schopenhauer fue mi apoyo mejor. De su cinismo fui extrayendo máximas que luego exhibía en letreros sobre los muros desnudos de mi habitación mal encalada: "Animales de cabellos largos e ideas cortas." En rigor, nada me habían hecho las mujeres, pero al desearlas tanto para caer en experiencias finalmente repulsivas, provocaba despecho sentimental aparentemente sincero.

Dentro del círculo de nuestras relaciones ocasionales no todo era desecho de mujerío maltrecho. Hurgando por aquellos vecindarios destartalados solían encontrarse almas nobles y niñas bonitas, capaces de amar con inocencia. *El Chango* Mena, inclinado a las efusiones familiares, era especialista en esta clase de hallazgos. Mientras yo me martirizaba imaginando amores con las celebridades de la vida galante o del teatro, *el Chango* se buscaba novie-citas dulces. Por seguirlo, estrechamos amistad con las hijas de un gendarme. La mayor, Lola, era novia de un estudiante de Medicina. La menor, Josefina, estaba libre. Las dos, bastante bonitas, no lo lucían a causa de una extrema pobreza. Nos entretenían honestamente con canciones y charlas. Pasamos con ellas horas piadosas de simpatía fraternal. Ganaba poco el padre, pero además solía beber: llegaba y se metía a dormir. La madre afanaba en la casa; las chicas cosían un poco. Las visitábamos después de la cena y, presumiendo situaciones a veces angustiosas, en vez de llevarles dulces o flores nos llenábamos las bolsas de nueces o de cacahuates. Nunca averiguamos si los devoraban por juvenil avidez o porque no habían cenado. Resultaban tan afables, confiadas y dignas, que las respetábamos unánimemente.

Una noche, Martínez, el novio de Lola, llamó a mi cuarto cerca de las dos de la mañana. Despertándome se sentó en mi cama y entre festivo y desolado contó su caso.

—Figúrate hermano, que Lola...

—A ver, a ver, ¿qué pasó?...

—Pues varias veces, por juego y para probarla, yo le había dicho: "¿A que no te vas conmigo?..." Hoy la encontré excitada y vestida con su chal. "Si tú quieres, estoy lista", me dijo...

—Bueno, ¿y qué? ¿Dónde está? ¿La traes allí?

—Espérate, hermano; aquí va lo bueno... Al decirme ella tal cosa, yo reflexioné que en mi bolsillo llevaba setenta y cinco centavos... Hermano, ni para una noche de hotel...

—¿Y qué hiciste?

—Pues nada; le dije: "Ten calma... ¿Qué va a decir tu mamá?..."En suma, me puse paternal. Le aseguré que más tarde me la llevaría. En fin, creo que he metido la pata, pero ¿qué hacía yo con setenta y cinco centavos?...

En efecto, uno o dos meses después la pobre Lola se huyó con un oficial del Ejército que salía para Yucatán...

En general, mis conocidos estudiantes se portaban con bastante prudencia en asuntos femeninos. La tarea de iniciar jovenzuelas la dejábamos a los profesionales del tenorismo. Por otra parte, con poco dinero, cualquiera hacía conquistas en aquellas barriadas miserables. De oídas sabíamos de las actividades de la sociedad de los compadres, célebre institución de cierto grupo de los de Medicina que se bautizaban los hijos naturales. Me repugnaba usar engaños y astucias en el trato erótico. Mi moral no andaba ya muy firme; pero, con la solera cristiana y un poco de Schopenhauer, me la había constituido bastante cómoda y decía:

-Todo es legítimo si solo va contra ti. Nadie podrá reprocharte si toda tu vida la cambias por una sola hora de placer cabal. Pero es pecado causar dolor. Mientras no hagas sufrir injustamente, todo te está permitido.

Consumir la vida entera en un instante de placer o en unos cuantos meses intensos, tal había sido el plan del poeta que se moría en una "colonia" de fronterizos, casa de estudiantes como la nuestra, establecida en la calle de Tacuba. Tarde y noche veíamos a nuestro querido Carlos Fernández, bien parecido, melena de vate, ojos grandes, bigote pequeño, voz varonil y cordial. Lo hallábamos siempre generoso y, si | la musa lo poseía, nos regalaba con versos de estilo sentimental y a lo Gutiérrez Nájera. Acababa de declarársele, según lo afirmaba, una tuberculosis galopante. Además, el peso de su genio, el dolor de la vida universal, le causaba tal quebranto que se bebía los ajenjos uno tras otro.

Recibía cercado de escupideras y a distancia. No permitía que alguien se sacrificara por amistad; tosía convenientemente y hacía encargos para la preservación de sus últimos versos. Le faltaban unos cuantos sonetos para concluir el libro que nos lo recordaría perdurablemente. Y estando así el objeto de su vida cumplido, no le asustaba su novia la muerte: la esperaba entre tragos y charlas. Con una seña desde su balcón, hacía subir al chico de la cantina de enfrenté; con una bandeja de vasos con hielo, la taza de plata perforada y la botella de ajenjo, nos preparaba el brebaje y todos bebíamos, ya no a su salud, sino en una especie de reto silencioso al destino que arrebataba al poeta.

Después de dos o tres copas, la maligna yerba nos trastornaba el juicio. Acalorados de discutir nos despedíamos. Al salir, nunca faltaba un maldiciente que opinase:

—¡Cómo se me figura que este Carlos no tiene nada en el pulmón y nos toma a todos el pelo, haciéndola de "Caballero de las Camelias"!...

Algo de esto hubo, sin duda, porque el mismo Carlos, a quien acompañamos a la estación igual que se despide a un moribundo, nos resultó años después bien casado y con prole robusta en su rancho de las cercanías de Monclova. Con todo, no dejó de impresionarnos el alto ejemplo de Carlos, que pretendió liquidar serenamente una vida que nunca sabría responder a nuestro ideal.

UN ESCÁNDALO

Las vecinas de los bajos nos seguían tratando con hostilidad. Provocadas por nuestro propio olvido del derecho ajeno durante nuestras fiestecillas y charlas, se ponían ellas a conversar a gritos pasada la medianoche, quitándonos el sueño. Para castigarlas ideamos unas visitas de espantos. Por la escalera interior subimos a la azotea un monigote improvisado con una sábana y un palo en cruz. Suspendiéndolo de un cordel tendido de un pretil a otro de la azotea, lo deslizamos avanzada ya la noche. Al principio lo hicimos con tal prudencia que nadie sospechó de nosotros. El fantasma cruzó apenas y la suspensión momentánea de las conversaciones de abajo nos hizo comprender que había sido visto. Sin insistir más lo recogimos y bajamos a nuestras habitaciones, absteniéndonos de prender la luz, metiéndonos en cama hasta el día siguiente.

Dos o tres días después nos llegó el rumor de que unas mujeres habían visto un alma en pena que se paseaba por frente a la vivienda de los estudiantes. Ante las criadas de casa, y a efecto de que se supiese lo que decíamos, afirmamos que no había tales espantos y que todo eso eran vulgaridades propias de ignorantes. Y esa misma noche con suma cautela repetimos calladamente la treta, con más éxito que la vez primera, provocando ahora gritos y exclamaciones que nos pusieron en peligro de estallar de risa

Al día siguiente todo el vecindario hablaba de que en la casa se aparecía un fantasma; solo nosotros no parecíamos dar importancia al asunto, aunque alguno afirmaba, casualmente, que, después de todo, no tendría nada de particular... La ciencia misma reconoce que se han dado casos. En fin, hasta ahora nosotros no habíamos visto nada; sería conveniente que nos advirtieran si el "fenómeno" se repetía. Siguió la diversión por unos días más, hasta que nos perdió la confianza. Cada vez bajábamos más el monigote, y una mujer percibió nuestras risas ahogadas. Entonces se armó el griterío. De todas las puertas salieron a increparnos. Arrastrándonos por la azotea resbalamos por nuestra escalera. Pretendimos dormir, pero un estruendo de sartenes golpeadas y de insolencias del mujerío nos tuvo largo tiempo en vela... Al día siguiente, apenas asomábamos por el corredor o la escalera, llovían sobre nosotros improperios y cuchufletas.

En realidad, no nos querían mal, y, aun disputando ocasionalmente, seguían con nosotros la costumbre de los pequeños servicios, usuales en esas aglomeraciones de pobreza. Si en alguna vivienda ocurre un duelo, en seguida corre la voz y en toda la casa se mantiene un silencio respetuoso; los enojos se olvidan y automáticamente se restablece la convivencia. El mal estaba en nuestros visitantes. Y peor que en los hombres en las mujeres. Las mismas vecinas que, tratándose de nosotros, eran complacientes y olvidaban los agravios, en cuanto veían que alguna tarde empezaban a reunirse huéspedes femeninos, se llenaban de indignación, nos espiaban y al menor pretexto -caían sobre nuestras amigas injuriándolas con saña. Quizá les irritaba verlas descocadas y ociosas mientras ellas se afanaban.

Una tarde en que, sin proponérnoslo, habíamos reunido por lo menos media docena de parejas, después de libaciones y cantos, nos ocurrió subir a la azotea para bailar a la vista del sol poniente. El panorama cuadriculado de las manzanas de construcción perforadas de patios con plantas, animado de torres y cúpulas, cerrábase en la lejanía con el muro violáceo de las montañas. Un sol ostentoso, en su caída, poblaba el horizonte de fulgores. Era muy grato mecerse al compás del danzón, ceñido un talle ardoroso y recibiendo en la frente la brisa refrescante de las montañas. Durante las pausas, mientras fumaban los de la orquesta improvisada, sentábanse las parejas en el pretil de la azotea, encima de la cornisa que circundaba el patio. De pronto, entre las mujeres que abajo observaban con encono y las de arriba que se divierten despreocupadas, se cruza un gesto, resuena una injuria terrible por su misma verdad punzante:

-¡P…!

Todas las del alto, irritadas, recogen la alusión y asomándose al pretil vomitaban insolencias. Las vecinas salen de sus guaridas y una- de nuestras amigas, empinándose, levanta sus enaguas exhibiéndose en reto cínico. Fue aquello la señal de un escándalo magno. Con gritos de protesta empezaron a llover sobre nosotros ollas viejas, sartenes, denuestos y cabos de escoba. Otras corrieron en busca del gendarme; oímos el pito de éste convocando las parejas policíacas. Nuestras amigas empezaron a flaquear en su ofensiva de injurias y descoco, pero ya era tarde. Ni las más rendidas excusas hubieran aplacado al vecindario en furia. Cuando asomaron los gendarmes les exigían que nos bajaran por la fuerza. Sitiados, pensamos escapar por las azoteas, pero no era fácil hacerlo, aparte de que seguramente nos cercarían la manzana. No quedaba más remedio que ceder y encerrarnos en nuestra vivienda. Entretanto, en funciones de abogado, aconsejé:

—Bajemos con calma, haremos valer nuestros derechos; nada pueden contra nosotros dentro de nuestro domicilio.

Ya para cuando bajamos nuestra

puerta había sido forzada por los gendarmes, que en seguida echaron mano de las mujeres.

—Ustedes están muy en su casa —dijo el oficial después de que nos había repartido unos cuantos porrazos—, pero estas mujeres van a la comisaría, por faltas a la moral...

—Pues iremos con ellas.

—En eso —dijo el jefecillo, sin vacilar—, no hay inconveniente; jalen todos p'alante.

Y salimos en formación de oprobio, bajo el escarnio de nuestras enemigas. En la calle había grupos de curiosos que nos lanzaban sarcasmos. Por delante, las mujeres despeinadas; detrás, nosotros, confusos, iracundos, miserables; fue un alivio llegar a la esquina y doblarla rumbo a la comisaría de la Lagunilla.

Frente a la barra, y siendo yo el único de Jurisprudencia, me tocó hablar por el grupo. Empecé formulando protestas: éramos víctimas de un *atropello,* se maltrataba a unas señoritas... Un empleado entrecano, de anteojos, se alzó de su asiento y acercándose dijo con suavidad y firmeza:

—Agradezcan que son estudiantes, y váyanse... De lo contrario, a ustedes también los meto al bote...

En seguida, con una seña, mandó llevar a las mujeres a la detención. La ignominia del caso y la amenaza fueron decisivos. Nuestras amigas salieron un poco más tarde, esa misma noche, gracias a las gestiones de los de Medicina ante el practicante de guardia. Y se las llevaron los mismos que las habían socorrido. El resabio del alcohol, el asco de nuestra posición, todo contribuyó a dejarnos agobiados.

DOSTOYEVSKY

El buen Nacho Guzmán amenazaba con separarse de nosotros. Santos, alegre, pero tranquilo, metódico, decía:

—Acuérdate de Carlos Fernández; lo dábamos ya por muerto de tisis, y fíjate en Fulano, en Mengano —citaba los nombres de todas las bajas recientes del gremio, los destripados que por pereza y abandono se convierten en fracasados y parias que rondan la escuela o se refugian en las tabernas de la provincia... Lo que es tú no llegas ni al fin del año si sigues así.

Y, en efecto, mi salud estaba quebrantada. El abuso y los insomnios me producían un constante zumbar de los oídos. La desazón interior me ponía enfebrecido. Las mismas lecturas que nos inspiraban contribuían a nuestro desequilibrio. El que, por entonces, leía más entre nosotros, Ricardo Gómez Róbelo, llevaba el sobrenombre de *Rodión* por el personaje de *Crimen y castigo.* De esta novela decía el maestro Pallares que contenía mejor doctrina penal que todos los tratadistas. El ambiente de las vecindades infelices, el desconcierto de nuestros círculos estudiantiles, el tufo del despotismo, la complacencia de las autoridades con todos los vicios susceptibles de ser explotados, el desamparo de las mujeres caídas, el frenesí sentimental de nuestras almas, todo era tan cabalmente dostoyevskiano que con razón los libros del ruso nos conmovían la entraña. Y nadie volvía a acordarse, después de leerlos, ni de Zola ni de Daudet ni de France.

Gómez Róbelo, nuestro *Rodión,* al final de los ágapes estudiantiles levantaba su copa y nos hablaba estremecido con el dolor del mundo. Su inteligencia penetrante, su erudición (era ya un gran traductor de Shakespeare y de Poe), su don pasional sincero, todo hacía de él un tipo de genio prematuramente condenado. Era bien feo y se enamoraba de las más insignificantes prostitutas. Y si con frecuencia convertía su pasión en literatura y en oratoria, se lo perdonábamos porque era elocuente. Disertando de sobremesa entre copas nos daba idea de un Nietzsche maldiciente, pero generoso. Corría por sus mejillas el llanto durante el discurso, se rehacía en seguida y se tornaba optimista, ingenioso. Fue muchas veces la voz de nuestra amargura,

voz llena de presagios de épocas nuevas y de catástrofes, ahogos de angustia, dolor, crueldad, ansia de ternura y de dicha.

Y, porque vivíamos así, oprimidos, bastaba un incidente trivial cualquiera para excitarnos y lanzarnos a la exageración.

Con motivo de una campaña contra un gobernador (crítica abierta del Caudillo no solía hacerse), comenzaron a publicarse noticias vagas del mal trato a los trabajadores del campo, en la tierra caliente... Accidentalmente cayó en mis manos el diario y en seguida me encendió el recuerdo de los relatos de los alumnos ricos del Instituto campechano. Al momento escribí una larga y apasionada reseña de casos que me habían referido "testigos presenciales". Firmada la mandé al periódico. A primera hora del día siguiente hallé en primera plana el rubro: "Un estudiante de Jurisprudencia hace revelaciones." Al final de dos columnas de tinta fresca, mi nombre. Grande y virginal sacudida de la fama. Revisando mis frases las hallaba mejoradas por la letra de molde... Luego era verdad que bastaba con un esfuerzo... ¡Tan fácil así era el éxito!

Naturalmente, la campaña del diario se perdió en la indiferencia general. Los veteranos del jacobinismo usaban a los estudiantes para descargar sus viejos rencores contra la Iglesia vencida; en cambio, sellaban cuidadosamente la boca si se aludía siquiera a los sistemas del Caudillo. Más bien nos utilizaban para sus agasajos y adulaciones. Todavía recuerdo uno que me humilló profundamente. Estábamos en Preparatoria la tarde en que los diarios pregonaban el regreso feliz del dictador de un viaje a Tampico... Súbitamente, y obedeciendo órdenes de arriba, las clases se suspendieron y se nos reunió en el patio. Un grupo de alumnos distinguidos formó por delante con la bandera de la escuela. Y salimos en rebaño hasta la calle de Cadena. Las tropas nos abrieron paso; unas damas vestidas de verde y sombrerillos franceses del más acabado estilo —se veían esbeltas y elegantes— conversaban en un largo balcón y corrió la voz;

—Aquélla es Carmelita, la otra su hermana.

Carmelita, no obstante la manera familiar con que se le designaba, recibía acatamientos de emperatriz. Presidía una nobleza de Corte y pasaba por santa, pese a su abolengo de hija de un bribón que había traicionado al Presidente Lerdo. Por abajo, en las aceras, unos cuantos curiosos contemplaban, mantenidos a raya por los salvajes mercenarios de nuestro Ejército. Preferidos, atravesamos nosotros, porque éramos el argumento del fariseo, representábamos la popularidad del régimen. Al día siguiente los diarios informarían que "los estudiantes" aclamaban al pacificador de la República. No solo nos dejaron atravesar las filas de los esbirros; nos metieron al patio de la augusta casa y el propio Caudillo, al pie de la escalera, nos mostró su figura de ídolo azteca. De nuestras filas azoradas se desprendió un compañero que hizo ademán de hablar, pero no pudo hacerse oír. Confundido balbuceó algunas palabras y, por último, exclamó:

—Perdonad, señor; la emoción no me deja hablar.

Inmediatamente los comparsas iniciaron un aplauso y sonaron gritos:

—¡Viva Porfirio Díaz!

El Caudillo levantó la mano imponiendo silencio, y con voz trabajosa creyó expresarse: "Agradecía a la juventud", "él también había sido joven..." "Ahora el país estaba en paz", "nosotros deberíamos retirarnos en paz..." Una infinita tristeza inexpresable pesaba sobre nuestros hombros así que regresamos a la escuela para devolver la bandera y cobrar nuestro premio: un asueto rematado en el billar, en el prostíbulo o en la oscura alcoba del vecindario.

Otra vez nos convocó el escándalo. En la parroquia de Santa Catarina, próxima al barrio estudiantil, un cura de nombre Amado abusó de una hija de

confesión. Intervino el juez, y el cura fue excomulgado; pero había que aprovechar el incidente para desahogar los ánimos reprimidos por la tiranía. Pegando al clero indefenso, los viejos liberales se creían rejuvenecidos y simulaban la libertad de reunión. De paso, el astuto dictador recordaba a la Iglesia que su seguridad dependía de su arbitrio. Se juntó, pues, bastante público "culto". Fogosos oradores de dos o tres generaciones, hasta la nuestra inclusive, se lanzaron contra el Papa, increparon al Obispado inerme y ensalzaron las implacables Leyes de Reforma, sin acordarse de la Constitución, que nadie respetaba. Buen cuidado tenían los agitadores de no equivocarse resbalando hacia la crítica del régimen, y por si ocurría olvido, allí estaba, oído atento, el jefe de la policía; allí estaban los escuadrones de gendarmes y detrás el Ejército. Se podía increpar a Dios y al diablo, a la Iglesia y al extranjero; todo, menos la más leve alusión al amo de los mexicanos. ..

—¡Viva Juárez! —coreábamos—. ¡Abajo el padre Amado!... ¡Muera el Papa..., muera!...

En el instante en que la turba, empujada por los jacobinos, se disponía a franquear el umbral del templo, una señal del inspector desbocó sobre nosotros la caballería. Con el solo ademán cortaron los sables a la masa humana, que se abrió en brechas desordenadas. Hubo heridos de la espalda y del cráneo; escondiéronse en los zaguanes nuestros instigadores, y detrás de nuestros pasos en carrera se apagó el eco de las herraduras sobre el pavimento.

Y en verdad nos arrastraban a tales desmanes, pues las generaciones preparatorianas ya no compartíamos la saña anticlerical de las gentes de la Reforma. Desde que Lerdo y demás directores mentales de Juárez, reconociéndose incompetentes, confiaron a Gabino Barreda, el comtista, la dirección de la enseñanza secundaria, una escisión profunda quedó planteada en la conciencia nueva. Los viejos liberales la advirtieron demasiado tarde y cuando ye los asuntos políticos estaban fuera de sus manos. Los políticos positivistas escépticos en la cuestión religiosa, desentendidos de la cuestión anticlerical acogían lo mismo a católicos que ateos con tal de que reforzaran el partido llamado "Científico", cuyo credo definiera Justo Sierra y cuyas ventaja; usufructuaba una docena de cortesano: hábiles. A los viejos jacobinos les que daba tal o cual puesto en la judicatura, ninguno casi en la enseñanza. Si sentían, pues, despojados y traiciona dos en la doctrina, y más que al cura ya reducido a impotencia, odiaban los agnósticos y evolucionistas posesionados de la situación. El Dios abstracto de los jacobinos, Supremo Arquitecto Masónico, estaba suplantado por e Becerro de Oro de los negociantes, partidarios de la sumisión *a la realidad* Además, las dos influencias reconocí das de nuestra época, Justo Sierra, tolerante y culto y al final de sus día casi converso, y Pallares, irónico y escéptico, pero de confesión católica, n eran para mantener vivo el "fuego sagrado" del juarismo. Si acaso algún compañero procedente de retrasado instituto de provincia nos llegaba con arrestos jacobinizantes, en seguida e ambiente culto de la capital lo aplastaba. Los capítulos más radicales de 1 ley religiosa no solo no se observaban sino que, maestros positivistas como don Miguel Macedo, propugnaban la modificación de las Leyes de Reforma en el capítulo de personas morales, a efecto de dotar a éstas de la capacidad de adquirir bienes para enseñanza y beneficencia. La decadencia de universidades y fundaciones por causa de un sistema legal equivocado y sectario era prueba patente de la esterilidad de la Reforma.

En general, mi generación era escéptica, indiferente a la cuestión religiosa. Por mi parte adopté el comtismo y el evolucionismo y después el voluntarismo de Schopenhauer, como otras tantas etapas del largo experimento filosófico que sería toda mi vida. Aceptaba la cosmografía mecánica, pero sin

prescindir del primer motor misterioso, y en vano pretendía Spencer convencernos de que la aparición de Cristo era un episodio *sin mayor importancia* en el desarrollo humano. Lo que él no perdonaba a Cristo es no haber sido inglés. Asimismo, le molestaba Platón, cerebro superior al suyo, no obstante sus dos mil y tantos años de atraso en la cadena evolutiva... Pero no por eso sentía el impulso de volver a la fe de mi infancia. Echaba de menos la eucaristía, pero antes de acercarme a ella me hubiera sido necesario aclarar una serie de dudas referentes al dogma. De la Iglesia me apartaba la intransigencia del dogma. En este sentido Tolstoi me proporcionó un alivio. Según su manera, podía volver a sentirme lealmente cristiano. Y no desesperaba de resolver el caso del espíritu, dentro de la conciencia misma, a efecto de no crear dualismos como los que se atribuían a ciertos sabios católicos: la experimentación para la realidad; la revelación para el dogma. Yo aspiraba a un monismo, a una coherencia de experiencia y videncia. En la ciencia misma hallaría el camino de la presencia divina que sostiene al mundo.

Llegar a Dios por la experiencia. Y no tanto por la experiencia mística, según enseñaba William James en sus *Variedades de la experiencia religiosa,* sino por el camino fisicoquímico o en el descubrimiento de la entraña de la cosa. Por eso antes que los códigos leía textos como la *Irritabilidad,* de Richet, investigando el eslabón que separa lo físico de lo biológico. Ideaba una serie de procesos y avances hasta el momento en que el reflejo deja de serlo para convertirse en acto libre de propósito concreto, pura actividad de espíritu. Y a ella se dedicaría toda mi actividad de estudioso. . . Pero todo se quedaba en esquemas y planes. Ni era llegado el tiempo de formular conclusiones ni mi estado de ánimo se prestaba a ahondar cuestiones profundas. Me consolaba anotando las obras que tendría que ir leyendo, imploraba a mi destino oscuro pidiendo un suceso que provocase un cambio. Pues bien advertía el desastre de cada una de mis horas. Provisionalmente formulaba borradores, trazaba cuadros. En realidad, me agobiaba la impotencia, aunque soliese buscar excusas de carácter accesorio: que mi estilo resultaba confuso y pobre y que no era necesario escribir, sino vivir y pensar. Y contemplando el éxito de los camaradas que ya empezaban a publicar prosas selectas y bruñidas, yo ambicionaba un estilo suelto y conciso capaz de resistir la traducción a todas las lenguas, valioso por su contenido original y definitivo.

DE AMANUENSE

Regocijado, lo referí en la casa y los compañeros no querían creerlo. Me había llegado un aviso del juez Uriarte, lo había entrevistado y me mandaba con un su amigo notario, que me ofreció cuarenta pesos mensuales. Esa misma tarde comenzaría a trabajar, como amanuense. Comí de prisa, cepillé la ropa y me lustraba las botas, próxima ya la hora de entrada a la notaría, cuando apareció por la puerta abierta del cuarto en que estábamos reunidos María Sarabia. Con cuánto afán la había buscado. Pero faltaban veinte minutos para mi cita. La sorpresa me dejó confuso. Ella explicó: "Regresaba del campo: tenía la tarde libre: me la dedicaba." Perplejo me quedé mirando sin responder. Rápidamente se cruzaron en mi interior deseos contradictorios. Algo me dijo que aquélla era una ocasión única: pero llegar tarde el primer día, o no llegar, era también catastrófico. Con la impresión de que descargaba sobre mí un rayo, tomé una decisión tajante...

—No puedo faltar a un quehacer —le dije—: te dejo con los compañeros; a la noche, si quieres.

Al decirlo sentía que asesinaba mi dicha en el momento de tenerla, por fin, en la mano. Al mismo tiempo reflexioné:

"Si falto a la primera tarea, faltaré después a las otras, y mi suerte se habría derrumbado en el momento que podía levantarla."

Había dado mi palabra de estar puntual; me lo debía a mí mismo, no era digno de vacilar. Y me fui desgarrado y pensativo.

Desde aquel instante yo quedé marcado: pertenecía a la casta de los hombres de deber, a diferencia de los hombres de placer. Seguiría en lo adelante inflexible. El sacrificio me hacía daño, pero me entonaba. Con paso ligero marché por la ruta del éxito, dejando atrás, abandonada, la dicha.

El aire tranquilo de mi primer patrón, su tono afable y el dictado sobrio que me hizo escribir, absorbieron las horas de la tarde. Antes de despedirme, conversó conmigo el licenciado: "Le complacía servir a don Jesús, dándome trabajo; tendría yo toda su confianza." Regresé a nuestro vecindario despacio y pensativo; casi temía llegar. Por momentos una loca esperanza me llevaba a imaginármela todavía en mi cuarto esperándome. En seguida me convencí de haberla perdido para siempre. No tuve que preguntar. Al llegar a casa irrumpió el propio y prudente Nacho:

—¡Qué bruto eres!... Esa mujer venía a entregarse... y no la volverás a ver. Se ha marchado ofendida.

Por la noche mi almohada recogió las primeras lágrimas tributadas a la necesidad de ganar el pan. Y desde el día siguiente la carpeta de leguleyo cobijó bajo mi brazo las amarguras del decepcionado. Era parte de mi tarea visitar, después de clase, los juzgados para tomar nota de los acuerdos recaídos en unos cuantos asuntos que con la notaría llevaba mi licenciado. Las horas de la tarde se empleaban en la copia a mano de escrituras... Los asuntos se despachaban con lentitud. Mi jefe se apellidaba Aguilar y Marocho, descendiente del ministro de Maximiliano, señalado como traidor en los textos oficiales de la historia escrita por el liberalismo. Si en vez de triunfar los liberales se impone el Imperio, los traidores hubieran sido los gobiernos de la Reforma, con la prueba irrefutable de las concesiones de tierras a compañías extranjeras y la oferta a Washington del istmo de Tehuantepec. Sin embargo, a causa de que mis familiares eran burócratas del régimen reformista, y también por virtud de mi educación en escuelas públicas, compartía el odio al Imperio y el cariño a Juárez. Y no solo cariño, aun culto, pues cada 18 de julio asistía al Panteón de San Fernando, a la tenida blanca que le dedicaban los masones, con pebeteros de luz verde en torno del sarcófago y discursos que lo comparaban con Cristo. Bien es verdad que ya desde entonces los estudiantes comentábamos la vaciedad, la pobreza ideológica de los liberales y sus maestros europeos, Voltaire, Rousseau, Diderot; de todos los enciclopedistas no se sacaba un verdadero filósofo. Inspiraba curiosidad el caso de mi jefe, vástago de un conservadorista quintaesenciado y vencido. Parecía que una derrota sin esperanzas truncaba en él toda ilusión, dejándolo, a pesar de todo, bondadoso y honesto. Su actitud escéptica, reservada ante los hombres, contrastaba con su serena fe de creyente. Trabajaba despacio, con tesón y esmero. Cobraba poco, vivía como asceta, en la bolsa escondía un devocionario y solo cuando se veía estrechado a emitir juicios, fallaba sincero:

—Ése es hombre bueno.

Así opinaba el juez Uriarte. De los rematadamente picaros decía:

—Mucho cuidado, mucho cuidado; sea usted prudente.

O bien, por excepción y si el caso le parecía peligroso, se acercaba y casi en voz baja advertía:

—Ése es malo...

Algo de la experiencia y el fracaso del padre recaía en el hijo. Sin duda andaba por la República, diseminada, toda una generación del tipo de mi jefe, laboriosa, patriota y honesta, que a diario oía cómo a sus progenitores los acusaban de traición los mismos que, en contubernio desenmascarado con el extranjero, vendían los recursos nació-

nales, comprometían el futuro moral de la patria.

No obstante la simpatía que me inspiraba mi jefe, la rutina del trabajo no podía ser más penosa. Tener en la cabeza la ambición de escribir un ensayo sobre la manera como la voluntad de Schopenhauer se transforma en goce estético, y en las manos una pluma que copia las cláusulas de una compraventa de inmuebles, constituye un suplicio tan refinado como agotante. Pero mi buen sentido práctico ya desde entonces me anticipaba la frase que después conocí en Nueva York: *The only bad job is no job*... "El único mal empleo es el sin empleo"... Ni un instante pensé en renunciar, y, al contrario, me cuidaba bien de complacer aumentando siempre un poco más sobre la faena rigurosa de cada día. Necesitaba vencer la indigencia; ganarse la vida, ¿no era la primera obligación del filósofo? Ya después habría tiempo para escribir mazos, torrentes de ideas. Delante de mí se alzaba, emuladora, la imagen de Espinosa, vidriero óptico, rebelde, solitario y proscrito, formulando a la postre, y a pesar de todos los yugos, el mejor libro de su tiempo.

En realidad, estaba muy lejos de la fuerza de carácter y el amor de la sabiduría que nos aparta de la pereza y de las fáciles satisfacciones de la sensualidad. Metido en mi cuarto de estudiante pasaba las primeras horas del anochecer frente a los libros, pero bastaba que una guitarra gimiese a distancia para que toda la melancolía del mundo pesara sobre mis hombros. Y me dejaba ir por el océano de las divagaciones estériles, terribles enemigos del alma, desgaste y masturbación de la fantasía. Borracho de devaneos absurdos, me levantaba de pronto el resorte del apetito en brama. En la habitación vecina ya estaba congregado el círculo de los atormentados genésicos, entregado a desvaríos conceptuales. Tras de la última confidencia galante, surgía la exigencia del goce inmediato. Dentro de la misma vecindad adonde nos habíamos mudado, ciertas vecinas jóvenes que no nos saludaban nos regalaban canciones a dos voces. Las entonaban con brío, rematándolas con una exclamación de sabor campesino: "¡Zancas de gallo copetón!" Una ardorosa incitación al goce hinchaba el timbre de las voces femeninas. Con frecuencia salíamos de allí en busca de la ocasión, tomándola si se ofrecía, robándola si era preciso, pagándola si para ello daba el bolsillo.

Ocupábamos ahora dos viviendas de un enorme vecindario cuadrangular, situadas en los extremos altos del segundo piso. El comedor colectivo estaba instalado en la vivienda mayor, que se reservaron Guzmán, Santos y algún otro. Y al rincón opuesto, la vivienda menor, la tomamos *el Chango* y yo. Dentro del patio había otro cuadrado de viviendas de un solo piso, cuarto y cocina, separado por calle interior en torno. Allí hormigueaban niños, mujeres, ancianos. Frecuentemente toda una familia se acomodaba en un solo aposento. Sobre el número exacto de individuos sólo un censo habría podido informar. Pues aun los ocupantes de las viviendas mejores practicaban subarriendos y hospedajes. De extensión tenía la casa media manzana con frente a la calle. ¿Espalda de San Lorenzo? ¿Espalda de Santo Domingo? La memoria me falla en el nombre; no me fallaría para llegar al sitio... La espalda del vecindario daba a otra calle, por el barrio de las hueverías.

A casa nueva, amistades nuevas, fue nuestra divisa. Al efecto, para adquirirlas y de paso fraternizar con los vecinos, iniciamos nuestras veladas con un baile rumboso. A escote reunimos lo bastante para tres músicos, unas tortas compuestas, de pollo o de sardinas, y medio barril de cerveza, con limonadas para las damas y catalán con prisco para los alcohólicos. Los compañeros de la meseta gustaban del pulque, y aun nosotros solíamos probarlo si era curado de almendra o de plátano; pero, en general, nunca nos aficionamos al típico brebaje. Para invitar bailadoras se utilizaba al *Chango;* feo, pero agradábale y "labioso", inspiraba confianza a las

mamás. Se llenaron las tres habitaciones de la vivienda grande la noche de nuestra primera recepción y todavía repartimos catalán entre los varones que, asomados a las puertas, observaban en silencio. Casi todas las muchachas de la vecindad habían concurrido. Entre ellas descubrí una morena de grandes "ojos, llamada Marina. La monopolicé en el baile. La llevé a otro extremo del patio, a mi vivienda, para mostrarle libros y estampas. Estuve tentado de instarla allí para vivir juntos, ofreciéndole todo lo que tenía. Después de aquel baile, cada noche salía ella a su puerta, callejón abajo, y hablábamos cogidos de las manos, en la penumbra. Pronto se formalizó un noviazgo ardoroso. Su vivienda tenía entrada por el callejón del vecindario y ventana con verja de hierro a la calle de la espalda. Una noche logré desviar por allí un gallo estudiantil. Le dimos serenata; pero, cuando ya quedamos dos o tres rezagados, nos asaltó a palos un grupo desconocido que nos acechaba. Desairadamente tuvimos que echar a correr para escapar a peor fracaso. Pocas noches después acudí al corredor, encima de la vivienda de la bella, con *el Chango,* que le cantó en la guitarra. Estábamos en lo más sentimental de los trémolos cuando apareció en el callejón la figura de un hombre alto, de sombrero ancho y embozado, a insultarnos. . .

—Vaya, rotos tales. . .

La entonación del *Chango* vaciló notoriamente. Yo no me sentía nada cómodo, pero siendo el responsable procuré alentarlo:

—Acaba siquiera la canción y nos vamos.

Con visible esfuerzo concluyó el canto, y yo, tratando de disimular, exclamé:

—Bueno; ya es tarde, estará durmiendo; vámonos.

Al avanzar nosotros por la baranda alta, el desconocido nos seguía retando:

—No se vayan, tales... No se rajen...

Pasamos por delante de la vivienda de los compañeros, y uno de ellos dijo:

—No está Nacho, salió; todos están fuera; es mejor que se vayan a acostar, porque el sujeto ese no ha de estar solo.

Con temor de que nos cortaran a medio camino en el hueco de la escalera sin luz, nos apresuramos a ganar nuestra vivienda. Allí, por fin, cerramos prudentemente la puerta. Apenas habíamos prendido la luz resonó un toqui-do imperioso; *el Chango* se dejó caer en una cama, pero comprendí que, siendo fácil forzar nuestra puerta, era mejor aparentar serenidad. Sin sacar la pistola del escritorio, abrí bruscamente. Al instante se precipitó sobre nosotros el del sombrero, pero ya sin embozo, seguido de los compañeros, que reían y gritaban. No concebían que no hubiésemos reconocido a Nacho en la voz. Los cogimos entonces a almohadazos y a golpes en broma; luego nos tomaron el pulso a fin de dar fe del susto que nos habían dado.

Un domingo, en la tarde, me fui con Marina en tranvía por las cascadas de Tizapán. Me inspiraba un deseo violento, pero también consideración y ternura por su trato delicado y su desinterés. Toda la semana trabajaba de tapicera en un gran almacén. El aire del campo la puso dichosa. Cuando nos perdimos por los parajes solitarios del arroyo se prestaba a todo género de halagos y caricias, pero defendiéndose. Lo que más me impresionaba más tarde era la ocurrencia que tuvo, interrumpiendo una larga, íntima conversación amorosa, para decir;

—¿Y si nos matáramos? —y añadió el impulso de arrojarse, a tiempo que enlazados caminábamos al filo de un talud sobre la vía férrea.

—¿Estás loca? —le dije reteniéndola por la cintura.

Pasó aquello y volvió a estar alegre. Al descender del tren en el Zócalo se renovaron los abrazos y los besos en las sombras propicias del jardín, al costado oriente de catedral. Conocía yo una casa adecuada por allí cerca, y viéndome a la cara al resplandor de los faroles, inquirió:

—Bueno; ¿pero tú te casarás después conmigo?...

Bien sabía que, otorgando una vaga promesa, vencería el pudor de la ocasión, pero de tal modo me miró que no pude mentirle...

—No podría —contesté—; mis estudios. . .

Nos habíamos soltado las manos; caminó ella en dirección de su casa y la seguí en silencio, sin atreverme ni a tomarla del brazo... Cuando llegamos dijo:

—¡Qué tarde e s ! . . .

Luego, me despidió en su puerta.

Contando mi aventura a uno de los expertos de mi círculo, le oí decir;

—¡A quién se le ocurren esas franquezas !

Intenté verla como de costumbre la noche siguiente, y un hermanito me afirmó que no estaba en casa. Más tarde, por los vecinos, supimos que regresaba ya de noche y que la visitaba un señor elegante del Jockey Club. Desapareció poco después, y se dijo que le habían "puesto casa". Más o menos un año más tarde, Santos informó:

—Ni te imaginas: hablé con Marina; está de afanadora en el hospital.

Pasó todavía más tiempo, y una mañana, al abrir el diario en la página sangrienta, el retrato de Marina, momentos después de su muerte por envenenamiento. Me vino a la memoria su obsesión de suicidio. Pasa el tiempo y con él las penas de estos misteriosos encuentros, pero al correr de los años no queda punto sensible sin cicatriz. De allí, sin duda, la facilidad con que un viejo se enternece.

EL JOCKEY CLUB

El Jockey Club se me volvió un nombre odioso por el recuerdo de Marina y por otro asunto de envidias galantes. A la puerta del Jockey Club había unos sillones sobre la acera de la avenida de San Francisco, zaguán de los Azulejos. En las sillas o de pie, sobre el umbral de su palacio, vi un *dandy* saludando con familiaridad a Pepa, *la Malagueña*. Era ésta una deliciosa criatura de tez nacarada y ojos negros, turgente y esbelta, a lo maja de Goya, pero mucho más linda de rostro. Todos los días, a las doce, pero especialmente los domingos, la Pepa se incorporaba al desfile mundano de la calle principal. Su carroza, tirada por caballos andaluces, la mostraba entre ropas de azul o de lila. Una sombrilla de seda protegía del sol la cabeza adorable y nerviosa. Verla pasar sonriendo era un deslumbramiento. Cierto grupo de estudiantes aglomerados en la acera para contemplarla aclamóla una vez por el garbo del ademán, por el esplendor de su belleza delicada y voluptuosa. Luciendo sus dientes preciosos agradecía los homenajes y repartía ilusión. Pero precisamente en la puerta del Jockey Club levantaba ella la mano en un saludo cordial y dos o tres voces de macho envanecido gritaban: —¡Hola, Pepa!

El hada de un sueño se convertía, de esta suerte, en la presa fácil de los ricachos, y una doble rebelión proletaria y masculina me volvía rencoroso. Nunca he visto mujer más codiciable que aquella Pepa maravillosa, ni sonrisa más alegre, ni marcha más armoniosa que la de una tarde que atravesó Plateros a pie, ligera y sensual, delicada y seductora como una música que pasa.

UN REACCIONARIO

Corta fue mi permanencia en la notaría. El juez Uriarte me consiguió, por fin, un puesto en su juzgado, el último de la planta, pero bien pagado gracias a los emolumentos extraordinarios. Consistían éstos en gratificaciones por la copia de documentos y en honorarios de perito traductor. De los Estados Unidos llegaban en aquella época infinidad de actas, compraventas, poderes jurídicos escritos totalmente o en parte en inglés. Los presentaba el abogado con su traducción, la cual verificaba un perito nombrado por el juez.

Habitualmente el juez designaba el perito indicado por el mismo cliente, pero cada vez que lo dejaban libre me nombraba a mí. El nuevo trabajo me ocupaba toda la mañana; tenía que faltar a ciertas clases; para otras me permitían escapar. La práctica del tribunal me ahorraba la asistencia a cursos como Procedimiento Civil, cuyo examen di sin haber asistido a clase una sola vez. Solo para los cursos sustanciales, el Penal, la Economía Política, el Mercantil, cuidé la asistencia. De todas maneras, seguía la carrera de prisa y con desdén ostentoso. Una ocasión, precisamente en Procedimiento Civil, me dieron calificación inesperadamente alta. Mi pase usual era por tres medianos, el mínimo para no repetir curso.

En este caso, y por no tener a mi favor asistencias, había expectación. Salí del salón de examen y me rodearon los compañeros inquiriendo, como de costumbre, los puntos de la nota; alargando ésta prorrumpí:

—Me sobró calificación.

Había logrado creo que 2 B y un mediano.

En realidad, vivía inmensamente atareado. Las horas del juzgado eran cortas, pero abrumadoras. Y llevaba un curso doble para terminar la carrera de cinco años en tres y medio, como logré hacerlo. Y no era un desprestigiado como estudiante, porque veían todos mi paso de exhalación por los cursos, y para simple casualidad y audacia era ya mucho que no me reprobasen en una sola materia. Debía, pues, existir algún otro factor además de la suerte. Reconociéndolo así se daba el caso de que, al llegar la época de preparación de los exámenes, buscaban mi compañía por los corredores de Jurisprudencia los más respetados alumnos, los primeros premios del curso. Ya desde entonces Quiroz era una "potencia" en Mercantil. Sin embargo, me invitaba para estudiar. Y me decía con su tono poblano de cortesía muy discreta:

—Es que usted, compañero, tiene una facultad rara para leer de una ojeada todo un capítulo y después resumirlo en unas palabras, y eso... ¡en estos apuros de las vísperas de examen. . . !

En aquellas horas finales yo devoraba páginas, exprimiendo, condensando lo indispensable para el éxito en la prueba.

Mi atención total y amorosa no iba yo a desperdiciarla ni en Dalloz y Laurent, ni en el Leroy Beaulieu, ni siquiera en el simpático penalismo de Garófalo. Para leer todo aquello empleaba un sistema óptico que avizoraba el sujeto, el predicado de la oración, la esencia del párrafo, sin detenerse en adjetivos ni en sorites. De este *vol plané* salían como en panorama cuadros y esquemas, índices y conclusiones. Solo en un texto hallé resistencia de materia esponjosa, viscosa: un Ahrens que nos imponían a título de Filosofía del Derecho. Lo ponía de lado con arrogancia. ¿Qué tenía que ver el Derecho con la Filosofía?

Estudió conmigo otro compañero, ya desde entonces famoso; Luciano Wiechers, hijo de veracruzana y de banquero judío. Por astucia de poderoso no le había mandado el padre a Mascarones con los ricos, sino a Jurisprudencia, con los pobres. ¿Para que aprendiese a defenderse de ellos? Paseando el corredor, revisábamos no sé qué texto. Llevaba Wiechers zapatos nuevos y fue a tropezar con un ladrillo flojo del piso. Inmediatamente interrumpió la marcha y, subiendo el pie en una banca, se puso a pulir con saliva un leve rasguño de la puntera del calzado. Increpaba al mismo tiempo su torpeza, y, en seguida, explicó:

—¿Y usted estará pensando que qué puede importarme a mí, hijo de millonario, un raspón en la punta de un zapato? Es claro, no es el dinero; no pienso dejar de usarlo porque se ha raspado; lo que me duele es el daño causado en algo que es *mi propiedad*.

—Vaya —le contesté bromeando—, no presuma usted de Shylock.

—¡Qué Shylock ni qué literatura —repuso—, si lo judío lo llevo en la sangre!

Y rectificó:

—Judío de la banca, se entiende.

A propósito de la teoría de los contratos, comentaba que su padre era tan honrado que antes se pegaría un tiro que faltar a compromisos por él firmados. . .

—Eso sí —agregaba—, mi padre no firma jamás un contrato en que no estén de su parte todas las ventajas...

EN EL JUZGADO DE LO CIVIL

Lentamente había ido escapando de la abyección de nuestras fiestas estudiantiles. El teatro Arbeu contribuyó a libertarnos. En grupos ocupábamos la galería para aplaudir a las mujeres geniales de la escena italiana, cuya aparición dejaba hondas huellas de arte. Pero quedaba la hora terrible de la melancolía y la tentación: el atardecer. Para distraer algunas empecé a visitar la casa de don Francisco Pascual García, abogado oaxaqueño de la generación posterior a la Reforma, es decir, indio casi puro, en contraste de la gente que antes figuraba en Oaxaca, toda criolla: por ejemplo, doña Luz, su esposa, gorda y fea, pero blanca, de ojos azules. En Oaxaca llamaban *biches* a esta clase de ojos, y a sus poseedores *biches*. La *biche* Fulana, o sea la rubia de ojos glaucos gatunos. Don Francisco Pascual García había sido magistrado en San Luis y era conocido como escritor de nota y una de las columnas del partido católico. De trato fácil y chispeante, su gordura rivalizaba con su simpatía y su ingenio. Salvo el color cetrino, su tipo recordaba el de Renán o el de un canónigo un poco libre. Sorprende que los hombres mejor dotados de aquella época no dejasen obra social ni obra escrita. Sin duda los agobiaba el medio. El himno diario de toda la prensa, de casi toda la intelectualidad en alabanza de la medianía homicida encaramada en la presidencia desde los días de Bustamante y con diversos nombres, va deformando el criterio y lo lleva a perder la noción y el amor del héroe.

Don Pascual no era antiporfirista; al contrario, lo acataba como el mal menor del liberalismo. Las ironías de su ingenio polémico las reservaba para los positivistas como Justo Sierra. Amaba en él al poeta, pero después de celebrarle la *Playera* ("Baje a la playa la dulce niña..."), renunciaba la inconsistencia y la penuria del pensador. Se metía don Pascual con toda la familia librepensadora. De Renán afirmaba que era un genio al revés, porque habiéndose propuesto demostrar la humanidad de Cristo, quedaba convencido y convencía a sus lectores de su divinidad. A Comte no le concedía ni el rango y se limitaba a ridiculizarle los amores con Mádame de Vaux. A Rousseau lo trataba de loco y a Jorge Sand de libertina. De su biblioteca leía la *Indiana* y *Lelia* y las novelas de Hugo con las *Contemplaciones*. Una mesa llena de papeles en desorden, un estrado de sillones de cuero y anaqueles de libros por los cuatro costados de la habitación, tal era el sitio de las tertulias en que don Pascual disertaba de literatura o de filosofía con un diputado conservador, Aldasoro, y algún visitante.

Intervenía discretamente en las conversaciones su esposa, Luz, poetisa en su juventud y muy al tanto de cosas literarias. Me mostraba esta dama singular solicitud y cariño porque había sido compañera de escuela de mi madre en Oaxaca. De memoria solía recitar poemas enteros de Núñez de Arce, y de Bécquer, y de Lope de Vega. Recordando de pronto mi impiedad de preparatoriano, puesta delante de mí, declamaba el conocido

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?

¡Cuántas veces el ángel me decía:
"Alma, asómate a la ventana."

¡ Y cuántas, hermosura soberana,
"mañana le abriremos", respondía
para lo mismo responder mañana!

A don Pascual le divertía mi afición a los positivistas. Me interrogaba sobre

la misa dominical, a que varias veces asistí, con escándalo de la piadosa doña Luz.

—A ver, cuente, cuente —insistía don Pascual.

—Pues... un salón pequeño y aseado... Al fondo una plataforma con asiento de distinción y una tribuna. El público ocupa el sillerío y los personajes el estrado. La ceremonia comienza con una disertación del ingeniero Aragón sobre el sabio del día, según el mes y la fecha comtiana: Aristóteles, Tolomeo. Se avalora el servicio prestado al desarrollo de la humanidad por el santo positivista de la fecha y se concluye con el elogio de Comte. Y en vez de la Virgen, y para que no falte la representación de la deidad femenina, se recuerda a la Clotilde de Vaux, inspiradora de la vejez del maestro.

A menudo se intercalaba en el oficio alguna conferencia de tema como éste: "No es Jesús, sino Pablo de Tarso, quien construye el mito cristiano..." En alguna ocasión, ya para finalizar, el ingeniero Aragón recordó que Comte no por filósofo desconocía la importancia del arte, que conserva sitio, así sea modesto, en su cuadro. "En acatamiento de esta recomendación del maestro, los queridos consocios Zutano y Mengano ejecutarán al piano una romanza..." En este punto la hilaridad de los oyentes estallaba irreprimible. Y, en verdad, aun aquellos que acogíamos con benevolencia la nueva liturgia, no dejábamos de sentirnos molestos cuando en su nombre se hablaba de arte. Sin embargo, defendía mi apego a los positivistas por necesidad de un sistema cualquiera, aunque sea provisional. Pues lo que siempre me ha parecido impropio de una conciencia cabal es vivir sin coherencia. Comprendo al que pasa de un sistema a otro, pero no concibo la conformidad con el pluralismo y la retacería, la dispersión del saber en zonas desprovistas de unidad.

Por su parte, don Pascual reservaba sus más enconadas flechas para el verdadero jefe de los positivistas mexicanos de entonces, el médico y filósofo Porfirio Parra. Una vez lo oí disertar. Era muy trigueño y alto, y tenía la más hermosa cabeza de su época. Delicada y firme; cabeza de filósofo clásico. "La extensión de lo que conocemos es un islote en el océano de lo desconocido", afirmó en aquella velada, que me causó deslumbramiento. Don Pascual no escatimaba alabanzas al talento de Parra, pero le censuraba su doctrina. A menudo se burlaba de sus temas; pero también a ratos, rindiéndole parcial pleitesía, recitaba la *Oda a las Matemáticas.* Un poema de noble belleza y originalidad, acaso la mejor obra de Parra.

Ante la juventud de las facultades, Parra tenía prestigio de genio un poco atormentado y misterioso. Durante una larga época, y a consecuencia de no sé qué desastre amoroso, el pensador se había entregado sin recato a la embriaguez. Perdió con tal motivo cargos y cátedras. Luego volvió, corregido y sabio, a la vida pública. De su época parda se contaban anécdotas profundas. Por ejemplo, cierta noche, después de una orgía y aún bajo la influencia del vino, se quedó mirando el cielo estrellado y expuso:

—Quisiera disponer de la palanca de Arquímides y del anillo de Saturno para hacerle un violín (signo de desdén) al infinito.

Ante tal ocurrencia experimentábamos nosotros no sé qué perplejidad como de irrisión que desquiciaba el mundo.

Quizá también nos horrorizaba vagamente el estado de ánimo de la generación encarnada en Parra. Del ateísmo inconsciente y, por lo mismo, casi gozoso, de los liberales de la Reforma, pasaban ahora nuestros ingenios a la amargura del sarcasmo trascendental. Ignacio Ramírez había dicho:

Madre Naturaleza, ya no hay flores
por do mi paso vacilante avanza;
nací sin esperanza ni temores
y vuelvo a ti sin temores ni esperanza.

En Parra la arrogancia se volvía disgusto. Más inteligente, menos mediatizado por los afanes de la tierra, Parra se duele de no encontrar una senda en las estrellas y produce su mueca dolorosa. Sin duda su posición es ya menos conformista y estrecha que la del naturalismo antecedente. También más firme. Parra sabía matemáticas y era buen médico. Ramírez fue únicamente un demagogo.

Por otra parte, la vil situación política no dejaba a la ambición otro camino que el del éxito por el dinero. El endiosamiento del poderoso tiende siempre a reemplazar la imagen de Dios con la del César. Y el culto del hombre conduce al del Becerro. Porque si no hay más que el hombre, lo único que hace falta es el oro que da poder. Bajo el porfirismo, lo mismo que hoy, la medida de todos los valores la daba el oro, a excepción del valor del homicidio que acarrea también poder sobre el oro ajeno. Dueño cada quien de oro, bien o mal habido, ya podía cualquiera ensayar todos los excesos salvo el de la desobediencia. *Try to make money honestly, but if you can't, make money.* ("Haz dinero honradamente si puedes; si no, hazlo.") Tal nos decía en el norte la supercivilización de los aptos y selectos, la aristocracia biológica proclamada por los darvinistas, última palabra del saber científico. Y veíamos a nuestros ricachos importando de Europa cortesanas y amantes, o metiéndose a las casas de prostitución para romper espejos y estarse emborrachando un día entero o dos, mientras la música tocaba, tocaba. No pocos jóvenes tomaron como modelo de ambición el político rastrero que compra en La Esmeralda un collar de diamantes para su manceba después de un discurso servil en la Cámara, o el latifundista que en una noche de bacanal canalla derrocha un caudal que luego mermará del jornal de sus peones. El dinero y el goce, privilegio del apto; el dolor y el trajín, patrimonio de los inferiores y los ineptos, que, más bien, deberían desaparecer: tal la sociología de la época. Exprimir de la vida todas las capacidades de goce que contiene: tal su moral. Y corno arte, la *Salomé,* de Wilde, que se cubre el sexo con una gran esmeralda. Exaltación de la fastuosidad y el poder. La *Piel de zapa,* de Balzac, era un prudente aviso, pero era menester acercarse a *Nana,* la mosca de oro que, así contamine, regala el goce.

De nuestra capital se decía que era un pequeño París, pero solo porque de París copiábamos los vicios. ¡Ni quien recordase al París de la disciplina científica y el genio literario, mucho menos al París de las libertades públicas!

Y, en verdad, la capital de entonces no era el cementerio en que han convertido al México moderno los constantes asesinatos, pero ya contenía los gérmenes del actual canibalismo. Ningún buen ejemplo daba la capital y sí el espectáculo de placeres sórdidos sin la aureola de la ironía y la libertad. Cada uno de los generalillos que en la sombra de la Revolución han medrado escuchaba el relato de las orgías vulgares de una metrópoli cortesana y aplazaba su hambre de goces brutales. Su primitivismo no les permitía estimular lo valioso de la metrópoli, las costumbres corteses y humanas, y la cultura, la pasión de la música que sostenía ya una orquesta sinfónica y un cuarteto; la buena ópera cada año; el teatro italiano de drama y comedia.

No ha vuelto México a disfrutar el rango que le daban las temporadas en que desfilaron Virginia Reiter, la Vitaliani, la Mariani. Nunca habíamos oído llorar como la Reiter, ni ha pasado después por nuestra escena una trágica como la Vitaliani.

La acción oficial por medio de Justo Sierra fomentaba la afición del pueblo mexicano por el arte apasionado y grande. Nuestro Conservatorio se conmovía con la presencia de los grandes artistas latinos; el ministro de Educación les dedicaba discursos elegantes y el público apoteosis generosa. La María Antonieta de la Vitaliani resultaba su-

perior, sin duda, a la pobre atolondrada que fue reina de Francia.

¿Y la Mariani? Pasión personal y platónica de no pocos jóvenes de mi época, nadie la igualó en el arte de amar, de acariciar, de burlarse, de sonreír. La gracia, la lujuria, la ternura, la seducción de la mujer alcanzaba en ella potencias avasallantes. Ensayaba a Ibsen o a Suderman lo mismo que una comedia francesa o un terrible drama italiano. La noche de su beneficio nos cotizamos algunos estudiantes para enviarle un ramo de flores. A la salida nos dio a todos la mano, acompañada de un *bona sera* luminoso. Después de aquel contacto con sus dedos nerviosos, expresivos, guardé la mano en el pecho para conservar mas tiempo la huella. Si un mago en aquel instante me hubiese puesto a escoger el mayor don de la tierra, le pido a ella.

. Cuando años después escuché la voz de oro famosa de la Sara Bernard, me reí. Aquel idioma nasal, aquella tradición académica, resultaban imposibles ante el recuerdo de la melodía viva y la caricia dulce de la actriz italiana. ¡Pobres parisienses, que la ignoraban! ¿Y la *Zaza* de la Mariani, toda alegría, dolor, tristeza, lujuria, fatalidad? Le vi esta pieza en Nueva York muchos años más tarde a la más célebre actriz norteamericana. Daban ganas de matar a la actriz, y la pieza sonaba vulgar, ridícula. Nos visitó también la Tina di Lorenzo, bonita y sabia en el arte de adaptar las joyas al traje. ¡Y la Boreli en el esplendor de su cuerpo ágil y sensual que lucía semidesnuda en una *Salomé* danzada!

En música, por la misma época, la capital de México —hoy reducida a menos que Texas— se daba el tono de lanzar celebridades como la Tetrazini, que cantó hasta en las plazas de toros de provincia aclamada como una reina un año antes de su éxito mundial del Metropolitan neoyorquino. Dentro de la relatividad de plaza del nuevo mundo. México era quizá la única adonde iban los artistas no solo por los tostones, sino también por el aplauso de un público atento, fino de oído, apasionado de la belleza.

DE PASANTE

En el juzgado duré poco, porque mi jefe, Uriarte, "ascendido" de pronto a senador, abrió bufete y me llevó consigo. El porfirismo sometía a sus fieles a la disciplina de la humildad. El licenciado Uriarte, cincuentón provinciano, acomodado, sobrino y heredero de un obispo, sirvió largos años el humilde Juzgado de lo Civil, de la capital, hasta que la mano todopoderosa del Caudillo premió su fidelidad con un puesto en el Senado. Tras la prueba de la obediencia, ahora entraba en la del servilismo. En la Alta Cámara se halló de colega a otro provinciano, solo que iletrado y adusto, el señor Carranza, que, nada soñador, ni sospechaba que un día ya próximo iba a resultar revolucionario. No se toleraba a los senadores otra actividad que poner la firma sobre los decretos que periódicamente mandaba don Porfirio. Por eso los que tenían profesión la ejercían: Carranza, indocto, dedicaba sus ocios a la lectura del *México a través de los siglos,* especializándose en los métodos gubernamentales de Santa Anna: nada de contabilidad científica a lo porfiriano; las aduanas, a los compadres, y, en materia de cuentas, ni pedirlas ni rendirlas.

Por su parte, don Jesús Uriarte se creó una clientela jurídica reducida, pero adinerada, y emprendió negocios un tanto usurarios, pero legítimos y seguros. Por ejemplo, compraba una casa en remate judicial, mínima postura, la repintaba y la vendía en el doble. Los senadores del tipo Carranza nunca renunciaban sus cargos; jamás se hubieran dado posición propia ventajosa. Don Jesús Uriarte pudo renunciar y seguir obteniendo ganancias en su pro-| festón. Pero el funcionarismo porfirista, aparte de burocracia, había llegado a constituir una especie de nobleza

codiciada, aun por los capitalistas. Confería privilegios negados al común de los mortales y garantizaba la seguridad personal. Daba patente de impunidad y gloria cortesana. Muchos funcionarios porfiristas fueron honorables. A muchos de ellos despidió Carranza en su época porque no se avenían al estilo nuevo de rapiña y desorden. Pero cuidaba siempre don Porfirio de mezclar, a los ocho jueces de la capital, a los veinte magistrados de la Suprema Corte, dos o tres reconocidos bribones de que se valía para forzar sentencias en los casos que le convinieran. Los "honrados" se doblegaban consolándose con no ser autores sino apenas encubridores de la corrupción de la justicia. De los concusionarios y serviles decía el Caudillo, en su léxico de estadista romo y vulgar, que eran el "retrete" necesario en toda casa. Por lo demás, a diario las víctimas del civismo eran arrancadas de sus hogares para el fusilamiento, sin que jamás protestase ningún magistrado. El mismo silencio que ha vuelto a amparar al callismo sellaba ya los labios de los jueces de la Suprema Corte. Y el mismo don Jesús, incapaz de vender la justicia, hubiera sido también incapaz de renunciar así lo hubiese nombrado "policía honorario" el Caudillo.

Don Jesús no era hombre de libros; conocía su profesión de abogado práctico y le dedicaba las mejores horas del día. Los domingos, después de misa, paseaba en coche por Plateros y en la tarde visitaba con su familia la casa de algún personaje amigo. Comía moderadamente y dormía sus ocho o nueve horas diarias. Un especialista de París, en el viaje a Europa que rematara su triunfo senatorial, le expidió un certificado garantizándole veinte años de vida a condición de observar ciertas dietas que, al excluir la champaña y los vinos caros, de paso le protegían el bolsillo. Alto y blanco y un poco enjuto, barba azulosa y bigote recortado, cabellos todavía negros, peinados con esmero sobre la frente escasa, don Jesús era un feo varonil, elegante. Me gustaba su manera directa y lacónica de redactar sus demandas; ni adornos curialescos ni recargo de citas:

—Hechos claros y ley aplicable al caso —decía.

Y lo lograba. Llegado el momento de informar en las salas, solía decirme:

—A ver: usted, que lee tanto, búsqueme por allí algún relleno para este alegato.

Registrando el Baudry Lacantinerie, el Laurent o el Manresa, le proporcionaba entrecomillados. Después de todo, pensaba yo, esta meretriz, la Jurisprudencia, no merece mejor trato que el que le otorga don Jesús razonando a empellones y destrozando el estilo. Comúnmente ganaba los pleitos.

Aunque de trato áspero, don Jesús era bondadoso y, como dicen los chilenos, "querendón". Creo que me apreciaba porque, no obstante regatear mi salario con avidez, me prodigaba confianzas de familiar y a veces me invitaba a su mesa. Su esposa, Refugio, bella todavía en sus cuarenta, era de una encantadora afabilidad provinciana, pero distinguida. Su hermana Adelaida, solterona no bonita, pero cortés y sencilla, compartía con ellos el hogar. Empezó una ocasión la comida con unos ostiones de Veracruz, raros en aquella época y caros, pero no con exceso.

—A usted, V..., no le gustan las ostras, ¿verdad?

—Sí, señor, ¡sí me gustan!

—¡ Ah, que tú, Jesús! ¿Por qué no le han de gustar? —intervino Refugito, sirviéndome.

A poco trajeron, para el *pater familias,* media botella de cerveza... Advertido de las anécdotas que corrían sobre su tacañería, me propuse hacerla de cínico.

—¿A usted le gusta la cerveza?...

—Sí, señor; me gusta mucho...

Y nos quedamos todos mirando la media Toluca helada, incitante.

"Mandará traer otra", pensé. Pero el viejo, sin inmutarse, aguardó a que el mozo descorchara; luego, de su misma media botella, me llenó un vaso; se sirvió otro, apenas lleno... En cambio, el

hombre era capaz de desvelarse por servir a cualquiera. Quizá solo era enemigo del desperdicio, y yo me encontraba en ese período de anarquía juvenil en el cual derrochamos lo que nos cae a mano por ignorancia del esfuerzo que ha costado crear no importa qué porción de riqueza. Con frecuencia las señoras sacaban a don Jesús del despacho para ir a visitas a la hora del té. Me quedaba entonces dueño de su biblioteca, paupérrima, insignificante en cuanto a libros, pero silenciosa, propicia para el estudio y el fantaseo. Divagar horas y horas a solas, pero estérilmente, tal ha sido mi vicio más dispendioso.

Don Jesús pagaba mal. Se había convenido que, en calidad de pasante y además del mísero sueldo, me quedarían los honorarios de algunos negocios menores. Escatimábame estos honorarios de una manera indigna. En cambio era generoso en sus alabanzas de mi talento y mi discreción.

—Hable usted, hable todo lo que quiera —indicó una vez a una señora, su cliente, que le había hecho seña de que me mandara al saloncito anexo—. Este muchacho es de confianza; pero, además, esté usted segura de que se le olvidará lo que oiga, porque él solo piensa en lo suyo.

Durante su viaje a Europa, don Jesús dejó el despacho a cargo de mi antiguo jefe, el notario Aguilar, quien, para cuidar mejor la casa, consintió en habitarla. El departamento interior, dedicado al bufete, quedó casi a mi cargo. Una hora cada mañana me dedicaba el abogado y notario, durante la cual le informaba de mis gestiones, le entregaba lo cobrado, le consultaba de trámites jurídicos. Siempre benévolo, pero cada vez más misántropo, me confió Aguilar que obligaba a las criadas a dormir fuera de casa, porque...

—Sabe usted..., ¡el diablo está siempre alerta! No me gusta ninguna de estas pobres muchachas, pero qué sé si alguna noche, desesperado, una mala idea..., hago yo aquí un disparate... Es mejor alejar la tentación...

Y el día se lo pasaba leyendo... casi siempre el devocionario.

Si no le aumentamos, sí le conservamos a don Jesús los ingresos durante los cinco o seis meses de su ausencia. Cuando regresó, al licenciado Aguilar, que le servía gratuitamente, le dio las gracias. A mí me obsequió un par de corbatas de a cinco francos. Y como observaba que no me las ponía, me espetó una conferencia sobre la humildad...

—Yo le hablo por su bien; ya soy viejo, usted tiene dones, pero es muy orgulloso; no es bueno serlo tanto...

Además, me seguía dominando otro enemigo que don Jesús quizá no advirtió: la lujuria. Con qué fruición apañaba los billetitos de cinco pesos, sésamo de los paraísos mahometanos del barrio del Salto de Agua y Regina. Patio de ladrillos flamantes y plantas, luces eléctricas, trinos de voces alegres. En el salón alfombrado, multiplicándose en los espejos del muro, danzan al son de un piano veinte o treinta mujeres desenvueltas, morenas o rubias, gordas, delgadas, todas limpias, bien olientes, acogedoras, fogosas. Bastaba franquear el umbral y sin siquiera quitarse el sombrero, con solo extender los brazos, caía en ellos un tesoro palpitante y elástico. Rápidamente la intimidad del baile enciende las mejillas, enardece las formas turgentes. Una borrachera de sensualidad finge la cabal ilusión de la dicha.

Y luego, nada de compromisos, nada de promesas, nada de celos. Únicamente amistad y regocijo. ¿Por qué, entonces, si no es por predestinación al martirio, volví a caer en las redes que yo mismo tendía en torno a la novia de la pensión Orozco? Cuestión quizá de prejuicio romántico que opone al vicio la pureza intacta. Muy cara se suele pagar esta hipocresía masculina que gusta del relajamiento y luego ambiciona el refugio de la exclusividad, para conquistar el aburrimiento cuando no la perpetua discordia. Amor casto: mezcla

Indigna del apetito que es instinto y de esas pocas cosas nobles, sagradas, que la humanidad arranca penosamente a la zona del apetito, la amistad, la lealtad, aun el amor, pero sin exigencias, ni resabios de cópula.

Y no era más que una de tantas formas de la sensualidad lo que me ataba a mi novia. Viéndola con un poco de atención, después de varios años de ausencia, no hallaba en ella esa simpatía espiritual que prolonga el afecto. Los asuntos que me preocupaban, literarios o éticos o filosóficos, no podía ni siquiera iniciarlos con ella. Durante nuestras pláticas, si estaba presente la tía María, mi novia callaba mientras discutíamos la tía y yo. Y el silencio que interpretaba como asentimiento de mis opiniones, no era sino indiferencia e incomprensión. En cambio, tenía mi novia un modo gallardo de caminar que, pese a las advertencias contenidas en la tesis schopenhaueriana que sabía de memoria, determinaba mi esclavitud. Siempre me han seducido en la mujer las piernas rectas y el talle flexible. Padezco tiesura de articulaciones y rigidez muscular; añádase mi pierna derecha un poco arqueada y se comprenderá hasta qué punto quedo indefenso delante de cualquier mujer con piernas de bailarina y soltura de ademán...

Se hospedaba mi novia con los Calderón, y a menudo nos reuníamos para pasear o tomar un helado ella, María y yo. Con la tía María sostenía ahora discusiones a la inversa: ella se había reconvertido a la Iglesia tan fervorosamente que estaba para entrar de monja. Yo me afirmaba spenceriano frente a la misma que, por primera vez, puso en mis manos un libro de Spencer. Discutíamos sin encono. Asistimos juntos a las conferencias-sermones del jesuíta mexicano Díaz Rayón, en la iglesia de San Francisco. Usaba Díaz Rayón una dialéctica vigorosa de asceta enjuto y fuerte, pero duro. Por lo menos así me lo pareció en la única conversación que a instancias de María celebramos. Quizá yo iba dispuesto a reconocer la grandeza de la revelación, y aun a entregarme a ella, pero quería hacerlo sin coacción. Me molestaba, le dije, el abuso que la Iglesia hace de la amenaza y el anatema; quería que las obras justificaran con primacía sobre la fe. Si un hombre era bueno se salvaba, aunque no creyese; si era malo, se condenaba, aunque confesase todo el credo.

—No puedo aceptar —le dije— un Dios menos bondadoso que yo, y no sería yo capaz de condenar para siempre a un pobre diablo bastante tonto para no ver lo que a un iluminado parece evidente.

Hallaba una injusticia fundamental en la teoría de la gracia. El padre famoso no tuvo tiempo o no tuvo simpatía para mis dudas; me dijo que estaba imbuido de orgullo y vanidad y que era inútil toda discusión; me desahució con gran pena a mi pobre tía. En realidad, me alejó de la Iglesia muchos años, no sé si por culpa de él o por culpa mía; solo anoto el hecho.

Y lo hago sin negar que era grande mi vanidad y me llevaba a juzgar mis opiniones como novedades únicas y magníficas. Un tanto me corrigió el descubrir por esa misma época, en los *Heterodoxos,* de Menéndez Pelayo, que no eran nuevas mis herejías. Con solo decirme esto el jesuita me habría desarmado, pero no le merecí bastante atención.

La tía María profesó en el Sagrado Corazón; su título de normalista le sirvió de dote; la mandaron a Francia, luego a España, antes de reintegrarla a la América. En días de su despedida del mundo llegaron a México mis hermanas. Venían, por fin, a vivir conmigo, separándose de la madrastra. Las trajo mi padre, que pasó una temporada con nosotros en la capital. Mi hermana Concha, impresionada quizá con el ejemplo de María, empezó a dar muestras de devoción exagerada. Se negó a pasear y a divertirse; pasaba el día rezando y escapaba cuando podía a las iglesias.

UN ATENEO DE LA JUVENTUD

Nuestra agrupación la inició Caso con las conferencias y discusiones de temas filosóficos en el salón del Generalito, de la Preparatoria, y tomó cuerpo de Ateneo con la llegada de Henríquez Ureña, espíritu formalista y académico. Lo de Ateneo pasaba, pero llamarle de la Juventud, cuando ya andábamos en los veintitrés, no complacía a quien como yo se sintió siempre mas allá de sus años. Era como ampararse en la minoría al comienzo de una batalla comenzada antes del arribo de Pedro Henríquez. La batalla filosófica contra el positivismo. El abanderado fue siempre Caso y nuestro apoyo Boutroux. El libro de éste sobre la contingencia de las leyes naturales, hábilmente comentado, aprovechado por Caso, destruyó en el ciclo de conferencias toda la labor positivista de los anteriores treinta años. No puedo decir que a mi también me impresionara el libro de Boutroux. Negativo en sus conclusiones no me importaba gran cosa el problema de si las leyes de la ciencia eran simplemente sumas de experiencias o coincidían con la necesidad lógica; lo que yo anhelaba era una experiencia capaz de justificar la validez de lo espiritual, dentro del campo mismo de lo empírico. Y es esto lo que creí deducir de Maine de Biran y su teoría del "sentimiento del esfuerzo"... De aquí la doble dirección del movimiento ideológico del Ateneo. Racionalista, idealista con Caso; antiintelectualista, voluntarista y espiritualizante en mi ánimo.

Por su parte, los literatos Pedro Henríquez, Alfonso Reyes, Alfonso Cravioto, imprimieron al movimiento una dirección cultista, mal comprendida al principio, pero útil en un medio acostumbrado a otorgar palmas de genio al azar de la improvisación y fama perdurable sin más prueba que alguna poesía bonita, un buen artículo, una ingeniosa ocurrencia.

Por otra parte, mi acción en aquel Ateneo igual que en círculos semejantes fue siempre mediocre. Lo que yo creía tener dentro no era para ser leído en cenáculos, casi ni para ser escrito. Cada intento de escribir me producía decepción y enojo. Se me embrollaba todo por *falta de estilo*, decía yo; en realidad, por falta de claridad en mi propia concepción. Además, no tenía prisa en escribir; antes de hacerlo me faltaba mucho que leer, mucho que pensar, mucho que vivir. Algunos de mis colegas lo comprendían y afirmaban su esperanza en lo que al cabo haría. No faltó, sin embargo, el literatuelo precoz y más tarde fallido que me dijese como negándome el derecho de ateneísta:

—Bueno, y tú ¿qué escribes, qué haces?

Le respondí, deliberadamente enigmático y pedante: —Yo, pienso.

Con todo, se acercaba la fecha del examen profesional y era menester presentar una tesis. Ningún tema jurídico me interesaba. La Economía Política la había estudiado como el que más, rebatiendo al catedrático el supuesto carácter de ley que daba a la oferta y la demanda, oponiendo, al Leroy Baulieau del texto, los argumentos socialistas a lo Lasalle y Henry George. Pero aquello era la despensa del edificio científico, tema para las amas de llaves de la inteligencia. Eliminando aquí y allá, llegué, por fin, a la única pregunta que me había interesado en relación con la disciplina jurídica: ¿Qué puesto ocupa ésta en el concierto de las causas? ¿Cuál es la índole íntima del fenómeno jurídico? ¿Qué relación hay entre el acto jurídico y la ley más general de la ciencia, la ley de conservación de la energía? En otros términos, deseaba ensamblar en la doctrina de la Preparatoria la práctica de Papiniano. Para ello urgía otorgar al Derecho un valor conexo del principio general del saber de la época. Así como para el romano la lógica aplicada a las relaciones sociales dio la norma jurídica, ahora había que buscar un entrón-

que causal y dinámico para explicar las funciones sociales y, más especialmente, los conflictos de apetencia que determinan la necesidad del Derecho. Una solución dinámica; con solo enunciarlo ya tenía marcado el camino, pero el momento era tímido. Todos mis compañeros escribían a base de citas y entrecomillas. Los libros del propio Caso dan fe de esta tendencia erudita. Los literatos de mi grupo no se decidían a escribir, por ejemplo, una novela; se gastaban en comentarios y juicios de la obra ajena a lo Henríquez Ureña, que' les hacía de maestro. Atenido, pues, a mi propia audacia, busqué analogías del acto jurídico con el acto voluntario de los psicólogos, con el acto biológico, con el proceso químico, y finalmente, con el mecánico. Tal y como se solucionaban los conflictos de fuerza, así deberían solucionarse en una sociedad perfecta los conflictos jurídicos. En teoría, quien más haya menester de una cosa, quien más ponga en ella apetencia y voluntad, ése debe ser su dueño. En torno de estas apetencias sinceras la sociedad debe obrar como en la composición de fuerzas, colaborando con los deseos nobles, vigorosos, pero libres de mezquindad. Me hacía falta entonces discutir, hablar las ideas antes de escribirlas. Con Caso me puse a hablarlas, me ayudó con su instinto de sabio y su visión lúcida. Él no estaba conforme con mi ocurrencia; el Derecho era un fenómeno social; no aparecía donde no había coacción; no era legítimo concebir el Derecho como un impulso natural, menos como una fuerza. En torno al *Tratado ético político,* de Espinoza, discutimos largamente. Fundándose en el libro de Fouillé sobre las ideas fuerzas, objetaba yo que, aun la ideación, fenómeno más imponderable que la voluntad manifestada en el derecho, era asimilable y debía serlo al concepto de fuerza, noción física de toda la filosofía, noción moderna.

Escribí sobre el Derecho como fuerza y dinamismo interno de las relaciones sociales. Partiendo del concepto primordial de impulso, procuré determinar de qué manera, dentro del juego múltiple de la dinámica emerge la oposición jurídica tan fatalmente como choca y se combina la fuerza de los remos y la fuerza de la corriente en el bote que sube el río. . . Cuando llegué a definir: "Concepto dinámico del Derecho", sentí pasar por la frente un relámpago. Antes que a nadie leí mis cuartillas a Caso...

—Es curioso —observó—; ha escrito usted bastantes páginas sin hacer cita y sin perder de vista su tema... Es raro que nosotros no podamos escribir así... En fin, es original su trabajo y lo felicito.

Y su enhorabuena fue sincera, porque, consciente Caso de su propio va-|1er, no conocía la envidia y era por naturaleza generoso.

MIS HERMANAS

Vivíamos ahora en Tacubaya, a la vuelta de la Ermita. La casa, muy modesta, de un solo piso, tenía esa absurda planta en alcayata que tanto se multiplicó durante el porfirismo; mezquina arquitectura tan expresiva de la época ruin. Al frente dos habitaciones, salón y alcoba, cada una con balcón éntrese lado a la calle. Por el interior una serie de alcobas a lo largo de un corredor estrecho, en torno a un medio patio con macetas y plantas. Al fondo, el baño y la cocina. En la alcoba, un balcón a la calle, se instalaron mis hermanas. Contiguo a su dormitorio, el mío con puerta al interior; en seguida la abuela y más allá Carlos y Samuel. Mi padre estuvo con nosotros hasta la fiesta de mi recepción de abogado, que costeó muy ufano, y luego se fue a su nuevo puesto por la frontera de Sonora. Vivimos en esta casa una corta temporada dichosa. Desde la muerte de mi madre no habíamos estado juntos. Cada peso libre y cada hora de asueto servía para darnos algún paseo por teatros o refresquerías. Los domingos por la tarde escuchábamos la orquesta del

Café Chapultepec, tomando cerveza o helados. Frecuentemente nos acompañaba mi novia, establecida también temporalmente en Tacubaya. Si quería sorprender a las mujeres, presumir de calavera, bastaba con beberse un ajenjo mientras ellas tomaban sus helados. La vida de familia, después de tanta pensión ingrata, me resultaba agradable. Mis hermanas eran bonitas y alegres, un poco descuidadas en los asuntos de la casa; pero yo estaba tan habituado al desorden, que ahora sentía la comodidad de tener quien juntara la ropa de lavar, hiciera las cuentas, dispusiera la comida. De no ser por cierta exigencia que me obligaba a escapar algunas noches, como los gatos cuando se echan por los tejados maullando, nada hubiera tenido que buscar fuera de la casa. La mujer como hermana era una novedad que me resultaba dulce, entrañable... Pero ¿qué cosa no echa a perder la impertinencia de la juventud, su arrogancia? Los enojos empezaron por causa de Concha. No quería acompañarnos al paseo, no iba al teatro, no se adornaba, se mostraba siempre cordial, pero apartada, encerrada, iglesiera. La tía María, en vísperas de irse al convento, había paseado con nosotros y bromeado. Concha, en su propia casa, se anticipaba a la clausura. Aquello me dolía y me irritaba. Y no pudiendo desahogar mi enojo con ella, lo lanzaba contra los "curas", acusándolos de influir en su preocupación. Tildaba la religión de fanatismo y la vocación monjil de manía. En el mundo podía hacer el bien, y eso era mejor que estarse rezando. Que se convirtiera, si quería, en asceta, pero laica y metida a trabajar en buenas obras. Había en el mundo bastantes males que remediar; en fin, y de manera inconsciente, recitaba la tesis protestante de que se nutre nuestro seudoliberalismo. En vano intenté obligarla a la lectura de obras en boga sobre el misticismo como histeria y casi locura. Casi no quería creer que se iría. Me tranquilizaba saber que, no teniendo quien le diera la dote, no la recibirían. Pronto descubrí que las mismas influencias que ayudaron a María se movieron en favor de Concha. No sé si una señora rica dio algo de dote o si la recibieron porque su conocimiento de idiomas y sus dos años de normalismo podían habilitarla de profesora; el caso es que se fue, también con las Damas del Sagrado Corazón, primero a Francia, después a España. Marchó contenta y nos dejó tristes, confusos. Y a mí irritado.

Por algún tiempo Lola y Mela tuvieron que soportar mis abusos. Con la intención de inmunizarlas contra la máquina religiosa, pero con crueldad y torpeza que hoy me abochornan, no solo les discutía y les contradecía en cuestiones de creencias, sino que, de obra, los días de vigilia me hacía servir por la criada un plato de carnes frías, mientras ellas tomaban su bacalao.

A la disputa religiosa vino a añadirse otra causa de discusión. Supe por la abuelita que Mela aceptaba las atenciones de un pretendiente[1] que le rondaba la calle. Se trataba de un sujeto alto, un poco gordo, medio conocido mío de la Escuela Preparatoria, ricacho del clan tacubayense. Una suerte de tenorio pueblerino. Sin prudencia, pero con claridad y cariño, advertí a Mela del peligro de aquellas relaciones. Tanto ella como Lola me defendieron vivamente al sujeto como un caballero y como si ellas pudiesen conocerlo mejor que yo. Pasaron semanas. Algunas veces yo llegaba tarde, otras me dormía temprano. Viendo que no me enteraba de nada, la abuela, por fin, me advirtió: Mela platicaba con el galán a medianoche por el balcón. En seguida les puse la celada. Llegué temprano, pretexté una jaqueca, me retiré a dormir y esperé en cama a medio vestir, con la luz apagada. Cerca de las diez oí entreabrir las vidrieras. Lola no se movió de su cama; pero Mela, instalada en su barandilla, empezó a cuchichear... Entonces me levanté sin ruido; no solo mi puerta, también la del zaguán, la había dejado entreabier-

ta. Irrumpí, pues, por sorpresa, en la calle, a tres pasos del balcón de los enamorados, tanto que el novio me sintió cuando tuvo encima el empellón que con todo el cuerpo le metí, echándolo media calle. Seguí empujándolo a golpes para no perder la ventaja de la sorpresa. Seguramente más fuerte que yo, el atacado no me opuso resistencia, intentó darme explicaciones, invocó la amistad.

—No es éste el sitio; si algo tiene que decirme véame en mi despacho; de lo contrario, y si lo vuelvo a encontrar aquí, le aviento un tiro, ya no bofetadas.

Mela había cerrado su puerta, y, al regresar a mi cama, solo la abuela me acogió desde el zaguán. La mandé acostar y todo quedó en calma. Al día siguiente, ya por la tarde, al iniciarse una conversación, estalló el enojo de mis dos hermanas. "Yo las comprometía con esos escándalos; yo no tenía derecho", etc., etc. Alegué mis derechos de mayor, la minoría de edad de Mela, y todo volvió a quedar en paz. ¡El enamorado no volvió a presentarse!

No disponía, por otra parte, de mucho tiempo para los asuntos familiares. El trabajo abrumador y mal pagado crecía; las mañanas en los juzgados, las tardes en diligencias judiciales o en el bufete de don Jesús. Uno de los clientes de éste me encomendó la tramitación de un intestado: el primer negocio que me dejara honorarios de más de quinientos pesos pagados en junto. Me ufanó la ganancia, pero sin poder destruir el roedor de la frase de Bernard Shaw, recogida no sé si en el prólogo de *Man and Superman: What is true misery..* . "La desventura positiva. —enseña— consiste en estar entregado a un trabajo para el cual no se tiene vocación ni amor." Y no había remedio. La posibilidad de hacer dinero de prisa garantizaba independencia para dedicarse después a otros afanes; pero avanzaba muy despacio. Me complacía haber concluido pronto con la vida de estudiante. Verdadera pesadilla la de aquellos años de placeres bajos y ambiciones locas; vida parasitaria y mezquina, disimulada con palabras altisonantes: ideales y juventud. Como si la juventud, en general, entendiese de otra cosa que del toque a rebato de los apetitos... Por lo menos, ya no era estudiante. Ahora de abogado era menester sacarle a la carrera frutos pecuniarios o relegarla. Pues no se soporta el estudio de las leyes *per l'honore,* sino por la ventaja. Para la fama hay medios directos y cómodos; por ejemplo, la poesía o el periodismo.

Al titulillo aquel que recogí para meterlo en un tubo de lata era menester exprimirle los pesos. Urgía extraerle su máximo rendimiento al esfuerzo. El primer paso era librarme de don Jesús, que siempre se llevaría todo el dinero, dejándome todo el trabajo.

Mi pobre padre intentó sacrificarse para juntarme unos mil pesos e instalarme en despacho independiente. Mi buen sentido práctico rehusó la oferta. Los bufetes, ya me lo había enseñado mi corta experiencia, no se inician con muebles, sino con clientes. Sin la base de una iguala o de un grupo de clientes no iba a agravar nuestra situación echándole encima gastos de renta, empleados, teléfono. Nada de bufete; eso vendría a su tiempo. Por lo pronto, la solución estaba en salir de don Jesús; pero, también, sin perder lo poco que allí tenía seguro. Mejor seguir con él de esclavo que verme en el caso de pedir prestado o pesar sobre otro. Fue también una fortuna que no tuviera sobre quién pesar. Por eso cuidaba lo que tenía, por poco y amargo que fuese. La mayor parte de las locuras de la iniciación las cometen los que tienen en quien recaer en caso de fracaso. La mejor manera de no fracasar es saber de antemano que no hay quien preste socorro en la quiebra. Desde temprano mi instinto de luchador me decía: "Tus aventuras vívelas, en primer lugar, con tu vida misma si es inevitable, pero nunca con el dinero. Con el dinero, cautela; por lo mismo que es un medio, hay que usarlo de modo que nunca nos convierta en sus servidores." Llevado del mismo sentido de la

realidad nunca perdía el tiempo con los aparentemente ingenuos que ofrecen al abogado joven negocios perdidos o problemáticos, que requieren preocupación y anticipo de trabajo sin remuneración. Si me hablaban de ganar diez mil pesos, contestaba:

—Eso es mucho para mí; confíeme un negocio en que gane diez pesos, si el honorario es seguro.

En tal forma defendía, por lo menos, mi tiempo. Y, en efecto, nunca dije que no ni a los negocios mínimos ni a las diligencias penosas, exceptuando deshaucios, que por principio nunca acepté si se trataba de inquilinos humildes. Al día siguiente de mi licenciatura, don Jesús me había hecho una proposición: aumentarme el sueldo a sesenta y cinco, es decir, veinticinco pesos mas, pero a condición de dedicarle atención exclusiva a sus asuntos poniendo los míos en común y abonándome a fin de año un cinco por ciento. La proposición me irritó, pero me limité a no aceptarla.

—Prefiero —le dije— seguir como antes; menos sueldo y libertad para los pocos asuntos míos.

Perfectamente advertía que don Jesús abusaba de mi condición oscura, falto de relaciones y apoyos. Él, en cambio, iba en ascenso. Su lotería era el compadrazgo con Ramón Corral, un palurdo de antecedentes turbios, extraído de una aldea de Sonora para ser improvisado personaje digno de suceder a don Porfirio Díaz. Los cortesanos se preguntaban cuál sería la suerte del país al desaparecer por muerte natural el invicto Caudillo del cuartelazo de Tuxtepec. Y preparaban la respuesta en la persona de un testaferro.

De don Jesús me apartaba su amigo el ministro Corral. En unas "posadas" en la casa de mi jefe me había tocado ver de cerca al amo presunto del país; tenía la risa mala, el tipo endomingado y belfo de bajos instintos. La rudeza mental, la ignorancia crasa estallaban bajo la capa mundana. Le habían falsificado fama de enérgico, aureola de estadista, y no pasaba de un precursor de Plutarco Elías Calles, sin los antecedentes sanguinarios que hicieron del candidato obregonista un caso más repugnante. Me dolía el destino que la dictadura preparaba a la patria.

Y me ofendía que don Jesús, al fin hombre intachable en su vida privada, se rebajase con sus obsequiosidades para con aquel rufián encaretado de ministro. Hasta de mujeres se iba el pobre de don Jesús, beato y además fiel a su esposa, joven y bella, con tal de acompañar a la crapulosa excelencia que usaba el poder, como más tarde sus congéneres del callismo, para vengarse de su vida oscura de provinciano.

Sabía por experiencia de mi orgullo propenso a la náusea que no iba a soportar indefinidamente el ambiente de semejante bufete. Pero no hallaba salida compatible con la seguridad del pan. Ya por allí entre mis relaciones de covachuelista contaba con un abogado tabasqueño de nombre épico y campechana disposición: Aquiles Zentella. Le costaba trabajo entenderse con unos abogados yanquis que lo tomaron de socio. Me conoció con motivo de unas traducciones, cuyo peritaje desempeñara, y me había dicho:

—¡Ay, compañerito, dichoso usted que sabe inglés! Yo no le entiendo una palabra a estos gringos, ni quiero; pero si usted está disponible, en la primera oportunidad lo empleo en este bufete como ayudante: ¿le convendría?

Aquella era precisamente la ocasión de mis sueños, pero tardaba en llegar. Entretanto, y contra lo que don Jesús creyera, yo empezaba a salir de la oscuridad. Mi paso meteórico por la Escuela de Jurisprudencia sin honores, pero sin tropiezos, me había dado fama de audacia. Luego, mi tesis refutada por todos los sinodales, pero elogiada unánimemente como interesante y original, acabó de crearme cierta reputación. Así, cuando ocasionalmente y obedeciendo todavía a la querencia me asomaba a los corredores de la Escue-

la, los compañeros me acogían benévolos. En una de estas ocasiones de charla se me acercó Guillermo Novoa. Su padre mandaba en Justicia. Era ministro un señor viejo dedicado a amantes jóvenes, y todo el manejo administrativo recaía en el subsecretario Novoa, seco, trigueño, dispéptico, pero recto y decidido. A pesar de mi relativa amistad con el hijo del alto funcionario no había pensado en iniciar gestiones por aquel rumbo, porque mi padre me contagiaba de su odio a la vida burocrática: "No se hacía carrera para eso —afirmaba—, sino para volverse independiente."

Sin embargo, mis resoluciones claudicaron ante una oferta del buen colega, que doblaba en seguida mis entradas. A la pregunta discreta de mi compañero, repuse:

—A mí no me digan dónde me mandan, sino cuánto me pagan...

Su padre, explicó, quería mandar a los Estados jóvenes activos... Días después recibí el nombramiento de fiscal federal. Y valía la pena haberlo obtenido sólo por gozar la sorpresa, la casi incredulidad de don Jesús cuando le dije:

—Me voy ganando el doble, casi el triple de lo que gano aquí. . .

—Buena suerte, buena suerte tiene usted; no cabe duda... En fin..., me alegro..., lo felicito.

Ya no restaba sino liquidar mis asuntos antes de partir. Fácilmente hallé sustituto para una tutela que me había conferido don Jesús en sus tiempos de juez. Administraba yo las rentas de un viejecito demente; cobraba los intereses de sus hipotecas, pagaba su alquiler, vigilaba al criado; me quedaba, de todo, el diez por ciento; unos quince pesos mensuales. Nunca falta un pasante laborioso y necesitado que recoja con gusto estos huesos... Cobrando algunos saldos reuní poco más de quinientos pesos. En seguida, después de comprar algunos regalos para mis hermanas, decidí despedirme de la capital cumpliendo un par de antojos largamente aplazados. Consistían en una rubia fastuosa llamada Estrella y una mazatleca elástica y morena llamada Laura, ambas famosas en ciertos centros. . . Cuando expuse mi plan de campaña de los últimos días metropolitanos a un íntimo, estudiante "fósil", lector de los griegos y de la *Tauromaquia,* del Guerra, me dijo:

—Cuidado, no te pase lo que a Demóstenes, que se enamoró de una cortesana célebre cuyos favores, según tarifa pública, costaban cinco minas. Tenazmente el filósofo se puso a ahorrar, primero una mina, después dos. Y así que miró las cinco reunidas, decidió guardarlas.

No fui yo tan sabio.

EN PROVINCIA

Sin reflexión había aceptado aquel cargo de funcionario en provincia. La primera decepción fue que me enviaban a Durango, ciudad cómoda, buen clima y poco trabajo, pero sueldo escaso. Hubiera preferido a Tampico, infestado de paludismo, pero con sueldo de primera categoría. A mí mismo no me halagaba ir a cobrar menos quizá de lo que solía reunir en México. La comodidad de no tener de qué afanarme para cobrar, me ofrecía, sin embargo, un útil descanso y quizá oportunidad para actividades de cultura. Y tomándolo así, como arreglo provisional, no había de qué alarmarse. Antes de salir de México quedé apalabrado con Zentella. Bastaría un telegrama suyo asegurándome sueldo, así fuese modesto, para que, renunciando al nuevo cargo, me presentase en la capital. Entretanto, gozaba volviéndole la espalda al mundo de la ouistlería en que penosamente se desarrollaron mis comienzos. Aprovecharía los largos ocios del provinciano en lecturas tanto tiempo aplazadas. Compré a Platón y a Kant; además, me propuse volver a cursar latín en el seminario de Durango y como antecedente de una buena inmersión en la *Summa,* de Santo Tomás. La pequeña ciudad sería mi sala de estu-

dio. De ella volvería sano de cuerpo y repleto de doctrina.

Entre los compañeros no faltaba quien me compadeciera. Para todos implicaba una *capitis diminutio* profesional eso de refugiarse en los Estados. Y peor si ya se estaba casi establecido en la metrópoli. Ni yo mismo lograba sustraerme a esa impresión de descenso y de prematura confesión de derrota. Pero mi suerte estaba echada; la había jugado, como quien dice, a una carta, o, más bien dicho, a un par de cartas mediocres. Me complacía y casi me exaltaba el dejar de golpe el engranaje antipático que forman en torno nuestro los hábitos, los deberes de una situación poco satisfactoria. Era como amanecer en otro planeta, libre de la visita a los juzgados, del hojeo de los expedientes y la disputa con el tinterillo. Tres años de faena azarosa, triste y dura quedaban relegados de un puntapié, y ya me seducía la mañana despejada de mi primer despertar en aquel Durango que visitara de niño: ruidos musicales y mujeres pálidas, pájaros en los balcones, campanarios al viento. Cual ave que cambia el plumaje según la nueva estación, así me fui desembarazando de las adherencias metropolitanas. Quedaban en Tacubaya mis familiares y mi novia, pero en todo pensaba menos en boda. Un hábito de años me había convertido a la novia como algo con que se sueña mientras se suceden amoríos fugaces. Además, el trato de los últimos meses había establecido entre nosotros una especie de amistad singular; si, por excepción, nos quedábamos solos, no hablábamos sino de futilezas aburridas. Su mundo, sus gustos eran diferentes, pero la veía como porción de la familia; estaba convenido el matrimonio y no dudaba de mi promesa. Nos despedimos con naturalidad, como tantas otras veces nos habíamos despedido. Ella se quedaba con el hermano; mis hermanas se quedaban con la abuelita y los hermanos menores. Más pena me dio la soledad en que dejaba a mis hermanas. Mi confianza en el destino evitó, sin embargo, tristezas, y me despedí de todos con aire de quien se va de vacaciones.

Recostado en los cojines del carro *pullman* repasaba las bromas acabadas de escuchar en la despedida que me tributaron los compañeros.

—Regresará usted dentro de algunos años con su *paya* (campesina) al brazo y el chorro de hijos —había dicho Eduardo Colín, en el corro. . .

—Cuide, al menos —observó Wichers—, de que esa *paya* tenga su tierra con algunas vaquitas. . .

Delante de mí una familia durangueña comentaba las impresiones de la capital, el regreso al hogar. Matrimonio maduro y una hija de quince años, maravillosa de hermosura y gracia. Si mal no recuerdo se apellidaban Rodríguez. Disponían los camaristas las camas cuando de pronto una sacudida violenta, un chirriar de aceros, un vuelco, gritos y pánico... ¡Descarrilamos! Llevándome las manos al rostro las retiré con sangre, proveniente de la nariz. El choque me había arrojado sobre el respaldo de enfrente. Mis vecinos de Durango, pasada la alarma, comprobaron su integridad y se pusieron conversadores. Asomados por la ventanilla, vimos nuestro carro fuera de la vía, clavado en la cuneta del terraplén. Antes de dos horas un tren auxiliar levantó los vagones y se volvió a lanzarnos sobre las paralelas de acero. Cuando ya metido bajo las colchas la trepidación del rodaje levantaba su clamor casi melódico, en un semisueño vi la carita sonriente y aporcelanada de mi joven vecina. Y asociándola involuntariamente a las advertencias de Colín y Wichers, decidí que no podía haber nada mejor que las *payitas* de aquel Durango adonde me arrastraba, si no un destino propicio, sí un vagón de buen muellaje y marcha cómoda y rápida. Mi existencia se convertía en un proyectil lanzado al futuro sin tiempo ni ocasión de revisar su pasado; tendido en su totalidad hacia el instante próximo, siempre más allá, en mirajes que no por fingidos dejaban de aliviar el trasiego. Leguas y leguas se interpo-

nían entre mi sujeto y la ciudad de México, también entre mi presente ambulante y mi pasado acabado de liquidar. Los años de aprendizaje y el abandono pertenecían ahora a mi biografía, es decir, a uno ya un poco extraño y que yo mismo enterraba. Mi verdadera vida comenzaba y no había de parecerse a la concluida. Tampoco sería igual a nada anterior, desde que se constituyó el universo.

Podría la memoria objetiva reconstruir la visión de las peripecias del sujeto que despachaba en una oficina pequeña, al lado del juzgado; que miró la ciudad como devastada y ya sin color la alegría que le prestaron los ojos de la infancia; pero lo que resulta difícil no solo describir, sino siquiera recordar, es la experiencia de la personalidad interior, cuyas moradas no retrata ninguna proyección. Para retener la huella del fluir que somos, se escriben los diarios, pero yo nunca acostumbré llevarlos. Siempre me pareció vano ocuparme de la minucia del día. Y cuando el suceso era o me parecía extraordinario, lo era tanto que no necesitaba de ser apuntado: se incorporaba de por sí y para siempre en la estructura misma de mi conciencia. Lo cierto es que cuando pasan los años, y meditamos, las cosas se nos presentan amparadas en imágenes más o menos vivas; pero lo que es más nuestro, la esencia de lo que fuimos, ¿qué era yo que ni yo mismo recuerdo?, ¿adonde se fue quien vivió aquellos días de mi destierro durangueño? Revivo el goce de la luz de las mañanas y la miel de unos higos negros y gruesos que vendían en las huertas, pero el hálito de mi ser de entonces ¿cómo podría rehacerlo, si el contenido de mi alma de hoy es tan distinto? Ni quiero volver a ser lo que fui, ni amaré mañana este yo de hoy que tanto necesita mejorar a fin de que yo mismo lo encuentre amable.

A falta de diario escribía yo entonces borradores para futuros libros, apuntes de tesis filosófico-artísticas con que imaginaba remover las bases del pensamiento contemporáneo.

Aparte del interés de la fama, me movía en estos intentos la necesidad de hallar una clave o una fórmula de explicación total de la vida, un sistema cabal del mundo. Hallazgo semejante me hacía falta no solo para iniciar un tratado de filosofía, también para enderezar y organizar mi propia vida interior, ansiosa de arquitectura. Empeñándome en trazar el cuadro de la totalidad que nos acoge, acababa perdido en ideaciones prolongadas y confusas, pero llenas de hechizo. Padecía entonces la embriaguez, el hipnotismo del Todo. Y eso que partía del inducciónismo positivista. De aquel temblor de la nave cuyo ritmo estudia Spencer en los *Primeros principios.* Solo que no me importaba el sentido físico de la dirección del barco ni que los planetas girasen. Lo que me preocupaba y lo que preguntaba al conocimiento era el valor de mi alma y su camino entre todos los senderos del Cosmos.

Establecía, para empezar, una división de los humanos ingenios en dos ramas: cabezas empíricas, cabezas anglosajonas que se conforman con el trabajo de hormiga de la inducción que amontona casos; y cabezas latinas, que usan los casos, los datos para formular esquemas, generalidades, conjuntos. No merecía atención un pensamiento que comienza inquiriendo su propia validez, y no se concebía ésta sin relación de incidencia con el poder que determina el alfa y el omega del mundo.

¿Cuál era ese comienzo, según la disciplina empírica, que ha menester de palpar más que de razonar? La pregunta formulada en tales condiciones exigía una respuesta concreta, obligada al descubrimiento de un valor, una realidad susceptible de ser aprehendida con los dientes de la tenaza filosófica de mi época: la observación y la experiencia.

El dualismo: objeto, idea, potencia y acto, desarrolla una pugna inacabable. Hay en nosotros una potencia que anhela recorrer todos los senderos, cumplir y llevar a término cada una de las determinaciones latentes del mundo.

Expansión que toma por asalto el universo y se prolonga insaciable. Pero o hastía cada un de los instantes de su éxito y se reconoce superior a sus conquistas. Y como no le basta tampoco el papel de faquir, que todo lo podría realizar y permanece quieto, busca entonces un equilibrio asentado ya no en la gana propia, sino en el ser Absoluto. El desequilibrio y la desarmonía de cada instante responden al anhelo del progreso absoluto. Por ello nos preguntamos: ¿Qué será el mundo, *emoción-imagen* que va dejando nuestra conciencia como estela que solo descubre la mente? O en otros términos: ¿Cuál es el destino de la representación? ¿Ser toda ella una escala que, una vez subida, se olvida o hay algo en nuestra experiencia del objeto que la hace digna de incorporarse al existir que se consuma en lo eterno?

Penetro con la vista amorosa en el seno del objeto, y al concebirlo en función de belleza, le cambio el equilibrio atómico y transformo el arreglo mecánico en ritmo de júbilo. Toda belleza se distingue con el signo de un ritmo en marcha. La forma ha de soltarse al límite, como escapa la oruga al capullo para ser mariposa. Sin milagro de avatares no hay belleza. Implica ésta un tránsito ya no de un fin a otro fin, de una causa a su consecuencia, a la manera física, sino una transmutación del valor dinámico, por encima de los fines y las causas, y rumbo al fin de los fines, el fin Absoluto.

Lo propio de la intuición artística es, de tal suerte, una invención o descubrimiento de los ritmos que apartándose de la mecánica corriente, y aun de los propósitos de la voluntad ordinaria, se lanzan a la conquista de lo Absoluto.

La ciencia descubre las leyes de los movimientos de lo concreto y relativo. La estética busca el ritmo de la finalidad definitiva que lleva cosas y seres a reencarnar en lo divino.

*

Podrán parecer pobres estas reflexiones y aun serlo, pero tal juicio no alivia la carga del esfuerzo que me costó alcanzarlas. Lecturas extensas y variadas de filósofos; reflexiones en la soledad con sacrificios de pasatiempos y complacencias; rápidos atisbos, conquistados sobre la cotidiana vulgaridad. Doble vida del esclavo social que ha de disputar su pan, y el alma que exige ocio contemplativo indispensable a su esencia. Y aun, también, triple vida, porque no solo nos roba atención el trato humano, también el cuerpo nos reclama su porción de dicha y comodidad, y todo ha de salir de una chispa pequeñita de espiritualidad que casi se apaga, a ratos y a trechos, y, a veces, por siempre.

LA REALIDAD

Pobre, mediocre, fue mi porción de humano goce en el Durango inmovilizado de los últimos tiempos del porfirismo. Al principio anduve sus calles, recorrí sus parques como eremita en una ciudad desierta. Se caminaba a veces dos o tres cuadras sin encontrar un transeúnte. Las casas, las aceras y el pavimento de piedra amarillosa daban sensación de cosa definitivamente estancada. Buscando vida en el panorama, que no entre las gentes, visité al párroco de la capilla de Guadalupe, para quien llevaba una carta. Del otro lado de la estación, sobre una colina, una nave con campanario airoso decora la campiña verde y el cielo azul inmóvil. Más de una hora conversé con el culto y tolerante sacerdote, uno de esos que nos acercan a la Iglesia. Al caer la tarde bajé hacia la población El caserío, de tonos azules, blancos, ocres o rojos, se bañaba de los rosicleres del crepúsculo. Las montañas distantes, teñidas de violeta y de cobalto, recortaban perfiles en el cielo intenso. La conciencia también se me llenó de luz. En una de las cantinas, por la estación, en vez de la usual cerveza, tomé un vaso de agua fresca y clara.

Más tarde, inevitablemente, fui cayendo en la rutina de la provincia. De siete a. ocho de la noche, la plaza, a veces con música, ofrenda el desfile de bellezas lánguidas. En bancos dispersos florecen la murmuración y la charla. Las estrellas parecen próximas, aroman las plantas y triunfa el hechizo de las mujeres misteriosas y presumidas. Aristocracia de herederas territoriales que se viste en Francia, pero rasguña apenas la cultura, luce los finos tobillos por los andares centrales del jardín. El pueblo de obreros y labradores se acercaba a la música por la orilla de los andenes laterales.

La clase media de empleados públicos y profesionistas se introducían a los mejores sitios afectando desahogo, pero sin lograr el aplomo de los ricos, que en secreto, envidiábamos.

En una esquina de la plaza y a la vista de los paseantes despliega sus mesillas y manteles el Hotel Principal, punto de cita de lechuguinos y de extranjeros. Se exhiben *cocktails* en bandejas de plata con el cartoncito que marca el precio, osténtase displicente el gesto del consumidor que alarga propinas crecidas. El *prospector* yanqui, el minero en bonanza, el amo de la hacienda, solían derrochar en una noche lo que podía ser el patrimonio de un empleado o de un labriego.

En la ciudad, treinta o cuarenta familias vivían con boato; el resto les contaba los trajes, les admiraba los caballos de tiro de los carruajes, les rozaba apenas el montón de seda las noches de serenata. Entre las bellas había unas cuantas de finas caderas, quebrada cintura, reminiscencia de la estirpe andaluza que dejó la colonia. Nadie hubiera podido prever, mirándolas tan señoras en su rincón del mundo, tan seguras de su posición, que pocos años más tarde unas serían vejadas por los siervos de sus fincas, improvisados generales, y otras tendrían que emigrar para escaparles. Los salones de la capital de la República y el cinema de Hollywood recogerían algunos despojos del cataclismo social latente bajo el estrépito de la banda militar, oculto por el centelleo de ojos morunos y el hálito de jazmines. Nadie sospechaba la inminencia de un alzamiento de la gleba. La férrea dictadura y la política de conciliación engendraban calma aparente. Un gobernador honorable y afable hacía llevadero el régimen. Lo conocí en su palacio, donde le hice visita de cortesía como empleado federal, y lo encontré más tarde en la comida anual con que el Seminario celebraba el fin de los cursos. A tan culta convivencia se había llegado que, no obstante las bárbaras leyes de Reforma, todos los funcionarios del Estado, incluso el jefe de las armas, nos sentamos a la mesa de los "curas" en despreocupada convivialidad.

Quedaba por allí, en la burocracia local, tardío retoño del jacobinismo reformista, un abogadillo medio poeta, medio masón, cabalmente alcohólico. Lo nombraban orador oficial da fiestas patrióticas, y escandalizaba raptando de cuando en cuando alguna muchacha desamparada y dejándose puesto el sombrero al pasar frente a los templos . . . Ni éste era mala persona en el fondo, y nunca habría rebasado la fama pueblerina si la resaca *carranclana* no lo lanza diputado.

En el Durango del novecientos las mujeres se dividían en dos castas incomunicadas: las galantes y las honestas. No había posibilidad de trabar con las segundas otro género de relaciones que la preparatoria del matrimonio. Los noviazgos y cortejos que de tal situación se desprenden, nunca ganaron mi afición. Criado en ciudad grande donde las mujeres libres suelen ser más bellas, las más deseables eróticamente, juzgaba lamentable la fatalidad provinciana del matrimonio. Al menos en la metrópoli el matrimonio es remedio de enamorados que caen con mujer honrada o compromiso moral; en todo caso una especie de mal necesario. Por novedad, sin embargo, comencé a cortejar a algunas jóvenes decentes, ya en la plaza, ya en los bailes del Casino, ya en residencias particulares. Contigua a nuestra pensión

estaba la casa de uno de los Brachos, familia señorial, cuyos salones conocí en noche de fiesta. Asistí también a un gran baile en el Palacio del Gobierno. La distinción, la inocente alegría de estas reuniones se debía a las damas, educadas y bellas. Entre los hombres hacía estragos el alcohol. Según avanzaba la noche, unos porque habían logrado promesas de la novia, otros porque riñeron con ella, casi no había quien no ingiriese de un solo trago suicida copulas de aguardientes más o menos malos, y tan ásperos, que en el habla vernácula cada libación era llamada un fogonazo. —Vamos a echarnos un fogonazo. —Le invito un fogonazo. Y no se diga la manera de beber cuando se estaba con las otras, las deshonestas, a puerta cerrada, sala llena de parejas enardecidas y piano destemplado que cesa de tocar al amanecer. Deslumbrantes en México, y también, según se decía, muy bellas en Torreón, las chicas alegres que nos llegaban a Durango eran, por lo común, el desecho de plazas más ricas. A menudo verdaderos monstruos, ásperos y contaminados de los más peligrosos males. Las que no lograban fortuna en Torreón, caían en su derrota por nuestra provincia. Los ricachos de Durango acostumbraban pasar el fin de mes en Torreón. Allí el auge algodonero fomentaba un derroche imbécil y fácil de explotar por el profesionalismo galante. En toda la República se hablaba de las "bacanales laguneras". Corría el oro en los meses de la cosecha, y la Meseta, secularmente pobre, vaciaba en el emporio temporal sus jornaleros y sus aventureras. Negocios de cuantía se arreglaron al atardecer en la cantina, entre botellas de champaña y desfile de meretrices, y cada noche se repetía el despilfarro estúpido de coñacs caros y champañas finos en fondas costosas y en prostíbulos. Durante años corrieron así los millones sin que la ciudad se beneficiase en construcciones públicas o mejoras durables. Lotería mercantil y ruleta internacional. Los extranjeros cautos enviaban la mejor parte de sus ganancias a España o los Estados Unidos. Les chinos también remitían a su patria tesoros. Sólo el mexicano, tradicionalmente imprevisor, mal habituado a efímeras bonanzas, dejaba pasar la ocasión gastando cuanto ganaba. A Durango nos llegaba a nosotros la fábula de los dispendios y las ocasiones de enriquecimiento de la feria lagunera. Una que otra belleza suelta, en jira de vacaciones o de salud, asomaba por Durango, huyendo del calor y del tráfago. Por el cerro del Mercado topamos cierta tarde pareja de este género mi amigo el doctor Barrera y yo. Veníamos de no cazar liebres, cargados de escopetas inútiles, y la pareja vagaba a pocos pasos de su coche disfrutando el panorama. La tarde y el amor encendieron nuestro corazón y gustamos mieles del eterno encuentro de Eva y Adán en el seno de la Naturaleza. Y así como en el cielo se difundía la paz del ocaso, en nuestras almas fluyó gratitud cuando las despedimos a la puerta de la deshonra, que las recobraba. Una extraña sensación ligó el recuerdo de la cortesana provocativa con la tierra ferruginosa y el tono vivo de aquel atardecer sobre ancho valle.

A propósito del cerro del Mercado, el patriotismo lugareño levantaba fantasías. Un millón de habitantes y no sé cuántas manufacturas garantizaba a nuestro pobre Durango de cuarenta mil almas un profesor, escritor y conferencista muy estimable. Compartían los más la esperanza de una metrópoli como Chicago. No advertíamos que, si es más pequeña la montaña de hierro de Iowa que surte las factorías de Chicago, en cambio se dispone allá de ilimitado combustible.

Durango, como toda la meseta mexicana, es región privada de fuentes industriales de energía. Se comprende que la desproporción no tiene remedio cuando se compara el caudal del pobre río San Juan, de las inmediaciones de Durango, con las cataratas del Niágara, otro de los apoyos del industrialismo de la región de los lagos. Pero

¿qué es lo que comprende el localismo?

Para el doctor Barrera había llevado cartas desde unas hermanas suyas, amigas de mis hermanas. Caballeroso y de costumbres morigeradas, antigobiernista y un poco teósofo, practicaba la dentistería y mostraba ese aspecto flaco y pálido de los que por excesiva preocupación higiénica se someten a regímenes extravagantes. Sin buscarlo, habíamos resultado compañeros de pensión, y todos allí lo estimábamos, salvo cuando nos disertaba sobre la manera más higiénica de masticar ensalivando, macerando el "bolo alimenticio". Lo veía yo y no acertaba a explicarme los misterios de la herencia, que hacía del enteco doctor un hermano de aquella Elena Barrera, de Mixcoac, cabellera veneciana y turgencia propiamente ticianescas. El doctor era casto por disciplina sanitaria y aficionado a la cacería por la salud que da el ejercicio al aire libre. Por fórmula disparaba unos cuantos cartuchos con su escopeta de lujo, sin resultado alguno, pero caminaba en serio sus dos o tres leguas a pie. Lo acompañé algunas veces, no por la caza ni por la higiene, sino para disfrutar las bellezas asombrosas de la serranía inacabable. Soberbias perspectivas de lomas y cumbres que encierran en todas direcciones el horizonte. Tornadiza gama de unos azules sombríos en las moles pétreas, suaves en la lejanía circundada de cordilleras que fingen una ambición lograda para siempre. Arriba, el cielo, como en escape fuera de los límites, más allá de la configuración y el volumen.

Cuando no salía para una excursión distante, trepaba solo al cerro de los Remedios, a la orilla de humilde barriada. Sobre la pequeña colina hay una capilla y una estrecha terraza. Por el ocaso traspone el sol la cordillera. El caserío de la ciudad desarrolla en el bajo una sucesión armoniosa de tonalidades ocres y rosáceas. La niebla nocturna gana el valle presagiando sueño apacible; dulce paz flota sobre los campos. Se estremece el silencio con los repiques del Ángelus que reúne en las iglesias una que otra beata de tápalo raído. Forjando planes confusos, desperdiciaba las horas semicampestres de aquellas tardes dulcísimas. Hubiera querido escribir las puestas del sol. Me faltaba lenguaje para expresar los matices del cielo y las modalidades que en el alma desarrolla cada atardecer. En la literatura de la época de D'Annunzio o de Eca de Queiroz encontraba enorme caudal erótico, prolija complacencia en ejercicio de los sentidos, pero yo buscaba en vano palabras para una emoción que no se complace en lo concreto ni lo advierte. Lejos de darme a las cosas, pretendía usarlas como aleación de un pensamiento, parecido al fluir libre del alma. La fiesta del ocaso me aumentaba la fortaleza del ánimo, aunque a menudo me fatigase el cerebro; más bien dicho, el cerebelo, con carga de ideaciones sin expresar. Los signos escritos no acudían al papel. La soledad me agotaba y me exaltaba sucesivamente.

Buscando reposo acudía a disfrutar la charla deshilvanada y aguda de mi nuevo amigo Luis Zubiría y Campa, joven abogado, sobrino del arzobispo, emparentado con los aristócratas, pero demócrata, descreído, aunque oficialmente católico. En cambio, aunque oficialmente anticatólico, yo seguía de creyente. Pues ¿cómo dudar de lo divino si por doquiera nos envuelve, nos sorprende, nos deslumbra el milagro en la naturaleza y en el corazón de la vida?

La obra maestra de Zubiría era un retrato de su tío el arzobispo, que hizo al óleo y mostraba a todos los viajeros distinguidos. Para asegurarse el parecido había aprovechado una ampliación fotográfica, pero era él mismo quien así lo explicaba. Escéptico y burlón, menudo y gordo, con ojillos inteligentes y barba azulosa, Zubiría era generalmente estimado. Desde que le expuse mi plan de renovar mis viejos y malos estudios de latín, se entusiasmó. También él se proponía mejorar su educación humanista. Nos fue fácil conseguir en el Seminario clase privada tres

veces a la semana. Nuestro maestro, un clérigo trigueño y joven, tras de revisarnos un ejercicio de traducción, me llevaba a discusiones sobre religión y ciencia, tema escabroso y en boga. Zubiría, sin tomar partido, sonreía; luego, a solas conmigo, comentaba:

—Fuera del *magister dixit,* no conocen éstos otro argumento.

Con el juez a quien quedé adscrito hice cordial amistad. De tez cobriza, ojos saltones e inteligentes y maneras muy corteses, siempre lo hallé fiel a su tarea, honesto y servicial. Se llamaba Chávez. Nuestras relaciones extraoficiales comenzaron con una invitación para salir de cacería. Nos acompañaba otro abogado cuyo nombre no puedo recordar. Llamémosle Sánchez. Generalmente alquilábamos un coche de caballos. Otras veces, Sánchez, emparentado con la burguesía local, conseguía el vehículo. Tomábamos el rumbo de alguna de las haciendas más próximas. Llegábamos a veces al casco de la finca; nos recibía el administrador, agasajándonos con la copa de Oporto o de Jerez. Cuando los colegas tomaban en serio la persecución de la liebre, yo vagaba recreándome en los campos beatificados por el atardecer. Entre los arbustos o bajo la arboleda soltaba la canción interior que fluye ante la naturaleza, con la ventaja, sobre los pájaros, de que el alma necesita estar en celo para cantar. Al contrario, nos libramos de sugestiones eróticas al darnos a la melodía silenciosa de la tierra que se liberta del sol espléndidamente. A la hora de la siesta puede tener el campo arrullos que sugieren el nido, pero en el atardecer, pura y despejada, descifra el alma las promesas de la creación más allá de las mundanismos fugaces, ¡Nuestras cacerías de Durango! De repente se oía un tiro. Con ayuda de los mozos de las fincas solíamos matar patos, pero lo que yo recuerdo es el canasto de duraznos que nos obsequiaron en la puerta de una hacienda; el ácido dulzor de la carne vegetal es más rico que el mejor manjar. Higos y duraznos son el recuerdo de aquellos tiempos apagados de mi paso por la tierra durangueña. Tiempos espiritualmente borrosos quizá porque aún no vencía la modorra de alma propia de la juventud, presa de anarquía sentimental o de delirio amoroso. Suspenso mientras las pasiones sensuales cobran imperio, nuestro destino, extraviado en lo físico, se desvía, se aparta de su esencia.

Recuerdo vivo es el de un domingo que salimos de madrugada para entrar a mediodía en las tierras de una hacienda famosa por sus toros de lidia. Lejos de todo refugio caminamos por el campo de grama escasa y arbustos grises. Alto y sin nubes avanza el cielo paralelamente a la llanura. Caminando dos o tres días sin parar, y siempre hacia el sur, se llega a Guadalajara, explican los guías. Una sabrosa, magnífica soledad consuela de la quema del sol que agrieta el barro de los últimos aguaceros. Con más espinas que hojas, el matorral, en las cercanías de los aguajes, sobrepasa la talla de un hombre. En fila de indio avanzábamos en zigzag cuando, de pronto, sobre la derecha, y a no más de diez metros, me encaré con un toro prieto magnífico, azorado y atento. En el mismo instante me di cuenta de las señas que me hacían los de adelante, en el sentido de que me alejara despacio y sin aspavientos. Pudo más el instinto que el espanto; miré al toro con fingida inocencia a la vez que me alejaba conteniendo el impulso que me lanzaba a correr. Pasé tras de un arbusto, luego por otro, hasta que, reunido el grupo, apresuramos todos la fuga.

La ciudad pequeña con sus chismes ingenuos, sus pasatiempos mediocres, me aburría. Una corta temporada nos ganó la afición del boliche. Lo jugábamos hasta la una, las dos de la mañana, con apuestas de refrescos. Pero logré defenderme del billar, que desde estudiante hallé intolerable, porque ni siquiera obliga a un buen ejercicio, vigoroso antecedente del baño. Pasatiempo de vagos sin imaginación, debe haberlo inventado algún señor noble y

bruto que odiaba el aire libre y se aburría de pensar. Mi buena suerte me deparó, al fin, empleo provechoso para las horas largas de la tarde. El escribiente del juzgado poseía una tierrita en las afueras y un par de caballos. Vestido de charro me adiestró superficialmente en la toma del estribo, el ajuste de las rodillas y el manejo de la rienda. Excursionando por los alrededores de la ciudad pasamos ratos deleitables. Una tarde, corriendo al galope, su caballo tropezó, dobló las patas delanteras y azotó casi de lomo. De debajo de la catástrofe vi salir milagrosamente ileso a mi amigo, que después afirmaba:

—Mientras no le tire a usted el caballo tres o cuatro veces no será jinete.

Nunca me tiró gracias a mi cautela; lo corría, lo hacía trabajar, pero sin meterme a piruetas. La prudencia de mi proceder quedó evidenciada un domingo por la tarde. Contábamos esa vez con tres caballos. Para aprovecharlos invité a uno de los compañeros de mesa de la pensión, el español José Rodríguez, muy popular en nuestro grupo. Cuando llegó el momento de montar, yo elegí el más manso, como derecho de principiante. El dueño de los caballos se acercó deferente a Rodríguez y preguntó:

—¿Usted quiere uno manso?

—A mí cualquiera —repuso—; en la fuerza de Cuba fui de caballería...

Cediéronle entonces un potrillo negro, muy nervioso. Montamos, y apenas nos despedimos del borde de la acera delante de las señoras de la casa y los pensionistas, cuando Rodríguez salió por las ancas, ileso y de pie. Le había metido espuelas al brioso animal, que después de sacudir al jinete se lanzó sin brida por los arrabales. Vinieron tras el susto las bromas, que nuestro amigo, impertérrito, desarmaba, alegando:

—Bueno; pero fijarse que no me ha hecho nada... Eso se llama saber caer.

Con este Rodríguez trabé amistad perdurable. Discutidor y trotamundos, inteligencia rápida, aunque sin cultivo, nos adoctrinaba en socialismos derivados de Blasco Ibáñez y de la literatura anarquista de Barcelona. Su trato áspero escondía un corazón sensible. Una pequeñita de la pensión, una Carmencita de dos años, lo bautizó con el sobrenombre afectuoso de *Capuchín,* alteración del gachupín que familiarmente le aplicábamos. Una de las famosas hazañas de este gachupín Rodríguez, nativo de Avilés, en Asturias, fue la de cómo perdió su buen puesto de administrador de fábrica, porque tomó el partido de los obreros mexicanos en una huelga contra los patronos franceses.

La cuestión social se iniciaba en México, pero en Durango, región agrícola, una huelga era caso raro y escandaloso. Las dos o tres fábricas de hilados y tejidos acostumbraban tratar a sus operarios como a siervos que agradecen el ser explotados. La ideología oficial, adversa al indio, nos llevaba a algunos a exageraciones contrarias. Imaginábamos en el indio virtudes que solo esperaban ocasión de manifestarse. Dentro de Durango, en las principales cabeceras de los distritos, la población es criolla, casi blanca, pero apenas se sale de los límites urbanos, el indio puro aparece en condiciones semejantes a las que guardaba en tiempos de los aztecas. Por falta de ánimo y de sistema, perdura el indio en su atraso, no obstante las periódicas revoluciones que por un instante lo elevan al poder por la vía del ejército y el generalato. Se sobreponen de esta suerte unos cuantos que en seguida se convierten en verdugos de su propia estirpe, y el régimen de casta sigue intocado porque no basta remover y vengar como lo hacen las revoluciones: precisa organizar y educar según criterio de estadista. Aunque no sospechábamos la tremenda subversión de categorías —no de valores— que pronto iba a producirse, ya latía en nosotros la ira. En mi juzgado tomaba el pulso de la tierra. Frecuentemente, al dictaminar en los juicios de amparo, a pesar de mi puesto de fiscal del gobierno, pedía contra la autoridad responsable, prevenido como es-

taba contra las pequeñas autoridades del pueblo, acostumbradas a la arbitrariedad. Nunca se me hizo reprensión alguna, sin duda porque los fallos que interesaban al gobierno podían rectificarse en la Suprema Corte. También debo hacer constar que durante los cinco meses que estuve en funciones no ocurrió ningún abuso de los que causan escándalo. Cierto ricacho de la ciudad, en una orgía a puerta cerrada, abusó de una joven humilde y todo su dinero no le bastó para detener la orden de aprehensión que, de común acuerdo, todas las autoridades sostuvimos. La ventaja del régimen porfirista sobre los carrancistas posteriores es que, bajo Porfirio Díaz, había un tirano, y ahora cada teniente con mando de tropas ocupa tierras, comete estupros, mata vecinos sin otro freno que la codicia mayor del jefe inmediato, que puede fusilarlo si se propone despojarlo. A diferencia de los actuales, un funcionario porfirista podía conservar cierto decoro en el ejercicio de sus funciones. Era reconocida una mayoría de jueces honorables y de administradores probos; la desmoralización total de los servicios públicos que se consuma a partir de Carranza nos hubiera parecido una regresión al santanismo. Con todo, la carga oficial me pesaba, la vida provinciana me aburría. Alguna noche pasé divertido gracias a la novedad del espectáculo. Conservo el recuerdo de algunos bailes; salas iluminadas, treinta o cuarenta parejas espléndidas, alegría contagiosa y dulce. No podía dejar de caer en el provincianismo de la novia; sin formalizar relaciones cultivé las preferencias de una Marina que me acompañaba en el baile. Morena, de ojos negros, bien formada, casi alta, me gustaba por la voz tierna y sensual. Cierto parentesco con mi colega el juez, había facilitado el acuerdo. Me sentí profundamente enamorado y aun escribí de ello a mi novia de Tacubaya. De haber estado libre, sin duda me comprometo con Marina y acabo casándole, porque se nace predestinado. Sin embargo, no era eso lo que yo anhelaba, sino amarlas un instante y luego soltarlas; quererlas, pero sin compromiso de eternidad. En esto pensaba mientras seguía el espectáculo memorable de las "cuadrillas". Puestos en ruedo los bailadores, cada uno salía marcando con los pies el compás, al encuentro de la compañera. Un pañuelo de seda servía a los más diestros para adornar el cuadro con donaires y piruetas de gran lucimiento. Cierta hermosa viuda joven ponía un tono ardiente en el casto regocijo de las solteras. Por un instante de voluptuosidad encendía las pupilas de una juventud sedienta de goce. Con el último compás de la orquesta se disipaba el encanto; la bella volvía a su asiento, resignada a seguir de dama. Excitados hasta la fiebre por el rozamiento de los cuerpos castos, en la danza correcta, decepcionados de la vana ilusión de bacanal, escapaban los varones a la cantina. Y ya en dicha antesala del prostíbulo, enlazados en camaradería súbitamente enternecida, apuraban, uno tras de otro, los tragos. . . Un fogonazo..., otro fogonazo... Y así es como la provincia incuba alcohólicos.

EL TELEGRAMA

Me golpeaba fuertemente el corazón desde antes de abrir el mensaje. Y cuando vi la firma; Aquiles Zentella, apenas, borrosamente, leí las condiciones: "Ciento cincuenta pesos, profesión libre; resuelva en seguida." Una segunda lectura y una mano que se alarga requiriendo papel de oficio para escribir el pliego de mi renuncia: "Razones de familia, súplica de inmediata autorización para dirigirme a la capital. . . " Y a paseo el gobierno; de nuevo a la libertad.

Sánchez, nuestro compañero de cacerías, el servicial amigo que me presentara en su casa y me aconsejaba con acierto, al conocer mis planes, me había rogado:

—Si renuncia, avíseme a mí antes que a nadie.

Desde hacía no sé cuántos años, Sánchez codiciaba mi cargo, poco apetecible para quien como yo vivía solo de sus ingresos, pero conveniente para él, que estaba avecindado y poseía propiedades en la comarca. Corrí, pues, donde Sánchez, y juntos llevamos al correo mi renuncia y su instancia. Cumplidos ya los cuarenta, el semiacaudalado Sánchez realizaba la ilusión de su vida profesional recogiendo el empleo que yo tiraba antes de cumplir los veinticinco años que requiere la ley para el desempeño del cargo. La reflexión del contraste no dejó de pasar por mi mente. Sin meditación abandonaba una segura carrera administrativa, pero no era el caso de volverse atrás, ya que el destino me daba el impulso. Quedaba bien, en manos de un viejo, aquel cargo propio de viejos.

Y no dejó de ser conmovedora la despedida. La dispuso mi colega el juez en una hermosa quinta de los suburbios. En la cena estuvieron sus familiares con la joven Marina, mi amiga de los bailes, casi mi novia. Mi presunto sustituto Sánchez asistió también con sus familiares. Platos suculentos y abundante descorche de Sauternes y tintos caros, con remate de champaña. Concluida la cena llegó una pequeña orquesta y nuevos convidados compartieron el ponche, los pasteles, las frutas. Baile familiar, casi íntimo; nunca la había amado tanto y hasta aquel punto de ternura con lágrimas. Vestía de negro, húmedos los ojos, blando el ademán. Dos destinos estuvieron a punto de converger y se apartaron, sin intervención casi de sus propias voluntades.

El semisueño de la madrugada me halló recordando casi con llanto los acentos de *La Golondrina* con que me despidieron cantándola en coro. Me salía de Durango dejando allí un poco de corazón y más triste que como había llegado.

DE POSTULANTE

Edificio de La Mutua, el mismo que hoy ocupa el Banco de México. Todavía están intactos en el quinto piso los departamentos del bufete Warner, Johnson y Galston, abogados de Nueva York. El de la esquina es una salita lujosa y bien aireada. Allí despachaba míster Warner, En uno de la derecha trabajaba Zentella, y el del fondo, el más pequeño, me fue asignado en calidad de abogado auxiliar de la firma. Desde mi ventana observaba el trabajo de la cimentación del Teatro Nacional. Imaginaba el día del estreno, con alguna gran ópera, especie de *Aída* azteca que ya para entonces escucharía de frac en un palco de gala. Por lo pronto, y pese a mi elegante moblaje de caoba, no pasaba aún de la categoría de gestor judicial. Sin réplica aceptaba todo el trabajo que querían echar sobre mis hombros. El instinto del hombre sin apoyos, sin ventajas iniciales, me hacía comprender que, mientras más tarea me dieran, más firme se haría mi posición y mayor oportunidad tendría de mejorar. El trabajo era afanoso, pero sencillo: legalización de contratos de compraventa de tierras o minas, consumados en los Estados Unidos; organización de sociedades anónimas; redacción de contratos; cobranzas y pocos juicios. A menudo la oficina me tomaba más tiempo que las gestiones de la calle. Cada día mi jefe inmediato, Zentella, procuraba trabajar menos en tanto que yo me alegraba de trabajar más, fiado en la justicia inmanente que, tarde o temprano, asigna a mayor trabajo mejor paga. Zentella disponía de algún dinero propio le gustaba divertirse y no ponía empeño en gobernar la marcha del despacho. Atractivo, campechano, decidor, su atención giraba en torno del único tema: la sensualidad femenina y las ocasiones de gozarla. Sus aventuras eran numerosas, pero fracasaba en su intento de rendir a la bella del bufete, una señorita Ochoa, taquígrafa menuda y

aporcelanada en blanco y rosa, cabellos negros, labios finos y una risa argentina que alegraba el trabajo, pero no iba más allá de la coquetería. También el rubio, casi albino míster Johnson, llegó a codiciar a tal punto a la miss Ochoa que le propuso matrimonio.

No obstante el compromiso implícito en su terrible nombre, Aquiles Zentella era hombre blando.

Aquiles, con mucho mundo, empezó a caer, sin embargo, en el ridículo de las rivalidades que provocaba la encantadora taquígrafa. La rutina del despacho le aburría. Ostensiblemente y también generosamente me dejaba la carga a sabiendas de que un día u otro lo reemplazaría. Entretanto, y como ya no dictaba a la miss Ochoa, distraía las horas charlando con la taquígrafa en jefe, una viuda Morales, criolla francesa de Nueva Orleáns, lista en tres idiomas, experimentada y terrible.

El jefe de la oficina, míster Warner, cuarentón, pulcro, bien afeitado, sonrisa optimista, hombros atléticos, mirada vivaz y ese gesto de puño apretado propio de los yanquis de la época de McKinley y el primer Roosevelt, por afición de *pioneer* y confianza imperialista comprometía su posición en Nueva York con la aventura de una sucursal en México. Soñando ganancias fabulosas en un futuro ya inmediato, derrochaba, por lo pronto, en un costoso tren de empleados y oficinas. Oyéndolo hablar media hora, se salía convencido de que los dólares tendrían que llover. Lo de México era para él una estación importante, pero de ninguna manera el fin de sus empresas. Sus negocios abarcarían el continente. Contagiado de su optimismo, me anticipé a pedirle la dirección de su futura oficina en Buenos Aires. Por lo pronto, al retirarse Zentella, me ofreció un aumento en el sueldo. Lo acepté reservando mi derecho un poco teórico de tener clientela propia. Igual que en sus proyectos era generoso de dinero. Más que tipo a lo Marden o puritano a lo Samuel Smiles, era un Peer Gynt, poeta del dinero. Por regla general fracasan estos empresarios, pero dejan abierta la senda por donde otros se enriquecen.

Quedó convenido también que, a pesar de mi ascenso y en vista de mi inexperiencia para los asuntos de mayor importancia, se tomaría consulta de abogados notables o se contrataría un consultor, de planta, según conviniese. Al principio poco veía a Warner, siempre metido en conferencias con personas de la banca o las empresas, o ausente en idas y venidas a Nueva York.

Trataba los asuntos con el segundo abogado asociado, míster Johnson. Era éste de tipo inglés, reservado y afable. Varias veces almorcé en su casa de solterón y nunca le oí dar una orden a la camarera, que entraba casi de puntillas, cuidando de que la puerta no rechinara, la vajilla no hiciese estruendo. Una comida frugal, bien condimentada, y un cuarto de cerveza inglesa, *ale imported,* y agua helada en abundancia. Algunos domingos tuve que acompañarlo al Golf. Fingiendo que aquello me divertía pegaba bastonazos a la pelotilla, lamentando tener que seguirle la pista cuando el panorama invitaba a la contemplación libre, como los ojos de un pájaro. Míster Johnson, yanqui, pero de pura raza inglesa, no llegó a acomodarse a la vida un poco áspera de la colonia americana en México. Le suspiraba a su Nueva York y acabó por marcharse sin esperar al río de oro que, según míster Warner, pronto nos iba a inundar hasta los rincones del despacho.

En lugar de Johnson vino Wilson, yanqui moreno, de razas sajonas mezcladas, tan ambicioso de dinero como Warner, pero sin la generosidad y la fantasía de nuestro jefe. Listo y decidido a triunfar, lo primero que hizo fue ponerse a aprender español. La señora Morales empezó a vampirearle y acabó liándose con él en la intriga por la posesión del bufete, o, por lo menos, de su clientela. Rápidamente ganó Wilson puesto en el University Club y me hizo socio. Yo jugaba boliche y Wilson al

póquer. Un mes con otro ganaba tanto como su sueldo del bufete. Se hizo famosa su habilidad de jugador frío que toma el juego como otro negocio en que hay que vencer.

Mi posición en el despacho seguía siendo ventajosa, libre de rivales y abrumado de quehacer, y me consolaba pensando: "Vengan cinco años de tarea intensa, bien remunerada, y, en seguida, me retiro de los negocios para estudiar, para vivir."

Pocos meses después de la salida de Zentella, y de vuelta de uno de sus viajes de Nueva York, míster Warner me llamó a su oficina. Como siempre, volvía lleno de proyectos; además, traía la representación de un nuevo grupo de banqueros. Y añadió como de paso:

—En Nueva York encontré al hombre que necesitábamos; será un buen auxiliar de usted en los negocios de influencia. Se trata de un joven abogado muy rico", *very brilliant*. Es yucateco y está emparentado con el nuevo ministro don Olegario Molina, el arbitro de los negocios de la península.

Pronto se presentó de chaqué recién estrenado, corbata francesa, camisa impecable, bien masajeado, blanco, bajito y pedante el licenciado, que llamaremos Pomposo. Desde los primeros encuentros halló conveniente recordarme que venía de París...

—Aquí Warner está muy ufano de su Nueva York, pero aquello no vale nada comparado con París... Figúrese, compañero: usted pide un bistec en Nueva York; le dan todo el trozo de carne sanguinolenta; en París, le *medaillon,* la parte central; el resto no se come, se deja para los pobres...

O bien preguntaba:

—Y usted, compañero, ¿cuánto gana aquí?... No es que yo quiera pedir sueldo. . . Yo le he dicho a Warner que no aceptaría un salario. Imagínese usted: ¿de qué iban a servirme a mí quinientos pesos al mes? Apenas para mis criados.

Por las mañanas nos veíamos libres del pretensioso sujeto, que se iba con Warner a los Ministerios, probablemente a hacer antesalas como cualquier otro mortal; pero en las tardes solía permitirse dictar. No le gustó la obediencia digna de la señorita Ochoa; exigió que el despacho le pagara su antigua taquígrafa, una pobre esclava a la que no saludaba. Aleccionado, sin duda, por Warner, no se atrevía a mandarme llamar a su despacho. Asomado al mío preguntaba sobre algún asunto, a veces con fingida camaradería; luego se iba sin saludar a la taquígrafa. Y fueron ellas las primeras en declararle la guerra. La señora Morales, apoyada por Wilson, empezó a hacerle desaires, murmurando en voz alta. Entrando, de pronto, en mi oficina, separada de la del otro por un cancel, gritaba:

—¿Cómo amaneció tu tío? —por aludir al tío ministro del nuevo colega.

—Les tolera usted demasiada confianza a estas empleadas —me dijo éste una vez.

Periódicamente, Warner nos citaba a junta para discutir ciertos asuntos. A propósito de no sé cuál empezó a opinar Pomposo con tal suficiencia y desconocimiento del caso que no pude menos de contradecirlo, acaso con sarcasmo, pero exhibiendo la prueba de mi dicho. Irritado, se mordió los labios y calló. La exactitud con que yo conocía los asuntos me daba ventaja. Mis pretensiones de talento se volvían desdén frente al riquillo perito en placeres sensuales, pero escaso de ciencia. En suma, me sabía útil y a mi rival lo veía apoyado en la ficción de una influencia cuyos resultados no aparecían. Al salir de la junta, madame Morales, que anotaba los acuerdos, me dijo:

—Bien, Pepe; hasta que encontró este tipo la horma de su zapato.

Sin embargo, pasada la excitación del momento, me sentí intranquilo» después de todo Warner podía plantarme en la calle para complacer a su flamante consejero.

Por su parte, Pomposo empezó a aburrirse; quizá se dio cuenta de que no existían las perspectivas fabulosas, sino solo mucho trabajo modesto. Pero no se fue antes de romper violentamente con-

migo. Se plantó una tarde frente a mi mesa-escritorio; inquirió en tono de jefe impacientado si ya se había hecho tal o cual gestión en un asunto de juzgado que corría a mi cargo. La señorita Ochoa, que en ese momento me recibía dictado, aparentó revisar sus notas. Yo, paciente, ofrecí explicaciones; creciéndose él, queriendo lucirse, osó refunfuñar:

—Eso no está bien, debió usted consultarme.

Lo miré con calma y sonreí; luego, incorporándome, tintero en mano, le dije:

—Yo no consulto con majaderos, ni con explotadores de la peonada yucateca. . .

Toda la indignación acumulada en días y semanas, todo el odio de clase, me subía a las sienes, me afirmaba el puño. Sorprendido él, se puso lívido y salió diciendo:

—Nos veremos. . .

Nos volvimos a ver a menudo, pero ya sin saludarnos. Los yanquis supieron del pleito. Madame Morales hizo fiesta del mismo. Pero Warner empezaba a cansarse de su inútil asociado. Antes de mucho surgió cuestión a propósito de dineros que Pomposo exigía en cantidad. Llegaron hasta los tribunales y, según recuerdo, nuestro jefe ganó el pleito. Después de este episodio no volvió Warner a pensar en reemplazos. Su confianza en mi pericia se había ido afirmando en la prueba. Por ejemplo, para la constitución de una sociedad de seguros me encomendó el borrador de la escritura y los estatutos. Sin ocultármelo, pasó los documentos por mí preparados en consulta a cierto abogado famoso, que los devolvió aprobados.

—Don Fulano (el gran abogado) no le hizo ningún cambio a nuestro proyecto —comentó.

Con amargura comparé. Mi antiguo jefe, Uriarte, se hubiera considerado disminuido en su ciencia, rebajado en su categoría, con solo autorizar la mitad de los elogios que Warner prodigaba. El compatriota regateaba el mérito con la misma codicia que los centavos; el yanqui se entregaba y me contagiaba de su entusiasmo triunfante. En vez del "Haremos cosas grandes" del yanqui, mi antiguo jefe hubiera dicho escatimando:

—No se crea que porque una vez atinó ya puede lanzarse solo.

Pasaba el tiempo ocupado de esta suerte en labores jurídicas y sueños de enriquecimiento rápido. Mis entradas aumentaban, pero al mismo ritmo que mis gastos. La tristeza de una faena penosa, contraria a mis gustos, se acentuaba al atardecer. En la hora melancólica lamentaba los días que corren sin que una sola acción ilustre los llene. Mis hermanas arreglaban más o menos su vida en Tacubaya y yo me quedaba a vagar por las calles, a conversar con los amigos en la tertulia de las esquinas de la calle de Plateros. Allí los propósitos fantásticos remataban en desahogos de sensualidad cuya ráfaga embota el juicio.

Pese a la angustia solitaria de los atardeceres, me complacía estar libre de yugo: bastante lo era ya la rutina del trabajo, y era grato penetrar en cada ocaso, como en la antesala de una noche cargada de promesas, magnífica para el goce y el amor en la aventura. Pagado, con la faena del día, nuestro tributo a la economía pública, era justo que la noche colmase el ansia de los bellos cuerpos, las miradas ardientes y la voluptuosidad dichosa. Nada de techos para esconderse sino la calle en que pasean las hermosas, el jardín romántico de las citas, por la Alameda y por Santa María, el bullicio de los cafés y restaurantes, el teatro o el simple vagar por las avenidas, bajo el cielo apacible de la noche, tal era la compensación necesaria del día consagrado a las faenas molestas del lucro. En una esquina o, sentados en un parque recordando lecturas o formulando teorías absurdas sobre el arte, la vida, el más allá, o comentando ocurrencias, pasaba con los amigos las horas. En vísperas de grandes transformaciones mundiales, casi no se nos ocurría hablar de política. Creíamos que el progreso había

superado definitivamente la guerra. Una sucesión ininterrumpida de inventos iría mejorando cada vez, evolucionando spencerianamente el existir de los hombres.

A todo esto mi antigua novia se hallaba en Oaxaca, pero su hermano Arnulfo venía seguido a la capital. Un día me habló en serio: estaba disgustado, yo debía formalizar mis relaciones con su hermana o romper; la hacía perder el tiempo, etc., etc. Sin réplica le manifesté mi decisión de cumplir mi palabra de casarme. No lo había hecho antes y aun pensarlo me daba pereza: primero, por el riesgo de los hijos; yo no quería cadenas, acaso presentía los azares que me aguardaban; en segundo lugar, porque era partidario de hacer primero economías. Pagar la casa antes que el banquete de bodas. Detestaba la imprevisión de echar hijos al mundo sin garantizarles el pan. Lo que no añadí es que eróticamente me gustaba el cambio, la revelación de la belleza nueva. Pero mi largo compromiso me decidió:

"Será una aventura agradable, un amor limpio entre tantos turbios —pensé—. Uno o dos años juntos, después un divorcio a la americana y cada uno por su lado."

Allí estaba precisamente Warner, listo a casarse de nuevo, después de un divorcio que no le dejó otra carga que el pago de una pensión de alimentos a la primera mistress Warner. Para todo esto hacía falta dinero. Mis íntimos propósitos se contrariaban con la boda, pero no había más remedio, era urgente liquidar aquel pendiente. Siempre he juzgado que un compromiso se liquida cumpliéndolo.

En menos de un mes se arregló la ceremonia. Residía entonces Arnulfo en Tlaxcala como juez de distrito. Hasta allí fui con mis hermanas y mi padre, que se encontraba de paso en la capital. De ropa de lujo yo no tenía sino el *smoking* para los partidos de póquer del University Club. Un amigo me prestó la levita. En el programa confeccionado por Arnulfo figuraba una comida a la que asistiría el gobernador Cahuantzin, célebre indígena de la política porfiriana. Me opuse alegando que no quería sentarme a la mesa con un incondicional de don Porfirio. La pasión política comprimida me hacía caer en ridículas pequeñas rebeldías. La hinchazón de mi vanidad necesitaba los golpes de la experiencia, que la reducen. En verdad, ¿hay algo más insoportable que un joven oscuro e inédito que se cree con derecho a la fama? Mis extravagancias, aunque torpes, eran también, en cierto modo, reacción contra el agobio de un modo de vida corriente y vulgar. Malhumorado y apenado porque me separaba de mis hermanas, al poner casa aparte, me lancé a la aventura matrimonial que rara vez nos suelta por mas que al iniciarla confiemos en azares que habrán de romperla.

Por lo pronto, el instinto hizo su obra; encontré bella a la novia. En la misma Tacubaya improvisamos casa con media docena de muebles, varias cajas de vinos finos y estuche de perfumes. Unos días después, viaje de bodas a Chápala. Paseos en bote y vida de hotel. Cierta noche estrellada, en el banco de un jardín rústico, mirando a la inmensidad celeste, confusamente disuelta a mi afán, interrogaba al destino, hallé dulce paz. Pensé arrancar a mi amada un voto de unión eterna por los mundos del firmamento; cuando ya iba a hablarle en este tono excesivo, me despertó ella a una realidad que hallé miserable:

—¡En casa faltan algunos trastos! ¡Los domingos por la mañana iríamos a la Alameda..., los jueves por la tarde al Fábregas. . . !

Precisamente contra la simpática Compañía Nacional tenía yo un rencor injusto y pedante. No perdonaba a nuestra artista nacional que se atreviera con *La Dama de las Camelias,* pongo por caso, después de la Reiter y las otras italianas.

—Pero si no entiendo el italiano...

—decía mi esposa—, y creo que ni tú.

—Pues ahora lo aprendes —respondí ya irritado.

para consumar el matrimonio religioso había tenido que confesarme. Lo hice bien recomendado al párroco por las relaciones eclesiásticas de mis hermanas. Me acusé de toda clase de pecados menudos; ninguna hazaña, ni de santidad ni de crimen. Enrojecí de humillación; por no poner en riesgo la concesión de la cédula no me atreví, por ejemplo, a decir:

—No creo en la resurrección de la carne, ni la deseo. No quiero estar obligado a bañarme por toda la eternidad y no puedo dejar de bañarme porque tengo narices. No soy Unamuno ni Swedenberg; quiero un más allá sin sudor, así tenga que sacrificarle mi sombrero viejo.

No me atreví, y porque no había sido totalmente sincero, me abstuve de comulgar. Esta privación me fue dolorosa, lo ha sido siempre. Pero aparte de cuestiones de credo, me ha detenido la consideración de no ser digno, puesto que he de caer en el apetito, la arrogancia, la sensualidad.

Como un proscrito escuché la misa matrimonial, doliéndome de no haber participado de la hostia que se eleva en la misa. Quizá era toda mi vocación la que traicionaba, contrayendo compromisos incompatibles con mi verdadera naturaleza de eremita y combatiente. Sin duda, de aquella contradicción deriva la mitad del fracaso de toda mi carrera posterior.

EL INTELECTUAL

Las dudas se adormecían con las discusiones seudofilosóficas de nuestro cenáculo literario. Caso seguía siendo el eje de nuestro grupo, pero su carácter apático y a ratos insociable no hubiera mantenido alianzas sin la colaboración de Henríquez Ureña. Educado en colegios tipo antiguo, desconocía por completo la teoría científica y el proceso del pensamiento filosófico. En preparación literaria, en cambio, nos aventajaba. Por su iniciativa entró a nuestro círculo demasiado abstracto la moda de Walter Pater. Su libro dedicado al platonismo durante mucho tiempo nos condujo a través de los diálogos. Leíamos éstos en edición inglesa de Jewett. En la biblioteca de Caso o en la casa de Alfonso Reyes, circundados de libros y estampas célebres, disparatábamos sobre todos los temas del mundo. Preocupados, sin embargo, de poner en orden a nuestro divagar y buscando bases distintas de las comtianas, emprendimos la lectura comentada de Kant. No logramos pasar de la *Crítica de la razón,* pero leíamos ésta párrafo a párrafo deteniéndonos a veces en un renglón. Luego, como descanso y recreo de la tarea formal, leíamos colectivamente *El banquete* o el *Fedro.* Llevé yo por primera vez a estas sesiones un doble volumen de diálogos de Yajnavalki y sermones de Buda en la edición inglesa de Max Müller, por entonces reciente. El poderoso misticismo oriental nos abría senderos más altos que la ruin especulación científica. El espíritu se ensanchaba en aquella tradición ajena a la nuestra y más vasta que todo el contenido griego. *El discurso del método cartesiano,* las obras de Zeller sobre filosofía griega, y Windebland, Weber, Fouillé en la moderna, con mucho Schopenhauer y Nietzsche por mi parte y bastante Hegel por la de Caso, tales eran los asuntos de nuestro bisemanal departir. De Hegel leía la *Estética,* saboreando la contradicción que me inspiraba cada página. Por ejemplo, desde antes de conocer el gótico ya tenía formulado el propósito de escribir una estética fundada en la cúpula iránica. Prefería el arte profuso totalizante de la India al arte esquemático que el europeo adopta de modelo a causa de cierto simplismo estético o bien por exceso de abstracción idealista. Hurgando en el pensamiento exótico caí, por fin, en mi predilección más permanente: la Escuela de Alejandría. La conocí a través del libro admirable de Vacherot. Había de él un solo ejemplar en la Biblioteca Nacional. Durante muchos años traté de adquirir esta obra que tantos anhelos despertaba en mi conciencia.

En mis destierros por los Estados Unidos volví a encontrarla en las bibliotecas de Washington y de Nueva York, pero siempre como ejemplar raro. Y una vez en París me la señalaron en un catálogo de ediciones agotadas; pedían quinientos francos por el volumen. Ya había sido hasta ministro, pero no pude afrontar el gasto. Al principio, los discursos de Juliano, que Vacherot da en resumen, me causaban emoción profunda, me hacían llorar. Imaginaba el gran equivocado perdonado por Jesús, reconciliado en lo divino. Otra edición que en vano procuré poseer es el Bouillet con las *Eneidas,* de Plotino, que leí en la Biblioteca Nacional.

Mis compañeros eran goethianos y se complacían descubriendo reflejos olímpicos en el busto que guardaba Caso en su estudio. La discusión acerca de los caracteres del hombre grande nos consumía largos ratos. Yo no le perdonaba a Goethe su servilismo con los poderosos y proclamaba a Dante y a Platón como prototipos de la grandeza humana. En cuanto a Spencer, solo lamentábamos que su evolución no le hubiese logrado en dos mil años de ensayo un talento comparable al de Gorgias.

Mis colegas se dejaban llevar de la afición erudita. Y menos malo que la erudición de entonces estuvo dominada por la figura grande de Menéndez y Pe-layo. Todos releíamos su *Historia de las ideas estéticas* y los *Heterodoxos*. Aún no llegaba por América el contagio de los estudios detallistas y formales, gongorismos y prosa de filólogos que tropiezan con la sintaxis. Manejábamos ideas preocupándonos de la esencia del pensamiento más que de la moda de su atavío. Nos preocupaba el ser, no la "Cultura". No nacía aún o no nos llegaba esta nueva religión de la ciencia que en aquel instante superábamos. Por mi parte, nunca estimé el saber por el saber. Al contrario: saber como medio para mayor poderío y en definitiva para salvarse; conocer como medio de alcance de la suprema esencia; moralidad como escala para la gloria, sin vacío estoicismo; tales mis normas, encaminadas francamente a la conquista de la dicha. Ningún género de culto a lo que solo es medio o intermedio y sí toda vehemencia dispuesta para la conquista de lo esencial y absoluto.

Mis colegas leían, citaban, cotejaban por el solo amor del saber; yo egoístamente atisbaba en cada conocimiento, en cada información, el material útil para organizar un concepto del ser en su totalidad. Usando de una expresión botánica muy en boga en nuestro medio, tomaba de la cultura únicamente lo que podía contribuir a la *eclosión* de mi personalidad. Yo mismo era brote inmergido en los elementos y ansioso de florecer. Usaría las raíces, el tallo, las hojas, cuanto pudiese contribuir a la eclosión personal. Constatando temas como el de Richet, el psicólogo, y Maine de Biran, el vitalista, seguía desde sus comienzos, en la irritabilidad, hasta sus deliberaciones en el análisis de Stuart Mili, los procesos de la voluntad, buscando en su desarrollo el momento en que la ley moral se hace independiente si no es que se opone a la ley fisicobiológica. Desechando como vanos los esfuerzos de Spencer en la Justicia, cuando concluye que el acto ético es simple extensión y sobrante del egoísmo biológico, yo enfrentaba el acto ético al mecánico y a partir de tal antítesis desarrollaba toda una teoría sobre la actividad, desinteresada, en el sentido de ajena al rigor de causa y efecto. Para indicar la nueva actividad, usaba de una palabra que inventamos en nuestras deliberaciones: atelesis, sin causa, energía espontánea y espiritual. Así, a base de dinamismo contemporáneo y de sugerencias de Tales de Mileto, tomadas de Zeller, empecé a construir una tesis que, por sus derivaciones estéticas, ligué al nombre de Pitágoras. Por relámpagos mentales que me causaban una dicha infinita, captaba conceptos que en seguida traducía en apuntes. De tal manera se fue organizando el material de mi primer ensayo sobre Pitágoras. Un dinamismo que se inicia en las cosas, pero trans-

formándose por intermedio del hombre, se dirige a lo divino. Mi vida tenía ya un objeto, pues había dado con el tema necesario para componer una infinidad de variaciones, si no es que la completa sinfonía de un sistema.

Mis apuntes de entonces, incompletos, desordenados, inútiles para la publicación inmediata, contenían, sin embargo, la esencia de lo que más tarde he desarrollado. Suscitada por *El origen de la tragedia,* de Nietzsche, apunté mi teoría de una tercera etapa: la mística superadora de lo dionisiaco. A fin de desenvolverla estudié el baile clásico, según las estampas y las teorías de Isadora Duncan. Representaba lo dionisiaco el género flamenco andaluz, según la versión voluptuosa de una Pastora Imperio, y, por último, imaginaba lo místico según la danza religiosa de las bayaderas, que convierten la voluptuosidad en ofrenda paralela del incienso que aroma el altar.

Por contagio del ambiente literatesco me metí a la tarea ingrata de escribir descripciones de cada una de estas danzas. Leía estos trozos en el Ateneo y resultaban pobres, defectuosos de estilo. No revelaban lo que había querido poner dentro de una trama verbal. Ni me hubiera bastado ninguna literatura para una composición en la que yo vertía las resonancias del Cosmos. Hubo uno, no sé si Chucho Acevedo, quien dijo:

—Tu asunto requería el estilo de Mallarmé.

Imposible convencerlos de que un Pater, un Mallarmé, intérpretes de decadencias, no pueden con el peso de una visión nueva, vigorosa y cabal del mundo. No era estilo lo que me faltaba sino precisión, claridad del concepto. Pues mi concepto resultaba de tal magnitud que al desenvolverse crearía un estiló, constituiría su propia arquitectura. En desquite, pensaba:

"Estos colegas míos literatos van a salirme un día con que los fragmentos de Pitágoras necesitan el retoque de algún Flaubert."

Muchos de ellos fueron avanzada de los que hoy desdeñan a Balzac por sus descuidos de forma y, en cambio, soportan necedades de Gide y de Proust, como que eternamente los profesionales del estilo ignoran el ritmo de relámpago de los mensajes que contienen espíritu.

En fin, tan solo para recordar mis fantasías, copio a continuación uno de los pocos apuntes que el tiempo no destruyó:

"El sentimiento estético se caracteriza por la reversión del ritmo dinámico; en vez de tender a constituir cuerpos, e integrar fenómenos, la corriente de la energía se orienta hacia el placer de la belleza y se inicia así en el mundo de lo divino. La estética contiene un esfuerzo inverso del ordinario. Primero se cumple la labor de la creación y en ella nuestro propio espíritu conquista sentido y tarea; después, y garantizada ya la personalidad, iniciamos con la emoción estética un desbordamiento y un fluir constructivo dotado de rumbo. No sigue expansión indefinida, sino que revierte a su fuente; no busca la representación, sino al absoluto que engendró y reabsorbe su creación. En todo no hay sino sentidos diversos, de una misma energía y sustancia."

Si bien el pensamiento central de todas mis obras estaba allí, desde entonces, los mismos apuntes que vengo extractando revelan lo que también mis recuerdos confirman, a saber: que mis ideas adolecían de oscuridad y no por pobreza de léxico, sino por falta de madurez. Mi cuerpo gastado por el abuso de satisfacciones vulgares malograba el esfuerzo de la mente. Por algo el filósofo empieza a producir después de los cuarenta, así que se ha dominado la lujuria y no antes.

La convicción de mi fracaso determinaba largos períodos de esterilidad y pesimismo. Acaso lo mejor era embrutecerse de trabajo y hartarse de pequeños goces... Pero luego el hastío y el gusano interno cuyo roer no cesa volvían a despertarme la esperanza. Urgía trabajar, atesorar para lanzarse después de la gran renuncia. Por ahora, el

deber social, familiar, y más tarde la liberación para el cultivo del alma, igual que los filósofos de todos los tiempos. Y a los momentos de solitaria, casi iluminada exaltación, sucedían periodos de desconsuelo y de brega sin luz.

A la interior rebeldía contra la esencia de las condiciones del existir, se añadían a diario motivos de desagrado y oposición contra las circunstancias ambientes.

Las peripecias del profesionista oscuro me ocasionaban heridas de amor propio, aparte de fatiga y disgusto por la índole misma de la labor. Cierto despecho me exacerbaba el desdén. De allí la veneración por Schopenhauer, a quien apostrofé como sigue en pliego que ostenta el membrete de la firma Warner, Johnson y Galston:

"¡Oh, gran viejo que siempre fuiste! Defines el genio como una sonriente melancolía, pero constituyes en tu regla la excepción, pues no he hallado tu sonrisa. Sin embargo, cuánto debo a tu fuerte pensamiento, más profundo que el lloroso pesimismo de Leopardi y casi alegre en su grandeza desesperada. Y de haberte conocido, te dijera: Tacha de tu obra cada uno de los renglones en que insistes: *mi ensayo premiado..,mi obra laureada*... Pues mucho padece el gran desdeñoso que eres cuando se exhibe recreándose en el fallo de un jurado de catedráticos. No te dejes llevar por la parte menor de ti mismo, que es la que ha podido sentirse rival de Hegel. Déjale al flamante profesor el aplauso entero de sus iguales. Tú no eres ídolo de escuela ni te entalla la librea del académico. También hay la clase media filosófica; déjala *hegelianizar*. . . En tu frente se marchitaría el laurel; déjalo en la cabeza necia de los Césares. La tuya, como el Mont Blanc que amabas, se mantiene serena, aunque en torno nubes presagien tempestad.

"Desdeña la muchedumbre a quienes mira humillados y declara ineptos. Nunca comprenderá que, aparte de los que no pudieron lograr fama, hay los que la despreciaron. Los que teniendo en el puño el éxito sonríen y lo dejan caer-Nada tiene que ver con la envidia el soberano desdén. Ni puede padecer envidias quien está henchido, embriagado de poder interno dichoso. Pudiera ser pastor de ovejas, dominador de jaurías; sin embargo, para lo primero me sobra sinceridad; para lo segundo me estorba el asco.

"Disfrutar de fuerza ignorada y segura y disimulada con sincera, imperturbable bondad. Combinar así la grandeza y ternura. Tal es mi propia concepción del genio.

"El genio ha de tallarse como el granito. Duro para sí propio en primer término, y, para los demás, exigente en la medida necesaria a la tarea. Las circunstancias, los intereses, todo ha de ser medio en la conquista de lo que debe ser sobre lo que es. Para una naturaleza finita el hecho de ser amerita ya estancamiento y simulacro de muerte. Para lo finito no hay más que un recurso: dejar de ser «sí mismo» y devenir hacia el Infinito.

"La iniciación es vivir con plenitud, con arrojo, ensayando vicios y placeres, por los altos y los bajos de la escalera sensual; padeciendo amarguras y miserias por los desiertos y los abismos, por la cumbre y en el hampa. Y después la renuncia, la meditación, la epopeya de la voluntaria, luminosa, misericordiosa liberación.

"Cada uno de nosotros, al reconocer la propia limitación, debiera emplearse en desaparecer salvando apenas lo esencial. Una vez que el hombre se desposa al espíritu, el cuerpo sale sobrando; deberíamos dejarlo pudrir. Acaso también el alma, tal como ahora la concebimos, es otra vestidura todavía un poco ridícula de que será menester despojarse en el dintel de lo absoluto.

"Tan limitada, tan torpe nuestra alma, que dispone apenas de una atención y abarca solo una idea, un objeto en cada uno de los instantes del tiempo. En cambio cada instante contiene un universo. ¡Tan solo una idea para cada instante del juicio; solo una imagen pa-

ra cada momento de la retina! ¿Habrá quien se consuele de no tener tantos ojos como hay imágenes, tantos instantes de atención como hay eternidad?"

LA FAMILIA

Ahora tenía dos casas: la de mi esposa y la de mis hermanos. Sostenía la primera totalmente y ayudaba a mi padre en la atención de la segunda. Poco nos consumían a ambos las tres hermanas restantes, los dos muchachos y la abuelita. Los excesos de Lola consistían en llamar a un dulcero y comerle media tabla. Mela seguía rezadora; Samuel estudiaba y a Carlos pude conseguirle trabajo bien remunerado en una compañía papelera de la que yo era abogado. A diario los veía a todos, por lo menos un instante. En mi otra casa no todo era paz y concordia. Pequeñas rivalidades, oposiciones y diferencias de criterio y de gusto, iban amargando la vida en común. Sin ningún motivo grave de desavenencia, el solo transcurso del tiempo trabajaba para desunir más bien que para atenuar disidencias. Padecía ya pérdida de mi intimidad. Alguien inquiría ahora en mis asuntos, se creía con derecho a registrar mis papeles. Y no podía estar solo un instante. Una conciencia extraña interrumpía las horas del paseo solitario por 4a alcoba en que se meditan los planes del día siguiente, los problemas internos, o, simplemente, divagaba en ociosa y libre, imperturbable ensoñación. Constantemente oía hablar de derechos sobre mi libre persona. Sin cesar se me recordaba lo que debía hacer, lo que debía no hacer.

Pronto a las cotidianas fricciones se añadió un terror. Me había dicho:

—¿Quieres hijos? Tendremos hijos.

Yo había respondido:

—¿Para qué más feos en el mundo?

Ya conmigo basta...

Pero la temía, consultaba doctores. Dos años transcurrieron sin amenaza de prole, pero no se conformaba; en secreto meditaba, procuraba mi pérdida. A mi lado y aun sin quererlo, era el peligro, la amenaza, el enemigo, sin que nada de eso cuajase en palabras. Por fuera subsistían las fórmulas del afecto. Implacable, el apetito sensual cumplía sus tareas, muy lejos del alma, pero un instinto adyacente, una voz amiga me revelaba mi desventura, me compadecía en mi caída.

El exceso de trabajo, las ilusiones de una doble ambición, la del dinero y la de la fama, me dejaba poco tiempo para rumiar quejas. En casa estaba de paso; mis horas contadas bastaban apenas para conducir la tarea. El porvenir seguía oscuro, pero grávido, y ya patéticas, ya dichosas, pero en todo caso exaltadas. ¿Qué importaban aquellos días y aquellos años si pronto ocurriría el prodigio que al cambiar mi rumbo transformaría todas las circunstancias pequeñas y molestas de los comienzos?

Entretanto, en la casa de mis hermanas ocurrió un nuevo desmembramiento. Después de unos meses de hija de María, escapulario al cuello y muchos rosarios y misas, Mela, nuestra dulce y delicada Mela, el orgullo y la alegría de nuestro hogar deshecho, escapó para el convento. Casi no lo queríamos creer. Nos habíamos opuesto. Avisado mi padre del peligro, habíame mandado rotunda negativa.

Esperó ella entonces a cumplir veintiún años, y el día justo de su mayoría se despidió de mis hermanas, mandó una carta a mi padre, me mandó a mí un abrazo y desapareció de nuestro mundo para siempre. Todavía pasé algunos meses confiado en que se arrepentiría. Seguramente las primeras pruebas, el largo aislamiento acabarían por quebrantarla y yo sólo cuidaba de enviarle recados frecuentes: "Ya está bien que eso termine; como experiencia ya es bastante...; recuerda que tienes tu casa donde te esperamos... Si hacen sobre ti la menor presión avísame y denuncio el convento." Con los parientes, con las amistades que visitaban a mi hermana repetía parecidos encargos. Inútiles, porque pronto supimos que se

había fijado fecha para la ceremonia de la toma del hábito.

En la capilla del convento, a inmediaciones de nuestro domicilio de Tacubaya, se celebró la misa de entierro para el mundo. Asistieron a ella mis hermanas y mi esposa. Me quedé solo esa mañana en casa imaginando los pormenores de aquel nuevo desastre familiar. Renuncia frente al altar de toda esperanza inmediata; sacrificio de una dicha falsa, si se quiere, pero tangible. Años de tormento a cambio de un enigma insondable. En aquel instante la hostia volvía santo el cuerpo impuro. La trenza, hermoso lujo femenino, caía para convertirse en reliquia, como recuerdo de muerta. Lo que más me apesadumbraba era la previsión de las horas de desaliento, quizá del arrepentimiento. Cuando esas horas llegasen yo también resultaría culpable. Sin duda, como hermano mayor, no había hecho todo lo posible para hacerle más amable la vida corriente. Obsedido por las pequeñas apetencias de mi egoísmo, no había sabido dedicarle el tiempo y la atención que reclamaba su juventud. Quizá un sentimentalismo desesperado la lanzaba a una aventura de que, después, se arrepentiría. En fin, ahora no quedaba sino reiterarle que en toda ocasión contaría con el hermano que no supo retenerla en el mundo.

El remoto, falaz consuelo de esta oferta, no impedía que me sintiera culpable y que el paso dado por ella tomase a mis ojos la apariencia de un suicidio. Con ella uno más de la familia se perdía para la dicha, desertaba hacia el dolor.

La partida de Mela nos decidió a acercar más a las dos familias. Tomamos en el mismo Tacubaya una casa con dos departamentos. La abuela seguía siendo el lazo común. Pasaban sobre ella los años añadiéndole penas y arrugas. En otros tiempos, cuando éramos pequeños y ella andaba por los sesenta, se enfermaba a menudo. Cada invierno, neumonía o tremendos ataques de asma. Envejeció más y se volvió sana. Conservaba lúcido el juicio, pero divagaba en cuestión de recuerdos y fechas. Encorvada y con ojos lacrimosos y dulces vigilaba nuestros pasos, rezaba sus devociones, cuidaba las macetas. En un lote que había yo comprado para edificar más tarde una casa, sembró un árbol que habría de sobrevivirla. Mi último recuerdo de ella es un rostro enjuto, cetrino, sonriendo a la flor que a diario regaba en un tiesto.

Acariciando su viejo escapulario, pasaba otras veces las horas junto a un pequeño baúl. Extraía de él unos "aretes" enmohecidos, obra de filigrana antigua. También ciertos collares de perlitas y corales, quizá de Acapulco, engarzadas en oro, ¡Cuántas veces, por causa de viajes o temporales cesantías, aquellas perlas habían visitado el montepío! Iban siempre al final, ya que se habían empeñado o vendido los anillos de brillantes, el reloj de repetición. Lo de más valor no siempre volvía a ser rescatado. Pero las perlitas tornaban invariablemente con el buen tiempo. ¿Se dio cuenta la abuela de que sus viejos tesoros resultaban un poco inútiles ante los avances del nieto ya propietario? De todos modos a ella la vida ya no podía darle mucho más que sus migas de pan remojadas con café con leche.

De vuelta de uno de mis viajes de negocio por el interior, me la encontré muerta, ya tendida, chupado el rostro, con algo de ave. Según sus instrucciones, la enterramos en el Panteón Español. Fue un dolor sereno. Repetí sus generales para el registro del cementerio y a propósito de sus ochenta y cinco años, comentó el anciano intendente:

—Descansó la pobre.

Fue una oración fúnebre que produce alivio. Los senderos bordeados de árboles de aquel prado de los muertos ofrecían, a pesar de todo, no sé qué promesa consoladora. Exiguo era el cortejo que formamos, con la compañía de un amigo y algún pariente. A nuestro aislamiento y soledad contribuía aquella nuestra vida de gitanos. Ya no éramos de ningún sitio. Dejábamos allí a la abuela despreocupada de que ma-

ñana cada uno caería en su hora por cualquiera de los rumbos del viento. Hacía esfuerzos para endurecerme el ánimo. Resistía el impulso de sollozar sin tregua pensando que la abuela moría a su tiempo y "para descansar", según observaba el empleado. A la vez, temía no poder contener el llanto por la que murió a destiempo y para que nosotros ya no tuviéramos nunca descanso.

A mi lado, durante la breve ceremonia de la capilla, rezaron Lola y mi esposa. Los menores, Carlos, Samuel, Chole, lloraron a su *Gan,* para ellos la única madre que conocieron. Carlos sollozó como ninguno. ¿Su destino condenado a temprana muerte recibía quizá anuncios confusos?...

Desde su puesto de la frontera, mi padre me envió una carta enternecida. Me agradecía el cariño con que habíamos enterrado a su madre. Entre él y ella había sabe Dios cuántas dichas y amarguras comunes. Desde su infancia, más que la mayoría de las madres, aquella doña Perfecta había sido para él refugio y compañía, consuelo y sostén. Muchos días se habló de la abuela, se recordaron sus excentricidades de ancianita que iba perdiendo el seso, devuelto casi a la infancia. Luego entró a la segunda muerte, que es el olvido... ¿Qué es en la memoria humana un recuerdo? ¿Qué se hizo de su alma en la inmensidad? ¡Se necesitaba el máximo fervor de la fe cristiana para no doblegarse, desquiciarse ante estas preguntas! De la otra hablábamos menos, casi no hablábamos; era una herida nunca cerrada. Únicamente Concha, metida ya en hábitos monjiles, escribía de España en los aniversarios. "Hoy hace tantos años, a tales horas, dejó esta vida nuestra santa mamá. Supongo la habrán recordado y que tú cumplirás su deseo manteniéndote fiel católico para que todos podamos reunir-nos otra vez en el cielo." Solo en el cielo podría volver a juntarse la pobre familia que de Piedras Negras salió ya incompleta y se seguía disgregando. Pero ¿quién penetra el misterio de las uniones, desuniones de las criaturas?

En la nueva casa, separando al fondo las dos hileras de habitaciones, había un doble piso; abajo comedor y arriba antesala y alcoba. Por más independiente, habíamos cedido el alto a Carlos, que dormía allí solo. Una noche, a la hora de acostarnos, oyóse un estruendo. Salimos al patio creyendo que arriba se había caído algún mueble. Carlos asomó un poco perplejo. Al escuchar, él también, el ruido, salió de su alcoba, encontrándose tirada en el suelo la palangana que había en el vestíbulo.

—Ya bajaba —añadió—, para preguntarles si alguien había subido.

Registramos toda la casa. Propusieron las mujeres que Carlos cambiara de dormitorio, pero él se opuso diciendo:

—Si se trata de espantos, no pierdo la oportunidad de observarlos...

No volvió a ocurrir cosa extraordinaria.

Carlos trabajaba, se paseaba y por presión mía realizaba economías. Era jovial, desinteresado y enérgico. Estaba inscrito en un gimnasio, donde hacía atletismo. Frecuentaba los encuentros de box, concurría al Teatro Principal, con amigos alegres para aplaudir a las bailarinas. Siempre optimista y resuelto no me causaba, ninguna preocupación. Al revés de Samuel, que acostumbraba quejarse y hallarlo todo mal. Pero una tarde lo hallé en el bosque de Chapultepec, adonde acudíamos todos a menudo, por su proximidad a Tacubaya: lo vi apoyado en la bicicleta, de que acababa de apearse. Tenía el gesto contrariado. Sin hablar me alargó el papel en que le notificaban su cese en la compañía, por diferencias con un empleado superior, etc.

Muchas veces habíamos hablado del proyecto de que pasara unos años en los Estados Unidos, la Meca del éxito, la ilusión de los jóvenes ambiciosos de aquella época. Por lo menos, perfeccionaría su inglés. No iba a quedarse de empleado de comercio toda su vida. Trabajando en los Estados Unidos podría, como se estilaba antes, seguir al mismo tiempo una carrera corta; se ha-

ría mecánico técnico, después volvería a México a poner un taller o a trabajar en el ferrocarril. Los ferrocarriles en aquellos años ocupaban mucho personal extranjero, alegando que no había mexicanos preparados; él se adiestraría. El plan no podía ser mejor, pero no podíamos pagar un colegio formal. Son caros los institutos técnicos, las universidades. En cambio, en las escuelas auxiliares de mecánicos enseñan sin exigir preparación escolar de importancia. Contando con sus ahorros y con ayudas ocasionales que prometí suministrarle, decidió su viaje. Se marchó primero a Ciudad Juárez, donde cultivaba la amistad de Jesusito Frías, hijo de don Benigno, mi antiguo protector.

Lo vimos partir con tristeza, pero esperanzados. Cumplía veintiún años, "le convenía probar fortuna".

—En todo caso, si te ves apurado —le advertí—, pon un telegrama y en veinticuatro horas te giro tu regreso.

Mi padre, ausente, no intervino en estas decisiones, cuya responsabilidad asumí plena. El mismo Carlos no se hubiera decidido sin mi consentimiento, dada la confianza que ponía en mis juicios. No se me escapó que lo empujaba a una empresa dura y de las que ponen a prueba un carácter. Pero yo también me sostenía a fuerza de tenacidad y me halagaba sentir en el hermano predilecto madera que resiste el temporal.

DE ABOGADO DE LA LEGUA

Desde mi ingreso al bufete Warner y, especialmente, en los tiempos de Zentella, había tenido que hacer viajes de negocios por distintos rumbos del país. Una de mis primeras comisiones la desempeñé en Zacatecas. Me tocó levantar el acta, legalizar el papeleo del Consejo Social de una empresa propietaria de minas. La ciudad que tantas veces había visto en panorama desde los vagones del ferrocarril me abría ahora sus calles, que ya empezaban a verse desiertas. Casas amarillas de uno y de dos pisos, dinteles de cantería, pavimento de piedra irregular, plazoletas reducidas, circundadas de casas color ocre. Ambiente mineral. Apenas un estrecho jardín al lado de la catedral de torre barroca primorosamente tallada. Por bajo del balcón del hotel circulaban mulas y burros con sacos de mineral. Sube olor de talabartería. El eco de las pezuñas herradas sobre el empedrado repercute en la fachada de piedra. En torno, ahogando casi la zona urbanizada, levantan su mole rojiza los montes. Sobresale el cerro de la Bufa, atalaya del viejo campamento de los gambusinos. Lo que abajo queda en palacios y templos es testimonio de bonanzas que ya son únicamente leyenda. Los conocedores nos advierten:

—Ya esto se acabó, están agotadas las vetas, nunca volverá a lo que fue.

Fugaz destino de la urbe minera. Improvisa arquitectura lujosa, pone estera de barras de plata para el matrimonio de los hijos del amo de la veta incalculable; luego a los nietos, tras del derroche, les hereda ruina, humillación y exilio.

Con avidez de viajero novel recorrí todos los sitios célebres, incluso la villa de Guadalupe; nobles sillares en un desierto... Un colega local me mostró las colgaduras de terciopelo carmesí de la sala de fiestas del Teatro Calderón: alarde postrero de una decadencia sin gloria. Muebles de peluche donde no hay espectáculos y ya casi ni público. Volví a pasar por allí en la noche. Una compañía de la legua anunciaba no sé qué piececilla o sainete. Obstruían el pórtico mujeres con rebozo y hombres descalzos. Un niño de clase media mal vestido, triste el semblante, detuvo mis reflexiones. No podía entrar a la función, no podía comerse los dulces de los vendedores ambulantes, no tenía esperanza de un traje nuevo. Toda la angustia de la ciudad con su teatro de lujo y su población desarrapada, expresábase en el gesto de aquel niño que no pedía nada, ni hubiera aceptado merced, pero comprendía y apetecía sin ilusión de alcanzar.

-Esta comarca está en la miseria -había yo dicho a mi amigo, desde por la mañana, y me respondió:

La ciudad sí, por la casi extinción de los trabajos de las minas, pero el territorio circundante es rico. Esas tierras coloradas y secas no carecen de pastos; se sostienen en ellas millones de ovejas. Ningún otro Estado compite con éste en la exportación de lana.

Faltaban apenas ocho años para que llegaran por allí las huestes carrancistas robando ovejas, embarcando los ganados para los Estados Unidos en beneficio de los generales, los ministros de la Revolución. Con tal barbarie volvió a triunfar el desierto.

Sin embargo, en aquellos tiempos yo me sentía revolucionario, creía que podían consumarse reformas civilizadas y siglo veinte con girondinos y aun con Robespierres. Me indignaba de la miseria pública; disertaba contra los hacendados que compran palacios en París y dejan descalzos a sus labradores. Censuraba al gobierno desentendido de las muchedumbres de pordioseros que acuden a las paradas del ferrocarril. La tiranía era cómplice de cada abuso, obstáculo de cualquiera enmienda; era menester derrocarla y el porvenir se arreglaría solo después; lo primero era conquistar la libertad...

Revolucionariamente reflexivo, me fui internando por callejas pintorescas y tortuosas, misteriosas, pese al alumbrado eléctrico. Suben algunas en gradas como escalera, bajan otras de suerte que edificios de un piso resultan por la espalda de tres.

—Las muchachas de aquí —me había dicho mi amigable *cicerone*— tienen buenas pantorrillas de tanto caminar por estas calles en desnivel.

Algunas que vi de paso me dieron la impresión de llevar en la carne el mismo tono de la tierra colorada, argamasa con reflejos de oro que se acumula en los bocaminas. La noche fría del altiplano estimulaba la marcha. Atravesó una silueta ágil, hombros delicados bajo el tápalo negro, caderas opulentas, andar voluptuoso. Apresurando el paso, miré un rostro moreno y ovalado de ojos espléndidos. Saludé sin obtener respuesta, pero no rechazó la mano que la tomaba del brazo. Frente a su puerta intentó despedirme, pero sonriendo. Al fin entré a su vivienda: colcha bordada en la cama de respaldo de madera; en la consola un santo con su capelo, flores de trapo en un búcaro, cortinas de punto blanco. Pero era ella soberbio adorno. ¿Qué misterio enciende el sincero arrebato, el delirio de carne y alma de dos seres que no se han preguntado los nombres y que nunca volverán a encontrarse? Dos horas después me hallaba de nuevo en la calle, molido de cuerpo, pero dichoso, estremecido con el son que entona los Himnos de la alegría interior.

*

Otra ocasión me tocó caminar en compañía de Wilson y el banquero que llamaremos Beckins. Capitaneaba la expedición el banquero y el vellocino de oro lo constituía cierto testamento que lo nombraba albacea de cuantiosos intereses por Colima. El ferrocarril no pasaba entonces de Tuxpan. En este punto nos alojaron los ingenieros que construían la vía, dentro de sus mismas tiendas de lona. En una especie de bodegón remendado con tablones, los cocineros chinos del campamento nos sirvieron cena copiosa al estilo norteamericano: leche en lata, huevos fritos con jamón, galletas, mantequillas, carnes enlatadas, cereales. Procuramos en seguida dormir en los catres de campaña, bajo el doble cobertor olivo, tipo ejército yanqui. Durante la cena, se había concertado un acuerdo, lo que nos permitió emprender el regreso en el tren inmediato de las cinco de la mañana. A las tres nos levantamos para darnos un almuerzo. La misma lista de manjares conservados y la inevitable botella de "Catsup", tomate farmacéutico. Naturalmente, el exceso de mala comida me produjo insomnio y después jaqueca. Se malogró la fiesta del paisaje magnífico. Enormes montañas, bosques

de palmeras y manchones gloriosos de los árboles con flor amarilla o rosada que denominan *primavera* o *maravilla.* Apenas lo veía, agobiado por el dolor en las sienes, la náusea. Mal hereditario se juzgaba la jaqueca en mi familia. Hasta un Upton Sinclair me libertó con su folleto. Doble retrato: Upton Sinclair *before fasting:* Upton Sinclair *after fasting.* Primero un rostro cetrino, melancólico, vista apagada, tez granulosa; así estaba cuando comía y comía y se curaba los trastornos de la salud con medicinas antes de aplicarse el régimen del ayuno. En el segundo retrato aparece Sinclair sonrosado, luminosa la pupila, limpio el cutis, optimista la expresión. Bastaba con dejar de comer totalmente, una o dos veces, al menor indicio de trastorno fisiológico, al primer síntoma de constipación. Toda mi vida estudiantil entre alumnos de Medicina y médicos y ni un consejo para combatir el estreñimiento, que ya Voltaire señalaba como causa de todo mal, a no ser el uso de laxantes que lo empeoran. Toda una práctica médico nacional de administrar carbonatos para hacer comer cuando no hay hambre, renegada, vencida en un instante por la terapéutica, simple y eficaz, y por otra parte antiquísima, bíblica: el ayuno por higiene. La beatería, creó el absurdo del ayuno como penitencia; *los* yanquis nos devolvían a la sana tradición.

Por lo pronto, mis compañeros de viaje discutían y soñaban, disertaban sobre el mismo tema: los negocios y la riqueza. El banquero Beckins comenzaba la carrera que en pocos años lo hizo millonario. De frente napoleónica, tipo menudo, tez morena, pensamiento rápido y pocos escrúpulos, era un predestinado del éxito. Su Dios era el poder y su gran sacerdote el dinero. Se le atribuían combinaciones turbias y aun se le consideraba autor del *tropical ranch scheme.* Escritura de compraventa de diez mil pesos, lanzamiento de bonos hipotecarios en Estados Unidos por cien mil; gastando la mitad en propaganda, comisiones y algunas mejoras, se reservaba el banquero la otra mitad para la acción hipotecaria, a la hora de la quiebra inevitable. Luego la reorganización, nueva emisión en el mercado yanqui, que entonces rebosaba dinero, y así sucesivamente hasta que el Banco Beckins lució sus mármoles sobre la principal avenida de la capital.

Emersonianamente constituía Beckins el representativo de la fiebre de especulación de un continente. Los más audaces ya no se hacían guerreros ni exploradores o *pioneers,* sino empresarios de ferrocarriles, presas de riego, desecación de pantanos, aprovechamientos de energía eléctrica: *promoters.* La oportunidad de convertirse en millonario parecía al alcance de cualquier osado. Beckins me fascinaba y él parecía interesarse en el contraste que le ofrecía mi carácter.

—Lástima que usted se aferré a su temperamento de *dreamer.* Si usted quisiera entregarse de verdad a los negocios prosperaríamos más allá de lo que usted se imagina.

—Con cincuenta mil pesos me compro casa y huerta y un campo para encerrarme a trabajar en lo mío, y basta —le objetaba yo.

Reía Beckins estrepitosamente.

—¡Por Dios, V., cincuenta mil pesos! ¿Para qué sirven cincuenta mil pesos? Eso se gana en un negocio en una semana. *Try five millions,* ensaye a reunir cinco millones, y cuando los tenga, ¿por qué no aumentarlos a diez?

Su imperialismo sobrepasaba la idea nacional, las fronteras, las razas. "Lo que hacía falta eran hombres como Porfirio Díaz, capaces de tener en un puño a la plebe, hecha de ineptos y descontentos." De esta suerte prevalecían los hombres creadores y grandes. Lástima que los Estados Unidos no tuvieran un Porfirio Díaz.

—Sería hermoso un continente gobernado napoleónicamente desde Washington. Y ¿por qué no? ¿Qué escrúpulos puede nadie oponer? Usted es buen mexicano, yo soy buen americano; ¿por qué no habían de unirse las dos naciones como se nos unió Texas? Y entonces,

¿quién sabe? ¡Un mexicano podía llegar a ser el jefe de todo el continente! Elecciones o plebiscitos periódicos y toda la autoridad posible al electo, a reserva de exigirle responsabilidades al fin de su término constitucional.

¿No era ése el secreto del éxito de los Estados Unidos, el primer pueblo de la Historia?...

Poco después en este viaje se operó un cambio en el bufete de Warner: se separó Wilson, llevándose la clientela del banquero Beckins. Me invitó Beckins a que los siguiese. No quise hacerlo por escondida repulsión de Wilson y por lealtad a Warner. Nunca me arrepentí de haber evitado el camino torcido. Beckins no llegó a ser un Morgan, pero sí juntó los cinco o seis millones que disfruta en su palacio de México y sus residencias veraniegas de Estados Unidos.

Para alcanzar la grandeza no le ha estorbado la murmuración. A título de anécdota que plasma un tipo, refiero lo que se me contó. Despachaba Beckins, como de costumbre, en su Banco, rodeado de auxiliares, taquígrafas, clientes. Presenta el mozo una tarjeta. Sin parpadear Beckins ordena:

—Que pase.

Penetra a la sala un caballero yanqui alto, barba blanca venerable, porte severo. Llamémosle míster Jones. Los empleados, las taquígrafas conocen la correspondencia violenta en que el recién entrado reclama contra una pérdida de que se acusa a Beckins y hacen ademán de retirarse. Con una señal, los retiene; cortésmente indica a Jones un asiento. Éste, en voz pausada y alta, declara:

—Míster Beckins: ¡he venido a su propia casa para decirle delante de sus empleados que es usted un bribón y debiera estar no en su Banco, sino en presidio!

Hay una breve pausa, tras de la cual, con su voz atiplada y tranquila, Beckins Pregunta:

—¿Y eso es todo, míster Jones?...

—Sí, eso es todo —contesta el viejo Preparándose a salir.

—Un instante nada más, míster Jones, se lo ruego —interpone Beckins, y echándose atrás en el asiento giratorio, examina a Jones de arriba a abajo y sonriendo exclama—: Ahora comprendo, míster Jones, por qué usted a sus años está pobre y arruinado, hecho un fracaso, en tanto que yo soy millonario. Haber hecho viaje para darse la molestia de decirme lo que todo el mundo sabe, y. mejor que nadie, mis asociados: "Que soy un bribón que debiera estar en presidio"; vaya, míster Jones; ¡a sus años preocuparse de ese modo de lo ajeno en vez de atender a sus propios asuntos! Con razón. Su sombrero, míster Jones; aquí está su sombrero.

Se asegura que los presentes se pusieron a reír y míster Jones se retiró confuso, casi avergonzado. La liberalidad de Beckins con sus amigos y servidores le aseguraba no pocas adhesiones leales...

El tipo del negociante, Warner, era más humano y más fino. Propiamente, no era Warner negociante sino soñador metido a negocios, casi desesperado. Warner forjaba proyectos y fantasías y dejaba escapar las ocasiones modestas. Deseaba un millón, pero había de venirle asociado a la estimación de sus iguales, sin mengua de su nombre de buen linaje. "Una guerra para apoderarse de Cuba no estaría bien; era como pegarle a un niño." Sin embargo, él decía: *"Take Cuba, gently* para sanearle sus puertos y libertar la población oprimida." Mirando aquí y allá los restos de la acción española en México, comercios urbanos, explotaciones agrícolas, comentaba:

—¡Son admirables! Fíjese cómo tienen el secreto de hacer trabajar recogiendo ellos el fruto.

En el fondo se sentía, como tantos otros yanquis, el heredero de los conquistadores españoles. Ostensiblemente y para la galería hispanoamericana, censuran las atrocidades de la conquista, el rigor del coloniaje, y, en realidad, estudian el sistema y desearían repetirlo. No era Warner el tipo del capataz. Emulaba más bien el caso del aventure-

ro moderno, negociante y promotor, suerte de Peer Gynt ambicioso, no solo de oro, sino de poder y de fama. El profeta de sus empresas era Ibsen, por encima del mismo Emerson y con desdén confesado de Ruskin. Saltando sobre los frenos de la tradición democrática igualitaria, los yanquis se volvían a sentir vikingos rapaces apenas trasponían nuestras fronteras. Toda nuestra literatura revolucionaria se ensañó más tarde contra el tipo de negociante intervencionista que aprovechaba la crisis moral de un pueblo para medrar y oprimir sin compasión. Por desgracia, hasta ahora no hemos logrado otra cosa que proveer a estos traficantes con el socio que necesitaban: el político, general de la revolución, que les aseguraba la impunidad.

Mientras Warner perdía dinero y tiempo en organizar negocios de rendimiento problemático, Beckins no metía jamás un peso suyo a ningún negocio. Los negocios los hacía con el dinero de los otros, sin perjuicio de adjudicarse la parte del león en las ganancias. En esto del sentido práctico para el negocio tenía yo más de Beckins que de Warner. Muchas veces evité que Warner arriesgara sumas en proposiciones dudosas y el poco dinero que yo ahorraba lo guardaba constante y sonante en el Banco. Hice una casa porque tenía familia y era necesario meterla en algún sitio, pero nunca invertí en negocios aleatorios. Para soñar basta con la poesía y no hay nada más triste que rebajar el sueño al nivel de una realidad que solo agradece a quien la trata con claro, preciso, definitivo desdén.

Entre la multitud de los aventureros que se diseminan por nuestro territorio en busca de minas, tierras, bosques que trabajar o explotar, hubo, por supuesto, hombres admirables, ingenieros que en la mina o por los terraplenes de nueva vía férrea, vivieron largos años con la frugalidad de un monje, solo para dejar al morir una fortuna modesta que paraba en manos de abogados y banqueros. El gusto casi heroico de la tarea purifica y eleva estas almas singulares. Con uno de estos hombres conviví en cierto viaje. Era él un cincuentón enriquecido en el trabajo y yo un pobre principiante. Sin embargo, yo derrochaba imbécilmente propinas, vasos de cerveza, coches y extras en la mesa. El otro caminaba a pie para economizar el taxi, bebía en la mesa agua, en vez del vino caro y malo, y se acostaba temprano, mientras yo me iba al teatro.

—El trabajo humano —me decía a propósito del dinero— no lo derroche; es de tontos hacerlo.

En cambio, en nuestra enrevesada ética criolla, quien no despilfarraba, así tuviere que vivir después de prestado..., no sabía lo que es vivir, no era hombre.

Llegábamos al abra en que se divisa Oaxaca. Cuando Hernán Cortés llegó a este sitio (recordó el yanqui), se quitó el sombrero y clamó:

—Gracias, Dios mío, porque me has concedido contemplar este panorama.

Súbitamente el confín se ensancha y aparece un valle dulce, poblado de casas y arboledas, partido por la cinta plateada de un río que corre entre playas de oro. Hacia el fondo, cúpulas bizantinas y campanarios barrocos. Ocre subido de la piedra tallada; encalados paredones casi sin vanos, balaustradas de hierro forjado y aleros de teja. Todo tiembla en el cristal de una armonía exótica.

El convoy, al bajar, nos ha metido en capas de aire denso, embalsamado de tropicales florestas, refrescante y como nutritivo. Altos ramajes de mameyes y de mangos, tierra colorada, siembras y chozas entre palmares, ovejas y gallinas, guajolotes, indios de blanco. A mi mente acuden nombres aprendidos en la infancia. Los barrios del Carmen Alto y la Soledad, las Mirus, las Fandiño, familias que oía recordar y de las que ya nada sabré jamás. Estaban allí los panoramas que recreaban a mi madre en su juventud. Irreprimiblemente la garganta se me estrechaba de verme solo, deshecho el manto del fami-

liar afecto. El cochero que nos recibiera en la estación había pronunciado calle con la *elle* fuerte de mis abuelos; *elles* oaxaqueñas, que en América solo usan también los argentinos. La musical estridencia acordaba con el ambiente despejado y sólido, transparente y casi quebradizo. Desde el asiento de la calesa revisaba las casas, las puertas, las esquinas, buscando la traza de los relatos paternos, cotejando las fotografías que fueron tesoro de la familia. Era un poco mío cuanto miraba. Cierta casa baja encalada y con el balcón corrido de hierro y un ventanillo, me sobresaltó con la sugestión: esto mismo vieron sus ojos tantas veces. La angustia de mi goce se avivaba como si estuviera dentro de mí el alma infinitamente amada. Lo que ella en sus últimos instantes rememoró quizá, creyendo no verlo más, ahora lo contemplaba con mi mente. Más que yo mismo era ella quien veía de nuevo sus parajes nativos. Aquellas imágenes eran también algo como un complemento. Así que las incorporase a mi conciencia, como nutrición del ambiente nativo, mi personalidad sería más rica y coherente. Lentamente me volvía más yo mismo... Asomó la portada de la Soledad con su gradería, y encima el atrio donde se comen los buñuelos y se quiebra la cazuela el día de la fiesta. Largamente, deliciosamente, examiné la noble portada barroca, piedra dorada y cornisa ondulosa, sin torres. Allí sí, seguramente, los míos gozaron la verbena y en seguida, recobrada la compostura, meditaron frente al altar semichino, recargado de molduras de oro, patinados los óleos, ardida la tierna cera de los cirios... Oscurecía y estaban cerrabas casi todas las ventanas, desiertos los balcones. Una vaga protesta, absurda, se alzaba dentro de mí; extrañábame, de que las puertas no se abrieran a mi paso, de que nadie acudiese a la bienvenida. Desde luego, ya no tenía por parientes; nadie sabía, ni le hubiera importado saber mi llegada, pero esto mismo hacía más aguda la desazón de entrar a la propia casa como desconocido. Mi gringo minero, al lado, aunque bondadoso y prudente, hacía más doloroso el caso. Llevado allí por extraños, gracias a ellos volvía, ya no el hijo pródigo, sino su descendiente, y a presenciar la ruina de su propia estirpe. Las casas, las minas, los ranchos, empezaban a ser propiedad de extranjeros, como el que me acompañaba. . .

Concluida la cena, me despedí de mi cliente y me eché a vagar por la ciudad. Eran más o menos las diez. Desembocaba el zaguán del hotel en el portal frente a la plaza. Los arquitos recordaban las casas de los "nacimientos" con que se festejaba la Navidad. Uno que otro transeúnte miraba con indiferencia las alacenas de dulces y pastas. A la derecha los soportales de cantería del Palacio de Gobierno sugieren el tipo arquitectónico de la colonia, de Antequera a Guatemala. Al centro de la plaza, un jardín que embalsama la noche. Andadores espaciosos, pulcramente embaldosados, brindan asientos a la sombra de toronjales cargados de fruto. Frescura y pureza del hálito vegetal. Reposadamente observé el Palacio: anchas puertas, protegidas de balcones, a lo largo de la cornisa de la arquería. Lo hicieron criollos españoles, es decir, mexicanos de la era fecunda. Y nosotros no tenemos ni memoria para recordar los nombres de los constructores. En cambio, cualquiera por allí pregona que en el palacio despachó Benito Juárez, y aún se conserva en el descanso de la escalera el retrato de Porfirio Díaz. Pasmóme hallar en la piedra el mismo sepia de mis antiguas vistas estereoscópicas. Di otra vuelta a la plaza. Todavía algunos grupos, dialogando con desgano en las bancas, gozaban la placidez de la noche infinita. Caminando unos pasos, sin preguntar, reconocí las torres dobles, bajitas, y la fachada robusta de cantera verde, la catedral de los ditirambos arquitectónicos de mi padre. Atrio despejado y calle de por medio, un jardín con arboleda frondosa. El suelo pavimentado de cantería se ve limpio, impecable. Por la esquina del fondo se alzan casas

modestas, pero robustas: dos pisos y balconería de hierro. Todo está puesto como para perdurar en los siglos. Examino de cerca el templo y descubro, por fin, el tono incomparable de aquella cantera verde tan alabada. En los nichos de un tablero hay imágenes en piedra, discretamente talladas. El tiempo les da distinción. Era verdad y no exageración paterna: dimana de la obra fuerza y nobleza. Para construirla habían penado y habían vencido, ánimos clarividentes, dominadores de la selva, la soledad, la cordillera. Un trozo de cordillera se había hecho música. ¿Quiénes fueron los fundadores? Ni sus nombres nos ha reservado la furia destructora de la época posterior, la apatía, la ruindad de nuestra herencia sin casta.

Cabizbajo seguí penetrando por avenidas semidesiertas, anchas y limpias, bien alumbradas. Las calles laterales se ven partidas por el caño que recoge el agua limpia de los aguaceros. El empedrado lustroso de granito amarillento, las fachadas, de poca altura y macizo ensamble, todo sugiere la influencia romanoibérica. Los zaguanes denuncian el grueso singular de los muros. Acuden a la mente historias de alarmas y terremotos. Al comienzo del arrabal cesan las cornisas y se expanden los aleros de teja envejecida y poética.

Por la subida del Carmen hay una perspectiva de calle que asciende y finge en la sombra nocturna el contrafuerte de una muralla fantástica. Al fondo de las avenidas se levanta ciclópea la masa oscura de las montañas. Estamos en el corazón pétreo del mundo. En él la ciudad es un ensayo de expresión de la cordillera. Reluce de aseo la doble fila de aceras, embaldosadas. Cada hora golpea en la esquina el sereno y declama la cuenta del tiempo. Una quietud perfecta, sin otra presencia que el alumbrado, invita a seguir caminando. La noche arriba es un terciopelo recamado de astros. Parece que se han aproximado las constelaciones.

Cada dos o tres manzanas, el término de la vía pública se ensancha en plazas reducidas, sombreadas con algún jardín. Cierran el cuadro casas como palacios y templos antiguos. En ellos toma un alma el granito. Las sombras de los follajes agrandan, ennoblecen las proporciones. En el vano de un pórtico, una vieja enlutada tiende la mano pidiendo limosna.

—Dios se lo pague... —murmura dulcemente...

Una idea me remueve: la ancianita podría ser alguna remota pariente.

Avanzando, siempre sin preguntar, desemboqué, por fin, de improviso, a la fachada de Santo Domingo; lo mejor en su género en todo el continente y en ciertos aspectos único en el mundo. Sorprende la masa robusta de la nave. Los contrafuertes se multiplican hacia los muros del convento anexo. Vista de cerca la portada se impone con majestad. La torre lateral, no muy alta, cuadrada en el doble cuerpo, redonda en el tope, resiste no solo el tiempo, sino la amenaza de los temblores. Todo el edificio es de piedra dorada semejante al mármol pentélico, pero sin lujo de columnas y frisos. La armonía definitiva de Bizancio ha dejado más bien su huella en este monumento del nuevo mundo. Los sillares sin ornato dicen el poema de la simple duración. La idea busca en la cúpula, imagen del firmamento, la totalidad de los destinos celestes.

Por un costado unos árboles frondosos se ven jóvenes, a pesar de su altura. Tenue brisa juega en el ramaje y pasa como las miradas de las generaciones sobre el macizo de cantería; una que otra ventana recuerda los interiores, vastos como plazas defendidas.

Desentendida momentáneamente de lo presente mi atención extraía del pasado las sensaciones que mis padres, mis abuelos, mis consanguíneos todos experimentaron a la vista de su iglesia. Sin duda muchos de ellos, apegados a la provincia, la tuvieron como paradigma de sus anhelos de hermosura. Cada uno en mi clan, en tiempos remotos o en ocasiones todavía próximas, había con

templado los muros célebres, había recorrido el trayecto que yo ahora desandaba en dirección de mi hospedaje. Los mismo salientes y tableros que ahora me fascinaban, los árboles centenarios de la Alameda de León, cuanto me rodeaba habló antes a tantos otros, doblegados por el misterio que me sobrecogía. Al cruzarme con algún raro grupo de transeúntes me entraba de pronto el impulso de detenerlo para abrazar a cada uno, diciendo: —Aquí estoy.

Y luego la súplica:

—Háblenme de ella, que no pudo volver. Señálenme la casa que habitó. A qué balcones se asomaba los días de los cortejos triunfales. ¿En qué losa cayó la flor que arrojó al héroe su mano blanca y leve? ¿Cuál de estas naves que envuelven el reposo guardó el afán de sus rezos?... ¡Ah! Díganme: ¿Por dónde está la casita del barrio pobre en que escondió sus amarguras mi abuelita difunta, la buena viejecita sacrificada al hijo sin amparo?

Un vivo dolor me relajó de pronto los músculos, me deshizo la voluntad, me gritó en lo profundo:

—Tú también eres aquí como expósito que nadie conoce en su tierra.

—Ni hace falta —replicaba el orgullo.

Y luego, contagiado de las influencias estilo yanqui, musitaba:

—Bien podías ya comprar la casa cuyo alquiler agobiaba a tu padre. Comprarla y obsequiarla para biblioteca de futuras generaciones.

Y bien vistas aquellas casas, en su mayoría, resultaban chatas, sin encanto, casi no respondían a la ternura y tentación del desagravio. Y como algunas lágrimas empezaron a correr sin motivo, antes de llegar a las esquinas vivamente alumbradas me restregaba con la mano las mejillas. El desgaste nervioso me fue encaminando al hotel. Todavía uno de los puestos de dulce del portal estaba abierto y ofrendaba las mismas golosinas que nos llegaban a Piedras Negras. Ávidamente comí dos, tres tortitas famosas: pasta de harina y huevo, coco en almíbar y encima turrón de clara y miel virgen espolvoreado de azúcar colorada y anís. Había también turrones blandos en obleas roja y blanca. ¡Y es tan humilde un dolor humano que la gula de los dulces me hizo pasadera la sal de las lágrimas!

Se disipa la pena, pero retorna, y, ahora mismo que escribo estas páginas viendo jugar a mi nietecita de año y medio, lloro por la abuela mía, que es su tatarabuela, o sea, para la niña una extraña. Pero en mí se juntan todavía, como mañana se juntarán en ella, generaciones pretéritas cuya memoria mueve a llanto y proles del futuro cuyo destino incierto nos sobrecoge. Tiemblo por la ventura todavía intacta de la pequeñita y me preocupan las desdichas de sus hijos y los nietos que ella amará entrañablemente. Y atado así el lazo irrompible de las generaciones, me prolongo en el dolor sin término hacia atrás y hacia adelante, mirando con ojos viejos de los antepasados y con los ojos todavía sin abrir de los postreros, el horror y el esplendor inacabables. ¡Sólo es dichoso el que rompe la cadena de la maldición!

Al otro día mi cliente se fue a visitar unas minas de las cercanías y yo me quedé a gestionar algunos trámites en unión de un abogado local. Era éste un indio casi puro, bronceado y talentoso, con fama de buen jurista. Sin embargo, cierta vez, en el descuido de la charla, me dijo:

—¿Usted es originario de aquí, verdad?

—Sí.

—¿Y conoce usted a estos gringos? —Seguramente.

—Y dígame usted, en confianza y como paisanos: ¿es verdad que en Nueva York existen edificios de cuarenta pisos o es que éstos lo dicen para presumir?

No sé el efecto que le causaría la risa que no pude contener, pero insistió:

—¿Usted los ha visto?

—No, hombre; yo no he estado todavía en Nueva York, pero no le quepa a usted duda de que los hay... Acuér-

dese usted —le dije después— de su clase de lógica, de su estudio jurídico y la teoría de las pruebas; sobre la prueba del testimonio humano se funda más de la mitad de lo que sabemos y tenemos por incontrovertible.

No sé si logré convencerlo. Y aunque de pronto me burlaba del incidente, después meditaba; por muy leído que sea, la vida en éstos encierros de serranía tiene que conducir a estos estados de desconfianza y de candor... La civilización era cosa de ruedas, había que moverse; ¡bendito el día en que el hambre y el orgullo echaron a mis padres a vagar por nuestro territorio, conmigo a cuestas!

Por la tarde, libre ya de quehaceres, visité a una señorita de edad, una Luz Brioso, prima del librepensador y no sé si también algo pariente de mi madre o, por lo menos, amiga. Con ella y dos jóvenes cuyos nombres no recuerdo, hicimos un paseo al río Atoyac, por debajo del puente, en un cochecillo de alquiler. En la feracidad de la tierra hay algo magnético: las flores huelen más que en la meseta mexicana, la luz es viva en un tono que baña de oro las cosas. El firmamento es azul con temblor de presencias creadoras. El reposo es allí de una densidad que justifica la frase local: *un aire que se corta*, y yo añadía: que nutre; un ambiente embalsamado de esencias vegetales, transparente y plácido.

Caminando por un atajo, entre cercas de bejucos, pretendí arrancar una vara para ocupar la marcha. En el instante de alargar la mano, me picó en la enramada una espina que me produjo dolor vivísimo; en seguida una inflamación rojiza avanzó de la mano al brazo.

—Es *la mala mujer* —comentaron mis amigas—, una liana dañina que usan precisamente en los cercados.

Durante una o dos horas tuve dolor y parálisis del brazo, hasta el hombro; aquello fue el aviso de las perfidias del trópico.

Por la noche, después de la cena, mi buena amiga Lucha me paró frente a una casa de zaguán ancho y dos ventanas bajas —la recuerdo apenas y no la reconocería hoy—, y me dijo: —Aquí naciste.

Probablemente el paseo de la noche anterior me había agotado la sensibilidad doméstica, pues no experimenté la menor emoción. Ni me ha gustado nunca relacionar las gentes que amo con sus horas de acción cotidiana, menos en la agonía de un parto. La vida aparece en condiciones desagradables y supongo que aun los más ignorantes padecen ante ellas repulsión; pero después que se ha escuchado una cátedra médica con el detalle de la placenta, los desgarramientos y los líquidos, queda para toda la vida un océano de asco de toda función fisiológica. Y así yo cuento mi nacimiento desde el día que por primera vez, siendo niño, me pregunté:

—¿Quién soy? ¿Qué soy?

*

Regresó mi gringo de la mina y todavía nos quedaba pendiente una gestión en el juzgado de Tlacolula, para donde partí con uno de sus ingenieros. Desde el comienzo del viaje a caballo convinimos en quedarnos a pasar la noche en Mitla, para disfrutar de un buen hospedaje y de paso visitar las célebres ruinas. Era la primera vez que montaba en albardón y saltaba feo en el caballo, educado al trote inglés. Advirtiéndolo el ingeniero, un británico, me procuró útiles consejos de equitación, pero lo malo fue que al comentar el sistema de montar, único que yo conocía, el mexicano en silla vaquera, opinó el inglés:

—Debiera usted aprender el estilo que en Europa usan los *gentlemen*.

Una sensibilidad que hoy parece excesiva me hizo responderle:

—No dudo que así monten los *gentlemen*. Pero antes de que en Inglaterra hubiese *gentlemen* ya había en Castilla caballeros que montaban como montamos nosotros, al estilo charro.

No era yo, y menos entonces, un tradicionalista, pero ninguna arma es mejor que una noble tradición cuando hace falta castigar la impertinencia de los extranjeros.

Las ruinas de Mitla figuraban en la colección de vistas oaxaqueñas de mi infancia; así es que reconocí cada porción. Restos de muros con grecas talladas en el granito; pilastras en bruto de un solo bloque de piedra; dos o tres salas semihundidas; cuánto mejor la obra de la tarde, afuera, en el sol que se ponía con arreboles suntuosos. Y cuánta más arquitectura en la nave de un humilde templo católico que en esos mismos días reparaba el párroco a veinte pasos de las ruinas bárbaras. Cualquiera de las iglesias de Oaxaca o su mismo palacio renacentista me habían producido mayor impresión que todo aquel rectangular, confuso residuo de una civilización sin alma.

El patio del hotel tlacolulense era una delicia. Encuadrado en corredor ancho, enladrillado; sobre el pretil las macetas desbordaban rosas, claveles, azaleas. Por arriba el cielo desleía su resplandor postrero. Recogí el llavón de una alcoba olorosa a la resina de los cedros del techo. Para la cena nos sirvieron sopa caldosa y de arroz, pollo guisado y ensalada de lechuga con betabel, vinagre, aceite de olivo y azúcar en vez de sal. Este aderezo dulce se había ido perdiendo en la mesa de mi familia, pero recordaba la época en que así la servían. De tales detalles se va formando la sensación de la tierra natal.

*

Cierta notoriedad derivada de notas de prensa sobre reuniones del ateneo en la capital y la camaradería de colegas de profesión determinó que se me diera un almuerzo de agasajo en una hermosa huerta de los alrededores la víspera de mi partida. Entre copiosas libaciones y *moles* regionales se multiplicaron los discursos. Y el encargo de decir en la metrópoli que también la provincia tiene talento y que no está muerta la vieja Antequera y, en fin, el entusiasmo de rigor en estas reuniones en que la juventud manifiesta sus anhelos. Uno de los comensales recogió un grupo y nos llevó a su casa. Allí hubo por la noche más comida con tinto de Burdeos, que acababa de embotellar; otro —¿se llamaba Dols?— me dedicó libros suyos. En fin, salí de allí rebautizado oaxaqueño y complacido de aquella gente sincera y que tan poco logra en favor de su región, quizá por su prurito de emigrar.

BARBARIE ADENTRO

Los azares de la clientela me llevaban también por sitios menos afinados por la cultura y en ocasiones por sitios completamente hoscos. Cañitas era una estación de tres casas, una especie de hospedería. Los viajeros se apeaban del tren en Cañitas para seguir en diligencia hasta Nieves. Por imprevisión fui a dar allí en domingo y corría diligencia hasta el martes. Una de las tardes más tristes de mi vida fue la de aquel domingo. Nada sabía entonces del arte difícil de la paciencia. Y en vano ensayaba disciplinas yoguis para encontrarle interés a las plumas de gallina que el viento levantaba en torno a la mísera posada. Apenas una cerca de alambres nos separaba del arenal. Muy distante se erguía el perfil azuloso de unos montes y el alma se contagiaba con la sequedad de la llanura. Al cabo de súplicas y regateos, un cochero aceptó conducirme en un carruaje de dos ruedas y un caballo, una "chispita". Salimos el lunes, economizándome un día de espera. Partimos de madrugada en dirección de las Tetillas, dos cerros paralelos que justifican su nombre. En ellos se parte el camino; a la derecha en dirección de Sombrerete, donde el mineral aflora en la montaña, y a la izquierda, rumbo a Nieves, el final de mi ruta, otro mineral pacífico y próspero. Corría la "chispita" por la senda que deshace el matorral y escapaban las liebres, sin mayor susto, un poco extra-nadas de que alguien se aventurase por

sus reinos solitarios. Al acercarnos a la serranía, el terreno se puso menos árido y empezamos a ver ganados. Un toro estacionado cerca de las rodadas que seguía nuestro cochecillo se nos quedó mirando amenazante, pero el cochero arreó sin miramientos y la fiera se quedó perpleja, inocente y hermosa.

A mediodía estuvimos en Río Grande. Allí alquilé caballos y un guía para las pocas leguas que me separaban del término del viaje. En este Río Grande, mientras almorzaba en la fonda, escuché las conversaciones, examiné los tipos. Me sentía extraño entre aquella gente de pantalón pegado a la pierna, lazadores y vaqueros que no hablaban sino de peleas de gallos, apuestas y coleaderos. Y con asombro y sin simpatía por aquel género de vida me preguntaba: "¿Será esto de verdad México y no la corteza de europeísmo que mantenemos en las ciudades?" Por lo menos la larga paz porfiriana había relegado a su sitio a aquellos tipos vulgares. Sin embargo, allí estaba la cizaña que Carranza sembraría por el país, con disfraces de generales y de caudillos. No eran los pobres ni los mayordomos desleales que matarían al patrón para hacerse propietarios. El labrador indígena la haría de recluta para ser otra vez traicionado. Proletarios de reloj y cadena de oro los llamaba cierto ministro carrancista que detestaba a Villa, pero se hacía sordo al escándalo de loo rufianes que exaltaba Carranza. No me pasó por un momento la idea de que aquella plebe gallera y alcohólica sería en pocos años dueña de la República. Nos forjábamos demasiadas ilusiones acerca de un progreso que apenas rebasaba el radio de las grandes ciudades. La patriótica revolución de los maderistas afectó apenas a aquella gente. La corrupción *carranclana*, primero, y la corrupción definitiva del callismo, han tomado en ella el material con que se fabrican los ministros ladrones, los diputados analfabetos, los militares asesinos.

Nadie pensaba entonces en rebeliones; los caminos eran seguros, y apenas si en el patio de la posada o la puerta de las tabernas algún malencarado osaba mirar torvamente al catrín de la ciudad que pasaba mal sentado en la montura y renegando de la lentitud, la incomodidad de las jornadas campestres.

A cuatro o cinco leguas de Río Grande está Nieves, la antigua cabecera de un renombrado mineral. Bajando a caballo una cuesta vese en primer término la torre con su reloj. Circúndala un despliegue de azoteas con una que otra chimenea de los laboreos adyacentes. Precisamente la mina que iba a embargar se hallaba situada en las inmediaciones. Su acreedor me había dado carta para un comerciante de la localidad que, a falta de hotel, hospedaba en su casa a los viajeros distinguidos. Llegué al atardecer hecho pedazos por el caballo y sin ánimo más que para echarme en cama. Sin embargo, me reanimó una cena espléndida, acompañada de vinos franceses en abundancia. Como que a la mesa estaba el agente de vinos, mexicano-francés, que, con el seudónimo de *Cráter*, se hizo célebre durante el maderismo por sus libros en defensa del indio. El ambiente cosmopolita de los minerales se hacía sentir en aquella casa, bien atendida y cordial, donde no se aceptaba estipendio; recibía huéspedes por servir a los amigos recomendantes, y si alguien hubiese insistido en pagar, le habrían respondido molestos:

—Esto no es posada.

De sobremesa me fue presentado el personal del juzgado para la diligencia del día siguiente, y hubiera dormido en la cama limpia y muelle a no ser porque el cansancio y la cena excesiva me tuvieron afiebrado, casi delirante, toda la noche.

Concluidas mis gestiones, el regreso lo hice en una diligencia de doble tiro de muías lanzadas a toda carrera por despeñaderos escalofriantes. La escarcha blanca cubre las montañas y el frío entumece, pero a medida que sube y calienta el sol se desperezan los viajeros, se fuma, se conversa. En la re-

muda almorzamos y al atardecer de un día de tumbos se vuelve a ver a Carlitas. Media hora después pasa el tren de la capital. Los cojines afelpados del *pullman*, con la blanca almohada dispuesta y el botón eléctrico para pedir cerveza helada o comida, parecen el regazo mismo de la civilización. Atrás quedaban las incomodidades y la barbarie.

EL VIOLÍN DE LA MONTAÑA

De Durango al Suroeste las tierras son espaciosas. A trechos verdean en ellas trigales que no se sabe a quién van a alimentar, perdidos en la soledad. En ciertas extensiones se forman lagunas que se denuncian a distancia por el vuelo de los patos silvestres. Al borde mismo de la meseta existe un paradero denominado las Bocas, porque allí se abren sendas en la mole inextricable de la Sierra Madre Occidental. Se deja allí el coche para montar caballo o mulo de esos que arañan con las pezuñas los granitos a la orilla de los precipicios. Mientras el guía toma un bocado y se ensillan las bestias, procuro dormir un momento para reponerme de la feroz madrugada. El catre hecho de tiras de cuero de vaca lastima las carnes y el ruido de conversación no cesa en la tienda contigua. Entran y salen indígenas preparando su carga para el camino. Otros se proveen de tabaco y velas y jarciería. No pasan de tres las casuchas; pero las voces, los ruidos, resuenan amplificados contra el granito de montañas que, cerradas en ollas, nos circundan, nos agobian con su soberbia inclemente.

Suena de pronto el violín del indio ciego que estaba a la puerta. Es un instrumento de madera sin barnizar y tres cuerdas gruesas, resecadas al sol. El arco de cuerda es también imperfecto y arranca una melodía lastimera, desentonada, que se repite y repercute en la quebrada distante. Una extraña emoción despierta en la soledad. El ambiente primordial se estremece como si el ciego con su insistente melodía excitase uno de los nervios ocultos del Cosmos. El ciego no mira la áspera rugosidad de los basaltos gigantescos, pero la caja de su tosco instrumento capta el ritmo de la cosa en su inmensidad, lo transforma en son y lo hace entrañable. La montaña, como en un encantamiento, prescinde de su hosquedad e invita a penetrarla; seguramente había poesía atesorada en sus abismos, altivez en sus riscos, ninfas en la hondonada y chorros cristalinos en el resquicio de los peñascos. Hálito sordo de la piedra hecho melodía se inserta al corazón y se transforma en sensibilidad. Una multitud de sugerencias confusas nace del terco son. Lanzando al encuentro de la peña su son, el ciego penetra en el secreto de lo inerte como no logran hacerlo los ojos, construidos para reflejar superficies. El sonido, en cambio, es la mirada en profundidad: el sonido que perfora, rompe velos, murallas. Oyendo tal música entraba anhelo de abandonar papeleo y negocios para seguir por lo intrincado del monte, hasta los huecos en que se escucha el rumor de los átomos.

Al lado del ciego, se irían desenvolviendo, junto con la melodía de su violín, las tesis estéticas que me bullían en la mente sin acertar a organizarse en palabras.

El "listo, jefe", del guía, me despertó del ensueño. Resbalando casi hasta el pescuezo del caballo, en los descensos, agarrados a la crin en las cuestas para no salir por las ancas, atravesando laberintos, desembocamos, por fin, en el cañón del Mezquital, célebre corte de la sierra que abre paso a un proyecto de río que es más bien un camino de obstáculos. Durante horas, las bestias hunden las pezuñas en la arena cálida o trepan por los pedruscos y bloques de granito que en largos trechos obstruyen el lecho seco del arroyo. En algunos sitios el arenal se despeja y simula una calzada entre muros de granito. En otros pasos el viaducto agobia como si fuese a derribarse y a cerrar para siempre el camino. Más o menos a la mitad del

trayecto hay una gotera en la peña. Los caminantes le han construido una especie de tazón de roca que recoge hasta la última filtración, y es tan escasa el agua en toda la comarca, que se acostumbra echar en el tazón el agua que traen los frascos antes de volverlos a llenar de refresco. Dan ganas de detenerse frente a ciertos acantilados desnudos a fin de proyectar las inscripciones y altorrelieves que pudieran marcar lo esencial de la civilización, que los va conquistando. Nada de esto hay en el continente, que, según la geología, es el más antiguo de la Tierra. Le han faltado ríos en la meseta, pero también le ha faltado casta. Pues sin ríos el Tíbet se ha llenado de monumentos. Y donde hay ríos y fertilidad, la obra artística aborigen resulta pobre, comparada con la indianoegipcia. Así lo comprueba el mismo arte maya. Por aquella serranía del Norte, especialmente, nunca han pasado, desde que rueda el planeta, gentes capaces de imprimir su huella en la roca. Y eso contribuye a la emoción desolada del que recorre sus parajes siempre desiertos de significación, aunque están y hayan estado habitados. Para humanizarlos habría que tallar en los basaltos escenas de la redención cristiana que trajo su esperanza al mundo de la muerte.

Ya cuando el sol declina, las cabalgaduras ascienden al terreno plano de un valle prolongado entre cordilleras. Se ven unas cuantas milpas y vacas que pacen sin dueño en la extensión sin chozas. De pronto un alambre corta el sendero y una brecha señala el desvío de media legua por lo menos. La casa de una hacienda muestra su enjalbegado a poca distancia, pero el dueño, según explica el guía, para robar un terreno, ha corrido el lindero llevándose de paso el camino. Con una cena al jefe político, una propina al coronel, los propietarios arreglan estos asuntos sin necesidad de tribunales. Y el viajero reniega en vano delante del guía, que calla. Maldiciendo la propiedad y los propietarios acabamos por someternos, pues no hay más casa que aquella hacienda en muchas leguas a la redonda, y es allí donde debemos pedir permiso para pernoctar. Nos lo da obsequioso un administrador español de barba negra cerrada; reposamos en un banco, mirando la puesta del sol tras de las montañas; temprano todavía, nos llaman a la mesa común: papas, bistec, frijoles, tortillas y una leche gruesa, espumosa, que, nos explicaron, era el producto de los pastos secos de la sierra. Para dormir me colocaron en un cobertizo de teja entre sacos de maíz y monturas. El catre, sin embargo, tenía sábanas limpias, por lo que muy confiado apagué la lámpara de petróleo y procuré dormir. A los pocos instantes me pasó por las orejas un rozamiento y rumor incomprensibles. Volví del otro lado la cabeza decidido a vencer la fatiga, adolorido de cada coyuntura, pero pasó otra vez el soplo macabro. Incorporándome espiaba en la oscuridad, con la pistola al alcance de la mano, cuidando de no hacer ruido Busqué cerillos, sin encontrarlos, hasta que al fin, el vago destello de una claraboya en lo alto del muro, me permitió advertir el paso de una sombra negra por el aire. Súbitamente comprendí: un murciélago. Y no había medio de ahuyentarlo; tuve que pasar la noche en acecho, somnoliento. Hacia la madrugada el bicho se escondió y dormité un poco. Pero bien temprano reanudamos la marcha, previo almuerzo de huevos con frijoles fritos, tortillas calientes **y** leche sabrosa. Si dormir fuera tan fácil como comer, no habría de qué lamentarse en los viajes. En las consideraciones que me mostraban todos aquellos hombres recios adivinaba cierta piedad por mi condición de curro de la ciudad entrometido en la aspereza de la vida del campo; por eso ni mencioné el incidente del murciélago. Al volver a montar sentí que se me quebraba en pedazos todo el cuerpo... Esa misma mañana llegamos a San Miguel; obtuve del registro de la propiedad los datos requeridos, presenté al juzgado alguna instancia y al jefe político una carta. Pese a la mala fama de los funcionarios de

aquella época, la primera autoridad de Mezquital me resultó un hombre amable, que me invitó a comer en su casa y me prestó un mosquitero para la siesta; no fue largo, con todo, mi reposo, pues reflexionaba: "Si he de dormir mal en este pueblo, vale más pasar la noche caminando para regresar a Durango y descansar de veras." Y caminamos, caminamos tanto, que ya no sentía la fatiga y parecíamos connaturalizados con el caballo. En los tramos despejados galopábamos. En uno de estos galopes se me saltó de la funda la pistola y perdimos una hora buscándola en el arenal, sin encontrarla. A eso de las diez empezó a salir la luna. Con ella emergieron el llano y los montes y uno como canto del silencio. Serían las doce cuando decidimos apearnos para dormir unas horas en una casita y tienda a la orilla del camino, cerca de la entrada del cañón. El guía, que conocía a la dueña, golpeó la puerta; nos abrió una vieja, que arregló una cama en un cuarto oscuro de piso de tierra y nos hirvió café. Revisando en su mísero escaparate todavía encontramos una lata de sardinas y botellas de agua mineral. Cenamos vorazmente; luego me desvestí para acostarme, tapado con una sábana, porque cobija no la permitía el calor. En aquellos tiempos yo andaba igualitario y empeñado en ejercicios pueriles de vida cristiana, de suerte que en vez de dejar al guía tirado a la puerta, según el uso, le mandé poner catre adentro de la alcoba. Era éste un mocetón bronceado, fornido y de buen humor, pero apenas se descalzó difundía olores capaces de intoxicar a un becerro. Insomne, contemplé a través de la puerta abierta un seto de plantas que la luna convertía en miraje de jardín casi sobrenatural. De pronto, bajo la sombra de un follaje, cruzó una mujer en camisa. Dominando los ronquidos del guía, que ya reposaba en su rincón, lancé un "psit" a la desconocida, que entró despacio y se subió en mi cama. Sólo después, y por el olor a tabaco, descubrí que se trataba de la misma vieja que nos había servido la cena. Asqueado, salí a baldearme con agua del pozo y, sin aguardar al amanecer, levanté a empellones la recia contextura de mi acompañante. Muy voluntarioso, ensilló y me condujo lejos de aquel sitio de pesadilla.

Conversando otra vez durante la marcha dijo el mozo estirándose:

—¡Ah! Me siento como cuando pasa uno la noche con su prieta a puro beso y beso.

Si así estaba él yo no pesaba ya sobre el caballo de tan frágil y estropeado que me hallaba. Sin embargo, usé ruegos y promesas de propinas para convencerlo de que echáramos de un tirón la jornada para dormir esa noche en Durango. Tanto forzamos el trote que atravesamos primero el cañón, luego las llanadas; estuvimos a la vista de las torres de catedral antes del ocaso. Tuve tiempo de bañarme, afeitarme y buscar a los amigos. Unos ya no estaban, en otros ya no encontré el mismo beneplácito de dos años antes.

—Nunca vuelvas al mismo sitio por gusto —me decía, decepcionado.

El resto de la noche la pasé aburrido..., en un partido de boliche, jugando como si no tuviera encima las tremendas jornadas de una ida y vuelta que parecía increíble a los que me oían contarla. Y no corría a la cama, porque la sobreexcitación me alejaba todavía el sueño.

SOBRE EL ASFALTO

Con prisa regresaba cada vez a la metrópoli. Concluido el embrujamiento de los panoramas campestres, la vida en las poblaciones pequeñas se hace molesta por el hábito del billar y las libaciones alcohólicas. Se produce, además, la inquietud del retorno. La apariencia exterior de la ciudad es hermosa y espléndida. La vieja arquitectura es noble y serena. Las fachadas principales se han librado de gris moderno y conservan enjalbegados en rosa o en amarillo. Un sol que nunca falta aviva los tonos. La atmósfera se mantiene trans-

parente y el clima siempre benigno invita a estar en la calle y a vivir puertas afuera. En cuanto a calidad auditiva las campanas de las iglesias, los pregones melodiosos, el bullicio del tráfico y las voces de timbre claro, engendran una sinfonía sin estridencias. Bien merecía la metrópoli de aquellos años el músico que le forjara su *suite* para colocarla caracterizada entre las poblaciones de armonía y en oposición de las capitales de la disonancia. Todavía recorríamos su extensión a pie casi de un extremo a otro. Las colonias modernas vistosas y bien saneadas empezaban apenas a crearse y los citadinos vivíamos entre las viejas casonas, sin más recreo vegetal que el Zócalo y la Alameda.

Los fresnos todavía jóvenes del Paseo de la Reforma daban entonces impresión de calzada. En los barrios más populosos viví mi purgatorio estudiantil. Ahora comenzaba a descubrir la ciudad, como la coqueta que sonríe al dinero y prodiga ocasiones y promesas. Me asociaba también con aquellos que empezaron a tirarle sus trenzas de cortesana, agitándola con algaradas políticas y removiéndola con discursos y conferencias de filosofía.

El cenáculo literario y el teatro ocupaban nuestros ocios. En el primero no era yo de los bien hallados. A excepción de Antonio Caso, a quien siempre admiré, los demás del Ateneo me parecían incompletos, con su preocupación de la forma y su falta de garra para pensar y aun para vivir. Fuera del círculo ateneísta tuve un íntimo: el poeta Eduardo Colín. A diario nos juntábamos para dar un paseo por la avenida hasta la Reforma y regreso. Me leía sus versos de corte noble y tendencia fría a lo Leconte de Lisle... Recuerdo un poema en que se pintaba a sí mismo meditando por el jardín, "con un libro de Nietzsche entre las manos". Hablábamos del género entonces en boga, la novela: sus preferencias, Stendhal y Flaubert, me resultaban poco menos que intolerables. La necesidad en que se coloca el novelista de encarnar en personajes su tesis, con la correspondiente obligación de inventar escenarios y describir minucias con el estilo de los muebles de una habitación, me era repulsiva como una degradación del espíritu. Exagerando la protesta contra el realismo de Zola, me lanzaba incluso contra Shakespeare, obligado a reencarnar leyendas y temas del acervo popular. Me era antipático, además, que el gran pensamiento tuviese que estar atento a reglas de prosodia. Lo que para mí era el pensamiento no me llegaba por imagen ni por fórmulas, sino por ondas y melodías. Inmergida en el Cosmos, la mente no me dejaba ideaciones salidas de la cabeza de un personaje de barba o sin barba, sino chispazos y resplandores como los del tubo de Roentgen, que había visto funcionar en la clase de física. Y una literatura equivalente es lo que hacía falta, Un lenguaje para traducir los tesoros de captación y percusión de las ondas latentes en el reino del espíritu. En cierto sentido pensaba como músico, pero tampoco me seducía convertir en solo sonido una irradiación sobrenatural que contiene mucho más que uno cualquiera de los medios de la expresión. Cuando empecé a saber de Wagner, creí que en su combinación de las artes para el teatro estaba el camino de la revelación moderna, pero pronto me convencí de que no pasaba aquello de una especie de torneo de elementos artísticos sin cohesión. Y si a veces se asomaba al milagro no lograba producirlo del todo. El perfecto Wagnerite, de Shaw, acabó de divorciarme del germano.

Durante mucho tiempo me preocupó la tesis cabalística hebrea que resume en un vocablo sagrado toda la sabiduría. Eso era necesario volver a encontrar, el signo mágico, único y total que hiciera inútil todo el ensayo pluralista de las aproximaciones.

Por lo menos hacía falta un estilo que prescindiese de la paja y el ornato para manifestar la belleza en su esencia divina y mística. Un arte de sustancias en lugar de artificios y mane-

ras. Una literatura de sustantivos en vez del adjetivismo danunnziano, entonces en boga. Una suerte de música del verbo que resulta del tejido acertado de la composición y no come la obra usual del poeta que a la inversa deforma el verbo con ritmos y cadencia que complacen el oído exterior, pero no tienen significado en relación con lo absoluto.

Sí; es claro que el Evangelio es el modelo supremo, pero está tan lejos y tan arriba de la literatura que no es posible derivar de él una escuela de escritores; más bien, sin duda, la Biblia. De sus imitaciones ha nacido la inmensa literatura inglesa. Pero la literatura, constantemente, degrada sus modelos. Era necesario hacer filosofía en estilo sobrio y grandioso. Por allí andaba Nietzsche, también degradando lo grande con sus extravagancias de enfermo; con Zaratustra a cuestas, pobre viejo bailador y ridículo.

Divagaba de esta suerte y Colín se aburría de oírme y yo mismo acababa enredado sin distinguir bien lo que quería. Seguro, a pesar de todo, de que alguna vez saldría de mí un mensaje, tal y como al jilguero le nace, a su tiempo, espontáneamente, la canción.

A menudo, y para cambiar de estímulo, nos metíamos al teatro de variedades. Hallábase dividido el público en dos bandos, partidarios unos de una cupletista de escuela catalana, afrancesada y lasciva; los otros, de Amalia Molina, la cantadora andaluza. De esta última fui apasionado y, aparte de verla bailar noche a noche, la alababa en el periódico del Partido. Su dicción clara y melodiosa y sus mantones de lujo, su "ángel" auténtico y cierta pureza sentimental aun en medio de la sensualidad, originaban un espectáculo intenso y bello. Ella era menuda, linda de ojos y garbosa: toda musical desde el paso hasta las castañuelas. Una de mis entusiastas loas de su arte la escribí al lado de la alcoba en que mi esposa acababa de dar a luz mi primer hijo. No sé qué extraña emoción ligaba dentro de mí la aparición de una nueva vida con las saetas de La Molina en honor de la Macarena. Lo cierto es que al escribir aquel ditirambo me aliviaba del drama que acababa de ocurrir. Lo había padecido en secreto. Llegado el momento crítico, el médico había dicho:

—Quién sabe; la madre ya no es joven, es peligroso.

Y mientras escuchaba los lamentos de la pavorosa crisis fisiológica, un demonio me habló en lo íntimo:

—Pudiera depender de tu voluntad —me decía—; basta con que lo pienses, piénsalo y decide: están pendientes de un hilo de la fortuna dos vidas; si piensas aniquilarlas serás libre y evitarás que uno de tu sangre vuelva a padecer la prueba; ahora bien, si no te atreves, deja de pensar o pide que vivan y todo resultará normal...

| Alucinado, permanecí perplejo igual que si rechazase una tentación. En aquel momento, en que la perspectiva de una liberación material se me apareciese cómoda, no me atreví a pedirla; me negué a desear y, más bien para defenderme de la extraña tentación, afirmé decidido:

—Sea la nueva vida y que mi carga se aumente aquí abajo, antes de complicarme el destino remoto. . . Si Dios quiere que viva... —repetía.

Media hora después, y tras el lloro transido, contemplé los ojillos de inquietud, apiadándome de una carne temblorosa y desamparada.

Mi instinto estaba quieto y protector al lado del hijo, pero la imaginación se me iba detrás de la bailarina. En mi obsesión no solo influía el atractivo de la mujer, también la índole de su arte. En aquel tiempo el baile español era el filtro de una reconciliación dionisíaca con nuestro pasado hispánico. En medio de aquel oleaje de los usos yanquis invasores y después de casi un siglo de apartamiento enconado, bebíamos con afán de la linfa del común linaje. Lo que no lograba la diplomacia, lo que no intentaban los pensadores, lo consumaba en un instante el género flamenco.

Donde fracasaba la inteligencia, el instinto artístico reanudaba lazos que, en rigor, nunca se partieron del todo. De un salto la calumniada España de castañuelas unificaba naciones de afín progenie como no lograron hacerlo políticos ni letrados. Puestos en posición que obliga a estar defendiendo palmo a palmo un modo de vida que es base de una cultura, exaltábamos todo esfuerzo de rehabilitación de la patria materna. El anhelo de solidaridad con la nación de nuestro origen era para nosotros imperativo biológico social, aunque para otros haya sido recurso oratorio o pretexto de rápidos provechos. Hubiéramos querido a justar al de España nuestro camino. De allí la desilusión con que nos enterábamos en las páginas finales de las historias alemanas de la filosofía de que la España grande del Primer Imperio mundial estaba metida en la mediocre maraña burguesa del krausismo.

De vuelta nosotros en materias del positivismo y de ciencia, nos parecía inexcusable el literalismo filosófico de los krausistas peninsulares. Y no es que exigiésemos tanto como nos daban otros pueblos: música alemana, literatura inglesa, filosofía de Francia; pero nos parecía trasnochado el ginerismo, tan conciliador y cauto, cuando nosotros habíamos rasgado el velo del templo y empezábamos a enjuiciar al nuevo ídolo que con el nombre de ciencia ocupó temporalmente nuestros altares. De la mano de Francia íbamos al día con el pragmatismo de James y la crítica de Bouxtroux, y de Poincaré, el creacionismo de Bergson. Todo mientras aquellos que debieran orientarnos se encerraban en la oscura capilla de Krause. Y luego con qué clase de conclusiones: armonismo que nada resuelve, porque todo lo deja pendiente: intelectualismo para una raza que ha sido creadora, intuitiva y mística. Y en la moral esa teoría cómoda de ponerse al margen de la política, al margen de la acción, cuando nuestro momento nos exigía precisamente enderezar la voluntad para enfrentarnos a los más graves problemas. Para afrontarlos, nos ofrecía la versión española del krausismo: estudio, copia, imitación de lo extranjero, precisamente cuando estábamos hartos de estudio y de copia y de viajes al extranjero. Y lo que nos urgía era una universidad con criterio autóctono y sólidamente fundamentada en los intereses culturales propios, no en el remedio de la institución sajona. Nuestra época exigía decidirse: no era para nuestro medio combatido eso de estar al acecho de los acontecimientos. Lo que se imponía era producirlos.

La tesis krausista peninsular nos resultaba no solo mediocre, también inmoral, en el sentido clásico de falta de fuerza y decisión ante la responsabilidad. Nuestro tiempo reclamaba heroísmo y, en oposición al narcisismo goethiano, una valerosa decisión de afirmar el destino. Sacrificio y lucha perenne del revolucionario frente al burguesismo y la astucia de los incoloros sacerdotes de la cultura por la cultura.

Por lo menos Menéndez y Pelayo tenía sentido de casta y rehabilitaba las bases africanas de la cultura patria en vez de buscarle fingidas alianzas entre los vikingos de Noruega o los bardos del Rin. Nosotros estábamos también de vuelta en aquello de adorar el fetiche extranjero. Un siglo de afrancesamiento y veinte años de yanquización nos habían fatigado el gusto de lo exótico y ahora leíamos con estremecimientos de patriotismo el *Trafalgar*, de Pérez Galdós. A la hora en que España empezaba a ser negada por esa generación del 98, jamás repuesta del traumatismo de la derrota, nosotros, los vástagos separados hacía un siglo, comenzábamos a levantar lo español como bandera. Y no necesitó educarse en lenguas extranjeras el Galdós de *Marianela* y *El abuelo*. El mismo Blasco Ibáñez, que ya hacía ruido, se veía traducir a todas las lenguas que orgullosamente ignoraba en obediencia de nuestro amado Eca de Queiroz. Tales eran los tipos iberos que podían influir en el momento nuestro, necesitado de lealtad ciento por ciento, para la causa de la lengua y de la sangre,

para la causa de nuestra autonomía como nación. Por lo demás, y en lo personal, debo a Menéndez y Pelayo el servicio de haberme ayudado a lograr mi propia definición. Al dejar el catolicismo no lo había reemplazado. Toda la inmersión en el positivismo no logró hacerme ateo. Cuando fui spenceriano, agnosticismo para mí quería decir teísmo impersonal y una especie de Dios fuerza, pero consciente infinitamente. Y sólo al meditar las páginas de los heterodoxos reconocí mi filiación. Yo no era un incrédulo, sino un hereje. Todas las religiones me parecen un aspecto de la verdad, aun siendo fundamentalmente cristiano y creyente. De la Iglesia me apartaban cuestiones en cierto modo accesorias. De suerte que la Inquisición me habría quemado no por impío, sino por disidente. Por lo mismo mis antecedentes espirituales debía buscarlos entre los de Miguel de Molinos y no en William James, como equivocadamente veía hacerlo a no pocos de mis contemporáneos. Don Marcelino, pues, me reincorporó a mi especie mental, librándome de toda esa corriente de savias híbridas que ha producido en nuestras universidades hispanoamericanas simios pragmatistas, behavioristas o fenomenólogos a lo germano. Mis propios yerros, por lo menos, son castizos.

Amábamos a nuestra ciudad por su música. En ningún otro lugar podíamos escuchar a la Tetrazzini en la *Lucía* o en *Lakmé*, más ágil que la flauta. Una temporada de bailables con la *Copelia* y algún otro tema indostánico nos acababa de dejar recuerdo imborrable. Vino poco después el *Sansón y Dalila*, de Saint-Saens, cantado por la Anitúa, y una empresa que puso con *mise en scéne* fastuoso la *Condenación de Fausto*, de Berlioz. *La Marcha Ratzkowsky* y las ondas de melodía en la supuesta escena griega nos habían parecido la última palabra del arte sonoro. Pero, además, yo tenía un secreto: en el mismo despacho de Warner trabajaron durante algún tiempo como taquígrafas dos señoritas Guzmán, de origen chileno y formación neoyorquina. Consumada pianista una de ellas, en su casa reunía un grupo de aficionados extranjeros —escandinavos, suizos y alemanes— que llegaron a formalizar un cuarteto. Cada viernes asistíamos unos cuantos invitados a escuchar dos o tres horas de música de cámara. Propiamente fue allí donde comenzó a revelárseme el misterio dichoso de la armonía. Tocaban mucho Grieg, pero también Haydn, Beethoven y Mozart. Inclinado por lo que oía, me puse a estudiar a críticos de música como Grove para las sinfonías y sonatas de Beethoven; Hunneker, el de Nueva York, y Rieman, el alemán. También historias de la música. Las audiciones de los viernes, los conciertos que más tarde dio en una sala pública el Cuarteto Bruselas, con otras de Smetana, Borodino, etc., representan mi iniciación a una manera del espíritu que sin renegar de las matemáticas se aparta totalmente de sus conclusiones: un escape fuera de la rigidez de la norma científica; un orden peculiar en la secuencia de los fenómenos. Algo de esto buscaba expresar más tarde en mi *Ensayo de la sinfonía como forma literaria*. Música excelsa en cantidad he oído después, pero nunca olvido las veladas en el pequeño departamento de las Guzmán, por Santa María; dulces, modestas amigas chilenoyanquis, taquígrafas y artistas; nobilísimas almas, fueron mis musas de la armonía, descorriéndome el velo de los misterios gozosos que contiene el sonido.

FRANCISCO I. MADERO

Acabo de referirme a ciertos elogios que de una bailarina hacía en *mi periódico*, y tiempo es ya de contar cómo llegué a convertirme en director de un semanario político, sin menoscabo de mis tareas de profesionista. El malestar social latente había cuajado, por fin, en la conciencia de un mexicano. Se llamaba Francisco I. Madero; tenía juventud y recursos y acababa de publi-

car un libro: *La sucesión presidencial*. En él analizaba con valentía el presente y el futuro del país. Me tocó ser presentado a Madero en mi propio despacho, en los altos del International Bank, en la calle de Isabel la Católica. Allí lo llevó un amigo común, el ingeniero Manuel Urquidi. Estaba Madero de paso en la capital y prefirió acudir a verme, no obstante que yo había adelantado mi deseo de visitarlo en su hotel. Nuestra primera conversación fue breve. Buscaba hombres independientes, decididos; me invitaba a la reunión a celebrarse en la casa del ingeniero Robles Domínguez, edificio de la calle de Tacuba... Con motivo de la separación de Wilson nos habíamos trasladado al nuevo domicilio del Banco Internacional, del que éramos apoderados. En el piso alto, que Warner adaptó lujosamente, se instalaron nuestras oficinas y una notaría que era nuestra subarrendataria. Como auxiliar de dicha notaría figuraba el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama, provinciano todavía joven y muy inteligente, pero de cultura rudimentaria; liberalismo a lo Ramírez, con mezcla de socialismo a lo Henry George. Con frecuencia discutíamos, conversábamos y aun nos cambiábamos libros. Yo lo admiraba porque había tomado parte en el conato de rebelión magonista de cuatro años antes en protesta de la penúltima reelección de Porfirio Díaz. Los Magón, derrotados, habían tenido que refugiarse en los Estados Unidos, y Díaz Soto, amnistiado, vivía en retiro honesto y laborioso. Lo primero que hice, pues, fue comunicarle la invitación de Madero y hacérsela extensiva. Con sorpresa vi que no solo la rechazaba, sino que amistosamente me aconsejó que no me presentase a la junta y que cortase toda relación con los alborotadores de la oposición. No valía la pena, dijo, sacrificarse por un pueblo que nunca responde al llamado de sus mejores. A él le habían quebrantado su porvenir y estaba decidido a no volver a mezclarse en la política de un *país de indios embrutecidos por el alcohol. . .*

—Usted puede soñar en democracia, compañero, porque ha pasado su vida en la capital, no conoce a nuestro pueblo. El campo no está preparado sino para la abyección. La única política eficaz en México es la de Pineda —el gerente del porfirismo—, una política de pan y palo, o sea, un despotismo ilustrado.

No podían ser más juiciosas las reflexiones de Díaz Soto ni más leales a la amistad. Por otra parte, yo no tenía motivo propio de queja contra el régimen. . . Sin pertenecer ni remotamente a cualesquiera de las facciones gubernamentales, veía acrecer mis entradas, poseía casa propia y porvenir seguro. Pero ¿qué sabe nadie de los motivos profundos que van determinando el destino? La convicción de que el porfirismo era una cosa podrida y abominable había arraigado en mi sensibilidad. La evidencia de los atropellos diarios cometidos a ciencia y paciencia del régimen, y un sentimiento de dignidad humana ofendida, convertían en pasión lo que primero había sido desagrado y sorpresa. En cierto viaje por el sur de Veracruz, realizado en interés de nuestro Banco, que tenía acreedores en aquella zona, me tocó presenciar un caso irritante. Al entrar a despedirme de un jefe político, que nos había dado facilidades, me lo encontré indignado y me tomó de testigo. Acababa de rescatar de las manos de un gran propietario de la comarca a un hombre desfallecido, deshecho a latigazos; se proponía mandar la víctima al juez y promover la aprehensión del hacendado. Lo felicité por su decisión y me puse a sus órdenes. Al llegar a México, pocos días después, vi en la prensa que el jefe político había sido destituido por ponerse del lado de la justicia. Por el estilo las quejas llovían y una intensa campaña dirigida desde los Estados Unidos nos abría los ojos sobre atrocidades menores que las que comete el callismo, pero suficientes para mover la conciencia de las clases educadas en los colegios, deseosas de ver que México superase su barbarie. Una reacción

de la cultura y el sentimiento de humanidad contra el matonismo militaroide y la incultura en el poder, eso fue el movimiento de protesta que culminó con la rebelión maderista.

"No sabíamos adonde íbamos." Así nos dijo el veterano periodista de la oposición y agitador obrero don Paulino Martínez.

—¿O se dan cuenta estos muchachitos de que vamos a una revolución? —decía incitándonos y a la vez reprimiendo excesivos entusiasmos de primerizos.

En las primeras reuniones quedó constituido el Comité original con don Paulino, ya citado; con don Filomeno Mata, viejo periodista independiente; don Emilio Vázquez Gómez, abogado de prestigio, y el ingeniero Robles Domínguez, un patriota que exponía su caudal. El elemento joven lo representábamos: Federico González Garza, compañero del colegio y hombre puro; Manuel Urquidi, educado en el extranjero y buen demócrata; Roque Estrada, abogado de Jalisco, y yo. A las reuniones posteriores asistió Luis Cabrera, que coqueteaba con el reyismo, el partido que parecía más viable dentro de la oposición.

Nuestro plan de campaña, calcado del libro de Madero, consistía en organizar la ciudadanía de la República para que, abandonando su indiferencia de los últimos treinta años, acudiese a las urnas a designar presidente, conforme a sus deseos. El lema que tantos años fue oficial: "Sufragio Efectivo y No Reelección", lo redacté yo, en oposición al antiguo "Sufragio Libre" y para indicar que debía consumarse la función ciudadana del voto. Alegaba Madero, y con justicia, que no podía hacerse responsable al dictador de la retención del mando si antes la ciudadanía no manifestaba su voluntad de retirárselo.

No se dio a Madero ningún puesto en nuestra Junta, porque su misión era recorrer la República organizando clubes, pero antes de partir nos dejó dos encargos: el hallazgo de un personaje que aceptase ser postulado para la Presidencia en oposición a Porfirio Díaz y la edición de un periódico que había de ser órgano del movimiento.

Fui de los encargados de visitar a los personajes semi-independientes de la época. En todos los casos encontramos un recibimiento frío y una disposición escéptica. México no tenía remedio, la chusma ignorante era un lastre. Cuando desapareciera por su avanzada edad don Porfirio, la nación volvería a caer en otra dictadura.

En cambio, en los mítines que comenzamos a organizar por las barriadas pobres y populosas, especialmente con elemento obrero, nuestro éxito empezó a producirnos asombro, a la vez que alarmaba al gobierno. Se distinguía en estas sesiones por su elocuencia juvenil Roque Estrada, Yo fracasaba por mal orador y porque puesto en contacto con la masa humilde me entraban unos ímpetus peligrosos de sinceridad. Por ejemplo, un día hablé de que antes de intentar democracia y actividad política el pueblo necesitaba emprender la campaña del agua y del jabón. A pesar de mi intención pura, el consejo pareció a unos ofensivo, a otros impolítico, y me dejó desilusionado de mi capacidad demagógica. Continuamos las sesiones prescindiendo ya de hablar y dedicado a la organización, redacción de las actas y el registro de las adhesiones.

Por la noche, en casa del licenciado Vázquez Gómez, los dos secretarios del partido le ayudábamos a contestar la correspondencia que llegaba de todo el país. Madero acudía también por allí a menudo. Conversando me había aconsejado el uso de no sé qué manual de oratoria que a él le había dado buenos resultados, pero:

—Ahora —me dijo—, ya que no quiere hablar, lo haremos escribir.

Y me encargó la dirección del semanario del partido, próximo a salir. Lo bautizamos *El Antirreeleccionista*, y lo estuve publicando sin tropiezos dos o tres meses. Pronto la pequeña hoja tuvo suscriptores en cada rincón

de la República. En ella vaciamos nuestro encono contra el régimen, y el talento inédito de no pocos compañeros. Sin embargo, no apuntó en él ninguna promesa de gran escritor, acaso porque duró poco la publicación. En cambio, en la oratoria, el partido creaba sólidos prestigios como el de Roque Estrada y el de Bordes Mangel. También entre la nueva generación se distinguía sin brillo, pero con talento, tenacidad y honestidad, Federico González Garza. En el grupo primitivo, nadie obtenía medro. Al contrario, la mayoría contribuíamos con una suma mensual para los gastos de la oficina, a la vez que ofrendábamos nuestro trabajo.

Entró en el negocio cuando se hizo necesario convertir *El Antirreeleccionista* de semanario en diario. No iludiendo yo dedicarle el tiempo necesario en su nueva forma, entregué la dirección a persona que yo mismo recomendé a Madero, un seudoingeniero a quien llamaremos simplemente Fulgencio. Era un provinciano arruinado, reñido con el porfirismo después de haberle servido y a causa de no sé qué líos en que el gobierno lo acusaba de plagio. La prensa gobiernista empezó a llamarlo *Plagianinni* tan pronto como apareció en las filas de la oposición. A nosotros se nos presentaba como mártir de la arrogancia de don Justo Sierra. Lo cierto es que el mismo Justo Sierra lo había tenido pensionado en Europa un año o dos y lo destituyó por haber publicado un libro informe que contenía citas no muy definidas en cuanto a la paternidad. El dicho Fulgencio había trabajado unos meses como voluntario en el periódico y, aunque a nadie inspiraba confianza, tampoco alarmó su nombramiento, porque yo me reservé la jefatura de la redacción. La política del periodismo quedaba así a salvo y en el puesto de paga colocábamos a un "correligionario" necesitado.

No pasó mucho tiempo sin que sintiéramos el zarpazo de la tiranía. Mi primer rozamiento con la policía ocurrió durante una visita al taller de imprenta de don Paulino. Desde que se había constituido el partido le ayudábamos con algunos artículos destinados a su hoja *La Voz de Juárez*, de amplia circulación entre los obreros de Orizaba. Me presenté una tarde a corregir mis pruebas. La imprenta ocupaba un pequeño salón con puerta a la calle y un despachito interior. Penetré despreocupado, sin advertir que los cajistas habían interrumpido su labor, y diciendo:

—¡Hola! ¡A ver si ya está eso!

Dicho lo cual, me puso la mano en el hombro un agente de la secreta. El cajista jefe me hizo un guiño de inteligencia y dijo al policía:

—Déjelo usted: es un cliente de la imprenta que se ha mandado hacer unas tarjetas de visita.

Vi entonces de reojo a los esbirros, escapé como pude y me dirigí a la casa de don Paulino. Allí me informaron que ya estaba a salvo; era, en efecto, un perito en el arte de eludir a la policía.

Pronto Fulgencio nos dio el primer disgusto. Durante el período de mi dirección había yo impreso al periódico un criterio de total negación del régimen porfiriano. Exigíamos cambio absoluto de hombres y métodos. Ya sea porque temiese represalias o por no sé qué fines de interés personal, aprovechando una ausencia mía, Fulgencio se soltó un editorial con retrato encomiando a Limantour, el ministro de Hacienda del porfirismo.

Nuestros correligionarios protestaron con escándalo y yo hubiese lanzado a la calle al director si no hubiese intervenido la piedad. Entre todos nosotros Fulgencio era el único que no solo no gastaba en el partido, sino que vivía de él, eso sí, modestamente y a cambio de su trabajo. Me constaba que el sueldo le era indispensable. Fulgencio me prometió enmienda y lo retuve en el diario.

LA PROPAGANDA

Colaborando con la intensa, eficacísima labor que Madero realizaba en persona, yo aprovechaba ahora los viajes profesionales para dejar instalados clubes. La ruta del istmo me dio ocasiones provechosas; por allí empezaban a establecerse capitales americanos en el cultivo de. la fruta tropical y del azúcar. Daba gusto contemplar los pinares haciendo llanura, los bosques de mangos finos. También la caña alcanza en tales zonas tamaños y calidades que ya quisieran en Cuba. Se exportaba entonces por Veracruz un considerable tonelaje de azúcar. La propiedad de los-ingenios estaba repartida entre españoles, que seguían métodos primitivos, pero seguros, y yanquis, que instalaban enormes maquinarias servidas con personal de oficina, peritos, gerentes y automóviles. Los nuevos colonos yanquis veían con desprecio al español, vecino imperturbable, que seguía moliendo su azúcar morena, su piloncillo. Un gran impulso conmovía la selva; cientos de braceros abrían brecha, consumaban desmontes; en ciertas comarcas los campos sembrados hacían horizonte. Inversionistas de los Estados Unidos pasaban unos días en las casas nuevas de madera pintada; tela de alambre para el mosquito, duchas y refrigeración eléctrica para los alimentos. Vestidos de blanco cabalgaban con sus mujeres en potros de lujo; desembarcaban tractores del ferrocarril inmediato. A los cuatro años, por lo común, venía la quiebra. Los gastos excesivos de la administración cansaban a los accionistas de Norteamérica, faltaba la inyección de capital nuevo, se suspendían los trabajos y sobrevenía el remate. Entonces el español, que por regla general tenía dinero en el Banco, se presentaba a comprar. A la larga triunfaba el más bien adaptado, el más sereno y resistente para la lucha con el clima y la Naturaleza. De varios casos fui testigo y me complacía presenciar el triunfo del *gachupín* y la contradicción de la tesis corriente en la época sobre la superioridad casi sobrenatural del empresario yanqui. De no mediar el carrancismo, que destruyó al nacional y al español, de no presentarse en obra la política adoptada por Calles, según los tratados de Warren y Pani, que garantizan la propiedad del yanqui y dejaban desamparados a los propietarios mexicanos y españoles, a la fecha nuestro país habría absorbido y devuelto el capital norteamericano. Pues la biología social nos es favorable y no es la competencia lo que nos derrota, sino la traición repetida del político.

Por San Andrés Tuxtla me metí una vez con motivo de no sé qué gestión judicial, pero explorando de paso el sentir público y la posibilidad de un levantamiento general, esa unánime protesta contra el despotismo que había faltado a rebeldes anteriores como García de la Cadena, el general Martínez y los Magón, a todos los que se habían enfrentado al dictador. Quizá la rebelión que ahora preparábamos nosotros sería la definitiva. Forzando el parecer del guía salí de San Andrés a las dos de la tarde en pleno sol. Me habían prevenido del peligro de la insolación, pero tenía el propósito de llegar a la estación "Juanita" para alcanzar el tren de Orizaba esa misma madrugada. Avanzábamos por un camino que comienza bordeado de maleza tupida y alto boscaje, pero sin la sombra que proteja, ni en parte, la calzada. En el cielo azul ni una nube. De pronto sentí una especie de golpe a medio cráneo; tiré la rienda del animal y levanté el sombrero para aumentar la ventilación. Unos metros adelante iba el guía, pero no quise confesarle lo que me pasaba; únicamente le pedí de beber. Me tendió una de las botellas de cerveza que habíamos preparado. Estaba caliente, pero fue mejor así; bebí unos tragos y en seguida, buscando la sombra de un árbol, descansamos un cuarto de hora. Caía fuego del cielo, pero la selva toda

verde, en torno, aliviaba imaginariamente. Continuamos la marcha y al acercarnos a un río la humedad produjo alivio. Según atardeció hubo un soplo de brisa. Atravesamos pueblos de treinta o cuarenta casas en doble fila, pintadas de rosa o de azul, contra el follaje tupido. A la puerta de su único cuarto, algún negro ve pasar al viajero sin moverse de su sitio. Uno vimos que jugaba con su sexo sin inmutarse, dando la impresión de un orangután de museo. Sobre la única calle la yerba crece y en todas direcciones no se ve sino el bosque sin término. En el horizonte, hacia Occidente, dibújase la silueta violácea de la Sierra Madre Oriental, que corre a juntarse con la de Occidente, aminoradas ambas en el nudo del istmo. La selva, por su parte, alcanza alturas de cumbre y compone oleajes de verdor. Se antoja meterse a su entraña, obstruida de bejucos, yerbas y ramazones, poblada de guacamayos y pericos, gatos monteses y pumas. La sensación de vitalidad inexhausta contagia y expande el ánimo. Se siente que la vida tiene arraigo en el planeta. La belleza no es allí una elemental combinación de líneas y de tonos, sino muchedumbre de paraíso que encuentra su ritmo en la fragancia de los hálitos y en el clamor de múltiple vida.

Varios ríos cruzamos y creo que fue en el Coatzacoalcos donde nos cogió la puesta del sol. Las bestias sienten antes que los hombres la emoción peculiar, uno de los motivos elementales de júbilo, que consiste en acercarse, viniendo de la estepa o de la montaña, a las márgenes de un río caudaloso. Cuando después de bajar resbaladeros y vericuetos se desemboca sobre arena humedecida y lucen las ondas, el olfato se complace con la humedad y todo el organismo disfruta esparcimiento. Puesto el pie en tierra se mira el río ancho y alto casi a nivel del horizonte; detrás el sol ha llenado de fuego los cielos. Se diría que está ardiendo el mundo; por eso tan grata la frescura del agua sobre los guijarros. En una lancha de remo han embarcado nuestro equipaje; en seguida nos sentamos entre los remadores que a popa y a proa se turnan buscando el impulso de la corriente. Detrás, los caballos sin las monturas nadan ayudados de una cuerda atada al timón. Un mundo líquido resbala poderoso cargado de limos bermejos. Ciertos desaves sugieren las caderas de una ondina de la raza autóctona, color de avellana. En la margen del desembarcadero hacen horizonte los manglares. Unísonos coros de ranas levantan clamor infatigable. Montando otra vez nos alejamos del agua, a través de un bosque de cedros gigantescos. Una grata fragancia se desprende de sus ramajes floridos. Espesa grama cubre el suelo y apaga el golpe de los cascos; avanzamos como dentro de un jardín encantado. En un claro, y ya en la penumbra del crepúsculo, vimos un grupo de mujeres aldeanas. Vestidas de colores vivos, tejían coronas con las flores desprendidas de los árboles. Los ecos de sus voces despreocupadas ponían un acento de confianza en la vastedad desconocida. Minutos más tarde nos detuvimos en el portalillo de la tienda de una aldea. Mientras nos servían un tamarindo, escuché el diálogo de los indios que reposaban en el entarimado: hablaban de jornales. Los indios eran nuestra esperanza para la rebelión. A Madero lo acababan de recibir en triunfo los de la tribu del yaqui: igual entusiasmo le demostraron los mayas de Yucatán. Y se contaban histerias fabulosas de los vencidos en la última rebelión. El hacendado que recibiera en su finca de Veracruz un repartimiento de prisioneros, de la distante Sonora, llama un día a un indio joven que trabaja bien y le propone casarlo con la mujer que elija entre los suyos. El sirviente ex prisionero contesta: —No quiero tener hijos esclavos. Sin duda los indios nos ponían el ejemplo, pensábamos, y el mito autóctono crecía. ¡Desesperado tiene que estar un pueblo que así fía su destino al elemento salvaje de su población!

Más allá de aquella aldea, en zona cercana al ferrocarril, los desmontes han descubierto una llanura ondulada interminable. Según avanzamos, el horizonte se ilumina con las llamas de los pastos secos que se queman a fin de la estación para destruir los insectos del trópico. Algunas luminarias distantes fingen en la oscuridad perfiles de castillos y palacios. El cuerpo fatigado sueña con hospedajes blandos, camas con sábanas blancas y mujeres maravillosas que acogen al caminante. La realidad es un catre de tijera bajo un tejaván, un mosquitero desgarrado por donde se cuelan enjambres de mosquitos y la cercanía de un chiquero con cerdos en disputa que a cada rato interrumpen los comienzos del sueño.

Y a pesar de todo se experimenta satisfacción de haber penetrado estas regiones que al paso del tren tientan la mirada, fascinan con su misterio intacto.

EL ISTMO

Por Juchitán llegué otra vez, aprovechando la ocasión, para instalar un club que cumplió entre los buenos. Aquello era meter discordia en los feudos mismos del Caudillo. Una mujer adinerada, comadre de Porfirio Díaz, era la cacique reconocida en aquella especie de matriarcado indígena. Anteriormente nadie se le enfrentaba. Me conquisté, sin embargo, a un tinterillo resuelto que asumió la representación maderista y más tarde fue diputado. Y, por supuesto, según acontece en la juventud, el propósito práctico, el negocio profesional y la acción política son otros tantos pretextos para gozar las oportunidades y las sorpresas del ambiente. Pocos se aventuraban por aquellas regiones mal afamadas por el vómito negro y el paludismo, incómodas hasta lo increíble, así se fuese bien provisto de dinero. Con todo, una vez acomodado a las circunstancias, descubría el viajero raros encantos, aparte de sensualidades violentas y exóticas.

En el entronque de Santa Lucrecia había un único hotelillo de chinos, al que se llegaba de noche. Lo común era encontrarlo lleno.

—No hay cuarto solo —decía el camarero.

—Está bien —respondía la fatiga del solicitante—; déme una cama.

—No hay más que media cama.

Indignado salí pensando que sería fácil recostarme a la intemperie. No contaba con el "pinolillo", el jején y las serpientes, las garrapatas, los mosquitos. Pronto regresé temeroso de que ya ni la media cama estuviese disponible. El chino, indiferente, me dio lo que acababa de rehusarle. Un sujeto grueso, barbudo, envuelto en una sábana limpia, roncaba en un lado de una cama no muy ancha. Sin quitarme la ropa interior, me envolví también en otra sábana y me acosté con precaución. El desconocido se volvió de espaldas; le di también la espalda y me empeñé en dormir. Al día siguiente la cuenta era alta. En los carros del ferrocarril los viajeros quejosos denunciaban que la demora en instalar un buen hotel era debida al precio excesivo que por simple arriendo exigían los administradores de las tierras del contorno, tituladas a favor de la esposa del Presidente Díaz. Los concesionarios ingleses ponían vagones de primera para el tráfico internacional del istmo que en aquel tiempo circulaba un convoy cada dos horas. Periódicamente veíamos los cambios ocupados con hileras de vagones de mercaderías del Asia que por allí tomaban el rumbo de Europa, antes de la apertura del Canal de Panamá. De una aldea de pescadores, Salina Cruz había saltado a la categoría de gran puerto mundial. Todo se había improvisado en cuanto a urbanización, pero las obras de ingeniería del-puerto eran espléndidas. Un rompeolas en muralla y grúas como catedrales, calles nuevas

de casas de madera recién pintadas, albergaban una multitud de todas las latitudes del planeta.

En los restaurantes y cantinas, en mesillas al borde de la acera, se bebía a toda hora cerveza de Monterrey o de Alemania. Brisas marinas del atardecer disipaban el calor del día. Entre los bebedores había quien se ufanaba de completar la docena de *bocks;* nunca faltaba quien invitase la ronda. El derroche del dinero provocaba locas apetencias sensuales. Había de todo para comer; desde las uvas de Málaga y las manzanas de California hasta los más exquisitos frutos del trópico: mangos y chicozapotes, pinas y mameyes. A los guisos criollos de lechón en salsa y pavo en mole se añadían las latas de Burdeos, atunes y espárragos, los pimientos de España. La ruleta, el contrabando, el comercio, improvisaban fortunas que en seguida corrían deshechas en champaña; todo el que algo tenía lo gastaba sin preocupación, seguro de que el día siguiente sería mejor. ¿Pues no estaba en sus comienzos la prosperidad de aquella ruta donde convergía el tráfico del mundo? Las conversaciones de aquellos piratas en fiesta versaban sobre el monto y manera de las ganancias. Los nuevos ricos se dedicaban a la especulación; los pequeños propietarios de la víspera habían visto centuplicado el valor de sus tierras vendiéndolas o arrendándolas al extranjero, y todo el mundo se divertía sudando. . .

Ninguna apetencia de la carne quedaba insatisfecha. Concesionarios chinos explotaban la pareja siamesa del vicio: el amor y el azar. Ruletas y juegos dudosos chupaban el oro de los incautos y en salas de baile anexas podía escoger la lujuria, desde la rubia canadiense hasta la negra antillana con todas las gradaciones de la piel, la edad y el gusto. Y entre la clientela ingleses y mexicanos, yanquis y españoles, italianos y japoneses, alemanes, chilenos, canacos, de todo vaciaban los trasatlánticos y veleros y todo lo acarreaba el ferrocarril para llenar otras calas desde el Pacífico hasta el Golfo de México.

Por aquel año de 1909, al lado de tal anticipación de Panamá, Tehuantepec conservaba su carácter autóctono, más bien criollo. A un lado, sobre la vía del ferrocarril de Chiapas, Juchitán se conservaba colonial, con exótico atractivo que no tiene par en todo el planeta.

Uno de los agentes de nuestro Banco para los negocios de tierras de la región era juchiteco nativo, pero de origen europeo. El nombre de su familia, muy influyente en la localidad, denunciaba la procedencia francesa. Tanto él como sus primas tenían la piel tostada y los ojos azules. A las mujeres la cruza indígena les dejaba el porte de estatuas en acción un poco lánguida. No hay entre los mestizos de América tipos esculturalmente más hermosos y sensuales. El juchiteco descendiente de franceses hablaba español, inglés y zapoteca. Su amistad me abrió puertas comúnmente cerradas al forastero, así sea mexicano, que para el caso era igual casi a un yanqui, pues las mujeres solían hablar únicamente el idioma de la región. Se celebraban unas fiestas llamadas Velas, especie de carnaval de aguardientes y danzas en vísperas de alguna fiesta religiosa. Ataviadas con telas rojas y amarillas, con tocas blancas, estrechas de hombros y de cintura, amplias de caderas, duros y punteados los senos y negros ojos, aquellas mujeres tienen algo de la India sensual, pero sin la religiosidad. Su baile, la zandunga, es hoy popular, pero había que oírlas en aquellas orquestas acompañadas de clarines marciales, bajo el tejado de palma en la noche estrellada y ardiente.

Espectáculo deslumbrante es también el del mercado en las horas tempranas; por ejemplo, en el pueblo de Tepelpan, inmediato a Juchitán. Oro encendido es el arenal en que se asientan casas en rosa o verde claro; pilastras con tejaván abrigan los puestos de frutas y de legumbres Mujeres morenas, desnudos los brazos redondos, adorna-

das de collares de monedas de oro y blusas azules o anaranjadas, bromean y trafican con voces de cristal y miradas de llama. Sopla brisa sobre el campo desierto y amarillo. De una casa con techo de paja salen dos mujeres, ondulando las caderas, desnudo el ombligo, tenso el corpiño por la erección de los pezones y erguida la cabeza que sostiene el gran cesto redondo de mercaderías. Van a la plaza. Caminan sobre la arena dorada con pies limpios, ligeros y desnudos. En sus desnudas pantorrillas hay la consistencia de la palma real. Y en sus labios la frescura opalina del agua de coco tierno.

Por dondequiera que caminase advertía el viajero en aquellos días finales del porfirismo un bienestar creciente. Sin duda en el campo, especialmente en las comarcas remotas, existían abusos tremendos, pero no peores que los impuestos por los nuevos propietarios, los generales del carrancismo y del callismo. Porfirio Díaz y muchos de sus colaboradores se mantuvieron ajenos a la explotación directa, del trabajador. Hay que llegar a los tiempos de Calles para ver a las tropas batiendo a los trabajadores en El Mante o en Cajeme, las fincas de Obregón y del propio Calles y sus hijos. De todos modos, no fue la causa del levantamiento maderista. Ni se movió el país por desesperación y sí por anhelo de un mejoramiento espiritual. México tenía pan y quizá más seguro que en cualquier otro período de su historia, pero anhelaba lo que no puede dar un tirano: libertades. Por ansia de libertades y por encono contra gentes que aprovechaban la influencia oficial en sus negocios particulares, México respondió al llamado maderista. Más tarde, al carrancismo acudieron, con los buenos, los salteadores que se han impuesto a la nación. Al maderismo concurrieron los patriotas, quedando reducidos a insignificancia matones y logreros.

La conciencia nacional rechazaba a Ramón Corral por ciertas historias turbias de su pasado en la administración de Sonora. Después de Obregón, la República ha tragado la vergüenza de soportar facinerosos a sabiendas de que lo son. La revolución maderista no era regresión, sino exigencia de progreso. A Porfirio Díaz podíamos agradecerle ciertos aspectos de nuestro progreso, pero no le perdonábamos el régimen de cuartel, la ley fuga y la explotación del pueblo. Soñábamos con llegar a constituir un gobierno en el que pudieran colaborar sin bochorno los hombres honrados. Empezábamos la campaña sin odio. No éramos fracasados que miran en la revuelta una tabla de salvación. Madero, educado en Europa, hijo de rico, liquidaba sus negocios agrícolas con una ganancia de doscientos cincuenta mil pesos que destinó en su totalidad a la regeneración patria. La mayor parte de nosotros ponía en peligro una situación conquistada con duro esfuerzo. Antes de lanzarse a la lucha intransigente, Madero visitó a Porfirio Díaz y le propuso soluciones cordiales. El Dictador, ciego como tal, no tomó en cuenta a Madero y quiso burlarse de las oposiciones.

DE INTÉRPRETE

Con motivo de cierto negocio tuve ocasión de ver por primera vez, de cerca, al viejo Caudillo. Me llevó Warner a una conferencia en calidad de intérprete. Se trataba de solicitar garantías para unos mineros yanquis del Estado de Oaxaca. Nuestro cliente exhibía presentaciones del Presidente americano Taft, que le abrían todas las puertas del mundo oficial. Nos recibió el viejo en el Salón Verde del Palacio. Se sentó con sencillez, para escuchar nuestro caso con atención que ya hubieran querido los clientes mexicanos. Antes de abordar el asunto me interrogó:

—¿De dónde es usted?...

—De Oaxaca...

—¿Se llama? ¿Hijo de quién?... ¡Ah!, nieto de Calderón. Y dígame, ¿cómo está Carmita?

—Murió. . . , etc.

Se había acordado de la niña que cuarenta años antes preparaba las vendas con que se curaba la herida el patriota. Algo, familiar advertí en su voz, su ademán; sin embargo, no caí en sentimentalismo. Estaba yo frente al amo de los mexicanos y no lo encontré simpático ni extraordinario.

EL NUEVO EMBAJADOR

Se llamaba Henry Lañe Wilson y lo recibimos con entusiasmo por causa de un discurso en que, contrariando el precedente diplomático de encarnar a México en la persona del Dictador, declaró que era efímero todo progreso que no se apoyaba en *sólida roca de la Constitución de un pueblo.* La frase desagradó al gobierno, pero hizo fortuna en la oposición. Además, y aun cuando no nos dábamos cuenta de ello, la ideología revolucionaria que permeaba al país era un reflejo del movimiento sindicalista norteamericano. Los agitadores cruzaban la frontera llegando a provocar levantamientos como el de Cananea, reprimido a su vez por soldados de Norteamérica, con anuencia del gobernador porfirista. Las doctrinas que en la nación del Norte fracasaban por falta de ambiente propicio, encontraban repercusión material en el México oprimido y desesperado. Lo que en nosotros no podía expresarse en el mitin o en el diario, se refugiaba en el complot. La mayor parte de los jefes secundarios de la rebelión, desde mil novecientos diez a la fecha, han sido hombres de cultura rudimentaria, con indigestión del ideario de los Industrial Workers of the World, primero, y de la American Federation of Labor, después, al iniciar Calles el obrerismo amarillo o de simulación revolucionaria. Las revistas norteamericanas de tendencia avanzada, los diarios de información libre, circulaban en México y propalaban historias de atropellos gubernamentales de los que no se podía hablar en nuestro propio territorio. Desde Estados Unidos también los refugiados de anteriores intentos de rebelión, encabezados por los Flores Magón y apoyados en las organizaciones obreras yanquis, mantenían una campaña violenta contra el despotismo de Díaz.

Crecía el oleaje, y el Dictador, habituado al fácil abuso, empezó a violar su propia palabra que había garantizado la libertad de prensa durante el período electoral. Cayó una tarde la Policía sobre nuestro periódico. No hallando a mano ni a Fulgencio ni a mí encarcelaron a los cajistas, al administrador, al prensista y también a un sujeto que estaba de visita, pero que confundieron conmigo. Protestaba éste, declarando su verdadero nombre, y el *astuto* Pancho Chávez, jefe de la Policía, exclamaba triunfante: —No crea que a mí me engaña; usted es V.

A las veinticuatro horas lo libertaron; para entonces ya no estaba yo en la capital.

Me refugié, junto con Federico González Garza, en la Hacienda de las Palmas, en San Luis Potosí, propiedad de un compañero de colegio y correligionario antirreeleccionista, José Rodríguez Cabo. La vista de la cañada, por donde cruza el ferrocarril, basaltos colosales entre la selva del trópico, el famoso espinazo del Diablo, nos devolvió la serenidad. Cómo resultan mezquinas todas las luchas del hombre y cómo sería hermoso vivir de eremita ambulante para contemplar la Naturaleza en su plenitud gloriosa. Y cómo era idiota pasarse la vida encerrado dentro de los muros de la rivalidad y el apetito.

La finca de nuestro amigo, una de las más extensas de la región y potencialmente de las más ricas del mundo, no estaba explotada ni en el décimo de su capacidad. Las habitaciones del propietario eran rústicas, pero a la mesa llegábanle vinos legítimos de España. Española es también esta manera de vida atenta a la gula, pero descuidada de la comodidad. El padre de

Rodríguez Cabo, nacido en España, sumó su trabajo a la vasta herencia de su esposa mexicana. Al enviudar la madre, nuestro amigo administraba la finca como hijo preferido y apoderado. Además de haberse hecho ingeniero en México y en Estados Unidos, José había hecho un viaje a Tierra Santa en compañía de la madre. Con haberlo deseado nuestro amigo hubiera podido colocarse entre los hombres influyentes del país, pero su temperamento generoso, su educación en países libres, lo inclinaban a jugarse el porvenir junto con nosotros. Durante las dos semanas que fuimos sus huéspedes nos hizo disfrutar los encantos de la vida campestre. Tenía en sus potreros caballos finos tan briosos que no hubiéramos podido montarlos. De España había importado para sementales potros magníficos y un burro famoso en la comarca. Además de las vacas finas del establo, poseía ganado corriente en abundancia y vaqueros dedicados al alzo del mostrenco. Situada su hacienda a trescientos metros, más o menos, sobre el mar y a dos horas de Tampico por ferrocarril, la temperatura excesiva en verano se volvía muy grata en invierno. A nosotros nos tocaba una primavera calurosa, pero agradable, que incitaba al baño a descubierto en el río. Enfrente de la casa, los desmontes ostentaban pasto del Para, denso follaje en que el ganado se entierra hasta la panza. Las palmeras y las ceibas, los robles y los zapotes, asomaban ramajes y cúpulas sobre la masa perennemente verde de la vegetación del trópico. Al amanecer nos servían leche cortada con miel de abeja silvestre, café de olla, frijoles refritos y un cigarro puro, aromático. Entre bromas y charla de una despreocupada camaradería se prolongaba la sobremesa hasta que llegaban a la puerta los caballos ensillados. Visitábamos en ellos los sitios más pintorescos y recorríamos potreros y siembras. Luego, al trote largo, nos dirigíamos al baño. Estaba dispuesto en uno de los sitios más estupendamente bellos del planeta. Ningún viajero del tren de Tampico olvida la primera vez que, a indicaciones del conductor, se asomó al boquete, casi bajo la vía, donde a mil metros de profundidad se percibe un claro de luz sobre agua de oro al fondo de una caverna; allí penetrábamos después de trepar a una abertura en la roca entre boscajes y helechos y descender por el interior de la caverna. Deslumbrado el ojo por la refulgencia exterior, sólo lentamente descubre la escala natural que baja y la nave irregular rota a un extremo por la abertura que se divisa desde el ferrocarril. Peste penetrante de guano motiva el relato de las fuertes sumas que este desecho deja al patrón al venderlo para abonos. Al fondo de un abismo se abre, por fin, el espejo de un manantial abovedado, pero anegado en luz. Por el claro desemboca la corriente. Los ecos de las voces engreídas de asombro producen sonoridades solemnes. Vienen a la memoria las estampas de las cuevas rupestres de Europa o de las estatuas que los indostanos tallaron en sitios parecidos. La virginidad de estas cavernas americanas transforma la impresión de pasado en otra de primicia y descubrimiento. Como si fuésemos la primer conciencia humana que se sobrecoge al capricho de las fuerzas creadoras.

Pronto el agua cristalina moja los cuerpos ávidos de frescura, se animan las ondas muertas con el juego de los torsos y los brazos de los nadadores. La humana sustancia flota desnuda en las aguas y chapotea o salta por las peñas inconsciente de su ritmo estatuario bruñido de claridad solar. Levantando la vista ya de pie dentro del agua, se ve en la altura un punto de luz, estrella de la caverna, el boquete por donde acostumbran mirar los viajeros. Una vez pasó un tren por lo alto mientras nos bañábamos en la profundidad; la caverna se llenó de estruendo, pero pronto volvió a su paz. En ocasiones, de regreso, al ascender de nuevo para ganar el camino, alguien gritaba provocando los ecos salvajes, removiendo

capas de aire que hace siglos reposan.

Echados a la vida de Naturaleza pasábamos las horas a caballo en galopes por las rutas de la selva. Luego para lavar el sudor repetíamos de noche el baño, en el río próximo a la finca. Mis dos compañeros eran excelentes nadadores, pero yo floto apenas. Sobre una vieja barca nos desnudábamos a la luz de un farol portátil. Inmediatamente los mosquitos se cebaban en nuestras carnes y era menester zambullirse; lo hacían de salto mis amigos, alejándose de la ribera. Iba yo detrás más despacio, pero confiado; ya regresaban ellos nadando contra la corriente. Me volví para hacer lo mismo y sentí en medio del pecho un golpe de agua tan fuerte que me enderezaba, me ponía de pie, impidiéndome el nado. En la oscuridad la lucecita que señalaba el sitio del bote se miraba a una distancia fantástica. Me esfuerzo por soltar las piernas a la corriente, pero trago agua y siento que el ímpetu tienda a voltearme cabeza abajo. Se me escapa un grito angustioso. Los compañeros han llegado al bote y desde allí me gritan:

—¡Date a la corriente!

Me viro entonces, recordando en este instante el término marino que no usaba desde Campeche y me siento levantado de una manera natural, tranquilizadora. Ya no quedaba sino iniciar un esfuerzo de soslayo. Lo hice hacia unos ramajes, toqué, por fin, fango con los pies y salté a la orilla. Pasado el susto común, me dedicaban burlas. Desde entonces me ha quedado el miedo al agua.

En cambio, mis progresos como jinete eran cumplidamente celebrados. Antes había montado a la buena de Dios, procurando llegar de prisa y sin preocupaciones de caballista. Ahora, por primera vez, disponía de tiempo y ocasión de corregir ciertos defectos y de añadir cierta destreza a mi ya reconocida resistencia. La inminencia de la rebelión armada hacía de actualidad un aprendizaje útil para el caso. Con el pretexto de ayudar en su faena a los vaqueros, entrábamos por las tardes a los potreros y correteábamos reses, ensayándonos en el lazo. Mi caballo, bien adiestrado, tiraba solo, apenas sentía torcerse la reata en la cabeza de la silla... Lacé por los cuernos algunas veces, dejando el toro en manos de otro. Aun así estuve a punto de caer arrojado al suelo en las súbitas rayadas, salvándome algún manojo de pelo de la crin. Y. sólo una vez gocé la fuerte impresión del espaldarazo del toro, derribado por el peal. Fue mi fácil víctima un animal ya lazado de los cuernos. Con más frecuencia corríamos saltando zanjones o a llano limpio, ensordecidos con el viento de los galopes.

Ya que el amable anfitrión nos creyó entrenados, organizó cacerías y excursiones. Su propiedad era tan vasta que se empleaban jornadas de caballo para atravesarla de un extremo a otro. En busca del lindero que da al río Panuco atravesamos un desierto de palmeras árido y monótono. Tan extenso que en él han perecido de sed viajeros que lo atraviesan sin guía y que al perder la orientación se ponen a caminar en círculo. Para el almuerzo y la siesta hicimos alto en un rancho; par de cobertizos de paja y una habitación de carrizos, atados, encalados; piso de tierra, una mesa, un banco, dos o tres hamacas, un catre con almohadas y colchas de hilo. Sirvió el campesino café aromático, hervido con piloncillo; tortillas de maíz pequeñitas y tiernas, jocoque con miel de colmena silvestre, huevos con chorizo, frijoles y carne asada.

Cerca de las cinco divisamos una margen arcillosa de unos veinte metros de altura. Encañonado fluía un caudal turbio y potente, arrastrando leños, ramajes, un torbellino líquido. En él nos metimos en esquife, dejándonos llevar sobrecogidos de pronto por el peligro. Pero la paciencia del remo se impone lentamente a las ondas. Al acercarnos a la margen opuesta, mengua la fuerza del agua. Sobre el banco de arcillas cuelga la selva; encima

vese una masa vegetal impenetrable. Vuelos de garzas y guacamayos provocan un tiro, luego otro. Una ave herida se perdió fuera de nuestro alcance por la espesura inabordable.

Al regreso, lejos de sentirnos familiarizados con el líquido en marcha, parece que ha engrosado y se ha hecho más temible su corriente. A medio río, en la anchura mayor, se contempla en el fondo, hacia Occidente, casi próxima y a una altura increíble, la Sierra Madre Oriental de macizos ciclópeos. En un catálogo de las bellezas naturales del mundo, panorama tal ocuparía el primer lugar reservado a las obras maestras. Para calificar la impresión que produce de pasmo que arrebata el aliento no encuentro mejor adjetivo que el *soaring* de los ingleses. No en vano son ellos peritos en materia de paisajes.

Una de las más altas bellezas que es dado contemplar al ojo humano, y una de tantas del México maravilloso, nación en que la gente acumula ignominia y horror a la par que despliega inefables panoramas la Naturaleza.

Los venados abundan y el puerco espín. Uno de éstos nos pasó rozando casi las piernas, una mañana, por un remanso del río. No pudimos perseguirlo porque nos bañábamos desnudos en compañía de unos huéspedes austriacos que pasaron dos días en la finca. Era uno de ellos un conde gordito y jovial, un poco cínico. Nos había divertido durante la cena con cuentos verdes, en inglés, y ahora cantaba: *Every morning I bring you violets.* Había en su desnudez algo de cerdo limpio y rubio. La fiebre de oro negro llevaba a la comarca toda clase de sujetos. De la noche a la mañana los pequeños propietarios del rumbo resultaban millonarios por el hallazgo de petróleo en sus fundos. Paseando por el campo solían verse las manchas de chapopote. Por el aire los mosquitos formaban nubes. Llevábamos hinchadas las manos de los piquetes. Por las noches teníamos que darnos fricciones de alcohol alcanforado para aliviar la molestia del "pinolillo" y las garrapatas que se recogen al pasar a caballo entre los chaparros. El paludismo es por allá un riesgo descontado; inocula y se hace más o menos crónico. Cada vez que bajaba a la costa me repetían los fríos, pero al subir de nuevo a la meseta desaparecían. Y a pesar de todos los inconvenientes me hubiera quedado en la región para siempre, como fascinado por las montañas espléndidas, recreado con los atardeceres en el campo henchido de potencias confusas. Cada crepúsculo obligaba a quitarse el sombrero para una instintiva acción de gracias.

Con el pretexto de una batida a los venados madrugamos una mañana. Me tocó la compañía de José mientras otro grupo se apartaba, luego de concertar el sitio en que, horas después, volveríamos a juntarnos. La niebla matinal velaba prados lustrosos de rocío. Un sinfín de troncos delgados cerraba la vista. Los caballos, a trote ligero, nos contagiaban de su alborozo. Caminábamos sin hablar. Buscaban unos la presa entre el boscaje y yo me perdía en divagación confusa y dulce. Una voluptuosidad sin erotismo emanaba de la Naturaleza oreada y fragante. Ocasionalmente la influencia del sexo plasma ciertas horas en la figura de sátiros y ninfas, proyección del apetito genésico en hambre. Pero también nace de la vista del campo primaveral no sé qué anhelo de superar el deseo concreto y un amor que se difunde organizando la Naturaleza en jerarquías. Mientras la vista se recreaba en el cielo y los prados, una asociación recóndita me trajo a la memoria pasajes de las *Florecillas,* de San Francisco. Del paisaje fluía una conversión de la existencia material en la divina. Y divagué cerca de una filosofía que incorporara la intuición franciscana a los sistemas que explican el mundo por una serie de *fiats* y transfiguraciones. La evidencia artística de San Francisco revelaba el secreto del retorno de la pluralidad a una unidad

no matemática, sino artística y divina. De propósito evitaba decir de lo particular a lo universal, porque precisamente lo característico y lo valioso de la intuición franciscana lo hallaba en que conserva el valor singular, pero purificado e incorporado a una manera de existencia mejorada. Suelto ya el ingenio, ideaba un libro titulado *Asismo,* para demostrar la tesis de tránsito de lo humano en lo divino. Sonaron en este instante a mi espalda unos disparos. Al volverme contemplé la rápida fuga de tres o cuatro venados. A pocos pasos de donde estábamos otro había caído. Echándose abajo del caballo avanzó José para rematarlo de un tiro en la frente. La escena se desarrolló rápida y desagradable. Los ojos de súplica del noble animalito miraron en vano; inspiraban ternura, pero una alegría irreprimible, espiritualmente criminal, arrancaba gritos y carcajadas a los cazadores. Sin duda por ser la primera vez que miraba aquello sentía amarga la boca y un dolor casi lloroso me empañó el panorama que un momento antes era inocente y claro. Nunca he padecido el sentimentalismo de los animales y creo que estorban y nos distraen de reflexiones en que ellos no cuentan, pero no se puede evitar el golpe de náusea que inspira nuestra naturaleza obligada a tomar de alimento especies repugnantes como el cerdo, amables como el cordero.

—Ya podían matar fieras —apostrofé a mis colegas— y no pobres animales inofensivos.

Y como para confundirme, quiso la suerte que Federico González Garza que se había marchado con el otro grupo, regresara tirando de un burro que cargaba la cría muerta de un tigre. Nos hicieron creer que ellos lo habían matado, pero luego aclararon que se lo habían recogido al tigrero que andaba desde la mañana persiguiendo a la madre. Cada una de las haciendas de la Huasteca paga uno de esos tigreros, que cazan la fiera a garrotazos, protegiéndose con una rodela de cuero, evitando disparar para que la piel no padezca perforaciones.

Tan bien hallados nos encontrábamos en nuestra nueva manera de vida, que nos informamos casi con indiferencia de las buenas noticias que enviaba nuestro defensor gratuito y eficaz Jesús Flores Magón, hermano de los revolucionarios, dedicado a la abogacía. De sus gestiones resultaba levantada la orden de aprehensión contra todos, a excepción de Fulgencio, a quien el porfirismo insistía en castigar como tránsfuga. La imprenta, sin embargo, quedaba confiscada y prohibida la reaparición de nuestro periódico. Fue muy fácil tomar el tren de regreso para México y grato también recibir en la estación el abrazo de correligionarios que nos veían llegar aureolados con la primera escaramuza. En cambio, me amargaba el recuerdo de mi despacho abandonado, mis compromisos con Warner violados. Me recibió éste sin reproches, con gesto señorial, a lo "decíamos ayer", y la vida recomenzó, en apariencia, normal. Un gran despecho, sin embargo, me roía el ánimo. Me irritaba la indiferencia del público delante de atropellos escandalosos. En los tribunales, en las esquinas, promovía discusiones con todos los que sabía de filiación porfirista. La ira me encendía el rostro. Los apáticos y los cómplices de la infamia nacional empezaron a crearme fama de exaltado.

Con Madero tuve también un incidente, por carta, originado en una actitud mía de debilidad. Le expuse que si no se preparaba una rebelión me separaba del partido, porque no quería ser víctima de un movimiento democrático dirigido contra rufianes que solo a la coacción y al castigo se rinden. Madero me contestó sin negar la rebelión ni comprometerse a ella. Me advirtió también que una indecisión mía, por mucho que él la sintiera, me haría más daño a mí que al partido. Me reprendió en fin, como jefe prudente que ya era. Tomé entonces el partido de encerrarme a trabajar y a

economizar, liquidando, entretanto, mis asuntos, para quedar expedito en la lucha que seguiría a las elecciones. Si no había protesta armada me expatriaría. No era posible soportar aquel ambiente. La patria la hemos de transformar para que sea digna de nosotros o se la deja como la dejaron tantos europeos para crear en América situaciones mejores. A los Estados Unidos me iría, que era entonces tierra de libertad y punto de cita de todas las razas del mundo. Acaso podría abrirme paso en una universidad como filósofo; tal vez, por lo pronto, en un despacho internacional de abogacía podría ganarme la vida. Quedaban también hacia el Sur países nuevos donde ir a fundar un destino. Cualquier cosa, menos el México porfirista corrompido, militarista, asesino. Al llegar a mi casa contemplaba a mi hijo, de pocos meses, sonriendo y nervioso, y envolviéndolo en miradas de adoración, pensaba:

"Ojalá se muriera si es que esto no cambia."

—Déjenme un poco de receso, pero cuenten conmigo para la rebelión —había dicho a mis amigos.

Entretanto, González Garza y el licenciado Vázquez Gómez continuaban la propaganda intensa, se echaban encima toda la responsabilidad. Verificada la Convención del Partido, y a falta de un personaje heroico, fue designado candidato Madero, el héroe. Crecía el partido estimulado con la persecución. La prensa y el gobierno se ensañaban en Madero y calumniaban a su familia a propósito de no sé qué negocio que en nada los deshonraba. Un licenciado, colega de Venustiano Carranza y después su consejero y jefe de Educación, sirvió al porfirismo de abogado en la acusación contra Madero y su familia. También Fulgencio, que con don Venustiano resultó ministro, se pasó desarmado y sin bagajes, pero con un buche de veneno, al enemigo. Por haberle servido de abogado defensor, me enteré bien de su caso. No había podido Madero satisfacer sus exigencias de dinero. Entonces, en un periódico gobiernista, publicó Fulgencio unas declaraciones en que tildaba a Madero de loco y lo dejaba "antes de ver la República conducida al abismo". Hizo, al mismo tiempo, gestiones de amnistía. Lo llamaron a la antesala presidencial para recibir su recompensa. Lo hicieron volver a diario durante una a dos semanas y entonces le ordenaron que se presentase al ministro Justo Sierra, a quien Fulgencio había atacado con injusticia y con saña. Don Justo le repitió la maniobra, lo tuvo en sus antesalas varias semanas, exhibiéndolo en público; luego lo despidió sin ayuda. El futuro pilar del carrancismo entró en la sombra. También Carranza seguía en el Senado y se postulaba gobernador de Coahuila con la venia de Porfirio Díaz. El porfirismo nos presentaba un frente compacto. Los gobiernistas no renuncian. Los más honrados encuentran excusas para colaborar con el crimen, si hay de por medio algún gaje.

Por su parte, Madero tenía fe. Lo empujaba el poder avasallante de la verdad. En sus discursos no hacía otra cosa que hablar en público tal como se hablaba en las conversaciones privadas. Con un párrafo de su peroración de Orizaba liquidó ante la conciencia nacional el reyismo. Era éste un partido de la gente menuda del régimen porfiriano. Celoso de los científicos, sus rivales, en el favor administrativo, los reyistas no censuraban a Porfirio Díaz ni sus métodos delictuosos de gobiérnese ensañaban en Limantour y su política económica. Denunciaban el enriquecimiento a la sombra del Poder, pero buscaba el remedio en un cambio de servidores y se ofrecían para la colaboración con el Caudillo. Una gran parte del elemento burocrático modesto se inclinaba al reyismo. A falta de bandera mejor, la opinión había vacilado un instante y empezaba a cargarse con los reyistas. Madero proclamó que el mal no estaba en los "científicos" ni el remedio en los reyistas, cuyo jefe también había tiranizado al pueblo, el mal estaba en Porfirio Díaz y sus métodos. Si México quería conquistar puesto

de nación civilizada era menester que se aprestase a condenar el despotismo crónico. Urgía una renovación total de sistemas y de hombres.

Con los reyistas se afiliaron casi todos los intelectuales de nota y jóvenes que se iniciaban en la política, pero más o menos contaminados por los favores del régimen. Jesús Urueta, Luis Cabrera, Zubaran, futuros ministros de Carranza, fueron reyistas y contemplaban la actividad de Madero como la aventura de un loco. Los que seguíamos a Madero éramos desconocidos como las multitudes que iba levantando a su paso. La inteligencia culta, lenta para decidirse, seguía con el viejo régimen, ya con el disfraz reyista ya con el científico o limanturista.

Nuestra generación escolar se había dividido. Los más brillantes, José María Lozano, Nemesio García Naranjo, se subordinaron a Pineda y los científicos. El grupo del Ateneo se mantenía ajeno a la política, pero su mayor parte simpatizaba con el maderismo. Caso, en privado, nos hacía la defensa de Porfirio Díaz, lo juzgaba el mal menor de un pueblo inculto sin esperanza. Pero, ideológicamente, Caso seguía siendo jefe de una rebelión más importante que la iniciada por el maderismo. En las manos de Caso seguía la piqueta demoledora del positivismo. La doctrina de la selección natural aplicada a la sociedad comenzó a ser discutida y dejó de ser dogma. La cultura y el talento de Caso aplicados a la enseñanza evitaban, asimismo, el retorno al liberalismo vacío de los jacobinos. Sin fundar clubes, la obra de Caso era más trascendental que la de no importa cuál político militante.

El gobierno se había desatendido de la campaña maderista. No lo alarmaban las multitudes que acudían a los mítines ni el florecimiento de nuestras asociaciones por todos los rumbos del país. Pero apenas puso Madero el dedo en la llaga, apenas osamos dirigir los tiros a la persona del mismo Dictador, las persecuciones se desataron también sin embozo. En vísperas de las elecciones, Madero, ya candidato a la Presidencia, fue acusado de injurias al Presidente y encarcelado en San Luis Potosí.

A los jefes de nuestros clubes en los Estados se les amenazaba y perseguía. Sin órgano oficial del partido, algunas de nuestras proclamas hallaron cabida en el diario *México Nuevo,* de un ex diputado porfirista, Sánchez Azcona. No recuerdo si fue allí donde se publicó un artículo mío que tuvo fortuna y me costó mi primer destierro.

EN NUEVA YORK

Con frecuencia Warner formulaba el ditirambo de su metrópoli. No había en el mundo nada comparable a Nueva York.

—¿París? Usted irá a París alguna vez. Se convencerá de lo que le digo; *some ruins* y escaso confort, un aire gris, una desilusión. ¡En cambio, en Nueva York! Los edificios más colosales de la Historia se ven siempre flamantes porque hay máquinas lavadoras de piedra que limpian periódicamente sus fachadas. En Nueva York los restaurantes pagan cocineros franceses, *if you prefer...,* pero el servicio de plata no lo iguala ningún establecimiento europeo.

En fin, lo que me obligaba a partir de improviso no era el deseo de servirme el azúcar con cucharillas plateadas, sino la esperanza de hallar trabajo para continuar la lucha sin mayor sacrificio de mis pequeños ahorros. Mientras preparaba apresuradamente el viaje, una frase que motivaba la acusación en mi contra me hacía sonreír: "El porfirismo es un cadáver y sólo hace falta enterrarlo." Y también esta otra, que era el final del artículo denunciado: "Podrán burlar nuestros derechos y hacernos imposible la vida, pero no lograrán quitarnos un tesoro que es patrimonio de toda juventud rebelde: ese tesoro es el porvenir." Por lo pronto, el muerto daba todavía zarpazos y uno de éstos en la forma de una orden de aprehensión me convertía en prófugo

metido en un vagón del ferrocarril de Laredo.

Me había costado separarme de mi hijo; al fin, gracias a mi previsión, le dejaba con qué vivir casi un año y me llevaba en la bolsa lo indispensable nada más para el viaje. Llegando a Nueva York trabajaría en espera de la rebelión, que no tardaría en estallar. No obstante la dictadura, podíamos viajar libremente sin pasaportes, ni trámites. Ni se concebía en aquellos felices tiempos de la preguerra que nadie coartase el derecho de entrar libremente a cualquier país del mundo con la categoría inmejorable y común de ciudadano del planeta. La única desazón en el cruce de la línea divisoria era el contraste del bienestar, la libertad, la sonrisa, que eran la regla en el lado anglosajón, y la miseria, el recelo, el gesto policiaco que siguen siendo regla del lado mexicano.

Al cambiar de vagón en Texas llamaba la atención un público bien vestido, despreocupado; una humanidad diferente de la nuestra, desconfiada y astrosa. Tanto que al penetrar en Texas cada mexicano, por serlo, ingresaba en la caseta de los *greasers*, los grasientos, apodo con que corresponden al *gringo* que nosotros les dedicamos. Aún así los *greasers* disfrutábamos de mayores garantías humanas que en la patria de Santa Anna. Ya no éramos la presa de la autoridad. El gendarme yanqui sonreía, bromeaba con el paseante, y los pocos militares a la vista no se creían obligados a ponerse en la cara el gesto de torturador chino. Entrábamos en verdad en aquellos tiempo», y por puerta franca, a *the land of the free,* prototipo de nuestros sueños de demócratas.

Pasé una noche infernal, estirado sobre el asiento para economizar el precio de la cama. Luego, por la tarde, o antes, a la altura de Cincinnati, subió al vagón un mexicano bajito, gordo, cuarentón: se llamaba Madariaga, hablaba cinco idiomas, la hacía de corista en la ópera, había recorrido Europa y ahora consumaba ensayos de autor teatral. Casualmente, a través del despacho de don Jesús Uriarte, me había enterado de los asuntos de su madre, internada por loca en un asilo y puestos sus bienes en manos de un tutor. Esto contribuyó a que me tomara confianza. En el mismo vagón me leyó sus piezas cómicas. Acababa de estrenar una en un *vaudeville* de Chicago, haría representar otra en Nueva York. El truco de su composición era la caricatura del acento inglés del judío, del negro, el inglés y el yanqui, en una serie de diálogos jocosos. Madariaga trabajó también de intérprete de los grandes hoteles. Y de haberse afiliado al carrancismo lo hacen ministro de Relaciones. Por lo pronto, lo que le envidiaba era su pase libre del Metropolitan. No quería oír hablar de México. Su porvenir estaba en el teatro de Nueva York, de Berlín o en el Covent Garden. Por momentos se soñaba émulo de Benhart. el empresario. No había chisme del tablado neoyorquino que no repitiese. Con él me informé de los sitios que había de visitar, la revista que sería agradable ver, los ardides que permiten escuchar la ópera en el Metropolitan con un costo mínimo en el *standing.* En fin, que no pude realizar mejor encuentro al llegar a una ciudad peligrosa por su carestía.

Diez minutos estuvo detenido el convoy en la estación de Filadelfia y el corazón me dolía de angustia sintiéndome tan cerca de mi hermano Carlos, a quien no avisé, parte por ignorancia de las horas del itinerario y porque confiaba invitarlo el domingo siguiente para que me visitara en Nueva York. Entonces tendríamos tiempo de hablar. Por ahora era mejor no distraerlo de sus clases nocturnas. La fábrica de Baldwin le tomaba el día y por la noche concurría a una academia de mecánica ferrocarrilera.

Llegaba entonces el tren sólo a New Jersey. Cruzamos el río en *ferry.* Serían las once y una iluminación feérica dibujaba el contorno de las más altas casas de Manhattan, a la orilla del Hudson. La línea de los muelles se pro-

longaba interminable de mástiles y chimeneas de barcos pegados a los espigones. Cuanto se mira toma apariencia colosal. Entrábamos en ocasión ordinaria y, sin embargo, el derroche de luces creaba una impresión de fiesta. No nos hubiera sorprendido que de pronto se apagasen las luces como cuando concluyen los fuegos artificiales. Pero arden así todas las noches. Llegábamos a la ciudad que ha vencido a la sombra y donde hay gentes que se mueven a todas las horas del tiempo. En la gran metrópoli había una cantina cuyo propietario arrancó las puertas porque no concluía a ninguna hora el despacho. Nos desembarcó el *ferry* en la calle Veintitrés. Un pavoroso estruendo metálico sacude el espacio sobre nuestras cabezas; pasa luciente una especie de dragón sobre enrielado: el *Elevated.* Pronto di con el hotel que me recomendara Madariaga: el Mills. Nunca lo he olvidado. Cobraban 35 centavos. Era aseado, tenía treinta pisos y lo frecuentaban tipos intermedios entre el *tramp* o vagabundo y el *gentleman* venido a menos. Una cama estrecha, pero limpia, en el cuarto reducido de muros pintados de blanco, me daba, ya acostado en ella, la impresión de que era un sueño lo del viaje y que en realidad me hallaba en una celda de la penitenciaría mexicana. Además, pegado al cuerpo sentía el desagrado del primer encuentro en Broadway. Ya casi a la una, mientras babeaba tomando el alto a las casas, pasó provocativa una beldad de medianoche. Estaba delante del Knikerboker, famoso por sus cenas, con mujeres maravillosas; pero tomamos por una calle lateral antipática, entramos a innoble sitio y todo porque mi seductora llevaba al cuello una tira de pieles. Tras de decirme que era húngara solo habló para cobrar.

De haber tenido voz o cualquiera de las gracias sociales de Madariaga no vuelvo a verme sentado a la mesa de una oficina; me habría dedicado a un vagar libre y dichoso por el mundo. Pero más bien que nuestras aptitudes son las fallas y limitaciones de nuestra naturaleza las que determinaban el porvenir. A los tres días de mi debut neoyorquino estaba ya sentado frente a una máquina de escribir, rebajado a la categoría de pocos años antes en el despacho del ex juez Uriarte. Ahora mi jefe inmediato era un caballero anciano y afable, de anteojos y barba afeitada. Encima de los dos estaba el gerente, todavía joven y bien vestido. Pasaba como relámpago saludando apenas, dedicado todo el día a recibir y a trabajar como desesperado. Mi propia tarea consistía en contestar y traducir cartas comerciales del inglés al español, y viceversa. Sin descanso mecanografiaba. Empezábamos a las nueve, nos daban tres cuartos de hora para almorzar y vuelta al cepo que fatiga los riñones y enferma el alma.

Por la tarde, sintiéndome exhausto, escapaba un instante a los bajos del edificio, me metía en la cantina y compraba un vaso de cerveza. Luego otra vez a trabajar, hasta las cinco. A esa hora se vaciaban las oficinas. Me había buscado un cuarto en Brooklyn, en las cercanías del puente colgante. Como no tenía prisa de llegar, me ahorraba los cinco centavos del tranvía atravesando el puente a pie. Pero antes había que vadear la corriente humana de las calles del *down town,* al atardecer. Nadie va despacio, a todos mina la prisa y cada uno se deja tragar por el *subway* o trepa al tranvía o se pierde por el elevado. Hay cansancio en todos los rostros. Las mismas mujeres que a la una, en las "loncherías", perturban hasta la angustia» provocativas y desdeñosas del pobre, ahora se ven marchitas, casi malhumoradas. Sobre el puente el panorama se ensancha y se impone al ánimo la grandeza del esfuerzo realizado en torno. También yo cargaba mi rascacielos. Aprovechando que no tenía amigos ni dinero para diversiones, me dedicaba con voracidad a la lectura. Me ocupó varias noches el volumen de *Las siete lámparas,* de Ruskin. Lo leído sugirió toda una teoría estética; en el porvenir la arquitectura levantaría construcciones monumentales

en espiral, semejante a la torre babilónica que imaginan los pintores. Esta predilección por la espiral marcaría una tercera época de suprema belleza y superación de las construcciones horizontales que predominan en el arte egipcio y griego y después también del círculo que ha creado la cúpula y todos los estilos románicos, confusamente advertía que estábamos en una época que rompe el hábito de las fuerzas en círculo, que liquida los procesos en ciclo e inicia la dinámica de la espiral, que es también la del espíritu. Porque toda plástica para ser artística ha de transportar la energía del equilibrio pesado del sólido, a modo de la espiral que agita el alma humana. El modelo nos lo dan los caparazones de la vida animal, que llega a la perfección en el caracol, instrumento de captación de los ritmos superiores del Universo, además de estructura que sostiene una vida. La arquitectura neoyorquina era, pues, fea, no solo por el abuso de vanos que señala Ruskin, sino porque una torre no ha de ser perpendicular, a lo gótico —esto le roba toda significación—, sino animada de terrazas o balcones ensanchados en leve ritmo de espiral que abarca el mundo, como los campanarios de México y los torreones mozárabes.

Cada anochecer, tras el baño en mi pensión de seis dólares semanarios el cuarto, cenaba en el restaurante popular que hallaba al paso. Siempre uno distinto para elegir algún manjar nuevo, aunque ya prevalecía el tipo de comida *standard.* Por huirlo me regalaba, incluso en los puestos al aire libre, el par de *soft shell crabs* —jaibas tiernas riquísimas—, o los ostiones fritos, todo sin regla y a la hora que entra el antojo; a veces antes, a veces después de la lectura. Consumaba ésta en la biblioteca de mi barrio. Allí empecé las lecturas indostánicas de Max Müller y Oldenberg, sin omitir el caos teosófico de la Blavatzky y la Bessant. La confusión de estas últimas me dio la idea de tomar notas que más tarde se convirtieron en mi libro *Estudios indostánicos.* destinado a combatir falsificaciones. Cerraban a las once la biblioteca y volvía a mi cuarto para echarme en cama fatigado, pero sin sueño. Me había salido erupción como eczema que me tenía rascando toda la noche. Atribuyéndola a la mala digestión, me laxaba y ayunaba, pero el mal seguía. Antes de lo necesario estaba ya de pie, y tras el baño y el desayuno, otra vez a recrearme en el puente. Me estaba a veces hasta una hora en los descansos mirando el panorama, mientras sonaban las nueve, abstraído en divagaciones confusas, como quien se emborracha de ideaciones. El piso que me sostenía temblaba sin cesar al paso de los convoyes eléctricos, los autobuses, los carros; todo lo llenaba el estruendo de la fiesta diaria del tráfico, el alma se perdía en proyectos necios. Me repugnaba volver a la rutina de mi trabajo profesional de México. Me molestaba la estrechez en que ahora vivía, pero gozaba largamente aquella completa soledad de desconocido entre los millones de indiferentes. Era una manera de existencia monástica dedicada a la libre contemplación. Los domingos los pasaba enteros en el Museo Metropolitano. Estudiaba con método; la escultura griega, con auxilio de los libros de una miss Johnson, del Museo Británico, más Taine. Lo egipcio lo seguía en resúmenes ingleses de Momsen; para la pintura, Ruskin y el Vasari. Era un deleite nuevo poder consultar en la biblioteca el libro que se me antojaba. Años hubiera seguido así leyendo y pensando. En seguida, como descanso, mirar una obra maestra del arte universal. Desde entonces poco me entusiasmaban los realismos de Van Dyck y de Velázquez y Rembrandt; prefería las tablas italianas y los Ruisdaels del museo neoyorquino. Las salas incomparables de arte oriental, con sus colecciones de lámparas persas, estampas indostánicas, estatuas policromadas chinas y Budas pensativos, no existían aún. La sala egipcia era ya valiosa. Y las maquetas del Partenón y de Notre Dame, los vaciados de Donatello y de Fidias, las

cabezas romanas, daban bastante que ver al principiante.

Todo hubiera sido perfecto sin aquel dolor de cerebro y zumbido de oídos que me perseguía como una consecuencia del sueño escaso, la alimentación insuficiente, la fatiga acumulada.

Cierto *week end,* Johnson, mi antiguo jefe de bufete en México, me invitó a su club. Una especie de hotel privado a orillas del Atlántico. Cena en el restaurante iluminado, con *blue points,* pequeñas ostras muy estimadas, langostas a la Newberry que me quitaron el sueño y una botellita de *ale* inglés; luego, en el salón, el puro para la charla. Finalmente, una alcoba impecable de aseo; ancha, sabrosa cama, y desde la ventana abierta, el golpe de la marea ascendente. A Johnson le debí el puesto de traductor que desempeñaba; me había invitado a trabajar con él en el bufete, pero sin sueldo, y preferí olvidar el título para ganar un salario. Perdí aquel domingo por la mañana en un estúpido juego de *golf,* persiguiendo una pelotita en vez de mirar el panorama de las colinas a orillas del mar. Una o dos veces me escribió Warner; me aconsejaba que regresara; se ofrecía a obtener de Limantour, con quien llevaba alguna amistad, un salvoconducto. Le contesté agradeciéndole la disposición amistosa y explicándole que nuestra lucha contra Díaz era a muerte. Los correligionarios también me escribían. Madero, desde su prisión, recomendaba que la lucha siguiera sin desmayos.

Un día el correo me trajo una terrible alarma. Mi esposa me anunciaba que se disponía a partir con mi hijo para reunirse conmigo en Nueva York... Ella estaba sola y yo, mientras tanto, en Nueva York... *paseándome...* No era justo, etc. ¿Para qué explicar lo que debía suponer? Mi situación de miseria llevadera apenas para uno era insostenible para dos. ¿Qué haríamos si al viajar ella agotaba el dinero reservado para sus propios alimentos? La amenacé si hacía el viaje, pero me daba seguridad mi previsión de no haberle dejado dinero en globo, sino en cheques mensuales, incobrables antes de su fecha. Confiaba, además, en que no encontraría quien le prestase el dinero en mi nombre, dado que era yo un desterrado. A Warner le pedí que nada le anticipase, como nunca me había anticipado a mí.

Carlos había pasado dos días conmigo. Nos fuimos juntos a conocer ese triste mercado de alegría que es Coney Island... Nos parecía increíble que tantos miles de almas pudieran encontrar goce en ser sacudidos innoblemente por medio de arreglos mecánicos elementales. Además, no estábamos demasiado optimistas. Yo procuré pintarle mi situación como un accidente pasajero del cual me repondría. Él probablemente se dominaba para no dejarme ver todo lo duro de su propia prueba. Pero era evidente que perdía el tiempo, por lo menos, pues el trabajo de la fábrica, demasiado rudo, lo dejaba sin ánimo para estudiar. Con todo, asistía a una academia nocturna de matemáticas y dibujo mecánico y había logrado que no lo tuviesen en un solo departamento, sino que periódicamente lo cambiaban para enterarlo de todos los detalles de la construcción de una locomotora... Su sueldo le alcanzaba para vivir, y con lo que yo solía mandarle se paseaba. Quería seguir un año donde estaba. Después ya veríamos. De su odisea anterior a su trabajo actual contaba prodigios. Había hecho viajes de *tramp* o *mosca* por los ferrocarriles de Middle West. En Nueva York estuvo unos días lavando botellas en una fábrica de cerveza. Ya no era el muchacho manirroto de México, que cada sábado gastaba lo ganado en la semana y algo más. Se había hecho económico y aun protestaba de que lo invitara más allá del modesto *lunch room.* Me disgustó ver que no tenía buen apetito y que fumaba como chimenea. Sin embargo, aunque un poco pálido, se vela fuerte, bien musculado. Al oírle sus relatos de aventuras y tenacidad me sentía ufano de él y pensaba: "Éste es de los míos; la vida le pertenece, porque es enérgico

y osado." Ni me ocurrió pensar que era de los marcados para sufrir esa suerte de orfandad que hay en la muerte del joven: orfandad de porvenir.

No recuerdo la fecha, pero si que no pasó de tres meses mi primera estancia en Nueva York. La agitación en México no había decrecido. Se verificaron las elecciones y la gente fue a votar, fiel a la consigna maderista. El gobierno tuvo necesidad de cometer atropellos. Ya no era el caso de antes, cuando nadie acudía a las urnas. Ahora fue patente que, de no destruir el gobierno las cédulas, una gruesa votación habría borrado del poder al porfirismo. Esta era la base necesaria al movimiento armado. Por su parte, los del gobierno decretaron una amnistía general, creyendo pacificar los ánimos. Esto, y el llamado de los correligionarios, me decidió a volver. No era lo mismo amnistiarse condicionalmente o mediante favor particular que meterse al país sin explicaciones ni compromisos.

Cuando mi jefe neoyorquino supo que había yo dado aviso de partida, se dirigió a mi mesilla de mecanógrafo y se sentó a mi lado. En realidad, yo me sentía agradecido a él y a sus auxiliares. Desde los primeros días me manifestaron con la franqueza y la generosidad del americano de aquella época su satisfacción por la forma en que les hacía el trabajo. Más aún: me confesaron su asombro de que no hiciera lo que hiciera mi antecesor en el trabajo, una pobre señora norteamericana que no cesaba de consultar el diccionario. Era yo un gran traductor, afirmaban. Y el jefe que antes apenas me advertía al entrar, ahora solícito, sonriente, afirmaba:

—No, no se nos va usted; usted no sabe que ya le hemos decretado un cuarenta por ciento de aumento de sueldo.

Yo sonreí a mi vez, le agradecí el aumento y le dije:

—Sintiendo dejarlos, tengo que irme.

Pero volvió a insistir:

—¿Es que quiere usted más sueldo? Yo le pago lo que vaya a ganar en México. ¿Cuánto gana en México? Yo le puedo dar hasta treinta dólares a la semana.

En efecto, aquello era duplicarme el jornal, pero repuse:

—Es que en México yo gano mil pesos, o sea, quinientos dólares al mes.

Se me quedó mirando entonces y luego, como si de pronto entendiese y dándose un golpe en la frente, exclamó: —Ah, ya caigo; usted es un *refugee, political refugee...*

Me dio un apretón de manos y me deseó *good luck.* En fin, que al salir días después de Nueva York, sentado a la popa de un barco de la Línea Ward, miraba el panorama de las casitas verticales a la orilla del agua y no obstante lo que allí había sufrido, experimenté cierta dulce gratitud por las bibliotecas gratuitas, por los museos bien atendidos y aun por las gentes que, si se afanan por el dinero, lo reparten con menos tacañería que los patronos de otros países.

En el corto espacio reservado a los viajeros de segunda clase formábamos corro media docena de tipos de diferente nacionalidad. Un inglés rubio, de oficio carpintero y que había recorrido medio Universo; un joven irlandés, panadero de Filadelfia, que se gastaba sus ahorros en una vacación en La Habana; un cubano, pequeño burócrata, y otro mexicano como yo, pero sin oficio especial. Y cayó de pronto un chubasco a la vez que empezó a dar tumbos la popa. Mirando los experimentados las caras de los viajeros nuevos, empezaron las bromas y no tardó en cruzarse la apuesta. El que se marease primero pagaría la cena en La Habana. Yo acepté, atenido a mis antecedentes dudosos de marinero en Campeche. El *globe troter* inglés no se mareaba nunca, el cubano aseguró lo mismo y cada quien siguió haciéndose el fuerte. Hablaba el inglés de su estancia en Chile. *God dam!,* no había podido convencerlos de que él era inglés y no de Norteamérica. Apenas se metía por una calle desviada de Valparaíso o de Santiago, le salían al paso los "rotos" gritándole:

"¡Gringo, gringo!". "En cambio, en México —decía dirigiéndose a mí—, nadie me molestó y viví contento" El panaderito no sabía hablar sino de las mezclas que intervienen en la producción del *brown bread* y el *white bread.* Le habían dicho que las *girls* de La Habana tenían mucho temperamento y quería comprobarlo en persona. Se sucedían bandazos que nos obligaban a interrumpir la conversación. Empezaba yo a sentir agua en la boca, pero examinando en torno me tranquilicé en cuanto a la apuesta, porque el panaderito gordo y sonrosado al embarcarse habíase puesto pálido y no tardó en mostrar la arruga vertical sobre la frente que, según el cubano, denotaba el mareo fulminante. En efecto: minutos después del síntoma, corrió a la barandilla. Esperamos a que se repusiera y retuvimos el comentario hasta que él mismo dijo:

—*All right,* pago la cena.

Entonces estalló la ovación y a poco se deshizo el grupo.

El siguiente fue uno de esos días largos y pesados comunes a toda navegación. Heroicamente intentamos distraernos con los juegos de a bordo que en tierra aburren al más complaciente. Sin embargo, ya que se ha fatigado la vista de leer, ya que las conversaciones llegaron a punto obsceno, viene bien tirar el aro de soga contra el palito o jugar una partida del *deck golf.* De todo había, en nuestra reducida sección. Y tampoco nos faltaron ocasiones de reír a costa del prójimo, representado por una solterona cubana, ya gorda, que, enseñando la llave de su camarote, advertía:

—En un viaje nunca faltan atrevidos.

Otra prójima era una miss que se asoleaba en el puente más alto: rubia, alta y gruesa, la cara se le había puesto rubicunda. Sabíamos que era institutriz. Mirándola el carpintero, su paisano, comentaba:

—Quién las ve tan serias... "Una así, tal como ésta, conocí en Escocia... *God... dam. . .* Quien las ve así que ni vuelven el rostro..., *dam it. . .* Después de cada encuentro, *do it again, do it again...*

Era la primera vez que trataba de cerca uno de esos cínicos varoniles tipos de novela de Gorki o de cuento de Kipling. La crudeza de su lenguaje y sus maneras ásperas son efecto de mala educación. A fuerza de no reprimirse también, se van dejando llevar corriente abajo y del lenguaje obsceno pasan fácilmente al acto, a lo bruto. Deliberadamente o por simple ignorancia, despojan a la vida de todo lo que la hace noble, limpia, decorosa, y, a pretexto de naturalidad, la rebajan y concluyen envileciéndose. No lo advertía yo así entonces y el sujeto más bien me seducía con los atractivos del anarquista rebelde y también por cierta innata nobleza y desprendimiento que no es raro encontrar en personas semejantes.

Pero quien me resultó de veras útil fue el compatriota sin oficio. Pues sucedió que de la primera bajaron unos jovenzuelos bien vestidos que invitaban a jugar póquer. Veía el juego sin apostar, hasta que el mexicano preguntó: —¿Cuánto tiene?

Le confesé la verdad: me quedaban dos dólares después de pagar las propinas de a bordo.

—Déme esos dos pesos y yo pongo otros dos y les jugamos a estos gringos.

Así lo hicimos, y a la hora de liquidar nos hallábamos poseedores de veinticinco dólares por cabeza. Volvieron al día siguiente los de primera y mi compatriota, llevándose las manos a la cabeza, exclamó: —*Sea sick;* estamos mareados. Y se salvó nuestra ganancia. A la mañana del tercer día, mirando por la claraboya del camarote, descubrí un panorama jubiloso. Era como un Campeche multiplicado, la belleza tropical en su realización urbana. Mar azul e incendio de luz, casas con balcones y fachadas de blanco, de rojo claro o de azul. Entre azoteas y techados en ocre asoman palmeras. En el extremo de la bahía El Morro levanta su ilustre vejez amarillenta, que re-

sistió al británico, pero ha claudicado ante el yanqui. Un aire denso de humedad olorosa a marisma envuelve las cosas. Triunfa irrefrenada la alegría del sol. ¿Qué hacia la gente toda del mundo que no acudía a embriagarse de belleza incitante y placentera? Allí estaba a la vista la dicha. Y como animales que se sueltan de un largo encierro saltamos por callejas y malecones. Observamos las antiguas murallas, entramos a los cafés para beber jugo de pina helado y guanábana. Haciéndole pagar una ronda de refrescos liquidamos la deuda del panaderito que perdió la apuesta y formamos grupo el carpintero inglés, el mexicano mi compañero de juego y yo. Era ya una voluptuosidad sentir dinero en la bolsa teniendo delante una tarde con su noche en La Habana de entonces.

Nos condujo el carpintero a una fonda que aseguraba conocer. Se imaginará lo bien que comimos si se reflexiona el tiempo que llevábamos condenados a la mesa desabrida de los Estados Unidos, sin contar con el "pienso" del barco. El menú al gusto marinero constaba de pescado, arroz con plátano frito, pescados en guiso, aguacates en ensalada, mangos y vino español. Después de tantos meses de comer por necesidad, una hora o dos de hartazgo por placer. Medio mareados, pero ahora de satisfacción, salimos puro en la boca a examinar despacio los rincones de pátina antigua y fresca sombra. Frente a la placita de la catedral vieja reposamos un buen rato. No estaba todavía construido el malecón sobre el mar ni era cosa de tomar vehículo para correr como perseguidos. Estábamos todavía en la época en que agradaba recorrer a pie las ciudades tomándole el gusto a cada pórtico enlamado, asomándonos a cada patio con arquería de piedra. Raza medular y heroica la que allí dejó su huella. El mexicano y yo nos sentíamos ya casi en la patria. Un orgullo especial, el de la casta habituada a la mansión de piedra labrada, nos colocaba por encima de las gentes del Norte, pese a la comodidad de sus frágiles construcciones. El mismo acero de los rascacielos conserva el ritmo elemental del riel.

Un instinto nos acercaba a los barrios galantes. Por las puertas entreabiertas empezaron a verse rostros atractivos. De un zaguán partió una dulce invitación y entramos. Fue como si un deslumbramiento anulase la reflexión, borrase recuerdos y únicamente dejase vida para entregarse al frenesí de un abrazo serpeante; sólidos senos, cintura flexible, labios deliciosos y una voz de acento antillano que mete por los oídos su música fresca.

Pasamos allí el resto de la tarde y parte de la noche. Luego, tras de cena ligera, visitamos la calle célebre por el cosmopolitismo de su clientela. Estaba en uno de los barrios apartados. Regularmente los serenos pegaban con su bastón en las baldosas de la acera propagando el eco de la hora. En la terraza interior de un café hay un grupo de mujeres con mantón de Manila y peineta. Las observamos acercándonos a las mesillas. 'Periódicamente bailan en un tablado. Clavel rojo sobre el pelo negro, tez clara azulosa y sonrisa de cristal, negras pestañas, curvas opulentas y firmes. Carne codiciada de Andalucía. En otros sitios mulatas incitantes bailaban rumbas. Un poco mas adentro, en la zona mal alumbrada, escondidas casi, negras de ojos flamencos ofrecen acres deleites. Atraviesa la calle, cigarrillo en la boca, nerviosa cadera, fino el tobillo, una bailarina más o menos flamenca que tarareaba el "cante jondo" más o menos puro; de todas maneras era ejemplar de raza, un valor alto en el *pedigree* de la voluptuosidad. Había en el ademán de estas gitanas españolas, devueltas a un calor africano, no sé qué distinción que las separaba de las simples esclavas del mercado erótico: un resabio de los cultos que en Oriente confunden lo religioso con lo voluptuoso. Invitan a gozar de la noche y su frenesí. Reflexionar en el mañana, reservarse en cualquier forma, parecía torpeza o cobardía. Ni llegamos a abordarlas. Calculamos

nuestros exiguos recursos, ya mermados; no alcanzaban para una aventura formal. Por lo pronto, yo sentía un amor y el deseo punzante de repetir las dulzuras de por la tarde. Di con ella otra vez y terminó la noche en delirio. No sabría uno arrancarse al engreimiento de una feliz ocasión si no fuese porque obliga la necesidad. La pobreza duele en la juventud porque nos fuerza a renunciar, nos quita de los labios algo tan valioso como el agua: el goce, la voracidad del amor desenfrenado. Y a menudo, y por no agotarlo hasta el fin, se nos queda la apetencia y con ella el error de creer que hemos perdido la dicha perdiéndola. En cambio, el que se harta, llega pronto al descubrimiento de lo vano del dolor y el placer. Enojo, fiebre, ilusiones, gratitud, visión de senos juveniles y de torsos crispados, perfume femenino, desgarramiento de una aventura cortada bruscamente; de todo esto llevaba dentro cuando el barco desató sus amarras y la isla empezó a convertirse en una raya sobre el azul del mar. Era un mar de aceite bajo el sol tórrido: una sola onda inacabable, pesada y fatigosa. Un atleta panameño se había embarcado con nosotros, extendía su hamaca de yute blanco, relataba sus aventuras de amor, monótonas y triviales como todas las que no hemos pasado en persona, aburridas como el mar en la siesta de estío.

Con turbación y desánimo contemplé las costas de nuestro pobre país. Sobre las arenas inhóspitas, entre azoteas y cocoteros, domina la torre de Ulúa. Ella es el símbolo de la nación. Fortaleza inexpugnable durante la colonia y ahora prisión del Estado, hosca y terrible para el hijo del país, desmantelada y risible frente a la artillería marina de Norteamérica. Sin padecer una sola baja podía tomarla un barco de guerra cualquiera. No intimidaba a ningún extranjero; en cambio, atormentaba al nacional. Lo mismo que nuestro ejército, lo mismo que todos esos aparatos de guerra de los pueblos en derrota. Numerosas víctimas del porfirismo minadas de microbios de tisis. Tal era el hospedaje que la patria reservaba a quienes pretendían mejorarla.

Llevaba en la bolsa justamente los dos dólares con que me había embarcado y que aparté de las ganancias antes del desembarco en La Habana. Un amigo me prestó el importe del pasaje hasta la capital. ¿Cómo encontraría mis asuntos? ¿En qué condiciones iba a volver a empezar? Y ¿cuándo estaría en condiciones de consumar el rescate de Carlos, que se quedaba de esclavo en Filadelfia, cuyo nombre, sin duda, le resultaba un sarcasmo?

En Veracruz había pasado un par de semanas un año antes. ¿Qué haría en aquellos momentos la lindísima María González de Castilla, cuyo paso por la serenata nos alegraba desde la mesa del Diligencias? Era leve y torneada, con blancura pálida de nardo, y ojos deslumbrantes. Su risa era un trino que enriquecía el tesoro de la vida. En imposibles, pero gratos devaneos, la había seguido, imaginando que un azar me volvía poderoso para ofrecerle un reino. A un amigo mío y pariente de ella le pregunté si era verdad que tenía familiares y realidad humana, si alguien la había visto nacer como una de tantas, pues no se la concebía sino como fruto de algún milagro. Lo sobrenatural hallaba en ella evidencia.

—Si quiere usted, lo presento —me había respondido—; es muy afable y goza de general estimación.

Rehusé, bromeando:

—Si fuera soltero —expliqué—, me casaría en seguida. No siéndolo, me gustaría raptarla, y para eso no hace falta presentación.

Golpeaban las ruedas bajo la cama del *pullman* y el alma en semisueño gozaba sin preocupaciones toda la ventura negada por la mezquina realidad.

Pocas novedades hallé en la metrópoli; ninguna en mi familia. Los correligionarios seguían firmes. Madero recomendaba que se siguiese hasta el fin la secuela jurídica. Federico González Garza me leyó el memorial que enviaría en septiembre a las Cámaras pidiendo la nulidad de las elecciones; mientras

tanto, Madero preparaba su fuga. Se vivía en ambiente de complot.

En la oficina me devolvieron mi puesto. Lealmente confesó Warner que no había encontrado sustituto que le conviniese. Los negocios andaban mal, pero se conservaban todos los poderes, y con la nueva reelección, decía Warner, quedaba garantizada la paz y vendría un período de prosperidad.

—Con tal que usted se decidiese a despreciar la política, fácilmente nos haríamos ricos —repetía.

En verdad, Warner iba para abajo a causa de sus despilfarros increíbles. Me pasmaba que un hombre de realidades desbarrase por absurdas intervenciones de su fantasía en la realidad. Donde se instalaba Warner, en seguida encontraban trabajo los carpinteros, albañiles y decoradores. La manía de las restauraciones lo arruinaba. En el despacho había invertido una fortuna en canceles, alfombras y caja de acero incrustada al muro. Todo para guardar documentos en su mayoría inútiles, porque lo valioso lo guardábamos en la caja blindada del Banco, en los bajos. Un lío parecido fue el de la casa que alquiló en Tacubaya. Se trataba de una vieja mansión que le ofrecieron en venta a precio ventajoso. Prefirió alquilarla con opción a la compra por sesenta mil pesos y renta mensual de cuatrocientos. En seguida se puso a renovarla: zócalos de madera en todas las habitaciones; un baño al lado de cada alcoba, billar y campo de tenis; total, unos veinticinco mil pesos de gasto en casa ajena. A los dos años había pagado más de la mitad del precio y la dejó perdiendo íntegras sus mejoras. Contra este contrato le había dado consejo escrito. Y al ver que se cumplían los riesgos por mí advertidos, ya no volví a tomar en serio sus bromas de que yo era idealista y él un práctico. Lo que ocurre a los impugnadores del idealismo es que ponen en la práctica las ilusiones que no dan a su ensueño. Con todo y mi idealismo, no era mala mi condición económica. Ni debía ni había tenido que pedir prestado. Mi casa habitación era propia, sin hipotecas; no estaba concluida, pero ya se concluiría alguna vez. También al nacer de vida. Si me mataban en la revolución, la compañía se fastidiaba. Lo urgente ahora sería reunir dinero en efectivo para el destierro próximo, que quizá sería largo. Empecé a trabajar y ahorrar enamorado de cada peso y aleccionado con los apuros neoyorquinos recientes. En lo más confiado de mis previsiones y sacrificios me hallaba cuando mi esposa anunció que estaba otra vez encinta. No podría describir la pena aguda, la sensación de fracaso, el remordimiento de responsabilidad, la repugnancia física que la noticia me produjo. Ella no ignoraba el desagrado que me causaba y parecía complacerse en estos embarazos. Por lo mismo que adoraba a mi hijo, no quería cargarlo con hermanos menores, a falta de herencia. Y luego, ¿a quién se le ocurría crearse problemas de hijos cuando se estaba a las puertas de una lucha riesgosa? Era como si un espíritu maligno se obstinase en burlar o hacer más pesado mi destino. Ella me desafiaba contradiciéndome de hecho para vencer en su deseo de dedicarme a la familia. La frase vulgar: "¿Qué sacas con eso de la política?", tomaba ahora cuerpo en una especie de venganza trágica. A ver: ¿qué hacía yo ahora? Lo único que hacía era padecer a la vez que se acentuaba mi repulsa de la vida matrimonial. Y exaltándome bendecía a la prostituta que da placer y no anda cargando a nadie con hijos para retener lo que se va.

Cuento en líneas anteriores lo que sentía como lo sentí; no alego nada en mi descargo; si obraba mal y hacía sufrir, yo también sufría. Dejé de hablar en casa no sé cuánto tiempo. No hice reproches; nada más pegué los labios. Nadie parecía comprender mi situación. Intervino mi padre a instancias de mi esposa. Pero ¿qué podía yo explicarle a él, prototipo de la imprevisión, que tuvo diez hijos como pudo tener veinte, si no le sale estéril la segunda esposa? ¿Iba yo a decirle: No quiero los apu-

ros que vi en tu casa, no me invites al mal que tú hiciste, mira a tus hijos dispersos"? Prefería callar. Pensé en una separación, pero reflexioné. ¿Para qué adelantar lo que pronto los acontecimientos van a imponer?

Mi corazón anegado de amargura me sugería empresas disparatadas. Encerrado en mi habitación meditaba. De pronto, me ponía a escribir inepcias que tomaba por himnos a la esterilidad y cantos al placer sin resabio. Culto de la virgen y culto de la cortesana. De estas divagaciones fue saliendo el tema que más tarde usé para mi tragedia *Prometeo vencedor*, burla final del instinto genésico.

Otras veces me ocupaba en redactar las proclamas, correspondencias de algún complot, sobresaltándome si alguien llamaba fuerte al portón, porque andaba tras de nosotros la Policía. Añadía a todo esto la herida de mi hijo pequeño, que desamparaba, sobre quien traía el riesgo de la pobreza. Recordando estas angustias turbias, ruego al Dios bueno que ha de juzgarnos que tome en cuenta no tanto el acierto o desacierto de nuestros actos, sino la cantidad de dolor que padecemos por lo que nos parece la justicia.

LA APOTEOSIS DEL CRIMEN

La instancia de nuestro partido fue desechada en el Congreso con burlas. ¿Qué se proponían los ilusos antirreeleccionistas? ¿Derribar un régimen de fuerza con los argumentos del cuistle? La nación entera parecía respaldar a sus diputados. En todos predominaba el pensamiento de divertirse. Las fiestas conmemorativas de septiembre alcanzaban esplendor de apoteosis. No por los héroes que murieron para darnos libertad, sino por el héroe de la paz, que así llamaban a quien nos la había robado.

Desde el balcón del Palacio Nacional, la noche de la fiesta cívica, el tirano había gritado:

—¡Viva la libertad!

Y una multitud imbécil, desde la plaza, levantó clamor que refrendaba la farsa. Para ellos libertad es su noche de gritería y alcohólico holgorio. Nada hay más antipático que el entusiasmo patriótico de un pueblo envilecido. La tolerancia del crimen en el gobierno deshonra el patriotismo que exige decoro antes que histerismo y loa. Y se torna soez toda alegría pública que convive con la impunidad, la impudicia del gobernante. Por eso es asquerosa nuestra noche del quince. Había, sin embargo, bajo la capa de lujo de aquellos festejos del Centenario una sorda, resuelta oposición que aguardaba su instante. Una convicción de que se estaba en vísperas del castigo final hacía tolerable el bullicio. Alentaba una gran esperanza. Peores han sido los aniversarios patrios bajo el carrancismo y el callismo, asesinos de la patria y de su esperanza. Noches del quince contemporáneas, juergas de constabularios, ebrios y caníbales.

No sé por qué artes se había hecho costumbre celebrar el santo del déspota al día siguiente del aniversario de la patria. Para la noche del dieciséis se preparó, aquella ocasión, un baile de Corte. Lo presidiría con diademas de diamantes, si no de blasones, la esposa del Dictador. Le rindieron homenaje las embajadas de las potencias. La madre España envió de embajador especial a Polavieja, el verdugo de Cuba. La maledicencia, miasma de las tiranías, inventó un diálogo a lo Juan Tenorio y Mejía, entre los dos matadores de hombres. Exhibía cada cual su lista de fusilados y triunfaba el Dictador criollo.

Grupos de visitantes entraban por la puerta presidencial del Palacio, generalmente reservada y ahora abierta para que el público contemplase el adorno de los salones preparados para la fiesta. Acompañaba yo a unas señoras amigas, algo parientes; una de ellas me dijo:

—¿Por qué no viene con su esposa?

—Gracias —le contesté distraído—; el año entrante la invito y aquí bailaremos.

—¡Ay, ja, ja, ja, ja! Déjese de locuras... ¿Por qué no lo quiere el Viejo?

Ya no teníamos prensa, ya no celebraríamos mítines, ni reuniones de grupo; ostensiblemente estábamos deshechos; sin embargo, el fermento pugnaba. Desde sus soledades de prisionero, Madero escribía el Plan de San Luis. El texto del documento sólo se conoció cuando ya estuvo él a salvo en los Estados Unidos, pero se sabían sus lineamientos: desconocimiento del régimen porfiriano; convocatoria del pueblo a las armas; restablecimiento de las libertades públicas de acuerdo con la Constitución; libertad a las masas obreras para organizarse; libertad electoral; libertad de prensa; redención popular por el trabajo y la cultura.

No era Madero un político de oficio ni un demagogo. Su ideología iba más allá de sus planes. Lo sostenía la convicción de que es el ideal una fuerza que acelera el progreso si encarna en hombres despejados, resueltos y honestos. No era anticlerical ni jacobino y sí liberal tolerante con programa agrario. Creía en el poder del espíritu sobre el complejo de las cosas y los sucesos. Era, en suma, una de esas figuras llamadas a forjar la Historia, en vez de seguir sus vericuetos oscuros.

Lentamente se había ido planteando una lucha doctrinaria dramática. Los porfiristas, cultos y escépticos, se afirmaban en la tesis de Bulnes: un pueblo de mestizos, ya lo había dicho Spencer, un agregado de *half breeds*, no podía aspirar a nada mejor que el tirano benévolo. Del otro lado estaban los hechos patentes en la región fronteriza. Los mexicanos de Texas, no obstante su atraso técnico, en relación con el yanqui, gracias a las libertades yanquis, se regían por sí solos y prosperaban. En artículos y polémicas echábamos mano también de argumentos arrancados a la experiencia histórica. Ningún pueblo escapaba al cargo de incultura, ineptitud y atraso. La misma Grecia de la época clásica tuvo mayoría de analfabetos y de esclavos. Y fue un asco la Inglaterra de Enrique Octavo. Sin embargo, una minoría idealista puede en cualquier instante levantar el nivel de un pueblo; la dictadura, jamás. Era menester osar. No hay peor cobarde que el cobarde del ideal. Si los políticos griegos se hubiesen dicho: "El pueblo corrompido sólo merece látigo", no se habrían construido Atenas ni Esparta y Grecia sería otra Persia. El pueblo francés, pobre, inculto, analfabeto, hizo la revolución, consolidó los derechos del hombre, preparó con la libertad las bases de una inmensa cultura.

A la tesis de que el indio es una carga oponíamos el hecho de que el indio clavó los rieles del ferrocarril y poco a poco, por su tenacidad y su ingenio, sin ayuda oficial, aprendió la técnica y logró manejar las vías férreas.

No estábamos ante un problema de intelectualidad sino de honradez. Una nación entera se había ido desarrollando en la paz, prosperando por su trabajo, ilustrándose con los ejemplos del mundo civilizado. Dentro del mismo gobierno, los pequeños funcionarios eran modelo de asiduidad en la tarea, honestidad en la vida, patriotismo en la intención. Era natural, pues, que su conciencia chocase con el robo y el negocio de los favoritos, con el atropello y la brutalidad de los caciques locales amparados por el Dictador. Polizontes, coroneles y matarifes oprimían anacrónicamente a una sociedad que los aventajaba. En rigor, la protesta maderista no era nueva. Cada una de las cinco o seis reelecciones había dejado cauda de mártires.

Ahora ya no sería ocasional la protesta. Un sordo movimiento de opinión empezaba a manifestarse. Por todas partes los colegios vencían al cuartel y la población urbana se imponía a la barbarie de los campos, almacigo de militarismos y bandidaje.

Con todo, en vísperas de la acción decisiva, se multiplicaban las deserciones. Los antiguos reyistas se habían rendido y andaban buscando acomodo.

Algunos independientes, Luis Cabrera, por ejemplo, preferían volver a la vida privada y se negaban a seguirnos en la aventura rebelde. Pesaba demasiado el precedente. Cada reelección servía para deshacer a los obstinados. Se creía en la eficacia irresistible del ejército. El más confuso escepticismo minaba la conciencia de nuestra generación. En el patio de Jurisprudencia se producían conversaciones. Hablaba, si no recuerdo mal, Zurbarán. Como revista se había opuesto a la reelección, pero desistía de la lucha.

—En esta escuela —afirmaba— se nos engaña. Para qué hablarnos de justicia y moral si lo que debía enseñarse es la astucia que asegura el triunfo. A diario se enseña lo contrario de lo que el joven necesita saber: que el bien, la generosidad y el ideal son palabras para encubrir la injusticia, el disimulo, crueldad. Un máximo de egoísmo debiera ser nuestra moral. Cada uno para sí; de esta suerte a juego limpio, con cartas descubiertas, por lo menos nadie podría llamarse a engaño.

Al discutir la consideración del argumento contrario, me robaba toda la energía, no asentía, pero tampoco rebatía; luego, en la calma de la reflexión, comentaba: "Está bien; la realidad nos presenta una humanidad perversa, mezquina, confusa. Pero no solo hay la realidad, existe también la voluntad que no se conforma y exige el bien. Los valores de la conciencia son una realidad superior que puede y debe dominar al simple caos de los hechos. Que mande el espíritu en vez de mandar la fisiología y el país verá que su destino pega un salto." Ese era el salto que imprimiríamos al destino de México. Para eso íbamos a la revolución, para imponer por la fuerza del pueblo el espíritu sobre la realidad; los hombres puros, creyentes en el bien, se sobreponían a los perversos, incrédulos o simplemente idiotas. Era un caso claro de la eterna pugna de Arimán contra Ormuz, y ningún hombre de honor tenía derecho a eximirse.

El maderismo era una de las múltiples modalidades del heroísmo y casi una santidad; el porfirismo era la contumacia en el mal. Por encima de la política la ética preparaba sus ejércitos y se disponía a la batalla trascendental.

Periódicamente pasaban por la metrópoli los mensajeros. Desde San Antonio, Texas, Madero nos comunicaba sus instrucciones. Las hojas sueltas del Plan de San Luis eran repartidas ocultamente en todo el territorio. Mujeres entusiastas y humildes, maestras de escuela ignorada, consumaban propaganda intensa. Los más resueltos se dedicaban al contrabando de armas. Uno de estos contrabandistas heroicos fue Aquiles Serdán. Lo vi pasar camino de Laredo. Era de buena familia veracruzana venida a menos, un idealista ardoroso, pálido y delgado, todavía joven. Se proponía revolucionar el Estado de Puebla, feudo de un Martínez que saqueaba el territorio a cambio de obsequios anuales a la esposa del Caudillo. Un pacha decrépito que se hacía llevar doncellas al mismo Palacio de Gobierno.

Regresó Serdán con buen acopio de armas de fuego, que almacenó en su propia casa, en el centro mismo de la ciudad de Puebla. Para el veinte de noviembre se había fijado la fecha de la sublevación general. Pero alguien efectuó una denuncia y la casa de Serdán se vio cercada por la Policía. Rendirse era caer bajo las balas de la ley fuga. Resultaba preferible morir resistiendo. Con un hermano, un amigo y dos hermanas luchó todo el día con la Policía y las tropas de la guarnición. Ametrallaron, los del gobierno, la casa; mataron uno a uno a los defensores, pero no sin sufrir bajas y padecer inquietud. Una ciudad entera contempló impasible la lucha desigual en que se jugaba la esperanza de su libertad. Ni uno solo de los obreros de las fábricas próximas comprometidos en la sublevación acudió en auxilio del jefe sitiado. Heroico en su abandono, luchó éste hasta quemar el último car-

tucho. Entonces, exhausto y rodeado de muertos, buscó un escondite. En él lo hallaron los *bravos* oficiales que habían dirigido todo un ejército contra un solo hombre y a quemarropa lo asesinaron.

Un estremecimiento de espanto, mezcla de rubor, sacudió al país, que otra vez contemplaba un sacrificio estéril.

Fracasó también el veinte de noviembre el complot general. Los conspiradores de la metrópoli fueron encarcelados antes de la fecha. Los disturbios de Torreón fueron rápidamente sofocados. Se vio que era inútil intentar revoluciones urbanas en un pueblo sin disciplina ni cohesión. Quedaba la esperanza del campo. El campo se movió con lentitud, pero con éxito. Es mucho más fácil revolucionar en el monte con la ventaja del terreno, la facilidad de la emboscada, que consumar, por ejemplo, el asalto de un cuartel. Así tomó la revolución el giro campesino que la haría abortar años después convertida en simple venganza de una gleba desorientada. Pero, por lo pronto, nos entusiasmaban las noticias de levantamientos y combates por Chihuahua y por Guerrero. En el primer Estado, un hombre culto, el ingeniero Salido, empuñó la bandera que más tarde caería en las manos de Orozco y de Villa, palurdos. A Salido lo mataron en los primeros encuentros. Orozco y Villa, aleccionados, eludían la batalla, se solazaban en la emboscada, pegaban a mansalva. Sin este género de guerrilleros instintivos no se hubiese oído hablar más de Madero. En Sonora, otro hombre, Maytorena, sacrificó su bienestar y su fortuna para lanzarse a la lucha, arrastrando consigo a los indios yaquis. En Coahuila, los Gutiérrez, Eulalio y Luis, pequeños comerciantes, se lanzaron también a la arriesgada aventura. En Guerrero, se alzaron los Figueroa, pequeños propietarios de provincia; en Zacatecas, Moya, un viejo liberal. En todo aquel primer brote de la conciencia rebelde no asomaba todavía el bandido. Y los mismos que después fueron bandidos, dominados por el ejemplo de sus jefes, se portaban como patriotas.

Las instrucciones que me mandaron fueron de esperar. Tan pronto como aumentasen los núcleos rebeldes, Madero entraría al país. Al mismo tiempo, una embajada de la revolución debía constituirse en Washington. Conocedor Madero de mi experiencia en el trato de los yanquis, me había designado para secretario del doctor Vázquez Gómez, que previamente se había expatriado y se hallaba en la capital norteamericana. Las gestiones diplomáticas eran cada vez más urgentes, porque ya empezaban a hostilizarnos en la frontera, estorbando el tráfico de armas y haciendo pasar a los nuestros como bandoleros sin programa.

Por fin, una tarde llegó el mensajero a mi despacho de los altos del Banco. Debía alistarme; antes de dos semanas cruzaba Madero la frontera y yo debería presentarme en San Antonio para recibir órdenes. Antes de que el enviado acabara de exponer su embajada, yo sentí que mi destino cambiaba de rumbo. Comprendí que obedecería aquellas órdenes cualesquiera que fuesen. Esa misma noche, en el círculo de lecturas de la casa de Antonio Caso, conté lo que ocurría. Procuraban todos disuadirme haciendo ver lo improbable del triunfo, lo terrible de las consecuencias de un destierro sin esperanza. Sólo Caso comprendió y dijo:

—Es inútil cuanto le digamos, porque ni él mismo puede oponerse. Si ya sintió ese soplo que dice, no tendrá más que seguirlo.

Así fue. Pero antes el entusiasmo juvenil, la rabia acumulada, la confianza en la propia suerte, me puso a cometer imprudencias, disparates. La idea de ganarnos algunos grupos del ejército nos había seducido desde el comienzo. Se evitaría derramamiento de sangre, se consolidaría un régimen menos bárbaro que el de la chusma triunfante. Para todos estos planes me había asociado con Camilo Arriaga, un viejo luchador de la primera inten-

tona magonista. Alguien me había presentado con dos oficiales de caballería del cuartel de Tacubaya. De uniforme asistían a juntas que celebrábamos en distintos sitios. Una de ellas en mi casa, a medianoche, a inmediaciones del mismo cuartel. Mientras yo tramaba fantasías con los militares, Camilo reclutaba obreros. Con éstos y una compañía de soldados daríamos el golpe sobre la Recaudación de Rentas de Tacubaya y luego ganaríamos la serranía para unirnos a las rebeldes de Guerrero. Por una aventura así bien valía desobedecer las órdenes de trasladarme á San Antonio. Y ocurrió lo que siempre en estos casos. Apenas se hizo un poco numeroso el grupo de los conjurados se colaron en él los traidores. A los oficiales comprometidos los apresaron, pero tuvieron tiempo de mandarnos aviso. La cita era a medianoche, frente al cuartel de caballería de Tacubaya, que tendría la puerta entreabierta. El plan era despertar a los soldados, arengarlos y salir con ellos y los oficiales, nuestros cómplices. Rápidamente comunicamos contraorden. Se empleó en ello todo el día, pero no hubo tiempo de avisar a todos o alguien falló en los avisos. El caso es que se reunieron unos cuantos, se acercaron, hallaron la puerta del cuartel entreabierta. Pero algo les pareció sospechoso y los detuvo; detrás de la puerta alguien creyó reconocer al jefe de la Policía en persona. Echaron todos a correr y salieron tras de ellos los policías. Se cambiaron algunos disparos, no hubo heridos, cayeron presos algunos obreros, libertados a poco; pero otro obrero, en la huida, cayó en una zanja de agua fría, cogió pulmonía y murió. Se llamaba, si mal no recuerdo, Solís, y lleva hoy su nombre una calle de Tacubaya.

Lo terrible de estos golpes malogrados es la suerte de los presos. Ya nos imaginábamos a los dos oficiales, nuestros amigos, en capilla para ser fusilados. En realidad, escaparon después de un corto arresto y gracias a falta de prueba fehaciente. Más tarde resultaron generales de la revolución. Pero, en todo caso, los que caen se ven obligados a dar los nombres de los conjurados. Era menester ponerse en salvo. Nada valía la prisión sino los métodos de tortura que emplea la Policía con el pretexto de esclarecer la averiguación. Cada aldabonazo en la puerta me producía encogimiento penoso, porque ya el porfirismo aplicaba la tortícolis, que ha hecho famoso al general Gómez, de Venezuela.

Otra vez había que optar entre el destierro y la cárcel. Por lo menos ahora tenía misión que cumplir en el extranjero. Fácilmente y antes de veinticuatro horas dispuse el viaje que ya estaba previsto. Redacté un informe de los negocios pendientes y lo entregué a Koch, el abogado auxiliar de Warner, mi confidente y amigo. En el despacho sólo él se enteró de lo que ocurría. Era este Koch alto, narigón, pelo castaño y ojos azules; uno de esos feos elegantes, correcto siempre y reservado en exceso. Ciertos rasgos suyos me habían seducido. Un día le vi corbata negra con su traje claro y le pregunté:

—¿Qué pasa con sus corbatas bonitas?

—Es que hace dos días falleció mi padre.

No se había retrasado media hora en la llegada a la oficina ni había traslucido la menor emoción. Tan magnífica serenidad iba acompañada de gustos literarios estrictos. Exageraba, quizá, en su devoción de Oscar Wilde, transigía con Shaw y no padecía el apetito de dinero tan común entre sus paisanos. A Koch, pues, le dejé mi carta de despedida de Warner.

Un amigo me prestó el servicio de embarcarse por la estación con mis maletas, mientras yo abordaba el vagón una estación adelante. Desde la mañana me había despedido de mis familiares. El tren partía a las siete y media.

En el despacho se me fue el tiempo en una porción de atenciones de última hora. Serían las seis cuando le di la mano a Koch en muda despedida, que comentó con un cordial *Good luck*. Sin un bulto en la mano, tranquilo, como todos los días, me dirigí a la

escalera y empecé a bajarla, a tiempo que un hombre alto, grueso, trigueño, subía. Lo reconocí en seguida y toda la sangre se me fue a los talones. Era Pancho Chávez, el jefe de la Secreta. Me detuvo poniéndoseme delante y, cuando yo creía que me echaba mano, interrogó.

—¿Dónde es el despacho del licenciado V.?

Como una iluminación vi lo que pasaba: no me conocía, en tanto que yo lo había visto varias veces a distancia. Rápidamente imaginé aprovechar mi ventaja y contesté:

—Allá arriba, a la izquierda.

Me escurrí mientras tanto, hacia un lado para darme cuenta de que, abajo, la puerta del Banco estaba custodiada por dos agentes. Pero como éstos vieron mi conversación con Chávez, lo que menos se les ocurrió fue detenerme. Aparentando indiferencia crucé entre ambos. Desemboqué a la calle y procuré mezclarme a los transeúntes; apreté en seguida el paso y en la esquina me subí a un tranvía. A las dos cuadras cambié por un taxímetro, que me adelantó un buen trecho. Otro taxímetro me dejó en Tacuba minutos antes que el tren. Al pasar éste, mi amigo descendió sin hablarme. Trepé, encontrando mis maletas en el vagón. A las treinta y seis horas crucé la frontera.

Los diarios yanquis habían divulgado el escándalo de lo que se llamó complot de Tacubaya. Mi nombre figuraba entre los inodados y esto contribuyó al interés con que la prensa local me tomó declaraciones, me pidió opinión. "¿Cuántos hombres había levantados?" "¿Con qué personalidades de relieve cuenta el partido para el caso de triunfo?" Naturalmente, cité nada más los nombres de los que ya habían traspuesto la frontera. Mencioné a los Vázquez Gómez, a los Madero, y, por último, añadí ufano:

—*Contamos hasta con un ex senador de don Porfirio*, que está ya en San Antonio, don Venustiano Carranza.

Se había disgustado don Venustiano porque su antiguo jefe no lo apoyó en sus pretensiones al gobierno de Coahuila, y, al expatriarse, dábamos por supuesto que se afiliaba a la revolución.

Al día siguiente me presenté a la casa de Gustavo Madero, que encabezaba la Junta Revolucionaria de San Antonio. Por la tarde releía yo con gusto mis recientes declaraciones a la prensa, cuando me llegó un recado urgente. Quería verme don Emilio Vázquez Gómez. Acudí a su casa con el mismo que me llevaba el recado. Me recibió don Emilio con su bondad habitual, pero en preámbulo cortés advertí su intención de decirme algo que le era desagradable. Lo animé diciéndole que me tratara como subordinado, que me diera órdenes. Entonces declaró ya casi risueño:

—Pues no; si en realidad no es nada grave; sin embargo, conviene que antes de hacer declaraciones me las consulte, porque acaba de estar a verme don Venustiano, alarmadísimo de que usted lo cita entre los rebeldes. Él está, en realidad, con nosotros; pero sabe usted, por razones de *alta política* todavía no conviene que se sepa.

No hablamos más del asunto, pero quedó entre los dos informulado el mismo pensamiento: "Es inútil contar con estos porfiristas; lo que venga ha de producirlo el impulso franco de la gente nueva."

Con Gustavo Madero simpaticé en seguida. Me entregó, por lo pronto, para que la contestara, toda la correspondencia en inglés, de la Junta. Entre las comunicaciones hallé una de una maestra yanqui que contribuía con un dólar para la causa de la libertad de México. El público norteamericano estaba preparado para entender nuestra actitud y simpatizaba con ella. Veía con simpatía sincera a los que deseábamos librar a México de militares verdugos de su país, aunque siempre derrotados en la guerra extranjera. Rodeados de consideraciones vivían en el destierro los jefes de aquella rebelión de la inteligencia contra la brutalidad. Los dos

Vázquez Gómez dejaban las ventajas de su clientela profesional en México, sacrificaban su tranquilidad y su fortuna en bien de la patria. Gustavo Madero, hermano de don Francisco, los padres de éste, la familia toda, se reducía a vivir con privaciones, abandonaba una fortuna, para meterse a la aventura de ennoblecer a su nación. En una forma o en otra cada uno de nosotros sacrificaba algo en favor de la causa. Estaba reservado al carrancismo convertir la revolución en oficio bien pagado. Nos hallábamos muy lejos todavía de la etapa en que el pueblo designó a los revolucionarios con el justo mote de *latrofacciosos.* A nosotros nos demostraba simpatías espontáneas la prensa que no pagábamos, la ciudadanía yanqui que nos daba apoyo moral. Los de más tarde tuvieron amigos entre la judería de las tiendas de El Paso y San Antonio, que, a precio doble, entregaban carros de mercancía a los negociantes del villismo y el carrancismo. Estaba ya entre nosotros el "mala sombra" del futuro. Desde la pensión en que convivimos una docena de desterrados nos hallábamos al tanto de los más íntimos pensamientos del futuro Primer Jefe, el ex senador porfirista don Venustiano Carranza. Llevados de nuestro entusiasmo y de nuestra juvenil benevolencia, ni siquiera nos dábamos cuenta de que el ladino se hallaba marcando tiempo, espiando la dirección del éxito, mientras los revolucionarios peleaban en Chihuahua o arriesgaban la vida en las conspiraciones de toda la República. En estos días de vacilaciones y despecho fue acumulando en su corazón el odio que después demostró a los maderistas. Por nuestra parte, no nos ocupábamos de él; no hubiésemos sabido nada de él a no ser porque dos de los compañeros de la pensión lo visitaban a diario. Uno le administraba el cerebro: Juan Sánchez Azcona; el otro, Eugenio Aguirre Benavides, le prestaba el valor. Su compromiso consistía en entrar a Coahuila como rebelde al frente de un grupo armado, y sucedió que Sánchez Azcona llegó un día tarde a la mesa común y exclamando:

—Ya le dije a don Venustiano que de él va a decir la Historia que iba a entrar a la revolución... Todos los días me obliga a presentarle nuevos borradores, nuevas enmiendas al manifiesto que piensa dirigir a sus conterráneos de Coahuila... ¡Nunca he visto hombre más indeciso...!

El otro consejero, jefe del Estado Mayor futuro, no hablaba de Carranza, pero lo veíamos actuar. Hombre leal, resuelto, prototipo de pundonor y valentía, Eugenio Aguirre pasó bochornos por causa de su jefe. Con todo el misterio necesario se despidió de nosotros una "vez"; lo abrazamos, nos enternecimos; iba a desafiar la muerte. Regresó antes de cuarenta y ocho horas, todo confuso: don Venustiano no se había decidido —"todavía no convenía"— y así se perdió entre nosotros hasta el recuerdo del ex senador opacado por el brillo de las acciones de armas, por el civismo esclarecido de los conductores del movimiento maderista.

En Casas Grandes se habían batido los nuestros con el Jefe de Estado Mayor de Porfirio Díaz y le habían dejado sin brazo. En esta acción de intelectuales contra militares juntaron sus esfuerzos los maderistas con el propio don Francisco a la cabeza y antiguos "colorados" magonistas, cuyo lema, "Tierra y Libertad", entusiasmaba al campesino. Allí luchó Lázaro Gutiérrez de Lara, iniciador del socialismo mexicano, orador, escritor, con relaciones internacionales. Cierto libro suyo sobre México rueda todavía por las bibliotecas universitarias de Estados Unidos. Muy lejos estaba entonces de imaginar que no eran porfiristas quienes le cortarían la cabeza, sino la revolución, en la etapa de las traiciones y cuando un Plutarco Elías Calles fuera gobernador carrancista.

Dentro de los Estados Unidos se movían los dos bandos desarrollando actividades peligrosas y en ocasiones decisivas. Porfirio Díaz gastaba sumas enormes pagando esbirros que denunciaban los contrabandos

de armas y procuraban por todos los medios el encarcelamiento de los que trabajábamos en los Estados Unidos. Un hermano de Plutarco Elías Calles, el conocido polizonte Arturo Elías, inventaba correspondencias para forjar acusaciones de violación de las leyes de neutralidad, sobornaba empleados del correo y del telégrafo. Nos defendía a nosotros en San Antonio, a crédito, un abogado mexicanoamericano, Samuel Beiden, magnífico amigo, que compartía nuestros ideales. En Washington el doctor Vázquez Gómez contrarrestaba en lo posible las intrigas del embajador de Porfirio Díaz, que pretendía hacernos pasar como anarquistas, pidiendo sanciones de expulsión, con entrega a las autoridades de México. Después de dos semanas en San Antonio, salí para el puesto que me había confiado Madero de secretario de la Misión en Washington.

Me detuve en Nueva Orleáns, medio camino, para visitar a Pino Suárez, que acababa de huir de Yucatán. Lo encontré firme, inteligente, modesto. No pude resistir el encanto de la ciudad y me quedé en ella dos días. Era interesante de noche, cuando refrescaba la brisa y las hermosas criollas, mezcla de colono francés y de yanqui, paseaban su lujo de tocados claros por las avenidas iluminadas. Se las veía también, osadas y bien puestas, en los restaurantes y los vestíbulos de los teatros. Sensuales mujeres de tipo moreno, con piel muy blanca y formas turgentes. Se nos va quedando castrada la ambición de tanto ver sin posibilidad de que se colme la apetencia.

El tormento de estas aglomeraciones urbanas que ponen la tentación delante, pero con el letrero tácito "Se prohíbe tocar", es la causa del arrebato con que se lanza la juventud a la sección que antes se llamaba de los *red lights* y que ocupaba en Nueva Orleáns todo un extenso arrabal. El espectáculo era magnífico. Abundaban los bares de puertas abiertas y público sediento. Bellezas desenvueltas transitaban por el arroyo bajo el cielo plácido. Algunos encuentros ponían a palpitar el corazón. A lo largo de una serie de callejas sombrías, puertas iluminadas o ventanas denunciaban interiores de blanda espera amorosa. Ruegos formulados en todos los idiomas invitaban a pasar y no era fácil decidirse entre francesas, alemanas, italianas, cubanas, mexicanas. En el mundo cosmopolita de entonces Nueva Orleáns contaba entre las metrópolis de la sensualidad y el libertinaje. Al extremo de la sección alegre encontrábase el mercado de las beldades negras, con clientela numerosa de blancos. Un prejuicio todavía invencible, una suerte de conmiseración, pero no caridad, sino más bien pueril repulsa, me apartaba todavía de la raza de color; me impedía simpatizar con los bailes y los gritos del *vaudeville* negro. Tímidamente comenzaba éste a lanzar sus anzuelos en busca del aplauso y el oro de los amos de la Lousiana del mil novecientos. La evidencia, la irremediable existencia de aquellos millones de seres colocados fuera del radio de nuestra sensibilidad, distantes de nuestra simpatía, me provocaba encendida protesta contra la obra de la Naturaleza. Reparto desigual y mezquino de los dones. A unos cuantos el poder, la belleza, la gloria, y a otros, la maldición física de rostro subhumano y en el alma la ambición, la inteligencia del poderoso y el afortunado. Solo muchos anos más tarde, en un viaje por las Antillas, habría de compenetrar mi sensibilidad con la del africano. Por ahora, en la época del relato, salí de Nueva Orleáns en la actitud moral necia de quien compadece a sus hermanos los negros.

DE DIPLOMÁTICO

El primer consejo que en Washington me dieron fue de cambiar por uno nuevo mi sombrero ajado. Y como eran por mi humilde cuenta los gastos, me hospedé en cuarto de seis a la semana. Los primeros días hice turismo desde

el Obelisco a la biblioteca y el feo Capitolio. Por la noche, en un hotel de lujo, a la mesa del capitán Hopkins, recibía a los periodistas. Era Hopkins un *New Englander* ciento por ciento. Entre sus gentes del Maine era obligatorio zambullirse en el pequeño lago de la casa solariega, rompiendo el hielo con la cabeza. De talla reglamentaria, *six footer,* robusto, aunque algo minado por el *whiskey*, conservaba los gustos errabundos de su casta de armadores y navegantes; así, con frecuencia, abandonaba el bufete de abogado capitolino para trasladarse a Guatemala o a Honduras, donde se había creado clientela. Y a fuerza de hacer y deshacer, desde Washington, rebeliones y conspiraciones centroamericanas, se había hecho perito en el oficio de manejar la propaganda periodística y asegurar la tolerancia del filibusterismo. Por lo pronto acababa de salvar a Sánchez Azcona de las maquinaciones del hermano de Calles y de los diplomáticos porfiristas establecidos en Washington.

El doctor Vázquez Gómez me recibió afable, pero no me dio quehacer. Manteníase aislado y solo de cuando en cuando nos invitaba a cenar. Acabó por confiarme el trato con los corresponsales de los diarios. Cumplía esta misión asesorado por Hopkins a quien ellos estimaban sin explotarlo. Por lo demás, hubiera sido ridículo que pretendiésemos comprar las columnas de publicaciones millonarias como el *Washington Post o* el *Times*. La más grande prensa observaba en aquella época cierta norma liberal en apoyo de todas las protestas de los oprimidos, ya se tratase de México o de los jóvenes turcos o de las víctimas del zarismo. Hacer publicar, debidamente aderezadas, las noticias que nos transmitían de la frontera, traducir los mensajes en clave, hablar por los que peleaban y precisar los objetivos sociales del movimiento rebelde, tal era nuestra misión, lo mismo en la charla del bar que en el club o en el diario. Noche a noche me reunía con Hopkins en el *Grill Room* después de la cena. Una serie de cervezas o de *whiskey and soda*, compartidos con ministros centroamericanos, amigos de Hopkins, nos sostenían hasta la medianoche, hora en que se presentaban los corresponsales anticipándonos las noticias de la mañana siguiente, recogiendo lo que teníamos que informar. A las dos de la mañana, para contrarrestar el efecto de las libaciones innumerables, mandaba preparar Hopkins su *Welch Rare-bit.* Al principio buscaba yo en el plato la liebre, porque oía *rabbit*. El capitán entonces mandó traer a la mesa el cazo plateado y fundió el queso con cerveza a la llama de un mechero de alcohol. La necesidad de agasajar de algún modo a los agentes de la prensa, muchachos afables y en muchos casos brillantes, me fue habituando al *whiskey*, que al principio me repugnaba. Mi gran despecho era la falta de compañía femenina en aquellas bacanales de alcohol. El hijo de Hopkins solía presentarnos mujeres portentosas, pero no contaba con dinero bastante ni para una excursión de taxímetro. La pobreza, pues, y no la virtud, me encerraba solo en la casi sórdida habitación alquilada. Los gastos crecían y mis reservas se agotaban de prisa. A Carlos lo seguía ayudando con pequeñas sumas y lo hice venir un fin de semana a Washington. Visitamos juntos los museos y los lugares famosos. Lo vi esa ocasión más optimista, más resuelto a continuar en su puesto, donde ya veía perspectivas halagüeñas, pero me llamó la atención que el domingo en la tarde me había costado trabajo levantarlo de la siesta, para el paseo. Se sentía fatigado del mucho trabajo y también de desvelarse con camaradas y mujeres amigas que a él no le faltaban. Le reñí de verlo fumar sin descanso. Dijo que eran sus últimos cigarrillos, porque, en efecto, sentía que le hacía daño el tabaco. Tenía echado a perder el estómago y, además, un constante catarro. El último invierno había tenido casi neumonía, pero se repuso y ahora pasaría unos días en las playas de verano con unas *girlfriends* y unos compañeros sudamericanos

establecidos en Filadelfia. Estaba todavía fuerte y bien musculado.

LA BIBLIOTECA DEL CONGRESO

Mi nuevo oficio me obligaba a acostarme tarde; sin embargo, a eso de las diez estaba ya bañado, afeitado y con un café, medio melón y *hot cakes* adentro. El día era mío hasta el anochecer. El calor iba en aumento, pero todavía era agradable caminar a pie por los parques magníficos. El que rodea el Capitolio me gustaba porque tiene las clasificaciones de los árboles. El del Obelisco es un puro esplendor vegetal. Pero la mayor parte del día la pasaba en la Biblioteca del Congreso. Bajo la bóveda del gran salón de lectura, el tiempo transcurre sereno. Pronto localicé mis *Enneadas,* en la misma edición Bouillet, que consultaba en la Biblioteca Nacional de México. También el Vacherot y con la ventaja de que podía ahora evacuar todas las citas, disponiendo de un millón de volúmenes. Con unción recibía un día, del empleado, un antiguo ejemplar de Jámblico. También recorría allí, por primera vez, la portentosa revelación espiritual que se contiene en la Patrística. De aquella época data mi devoción por Orígenes.

Con la avidez del apetito contenido, recorría las páginas de aquella sabiduría remota. Todo lo que cita Menéndez y Pelayo en su *Historia de las ideas estéticas,* todo lo que menciona Vacherot, estaba, por fin, a mi alcance y lo revisaba con avidez. Además, para fijar mis ideas, emprendía la traducción de los *Inteligibles,* de Plotino, tomados del Taylor. Todavía no existía, por entonces, la traducción de Inge. Trabajaba unas horas y salía a tomar el *lunch* por alguno de los cafés baratos del rumbo. Excepcionalmente subía al restaurante situado en los altos de la Biblioteca, bueno, pero caro. Después del ligero yantar me quedaba cuatro o cinco horas, hasta las seis, en que emprendía el regreso despacio, bajando la avenida Pensilvania y a pie hasta mi cuarto de la calle Octava, más allá del Hotel Belle Vue. Llegaba sudoroso y me entonaba con un baño, contestaba la correspondencia y volvía a la calle para cenar. La completa soledad de tantos días y cierto agotamiento ocasionado por el calor y el sueño insuficiente, me producía dolor de cerebro casi constante. Como quien cambia interiormente de morada, me salía de Jámblico y de Plotino, al oscurecer, para meterme en la maraña de las noticias políticas, las actividades semioficiales de nuestra Legación. Vez hubo, en los últimos días, en que tuve que levantarme a las dos de la mañana para descifrar un cable y contestarlo. Solo la castidad que en toda esta época logré mantener me ayudó a perdurar en la tarea sin quebranto de la salud.

Cuando se supo que don Francisco I. Madero se acercaba a la frontera por las cercanías de El Paso, y al frente de las huestes rebeldes, don Francisco Vázquez Gómez se dirigió al Sur, dejándome de único representante de la rebelión en Washington. Coincidió mi nueva posición con los combates que se libraban para la posesión de Ciudad Juárez. Los agentes de la prensa me enteraban de la cinta telegráfica antes de dar a la imprenta las novedades. A mi vez, yo les transmitía cuanto me llegaba directamente de la agencia nuestra en El Paso. Los asuntos de la revolución ocuparon primera plana en todos los diarios por la repercusión del combate de Juárez ocurrido a la vista del público, y mi efigie de representante moral del suceso apareció el mismo día en la prensa de Washington y Nueva York. De los fondos incautados en la aduana me remitieron por primera vez algún dinero, junto con mi nombramiento telegráfico de agente confidencial. Comí ese día en uno de los restaurantes del centro, cuyos bistecs me habían atraído varias veces desde la vitrina; se acercó un mesero muy cortés que a poco rato, exhibiendo su diario, preguntó:

—That's you, isn't it? —señalando mi retrato.

No cabía duda, la fama comenzaba y con el nuevo puesto tendría que atender a ciertos cuidados de ropa y porte y a la maldita corbata que siempre se me corría de lado. Ya un amigo gringo me había aconsejado que cambiara mi peinado para atrás por uno de raya y que me afeitara el bigote. No hice caso y resulté precursor, porque, dos años más tarde, Wilson impuso en Washington la melena a lo intelectual en oposición a la pomada del petimetre. Y en verdad, los sucesos que yo representaba en Washington eran dignos del entusiasmo que despertaban en el mundo. Fuerzas de patriotas al mando de Pascual Orozco, Francisco Villa, Raúl Madero, José Garibaldi, capturaron la plaza de Juárez con todo y guarnición. Atestiguaba la prensa yanqui la impotencia de nuestro ejército, que los déspotas corrompen adiestrándolo en el fusilamiento de los prisioneros, pero no en la resistencia del combate. Una vez más se comprobaba que jamás fueron valientes los asesinos. El efecto moral de la toma de Juárez fue grande; hacía falta sacarle el provecho que la situación precaria del movimiento exigía. Tan pronto cayó la aduana en poder de los rebeldes, la diplomacia de Porfirio Díaz gestionó el cierre de la frontera. Nuestra misión en Washington era obtener un reconocimiento de beligerancia con la reanudación del tráfico internacional. Si triunfaba la embajada porfirista los maderistas que acababan de conquistar a Ciudad Juárez no podrían aprovisionarse de municiones de guerra ni de víveres. Los intereses del comercio fronterizo yanqui estaban a nuestro favor. La política de Taft, favorable a Porfirio Díaz, nos condenaba. Eludiendo entonces toda cuestión de reconocimiento de nuestra categoría de gobierno provisional de hecho, manifesté simplemente que nuestra aduana seguía abierta y que en nuestro territorio el comercio internacional quedaría garantizado. Los dos días que tardó en salir una declaración favorable del Departamento de Estado fueron los más intensos de mi estancia en Washington. La reapertura del puente internacional por el lado yanqui implicaba el reconocimiento de nuestro partido.

Entretanto, en Juárez ocurrían sucesos que rápidamente transformaban la historia patria. Una vieja dictadura caía, pero la nueva situación estaba ya dividida por el antiguo conflicto de nuestra historia: oposición del troglodita y el idealista, perduración de la barbarie autóctona frente a todos los intentos regenera ti vos. Ostensiblemente, sin embargo, el Quetzalcóatl Madero lograba victorias sin precedente en nuestro ambiente.

Los más significados cabecillas de la reciente campaña exigían su presa. Los federales mataban a los prisioneros capturados después de la batalla. Los villistas no querían prescindir del mismo postre caníbal: ejecuciones en masa como holocausto de la victoria; pedían la entrega de Navarro, el general vencido, y todos sus oficiales. Madero, naturalmente, se opuso, y así se produjo el primer choque de su alma grande y el medio salvaje.

—Los revolucionarios no son asesinos — clamaba Madero.

Y los desleales murmuraron:

—Se está defraudando la revolución.

Cierto que Navarro era reo de muerte por haber fusilado sin compasión en todas sus campañas, pero no valía la pena consumar una revolución para ponerse a copiar los métodos del ayer. El papel en que Madero gustaba de colocarse era el de reformador moral por encima del político. Y ya desde el Plan de San Luis, conocedor de su pueblo, le recomendaba que renunciase a la crueldad. Gritó la plebe armada reclamando su presa; pero Madero, enardecido, no solo negó la entrega de los prisioneros, sino que los libertó con escándalo. Deliberadamente preparó la escena que era un bofetón a la historia de nuestro ejército y un reto al matonismo futuro, ya en acecho. A mediodía se presentó, en carruaje descubierto, a las puertas de la prisión. Mandó sacar al preso, lo sentó a su lado, lo

paseó por las calles de Juárez, y luego, | rápidamente, lo llevó al vado, donde ya le tenía dispuesto caballo y escolta para trasladarlo a territorio norteamericano. Y mientras Navarro lloraba de gratitud, el nuevo caudillo, de vuelta a su mesa de trabajo, pensaba:

"He liquidado el sino de la maldición que ha estado pesando sobre mi patria."

Aquel perdón riesgoso cerraba el ciclo dominado por el rito azteca que requiere el sacrificio de los prisioneros. Los grandes fusiladores del mañana inmediato, los Victoriano Huerta, los Pancho Villa, los Carranza y los Calles, se inmutaron. Decididamente, no podrían acomodarse a un régimen que así se iniciaba desplegando un manto piadoso.

Y no tardó en producirse el episodio canalla. Para constituir un gobierno Madero se vio obligado a nombrar gabinete, pero no habiendo entre nosotros figuras de bastante relieve o siquiera de edad legal para fungir de ministros, tuvo que echar mano de personas no muy identificadas con el movimiento. Aparte los Vázquez Gómez, que resultaron miembros del gabinete por derecho propio y de todos reconocido, decidió Madero nombrar a don Venustiano Carranza, sin duda por méritos de edad, pues era en el grupo el único viejo. Quiso Madero que don Venustiano ocupase la cartera de Fomento, pero el ex senador insistió en que se le diese la cartera de Guerra. En las prisas del caso, Madero accedió y se hicieron públicas las designaciones. Todos los nombramientos fueron bien recibidos, salvo el de don Venustiano, que provocó la primera sublevación del régimen.

"¿Por qué ha da mandarnos éste, que no ha peleado? ¿Por qué hemos de obedecer a uno que se suma a la rebelión a la hora del triunfo?" Tales comentarios corrían por las filas poco disciplinadas del nuevo ejército. Y aprovechando el descontento en beneficio de sus ambiciones, los dos cabecillas más afamados, Pascual Orozco y Francisco Villa, reunieron sus tropas, pusieron cerco a la aduana y llegaron con sus escoltas hasta el bufete mismo en que Madero despachaba como Presidente Provisional de México. Asaltándolo por sorpresa creyeron fácil intimidar a su jefe y le exigían en tono imperioso la revocación del nombramiento de don Venustiano. No contaban los rufianes con el temple del hombre a quien habían jurado lealtad. Se levantó Madero de su asiento, negándose a discutir con sus subordinados, y éstos lo tomaron preso. Al llegar a la puerta de la calle contempló Madero las fuerzas de caballería que rodeaban el edificio. Entonces, con iluminación propia de su genio, adivinó la situación y el recurso salvador. Apostrofó a los soldados exigiéndoles obediencia exclusiva en su carácter de Presidente Provisional; les señaló el peligro que amenazaba a todos si rompían la unidad en el mando, y tomando con una mano el brazo de Villa y con la otra el de Orozco, y lanzándolos lejos de sí, exclamó:

—¡Ahí tenéis a estos traidores; prendedlos!

Apresados por sus propios soldados, fueron a dar a la cárcel los dos futuros caudillos.

La autoridad de Madero creció notoriamente, pero como no era hombre engreído en pequeñeces ni aficionado a cultivar sus caprichos, reconociendo la porción de justicia que movía a los descontentos, se deshizo de don Venustiano decorosamente, nombrándolo gobernador provisional de Coahuila, el puesto que don Porfirio le había negado, y poco después indultó a Orozco y a Villa. El primero no perdonó; esperó la ocasión del nuevo zarpazo; el segundo se convirtió en fiel de Madero y luchó por su reivindicación póstuma.

LOS ARREGLOS DE CIUDAD JUÁREZ

Contemplando desde afuera el panorama político de México se veía muy claro. Las detalladas informaciones de la prensa, las declaraciones gubernamentales daban una visión que permite deducir el momento que sigue. Era evi-

dente que el ciclo porfirista se acercaba a su término. La rebelión del Sur amenazaba la capital y en sus calles, después de la toma de Ciudad Juárez, se habían producido manifestaciones tumultuosas y sangrientas para exigir la renuncia del dictador. Enfermo éste y rodeado de una camarilla inepta, no le quedaba al régimen otro camino que el que adoptó sin demora: el de transacción con los rebeldes. Se discutió mucho acerca de la conveniencia de los llamados arreglos de Ciudad Juárez, desde el punto de vista de los revolucionarios. Es evidente que en unas semanas más de lucha el porfirismo habría sido barrido sin condiciones y exaltado Madero a la Presidencia. Se hubiera ahorrado así el país todo el inquieto y peligroso período del interinato del señor De la Barra. Desde Washington yo aconsejaba tal proceder, contrario a los arreglos. Y durante mucho tiempo el elemento más radical de la revolución culpó a Madero de debilidad por haber pactado con el enemigo. Pero es un hecho que así pensábamos los no combatientes. En cambio, los que estaban en el campo, se regocijaron en su mayoría de la pronta terminación de la lucha armada. Se ha repetido que los tratados de Ciudad Juárez fueron el comienzo de la claudicación revolucionaria. Por mi parte, después de una larga experiencia de los manejos de las revoluciones, he reconocido no solo la sabiduría del acuerdo, sino que también creo haber adivinado los motivos que determinaron la decisión de Madero. Más aún: creo haber oído al propio Madero explicarla, como se verá en seguida.

En resumen: los pactos determinaban la renuncia inmediata de Porfirio Díaz como Presidente de hecho y de Madero como Presidente electo. El reconocimiento de la Cámara de Diputados como organismo necesario para la técnica del cambio de régimen y la convocatoria de nuevas elecciones que se verificarían bajo la presidencia de un neutral, elegido de común acuerdo. Al proceder de este modo se retrocedía, reconociendo cierta validez al gobierno que combatíamos, se aplazaba el cumplimiento del Plan de San Luis y quedaban pendientes las reformas económicas y políticas prometidas a la nación.

A Madero le pareció fácil, y lo era, convertir el Plan de San Luis en programa del partido, que ahora lo postularía de nuevo a la Presidencia. De esta suerte las reformas se consumarían más sólidamente por medio de una evolución jurídica y ya no por obra de un movimiento armado. Los intereses populares quedaban garantizados, y, en cambio, se ganaba una ventaja que, Madero acababa de verlo, no tenía precio: se liquidaba la revolución, se *libraba a la patria de los revolucionarios*. La sublevación abortada de Pancho Villa y Orozco, el trato directo con el sujeto revolucionario, había convencido a Madero de los peligros que corría no solo el nuevo régimen, todo el porvenir patrio, si crecía el poder de los cabecillas, ignorantes, crueles y codiciosos. Con la clarividencia que le era propia Madero sintió que, al consumar los pactos de Ciudad Juárez, moralmente licenciaba a toda la cáfila que ha estado ensangrentando el país de la muerte de Madero a la fecha. Todo el carrancismo había recibido finiquito anticipado en Ciudad Juárez. Y es curioso advertir cómo los futuros incitadores de la chusma, los *carranclanes* de mañana, los radicales de la hora del triunfo, los ex reyistas, eran ya los más enconados censores de los convenios de Ciudad Juárez. ¿Para qué tanta pelea y tanto ruido revolucionario si no había botín? ¿Si en los puestos más jugosos iban a quedar, así fuese por seis meses, los porfiristas? En contra, pues, del error de los unos, de la ambición y el desenfreno de los otros, Madero opuso su certera visión de patriota. Al firmar él los pactos de Ciudad Juárez que procuraban contener los bandidajes en que degeneran las revoluciones prolongadas, Madero se libró de la responsabilidad de cuanto ha venido después. La responsabilidad corre entera a cargo de los que mataron y

traicionaron a Madero, en primer término, y en seguida a cuenta de Carranza, que, deliberadamente, y por ambición de dominio, convirtió una revolución de ideas en competencia caníbal de politicastros incondicionales y bandidos analfabetos.

Madero, pues, patrióticamente, valientemente, sin importarle si el pueblo le volvería o no al día siguiente la espalda, renunció al Poder, y de general victorioso pasó a ciudadano sin fuero y sin mando. El valer de Madero estaba en su propia personalidad egregia. Los que le han seguido no sobreviven una hora al instante en que se les despoja del mando. Porfirio Díaz también, con su renuncia, se hizo acreedor al respeto de sus enemigos. El nivel de la política nacional alcanzó un instante de altura poco común en nuestra oscura y lamentable historia.

En aquellos comienzos todos nos sentíamos generosos, todos renunciábamos con el triunfo en la mano. Se consideraba que los puestos públicos, refugio de mediocres, no eran premio adecuado. Nos bastaba con la gloria que ya cantaba en torno a nuestros nombres sus estrofas melodiosas. El mismo día en que por obra de los pactos cesó nuestra agencia en Washington, salí yo de la metrópoli yanqui sin visitar la Legación Mexicana. Regresaba ansioso de volver a mis trabajos profesionales y reconstruir mi posición económica quebrantada. En la ausencia me había nacido una hija. Tenía, pues, que trabajar por alguien más. Por vía de despedida mandé a Carlos un poco de dinero, avisándole que pronto mandaría por él. Uno de los más crueles remordimientos de toda mi conducta de hombre es no habérmelo llevado en esa misma ocasión. Juntos debimos regresar, pero ¿qué significaban, no estando yo enterado de que estuviese enfermo, uno o dos meses más? Al contrario, un malentendido y exigente puritanismo me aconsejó no presentarme con él a la hora del triunfo, como si los dos acudiésemos a pedir recompensa. Seguiríamos como estábamos antes y solo lentamente aprovecharíamos las ventajas legítimas que da el trabajo dentro de una ocasión favorable lo mismo que en la ocasión adversa. Me escribió él que no tenía prisa de regresar, que quería terminar cierto curso, pasar el verano en una playa, sabe Dios. Apenas recuerdo los pormenores de aquellos días agitados por la ilusión de un porvenir sin escollos. En todo caso, y tratándose de Carlos, no eran enfermedades lo que temía, sino uno de esos accidentes con las máquinas que privan al trabajador de una pierna o de un brazo, inutilizándolo en forma peor que matándolo. En fin, mientras el tren resbalaba hacia la frontera procuraba desechar preocupaciones; tan pronto como yo me instalase mandaría por él. Tan luego como ganara dinero alquilaríamos un rancho, compraríamos un pedazo de tierra, Carlos se pondría a administrarlo. Las sobras de mi despacho se emplearían así, con fruto. Detrás iba quedando la visión de los parques de Washington, al final de la primavera. Los duraznos en flor y los arroyos de agua clara, las pantorrillas con medias de seda de las mujeres sajonas; todo aquel mundo se volvía un sueño. La vida era un vasto, armonioso concierto de alegría y de poder.

En San Antonio alcancé a unos cuantos rezagados. Se hacían comentarios adversos a los arreglos de Juárez; todos sentimos que la parte material del triunfo se nos escurría de las manos. Sólo Madero, imperturbable, cumplía los acuerdos con lealtad; se desprendía de honores y de escoltas, miraba confiado el futuro, abarcaba la significación de su provisional sacrificio. No le debería el poder a las armas turbias de un Pancho Villa o de un Orozco, sino a la nueva elección en que* el pueblo lo investiría del mando. Sentaba así un precedente. Bastaba ya de jefes que se encumbraban sobre la sangre de sus compatriotas; él no entraría a la capital a la cabeza de un ejército que ha matado hermanos, sino aclamado como libertador y reformador de todo un pueblo.

Por invitación bondadosa de don Francisco Vázquez Gómez, regresaba yo a México en el mismo vagón en que él viajaba. No era un vagón especial, sino coche *pullman*, dormitorio ordinario, y cada quien había pagado su cama como cualquier viajero, no obstante que el doctor iba a tomar posesión de un ministerio. En cambio, qué dulce sabor tenían las aclamaciones que cada población de tránsito nos dedicaba con músicas y cohetes y trompetería. Popularidad ruidosa, emoción agradecida, fervorosa; ¡cuánto dieran por gustarla, una vez siquiera, todos esos que llegan a la fama envuelto el nombre en el miasma de la matanza!

A medianoche nos despertaba el grito de la multitud o ya de retirada nos despedía el eco de las dulces músicas aldeanas. Reconocíamos la caricia de la gloria sin resabios. En los vítores resonaban nombres limpios: Madero, los Vázquez Gómez, Roque Estrada, González Garza, Pascual Orozco, el mío. ¡Ningún asesino amargaba el entusiasmo patrio! Aquello era ya un significativo avance nacional. Ninguno de nosotros abrigaba ideas de venganza. Lo de Ciudad Juárez había sido un abrazo sincero y ahora exigíamos una patria libre y maternal para todos sus hijos. En pijama nos asomábamos a las ventanillas para recibir el saludo de la gente. Los demás viajeros sacaban también las cabezas, curiosos; en la penumbra del sueño interrumpido quedaban los nombres de los recibimientos más calurosos de todo el trayecto: Saltillo, Monterrey, Vanegas. Por debajo de la cama rodante la estridencia de las carrocerías ensayaba arreglos melódicos en que algún calderón de riel sonoro hacía de nota dominante. Cerrábanse los párpados pensando: "No cabe duda; así es la gloria: tumultuosa, deleitable." Además, coronada con una promesa que había visto brillar en los labios de una de las más célebres beldades de la capital, que, habiendo subido en alguna ciudad del Norte, asomaba el busto elegante para presenciar las manifestaciones. En la cartera traía otra evidencia de mi súbita fama. Por conducto de mi padre, que estaba en una aduana de Sonora, me había llegado una de las postales que cargaban las tropas revolucionarias; contenía el retrato de los caudillos civiles, del más civil de los movimientos políticos de toda la historia de México. La que tenía mi retrato reproducía la frase de aquellos artículos que me costó los dos meses amargos de mi primer destierro... "Podrán vencernos, podrán humillarnos, pero hay un tesoro que nadie nos puede arrebatar: el porvenir"... También este sabor agridulce de recordar la pena en el triunfo era sabor de gloria... Más tarde, en la capital, me obsequió alguien una colección entera de estas postales revolucionarias del maderismo: los tres Madero, Francisco, Gustavo, Raúl. Los dos Vázquez Gómez, don Manuel Bonilla, Maytorena, González Garza y Roque Estrada. Se pasaba la vista sobre todos aquellos rostros sin el menor gesto de repulsión. A la hombría de bien juntaban todos el pensamiento. No se coló entre nosotros ningún patibulario de los que más tarde han convertido la galería de la revolución en un museo de los tipos y variedades de la criminalidad.

DESDE MI BALCÓN

En el número uno de la calle de Gante alquilé un despacho con vista a la calle de San Francisco, muy próxima a la iglesia del mismo nombre. Desde allí empecé a contemplar, independiente y dichoso, el desarrollo de los acontecimientos nacionales. Por conducto de Hopkins había conseguido la primera iguala profesional que me permitió instalarme y ponerme al corriente en los gastos. A mi nueva hija la encontré preciosa, gordita y con una mirada inteligente que prometía todo lo que un padre puede soñar. Mi hijo había adelantado también y a condición de no repetir el pecado de Adán apechugaba con lo ocurrido, aumentando mi desti-

no con la responsabilidad de otros dos. Madero había entrado a la capital, el siete de junio. Espectáculo ilustre en la historia de cualquier pueblo fue aquella apoteosis de un vencedor despojado de ejércitos: ídolo, guía de su pueblo. Medio millón de habitantes sistemáticamente vejados por la autoridad saboreó, aquel día estival, el júbilo de ser libre. Tirado por caballos blancos, empujado por el pueblo en delirio, avanzaba el carruaje del libertador. La muchedumbre circulaba y atronaba con vítores. Músicas improvisadas tocaban por todos los rumbos. Paseaban algunos cantando por primera vez, en plena calle, espantando el silencio de los siglos de desconfianza y pavor. Se encontraban los desconocidos y se abrazaban llorando, reconociéndose hermanos, deshecho el gesto de recelo, la envidia que era el clima del despotismo. De los balcones pendían gallardetes con los colores nacionales, y las mujeres vestidas de claro jugaban el torneo de las flores serpentinas. El "Caballito", viejo símbolo de la tiranía antigua, se cubrió de muchachos desde el pedestal hasta los hombros del rey olvidado. Manos infantiles acariciaron el cetro como si por fin la autoridad se hubiese vuelto servicio humano y no atropello de bandoleros afortunados. Las campanas de la Catedral, las de la Profesa, las de noventa templos repicaron el triunfo del Dios bueno. Por una vez, en tanto tiempo, caía destronado Huitzilopoxtli, el sanguinario. Tras de la larga condena de todo un siglo de mala historia, una nueva etapa, inspirada en el amor cristiano, iniciaba su regocijo, prometía bienandanzas. No era ni el cortejo de las tres garantías que aseguró la independencia nacional, pero enturbiándola de traición; ni la entrada de Juárez, que ponía término a una intervención, aunque nos echaba a cuestas compromisos peores que los del Imperio y perpetuaba la división de los mexicanos en dos bandos irreconciliables: jacobinos y catódicos. Por primera vez la vieja Anáhuac aclamaba a un héroe cuyo signo de victoria era la libertad y su propósito no la venganza, sino la unión

Tantas manos fervorosas tuvo estrechar, tanto sonrió a las multitudes en el prolongado desfile y después en la recepción de Palacio, que al siguiente se quejaba de tener adolorido el rostro y entumecido el brazo.

Desde antes de su encarcelarme no nos habíamos visto. Supo que yo vía a pocos pasos de la casa en fue a hospedarse en Tacubaya y mandó invitar para el desayuno, al siguiente de su llegada. Lo hallé vigoroso y tostado el semblante por los soles fronterizos. Éramos pocos a la mesa y se hablaba del sinnúmero de felicitaciones que continuaban llegando...

—Figúrese usted —observó doña Sara, esposa de Madero—: ¿quién cree usted que también nos ha mandado su enhorabuena?...

Con un ademán benévolo Madero contuvo en sus comentarios...

—Pues sí creo que haya sido sincero al enviarla —exclamó—; una cosa haber tenido un desmayo, pero tiene que haberle dado gusto nuestro triunfo...

Se trataba de Fulgencio, el tránsfuga.

DE POLÍTICO

Por más que no desempeñaba cargo alguno oficial no fue posible alejarme del todo de las actividades políticas. A efecto de preparar nuestra intervención en las próximas elecciones y para defender los intereses de la revolución, que con pocas excepciones había quedado fuera del gobierno, designó Madero un Comité, al que tocó organizar el Partido Constitucional Progresista. Nombrado entre los de comisión, más tarde resulté vicepresidente del nuevo partido. A él empezaron a afiliarse algunos patriotas y otros que sonreían a la nueva situación a efecto de ganar un puesto. También comenzaron a ser el blanco de los irreconciliables los caídos de la pasada administración, que, por reconocerse taras

imborrables, no veían esperanza de medrar donde gobernásemos nosotros.

DESGARRAMIENTO IRREMEDIABLE

Pasaban atareados y dichosos los días. Aumentaba la buena clientela profesional, y con ella, de modo seguro, sin precipitación ni compromisos, las entradas. Las noches las dedicaba ahora a las conversaciones y a las juntas de partido. Sin proponérnoslo, y casi sin darnos cuenta de ello, resultábamos figuras nacionales, atento todo el mundo a nuestras ocurrencias y a nuestros yerros. En mi casa había esa paz provisional que establece una prosperidad recién llegada y todavía no muy abundante. Vivíamos unidos y laboriosos; Lola tenía un novio serio, Chole rezaba, Samuel estudiaba y esperábamos a Carlos. Le había escrito ya, enviándole algún dinero, pero no se daba prisa, contestaba dando plazos por lo demás muy próximos. Una mañana abrí la correspondencia todavía en cama y me encontré con la carta de uno de los compañeros de mi hermano ausente. Recomendaba que se mandara por Carlos en seguida: su sacrificio era estéril... Él no quería darse cuenta... Urgía... Sin imaginarme en concreto qué era lo que pasaba, aquella noticia me fulminó. Algo terrible, irremediable, quedó ya suspendido sobre nuestra quietud. Ese mismo día por cable remití los fondos necesarios para el viaje de Carlos, insistiéndole que se apresurara. Respondió en seguida, pero advirtiendo que vendría por mar, porque el médico prohibía el viaje por tierra. Todavía me alegró, sin mucha convicción, la idea de que en esa forma se divertiría a su paso por La Habana. Dos semanas más tarde lo recibimos temprano en la estación de Buenavista por el tren de Veracruz. Me costó trabajo reconocerlo entre la gente que bajaba del vagón. Apenas tuvo fuerzas para corresponder a nuestros abrazos; sonreía con una sonrisa dulce y triste, hablaba ya en tono bajo de enfermo y traía una palidez mortal. Entre sus finos labios ya sin sangre, se le veían los dientes alargados, amarillentos. Daba la impresión de un fantasma. Nuestro Carlos se había deshecho y llegaba apenas su sombra... Metiéndome entre la gente para ocultar las lágrimas, hubiera querido echar a correr, con esa desesperada, inútil carrera del que huye de sí mismo y de su propio remordimiento y laceración. Reunida la familia a la salida del andén, subimos al auto que nos llevaba a Tacubaya, y yo retenía las palabras por miedo de echarme a llorar. En vano buscaba frases de consuelo, promesas, una esperanza.

El enfermo, sin embargo, se mostraba contento. Asomaba la cabeza para mirar las casas nuevas del paseo, apreciando el crecimiento de la ciudad en el año y medio que llevaba ausente. Sentado a su lado mi padre conversaba también, mis hermanas reían; por un momento pareció que era una vida más la que había llegado a completarnos y no la muerte a plazo corto. Días antes había logrado, por fin, tras de muchas gestiones y usando para este único caso toda mi influencia, que a mi padre le cambiaran su empleo en aduanas por otro en la oficina de contribuciones en Hacienda. Antonieta, nuestra madrastra, nos acompañaba; estábamos, pues, todos reunidos, por primera vez, desde hacía muchos años. Faltaban las dos hermanas monjas, pero las sabíamos tranquilas. Debió ser aquella una mañana de fiesta y, sin embargo, temiendo desengañarnos, eludimos examinar de cerca al enfermo. Él hablaba de su salud con cierto desgano. No había venido antes, porque no hubiera podido hacer el viaje. Había tenido un catarro muy fuerte, más bien dicho, varios catarros sucesivos; luego una especie de neumonía y ahora le quedaba nada más algo de tos y debilidad, pero se repondría. Estaba contento y hacía preguntas. Consolaba escucharlo.

Le habíamos preparado un desayuno de fiesta: fresas, café, chocolate, cre-

mas conservas, fruta. Comió apenas. También el estómago, dijo, lo tenía echado a perder, pero era de tanto que antes fumaba. Ahora ya hacía un mes que no fumaba y pronto estaría bien. Se hallaba contento de estar en México en aquellos días. Justamente en Veracruz se había acercado a un mitin improvisado y había oído hablar a Madero.

—Tú ahora, vas a estar muy bien —observó dirigiéndose a mí.

Nuestra casa de Tacubaya estaba todavía sin concluir, pero reduciéndonos le habíamos dispuesto un cuarto solo para él. Por lo pronto, después del desayuno, y como no quiso dormir, lo sentamos en un sillón en el jardín, al sol tibio de la mañana. Era el final de julio del novecientos once.

Con el pretexto del trabajo, escapé y en taxi me fui a la casa del médico amigo, Carlos Barajas. De los tiempos del Ateneo databa nuestra amistad. Le producía su consultorio importantes ingresos y vivía holgadamente con su mujer, dos hijos y el padre. Tocando en su gran órgano automático, Eolian, temas de Bach y de Haendel, reunía periódicamente a sus amigos, nos obsequiaba vinos deliciosos, como cierto Chipre color de rosa, servido caliente y perfumado. Ahora buscaba al médico y también al amigo. Necesitaba desahogarme con persona ajena a la familia. Apenas me senté en el reservado de su consultorio, me eché a llorar sin poder hablarle. Alarmado se me acercó, me puso el brazo en el hombro y me animó:

—Diga lo que sea, no importa lo que sea, tiene en mí un amigo. Apresurado, entrecortado, le rogué: —Vamos en seguida a verlo; llegó mi hermano, viene muy malo, tiene usted que salvarlo; solo usted puede salvarlo. ..

Instalado en el taxi, con Barajas al lado, me vino una racha de optimismo, una alegría que ahora me daba aplomo, sin necesidad de fingir, con desesperada convicción repentina, expliqué a Carlos:

—El doctor es un amigo y un gran médico; te va a dejar sano en seguida.

Barajas también bromeaba, parecía no dar importancia al caso. Registró, con todo, minuciosamente al enfermo. Recetó algún calmante para hacerlo dormir, y luego, sin mucha convicción me dijo:

—Ensayaremos unas inyecciones nuevas, alemanas; yo mismo vendré todos los días a ponérselas; además, hay que contar con la ventaja del clima. Veremos. ..

Pero yo exigía certeza y le forzaba a dar opiniones. Hice que me recomendara tratados recientes de tuberculosis y me puse a leer y estudiar. En su ironía, la suerte me daba recursos ilimitados para una curación ya imposible, en tanto que, un año antes, nos había negado lo indispensable para que nunca hubiera ocurrido el riesgo de contraer aquel mal. Pero no me daba cuenta aún... ¿Acaso no estábamos en la época de la ciencia? ¿No se acababa de aislar el bacilo? Antes de Koch el peligro hubiera sido grave; ahora, merced a la ciencia, la salud dependía del ingenio humano en la misma medida que un cálculo algebraico.

La mentira de las diez ampolletas milagrosas y el clima benigno de la meseta en verano crearon unas semanas de falsa esperanza. Caminaba el enfermo por su pie; pasaba la mañana al sol, rodeado de algunos familiares; por la tarde se acentuaba la fiebre, y en la noche tosía. Espiando el efecto del tratamiento, imaginábamos alivios súbitos. Llegaba yo a su sillón, le obsequiaba un billete de Banco. Él lo guardaba jubilosamente en su cartera, luego se ponía a hacer planes para gastar el dinero cuando sanara: . .

NOTORIEDAD

Ante el país pasaba yo en esos días por una especie de niño mimado de la fortuna. Rara era la semana en que los diarios no publicaban mi retrato a propósito de declaraciones políticas o

de encomiendas públicas honrosas. Con el rubro de "Un amigo del pueblo", había circulado mi retrato en los diarios porque me negué a figurar como subsecretario de Justicia en un plan de reorganización del gabinete del gobierno provisional. Para justificar mi renuncia hube de emprender viaje a Tehuacán, donde se hallaba Madero descansando. No quería poder a medias, le expliqué, y en un gobierno de compromiso. Por otra parte, económicamente no me con venia dejar mi profesión por un cargo gubernamental cuyo salario, por alto que fuese, no se comparaba a mis ingresos independientes. El público veía nada más el menosprecio del Poder que hacía en mi negativa y crecía mi fama. Era yo una reserva de un sistema de cosas, todavía por venir, y de carácter marcadamente revolucionario. En el partido mi voto solía ser decisivo, por lo mismo que no aspiraba a ninguna ventaja inmediata. La atracción segura que ejerce el éxito llevaba a mi despacho nuevas representaciones, asuntos fáciles y honorarios crecidos. Rápidas pasaban las horas ocupadas en productivos afanes; risueño, seguro, parecía el porvenir. Engreído retornaba a mi hogar. La misma enfermedad del hermano se presentaba, a ratos, como un accidente transitorio que la medicina no tardaría en resolver.

Solo un mediodía, al llegar para el almuerzo, me entró en el alma la visión de espectro del enfermo en su sillón. Y, sin embargo, al acercarme a él lo vi sonreír. Se quedaba absorto escuchando mis planes. Después los repetía a mis hermanas: Luego que se aliviase, compraríamos unos caballos y nos iríamos de mañana temprano a excursionar por el campo, bañados de luz y de rocío. Otras veces refería yo casos en voz alta: Fulano, el músico, vino de Europa moribundo y bastaron los aires de la meseta para devolverle la plena salud. Entretanto, las inyecciones inflamaban no más las carnes ya escasas del incurable. La fiebre no cedía, el apetito no se recobraba.

Afuera, la lucha comenzaba a enconarse. Lucha innoble de ambiciones y envidias. No se resignaban unos a verse definitivamente barridos del Poder, por el advenimiento de un nuevo régimen. Por otra parte, los nuestros murmuraban porque no se les daba pronto su ración de mando. Víctima de las intrigas que urdían los derrotados, Zapata, un guerrillero del Sur, campesino sin letras, se rebeló contra el gobierno provisional. Intervino Madero y no tuvo éxito en el empeño de reducirlo a la obediencia. Antiguo caballerango de una finca, Zapata contaba con la adhesión de varios centenares de labriegos. Al principio solo quería garantías para sus soldados, reconocimiento de su grado y sus servicios. Después se rodeó de leguleyos; se convirtió en el zapatismo. Políticos del antiguo régimen inflaron la rebelión; se proclamaban zapatistas, querían reparto agrario inmediato; Madero traicionaba.

A la hora en que maderistas exponían la vida en el campo o en el complot de la ciudad, la mayor parte de los exaltados se mantuvieron tranquilos bajo la tiranía. En cambio, ahora aprovechaban la libertad que no conquistaron para presumir de radicales y denunciar a los maderistas como conservadores. Y cundía la calumnia: Madero olvidaba su programa, se reía de sus promesas.

Mi tarea en el partido consistía en iniciar el ataque contra los porfiristas del gobierno provisional que sembraban la discordia con deslealtad. Una frase de uno de mis artículos corrió por todo el país. A De la Barra le llamaban sus aduladores y cómplices el Presidente blanco. A Madero en cambio, empezaban a presentarlo como un loco manejado por una familia ambiciosa. Respondí llamando a De la Barra, el hombre doble, porque sonreía a Madero y daba el mando de las tropas a sus enemigos; licenciaba a las fuerzas maderistas y se rodeaba de los favoritos y verdugos del porfirismo.

Dentro de nuestras filas también hacía estragos la discordia. Entre los re-

volucionarios únicamente los dos Vázquez Gómez ocupaban el Poder. En los ministerios de ambos actuaban camarillas hostiles a Madero. Nadie pensó al principio en desligar el nombre del doctor Vázquez Gómez del de Madero en la nueva campaña electoral. El doctor había sido candidato a la vicepresidencia con Madero y todos conveníamos en proclamarlo de nuevo, a pesar de que en el comienzo de la rebelión había demostrado ciertas vacilaciones que le crearon enemistades. Sin embargo, contra la decisión común trabajaba el temperamento franco del doctor, que no disimulaba su antipatía por el señor Madero. Con desdén ofensivo hablaba del jefe de la Revolución a todo el que quería oírle. Y pronto la oficina de don Emilio, su hermano, se hizo el cuartel general de los antimaderistas. Se sabía que el Ministerio de Gobernación era de esta suerte usado para socavar el maderismo. Prueba de que no eran éstas fantasías ni murmuraciones la dio más tarde el Plan de "Las Palomas", cerca de Casas Grandes, en Chihuahua, por el cual se inició una rebelión que abortó, pero la encabezaba don Emilio.

En el Partido Constitucional Progresista cumplimos la tarea ingrata de la lealtad. Defendiendo a Madero defendíamos la justicia. Sobre nosotros, y para decirlo con más precisión, sobre Gustavo Madero y sobre mí, empezaron a caer los dicterios de incondicionales, negociantes y ambiciosos. Nunca tuve un negocio con Gustavo, nunca visitó éste mi despacho ni yo visité el suyo. Nos reuníamos exclusivamente en el partido y obramos siempre en completo acuerdo. A mí me gustaba su firmeza y a él la mordacidad con que yo hería, denunciando las traiciones grandes y pequeñas. En la cuestión de los Vázquez Gómez, sin embargo, guardé siempre una moderación derivada de mi aprecio y afecto a los dos ilustres correligionarios. Con don Emilio, a quien trataba con familiaridad, hice esfuerzos de reconciliación que, a no ser por las camarillas recíprocas, quizá habrían triunfado. En el seno del partido muchas veces desbaraté críticas dirigidas a los Vázquez Gómez por parte de esos advenedizos que adulan al vencedor, fingiendo saña contra todo lo que se le opone.

Obligados a hacer frente a la reacción porfirista, por una parte, y a la escisión revolucionaria, por la otra, empezábamos a sentirnos aislados en el Constitucional Progresista. Comprendiéndolo, abrimos las puertas a nuevas inscripciones, deseosos de reclutar entre las personas patriotas y sanas de todo el país. Pero ya se sabe que en estos casos los buenos se abstienen por temor de parecer intrusos y se reducen por lo común las adhesiones a los buscadores de empleos y a los tránsfugas de la segunda fila de los partidos derrotados. Recuerdo la aparición en las juntas de nuestro partido de uno de esos voluntarios de la victoria. Manuel Urquidi lo presentó como un ingeniero de talento. En efecto, supimos que había estado afiliado a un club corralista, pero explicaba que "lo hizo sin convicción íntima" y obligado por la "necesidad de sostener una familia". En cambio, tenía una gran disposición de servirnos. Dada la temperatura a que nosotros ardíamos no nos fue nada simpático el sujeto cuando nos lo anunciaron, pero se presentó él tan obsequioso y humilde con sus ojos de humedad femenina y su ademán complaciente, sonrisa que parecía tímida y color cetrino de enfermo, que lo dejamos por allí, en un rincón de la sala, bien distante de nuestros sitiales de la directiva. Y siguió así durante muchas juntas, siempre atento a Gustavo, siempre dispuesto a mostrar acatamiento a cuanto yo decía. Sus miradas 'tristes de huérfano político acabaron por ablandar nuestros recelos. Un día pregunté cómo se llamaba. Resultó que era pariente de parientes lejanos míos; lo llamaremos Panci; así lo calificaron después por pancista. Sus primeros encargos en el partido fueron de amanuense, redactar este documento, copiar este otro. Luego, al terminar la

sesión, se nos reunía en la calle. Nos hablaba de sus aventuras femeninas. Aseguraba tener sinnúmero de *amistades galantes*.

Ante la gravedad de las intrigas que urdía el gobierno de De la Barra, discutíamos una noche, en el partido, las medidas que se podían tomar. Varias comisiones nuestras habían entrevistado al Presidente provisional, sin obtener otra cosa que promesas incumplidas. Ocurrían y quedaban impunes sucesos como el de Puebla, donde el general Blanquet ametralló una reunión pacífica de maderistas, sin que siquiera se le retirara el mando. Los católicos, soliviantados por De la Barra, hablaban de organizar un partido que reconocería a Madero, pero imponiéndole al propio De la Barra como vicepresidente.

Cada quien en el gobierno hacía política para sí, despreocupado de los intereses generales, y todos parecían coludirse contra el único que realmente encarnaba la posibilidad de hacer fecundo aquel momento histórico. Haciendo el recuento de nuestras fuerzas, cada día mermadas, observé: ¿A quién le debemos el triunfo? ¿A tal o cual personaje cuya influencia nos ampara? Todos los personajes nos ignoraron. ¿Lo debemos a determinada herencia de poder o de fama? Ninguno de nosotros tenía poder ni era conocido al iniciarse el maderismo. Lo debimos todo al interés popular que supimos despertar y a la vasta masa ciudadana que vio en Madero una esperanza. La solución estaba entonces en volver a ese pueblo que nos dio su impulso. Su empuje en filas apretadas se hacía necesario para defender las posiciones conquistadas. Y volvimos al pueblo. Celebramos mítines, organizamos clubes. Procuramos hacer, en grande, lo que antes fue ensayo de conspiradores. Gustavo dio a la nueva cruzada el apoyo de su entusiasmo y su dinero. Hubo domingo que echamos a la calle una manifestación de quince mil almas. Ya no iban al frente los modestos oradores del primitivo Antirreeleccionista: Roque Estrada, distanciado por pequeñeces; Bordes Mangel, ausente, con alguna comisión; González Garza en el gobierno; eran otros, más brillantes, aunque un poco tardíamente decididos, los que encabezaban ahora al pueblo. En una de las glorietas de la Reforma habló Jesús Urueta. El nuevo orden de cosas transformaba al brillante orador académico en un tribuno popular de extraordinaria fuerza y elegancia. Hablaron no sé cuántos más y la ciudad vivió sus libertades. La amenaza militarista temblaba en el ambiente. Los jovenzuelos del Colegio Militar habían intentado no sé qué descortesía en un banquete ofrecido a Madero. En cambio, se mostraban muy obsequiosos con De la Barra. Nada de eso importaba. Allí estaba alerta el mismo pueblo que castigara a la milicia oficial en Casas Grandes y en Ciudad Juárez y en Guerrero y en Morelos. Entre las medidas que reclamábamos estaba la paz con el zapatismo; el retiro de Victoriano Huerta de aquella campaña del Sur que enconaba los ánimos, aplicando los métodos porfiristas contra los rebeldes.

Y no fue cosa de un día, sino que noche a noche, por distintos barrios de la ciudad, se sucedían las juntas, las procesiones cívicas y los discursos a media plaza. Uno de los ministros de De la Barra había dicho que la bala que matara a Madero salvaría a la República. Contra él desatamos una manifestación monstruo. El ministro tuvo que retirar la frase. Pero ninguno presentaba la renuncia. Todos debían a Madero sus puestos y todos conspiraban para impedirle el acceso al Poder.

La tesis vazquista, que Madero era un loco, incapaz para el gobierno, fue recogida por los católicos. En su diario *El País,* donde Sánchez Santos había hecho campañas ilustres en favor de la libertad, se prohijó una torpe y desleal campaña antimaderista.

El talento mordaz de Sánchez Santos nos bautizó con un apodo que hizo fortuna. Despechado por la facilidad con que llevábamos al pueblo a protestar, inclusive debajo de sus balcones, por

sus insidias contra Madero, Sánchez Santos declaró que no éramos un partido, sino una partida: la partida de la Porra (de una célebre llamada así en Madrid). Nuestros partidarios y afiliados no eran el pueblo, sino porristas y vagabundos alquilados con el fruto de los enormes negocios que traíamos entre manos. La calumnia con sus brazos de serpiente comenzó el estrangulamiento de Gustavo Madero. Los Sánchez Santos y todos los murmuradores malintencionados son tan responsables del injusto fin de Gustavo como sus mismos ejecutores.

A Gustavo le inventaban negocios y no le perdonaban la defensa que hacía de los intereses políticos del hermano. A mí no podían inventarme fortuna que no tenía, ganancias grandes que no existían, ni adhesión fundada en otro motivo que en el del ideal común. Así es que voluntariamente me puse al tope de aquellos dicterios y amenazas. Cada vez que ocurría algún suceso debatible acudían a mi despacho los periodistas a pedirme opinión. La daba siempre como mía, pero no podía ni quería prescindir de mi carácter de vicepresidente del partido que mañana sería oficial. Recibía a todos y me había comprometido a contestar todas las preguntas, cualquiera que fuese el asunto o la intención del preguntante. El tono de ataques y respuestas fue subiendo; al principio usé la burla; después, herido también por la calumnia que empezó a tacharme de negociante y de incondicional de Gustavo, llegué a extremos de virulencia antipática.

—Que si ya leyó lo que Fulano opina de Madero en el libro que acaba de publicar —preguntó un reportero...

—Mire usted —respondí señalando sobre la mesa elegante de mi estudio un ejemplar en pergamino de la *Vita Nuova*—, no he tenido todavía tiempo de leer eso y voy a ocuparme de idioteces...

—Que si es cierto —preguntaba otro— que ustedes quieren armar a los obreros para enfrentarlos al ejército regular.

—Que si es cierto que ustedes tienen compromisos secretos con Norteamérica.

Preguntaba otro que si el Partido Constitucional Progresista tiene la culpa de la inquietud que prevalece, puesto que hace demagogia.

—Mire usted —respondí—, pongan atención y no vayan un día a resultar acusándome del parto de sus mujeres.

Se callaban así unos días, pero volvían a la carga. La libertad de prensa celosamente defendida por Madero empezaba a tomar el camino del libertinaje. Y es justo advertir que nosotros no solo no abusábamos de ella, ni siquiera la usábamos; no teníamos periódico propio.

LA CONVENCIÓN DE HIDALGO

Para poner término a la desorientación causada por la incertidumbre de la candidatura vicepresidencial, acordamos apresurar la Convención del Partido. Al mismo tiempo, para arraigar éste en la conciencia nacional, decidimos dar una amplitud sin precedentes a la reunión pública indicada. Al efecto, convocamos delegados de cada uno de los distritos electorales del territorio patrio. Según pronto comprobamos, la ponzoñosa campaña de la prensa de la capital no había hecho mella en el ánimo provinciano. De todos los rumbos nos llegaban adhesiones firmes. El gobernador de Sonora, Maytorena, me había hecho su apoderado; de las aldeas de Coahuila y de Tamaulipas me llegaban representaciones. Cuando acudimos a la Convención se hallaba ésta dividida en dos bandos irreconciliables: maderistas y vazquistas. Para la mesa, por tanto, los que teníamos mayoría elegimos algunos neutrales. Nos presidió, si mal no recuerdo, Camilo Arriaga. En general, procuramos hacer sitio de honor para la minoría de los antiguos revolucionarios magonistas. Ellos atestiguarían y en caso necesario mediarían en un conflicto que nos apesadumbraba. Iniciamos la Con-

vención con una mayoría segura, no obstante que no teníamos cargos en el gobierno, y en cambio los vazquistas contaban con dos ministerios, uno de ellos el de Gobernación.

Versaban las discusiones, en primer lugar, sobre el programa de gobierno. En la cuestión social no hubo mayores discrepancias, porque todos estábamos de acuerdo en desarrollar los lineamientos del Plan de San Luis, intensificando una política de defensa de los recursos nacionales: suspensión inmediata del sistema de concesiones a compañías extranjeras y fraccionamiento gradual de la propiedad raíz. Los obreros también estuvieron representados en la asamblea; sus organizaciones crecían rápidamente, preparándose para las luchas del mañana. Por lo demás, había común acuerdo para llevar a la presidencia al héroe que tenía la responsabilidad de la situación nueva. Se consolidaría de esta suerte el triunfo revolucionario y quedarían asentadas las bases de un desarrollo acelerado. Los zapatistas hicieron oír su voz en la asamblea, no obstante el estado de rebelión de su jefe. Pedían el reparto inmediato de las tierras. Nosotros no queríamos repartos a base de servicios prestados a la revolución, sino una reforma agraria que garantizara al labrador. No queríamos una nueva casta de propietarios reclutados entre la soldadesca victoriosa, sino una serie de medidas agrarias que, aumentando la producción, destruyeran al latifundio. El plan zapatista de ocupar fincas por la violencia y repartirlas a los soldados era el antecedente del plan de Lucio Blanco en los comienzos del carrancismo y de los apoderamientos de tierra que Carranza no pudo evitar durante su régimen anárquico. El plan de Madero, en cambio, suponía una política de consecuencias progresistas. De haber triunfado, de haberse impuesto el maderismo, no habrían aparecido jamás los latifundios revolucionarios de los Álvaro Obregón, en Cajeme; de Plutarco Elías Calles, en el Mante; de Pablo González, en Morelos; de Amaro, en Durango, etc., etc. Fácil nos fue en la Convención derrotar a los seudoextremistas, que se imaginan avanzados porque practican el método romano de asignar la tierra a quien la conquista.

En la cuestión religiosa nuestro triunfo fue arduo. Se trataba de quebrantar una tradición maldita y no faltaban en nuestras filas los rezagados del seudoliberalismo que reclamaban la aplicación literal de las leyes de Reforma. A don Porfirio nunca se habían atrevido a exigirle la clausura de los conventos ilegales conforme a la Constitución. En nuestra lucha por la rehabilitación de las Instituciones tampoco contribuyeron los comecuras apegados más o menos al porfirismo. Pero llegado el momento en que se podía actuar con impunidad, ¿cómo iban a faltar sus gritos destemplados? Los derrotamos fácilmente, porque no estaba en el ambiente la discordia religiosa. Y aunque a los líderes del maderismo los católicos en sus diarios nos trataban con injusticia, ninguno de nosotros se dejó llevar por la pasión personal. Todos o casi todos conveníamos en la lealtad del punto de vista de Madero. Creía éste que la política de conciliación, uno de los aciertos de Porfirio Díaz, debería ser elevada a la categoría de ley. Pues si ya se había establecido una práctica que toleraba los conventos, ¿por qué no reconocerlo públicamente? ¿Por qué no derogar, además, las disposiciones ridículas que vedan el uso del hábito eclesiástico y las ceremonias externas del culto? Sonaba la hora de la concordia y era menester que, como en todos los pueblos civilizados de la Tierra, en México también tuvieran los católicos reconocido el pleno derecho que dimana de sus convicciones.

No había razón, por otra parte, para que instituciones públicas como hospitales, universidades, obras de beneficencia, siguiesen privadas del derecho de poseer y administrar bienes raíces, tal como lo hacen en la próspera nación norteamericana. La doctrina entera de las Leyes de Reforma estaba re-

clamando la *reforma*. Así lo declaró en su discurso-programa Madero, sin despertar alarmas, y, al contrario, aclamado fervorosamente por los católicos. O más bien por los no católicos, pues los católicos súbitamente ultramontanos no se conformaban y querían más y soñaban con De la Barra Presidente. Andaba éste metido entre curas, pero nunca se había acordado de la Iglesia en sus años de profesor laico de un instituto como la Escuela Nacional Preparatoria. Madero, en cambio, obraba por generosidad y cultura. No se le estimó la intención. El apoyo y el aplauso lo reservaron para el fariseo. Aún no acaban de pagar su yerro los católicos mexicanos.

Un ex profesor de la impía preparatoria resultaba ahora caudillo de la Iglesia. En cambio, Madero atacaba a la preparatoria por su materialismo, base de la inmoralidad porfiriana. Toda la sociología evolucionista con su doctrina de la supremacía de los fuertes se había derrumbado con la insurrección popular y Madero quería suplirla con normas espirituales, cristianas y libres a lo Tolstoi.

Su preocupación cardinal era cambiar la índole sanguinaria, mezquina, de la tradición nacional, por una disposición más humana, civilizada y espiritual. Tan moderno y tolerante era el ambiente de la asamblea, que bastó con unas cuantas risas para acallar y poner en ridículo la oratoria de dieciocho de julio que pedía revivir las medidas de hostilidad contra el clero.

No hubo discrepancias de importancia en la cuestión de principios; en cambio, al llegar a la discusión de las personas, la escisión se marcó violenta. Según los vazquistas y por boca de su jefe accidental, Luis Cabrera, los miembros de la asamblea no debían elegir vicepresidente a quien les pareciese, sino que la fórmula Madero-Vázquez Gómez debía subsistir. Con paciencia y buena disposición procuramos demostrar que no había de por medio intriga ni empeño de sacar adelante un candidato. Cualquier fallo de la mayoría nos dejaría satisfechos. Tras de discutir varias candidaturas, por mayoría se aceptó la de Pino Suárez, hombre sin tacha. Hicimos constar que no negábamos los méritos de Vázquez Gómez, pero cedíamos a la necesidad de constituir un gobierno homogéneo.

En vez de aceptar francamente la realidad de todos conocida, sobre la existencia de desacuerdos graves entre los Vázquez Gómez y Madero, los vazquistas llamaron a éste a la asamblea para preguntarle que si se negaba a colaborar con Vázquez Gómez. Madero contestó que acataría cualquier acuerdo de la Convención. Se nos dejó a nosotros toda la responsabilidad del desahucio de Vázquez Gómez. No la rehuimos, aunque acarreaba impopularidad. No éramos todavía gobierno y ya nos echaban encima el cargo de imposicionistas, o sea, defraudadores del voto público. No ocupábamos ningún puesto y ya Luis Cabrera se vengaba de quienes, como González Garza o como yo, aceptábamos los riesgos de la rebelión mientras él se mantuvo a la expectativa. Detrás de Cabrera otros muchos se declararon campeones del sufragio a la vez que fomentaban suspicacias en torno a nuestros hombres ayer aclamados. Al dar en alta voz mi voto casi decisivo en favor de Pino Suárez, un grito sonó entre los siseos de los vazquistas: "Ya te ganaste el Ministerio." Tan imbécil injuria me convenció de que la razón estaba de nuestra parte y a los que quisieron oírme les dije:

—Gano en mi despacho en un mes lo que un ministro en un año.

Por otra parte, no quería cargo público, porque no reconocía en la multitud el derecho de juzgarme. Salí de la Convención triunfante, pero asqueado de aquel primer contacto con las ambiciones del Poder. Si no era posible aplastar en el juego político a los intrigantes, era mejor retirarse a la vida independiente.

La oposición de todos los matices no tardó en difundir la ponzoña inoculada por Luis Cabrera. Desde entonces cargó el maderismo con la imputación de violar el voto público. La revolución, aseguraban, salía dividida del Teatro Hidalgo. En efecto, hubo división porque no aceptaron su derrota algunos vazquistas, pero no mayor de la que ya había. Y que no fue desacertada nuestra decisión lo prueba el hecho de que el mismo Cabrera, acatándola, se convirtió en consejero íntimo de Pino Suárez, vicepresidente. No volvió a recordar a los vazquistas vencidos, pero el rumor de su calumnia sirvió a la canalla política para desacreditar al maderismo. A ninguno de nuestros técnicos en política se le ocurrió reconocer que en la más rigurosa democracia un partido tiene no solo el derecho también la obligación, de no imponer a su jefe un enemigo personal en el puesto de la vicepresidencia. Una defensa elemental de nuestra unidad era calificada de imposición *antes de que las elecciones se consumasen.* Y lo más extraño es que la torpe censura nos llegaba envuelta en el encono más implacable. Toda una sociedad podrida parecía resistir nuestro esfuerzo por regenerarla. Y, en efecto, ¿adonde iban a parar cien años de historia sombría si de repente un Madero, sin hazañas de sangre, levantaba el nivel nacional, iluminaba los bajos fondos de nuestro destino? Todo un pasado de horror exigía que no se removiese más, que no se produjese el contraste de un gobernante talentoso y honrado y la acción cavernaria de sus antecesores. Era necesario acabar con aquel petulante que sin duda era un hipócrita. Desde antes que apareciese la figura patibularia de Victoriano Huerta, cierta opinión clamaba por otro asesino en el mando. ¿Qué era eso de la bondad, la libertad y el talento en el gobierno? Que se fuera a Suiza con esa canción aquel Madero exótico. ¡Lo que México necesitaba era otro Porfirio Díaz! Torva intención dentro del rostro mudo. Cruel la mano contra quien ose pensar y ser libre.

La vieja sensibilidad azteca, humillada el 7 de junio con las apoteosis de aquel blanco, resuelto a no matar, se removía ofendida anhelando la reaparición de su representativo, el tirano zafio. Y así fue como se propagó el grito infame: 'Pino, no... Pino, no". Lo repetían los ex porfiristas, los próximos huertistas, los futuros carrancistas. Pino era un patriota limpio de sangre.

LA AGONÍA

En tanto las gentes comentaban mi caso como el de un afortunado a quien sonreían los triunfos del talento, el dinero, el poder, dentro de mí se destrozaba un mundo. La curación que me había empeñado en juzgar inmediata no daba señal favorable. Un nuevo médico, además de Barajas, visitaba diariamente al enfermo. En la casa todos sabían la gravedad; sólo yo seguía ciego, confiado en una crisis de salud, en súbito resurgir de la fuerza juvenil, poseído de incurable obsesión de milagro.

Con las lluvias de septiembre el mal se agravó y ya no pudo mi hermano dejar la cama. Se pasaba las noches acosado por el insomnio y la fiebre. Sus accesos de tos repercutían lúgubremente en toda la casa. El golpear del agua en las vidrieras cubiertas de noche aumentaba la sensación de amenaza y desamparo... Había empezado a desgarrar sangre. Turnándose lo velaban mis hermanas; lo atendían también mi esposa y Antonieta. Nuestro padre pasaba con él todas las horas que el trabajo le dejaba libres. Nunca me hizo ningún cargo, pero yo le adivinaba el reproche: "¿Para qué lo dejaste ir? Era tu hermano menor, te estaba confiado."

Entre sueños me acometía un delirio; veía que el enfermo sacudía su mal, se levantaba diciendo: "No era nada" y nos íbamos a pasear por el Bosque. Era joven y apuesto, las mujeres le sonreían, la vida lo agasajaba. A menudo él también se sentía mejor. Otra caja de inyecciones y arriba para gozar.

Una de las últimas noches, súbitamente exaltado, proyecté un viaje a Cuernavaca. Era necesario sacarlo de la humedad de México. En el Sur se repondría, respiraría con facilidad. Sólo entonces observó con cierta seriedad mi padre:

—Parece mentira que no te des cuenta de la condición de tu hermano.

Tales palabras me produjeron el efecto de un golpe. Luego ¿era verdad? Se moriría...

Estaba muy distante la época en que acudía al rezo en demanda de alivio para estas aflicciones supremas. Mi experiencia había sido decisiva y amarga cuando pedí y se me negó la vida de mi madre. ¡ Dios no se ocupaba de nuestros asuntos! Y el "hágase tu voluntad", recordado por Tolstoi en la muerte de su hermano (¿en *La Guerra y la Paz?),* me irritaba. Es muy cómodo cruzarse de brazos cuando no se es el moribundo, pero el moribundo exige la vida y yo imaginaba remover el mundo para dársela. Dios no hacía milagros, pero nos daba la ciencia; mis familiares desconfiaban por no saber de la altura a que ha llegado el poderío científico. La medicina tenia que curarlo. Y así me aturdía con esperanzas necias.

Llegaron implacables los días de la bolsa de oxígeno que alivia, detiene la asfixia. Por último, amaneció tan mal que no fui al despacho. Pasé la mañana a su lado, y ya por la tarde, viendo que empeoraba, me fui a buscar a Barajas. No estaba en su consultorio, sino en su clase de Medicina. Allí me fui a recogerlo. Faltaban diez minutos para que concluyese la lección. Me mandó recado de que lo esperase en la secretaria. Preferí quedarme en una de las bancas del patio. En la portería había un teléfono. Lo tomé para avisar que en media hora estaría ya de vuelta con el doctor... Respondió mi esposa:

—Ven tú, pero ya no traigas al médico; es inútil...

—¿Qué?...

—Ya acabó.

Me dio vuelta el ambiente. Vacilando en el paso me eché sobre la banca más inmediata del corredor. En ese momento salía Barajas; se me acercó. No podía hablarle, me ahogaba el llanto, me enloquecía el espanto. Hice que Barajas hablara de nuevo por teléfono, quizá se tratara de un síncope. Iríamos juntos. Barajas obtuvo informes, volvió junto a mí; abrazándome dijo:

—A todos nos llega la época en que vivimos no por gusto, sino por obligación. Le quedan a usted sus hijos...

Como río en creciente, el dolor me anegaba, me envolvía. Fingí serenidad a efecto de quedarme solo. Me despedí de Barajas y en un taxímetro, camino de Tacubaya, hundí la frente y el ser en la penumbra del desconsuelo... Lo primero que vi al asomar a la verja de casa fue el ataúd que la empresa mortuoria remitía, con los blandones.

Llegué a la cama del muerto. Lo habían lavado, cerrado los ojos. Besé su frente, pegué mi cara a su cara. Una ternura capaz de suplir con su dolor a la madre que le faltaba hizo correr ríos de lágrimas. La enfermedad le había afilado el rostro y, a través de sus labios finos, entreabiertos, se veían los dientes largos que la amargura de las últimas semanas puso amarillentos. ¡Nunca he vuelto a sufrir tanto!

En la habitación contigua alternaban los rezos; algunos parientes habían venido a acompañarnos. Los sollozos me acometían periódicamente, incontenibles y desolados. Ahondaban la herida que jamás cicatriza. Ya nunca sería el de antes. Y jamás el recuerdo evocaría de nuevo aquella ocasión sin que otra vez el chorro de lágrimas se soltase.

Repasaba en la imaginación sus primeros alborozos de niño, sus entusiasmos de joven, sus penalidades, y todo era motivo de más viva pena. En sus últimos delirios había repetido un nombre femenino. ¿Alguna novia? ¿Alguna amiga? El párroco de mis hermanas lo había visitado, lo había, quizá, confesado. Yo no había querido que lo asustaran con ideas de muerte, pero lo habían hecho ellas por su tranquilidad. Le habían puesto los óleos. ¿Para qué

recordar la noche espantosa de espera sin esperanza?

Al otro día asistí a la práctica brutal de echar tierra encima de los que amamos. Cuando clavaron la cruz de madera sobre el túmulo de tierra removida, mientras colocaban las coronas de flores, padecí trivial, pero horrible, la idea: ¿Conque esto es todo? ¿Quién hablará más del pobre joven que no llegó a nada, que no tuvo oportunidad de manifestar si había en el un héroe, si algo suyo merecía el renombre?

Y me puse iracundo contra el destino que troncha vidas jóvenes. Pero ya sobre mis hombros caía el vil descanso que sigue al entierro. El alma seguiría en protesta por toda la eternidad, pero el cuerpo cerduno reclama lo suyo y viene apetito y nos agota el sueño y aun ronca la bestia que somos. Algo, sin embargo, vela y afirma su desprecio de la infame celada que es cada vida. "¿En dónde me he metido?", pregunta el alma, consciente de pronto de que está en un estercolero del ser. Y resulta indiferente seguir o no seguir el camino del muerto. Al día siguiente el periódico principal dedicaba unas líneas al suceso. Calificaba a mi hermano de joven inteligente, lleno de promesa. Ya no éramos los oscuros provincianillos cuyas personas a nadie interesan. Un capricho de la fortuna nos convertía en personas notorias. Si, al revés, don Porfirio sofoca la rebelión, hubiera muerto mi hermano en un hospital de Filadelfia, sin dar quehacer a tipógrafo alguno. Con asco aparté mi vista del diario.

*

Yo lo había matado. Este pensamiento estrangulaba mi conciencia. Si no lo hubiera impulsado a lanzarse al extranjero, no habría corrido riesgo. Con solo llamarlo un mes antes lo habría salvado. La ambición de esperar a tener más me había contenido. ¿Ahora de qué me servía todo el dinero del mundo? Sobre mi vida había caído una sombra que nadie podría apartar. La visión de mi futuro, días antes limpia y espléndida, se había empañado. Los más ricos manjares me sabrían siempre a hiel. Y en los más vivos amores encontraría la desazón del amor que no supe cuidar. Mi regla dura lo había llevado a quebrarse. ¿Qué derecho hay de imponer a otro faenas arriesgadas con el pretexto de que también nosotros hemos sufrido? La ambición de llevarlo a grandes cosas por el dolor lo había roto en mis propias manos. Su voluntad, tenaz como la mía, pero inexperta, se fió de mi amor y halló el desastre por la senda que le trazara.

Revisando sus papeles encontré unas fotos de bañistas. Estaba retratado con otro amigo y un par de gringas bien formadas. Sus músculos desnudos se veían tensos; su cara jubilosa denunciaba el placer de las olas, avivado con la sensualidad de la compañía femenina. No hacía seis meses de aquel retrato. Bien había calificado Barajas su caso como tisis galopante. También recordaba, con recuerdo lacerante, lo que me había dicho en Washington: recorriendo distintas secciones de la fábrica estuvo en una donde tenía que entrar con una lámpara humeante a revisar o practicar los remaches del interior de la caldera de las locomotoras; este trabajo, sin duda, le hirió el pulmón.

Dentro de uno de sus libros encontré una cinta, distintivo de la Unión Obrera a que se había afiliado: Federación de Mecánicos. Y me lo representé desfilando en primero de mayo por las avenidas de Filadelfia, en muda protesta contra la vida dura del obrero... Era como una de tantas víctimas del Moloch del progreso. Pero lo injusto es que tales sacrificios los determinaba la pobreza. Debieran repartirse los riesgos, según lo predicaba William James, igual que los de la guerra, entre toda la juventud. Una nueva milicia destinada a vencer las fuerzas naturales, más esforzada y gloriosa que los ejércitos de la matanza humana. El servicio en las minas, en los talleres, equivalente moral de la guerra, iría

creando una tradición de heroísmo, mucho más elevado que el del militar. No me quedaba sino una manera digna de honrar el sacrificio de mi hermano. Contribuir, en lo posible, a que casos como el suyo no se repitiesen. Dedicar toda mi acción política a la defensa del obrero, a la protección de los intereses humildes. Solo así conquistaría de nuevo el derecho a la luz... Propiciando la revolución en toda su generosa universalidad.

PRESIDENTE DEL ATENEO

Los amigos del Ateneo me nombraron su presidente para el primer año maderista. No por homenaje sino en provecho de la institución, cuya vida económica precaria yo podría aliviar. Además, podría asegurarle cierta atención del nuevo gobierno. Y no volví a llevar trabajos a las sesiones, sino que incorporé a casi todos los miembros del ateneo al nuevo régimen político nacional. Con este objeto se amplió el radio de nuestros trabajos, creándose la primera Universidad Popular. Para fomentarla se unieron a nosotros algunos políticos que así se ligaban al partido gobiernista. Para otros fue la Universidad Popular una ocasión más de acercamiento al medio oficial. Tal el caso de Panci, que intimó conmigo hasta que logré colocarlo con Pino Suárez. Llegaba este último a la capital sin conocimiento alguno del medio y Panci pudo servirle de auxiliar discreto, dado que se había rozado con el viejo régimen, aun cuando fuese desde posición secundaria. Gracias a la generosidad de Pino Suárez y a la escasez de hombres que el régimen padecía, pronto obtuvo Panci el increíble ascenso a subsecretario. Uno de los más perniciosos efectos de las escisiones en los partidos es la oportunidad que otorgan [a] los pancistas. Resultaba ahora un Panci subsecretario de Estado, en tanto que los Vázquez Gómez y otros tantos andaban en situación casi de proscritos.

Las sesiones del Ateneo concluían cada viernes en algún restaurante de lujo. Ya no era el cenáculo de amantes de la cultura, sino el círculo de amigos con vistas a la acción política. Antonio Caso fue quizá el único que no quiso mezclarse en la nueva situación. Se proclamaba, más que nunca, porfirista. Colaboraba, sin embargo, en todo lo que significaba esfuerzo de cultura. Durante este año de mi gestión recibió el Ateneo a varios conferencistas extranjeros, como Pedro González Blanco y José Santos Chocano. Anteriormente la Universidad no invitaba sino a profesores de Norteamérica. Recuerdo un curso de Psicología del célebre Baldwin, al cual asistíamos solo diez personas, porque las explicaciones en inglés no eran comprendidas del alumnado. Nosotros iniciábamos en el Ateneo la rehabilitación del pensamiento de la raza. Madero, por su parte, en el orden diplomático, rompía el precedente porfirista: "Un buen embajador en Washington; el resto del Cuerpo Diplomático sale sobrando." Madero, después de Alamán, fue el primer gobernante de México que quiso reconocer los intereses morales, si no de comercio, que hay en el Sur. El ministro preferido de la época maderista fue siempre el de Guatemala, a pesar de que ninguna simpatía le inspiraba el sistema de Estrada Cabrera. Pero buscaba hacer patente nuestra solidaridad con la porción hispánica de América. La circunstancia de haberse educado Madero fuera de las fronteras nacionales, en medios como París y San Francisco, donde los hombres de habla española se reconocen como parientes, le dio una visión del problema americano que no suelen poseer los nacionalistas de campanario.

El único fracaso de la nueva política hispanizante lo originó la primera visita de Manuel Ugarte. Desde que desembarcó lo atraparon los descontentos, lo rodearon los intelectuales del viejo régimen. Le hablaron de la calumnia corriente: "Madero había hecho la revolución con dinero yanqui." Porfirio

Díaz cayó, le aseguraron, porque se negó a dar concesiones de petróleo a los yanquis. A nosotros nos era repugnante ponernos a negar o discutir siquiera estas inepcias. Los registros oficiales fehacientes de *ambos gobiernos* demuestran a todo el que se toma la pena de consultar que todas las concesiones petroleras se dieron en la época de Porfirio Díaz. Después de esa época no se dieron más concesiones, y Madero, por su parte, no otorgó una sola. De mí, en lo particular, dijeron los diarios que no acudiría a festejar a Ugarte porque representaba a compañías de Estados Unidos. Es verdad que nuestras relaciones con los yanquis eran hasta ese momento excelentes, por el apoyo moral que en muchos casos nos habían dado. También era cierto que sin provocación no podía México, país vecino, lanzarse a una campaña estruendosa de animadversión. A pesar de eso, fue evidente que Ugarte venía realizando su patriótica campaña sin cortapisas. Desde la costa hasta el interior del país, los teatros, las plazas de toros, se llenaban para escuchar sus discursos, sin que nunca una sola autoridad pretendiese ponerle obstáculo. Era natural entonces que la suspicacia de los comentarios de los unos y la grosera calumnia de otros nos irritase y ofendiese. En vano recordábamos al público que Porfirio Díaz no dejó llegar a la capital ni al propio Darío por temor de que el recuerdo de su *Oda a Roosevelt* provocase un gesto adverso en los Estados Unidos. Aquellos porfiristas que tomaban a Ugarte como bandera contra nosotros sabían de sobra que su antiguo jefe no lo hubiera dejado desembarcar. A pesar de todo esto, firmé y repartí, como presidente del Ateneo y de acuerdo con el personal del mismo, invitaciones para una sesión que habría de celebrarse en honor de Ugarte y de González Blanco. La inclusión de este último no agradó y la sesión hubo de aplazarse. Lo que aprovecharon los diarios para volver a la carga, ahora contra mí... Pretendía deslucir el éxito de Ugarte, porque yo era representante de una compañía norteamericana. Contesté que no era representante de una compañía, sino de diez, y que no siendo funcionario público no tenía que explicar a nadie mi conducta.

—De paso —añadí— desafío a mis enemigos para que publiquen copia de cualquier instancia en que yo haya pedido al gobierno, del que soy amigo, un solo favor para mí o para mis clientes.

Por unos días estas declaraciones violentas acallaban el moscardeo de las murmuraciones. Pero nunca falta algún nuevo pretexto. Contra Madero y su familia se publicaba cada semana alguna nueva infamia. Escribíanlas políticos despechados como Rábago y el doctor González Martínez; sacaba las copias el amanuense Jenaro Estrada, futuro as del callismo. Al abuso de la libertad de prensa contribuían, incluso, aventureros internacionales en busca de chantaje. Pero lo triste, lo terrible, es que el público se arrebataba las hojas más viles y las celebraba y las pagaba. Y si alguien escribía algunas líneas de defensa del gobierno inmediatamente se le catalogaba como incondicional y como servil. Una suerte de perversión colectiva se ensañaba contra una administración que no robaba ni dejaba robar, no comprometía los recursos nacionales, no vendía las tierras al extranjero. También parece que el país echaba de menos esa voluptuosidad masoquista de que después se ha hartado: la de sentirse vejado, infamado por un tiranuelo, más respetado mientras más miserable se le sabe.

No había ambiente para un trabajo sistemático de estadista y menos pudo haberlo para un florecimiento intelectual que hubiese dado al Ateneo un papel en nuestra vida pública, tan necesitada de elevados incentivos.

Todo era lucha sorda y pasión mezquina. Las apetencias sueltas después de la prolongada represión porfirista se volvieron feroces contra quien los libertaba.

—Muerden la mano que les quita el bozal —dijo una vez Gustavo de ciertos jóvenes oradores brillantes y recién manumisos del porfirismo.

Bastaba con que una persona cualquiera tuviese amistad con un maderista o quisiese demostrar adhesión al nuevo orden de cosas para que en seguida la calumnia y el odio se lanzasen feroces en contra de ella.

ADRIANA

Con motivo de estas innobles embestidas de la oposición, me referiré a la que ejerció tanta influencia en cierta época de mi vida. La llamaremos Adriana. Se presentó a mi despacho con tarjeta del propio Madero. Necesitaba abogado, pero no ante los tribunales, sino ante la opinión. Hacia tiempo que la molestaban bajamente, solo porque se había atrevido a inaugurar un servicio de enfermeras neutrales cuando la Cruz Roja porfirista declaró que no curaría a los rebeldes. El país entero aclamó entonces como heroína a quien supo reclutar mujeres y médicos para acudir al campo rebelde, desatendido del servicio oficial. Pero ahora se volvían contra ella, a veces hasta los mismos que la habían aplaudido. Su fidelidad al gobierno la arrastraba en la misma ola de fango que a nosotros nos batía. Sin titubeo escribí una serie de artículos apasionados en defensa de la correligionaria y en homenaje de la mujer cuya belleza notoria, desde el primer momento, me fascinó. Para caracterizar su atractivo desenterré la frase de Eurípides: "Hermosura punzante como la de una rosa..."

Era una Venus elástica, de tipo criollo provocativo y risa voluptuosa. Pronto comprobé que era una de las raras mujeres que no desilusionan en la prueba, sino que avivan el deseo, acrecientan la complacencia más allá de lo que promete la coquetería y lo que exige la ambición.

Para platicar de sus asuntos me visitaba en el bufete cuando concluía la jornada. Algunas veces esperaba mientras atendía algún cliente de última hora o daba las órdenes para el trabajo del día siguiente. Luego salíamos tomados del brazo, caminando por las calles más concurridas, olvidados de la gente y de sus asechanzas. Acababa de ascender Madero a la Presidencia. Celebraba la ciudad las "posadas" tradicionales; mi esposa las festejaba con sus amistades de Oaxaca. Los familiares de Adriana también se divertían en su círculo. Ella y yo, los dos solitarios más bien acompañados del mundo, comprábamos de paso la langosta en el Colón y champaña y tomábamos el camino de Tizapán. Vivía allí, en una pequeña quinta que le cediera provisionalmente su padre, modesta de habitaciones, pero con jardín lozano y árboles seculares.

Las palabras de Adriana fluían como las notas de la flauta que hipnotiza las bestias. Desde hacía años la serpiente de mi sensualidad reclamaba una encantadora. A su lado brotaba de mi corazón la ternura y de mis sentidos el goce. La boca de Adriana, fina y pequeña, perturbaba por un leve bozo incitante. Unos dientes blancos, bien recortados, intactos sobre la encía limpia, iluminaban su sonrisa. La nariz corta y altiva temblaba en las ventanillas voluptuosas; un hoyuelo en cada mejilla le daba gracia y los ojos negros, sombreados, abismales, contrastaban con la serenidad de una frente casi estrecha y blanca, bajo la negra cabellera abundosa. Decía de ella la fama que no se le podía encontrar un solo defecto físico. Su andar de piernas largas, caderas anchas, cintura angosta y hombros estrechos, hacía volver la gente a mirarla. Largo el cuello, corto el busto, aguzados los senos, ágilmente musical el talle, suelto el ademán, estremecía dulcemente el aire desalojado por su paso. Bajo la falda, una pantorrilla gruesa remataba en tobillo airoso, redondo y empeine arqueado de danzarina. El vientre de Adriana era digno de la esmeralda de Salomé. Deprimido el estómago, adelantado en el pubis. Cuando vestía seda entallada, color de vino, su cutis delicado era nácar y oro. Y bastaba tocarle la mano

para sentir la voluptuosidad de los serrallos.

Tan rara perfección del demonio andaba ya por los treinta y no había llegado ni a bailarina famosa ni a reina. De broma solía decirle que era lo mejor del botín revolucionario, por lo que yo me la adjudicaba. La vida anterior de Adriana era un tanto misteriosa; casada y divorciada una vez, viuda otra, conocía el idioma inglés con esa perfección que no se adquiere en los libros. Por el sur de Estados Unidos vivió una temporada y allí aprendió enfermería. Entre sus ascendientes había un ministro de Juárez y emigrantes vascos establecidos desde antiguo por Veracruz. Era perseguida de pretendientes y de murmuradores. Para dormir a su lado era preciso guardar un ojo en acecho. Especialmente en aquella casa, quinta de árboles frondosos y tapias altas, donde caían, ya tarde, dos o tres hermanos celosos.

Uno de los más recientes caprichos de Adriana había sido presentarse a una asamblea de estudiantes de medicina donde se hacía censura de su gestión como enfermera en campaña. Al principio su belleza se impuso,'pero se mostró gobiernista en su discurso, y ciertos galanteadores desechados hicieron correr la voz de que era amante de Madero; la heroica asamblea se puso a sisearla. Ocurrió todo esto días antes de que yo la dirigiera. Lo primero que le aconsejé fue su abstención completa de toda presencia en público y el silencio. Que me dejara a mí liquidar esas cuentas; ya llegaría la ocasión.

Se presentó ésta justamente con motivo de las manifestaciones antimaderistas que siguieron a la visita de Manuel Ugarte. Los estudiantes, equivocados, se hacían instrumento de los enemigos del nuevo régimen o del sentir de sus familiares, heridos en algún interés personal, o simplemente resultaban un reflejo de la pasión acumulada en el ambiente del momento. Lo cierto es que llevaban días de celebrar juntas y pronunciar discursos por plazas y calles. Nos acusaban de falta de patriotismo. El gobierno despilfarraba, si no es que robaba, los dineros de la reserva acumulada por Porfirio Díaz. La nación estaba en peligro. La juventud debía actuar. Crecidos en sus exigencias, los alumnos de jurisprudencia echaban de la dirección a Luis Cabrera. Otro grupo se había ido a buscar profesores del porfirismo para fundar la Escuela Libre de Derecho. Para campeones de la ley buscaban a los antiguos servidores de la tiranía. Sin embargo, todo el mundo observaba y callaba. La prensa toda tomó el partido de "la juventud". Se erguía el fetiche del estudiante.

Tanta confusión de valores me irritaba aun sin estar yo mezclado en ella, pero ahora la amistad de Adriana me encendió. Llamé a un reportero del diario más leído; le entregué unas declaraciones. Recordaba en ellas el envilecimiento de la clase estudiantil durante el porfirismo. Hacía memoria de las mascaradas de adhesión al caudillo encabezadas con los estandartes de las escuelas que tantas veces así deshonramos. Que no anduvieran ahora hablando de la libre Escuela de Jurisprudencia, porque no había sabido serlo durante la tiranía y ahora abusaba de la libertad. "Que no se ufanaran nada más de ser jóvenes, porque se podía ser joven y no servir, como lo fue la mayoría que no se conmovió con nuestra prédica revolucionaria, que no contribuyó al peligro ni oyó la voz del deber..." El efecto fue inmediato: se juntaron todas las escuelas y decidieron celebrar una manifestación de protesta contra mi persona. Por momentos recibía de los amigos noticias de la marcha de los debates y de los términos del plan aprobado. Los diarios de la tarde publicaron los discursos adversos y el programa de la manifestación hostil. Una palpitación de odio conmovió a la ciudad. A eso de las seis de la tarde desembocaba la columna por Plateros. Varios miles de colegiales venían de sus escuelas del rumbo de San Ildefonso y se dirigían a mi despacho, en la calle de San Francisco. Avanzaban por la avenida gritando "mueras" y

deteniéndose en las esquinas para pronunciar discursos. El público de paseantes que a esa hora llena la avenida escuchaba con maledicencia y curiosidad. Por la lengua ingenua de la juventud hablaba el rencor anónimo. Algunos oradores no me conocían, pero se exaltaban adjetivándome. Cuando llegaron casi a la esquina de la "High Life", cerré mi balcón y bajé a la calle para curiosear. Me situé enfrente por el callejón de los Azulejos. Allí, con la salida franca, escuché la algarabía. No pasó de algún vidrio roto de los bajos. Los manifestantes llegaron ya fatigados, y como mi balcón era alto y lo vieron a oscuras, duraron poco en su labor ofensiva. Se dispersaban ya cuando un grupo me vio, al borde de la acera. La sorpresa de encontrarme a pie, revuelto entre ellos, me dio tiempo para cambiar de calle y perderme de nuevo entre la gente. A la vuelta tomé un taxi. No había querido que uno solo de mis amigos me acompañara en el trance, porque secretamente y en sitio previamente convenido me esperaba Adriana. La encontré excitada, nerviosa, casi dichosa. Ella también había buscado la manifestación y desde un auto la siguió a distancia.

¿Ahora qué haría yo? ¡Qué bien les había dolido el castigo! ¿Y qué más iba yo a decirles? Por lo pronto resolvimos cenar juntos. Después, ¡si los muchachos hubieran podido imaginar mi gratitud! Pocas veces un vencedor fue tan ampliamente recompensado.

POLÍTICA Y NEGOCIOS

La prosperidad pública crecía agitada con el impulso de las inversiones del capital extranjero, que ya no buscaban privilegios y locas ganancias, sino la seguridad de una transformación, casi sin sangre, desde la dictadura porfirista a un régimen de democracia y cultura. Todo prometía una serie de gobernantes, ya no abortos de cuartel ni jefes de banda, sino universitarios y hombres de idea, lo mismo que en el resto de la América española, ya no digo en Europa y los Estados Unidos. Bien se advertía en mi bufete el efecto de aquella renovada confianza en nuestra nación. Instancias administrativas en gestión de empresas casi todas nuevas ocupaban mis horas. La compañía de luz trabajaba en la prolongación de una línea eléctrica a Puebla, que, según advertía el doctor Pearson, haría uno de los más audaces caminos a través de un panorama espléndido, entre cumbres de volcanes.

Era el doctor Pearson uno de los hombres más extraordinarios de la época. Su obra maestra, la planta eléctrica de Necaxa, era ampliación del proyecto del francés Lefevre. Los comienzos de Pearson fueron humildes. De profesor de matemáticas en un colegio de Nueva York saltó a la notoriedad al resolver en concurso un problema de la compañía del Subway de Manhattan. El premio de cincuenta mil dólares que allí ganara lo empleó en la compra de un yate que lo llevó al Sur en busca de reposo y de sol. Se detuvo en Río de Janeiro. La naturaleza tropical sedujo su temperamento de poeta de la realidad. Visitando las mesetas próximas a la costa vio la posibilidad de aprovechamiento eléctrico del agua que se derrama hacia la costa y concibió su plan grandioso del alumbrado y fuerza de la más bella bahía del mundo. Consiguió capital, dejó en marcha los trabajos respectivos y fue a dar a Barcelona, donde concibió otro plan de vasto desarrollo eléctrico. Trasladado a México creó a Necaxa. Cuando lo conocí distribuía su tiempo entre sus empresas de tres continentes. En su carro de ferrocarril lo acompañaban secretarios, taquígrafos, ingenieros, abogados, un tren de auxiliares que su vasto cerebro activísimo mantenía ocupado. Trabajaba él hasta caer enfermo, para luego, ganado un reposo, volver a empezar.

Me tocó entrevistarme con Pearson con motivo de un asunto enojoso. Uno

de esos ingenieros oficinescos oponía reparos a la aprobación de sus planes; se le negaba, además, el privilegio de la confiscación por utilidad pública, dejándole a merced de propietarios que abusaban de la ocasión; no recuerdo exactamente, pero sí que me dijo con su vivacidad acostumbrada:

—Disponga de veinticinco mil, de cincuenta mil pesos para vencer esas resistencias.

Rápidamente también le expliqué lo que significaba el maderismo que a él le presentaban como alzamiento de demagogos y el desastre de nuestras gestiones si pretendíamos apresurarlas con ofrecimientos de dinero. En un instante se dio cuenta, pidió excusas y, complacido, ensanchó sus planes que ya representarían algo enorme en el desarrollo eléctrico del mundo, si no fuese porque cayó Madero y más tarde Carranza se incautó de la compañía y la saqueó mientras los ingleses se hallaban distraídos por la guerra con Alemania.

Nunca volví a ver al doctor Pearson, que siempre permanecía poco tiempo en cada sitio, pero me dejó la impresión de un hombre genial. Le hallaba un vago parecido a Madero, por la rapidez de su concepción y por la franqueza, la claridad de un pensamiento que nada oculta y refulge espontáneo como la reverberación de la luz.

Cuando murió en el torpedeamiento del *Lusitania* pensé:

"Las aguas se tragaron al mago que en la tierra las había domado."

Por mi despacho desfilaban también no pocos pretendientes políticos. Mi alejamiento de la acción pública precisamente había aumentado la consideración que me guardaban los del gobierno. Allí fue a dar Panci cuando lo despidió Pino Suárez. Nunca supe la causa. Llevado de esta manía absurda de simpatizar con el vencido y el débil, aun sin averiguar si es o no justa su derrota, acepté sin examen el punto de vista de Panci, lo declaré víctima y le conseguí otro alto empleo.

Ocasionalmente volví a ocupar la primera plana de los periódicos. La rebelión de Pascual Orozco en Chihuahua produjo tal alarma que fue menester consumar acto de presencia en las filas maderistas. Lo hice con decisión y en términos de tener que ocultarme si Orozco llega a posesionarse de la capital.

—Si gana Orozco —dije—, se emborrachará; si pierde, se emborrachará.

Venció Madero la rebelión armada, y la intriga volvió a refugiarse en la conspiración y en la prensa. Dentro del Congreso mismo y abusando de la libertad democrática gestaban los más peligrosos enemigos del régimen. La formación del Congreso fue uno de los más grandes errores. La inexperiencia de Gustavo y sus auxiliares produjo situaciones irreparables. Dentro del mismo partido hubo indisciplina y confusión. Interesaba que yo fuese- a la Cámara como uno de los apoyos leales del régimen. Pero dejaron que me derrotara en una asamblea de distrito un oscuro político de barrio que se arregló la votación y resultó postulado. No quise gestionar la designación en algún distrito seguro, porque pensaba, y con razón, que era el partido el que debía preocuparse por hacerme diputado y no yo por serlo. Fue prueba de indisciplina culpable haber permitido que hombres útiles al régimen fuesen suplantados por medianías, precisamente en una época en que hacían falta los significados por la capacidad y el prestigio. Me ofendió el descuido de mis amigos y no quise ya ocuparme de otra candidatura que se lanzó en mi favor en un distrito de Oaxaca. Me salvé de ser diputado de la legislatura que se cubrió de oprobio nombrando Presidente a Victoriano Huerta (con solo cinco o seis votos en contra). Y también, según opinaron muchos en la época, salvé la vida, que no me habrían perdonado los huertistas si en la Cámara hubiera seguido aliado a Gustavo en vez de retirarme a mi despacho. Lo cierto es que me había retirado mi propio partido, que no supo manejarse. Y fue lo peor que el mis-

mo Gustavo, sin poder para sacar diputados a sus amigos, se desprestigió bastante, aplicando después la guillotina en su mayoría contra hombres de valer como el licenciado Francisco Pascual García, diputado católico, y dejando, en cambio, franca la puerta a los Moheno y comparsa, futuros ministros del cuartelazo de Victoriano Huerta.

La noche en que empezaron a llegar las noticias de las elecciones de diputados cené con don Francisco. I. Madero en la casa de sus padres por la Colonia Juárez. No se sabía allí una palabra del resultado. Para esperar noticias fuimos después de la cena al teatro, y en el palco presidencial supo Madero el triunfo de muchos amigos suyos y de no pocos enemigos. Y celebramos todos el contraste de un Presidente demócrata que se informa de los nombres de los diputados al mismo tiempo que el público, y el antiguo Presidente que formaba la lista del Congreso meses antes de la elección.

La tentativa fracasada de Orozco logró, sin embargo, alentarnos. Se nos convocó y tuve que dejar la delicia de los atardeceres dedicados a mi Adriana para asistir de nuevo al partido a defender gente que parecía no querer ser defendida. A luchar contra la influencia en el gobierno de familiares de Madero, muy honorables, pero completamente desorientados en materia política. Muchas veces pedimos el cambio del ministro de Hacienda, que se sentía muy ufano de mantener la moralidad administrativa del porfirismo y la regularidad de los pagos, pero no comprendía las exigencias de la nueva situación. Lo culpábamos de la rebelión reciente por no haber distribuido algún dinero entre los coroneles, los capitanes de la revolución, que, después de sacrificarlo todo en la lucha contra don Porfirio, ahora se veían licenciados, privados de su trabajo antiguo, en tanto seguían en el ejército los mismos que la víspera los persiguieran. ¡Un gabinete de revolucionarios! Tal era el clamor de la nación. Gustavo lo comprendía, pero en ese punto el Presidente Madero se puso sordo. A mí, que le reproché una vez en el seno de la intimidad más afectuosa que emplease a personas de su familia en los altos cargos, me respondió:

—Pero es que a éstos los conozco y sé que no van a robar.

La respuesta me desarmó, como me desarmaba siempre que le hacía censuras. Era de todos sabido que los funcionarios maderistas se portaban intachablemente. Pero era mucho fiar del patriotismo de los ex soldados de la revolución cuando se les lanzaba a la miseria con el consuelo nada más de que *ya la patria estaba a salvo.* Un político debió haber visto la urgencia de salvar y complacer a los correligionarios más desamparados.

El peligro de la situación debió verse claro desde que ya no fueron los maderistas sino los antiguos soldados federales quienes dieron su sostén militar al régimen. Desde la campaña contra Orozco la revolución, como potencia armada, había caído en desprestigio. De un lado, Huerta, el federal, despedazando a Pascual Orozco, el héroe de la lucha contra don Porfirio. Del otro Pancho Villa, auxiliar valioso, por causa de su antigua rivalidad con Orozco, sale también de la campaña deshonrado. En efecto: Huerta, que lo temía por leal a Madero, le forjó una intriga y en vísperas del combate decisivo quiso fusilarlo. Pancho Villa lloró implorando gracia. Como buen matón, no era el valor sereno su especialidad Lo salvó, sin embargo, Emilio Madero, que combatía como general al lado de Huerta. Pero la fama heroica de las huestes rebeldes quedaba deshecha. Y el torvo caudillo de la reacción empezó a tomar proporciones de Napoleón y de Santa Anna.

Asistí a la cena que Gustavo ofreció a los militares triunfantes del orozquismo, y, desde esa noche, la fisonomía bestial del caudillejo, la torpeza de su trato, nos hicieron comprender que no era posible ningún acercamiento sincero con aquel aborto de cuartel.

A mi despacho empezaron a llegar rumores y denuncias. Por regla general desatendía ambos. Era antipático el tono canalla en que se desarrollaba la lucha. El dinero seguía entrando en mi caja por honorarios legítimos, sin cobrar un peso del gobierno, pero aun esta corriente de oro me entristecía. Mis actividades estaban muy lejos de la meditación para la cual me creía nacido. Poseía ahora muchos libros lujosamente empastados, pero se quedaban de adorno de la biblioteca, pues no tenía tiempo de hojearlos. Ahora que podía comprarlos no llegaba a leerlos.

A veces, algún negocio de escaso rendimiento, pero de apariencia vasta, me sacaba de la rutina, entusiasmándome con perspectivas constructoras. Estuvimos a punto de formalizar un sindicato que hubiera construido una ciudad moderna frente a Tampico, precisamente en los días anteriores al alza de precios provocada por el auge del petróleo. Mi cuenta en efectivo aumentaba en el Banco. Una buena parte se gastaba, otra quedaba en depósito. Bien sabía yo la manera de hacer una fortuna sólida sin riesgos de ningún género. El sistema de Uriarte me era conocido de sobra: comprar una casa de vecindad, repintarla y en seguida subir el precio de los alquileres, segura renta sobre el dolor humano. Mientras más humildes viviendas, mayor ganancia de los agiotistas, pero el dinero así me daba asco. Era mejor seguirlo ganando y gastando.

Al que ha pasado estrecheces y le viene de pronto la abundancia le entra comezón de gastos inútiles, desperdicia en convites, en fondas suntuosas, coñacs caros y caviares exóticos. Y con amigos y con Adriana, las noches salían caras en los reservados de lujo. El México de entonces presumía de pequeño París y abundaba en refinamientos. En autos, champaña, encerronas de dos o tres días en los hoteles campestres cercanos, la vida transcurría dichosa. Un día, al pasar por "La Esmeralda", compré unos diamantes en cuatro o cinco mil pesos. Me recordaban unas dormilonas que usaba en el teatro mi madre en los buenos tierna pos de Piedras Negras; quizá eran mejores; las obsequié a mi Adriana. Lucían maravillosamente en sus orejas delicadas.

Nunca nos presentábamos en público juntos, pero procurábamos coincidir en los espectáculos.

LA AMISTAD

Había encontrado el amor y no abandonaba la amistad, aunque a menudo la hiciese a un lado urgido de dedicar toda la atención al milagro que estaba! viviendo. Adolfo Valles era mi confidente y amigo. Lo había sido desde los días agitados de las conspiraciones contra el porfirismo. Desde jurisprudencia gozaba fama de lealtad, elegancia y valentía. Alto, flaco, enjuto de rostro, nariz grande, ojos dulces y además apuesto, era un tipo de mosquetero criollo del Norte mexicano. Esgrimista y orador, durante muchos años] mantuvo plaza de campeón de sable y de presidente de Debates del Jurado Popular. Su talento despejado, su tolerancia y honestidad, lo hacían insustituible como juez. La afición de los] paseos por el bosque nos había juntado. En la conversación era discreto, lo mismo en temas de filosofía que en ¡ asuntos mujeriles y mundanos. Una! experiencia prematura y el trato de los buenos libros le habían dado equilibrio y benevolencia. Vivía resignados después de dilapidar en placeres fáciles primero la herencia del padre, después la de la madre. Escéptico en política, servía los cargos de gobierno con honradez y alimentaba la bella prole que le crecía cada año. Conocedor de hombres no se hacía ilusiones sobre la situación de la República. Colaboró en el porfirismo con lealtad, sin desconocer sus yerros y sin cortar amistades que, como la mía, de pronto se le habían vuelto comprometidas. Casi siempre la razón estuvo de su parte

en nuestras discusiones. Por ejemplo: bajábamos una mañana por la calzada de Tacubaya, en vísperas del levantamiento maderista. Pasó don Porfirio en su carruaje, acompañado de dos ayudantes, y saludó, como lo hacía cada vez que encontraba desconocidos o amigos. Respondió Valles cortésmente, levantando el sombrero, pero yo tomé la pequeña venganza de dejar sin respuesta el saludo. Lejos de excusarse ante mí, Valles me aleccionó sobre las ventajas sociales de la buena educación, remontándose a la batalla en que se formuló la frase: "Tirad primero, señores ingleses." Ahora, que me veía metido en disputas y controversias públicas, solía preocuparse y decía:

—Tome clase de sable; así se librará usted, a costa de un machetazo o de un rasguño, del más serio peligro de matar o ser muerto en riña.

Y me dejé llevar a una célebre academia, donde no persistí gran tiempo, en la espada; en cambio, practicábamos a menudo el tiro de pistola y de rifle. Pero fiaba más en mi lema: "Nunca atacar sin razón y menos en los casos en que el motivo personal podía ofuscarme." Al triunfo del maderismo, Valles se me había eclipsado y tuve que rogarle para que aceptara un alto cargo que, por consejo de varios amigos, le otorgó Madero. Sus antiguas relaciones estaban del lado contrario al nuestro; sin embargo, fue leal con nosotros en los días de prueba.

De mañana temprano, en bicicleta o a caballo, recorríamos él y yo, solos o con algún otro amigo, las hermosas calzadas del Bosque o los caminos luminosos de Mixcoac y San Ángel. En la terraza del célebre hotel restaurante tomábamos un desayuno de frutas, café y mermeladas. Si era domingo, el paseo se prolongaba toda la mañana. Otras veces nos juntábamos para el paseo de mediodía por Plateros. Juntos vimos cierta ocasión la silueta arrebatadora de Adriana. Iba vestida de negro ajustado, con una sola flor roja en el pecho. Un sombrero de encaje oscuro realzaba su palidez. La mirada altiva, distante, parecía ignorar el murmullo que su paso armonioso despertaba. Desde la acera de enfrente la contemplamos, iluminada por el día, hasta que se perdió entre la gente. Y Valles observó:

—Caramba, compañero, esto está grave; se ha puesto usted pálido de solo mirarla...

No compartía Valles mis pasiones políticas, exaltadas, pero no dejaba de expresar su opinión franca sobre los hombres que amenazaban el porvenir de la República. Sus juicios serenos y justicieros dejaban una impresión noble y sedante. A lo gran señor arruinado conocía la vida desde todos sus extremos y no guardaba rencor ni al pequeño ni al grande... Una pereza ensoñadora le evitaba aprovechar para algún negocio, para un buen bufete propio, las oportunidades excepcionales que le brindaba el tener amigos en todos los bandos, sin faltar a la decencia de una conducta personal irreprochable. A no ser por sus hijos, que asomaban al balcón media docena de cabecitas rubias gritando "Papá..., papá...", seguramente habría quedado en un sillón, paralizado de la voluntad y gastando en charla amena las horas. De su época brillante le quedaba la afición del buen coñac. Solíamos tomarlo en el restaurante francés de moda, en grandes copas donde luce como un ámbar desleído.

No tenía más de treinta y siete años y ya se sentía en receso. Una ocasión lo encontré acicalado más que de costumbre, flor en el ojal del chaqué y fieltro bien planchado. Levantaba éste cada vez que pasaba y repasaba frente a un taller de modas.

—Fíjese, compañero: ¿verdad que está bien?

Y una linda empleadita sonreía ya que había pasado. Luego, cuando más tarde se le preguntaba el epílogo de sus devaneos, reflexionaba:

—A mí ya sólo me queda, como a los caballos de raza, el arranque.

Y una dulce pereza bondadosa lo envolvía en su halo.

Era yo feliz con dicha de esas que no piensan, no miden ni comparan. Feliz en la carne y en los huesos, como si un cuerpo nuevo y lozano me hubiese nacido por gracia. La visión de sus ojos entrecerrados por el deleite me perseguía a cada instante, me embriagaba. Ahora me servían los sentidos. Por cada poro corría la misma avidez y el deseo satisfecho se renovaba. Antiguamente, y en otras aventuras, pronto a la sorpresa placentera sucedía el cansancio cuando no el asco. Ahora el placer se volvía profundo y recordarlo era como arder en llama viva. Beber y beber y sentir que la sed crece dulcemente. Exprimir y juntar los cuerpos sin que se agote el ansia que devora las almas. No alcanza el lenguaje, no expresa ninguna imagen el hondo drama del goce que vibra músicas y el alma que apetece unión. Como quien cava en un abismo, la sensación de infinito crece y el destino se doblega. Todo el Universo parece concurrir a una misteriosa consumación.

Arrebatar una presa y devorarla en paz. En la apetencia de la fiera hay ya algo del que padece amor. Por los siglos de los siglos, y si volviesen a resucitar los cuerpos, una boca buscaría otra boca y los mismos huesos temblarían al recordar la ventura del abrazo infinito. El amor de por sí tornaría a engendrar mundos. . . Por eso no me gustaba la tesis de la resurrección de la carne: porque toda esta confusión no debe volver. Por entonces, en mi período insaciable, ninguna consideración me hubiese hecho desistir de mi engreimiento. Y me hubiera roto en pedazos para barrer cualquier obstáculo que impidiese el arrebato amoroso. Así, simbólicamente, y también con imprudencia, salté una noche las tapias del jardín, para eludir familiares que la visitaban. Llegó a mí entre los árboles, suelto el cabello y fríos los labios.

Muchos pretendientes habían desistido al saber que pisaban terreno vedado. Además, imprudencias recíprocas habían dado motivo a la murmuración. Su belleza provocativa encendía ilusiones y creaba despechos. La avenida principal se conmovía cuando, ocasionalmente, atravesaba ella en auto abierto. Y viéndola una vez desde mi balcón quise gritar que la amaba. Pronto el escándalo trascendió a mi hogar. No había por allí mucha dicha que defender, pero desde la muerte de Carlos una corriente de gratitud me había reconciliado sentimentalmente. Y me dolía que llegase a descubrirse la verdad, precisamente porque me daba cuenta del total e irremediable abandono amoroso en que tenía a mi esposa.

Bastante ha bordado la gran literatura sobre el tema doloroso *(¿Pére* G*oriot?)* del doble domicilio. Ahora sentía la amargura de levantar en los brazos a los hijos pequeños para el beso apasionado en la mejilla y pensar al mismo tiempo en el otro beso acabado de dar con el dolor de una separación obligada. ¡Y me estremecía imaginar lo que hubiera sido la vida en común con la nueva! ¡La única!

Lo menos que ocurre en estos casos es lo que estaba sucediendo: el desacuerdo hasta el pormenor. Incomodidades menudas desde la manera de tender la cama hasta la diferencia de gustos en la mesa. Todo disimulado ahora con indulgencia de culpabilidad; agravado con un aluvión de gastos inútiles que amenguan el más grueso caudal, sin ánimo de oponerme al ingreso de huéspedes y parientes. Además, criados aturdidos que jamás acertaban a tener caliente el café. Poco a poco, había adoptado la costumbre de hacer fuera las principales comidas; pero el día que tenía un invitado no se daba ni con los vinos finos desperdiciados entre la bebida corriente, inapreciados, pero consumidos con el afán de probar y hacer gasto. Si alguna queja apuntaba, en seguida caía terrible reproche:

—Más gastas en tus queridas.

Como una pesadilla, de madrugada, rascaba diariamente la escoba debajo de la puerta que daba al corredor, a tiempo que el polvo determinaba efectos de asfixia sobre mi exagerada sensibilidad nasal.

—¿No pueden barrer a otra hora?

—No; tienen mucho quehacer. Aquí trabajamos todo el día mientras tú te diviertes.

No me divertía de día, me divertía de noche. De día trabajaba duro. Las preocupaciones de la calle aplazaban la realización de mi sueño: vivir solo; pasar una pensión a mi esposa y hacer con mis hijos una de las comidas del día. No deseaba separación más rigurosa porque no la resintieran los pequeños. Tampoco quería que una separación deseada desde antes viniese a ensombrecer el amor nuevo, haciéndolo más culpable. Padecía el remordimiento de ser feliz, locamente dichoso, y de ver, en cambio, en mi casa, la discordia. Para aliviar mis propias responsabilidades soltaba la bolsa, corría inútilmente un dinero que pudo ahorrarse para tiempos adversos.

Acometido de ráfagas de amor, adoraba y acariciaba, oprimía a mis hijos. Entre mis hermanas solo Chole tenía para mí una constante dulzura. Se había ido quedando soltera y se había hecho beata. No gastaba. Usaba un solo vestido negro, y cuando le regalaba cinco pesos, corría a dárselos de limosna al cura que construía una iglesia en el barrio. Se había apegado mucho a mi hijo pequeño, se dedicaba a él. Un día mi esposa se lo quitó para dárselo a cuidar a una de sus parientes. Chole lloró, sin quejarse. Impotente, presencié la cruel ocurrencia.

A menudo me tendían la ropa de la cama atravesada, por lucir las colchas. Se me salían los pies, y, al reclamar, me contestaban: "Yo sabría mucho de las cosas de la calle; en las cosas de la casa no debía meterme." La presencia de mi hijo de tres años reprimía el impulso del asesinato. Además, mi hijita pequeña solía alisar con sus manitas las almohadas. Esto me detenía en el camino de la puerta, libertador y ancho. Pero la idea de la infinita ventura que habría sido vivir con Adriana me punzaba.

Involuntariamente comparaba la risa dichosa de nuestro encuentro, el léxico tierno, el gusto delicado de los guisos que preparaba en la casita que habíamos arreglado exclusivamente para nuestras citas. Lo venturoso que habría sido no salir más de aquella pequeña vivienda. Lo bien que estaban dos que se compenetran. La perfección que había alcanzado para el amor, imposibilitada para la concepción a consecuencia de un trastorno del primer parto. La amante cabal. Mi vida entera no había tenido mejor propósito que encontrarla. Ni siquiera cruzábamos juramentos de amor; de los pies a la cabellera me pertenecía y también desde su infancia hasta la muerte. Nuestro acuerdo erótico se hacía intenso en el abandono de las conversaciones. Horas enteras me quedaba pendiente de sus labios. Proyectaba aventuras, adelantábamos sueños, temblaba ella apoyándose en mi dicho, confirmándolo. Por primera vez hallaba una que creía en mí y en mi destino. El corazón me lo había cerrado a la confidencia aquel desconfiado, casi agresivo: "No presumas", "No te creas", "Te crees demasiado..." Ahora había una que me decía "¡Adelante!", dispuesta a seguirme. Leyendo en nuestro retiro a Shakespeare, la comparaba con Cleopatra; repasando después el *Werther,* me parecía una Carlota candida, y si luego leíamos de *Thais,* encontraba en ella, más que la cortesana, la bacante.

Entre los de mi propia sangre también ocurrió algo raro. De repente Samuel se encerró en su habitación. Se negaba a hablarnos, dejó de estudiar. Mi padre, que le tenía predilección semejante a la que yo había tenido por Carlos, averiguó lo que pasaba y me lo dijo: No estaba contento en la escuela; le parecía mala, muy deficiente el profesorado. Yo estaba en buena posición... ¿Qué me costaba costearle su carrera en París? Después me pa-

garía lo que se gastara, pero yo era un egoísta; nada más me ocupaba de mí y olvidaba la familia... Tomé primero a broma el caso, pero lo curioso fue que mi padre tomaba el partido de Samuel... ¿Que no podría yo hacer un esfuerzo?... Después de todo, unos cuantos años. No quise explicarle lo que no hubiera entendido su alma generosa y nada práctica, a saber: que así me sobrara por de pronto dinero no debía derrocharlo, por lo mismo que eran muchos los que dependían de mí. ¿Quién me aseguraba poderme sostener como estaba? No me había caído lotería ni herencia; ganaba, pero también gastaba, y era poco lo que podía ahorrar. Desconté todos los argumentos de dinero y repuse:

—¿De manera que le parece mala la escuela? Si es mala la escuela, que se gane en ella todos los premios, y así que lo haga, me comprometo a mandarlo a París para su perfeccionamiento, pero no para intentar allá lo que no puede aquí.

Pero esta resolución costó semanas de rostros adustos y de sentir sobre la cabeza el reproche de avariento y de egoísta. Por demás está decir que mi padre jamás me pidió para sí un solo servicio. Sus lujos eran sus puros de buena vitola y tenía para comprarlos. Con su Antonieta, la francesa, hacía comilonas famosas que acabaron por debilitarle su robusta salud. Y su entretenimiento eran los nietos. Tantos apuros económicos pasó él, resolviéndose todo a la postre bien, que sin duda no comprendía que yo no siguiese la tradición de la familia: gastar con matemática exactitud tanto cuanto se gana para vivir al día.

Probablemente toda una casta vivió así en el México de antes, cuya abundancia permitía seguir al pie de la letra la economía alabada en los Evangelios. Pero yo sentía mi destino y por instinto, aun en medio de la prosperidad, contaba con las vicisitudes del ambiente patrio. Por el otro lado, una parentela súbitamente descubierta oía de boca de mi esposa:

—Que les dé mi marido; al fin que él ahora tiene.

El sobrante de mis entradas lo mandaba al Banco. Uno de mis clientes era el mismo Rodríguez Cabo que nos hospedó y ocultó en su hacienda. Se ocupaba entonces de construir unas obras de irrigación para vastos plantíos de arroz. Necesitaba dinero; me pidió un préstamo. Reuní veinte mil pesos y se los di a condición de que el interés fuera un punto menor que el del Banco. Gracias a esta ocurrencia, salve una suma que me sirvió extraordinariamente en los días adversos que siguieron.

OTRA SUBLEVACIÓN

Por más que deseaba no ocuparme de la política, los acontecimientos obligaban a la acción. Estaba preso el general Bernardo Reyes, quien, al fracasar en una intentona sediciosa, se rindió sin condiciones. Y ahora sobresaltaba al país la noticia de que Félix Díaz, sin más títulos que el de *sobrino* del Dictador, se declarara rebelde apoderándose de la plaza de Veracruz, mediante el soborno de un par de regimientos. En grupo, Gustavo, Pino Suárez, González Garza, Urquidi y yo, visitamos a Madero. Llegamos a Chapultepec cuando se recibieron las noticias de la recuperación de la plaza tras de escasa resistencia y la entrega incondicional de los sublevados. Gran parte de la opinión atribuía la frecuencia de los levantamientos a la lenidad del gobierno. Uno tras de otro habían sido perdonados los rebeldes y se sentía la necesidad de un escarmiento. Ninguna oportunidad mejor que la que se presentaba para dejar caer todo el peso de la ley sobre un favorecido de la suerte desde su cuna y que notoriamente obraba por ambición y despecho. Cierto coronel joven, de toda nuestra confianza, se acercó a mí diciendo:

—Procure influir en el ánimo del señor Madero; basta con que me encargue el

traslado de los presos, en el camino bajo a Félix Díaz y lo fusilo; si no se procede una vez de esta manera, caerá el gobierno y acabarán por hacer con Madero lo que él no quiere hacer con los culpables...

—No cuente conmigo para eso —le dije, sonriendo.

Pronto fijó en mí la atención el propio Madero.

—Ya tengo premeditada mi venganza —afirmó—. Aquí está el texto del manifiesto de Félix Díaz. Invita a la rebelión y promete una dictadura... Es —agregó— *un manifiesto guatemalteco..., una nueva tuxtepecanada. . . , una ofensa al patriotismo de los mexicanos.* .., sus propias palabras lo desprestigian... y lo acaban... ¿Para que voy yo a mancharme matando a un hombre que así se suicida moralmente?... Por lo demás —añadió después de un instante de reflexión—, si el país es capaz de aceptar nuevas militaradas de ese género, entonces yo salgo sobrando... Prefiero irme a caer en lo que hemos censurado a nuestros antecesores. . .

Félix Díaz, sano y salvo, ingresó a la cárcel: desde allí siguió conspirando; las consideraciones de honor valían para el gobierno, pero no para la banda adinerada que había jurado la destrucción del maderismo.

Y unos rieron del candor de Madero, y otros se irritaron, porque no cometía salvajadas, pero muy pocos reconocieron la intención de sentar un precedente, de transformar para siempre el ritmo vergonzoso de nuestra historia. El Madero, "el apóstol", prevalecía sobre "el político", se ha repetido después a menudo. Pero ¿qué vale un político que tiene que igualarse a los rufianes que lo combaten? Solo un canalla puede adelantar censuras de lo que era alta visión de gobierno. Y lo único lamentable es que ciertos pueblos no sepan sostener hasta el fin la obra de estos escasos, verdaderos estadistas, que nacen de su seno.

Después de sus victorias resonantes, Madero cobraba nueva fuerza de convicción y se afirmaba su táctica, El éxito continuado acrecentaba su natural confianza hasta extremos peligrosos, pero no había en su temperamento una sombra de jactancia, Le dolía la humillación de sus enemigos, y hubiera deseado abrirle el presidio y también la anchura inmensa de sus pequeños brazos. Por desgracia para la nación pronto diría una vez más la Historia que el sentido de los sucesos no está gobernado por la razón y por la justicia. Fue fácil censurar a Madero a raíz de su caída. Por su ceguera o su culpa se había derramado la mejor esperanza de México, afirmaban muchos entre sus propios amigos. Sin embargo, hoy que vemos a mayor distancia su actuación, nos afirmamos en la creencia de que era él quien tenía razón. Pues ahora vemos que no vale la pena perdurar unos cuantos años más de lo que duró Madero para caer también como han caído Carranza y Obregón, solo que desprestigiados, no solo fracasados. Cuánto mejor el fracaso limpio en que se salva un héroe como ejemplo y honra de todo un pueblo que el fracaso sin gloria de los que perecen después de haber traicionado todos sus principios. Si las circunstancias no obedecieron al impulso redentor que a la patria imprimía Madero, peor para todos nosotros y tanto mayor aparece su gloria. Y todavía, cuando México se decida a rectificar sus pavorosos yerros, tendrá que tomar el hilo de la patria regeneración en el punto en que lo dejó Madero.

No acabaría de contar las pruebas de grandeza moral que don Francisco nos daba. Un día se presentó en mi despacho aquel Fulgencio del primer período antirreeleccionista; lo veo con su semblante amarilloso de enfermo, cohibido y lamentable. Su situación, la de siempre: falta de trabajo, miseria y muchos hijos...

—¿Cree usted —me consultó— que Madero me contestaría una carta si le escribo pidiéndole un empleo?

Al instante recordé la conversación del desayuno en la casa de Tacubaya,

el primer día de Madero en México, y el dolor bondadoso con que había juzgado aquel telegrama de felicitación. ..

—Véalo usted —le dije—, no le escriba; verá que le abre los brazos...

Una semana más tarde volvió Fulgencio y me tendió una carta con el membrete presidencial. No se había decidido a pedirle audiencia, pero fiado en lo que yo le había dicho le había escrito. Allí estaba la respuesta: Leí: "Querido amigo... Yo de mis amigos recuerdo lo bueno y olvido cuanto pueda constituir un agravio. Venga a verme cuando guste y cuente siempre con el afecto", etc. Fulgencio lloraba al recoger su papel; yo disimulé mi emoción... ¡Aquel era nuestro Madero! Supe más tarde que a Fulgencio le había dado la dirección de una escuela importante. Lo creían ingeniero.

A distancia conocí también a cierto personaje macabro, tipo acabado de Yago criollo. Se llamaba Mondragón. Bajo el porfirismo se había enriquecido. Le encomendaron una compra de armas, modificó el cierre de los cañones franceses de setenta y cinco y lo bautizó con su nombre. Al mismo tiempo los vendió al gobierno en forma tan onerosa que le valió un proceso. Estaba abierto todavía éste cuando Madero subió al Poder. El perdón no se hizo esperar. Se archivó el proceso. Juró el otro adhesión. Y pronto comenzó a saberse que el director de todas las conspiraciones militares, el confidente de Félix Díaz y el abanderado de futuros cuartelazos, era nada menos que este desprestigiadísimo jefezuelo.

EL EMBAJADOR YANQUI

En el University Club y desde su llegada a México, en las postrimerías del porfirismo, me habían presentado a Su Excelencia Henry Lane Wilson. Al triunfo del maderismo, fui yo el indicado para poner en contacto amistoso extraoficial a don Francisco y al embajador. Lo hicimos en una cena que presidió Rafael Hernández, ministro maderista en el gabinete de De la Barra. Henry Lañe era hombre de gustos literarios y estaba muy contento del cambio operado en el país. Le complacía el político culto en contraste con el palurdo ex dictador. Su vanidad sentíase halagada de que se le contara entre los precursores a causa del discurso sobre "la roca de la Constitución". Empezó, pues, el trato de los dos hombres de la manera más prometedora. Es más: Henry Lañe se mostraba entusiasta. Con esa franqueza propia del hombre inteligente y del carácter de los yanquis de entonces, se acercó a mí después de la cena y me dijo:

—Mi enhorabuena; tienen ustedes un gran hombre, estoy encantado... ¿Se ha fijado usted —añadió—, qué hermosos ojos de apóstol, de iluminado?... *Wonderful!*

Amigos comunes de la colonia americana de México me mantenían al corriente del barómetro de la embajada. Yo no ponía un pie en la Secretaría de Relaciones, pero cuando era necesario acudía ante Madero para informarle. De la cena en el club hacía ya más de un año, y, entretanto, las circunstancias habían cambiado. Al principio Henry Lañe aparentó suavidad; pero, poco a poco, se había ido tornando exigente, después impertinente y ahora se hablaba de que ostensiblemente alentaba a los descontentos, recibiéndoles en su casa. El periódico norteamericano *Mexican Herald,* obediente a las indicaciones del embajador, desarrollaba una violenta campaña de oposición verdaderamente procaz. En el odio de este diario había un motivo. Su principal propietario había hecho una fortuna a la sombra de Limantour, vendiendo los muebles de todas las oficinas públicas a precios privadamente fijados. Ahora Madero compraba por subasta; no daba preferencias y los nuevos ministros no solo no tenían socios, no tenían siquiera negocios. Pero esto no explica,

nunca se ha explicado el cambio de frente del embajador, que en los negocios se mostró correcto. Mi propia opinión es que a Henry Lañe lo perdió la soberbia. Se creyó que con unas cuantas frases de halago y algún consejo Madero se rendiría a su experiencia y le consultaría los más delicados negocios del Estado. En vez de esto encontró en Madero un carácter. Donde Porfirio Díaz y sus ministros decían sí a todo lo que pidiera el poderoso, Madero se alzaba sintiéndose Presidente de un pueblo soberano. Las reclamaciones por los desmanes que subsisten esporádicos como epílogo de la revolución daban pretexto a exigencias cada vez más irritantes. De Washington venían notas perentorias insinuando que, si el gobierno era incapaz de defender las vidas y las propiedades de los norteamericanos, los Estados Unidos tomarían, por su cuenta, medidas. El tono mesurado, pero firme de las respuestas de Madero, causaba asombro en una opinión habituada a las complacencias del porfirismo.

—Es muy grave la actitud de la Embajada —me dijo un amigo que a diario visitaba a Henry Lañe—. Debía usted intervenir; todo lo que el embajador quiere es que se le trate con más consideración...

En efecto, aproveché la mejor ocasión para conversar largo con Madero: su paseo matinal por el Bosque. Pretendí hacerle ver la necesidad de una reconciliación y aun quizá la previa disposición de Wilson para lograrla. Pero Madero esta vez se me exaltó.

—No se imagina —me dijo— la serie de impertinencias que ya le hemos tolerado; por último, el otro día quiso levantarme la voz y no se lo consentí... Ya se irán dando cuenta de que pasaron los tiempos de don Porfirio. Ahora no manda en el país el embajador. . . Por lo demás —me dijo Madero confidencial y risueño—, ya le queda poco tiempo... Dentro de unos meses sube a la Presidencia de Estados Unidos Woodrow Wilson, que es amigo mío, y el primer favor que voy a pedirle es que cambie representante. Este Henry Lane es un alcohólico; todas las noches se duerme con champaña.

Tan fielmente la suerte se había acomodado a su optimismo, que nos contagiaba de él a todos. No volví a ocuparme del embajador y sí creció mi respeto por el hombre que honraba la Presidencia. Le admiraban sus ayudantes, educados en el Colegio Militar, su resistencia física en los paseos a caballo que hacían los domingos. Lo admiraba por distinto concepto cada uno de los que se le acercaban. Y como efecto de un magnetismo contrario, claramente manifestado, lo odiaban con saña los perversos. Sereno y grande su destino, sin embargo, no coincidió con un momento histórico propicio. Pasado el espectáculo de la lucha, el pueblo había tornado a la apatía. Pequeños errores, como el de ciertos nombramientos, abultados por la incomprensión, daban lugar a reproches iracundos. Los capitalistas extranjeros, despechados por la supresión del sistema de concesiones, subvencionaban la prensa antigobiernista. Los revolucionarios tardíos, deseosos de hacer olvidar su abstención en los días de prueba, se refugiaban ahora en la "Casa del Pueblo" para tronar contra Madero, acusándolo de reaccionario. Entre ellos Díaz Soto, desinteresado en dinero, pero herido en su orgullo; también Luis Morones, de triste fama posterior. Pronto se darían ambos baños de rosa por su adhesión al inconsciente de Emiliano Zapata, pero ya estaban de cómplices de Victoriano Huerta, cuya traición sirvieron, el primero como notario de Tacubaya, y el segundo como agitador obrero sumiso a la reacción huertista. Por su parte, los ex reyistas de la Cámara, con el nombre de renovadores y dirigidos por Cabrera, presentaban exigencias, dificultaban la tarea administrativa, echaban los gérmenes de la plaga carrancista. El propio Carranza, en el Norte, murmuraba y se oponía a rendir cuentas de unos regimientos que sostenía, al margen de la ley.

Con todo, el gobierno parecía estable. Tres rebeliones había deshecho con celeridad deslumbradora. La masa de la población estaba contenta y vivía libre por primera vez en su historia. La prosperidad era efectiva. Los ferrocarrileros organizados, los obreros de Orizaba creciendo en poder social y político, los mineros obteniendo de las empresas más seguridades en su trabajo y mejores jornales. Nunca hubiera caído Madero si la traición no lo vence. Contra ella es impotente aun el más fuerte. No se dice que Lincoln fue un inepto porque un loco le pegó un tiro. Así tampoco es justo acusar a Madero de que cayó *por débil.* Mucho más fuerte que otros que han perdurado, Madero humilló a sus enemigos en los campos de batalla y en la pugna superior de la moral contra el delito. Acabó con él un cuartelazo que es, como si dijéramos, el retorno de la barbarie. Los manes aztecas tomaron revancha del Quetzalcóatl blanco que abolía los sacrificios humanos. Eso fue todo.

Y se reanudó el ciclo de los presidentes y la dinastía de Huichilobos que son asiduos concurrentes a las corridas de toros. Los héroes del estoque, temerosos de dañar su popularidad, rehuyen la intimidad de estos ejecutivos amenazados por la vindicta pública. Pero entre picadores y novillos hallan sus íntimos los Victoriano Huerta y los Calles. Madero fue una vez a los toros por ayudar a una "gloria nacional"; fue una vez y no volvió. En cambio, se le veía en su palco cada vez que la Sinfónica tocaba un concierto. Su rostro luminoso se dejaba llevar de la melodía, entregaba la frente a pensamientos nobles. Dirigía entonces la Orquesta del Conservatorio el maestro Meneses y en sus programas figuraba, con la *Sinfonía Patética,* la Marcha de *El año 1812,* de Tchaikovsky. Cuando alguna vez preguntó el director si deseaba el Presidente que se repitiera algún trozo, Madero pidió la *1812...* Producíale esta obra tumultuosa una impresión muy viva. Él, que era un creyente del pueblo, un enamorado de sus entusiasmos y epopeyas, reconocía en aquella música la gloriosa aventura reciente del pueblo mexicano. Un canto a la Revolución en su etapa generosa cuando liberta y empieza a construir. Si pretendiésemos caracterizar por una pieza musical una época tendríamos que reconocer que la afición de Madero era acertada. Buena parte del público también pensaba:

"Es la primera vez que un Presidente de México posee calidad humana suficiente para gozar de un concierto sinfónico."

Antes el Presidente iba a los gallos; ahora disfrutaba la vena melódica plena de emoción generosa. Después los presidentes irían a los toros..., para gustar de la sangre vertida sin riesgo del espectador.

LA TRANSFORMACIÓN

Se operaba en México, a la par que la transformación moral de su índole, un cambio de trascendencia en el régimen de su economía. Desde la época precolombina hubo civilizaciones en la meseta, pero todas ruines, ninguna comparable a lo europeo. El motivo económico de esta inferioridad está en la escasez de combustible. El porfirismo creyó realizado el progreso porque llegaba a México un automóvil, pero en las casas de la ciudad de México se seguía guisando con carbón vegeta] como en los tiempos de Moctezuma. La primera empresa para dotar a la ciudad de gas combustible se organizo durante el maderismo; se construyó parte de la tubería, pero vino Carranza, que arrasaba con todo, y la obra aún hoy sigue suspensa.

El doctor Pearson vio la oportunidad que significaba el aprovechamiento industrial de las numerosas caídas de agua que el terreno provoca. No hacía falta sino añadir un poco de ingenio humano a los dispositivos de la Naturaleza. México, sin carbón, era, en cambio, el país de la hulla blanca, predestinado por lo mismo a un desarro-

llo industrial de tipo ultramoderno. Quizá un futuro emporio cuando las minas de carbón y las reservas de petróleo empezaran a agotarse o cuando el perfeccionamiento de la maquinaria eléctrica fuese desplazando la hulla o echándola en desuso.

Necaxa era el comienzo de este estupendo plan: la electrificación de la meseta mexicana. Todos los millones que hacían falta empezaban a llegar, hubieran seguido llegando, si Madero consolida su gobierno, único capaz de dar apoyo a semejante tarea civilizadora. Madero entendió la ocasión y para significar con más notoriedad su apoyo, hizo viaje oficial de visita a las obras. Una de las bellas promesas que la caída de Madero dejó aplazadas fue la terminación de Necaxa. El primer viaje a las obras lo hice en compañía de un banquero canadiense, representante de los accionistas y del gerente, un norteamericano rubicundo, robusto, bondadoso y brusco: titán constructor de categoría más alta que la de los capitanes de la guerra. En Tulancingo se dejaba el tren ordinario para tomar el de la compañía (un *cork screw railroad)* —en sacacorchos— por las espirales que describe para bajar a la cuenca. Panorama sereno de cumbres revestidas de pinares, cielo azul y en la lejanía las nieves perpetuas de los picos más altos. Contrastaba con el aroma silvestre intacto el perfume de Adriana pegado a mi carne como una reliquia. Toda la noche, con pretexto del viaje, la había pasado a su lado y como quien nada en aguas de placer y de luz. En mis oídos resonaba el timbre de su voz de sirena. Lamentaba que no siguiese pegada a mí para disfrutar el encanto vigoroso y despejado de la Naturaleza. ¿Qué valía sin ella el esplendor del sol, el orgullo de los montes? El éxito, el poder y la misma sabiduría se quedaban incompletos y casi inútiles si ella no existiera. ¡Aquel amor de carne y hueso me volvía más profunda el alma!

Con la objetiva precisión del técnico explicaba el gerente sobre el plano y con el terreno a la vista la extensión de los valles, el curso de las vertientes, la convergencia de chorros que hábilmente engrosados formaban torrentes, surten canales, se depositan en las grandes presas de cortina pétrea. Allí la caída se regula con las compuertas, se nivela con los vertederos de emergencia, Tras del mapa se nos mostraba el plano con el trazo topográfico y el dibujo mecánico. La copia azul detalla la maravilla de la turbina, primitivo hallazgo del ingenio humano, extensión de la palanca; perfeccionamiento del molino, hoy se ha apoderado del torrente, lo pasa por aspas y engendra la rotación necesaria al dínamo. El golpe mecánico transformado en corriente eléctrica que produce luz o trabajo, remedio eficaz del *fiat* original que de un ímpetu divino y un golpe de rotación de los sólidos hizo un movimiento y del movimiento derivó la luz, la vida, las almas.

Por la tarde visitamos la planta. En torno a la entraña mecánica un ambiente de poesía exaltaba el paisaje. Montañas y selvas emergen de la niebla, mojadas a ratos de lluvia, después iluminadas por el sol que sigue el arco iris.

Brumas permeadas con los aromas de la fronda tropical subían de las zonas bajas, envolvían las casas de la administración. Edificios de madera pintada de blanco, dos pisos y veranda a la inglesa; por dentro alfombras que apagan los ruidos, limpieza, comodidad y unas camas sólidas, anchas, a propósito para reparar la fatiga del que ha pasado el día perforando montañas. Si bien es cierto que los verdaderos perforadores no tenían camas tan buenas como las reservadas a los mirones del Consejo de Administración y sus visitantes, no se podía decir que la compañía descuidase a sus más humildes obreros. Toda una ciudad nueva se había levantado próxima a las obras y en ella recibía el trabajador más atención que en el resto de las empresas nacionales. Sin mayor remordi-

miento, pues, nos dedicamos a la cena. De sobremesa se trazó el programa del día siguiente: primero, visita general de la planta a la altura de la presa. En seguida descenso por el túnel de quinientos metros pendientes abajo hasta la casa de máquinas. Este descenso, que tomaba quince minutos, bastaba para cambiar el panorama de pinares que rodeaba nuestras casas por uno de palmeras que prevalece en el bajo. Nuestro banquero se alborozaba imaginando la selva tropical en contraste con sus panoramas canadienses. Era un setentón afable, anteojos y barba casi blanca. En la comida rehusó el buen vino francés y sacó de su bolsillo un frasco de *whiskey;* nos lo sirvió con soda al final. Mirando su vaso a contraluz comentaba:

—*Almost champagne. . .*

En el desayuno, además de los obligados huevos con jamón, nos dieron avena con crema marca "Quaquer". El banquero era algo de la célebre empresa y se puso a relatar la difusión del producto por los mercados del mundo. El robusto, desabrido alimento, me resultaba simbólico del tesón del puritano. Una vida entera de frugalidad, pequeño sacrificio y método, tal es también la disciplina del millonario.

"Si supiese —pensaba—, la champaña verdadera, los vinos raros y la compañía con que los bebo..."

El potentado seguramente compartía su seco *whiskey* con alguna buena dama de anteojos. Le tuve piedad y, sin embargo, me hacía falta dinero, mucho dinero, para correr con Adriana como trofeo. Desde hacía tiempo quería dedicarme a una especie de profesión estética nueva: el descubrimiento, el goce, la valoración de los panoramas. Recorrer a caballo toda la República, deteniéndome en los sitios más adecuados para la contemplación. Una tienda de campaña sobre un mulo, escasas provisiones, un par de mozos y tres caballos constituirían un equipo barato relativamente. En vez de andar solo me haría acompañar de Adriana. Proveería primero a mis hijos. Los monjes budistas, que eran entonces mi modelo, no se iban al retiro de la Naturaleza sin antes liquidar sus asuntos familiares. Trabajaba y ahorraba un poco siempre con la mira de reparar el error cometido contra mi libertad y mi espíritu en la única forma de repararlo, dando a la prole facilidades para que ella, también, a su tiempo, cumpla el esfuerzo de libertarse. La vida era una aventura a la que debe exprimirse la belleza, el arrobo que contiene. Y no quería reflexionar en que los monjes budistas no acarrean con Adrianas.

Las máquinas me distrajeron el primer día; primero, hay en ellas asombro, gratitud cordial; después, entristecen, porque al fin y al cabo son como un estómago, trabajan para el bienestar, no para el malestar de la inquietud del espíritu. La mañana del segundo día el viejito banquero se embarcó para la capital y el gerente y yo practicamos la visita de los túneles. Cabalgábamos por una cañada solitaria a la orilla de una corriente cristalina. El rumor del viento se paseaba por los pinares. La serranía, verde en sus flancos, se hace violácea en las masas rugosas de los granitos altos. Una larga subida en zigzag sobre la falda de un gran cerro nos saca de la hondonada. Astutos cortes en la montaña acercan nuestros pasos al nudo de dos Vertientes. En algunas vueltas la ruta desemboca en el abismo... El caballo vacila y el jinete siente primero el vértigo, aprieta después las piernas, se afirma en la montura y deja que la vista vuele gozando el espectáculo sin par de las quebradas y los riscos. La imaginación fatigada se siente corta y la atención salta de asombro en asombro.

Una frase de Adriana me torturaba durante la marcha.

—¿Por qué no nos conocimos antes?

Desde una ciudad del Sur adonde fue a pasar unos días con familiares suyos, me había escrito semanas atrás: "Estuvimos en la retreta: mi hermana menor se adelantó con su novio; caminaban del brazo y viéndolos pensé

que así pudimos comenzar tú y yo…" Una voz entre despechada y altiva quería convencerme: "Qué te importa el pasado. Es su presente el que debes amar; su presente glorioso".
Otra vez había dicho Adriana:

—Si un día quiero romper contigo, no me hagas caso, no sería sincera; me obligaría un motivo grave, pero nunca nada podrá separarme en lo profundo…

¿Qué riesgos extraños, oscuros, presentía? ¿Quién podría quebrantar nuestra voluntad de unión ni qué circunstancias podrían ocurrir en los comienzos del siglo más adelantado del mundo, cuando ya el azar y el terror de otras épocas estaban vencidos por la cultura? La misma economía pública no era sino cuestión de unos cuantos inventos más, intensificación de cultivos, abaratamiento general de ropa y casa. La pobreza era también flagelo del pasado, pero un juego para el ingenio del hombre moderno. Quedaban la enfermedad y la muerte. Pero, por lo menos, la enfermedad llevaba trazas de ir desapareciendo lentamente.

Y, sin embargo, había dolor en nuestra ternura y una suerte de piedad. ¿De qué nos compadecíamos? Por fortuna, de la pena saltábamos al vértigo dichoso. Parecía que nuestro abrazo creaba un refugio invulnerable. Nuestras desdichas quedaban atrás y el futuro quedaría vencido con solo mirarlo juntos.

Unas cinco leguas habríamos avanzado cuando asomó la boca del túnel entre los árboles de un peñasco reverdecido. Los vigilantes nos esperaban; caí casi del caballo a una carretilla eléctrica que nos metió por el interior de la tierra. Pronto no se vieron sino luces de señales y el reflejo de los rieles. Luego nos detuvo una empalizada. Nos apeamos para entrar Por una puerta estrecha. La atmósfera pesada y húmeda nos recordó la congoja de aquellos trabajos subterráneos, cavadores especializados del subterráneo de Nueva York habían sido traídos con triple sueldo para consumar aquellas tareas que demandan pulmones y corazón de vigor extraordinario. Irlandeses sanguíneos o polacos desesperados cobraban por sus trabajos de Hércules lo suficiente para holgar después uno o dos años. De la antecámara, rodeada de empalizadas, pasábamos a otra forrada de acero. Un chispeo de gas salía de los rincones, empañaba el brillo de las bombillas eléctricas. Cuando el manómetro marcó doce atmósferas, los tímpanos me punzaban. Hice una seña y me sacaron. El gerente siguió adelante: era la cuarta o quinta vez que entraba y lo resentía, no obstante su fuerte contextura. Yo había tenido la impresión de que me reventaban las sienes. No hubiera podido seguir adelante sin un trastorno serio. Me sentí humillado. También el día anterior, cuando ya bajaba por la jaula que una grúa deja caer al lecho del antiguo torrente a cuatrocientos cincuenta metros de profundidad, había padecido escalofríos. Aun para asomarme a un balcón tenía que vencer una contracción de las pantorrillas, un dolor en la tibia. También frente a un manco, un amputado, me coge un estremecimiento doloroso, paralizante en la pierna o el brazo. ¿No era esto una especie de tara reveladora de feminidad, debilidad vergonzosa?

Hipersensibilidad que ocasiona dolor de estómago a la vista de una inmundicia, náusea solo de pensar en algo asqueroso. Especialmente, en aquella época, con frecuencia padecía una viva sensación de opresión del hombro izquierdo hasta la pierna por todo el brazo, como descarga nerviosa profunda, acompañada de un deslumbramiento gozoso. Le conversé una vez a Adriana este extraño reflejo y ella me dijo que le ocurría a veces algo semejante, pero localizado en su seno. De mi parte no era precisamente erótico el golpe, sino vibratorio, como de campanada penetrante, que me desvanecía un segundo, inclinándome de costado.

Salió el gerente al cabo de una hora

y se puso a describirme el avance de los trabajos en el fango, la canalización de las filtraciones, el golpe de las perforaciones hidráulicas en la roca y el peligro de los derrumbes. Mientras montábamos para emprender el regreso yo pensaba:

"La gloria militar se ha concluido. ¿Quién puede tributar admiración a un héroe de la guerra cuando hoy vive el siglo esta epopeya de la naturaleza?"

LAS AMAPOLAS DE XOCHIMILCO

Por el costado poniente de la catedral, frente a la calle del Empedradillo, estaba el Jardín de las Flores. Pasando por las mañanas rumbo al Tribunal, detenía unos instantes el taxi. Los vendedores asaltaban ofreciendo ramos gigantescos de rosas o claveles, alelíes y gardenias, dalias y crisantemos, violetas y lirios, tulipanes y camelias. Es difícil la elección cuando no se lleva un propósito fijo; pero me conquistó una brazada de amapolas de esas enormes y encendidas que solo se dan en Xochimilco. Anotadas las señas, el mensajero se alejó bajo el sol como si llevase las llamas de mi corazón ardido de no verla desde la tarde anterior. Tanta dicha provocaba remordimiento; así que compré otro ramo más modesto y lo mandé a mi esposa. Siempre he experimentado la necesidad de estar solo una o dos horas al día. Resabios quizá del examen de conciencia que antes de dormir nos imponía mi madre. Al llegar a casa me encerraba en la biblioteca. Después de violentas disputas había logrado que no entrasen allí los criados, ni siquiera mi esposa. Solo mis hijos circulaban, rompían, deshacían, porque los niños no estorban el pensamiento. Es la mirada astuta, inquisitiva, la que desespera e impide trabajar. De los niños ni el ruido distrae. Me aislaba de nuevo después de la cena ligera. Horas de soledad en que el alma encuentra su alimento. No pasar un largo rato completamente solo, cada día, es como no despertar para el espíritu. Este inconveniente le hubiera encontrado a la vida en común con Adriana: la fatiga del diálogo. A la prueba del mundo venimos solos y para apurarla cada uno en presencia de Dios. Por entonces, sin examen de conciencia, soltaba la imaginación adelantándome a las horas de la dicha: lo que haría con Adriana, lo que el futuro guardaba. Fatigado pasaba a la alcoba. Ya no me perseguían los sueños lúgubres como aquel en que aparecía Carlos doblegado bajo el peso de una losa caminando por una cuesta sombría. Una noche que no pude contener los sollozos, mi esposa había asomado de su habitación próxima; apenas pude decirle:

—Carlos... Carlos...

Ahora, con Adriana, sentía menor la amargura. Ella también había sufrido, según me decía, y éramos dos a vengarnos de la suerte, gozando impúdicamente, desenfrenadamente.

De oración solo una repetía: "Cuida, Señor, de mis hijos, y caiga sobre mí lo que deba caer..."

LAS HERMANAS

Chole seguía rezandera y triste; solterona condenada al sino de su nombre: Soledad.

Supimos un día que Concha regresaba a México, después de su noviciado en Chamartín. La destinaban al colegio del Sagrado Corazón, de Guadalajara, y a su paso por la capital la visitamos. Era la primera vez que me asomaba a un convento. La casa de Mascarones abría únicamente el postigo de su ancho zaguán; un jardín lleno de follajes ocultaba el patio; a la izquierda, un pequeño recibidor de piso encerado y muros blancos; sillas contra la pared. Allí esperamos un instante un poco cohibidos, y, por fin, apareció Concha, risueña bajo una cofia blanca, blancas las manos, sobre la túnica negra. La cara la tenía sonrosa-

da, limpio el cutis, no obstante algunas pecas... Relataba su vida en Madrid; frío el invierno. Con motivo del viaje había atravesado una sola vez la ciudad; hablaba en tono muy dulce; yo casi no podía responderle; comparaba mi vivir exaltado y la alegría de la mañana en las calles con su vida truncada, de encierro y monotonía. Una sorda protesta contra la brutal injusticia del destino que así reparte desigualmente la dicha me torturaba el ánimo. Pensaba en lo que nos callaba, en sus horas de duda y de angustia, y luego la conformidad de lo irremediable. Una pena violenta me oprimió la garganta. En la despedida hice un esfuerzo para retener el agua que me sentía en los ojos. Apenas estuvimos afuera, dentro del auto, me eché a sollozar en pleno día por la amplia avenida luminosa de San Cosme.

Y había algo peor: siquiera Concha estaba agregada a una orden rica y activa, viajaba a menudo y se distraía con las diarias labores de la enseñanza. En cambio, Mela, por humildad, había preferido una orden contemplativa, modestísima, encerrada de por vida en un caserón de un barrio de Tacubaya. Tanto me dolía pensar en ella, que nunca la había visitado. Le mandaba periódicamente algún obsequio: una barrica de vino francés, un fonógrafo, provisiones, algunas veces dinero; pero temía ver con mis ojos lo que se me aparecía como un tormento insufrible. Cuando supo que había visitado a Concha me mandó instar para que también la viese a ella. Por fin, una tarde hice la caminata cuesta arriba desde nuestro domicilio de Tacuba-ya a la mansión conventual, ubicada frente al cuartel que quisimos tomar cuando el complot. Esperaba encontrarla deshecha y pálida y me sorprendió presentándose con la misma risa jovial de antes, con un tono más dulce y cierta luz en el semblante. Desde el recibidor en que estábamos se oía la banda militar.

Irrumpían sones de estruendosa mundani - dad, y sin poder evitarlo descuidaba la conversación para imaginar las horas de tormento que quince o veinte jóvenes en clausura perpetua, obligadas a escuchar dos o tres tardes por semana los ecos de la dicha fácil del amor y el placer sin trabas. La tentación del goce físico sin duda las obsedía más que la soledad. Sus almas estaban dadas a Dios, pero el apetito primitivo sin duda sacudía la carne reprimida, sedienta. La conversación de ella revelaba despreocupación y, más allá de la conformidad, alegría. Sin embargo, mi demonio interior preguntaba: "¿Cuántas veces un descarado pasodoble habría provocado esa sensualidad que incita a salir a la esquina a ofrecerse?..." Bromeando le dije:

—Bueno; ¿todavía no te arrepientes? Recuerda que aún es tiempo... Si te sales, te llevo a un baile en Palacio, te paseo en auto vestida de seda por Plateros.

Pero ya no era la misma; solo una indulgencia amable recordaba su antigua locuacidad. Lo que más conmovía en ella era cierta efusión entrañable que le salía en la voz y el ademán como de quien mucho sufrió y a la postre logró vencer.

Bajando la calle, de regreso a la casa, las lágrimas me corrían a dos carrillos, mientras reflexionaba:

"Qué profundidad de dolor habrá sido necesaria para engendrar alegría tan serena."

Sin duda, torrentes de lágrimas y largas horas de agonía, crecido precio del halo que empezaba a envolverle el semblante.

MADERO, GOBERNANTE

Nunca prometió Madero imposibles, por más que sus enemigos lo tacharon de demagogo. Desde sus primeros discursos a los obreros de Orizaba recordó que el secreto de la prosperidad está en el trabajo, no en la engañifa de sistemas que adulan a tal o cual clase de la población. Sin incitar al indio contra el blanco, inició la ta-

rea de despertar a la raza vencida; sin proclamarse de derecha o de izquierda, estuvo siempre atento al mayor bien de los humildes, sin preocuparse de la enconada hostilidad de los explotadores. Más allá de lo económico también vio su atención de estadista. Durante su gobierno la educación pública recibió el primer gran impulso de difusión. En los mejores tiempos de la administración porfirista el presupuesto de educación pública no alcanzó más de ocho millones de pesos. Madero elevó el presupuesto de Educación a doce millones y con el aumento estableció las primeras escuelas rurales sostenidas por la Federación. La universidad le fue antipática por su positivismo, que él quería sustituir con un espiritualismo libre. Su empeño de difundir la enseñanza respondía al deseo de cimentar la democracia. Desde el principio nuestra sociedad padece la periódica invasión de la barbarie del campo sobre los centros de cultura que se forman en la ciudad. Cada revolución ha sido desencadenamiento salvaje que arrasa el trasplante europeo penosamente cultivado por mestizos y criollos. Así, nuestras ciudades son islotes de un mar de incultura.

Desde la época de las Misiones, la dificultad de penetración en la masa indígena explica el constante peligro de la idea cristiana, diseminada en un ambiente que sigue siendo azteca en su capa profunda. Transformar este aztequismo subyacente es una condición indispensable para que México ocupe sitio entre las naciones civilizadas. Mientras no sean educadas las masas, subsistirá el sistema de sacrificios humanos, así se llame Victoriano Huerta o Plutarco Elías Calles el Moctezuma en turno. Todo eso sentía latir Madero bajo la costra de la democracia que implantaba. El viejo instinto que pide sangre no estaba vencido. Para aplastarlo confiaba en su ejemplo y confiaba en la escuela. Con diez años de escuela maderista no hubiera sido ya posible el carrancismo; no habrían vuelto a aparecer en nuestra historia los Orozco y Pancho Villa. Madero liquidaba el facundismo, la supremacía del bruto armado sobre el civilizado constructor. Es decir, cambiaba el sentido de la historia nacional.

Y nunca desperdició ocasión de hacer prevalecer los valores de la mente sobre los impulsos del instinto. Entre los hombres del porfirismo salvó a Justo Sierra; lo hizo ministro de México en España. Y al ocurrir su muerte honró al educador por encima del guerrero.

En el Paraninfo de la Universidad se celebró una mañana la ceremonia mortuoria. Presidió Madero desde el sitial de la rectoría. Llenaron el hemiciclo centenares de estudiantes, poetas, artistas, jóvenes, viejos, mujeres, todo lo que en México representaba algo en materia de pensamientos. En la plataforma central el féretro recién desembarcado de ultramar, cubierto de paños negros, era escoltado por guardia de honor, alumbrado con pebeteros de llama azulosa.

Dijo el discurso oficial Urueta. Recordando su protección comparábalo a la de aquel elefante de la India que vigila a los niños cuando juegan y los recoge con la trompa en el instante en que, trasponiendo los linderos del jardín, podrían ser presa de las fieras que vagan en torno. Urueta lloraba al terminar su discurso; el auditorio se conmovió profundamente y Madero seco en público sus lágrimas. Nada le debía a don Justo, pero rubricaba el esfuerzo del patriota que persistió en su tarea no obstante el medio impuro que hubo de tolerar. La gente se sorprendía de ver al Presidente llorando y no pocos siervos murmuraron: Aquello era contrario a la dignidad del cargo. Echaban de menos las salvajes caras protervas de nuestra galería criminológica presidencial. Otros recordaban al tirano de ayer, que lloraba cuando le comunicaban el cumplimiento de sus propias órdenes de fusilamiento. Un buen número de personas, sin embargo, comprendió la trascendental diferencia de las maneras de

llanto, y en patriótico voto asoció los nombres de Justo Sierra y Madero.

Desde una cámara lateral la orquesta del Conservatorio ejecutó los temas lentos, lacerantes, de la *Marcha fúnebre* chopiniana. Hubo otro discurso, y, al final, acompañando el cortejo, escuchóse la marcha del *Crepúsculo de los dioses:* dolor esencial inconsolable de cada destino; la ilusión del heroísmo cortada por la brutalidad inexorable de la muerte. Duda de la inmortalidad. Sin embargo, valía la pena una vida de dolor a fin de merecer los lamentos heroicos de la creación wagneriana.

Afuera, bajo una mañana de gloria, se descubría el pueblo alineado en las avenidas por todo el trayecto al cementerio de Dolores. En el ánimo de los que formábamos la comitiva persistía la sensación del río wagneriano que se derrumbaba en abismos, arrastraba las imágenes y avanzaba disolviendo, liquidando la tarea del mundo. Y como éramos por entonces nietzcheanos, experimentábamos la hueca conformidad del orgullo que se contempla a sí mismo y se engríe, así sea de su propia fealdad...

Oficialmente acababa nuestro héroe como había vivido: atento únicamente al proceso que se palpa y se deshace en la mano del experimentador. Su entierro no pudo tener pompa religiosa. Se quedó en el *Gottamerung,* sin llegar al *Parsifal.* En lo privado, sabíamos todos que en cierta visita de Lourdes la visión sobrenatural había tocado el corazón del poeta, y esto contribuyó a que todo México, el catolicismo, la ciencia y el anhelo de libertad, conjugaran su sentimiento aquel día de duelo con esplendores de patriótica esperanza.

EL AVERNO

Faltaban ya pocas semanas para que se consumase en Washington el cambio de gobierno que habría de librarnos del enconado embajador. Unas sesiones más de esgrima diplomática, y luego, con la salida de Taft, cesarían las notas, cambiaría el rumbo internacional. El mismo cálculo se hacían, sin embargo, el embajador y los traidores que visitaban la embajada extranjera. Con desvergüenza que parece increíble no solo concertaron, también firmaron un documento que dieron a la publicidad al triunfar el Pacto de la Ciudadela; trato de canallas, convenio de matricidas; por él se coludieron los conspiradores con el agente de Washington para derrocar al único gobierno legítimo de toda la historia mexicana.

Estaban presos los principales jefes de la conspiración y, sin embargo, los rumores corrían precisos, se hablaba de fechas y de nombres, de regimientos comprometidos. Por mi parte, tantas veces había visto fracasar a los descontentos, tan vigorosamente había logrado reaccionar el gobierno, que no aceptaba la seriedad del riesgo. Mi contacto frecuente con zonas distintas de diversos Estados afirmaba mi optimismo. Por todas partes se pensaba en trabajar al amparo de una administración reconocida como honesta. Y la gente disfrutaba su libertad. Así que partí sin preocupaciones para Tampico al desempeño de una gestión profesional: la autorización para una nueva refinería. Tan ajeno estaba a lo que iba a ocurrir, que por primera vez decidí llevar a Adriana. No es que lo pensara tampoco; se cometen tales imprudencias por imperativo de la pasión. Hay en el amor un instante exaltado en que los amantes subirían a una torre para abrazarse a la vista del mundo. El delirio que los transfigura reclama el estruendo. No fue esta ocasión una torre, sino el reservado del coche dormitorio, donde se abrigó nuestro escándalo. Asomados a la misma ventana mirábamos el escenario prodigioso de los montes, escala de gigantes al costado del abismo vegetal. Parecía que ver aquello juntos nos ligaba para la eternidad.

Paramos en el mismo hotel. Sabo-

reamos la intimidad de todos los momentos como quien bebe a copa llena un vino delicioso probado antes solo a pequeños sorbos. Ni el calor de la costa lograba apartarnos; la piel suda limpio después del baño. Y estar juntos a la mesa y en el sueño, en una misma respiración, compensaba la angustia de las citas en que era forzoso estar atento al reloj. Nos sondeábamos el alma en las pláticas de abandono que siguen al placer compartido.

El abogado y el gerente de la compañía me quitaban unas horas de la mañana. Luego, pretextando asuntos diversos, escapaba hacia el hotelito de madera pintada, junto al mar. Cada encuentro parecía el primero; cada vez era otro el sabor de sus labios, la impresión de su cuerpo bajo la túnica veraniega, el arrullo de su voz en la ternura.

De noche ensordecía el estrépito del oleaje, nos aislaba, nos trasladaba a un universo sin preocupaciones y sin obstáculos, despejado como la eternidad, armonioso como el océano. La tarea del mundo parecía concluida al retirarse la marea. Y solo quedaba dicha inefable. Instantes sin cambio. ¡Ambición de perennidad en el estar, signo de la beatitud! Se es inquieto y revolucionario por no poseer la ventura. Si se padece mujeres como la de Sócrates, por tal de salir de casa se instala un cenáculo. El dichoso, en cambio, se conforma con un sitio para su engreimiento; pausa breve en el camino de lo absoluto.

Un rancho en la Huasteca para trabajarlo y un rincón en aquella playa para los veranos ardientes, en que ella vendría a visitarme; no le pedía más a la vida y no era mucho pedirle, porque la selva y el litoral se hallan aún desiertos. Por allí no hay que disputar el sitio al prójimo; apenas a las alimañas.

Me reía de las ambiciones políticas y aun de las otras, las de notoriedad y la gloria por la cultura. Nada iguala el ejercicio del alma en la soledad. Dedicaría unos años al trabajo profesional y luego vendría el retiro definitivo y laborioso en el campo y en la naturaleza.

Escribía entonces mi "mundo como voluntad y representación", pero al revés: el mundo como amor que unifica las representaciones y transforma la voluntad en beatitud.

Unas cuantas casas desocupadas había en lo que hoy es Balneario de Tampico y el hotelillo rústico que nos tenía de huéspedes. Una inmersión por la mañana y otra al atardecer nos dejaban penetrados en energía marinera. Una tarde prolongamos el baño hasta el anochecer. Por el lado de tierra se metió el sol. Por el mar avanzaron las sombras; levemente subía, bajaba la superficie de las aguas con ritmos de respiración. La arena fina era un lecho blando. Pronto en el cielo alumbraron las mismas estrellas que contemplaron Eva y Adán desnudos en las noches del Paraíso. Hoy en su abandono, con mayor afán, buscan los cuerpos el consuelo de la posesión y la compañía. Pasó un buen rato sin más preocupación que los dedos que entrelazan las manos, al aire los cuerpos tendidos, extenuados. El frío de la noche nos obligó a levantar el campo.

De cena nos dieron la especialidad de la costa. Sopa de jaibas reparadora, si se toma en la juventud, y entramos en la noche con renovado ahínco de ahondar en la posesión.

Sonó el teléfono horas después de amanecido el día. Únicamente mi colega tampiqueño conocía mi encierro y en él me comunicaba la noticia tremenda: El general Reyes, poco después de ser libertado, había sido muerto en combate. Madero estaba preso en Chapultepec. Tampico estaba en calma, lo mismo que todo el resto del país.

Rápidamente preparamos el regreso por el primer tren. Caminamos una noche y todo el día siguiente. Apretándonos sobre el asiento del *pullman,* ella comentaba:

—Fue mi luna de miel, la primera.

A medida que nos acercábamos al centro del país aumentaban los deta-

lles. La Escuela de Caballería y dos regimientos habían libertado a los fracasados de las dos rebeliones anteriores: Reyes y Díaz. El primero cayó muerto en el ataque a Palacio. El segundo escapó refugiándose en la Ciudadela, donde se defendía con tres o cuatrocientos hombres. No había mayor motivo de alarma. No se concebía que cuatrocientos milicianos desleales pudieran derribar un régimen que contaba con el apoyo expreso de la nación.

Había un punto negro, sin embargo. El general Lauro Villar, comandante de la plaza, había sido herido en el primer encuentro y para sustituirlo se había aprovechado el ofrecimiento que, en ese mismo instante, hizo de su espada el general Victoriano Huerta. De momento se había convertido así en el jefe militar del centro del país.

Nuestro tren llegó casi a medianoche a la estación de Colonia. No había coches; así es que, seguidos de cargadores, nos trasladamos a pie, por la Colonia Juárez, donde Adriana tenía su casa. El tráfico había sido prohibido por el centro de la ciudad, pero se transitaba en las zonas de habitación. De pronto el tiroteo remoto de una ametralladora nos sobrecogió. Tras de mucho comentario dormimos unas horas: apenas hubo sol, me eché a la calle en dirección de mi casa por el Hipódromo, hasta Tacubaya. No había novedad y confirmaban las noticias corrientes. Subiendo a la azotea me mostraron los estragos del cañoneo en las casas del barrio sitiado. No funcionaban ya los teléfonos ni corrían tranvías y taxis. Desempolvando una bicicleta arrumbada me dirigí a Chapultepec por calles interiores.

—No pases por enfrente de la casa de los Mondragón —me recomendaron.

Era ya público que dicho milite, tras de sobornar algunos jefes, se había escondido y participaba en la rebelión. Por el ascensor privado entré al castillo. Los rosales de la terraza no denunciaban ninguna alarma. En uno de los miradores hallé a Sarita. La rodeaban militares, entre ellos el director del Colegio Militar, situado en el anexo. Al presentarme a los oficiales, expresó que eran del Estado Mayor del general Huerta. No nos queríamos los oficiales y los maderistas; sin apretón de manos nos saludamos. Luego dijo la señora:

—Pancho está en Palacio y desea mucho verlo. No es fácil atravesar la ciudad, pero en este momento salen para allá estos caballeros, y les voy a rogar que lo lleven. ¿Qué noticias trae?

—Pues —respondí— que el país está en paz, pero angustiado por el rumor de que el señor Madero está preso; me alegro de ver que no es cierto...

Entonces, llamándome aparte, me recomendó :

—Dígale eso mismo a Pancho. . . No está preso, pero quién sabe... Todo el mundo desconfía del general Huerta; váyase pronto a ver a Pancho. Se lo ruego...

Mientras bajábamos por la rampa hasta el sitio en que aguardaba el auto, uno de los oficiales me dijo:

—Está bien, licenciado; nosotros lo llevamos, pero le advertimos que hay riesgo, sobre todo en un auto militar; el otro día nos perforaron a tiros la capota... Si usted prefiere ir por su lado...

Era un oficial acicaladito, cintas de oro, reloj de pulsera, tieso como sus colegas; en seguida, sin disimular la intención agresiva, repuse mirándolos:

—No tengan miedo; conmigo van seguros. . . Soy hombre de suerte.

No me golpearon allí mismo, porque tenían atada la voluntad. Todavía no les llegaba la hora de la traición. Se tragaron el sarcasmo y también que me tomara el sitio de honor del cochecillo poderoso. Sin incidente, atravesamos las calles desiertas y entramos a Palacio. El último peligro serio estuvo en que pudieron tener el capricho de entregarme a los sublevados... En el trayecto hablaban de los riesgos espeluznantes de los días anteriores. Todos habían sacado indemnes sus valiosas

personas. En el Salón Azul encontré a Madero. Después del abrazo afectuoso le repetí la consigna:

—El país está en paz; solo que se dice que Huerta le ha quitado a usted el mando y lo ha convertido en un prisionero.

En ese instante asomó, con el andar zigzagueante de fiera cauta, el propio Victoriano Huerta. Madero reía de mi dicho...

—A ver: oiga usted, general, oiga lo que dice V . . .

Sin darme la cara, el taimado oyó y calló. Ni un músculo tembló en su faz renegrida. Sus ojos vieron desviado y sus labios no se abrieron... Madero habló:

—Ya ve usted... Aquí está el general, todo lealtad...

Y al pasarle Madero el brazo por el hombro el traidor logró escurrirse.

Paseando sobre la alfombra, Madero me explicaba: "No acababa de emprenderse el asalto de la Ciudadela por temor de causar destrozos en las casas circundantes. El embajador americano amenazaba con practicar un desembarco de marinos en Veracruz si se causaba perjuicio a uno solo de los yanquis que vivían en la zona amenazada. El día anterior todo el cuerpo diplomático, empujado por el embajador, había ido a pedirle que renunciara. Él les contestó despidiéndolos, negándoles el derecho de opinar en cuestiones de política mexicana..."

—Pase por la Secretaría Particular —añadió— y vuelva a la hora del almuerzo para que lo haga con nosotros. Y no se preocupe; triunfaremos, porque toda la razón está de nuestra parte.

En la Secretaría hallé menos optimismo. En torno a Sánchez Azcona estaban los viejos maderistas. Muchos no pisábamos el Palacio desde hacía meses, alejados más o menos por pequeñas inconsecuencias de los más inmediatos colaboradores de Madero. El peligro nos volvía a juntar. Recuerdo, entre otros, a Bordes Mangel y Urueta. En voz alta se comentaba la pasividad de los ministros, especialmente la incapacidad notoria del encargado de Guerra.

—Lo que debía hacer Madero —exclamaba Chucho Urueta— es mandar a paseo a todo su Gabinete y constituir otro con jóvenes de lealtad reconocida.

Volví a los salones presidenciales momentos antes del almuerzo, y Madero tornó a conversarme.

—Luego que pase esto —afirmó— cambiaré el Gabinete. Son muy honorables todos mis ministros, pero necesito gente más activa. Sobre ustedes los jóvenes caerá ahora la responsabilidad. No me van a decir que no. Verá usted: esto se resuelve en unos días, y, en seguida, reharemos el gobierno; tenemos que triunfar, porque representamos el bien. Pobre de México si llegare a imponerse toda esa canalla que nos amenaza. No; no puede ser. El bien tiene que triunfar. . .

En el comedor de Palacio se servía una comida sencilla, pero bien aderezada. Un Barsac de las viejas reservas llenaba de oro verdoso la transparencia de las copas. La conversación del Presidente era animosa, pero los ministros tenían aire lúgubre.

De cuando en cuando estallaba una granada que se perdía por las azoteas, destrozando algún ladrillo y haciendo temblar ligeramente la cristalería.

—¿Por qué —pregunté, dirigiéndome al ministro de la Guerra, tras uno de esos disparos—, por qué los sublevados tienen tan buena puntería y, en cambio, los nuestros nunca le pegan a la Ciudadela?

La versión de que estaban de acuerdo sublevados y atacantes me acababa de ser confirmada en la Secretaría. El ministro de la Guerra, sin embargo, no tenía cara de traidor, sino de bembo.

—¿Por qué no asaltan y acaban en dos horas con ese manojo de ratas? —insistí—. Es una vergüenza que cuatrocientos hombres tengan en jaque a toda la nación, que está en paz y apoya al gobierno.

Solo entonces contestó el ministro:

__Eso no me compete; la responsabilidad de la situación la tiene el general Huerta.

También me habían aleccionado para que influyera en Madero a fin de que quitara el mando a Huerta y lo diera al general Ángeles, de lealtad insospechable. La víspera había hecho Huerta una infamia que justificaba el Consejo de Guerra, aparte de la destitución. Por una calle estrecha que desemboca a la Ciudadela había metido un regimiento de irregulares maderistas. Los sitiados, sin duda prevenidos, se habían limitado a soltar las ametralladoras. Toda la ciudad vio la carnicería y la traición.

—Y Madero no ve —exclamaban todos.

O no vio a tiempo o creyó más oportuno contemporizar entregándose a lo irremediable; extremándole a Huerta la confianza, para desarmarlo, y por lo mismo que ya se sentía en sus manos. Esta hipótesis, sin embargo, parece contraria al carácter decidido de Madero. Su valentía instintiva se hubiera rebelado de transigir con un canalla. Lo más probable es que el destino, al consumar fines tortuosos, ciega a los más lúcidos en el instante en que va a destruirlos. Sobreviene una especie de parálisis la víspera de las derrotas injustas, pero inevitables. La maldición que pesa sobre nuestra patria oscureció la mente del más despejado de sus hijos. Entorpeció la acción del más ágil de sus héroes. A Madero lo envolvió la sombra. ¿Qué gran destino ignora estos eclipses? De la penumbra saldría él, limpio y glorioso, cometa rutilante de la historia patria. Pero la nación caería en abismos que todavía no sobrepasa.

Las versiones populares eran rigurosamente exactas. Victoriano Huerta acudía también a la embajada para verse de noche con los jefes sublevados, y si la traición no acababa de consumarse, era porque no se lograban acuerdos en la disputa del poder. Por su parte, el embajador tenía prisa. El cuatro de marzo se acababa su representación, y estábamos a mediados de febrero. Del reconocimiento del golpe de Estado por el gobierno americano dependía el éxito de los sublevados.

Hubo más días de angustia y tedio. Cañoneos intermitentes recordaban a la ciudad que la lucha sangrienta se prolongaba. Por el barrio de Adriana, entre los jardines y chalets de lujo, hubo necesidad de levantar piras de cadáveres para quemar los caídos en las cercanías. Por las mañanas, siempre que había vehículo, me trasladaba a Palacio. Las tardes las pasaba con Adriana, y las noches en mi casa. Corrió el rumor de que quizá se emprendería el ataque con tropas de refuerzo, llegadas de los Estados. En realidad, el refuerzo consistió en hacer traer el batallón de Blanquet, el mismo que meses antes ametralló en Puebla a los maderistas. El título honorífico de este Blanquet, cofrade de Victoriano Huerta, era haber sido el soldado que dio el tiro de gracia a Maximiliano. Parece que estos servicios de verdugo aseguran consideración permanente en algunos ejércitos. Las declaraciones que los diarios arrancaban a Blanquet no fueron tranquilizadoras. Aseguraba que su misión era contribuir a la pacificación del país, pero ni una palabra de lealtad, que ya se le negaba.

Por fin, un mediodía, Victoriano Huerta puso cátedra digna de los más ilustres matadores de hombres. En nuestra historia del crimen, el sacrificio de Gustavo Madero corre parejas con la emboscada que Carranza puso a Zapata, con la que Obregón y Calles pusieron a Villa. También el envenenamiento de Flores, rival peligroso de Calles; la ejecución de Serrano y Gómez; lo de Topilejo y lo que ha seguido, todo arranca de aquella tarde sombría del encumbramiento de un traidor.

Gustavo se había instalado en Palacio al lado de su hermano. Además, se había mostrado peligroso, rindiendo él en persona a todo un grupo de oficiales cuando el asalto a Palacio por los reyistas. Ya no se burlaban de él,

lo temían. Y Victoriano Huerta lo invitó a comer.

—Esta misma tarde —le dijo— tomaré la Ciudadela, pero antes he mandado preparar un almuerzo en el restaurante Gambrinus (el centro de la ciudad) y quiero que usted nos acompañe. Estaremos yo y mis oficiales y algunos íntimos. Dos altos jefes vendrán a buscarlo a mediodía.

Gustavo era un hombre arrojado. No tenía estimación por Huerta, pero le hubiera parecido indigno de su valor mostrarse indeciso en días en que significaba peligro entrar y salir de Palacio. Aceptó.

Félix Díaz desconfiaba de Huerta y le exigía una prueba.

—Entrégame a Gustavo —le dijo—, y así comprenderé que no me tiendes una celada al proponerme la rendición.

El pacto, además, ya había sido firmado. Los de Félix Díaz reconocerían a Huerta como presidente si derrocaba a Madero y recibirían, en cambio, unos puestos en el Gabinete. Exigían unas arras de carne humana. Huitzilopochtli recomenzaba su reino interrumpido por el maderismo.

Dos futuros "generales" recogieron a Gustavo como huésped y lo condujeron al reservado del Gambrinus. Todo el comercio de las cercanías estaba cerrado, pero fue mandado abrir el restaurante sólo para consumar la fechoría. Se encontró Gustavo con otros oficiales, que le rogaron esperase. A poco llegó Huerta, lo abrazó y empezó la comida. Huerta veía el reloj y parloteaba semiebrio; por fin, interrumpiéndose, exclamó:

—Vuelvo dentro de un instante; no se preocupen por mí.

Escapó, y, en seguida, los bravos comensales se echaron sobre su huésped, lo amordazaron y lo subieron a un auto previamente dispuesto. En el camino lo golpearon en la cabeza con las pistolas "reglamentarias" para impedir que forcejeara y para acallar sus voces de auxilio.

En la Ciudadela esperaba su presa el caudillo Félix Díaz. Personalmente vejó a Gustavo, ya malherido. Otros vinieron a picarle el vientre con bayonetas. A tirones lo desnudaron; alguien le mutiló el miembro, que acercó a los labios de la víctima. Luego lo pisotearon. Le dieron quizá el tiro de gracia. Lo cierto es que el cadáver no fue entregado a la familia; no sufrió autopsia; destrozado, lo mandaron enterrar en secreto. Y el ojo de vidrio de Gustavo anduvo de mano en mano como trofeo.

Concluido su rito azteca, el caudillo de la Ciudadela, como oficialmente empezó a titularse al sobrino del Dictador, se fue a sus habitaciones privadas; recibió a su barragana, se bañó, se perfumó. En seguida, montó un hermoso caballo y salió con sus huestes rumbo a Palacio para cumplimentar al nuevo Presidente. No pocas damas de la antigua aristocracia porfirista mojaron sus pañuelos en lágrimas patrióticas y los arrojaron al paso del vencedor, que, "pálido y sonriente", dijeron los diarios al día siguiente, ostentaba un ramo de violetas en el ojal.

Tan pronto como Huerta supo que Gustavo estaba entregado, bebió su aguardiente habitual, se encerró en el cuarto de guardia y desde allí, emboscado, dirigió el asalto. Fuerte escoltad al mando de dos oficiales de su Estado Mayor penetró en la Sala del Consejo. Dirigiéndose a Madero lo declararon preso. En ese instante el ayudante presidencial, Gustavo Garmendia, mató de un tiro en la cabeza al oficial; traidor, hirió al otro y puso en fuga a la escolta, pero no sin que antes disparase ésta, matando a uno de los amigos que conversaban con Madero.

Apenas levantados los muertos, reunió Madero a los pocos que estaban con él y se asomó al balcón de Palacio in tentando llamar al pueblo en su auxilio. Afuera, las calles, totalmente desiertas, demostraban el cuidado que había tenido Huerta de aislar a su prisionero. Además, el pueblo no había querido moverse. Uno de los días anteriores, después de imprimir una proclama convocándolo, habíamos recorrido en un auto

del gobierno todos los barrios humildes donde antes tuvimos fuerza y amistad. En todas partes se nos acogió con recelo. Y tenían razón: no les dábamos armas; la ciudad ya no era nuestra. El comandante desleal, en ocho días, con pretexto de unificar el mando, había depuesto comisarios, se había apoderado de todos los servicios. Por otra parte, es mucho más fácil llevar a un pueblo a tirar un gobierno que a defenderlo.

Retirándose del balcón, Madero comprendió que no le quedaba otra esperanza que salir del Palacio vivo. Afuera encontraría fuerzas que lo ampararan. Forzaría la guardia, intentaría una de aquellas audacias que otras veces le habían dado el triunfo en casos aparentemente perdidos. Bajando por el ascensor privado encontró libre la antesala de abajo... Pero al desembocar al corredor, le atajó el paso nada menos que el general Blanquet, al frente de su batallón de analfabetos. Todavía Madero se encaró con los hombres que apuntaban los rifles, les marcó el alto y exclamó:

—Soy el Presidente de la República; abajo esas armas.

Tuvo un instante de vacilación la tropa; entonces Blanquet, temblando, avanzó pistola en mano:

—Ríndase —balbuceó.

Sus oficiales se echaron sobre Madero, lo sujetaron, lo registraron buscándole un arma. ¡Sin pistola se había estado imponiendo al centenar de pistoleros! Se apresó también a los ministros que bajaron con Madero. A éste le pusieron centinela de vista en un cuarto interior; después lo juntaron con su Gabinete, poniendo escolta a la puerta.

Ahora fue Victoriano Huerta quien salió al balcón. Las campanas de la catedral, prevenidas por sus secuaces, lanzaron repiques de triunfo, lograron reunir alguna gente que se acercó curiosa y tímida. Huerta, borracho, "discurseó" a la plebe. Se había hecho cargo del poder. Salvaría a la patria. Bajarían los precios del pan y las cebollas (textual). El pueblo estará contentó. En seguida se entrevistó con sus prisioneros; empezó tendiéndole la mano a los ministros. Todos, a excepción de uno, rehusaron la mano del beodo Poco después se decretó la libertad de los ministros, pero siguieron presos el Presidente y el Vicepresidente.

En catedral seguían las campanas a vuelo. La columna "felicista" se acercaba a Palacio. Los que diez días antes corrieron como liebres ante el fuego de unos cuantos leales, avanzaban al ahora con insolencia de vencedores. Cada uno de los cuatrocientos traía el blasón de haber ayudado a matar a un solo hombre, el valiente Gustavo. Hubo entre la masa quien aclamó a los asesinos. Corría la voz de la ejecución de *Ojo Parado* —el mote de Gustavo—. Sobre la sangre inocente, derramada con impunidad, todavía la befa de la canalla metropolitana...

—Se echaron a *Ojo Parado*... ¡Viva Félix Díaz!

Los sucesos de esta última tarde me cogieron en casa de Adriana. Al saberlos, la saqué de su domicilio para llevarla con sus familiares, y luego, en mi bicicleta, me encaminé a Tacubaya. En la esquina de "Hagenbeck" me encontré con un regimiento de gendarmería sublevado en la Ciudadela con Félix Díaz. Venían por delante unos brutos echando arengas...

—Ahora sí, muchachos... ¡Viva Oaxaca y mi general Félix Díaz!... Arriba Félix!...

Poca gente, desde la acera, contempló la escena, asombrada. Los jinetes detrás, guardaban silencio siniestro. Sentí pasar un estremecimiento por toda la espina. Me pareció que un mal sueño me trasladaba a las épocas lúgubres de los cuartelazos a lo Santa Anna. Bajo el maderismo gozamos la ilusión de pertenecer a un pueblo culto. Ahora el pasado resurgía. Se iniciaba de nuevo el rosario de traiciones, los asesinatos, el cinismo y el robo... México y todos sus hijos volvíamos a entrar en la noche.

Todo el mundo sabe lo que más tar-

de ocurrió. La Cámara de Diputados pudo salvar a México si resiste la presión de las armas. Pero los jefes de los grupos gobiernistas fallaron en su mayoría. El más significado de todos, Luis Cabrera, se había ausentado de México semanas antes de los sucesos, advertido quizá por sus viejas amistades reyistas. Gustavo, jefe de la mayoría, acababa de ser suprimido. No más de media docena de diputados voto contra la aceptación de la renuncia de Madero.

Sorprendió a algunos que, dado su temple, Madero consintiese en renunciar. Lo hizo porque se sintió desamparado del pueblo y porque se le dijo que era esa la manera de salvar la vida de todos sus amigos presos.

Hubo después otra renuncia incalificable: la del ministro de Relaciones maderista, que por ley, se convertía en Presidente y que renunció al instante, a fin de que la Cámara pudiese nombrar presidente interino al propio Victoriano Huerta. Se excusaban algunos de estas cobardías con el pretexto de que, rindiéndolo todo al traidor, se salvarían, por lo menos, las vidas del presidente Madero y del vicepresidente Pino Suárez. Momentáneamente paralizada, la nación contempló todo este derrumbe fascinada por el destino final de los altos funcionarios destituidos.

La mañana siguiente avisaron a mi bufete que Sarita, con el resto de la familia Madero, se había refugiado en la embajada del Japón. Allí telefoneé para ofrecerme en lo que sirviera, y me pidieron que influyese con Henry Laňe Wilson. Solo él podía impedir que don Francisco padeciese la misma suerte que Gustavo. Hacía tiempo que yo había cortado relaciones con Henry Laňe. Sin embargo, aun a riesgo de sufrir un desaire, llamé por teléfono a la embajada. Con la cortesía habitual del funcionario yanqui, el embajador se puso, en persona, al aparato:

—*Don't worry, my friend.*

Madero sería enviado en tren especial a Veracruz para embarcarlo; eso era lo acordado, no corría peligro alguno. . .

—Ya les he dicho a estas gentes: —*these fellows*— que basta de venganzas y que no deben seguir matando gente.

"But you be very careful." "Stay out of it..."

Las seguridades del embajador que había condimentado el infame pastel tranquilizaron, no obstante, a los íntimos, y empezó para mí una curiosa agonía. Me aterraba la suerte de Madero, expulsado del país, y, por lo mismo, casi perdonado. Al fin de cuentas iba a resultar que Huerta la haría de héroe por librar al país de un mal gobierno, un gobierno débil. Y quedarían no solo impunes, sino alabados, los mismos criminales que acababan de asesinar a Gustavo, los bajos traidores que ya empezaban el saqueo de la nación. Sin duda el embajador los aconsejaba con tino. Perdonar a Madero era salvarlos ante la Historia, consolidarlos en el poder.

En cambio, si los salvajes obedecían a su natural instinto, si el drama nacional profundo de Quetzalcóatl contra Huitchilobos se consumase esta vez, ya no solo con la expulsión de Quetzalcóatl, sino con su sacrificio en el altar que despedazó Cortés, ¡entonces quizá la misma iniquidad sin nombre provocaría reacción salvadora! Madero perdonado, era inútil para sí mismo y para su patria; Madero hombre, había hablado alguna vez de hacer un viaje a la India para dedicarse al ascetismo ¡ y a la filosofía, pero tal no era sin duda su destino. Su misma capacidad; filosófica quizá no era extraordinaria. En cambio, qué perfecto mito legaría a la historia si con su muerte vilipendiaba a los traidores, si su sacrificio provocaba la vindicta nacional. Madero asesinado, sería una bandera de la regeneración patria. Hay ocasiones en que el interés de la masa reclama la sangre del justo para limpiarse de pústulas. Cada calvario desnuda la iniquidad del fariseo. Para remover a las multitudes era preciso que se consumase la maldad sin nombre. Lo peor

que podía ocurrir era un perdón otorgado por los usurpadores.

Estuvo listo en la estación una mañana el tren que debía conducir a Madero al destierro; pero antes de que llegara el preso se dio contraorden, se declaró cancelado el viaje. No se hizo público el motivo, pero se le ha relacionado con la actitud inesperada de un jefe que tuvo un instante de valentía, el general Velasco, comandante militar de Veracruz y más tarde terror de Pancho Villa, dijo que, si Madero llegaba a Veracruz, le rendiría honores de Presidente. Su renuncia había sido arrancada bajo presión, lo que ocurría deshonraba al Ejército... Lo triste es que este Velasco no hubiese sabido mantener hasta el fin su posición; pronto se puso al servicio de Huerta. Por el momento impidió el embarque de Madero.

Al mismo tiempo, el nuevo gobierno recibía noticias que el público ignoraba. En distintas partes del país ocurrían levantamientos con la bandera maderista. En los Estados Unidos, en diversas ciudades, se celebraban manifestaciones de protesta por la manera como el embajador liquidaba la democracia en México. Una creciente inquietud acosaba a los facinerosos que, al fin, decidieron deshacerse de su presa. Las salas del Palacio Nacional, que en lo de adelante con tanta frecuencia habían de convertirse en conciliábulo de criminales, oyeron altercados que, en forma más o menos alterada, trascendían al público... Que si al proponerse el crimen, De la Barra, el beato, dijo:

—Hágase la voluntad de Dios...

Que si Félix Díaz reclamaba que le entregasen los presos como le habían dado a Gustavo. Lo cierto es que la responsabilidad moral abarca a todos los que entonces y después sirvieron al soldado borracho que se improvisaba Presidente. La manera de la ejecución quedó encomendada a la pericia de los generales. La reliquia del ejército juarista, el del tiro de gracia a Maximiliano, el heroico Blanquet, tomó a su cargo la faena. Se valió de un tal Cárdenas, coronel de los que aplicaban la ley fuga en tiempos de Porfirio Díaz. Se hizo repetir éste las órdenes, del propio Huerta, de Mondragón y de Blanquet, nuevos ministros de Estado, y preparó la fiesta sagrada del militarismo azteca, el sacrificio de los prisioneros en la sombra de la noche del 22 de febrero de 1913, a la semana del golpe de Estado.

Bandas de felicistas recorrían aquellos días la ciudad, obligaban a los transeúntes a dar vivas a Félix Díaz; asesinaban a capricho. Incendiaron la *Nueva Era,* periódico independiente, y saquearon casas de vencidos. Y donde no quedó piedra sobre piedra fue en la finca de los Madero, por la Colonia Juárez. No era propiedad del ex presidente, sino de sus padres. Y éstos la habían construido con dineros ganados a la industria; nunca uno solo de ellos había disfrutado de cargos gubernamentales. Ni uno solo de los parientes de Madero construyó casa propia durante el período de su gobierno. Ningún maderista funcionario se había enriquecido. Pues todo esto irritaba al nuevo orden de cosas. ¿Como iban a perdonar a una familia honrada y a un presidente sin tacha los que más tarde, convertidos en huertistas o carrancistas o en callistas, habían de levantar una colonia nueva en el sitio más costoso de la ciudad? Movida por el instinto que admira al ladrón y desprecia al hombre honesto, la plebe se ensaño en la casa de los Madero. Había que destruir hasta los cimientos de la honradez. Y desapareció el modesto hogar paterno del presidente honrado. Y siguen dando pingües rentas las casas mal habidas de los presidentes que han seguido a Madero. Se expulsaba el sistema maderista a la vez que se acababa con el hombre. Se arrasaba lo que tenía de extraño, desusado, aquello de no luchar con el bien público. La sosería de no colgar a los rivales de los árboles de la plaza pública bien merecía el escarnio. Se acusaba a los Madero de tener sangre judía y se hubiera querido extinguir el

clan entero. Eran todos honestos, laboriosos y sirvieron a la administración sin robarla. Estorbaban los planes de la dinastía sanguinaria y autóctona que tomaba de nuevo posesión de la cosa pública. Madero sigue expulsado de México.

La iglesia mexicana también se mostró alborozada. Desaparecía por fin aquel presidente sospechoso de espiritismo. ¿Qué importaba que ahora viniese un ebrio inmoral si lo que ella suele perseguir es la heterodoxia antes que la maldad y aun el ateísmo? En el diario de los católicos, *El País,* vimos todos con dolor y sorpresa el cable papal en que se felicitaba a Huerta "por haber restablecido la paz"· y le enviaba bendiciones. Señalo este hecho inaudito, sin ánimo de agravar los cargos que pesan sobre la iglesia mexicana, y solo para que se vea uno de los pretextos, no la justificación, de las persecuciones religiosas que se han consumado con posterioridad. Por lo pronto, quienes por convicción nos inclinábamos a un acercamiento del Estado mexicano con la Iglesia experimentamos ira y desconsuelo.

Tras de varios días de zozobra, una mañana publicaron los diarios el boletín oficial de la muerte de Madero. ¡ Sin fuerza para leer los detalles, miré fijamente los encabezados. Un dolor no exento de consuelo raro me revelaba caminos incomprensibles del destino de las naciones. En la primera parada me bajé del tranvía y, llorando, caminé por la calzada de Tacubaya. Anduve cerca de una hora y al pasar frente a la casa de los Valles, desde el balcón, Adolfo me llamó y me hizo entrar. Allí encontré una situación penosa. Valles había ya renunciado su cargo, pero algunos familiares de su esposa figuraban en el nuevo régimen. Sin embargo, con bondad sincera y cortesía perfecta, me retuvieron hasta la hora del almuerzo.

—Los maderistas —decía Valles—, a pesar de que hoy los persiguen, pasarán a la Historia como una aristocracia cívica...

Era confortable hallar en el estercolero la perla de un corazón noble. Aquello no podía subsistir sin castigo, era menester levantar al país en armas. El pueblo no había intervenido en aquel drama y salía de él sin caudillo. Ya se inventarían caudillos. Lo que importaba como cuestión de honor era la venganza.

Al llegar a mi casa me daba vergüenza abrazar a mis hijos, me sentía humillado de legarles una patria envilecida... ¡Nuestro país no se merecía a Madero, había dicho Adolfo!...

Por la tarde el buen amigo se presentó en mi casa. Había averiguado entre las gentes de la nueva situación sus intenciones respecto a mí. No teniendo yo cargo que pudieran quitarme ni enemistad personal con ninguno de ellos, optaban por no tomarme en cuenta si yo me avenía a quedarme tranquilo. No exigían por ello ningún compromiso.

Ni lo habría contraído. Estaba seguro de que no tardarían en producirse levantamientos. En el Norte, toda nuestra esperanza se cifraba en don Abraham González, gobernador de Chihuahua, que podía poner en pie de guerra su Estado. Pronto se supo que los militares, después de aprehenderlo en Chihuahua, lo habían bajado del tren en una estación desierta y lo habían asesinado. El ejecutor de la hazaña recibía como premio la banda de general, Adolfo Valles, inspirado siempre en noble afecto, me aleccionaba:

—Déjese ya de buscar revancha. Han caído ustedes sin deshonra, y eso basta. .. Lo reconocen así los mismos enemigos. .. El nuevo ministro X me ha dicho que lo lleve a usted con él...

Salía yo de mañana para buscar a los leales; procurábamos comunicarnos con los grupos de los Estados;.. Mientras esperaba por la Reforma, vi acercarse a mi taxi un sujeto sonriente; era Panci...

—¡Ingeniero! ¿Usted anda escapado? —pregunté—. ¡Con cargo importante y codiciable!... —No —repuso Panci—, no he tenido

novedad y todavía no sé si aceptan mi renuncia... Sí; quizá me dejen fuera... Querrán ese cargo para sus íntimos... ¿No le parece? Pues ahora ^-añadió— lo lógico es que Félix Díaz sea el presidente...

Veíase tan lamentable aquel rostro inquieto por el puesto que perdía, en acecho ya de perspectivas desesperadas que volví la cara para no verlo. Me debía servicios, por eso no lo insulté... ¡Era lógico que el vencedor subiese al poder! Sí, pero contra la lógica estaba nuestro despecho, contra la intriga estaba todo un pueblo ofendido en su entraña— Ya verían los lógicos. Mientras más infamia se fuese acumulando, mayor sería el estallido nacional. Oscuramente, tímidamente, se esparcían los rumores. En Guerrero se habían vuelto a levantar en armas los Figueroa. Salieron tropas para Guerrero. En Sonora la Legislatura desconocía al nuevo régimen. De Coahuila llegaban noticias vagas. Don Venustiano ponía condiciones. No era maderista. Él también había estado a punto de levantarse contra Madero, pero ahora reclamaba que le conservasen el gobierno de Coahuila, y mientras Rodolfo Reyes salía a parlamentar con Carranza, la Legislatura de Coahuila, por voto unánime, impuso el camino de la rebelión.

No todo estaba perdido. Era el momento de conspirar y repartir los fermentos. En mi bufete comencé a despedir clientes; otros me dejaron antes que los despidiera. Aquello sería centro de conjuraciones hasta que viniese a cerrarlo la policía. El pormenor de estos días pavorosos requiere, por su extensión, el espacio aireado de otro volumen. Ojalá me sea dado escribirlo pronto y deshacerme de tanto recuerdo en favor de la imprenta, pues a semejanza del marinero de Coleridge:

till my ghastly tale is told,
this heart within me burns.

[1] **mientras no concluya mi cruel relato,**
por dentro arderá mi corazón.

FIN DE
"ULISES CRIOLLO"